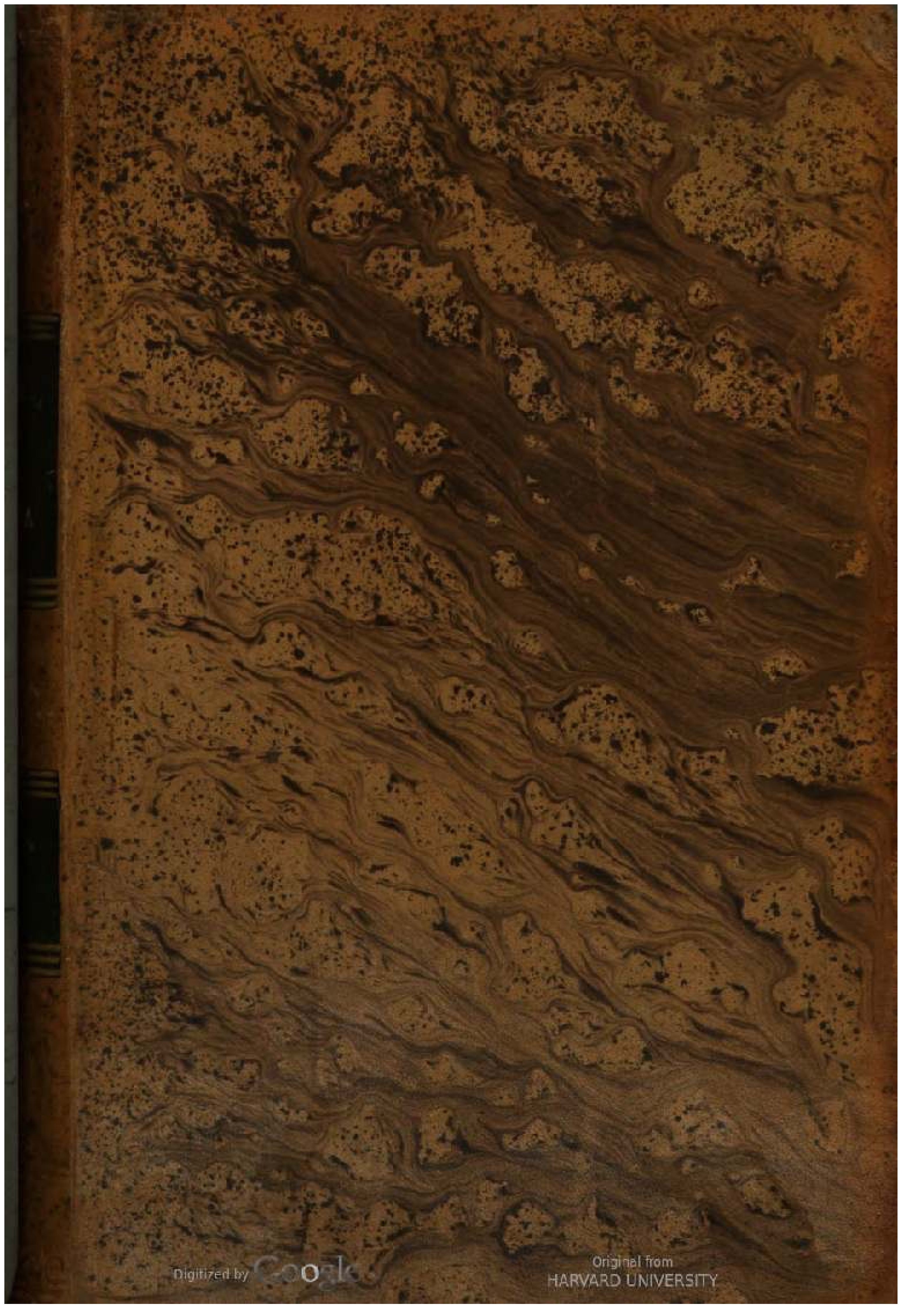
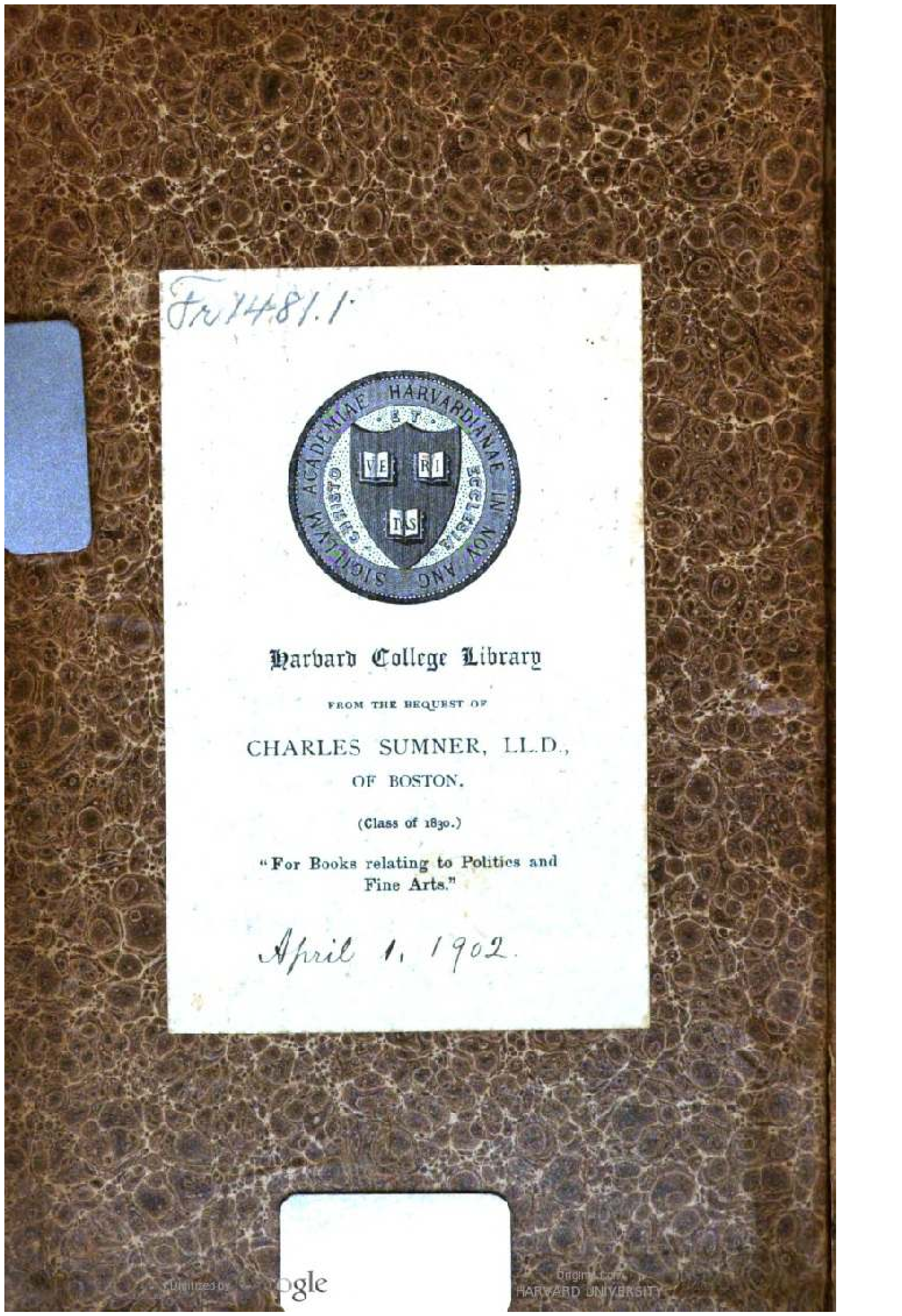



Fr 1481.1
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE
Harvard College Library
FROM THE BEQUEST OF
CHARLES SUMNER, LL.D.,
OF BOSTON.
(Class of 1830.)
"For Books relating to Politics and Fine Arts."
April 1, 1902.
Digitized by Google
Original from
HARVARD UNIVERSITY



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO VII

MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1891

CAPÍTULO PRIMERO.

Las Guerrillas

Guerrillas y Guerrilleros.—Los primeros de entre ellos.—El Empecinado.—Sus primeras operaciones.—Acción de Carabias.—Su prisión.—Sus expediciones á Salamanca.—Prisión y libertad de su madre.—Se une al Duque del Parque.—Regresa á Aranda y Guadalajara.—El Cura Merino.—Sus consejeros y guías al principio.—Sus operaciones.—Renovales.—Sus operaciones en el Roncal.—Sarasa y otros guerrilleros de Aragón.—Gayan.—Villacampa.—Pérdida del Tremedal.—Destrucción de San Juan de la Peña.—Renovales se retira á Cataluña.—Mina.—Acción de Sansol.—En Salamanca y Zamora.—D. Julián Sánchez.—Fr. Lucas Rafael.—En Toledo y la Mancha.—En Cataluña.—Manso.—Sus primeras hazañas.—Su campaña en el Llobregat.—Su humanidad.—D. Antonio Franch.—Acción general de los catalanes.—Opinión de Suchet y de Vacani sobre aquella lucha.—Reglamento para los Somatenes.—Observaciones sobre las guerrillas.—Todas las clases toman parte en ellas.—Los pastores.—Las mujeres.—Opinión de los vencidos.—M. Fée.—M. Proudhon.—Utilidad de las guerrillas.—Contra los franceses.—En favor de los ingleses.

Ya es tiempo de que aparezca en la gloriosa contienda que emprendió España para sacar á salvo los fueros de su independencia, un agente militar, si desconocido ó, por lo menos, poco apreciado en las demás naciones de Europa, eficaz aquí hasta el punto de considerársele como de los más influyentes en nuestras guerras defensivas. Nos referimos á las partidas de guerrilla y á sus famosos jefes, los guerrilleros, si nacidos del mismo suelo peninsular con sus primeros habitadores, conservándose también de generación en

generación hasta la nuestra con los mismos rasgos y caracteres que explican su existencia y sus servicios.

No vamos á describirlos ahora, que harto los conocen nuestros lectores por la reputación que han llegado á adquirir y la pobre pintura que de ellos se hace en la Introducción de la presente obra; nos satisfaremos con recordar su origen en la guerra de que se trata y conseguirlos en sus primeros pasos, no desprovistos de riesgos y, por consiguiente, de la gloria que nunca debe escatimarse á los que prefieren todo género de penalidades y hasta la muerte á la pérdida de su libertad y á la sumisión al extranjero. Lo crítico de las circunstancias, la situación tristísima de la patria, la falta de tropas regladas y la escasez de recursos para reunirlas y disciplinarlas, produjeron su número excesivo y dieron lugar á la licencia que se les consintió. De otro modo, su destino hubiera sido muy distinto; su servicio habría, al restringirse, ofrecido campo á operaciones más ceñidas al pensamiento de cada campaña; cupiera, en fin, haber hecho de ellos una institución de gran utilidad para la guerra.

Al romperse el velo con que Napoleón había tratado de encubrir sus torcidas intenciones para no despertar recelos ínterin preparaba los medios de impedir cualquier conato de resistencia, los españoles se encontraron con su pequeño ejército disperso, sin plazas donde defenderse, sin más que el campo, libre de la odiosa ocupación, tan hábil como arteramente preparada. Y no era poco tener en gentes que por su índole, la naturaleza de su suelo y su historia, sabían en casos tales apelar á aquel *personalismo* que había hecho la gloria de sus predecesores.



Aun cuando no hubo clases que se distinguieran entre las demás en la explosión de sus sentimientos patrióticos, y todas, con excepción de algún *espíritu fuerte,* rebelde, y eso por flaqueza de carácter, á la majestad de causa tan santa, contestaron al grito de angustia de Madrid y al de indignación de las provincias con el solo, pero unísono y estridente y aterrador, de la venganza nacional, algunas habrían de tomar direcciones diversas para hacer esa venganza práctica y eficaz. En las ciudades ocupadas por el enemigo hemos visto que ese arranque se tradujo en donativos de armas y dinero así como en la transmisión de noticias y confidencias que diesen calor al levantamiento; en las libres, en la organización de fuerzas para el ejército regular, el trabajo en obras de fortificación que las pusiera en estado de defensa, el concierto de alianzas poderosas y el acopio de víveres; en los campos, finalmente, por la acción individual, ayudada de los únicos recursos, allí existentes, de la astucia y la violencia.

Para mejor ejercitar esa acción personal, los montes se hicieron la guarida favorita de los patriotas, las rocas y matorrales el mejor parapeto, los caminos el teatro más propio, y las casas de labor, las ventas y desiertos su punto de cita, su cuartel general. «Las aldeas, lo hemos dicho en otra parte (1), quedaron destinadas á otro género de servicios; á los de espionaje, provisión de mantenimientos y al horriblemente sublime de las venganzas por los atropellos del enemigo al honor, las creencias y la hospitalidad de los vecinos

(1) Conferencia leída el 23 de febrero de 1886 en el Ateneo de Madrid.

inermes, ancianos, mujeres ó sacerdotes». Los motines de Burgos y Toledo; el Dos de Mayo; los combates de Logroño, del Bruch, de Arbós y Valdepeñas; el alzamiento del Alcalde de Montoro y del Conde de Valdecañas, fueron los primeros chispazos de un incendio que auguraba la *guerra de fuego*, característica de España en ocasiones semejantes, la usada contra el pueblo Rey por espacio de dos siglos, la de ocho, que parecía interminable, de la Reconquista cristiana, la de Sucesión y cuantas han tenido nuestro suelo por teatro.

Hubo de entre los hombres que se pusieron á la cabeza de esas manifestaciones del espíritu público en España, quienes habían servido en las filas del Ejército y, separados de ellas por las vicisitudes de la guerra, organizaron partidas de guerrilla y las condujeron valiente y hábilmente al combate; pero sus hábitos militares, su aspiración á elevarse en la consideración de sus antiguos compañeros y á más altas jerarquías en la Milicia, les movieron muy pronto á, repugnando la vida del guerrillero, volver adonde les llamaban sus inclinaciones y estudios. Así es que no tardaron en formar cuerpos regulares y brigadas, y hasta divisiones, para unirse á los ejércitos y operar en grande escala con ellos; coadyuvando, por lo menos, á sus movimientos y maniobras como cuerpos auxiliares, con beneplácito y aprobación del Gobierno supremo. Muchos han sido calificados de guerrilleros también; pero deben considerarse como jefes de fracciones importantes del Ejército, los únicos aceptables en buena organización para las operaciones que los extranjeros han dado en llamar *la pequeña guerra*. Ya los iremos citando según entren en acción, y aparecerán los nombres de genera-

les, ilustres desde entonces y que no poco han influído después en sucesos posteriores de importancia para la suerte de nuestra patria.

Los representantes genuinos de la guerra popular pertenecían en general á las clases en que, por falta de luces, se muestran sus hombres más refractarios á la disciplina militar y á las ideas de orden, y que, por la robustez y la fuerza corporal, adquiridas en el campo y con el trabajo, pueden mejor soportar las inclemencias del tiempo, las penalidades de la guerra, las fatigas y el hambre. Buscar en esas gentes armonía y subordinación, es pura quimera: cuando no tengan enemigo á quien combatir, reñirán hasta despedazarse unos á otros, y su patriotismo se revelará principalmente en la ejecución de sus venganzas, con las que, cuanto más terribles y ruidosas mejor, se propondrán y conseguirán, en no pequeña parte, salvar á la patria de sus invasores y tiranos.

Porque una cosa es que esos hombres trajeran para más tarde las tristes consecuencias que recordábamos en la Introducción de esta obra, y otra que su acción dejara de ser altamente patriótica y muy eficaz en la lucha generosísima de nuestra Independencia. Los servicios que prestaron las guerrillas lo demostrarán hasta la evidencia, por más que quieran negarse á élla historiadores, más que ciegos, egoistas, dedicados á acaparar para sus compatriotas la gloria toda de aquella guerra ó, si son de los vencidos, resistiéndose á atribuir sus reveses á hombres sin disciplina ni educación militar alguna. Los hechos, sin embargo, con su elocuencia suma y con su lógica irrebatible, pondrán á descubierto sus errores.



Dijimos en el capítulo II del tomo III cómo la acción del Gobierno, procurando la organización de cuerpos de tropas y de ejércitos regulares, no había impedido la salida en son de guerra por los campos de Cataluña, Aragón, Andalucía etc. de hombres, militares antes ó paisanos, decididos á rechazar la invasión francesa con las armas y del modo que creyesen más eficaces. En igual capítulo del tomo V vimos también á ese mismo Gobierno Central, al estatuir sus relaciones con las juntas de las provincias, dictar ya reglas, que aparecieron en diciembre de 1808 cuando fué deshecha por el Emperador con su grande Ejército la con tantas esperanzas iniciada combinación de los españoles en la cuenca del Ebro, para la formación y servicio de las *partidas de guerrilla* y aun para las que, por componerse de contrabandistas, no de criminales de otro género como quieren suponer nuestros enemigos, tomaron el nombre, distintamente significativo, de *quadrillas*. No dió resultados aquel reglamento por limitarse demasiado las condiciones de admisión en las partidas, por la prohibición, sobre todo, aunque justísima, de la de los desertores del Ejército. Así es que fué necesario apelar al *Corso terrestre*, que se estableció por el decreto de 17 de abril de 1809, consiguiéndose entonces, pero, más que por sus disposiciones, por lo excepcional de las circunstancias tristísimas que atravesaba la patria, los resultados y el fruto de una que llegó á hacerse institución, tan temible para los enemigos como útil para el país.

Los primeros de entre ellos.

Los primeros tiros, fuera de los que dieron á Madrid la gloria de ser la iniciadora de aquella lucha, fueron disparados en el Bruch, Logroño y Alcolea por

los hombres de corazón que viendo, especialmente en aquellos dos primeros puntos, aprisionado ó impotente el Ejército en toda la región pirenáica, trataron de resistir la invasión francesa en el campo ó en sus hogares. Esos tiros eran como la protesta de la injuria recibida por la nacionalidad española al burlar arteramente su buena fe, y al pretender humillar su arrogancia característica con arrebatarla su Rey é imponerla un yugo que, de no sacudirlo inmediatamente, resultaría vergonzosísimo. El vencimiento representaría el martirio, y á él estaban dispuestos los españoles; el triunfo ofrecería la esperanza de que, imitado el ejemplo, la Nación pondría de manifiesto que no se la escarnecía impunemente, ni aun por el que ya no hallaba en Europa contrapeso á su pujanza, hasta entonces irresistible. Y tal eco tuvieron en la Península la doble victoria del Bruch y la resistencia de Esparraguera y Valdepeñas, que los pueblos y las juntas que los representaban, lo mismo que en Cataluña y en Castilla, en Valencia, en Aragón y en Andalucía, allí donde se sintió de cerca el golpe ó la amenaza de la irrupción extranjera, iniciaron la resistencia con cuerpos ligeros ó con guerrillas que se adelantasen á contener la marcha del enemigo, ya que no fuera posible escarmentarlo duramente.

El *personalismo* fué el inspirador de la resistencia popular en aquella como en todas las guerras peninsulares. Ya dijimos que un D. Tomás Salcedo, de quien se tratará varias veces en la presente historia, se puso á dirigirla sublevación en Vizcaya, donde existía una gran irritación por las escenas de Vitoria en abril de 1808, como D. Luis Gil y D. Antonio Egoaguirre andaban

por el Roncal y Valcarlos excitando los ánimos contra sus vecinos del otro lado del Pirineo, y Perena y Gayan recorrían el Aragón en defensa y socorro de la ciudad heróica. Pero el que desde los primeros días de la guerra puso en alarma á los franceses, más que por la fuerza que representaba y la que pudiese allegar, por el sitio que había elegido para teatro de sus hazañas en la línea principal de comunicaciones entre Madrid y el Imperio, fué Juan Martín Díez, más amigo del sable, que ya había manejado en la guerra de la República, que de la azada y del arado con que se ganaba ahora el sustento de su familia.

El Empecinado.

Había nacido, el 2 de septiembre de 1775, en Castrillo de Duero, de donde obtuvo el nombre de *Empecinado,* general á todos sus convecinos; y sus padres, que le querían en su misma condición de labradores, lograron retenerlo á su lado después de fugárseles para sentar plaza á la edad de 16 años: tal era su afición al ejercicio de las armas. Pero muerto su progenitor al tiempo de declararse la guerra á la república francesa, volvió á ser soldado en el regimiento de caballería de España, con el que peleó gallardamente en Masdeu, Truillas y Pontós, á las órdenes del general Courten, de tan justa celebridad en aquella campaña. Allí adquirió aquel odio á los franceses que había de conservar durante su vida entera; pero á la vez también el respeto que siempre demostró á la desgracia, no ensañándose con los rendidos y los prisioneros, protegiéndolos, por el contrario, de sus mismos secuaces, no pocos, duros y hasta crueles para sus enemigos. La campaña del Rosellón había sido tan generosa como brillante y dicisiva en 1793, dirigida por el general

Ricardos, cuya larga carrera militar, educación y costumbres caballerescas, dieron á aquella guerra un carácter que no pudo tener la de la Independencia por su origen y procedimientos.

Sus primeras operaciones.

La primera proeza del Empecinado, en unión de dos muchachos que hizo camaradas suyos con las ínfulas quizás de maestro en el arte militar, fué la interceptación de un correo junto al lugar de Onrubia en la carretera de Burgos á Madrid por Somosierra. No muchos días después repetía la hazaña, con muerte ya del conductor francés que le resistió, no logrando, como el primero, salvarse por torpeza suya ó escasa ligereza de su cabalgadura.

Y si esto sucedía antes del Dos de Mayo, llevado Martín Díez de su aversión á los franceses, despertada con la conducta del Emperador para con Fernando VII, á cuyo viaje dicen que intentó oponerse en su paso por Aranda, ¿qué no sería al llegar á sus oídos el clamor de los mártires de Madrid en aquel día nefasto, aunque eternamente glorioso? A la voz del Empecinado se le unen varios patriotas de su país, juramentados, como él, para no dejar las armas de la mano hasta haber tomado cumplida venganza del ultraje inferido á la nación española; y pronto aparece en las márgenes del Duero una partida bastante numerosa para no satisfacerse con la captura de los correos sino aspirar á presas de más consideración, las de los convoyes de vestuario y armas, de escoltas y destacamentos, destinados á acompañarlos ó custodiarlos. No pocas de esas presas fueron presentadas después al general Cuesta, con quien se halló el Empecinado en Cabezón y Rioseco, dos acciones desgraciadas que le confirmaron en la

idea de pelear por su cuenta, con absoluta independencia de los ejércitos españoles que veía destruídos por la furia francesa (1).

Al rehacerse el Empecinado de la segunda de aquellas derrotas y al establecer su partida entre Valladolid y Burgos con el objeto de estorbar el paso de los franceses por la nueva línea de sus operaciones, puso en práctica un procedimiento, tan eficaz como original, para aumentar su partida; ejemplo que, de seguro, no comprenderá siquiera un militar extranjero. Ofreció pagar jornal diario, no soldada, á todo el que tomase las armas en socorro de la patria, con la ventaja, además, de tener parte en las presas que se hicieren al enemigo; esto es, que alquiló patriotas, «muchos de los que, dice un admirador del Empecinado, conocieron la ventaja del jornal, y se convirtieron en cazadores de la libertad de su patria, saliendo á espera de los que la querían esclavizar» (2).

Acción de Carabias.

La correría dió resultados, pero ninguno como el obtenido al trasladarse de nuevo el famoso guerrillero á su primer teatro del camino de Somosierra, seguido de los que, de alquilados, se transformaron en partidarios ardentísimos, arrastrados del prestigio que su jefe iba adquiriendo entre españoles y enemigos por su valor y su astucia.

Retirábase de Madrid el rey José, empujado á la izquierda del Ebro por el huracán de Bailén; y entre

---

(1) De la derrota de Cabezón se salvó escondiéndose en el portal de una casa de Valladolid.

(2) Apuntes de la vida y hechos militares del brigadier D. Juan Martín Díez, el Empecinado. Por un admirador de ellos.—Madrid—1814.

dos de sus columnas, de á 6.000 hombres cada una, iba en un coche persona de la familia del mariscal Moncey, escoltada por doce franceses que aún se consideraban demás por lo próximas que iban las columnas. ¡Qué lejos estaría la dama de pensar que iba á caer en las manos del Empecinado que, oculto junto al pueblo de Carabias y dejando pasar la columna de vanguardia, se lanzó sobre el coche, arrebató á su dueña con sus equipajes, alhajas y dinero, y la apartó del camino antes de que la retaguardia tuviese ni aun noticia del suceso! (1).

El ruído de aquella acción, al extenderse por el país produjo, si entusiasmo en muchos, patriotas desinteresados, celos en otros, envidias, y aun deseos de congraciarse con los enemigos en miserables secuaces suyos, algunos de los que les ofrecieron la persona del Empecinado cual víctima propiciatoria para que su sacrificio sirviera de memorial de sus bastardas ambiciones particulares. No contribuyó poco también á ello la codicia de varios de sus paisanos; pues mientras el Empecinado se dirigía á Salamanca á presentar al general Cuesta parte del botín cogido en aquella ocasión, le saqueaban su casa y, haciéndole aparecer como dilapidador y hasta rebelde, lograron sus émulos encerrarle á su vuelta en un lóbrego calabozo del Burgo de Osma, para luego entregarle á los franceses sus enemigos. Ni el reconocimiento de la justicia que le asis-

Su prisión.

---

(1) El Empecinado ocultó su presa por el pronto en un monte cercano para transportarla luego á su pueblo, donde hospedó en su casa á la dama con todas las consideraciones debidas á su rango y al estado *interesante* en que se hallaba.

tía por el Gobernador del Consejo de Castilla, ni las providencias de la Chancillería de Valladolid, ni la convicción, por fin, de su inocencia en el mismo Cuesta que, engañado, le había hecho prender, lograron impedir que un par de afrancesados le retuvieran en la cárcel hasta la llegada de un cuerpo imperial, vanguardia, sin duda, de Ney al tomar desde Aranda el camino de Soria después de la fatal jornada de Burgos. Sólo sus fuerzas hercúleas y su serenidad, al abrir el calabozo para entregarle á los franceses, le pudieron salvar en ocasión tan apurada; y ni aun así hubiera conseguido librarse de caer prisionero, sorprendido, como fué, en Fuente-Cespo por una columna de dragones, á no ser por su sangre fría y su astucia incomparables (1).

Unidos entonces á sus tres hermanos, Manuel, Dámaso y Antonio, éste de 15 años tan sólo, anhelantes por vengar el peligro corrido por el Empecinado y satisfacer, al tiempo mismo, sus aspiraciones patrióticas, como á otros parientes también y amigos y paisanos, formando una especie de familia y tribu cual las de los celtíberos de que procedían, se dedicó, con más ardor aún, á *matar franceses*, como se decía en aquel tiempo, al exterminio del invasor que iba á robarles lo que

---

(1) A poco rato de haber llegado á la posada, entraron en ella los dragones, que prohibieron inmediatamente la salida de cuantos allí se encontraban; pero el Empecinado, fingiéndose mozo de cuadra, les ayudó á alojarse sirviéndoles en todo hasta que, preparado el mejor de sus caballos y tomando las armas de uno de sus enemigos, se abrió paso entre todos y se puso en pocos momentos á gran distancia y donde ya no lograrían alcanzarle.



más amaban, cuanto podía significar para ellos libertad é independencia (1).

La presencia, sin embargo, de las muchas columnas que transitaban por la carretera en dirección de Madrid, donde se hallaba por entonces el Emperador, mantenía flaca la partida del Empecinado; necesitando éste de una vigilancia exquisita y de una energía excepcional para sacar algún fruto de su posición en vía tan importante como aquélla. Los correos, así, tan frecuentes si habían de llevar á Napoleón cuenta de lo que sucedía en el resto de Europa que, por lo pisoteada por sus caballos y escarnecida por sus despóticas providencias, necesitaba atento y escrupuloso cuidado, y los pequeños convoyes de columna á columna y de guarnición á guarnición de las establecidas en el camino, eran los únicos objetivos á que el Empecinado podía dirigir sus miras y aspiraciones militares. Pero la presa de varios de aquellos y de no pocos de los convoyes le fué produciendo armas y caballos con que engrosar su guerrilla, lo mismo que se los proporcionaron también sus expediciones á los cuarteles de los generales españoles y aun al del inglés Moore, que le mostró con regalos de utilidad militar su gratitud por las noticias que le llevó á Salamanca (2). Su travesía á

Sus expediciones á Salamanca.

(1) Un examen comparativo concienzudo del estado social de uno y otro tiempo, de la manera de ser étnica de los alendaños de aquella Clunia romana, fundada para someterlos, y de los empecinados y demás ribereños próximos del Duero, probaría al más escéptico, hasta dónde llega el espíritu conservador de nuestros compatriotas del centro de la Península, en carácter, costumbres, genio y proceder en las manifestaciones todas de la idiosincrasia española.

(2) Véanse las Memorias de J. Moore.

aquella ciudad, lo mismo en esta segunda visita á Cuesta que en la que le hizo después en los días de la jornada de Talavera, no fué infructuosa. Los gobernadores franceses de las provincias de Segovia y Avila se llenaban de asombro al saber que sus merodeadores y sus partidas de requisición á los pueblos, aun los no distantes de las capitales, habían sido copados ó destruidos por el infatigable guerrillero que, de obscuro salteador de la carretera de Somosierra, iba levantándose al rango de capitán, extremadamente temerario, de hombres que la fama elevaba también al de patriotas vengadores de los atropellos y de predaciones que se cometían con ellos

Prisión y libertad de su madre.

ó sus compatriotas. Los vaivenes de la fortuna le llevarían á veces á subdividir su fuerza y reducirse á buscar la seguridad personal en los sitios más agrestes y desconocidos de la comarca; en esos momentos se trataría en el campo enemigo de castigar sus osadías anteriores con la prisión y mal tratamiento para con su madre, llevada como en prenda á Aranda de Duero; pero un nuevo acto de arrojo de su parte ó la reunión de sus voluntarios dispersos, imponían á los jefes franceses hasta el punto de permitirla pocos días después regresar á sus hogares.

Se une al Duque del Parque.

En la tercera expedición, ya citada, que hizo á Salamanca, fué cuando principió á revelar su idoneidad para operaciones de guerra, si pequeñas, de un gran mérito como auxiliares de las de un ejército regular, utilizándolas entonces el Duque del Parque en la frontera de Ciudad-Rodrigo y en observación y seguimiento de la retaguardia de los cuerpos de Soult y Ney al cruzar la cordillera y descender á Plasencia en la campaña de Talavera.

Al observar el Duque el movimiento general emprendido por Soult hacia el valle del Tajo, lanzó, como era de suponer, sobre la retaguardia francesa y sobre los destacamentos dejados en el país, reconocimientos que le dieran las más circunstanciadas noticias, y partidas y columnas volantes que limpiaran la tierra de enemigos. El Empecinado había de ser uno de sus agentes más eficaces; y no quedó un francés por la cuenca del Agueda, por San Felices, Sancti Spíritus y los pueblos de aquella comarca fronteriza, que no sintiera los efectos de su enérgica actividad. Ya mandaba unos ochenta ó cien caballos, y con ellos se dirigió al puerto de Baños, aprisionando rezagados del ejército francés, levantando las gentes en toda la cordillera hasta la sierra de Francia, y procurando con ellas evitar el saqueo á que iban entregándose los soldados de Ney. Y cuando, limpio el camino, dió por terminada su principal misión en lo alto de Castilla, retrocedió á Salamanca donde sabía que quedaba una corta guarnición enemiga que se le rindió muy pronto, batiendo inmediatamente después en el Rollo á unos 300 dragones que, desde Medina del Campo, acudían en auxilio de ella.

Era raro el día en que no hubiese de batallar el Empecinado; y en aquel mes de agosto, al volver, de orden superior, al teatro habitual de sus hazañas y, poco después, á la provincia de Guadalajara, afligida con todo género de violencias por las columnas que salían de Madrid en busca de botín y mantenimientos, logró en Guadarrato, Pedrosa del Rey y las inmediaciones de Toro y Aranda, producir el mismo terror que antes con su solo nombre infundía en los franceses y

Regresa á Aranda y Guadalajara.



sus adeptos (1). Capitán ya de Caballería por nombramiento de la Central y, reconocido autoridad militar y agente del Gobierno de la Nación, el Empecinado adquirió mayor prestigio, si cabía, en el país que el que podían darle sus hazañas, tenidas hasta entonces como de hombre independiente, entregado tan sólo á sus pasiones y caprichos, siquier patrióticos y honrados (2).

El cura Merino.

Ya para entonces se había puesto en campaña y no lejos de los sitios que frecuentaba el Empecinado, un nuevo guerrillero, si no tan brillante por lo aventurado y temerario de sus empresas, más temible quizás para el enemigo por la influencia que le daban su carácter social y los odios y los rencores que abrigaba en su tan helado como sombrío corazón. Algunos de nuestros lectores adivinarán que nos referimos á D. Jerónimo Merino, el celebérrimo cura de Villoviado, cerca de Lerma, en la provincia de Burgos, de cuyas montañas hizo el teatro de sus hazañosas correrías y de sus patrióticas venganzas.

---

(1) En Pedrosa del Rey fué herido y he aquí cómo: «En este día, dice su admirador, batiéndose el comandante francés con el Empecinado, fué herido este héroe de una estocada que le pasó el brazo izquierdo y penetró bastante el costado; se enfurece, le guarda la acción al francés, y echándole los brazos le saca del caballo; no quiso rendirse el enemigo, pero nuestro valiente castellano, con una piedra, única arma que hubo á las manos, le quitó la vida.»

El Empecinado se retiró unos días á curarse en Poyos.

(2) Schépeler dice de él: «Cuando en 1809 el nombre del Empecinado llegó á ser el terror de los enemigos que no operaban reunidos, el Gobernador de Aranda hizo llevarse á la población á la anciana madre del guerrillero, obligándola á barrer las calles á fin de atraerle por amor filial. El se preparó á salvarla, pero por las armas; tuvo miedo el tirano y puso en libertad á su inocente víctima. El Empecinado llegó á ser general de la Junta y el azote de los franceses de Madrid; y es lástima que sus talentos para el mando de grandes cuerpos de tropas no fueran tan brillantes como para la *pequeña guerra*.»

¿Qué le hizo cambiar sus hábitos de paz por el tráfago de la guerra? ¿Qué sus arengas del púlpito por las del campo de batalla? ¿Qué los santos deberes del sacerdocio por las pasiones del guerrillero, los furores y la sed de sangre que, como la del precito, se hizo en él insaciable y eterna? Los franceses en su segunda invasión y ganada la batalla de Burgos, esparcieron destacamentos que limpiaran la tierra de las reliquias del ejército de Extramadura y se procurasen, además, víveres y dinero. Uno de esos destacamentos entraba en Villoviado al tiempo que el párroco decía misa en la iglesia, y sin respetar el santuario, ni siquiera el acto venerando que en él se celebraba, algunos de los franceses que lo componían arrancaron del altar al oficiante, y sin permitirle tampoco dejar sus sagradas vestiduras, le cargaron con un gran instrumental de música que el enérgico Merino arrojó por el suelo en Lerma, jurando vengarse de tan sacrílego y afrentoso ultraje. Su resolución posterior de declararse en corso era lógica; y si en un principio sus operaciones se redujeron á ocultarse de los enemigos y burlar su persecución por las quebradas y pinares de la comarca vecina, no tardó en dar razón de su persona por manera harto dolorosa y ejemplar para ellos.

Sus consejeros y guías al principio.

Apenas si sabía leer en su misal, puesto que según el más moderno biógrafo suyo, aunque camarada de los más íntimos en aquella guerra, *jamás había leído otro libro* (1). A pesar, pues, de su despejo natural, que

(1) D. Eugenio Aviraneta que, con el pseudónimo de *Un Español*, escribió en 1870 sobre «Las Guerrillas Españolas», dice de él lo siguiente: «Entre los *burdos* se podía contar el cura de Villoviado, que no sabía sino leer y escribir escasamente.

era tan grande como avieso su carácter, necesitaba por el pronto un mentor, y lo halló en persona prudentísima que desde Burgos, donde podía obtener todo género de noticias, dirigió sus primeras operaciones. Esa persona, á quien sólo se le señalaba con el nombre de *El Director*, le inspiró la idea de una reunión en San Pedro de Arlanza, especie de asamblea antigua en que aquel personaje anónimo, el abad de Lerma D. Benito Taberner, después obispo de Solsona, el del insigne monasterio en que se celebraba la junta, y el de Covarrubias, el comisario de la central Sr. Peña, presbítero también, y Merino fijaron las medidas que sería necesario tomar para el alzamiento en armas del país, y las proporciones y la forma que habría de darse á los trabajos de preparación y á las empresas futuras del atrevido guerrillero.

Sus operaciones.

Esto sucedía en enero de 1809, y pocos días después el cura Merino, que sólo contaba con unos 20 hombres mal montados y con algunas armas que le proporcionó el Empecinado, obtuvo de su *Director* de 40 á 50 excelentes caballos, algunos comprados á los mismos franceses, y sables y pistolas para los que iban á montarlos, jóvenes, la mayor parte, de Lerma y de los pueblos inmediatos, entre los que comenzó entonces á figurar D. Ramón Santillán, ministro, andando el tiempo, y gobernador, tan entendido como íntegro, del Banco de España (1). No satisfecho con eso el *Di-*

Pertenecía á los curas que en Castilla llaman vulgarmente *un clérigo de misa y olla*. Jamás había leído un libro, como me lo confesó varias veces. No sabía más que decir su misa á sus feligreses, y cazar con su escopeta, que lo hacía con perfección».

(1) Su hijo D. Emilio, diputado varias veces por Lerma y consejero de Estado, posee un manuscrito notabilísimo que

rector encargó al mismo veterinario Sr. Arija que le proporcionó aquellos caballos, la compra de otros muchos en tierras de Valladolid, León y Segovia, con lo que y con las presas hechas á los correos y destacamentos enemigos, reunía Merino, en marzo de aquel año, sobre 300 caballos, *montados*, dice su biógrafo *por otros tantos jinetes, jóvenes y gallardos.*

¡Tales milagros hacía el patriotismo dirigido por la inteligencia de los hábiles promovedores de aquella santa sublevación, entre los que se vé cuán principal parte tomaba el clero, influyendo para la provisión de armas con que hacerla eficaz, cuando no para esgrimirlas con sus mismas manos! Porque hay que añadir á eso, la formación de juntas en Burgos, Aranda, Roa, Lerma y varios otros puntos, de donde, á los pocos días de la reunión de San Pedro de Arlanza, salían, además, víveres y hasta medio millón de reales para el campo, si así puede llamarse, del cura Merino.

Ni se descuidaba éste tampoco en corresponder á tal confianza y á tanta largueza. Guiado por las noticias que recibía frecuentemente, interceptó por aquellos días varios correos que, por temor á él y al Empecinado, se hallaban detenidos en Burgos, algunos carros de pólvora y un coche cargado de dinero, cuyas escoltas perecieron ó fueron á caer en sus manos. Esas escoltas no eran tan escasas de fuerza que no pudieran defenderse de rudos campesinos, cuya falta de valor y demás condiciones militares parecía juzgada con el solo

---

nos ha de servir al tratarse de las correrías y hazañas del cura Merino, de cuya caballería, que luego tomó el nombre de Regimiento de húsares de Burgos, fué principal organizador aquel eminente estadista, su autor.

nombre que la arrogancia francesa les daba de salteadores, de bandidos, de *brigantes*, que era, como traducido, el más usual y significativo. Tantas fueron las presas hechas por Merino en aquel primer semestre de 1809, que en julio ya no salían de Burgos en dirección de la Corte ó de Valladolid correos ni convoyes que no fueran escoltados por fuertes columnas de infantería y caballería, capaces de burlar las estratagemas de nuestro guerrillero y de repeler los ataques, casi siempre felices de sus partidarios.

Y lo que en Castilla con el Empecinado y Merino, acontecía en Navarra con Renovales, el heróico defensor de San José en el segundo sitio de Zaragoza.

Renovales.

Prisionero al rendirse la capital de Aragón, Renovales había logrado fugarse cuando era conducido á Francia y escondídose en el áspero é intrincado valle del Roncal. Allegando allí tropa y oficiales, también fugitivos y paisanos de la tierra aquella, siempre dispuestos á luchar con sus vecinos los franceses, comenzó á encender la guerra, si bien diferente á la de sus hábitos militares, propia de la ocasión y única sobre todo en que por el pronto podía ofrecer servicios eficaces á la patria, reducida á la mayor miseria en tan tristes circunstancias.

Sus operaciones en el Roncal.

Los franceses de la frontera elevaron bien pronto á la autoridad sus lamentos por las venganzas que los partidarios de Renovales ejecutaban en ellos y sus haciendas; los destacamentos de las riberas altas del Aragón dieron la voz de alarma al sentirse amenazados y hasta acometidos en sus cantones; y el gobernador de Pamplona, general D'Agoult, aunque despreciando en un principio aquellas reclamaciones, hubo

al fin de pensar en reducir á la obediencia á los montañeses del Pirineo, ahogando, como él esperaba, la rebelión en su origen. El coronel Puisalés se dirigió, para conseguirlo, al Roncal con unos 600 hombres, y el 21 de mayo acometía la entrada en aquel escabroso valle y el de Ansó, separados entre sí por espesísimas breñas y rocas y desfiladeros casi inaccesibles. El sitio, así, era muy favorable á nuestros compatriotas que supieron aprovecharse tan hábilmente de los accidentes que les ofrecía, que al fin de la jornada no lograron salvarse de la batida más que unos 120 franceses que, marchando de reserva, no habían penetrado en los valles (1). Los demás fueron muertos ó cayeron prisioneros, incluso, entre estos últimos, su jefe Puisalés.

Esperando Renovales que los franceses no dejarían sin venganza aquella derrota, trató de fortificarse en el país, pidiendo recursos militares á Lérida y armeros á Guipuzcoa, con lo que se prometía crear en las montañas pirenáicas un núcleo de resistencia bastante robusto para impedir la ocupación tranquila de Navarra y el alto Aragón por parte de los invasores y amenazar las comunicaciones que habrían de necesitar entre las capitales de ambos reinos. Y no había acabado de municionarse cuando, acometido otra vez en aquel que su imaginación exaltada le hacía suponer un nuevo Sobrarbe, rechazaba también á otra columna imperial que hubo de regresar á Lumbier, perseguida de muy cerca por los nuestros. Cuál no sería el efecto producido en Pamplona y Zaragoza por aquellas acciones,

(1) Y esos pudieron volver á su campo guiados por un traidorzuelo que, en el momento más propicio, debía lanzarlos sobre la retaguardia de los patriotas de Renovales.

y adónde no llegarían las quejas de los franceses fronterizos, para que un general del Imperio se rebajara á entablar correspondencia, hasta amistosa, con Renovales, buscando en el pretexto de pedirle cuenta de la muerte de algunos prisioneros y de su fuga el modo de hacerle deponer las armas y aun atraerle al partido francés (1).

Interrumpida la correspondencia por la entereza patriótica de Renovales, continuó la lucha en el Pirineo, á la que contribuían con todas sus fuerzas Perena, tantas veces citado en esta obra, y D. Miguel Sarasa, un caballero aragonés que se había propuesto lavar la afrenta de la capitulación de Jaca, cuyo nuevo corregidor, el josefino, era tío suyo. Todo lo abandonó, mujer, hijos y hacienda, por acudir al llamamiento de la patria; y el 6 de julio combatía á los franceses en Sarsa

Sarasa y otros guerrilleros de Aragón.

(1) En su carta del 2 de agosto le decía D'Agoult: «General: os ofrezco mi estimación por el trato que habeis dado á Puisalés. El asesino Buruchuri no ha nacido para servir á vuestro lado. Os ruego, pues, que accedáis á los deseos del general Suchet enviándome los artilleros prisioneros que sé que tratáis tan bien. Yo hago lo mismo con los oficiales españoles, aun cuando 36 de ellos y el general Villava se han fugado faltando á su palabra de honor. Vuestra ulterior conducta sirva de excusa, general, á ese olvido también de la palabra empeñada. Dad tranquilidad á esos valles para, así, adquirir derecho á nuestra consideración...»

Renovales le contestó el 20 justificando al partidario Buruchuri con haber ahorcado en Pamplona á cinco de la guerrilla; y en cuanto á su fuga le decía: «Si yo me fugué antes de llegar á Pamplona, advertid que se faltó por los franceses al sagrado de la capitulación de Zaragoza. Fuí el primero á quien el general Morlot, sin honor ni palabra, despojó de caballos y equipaje, hollando lo estipulado. Si al general francés es lícita la infracción de un derecho tan sagrado, no sé por qué ha de prohibirse á un general español faltar á su palabra de prisionero... Ni dinero, ni honores, ni amenazas inclinarán mi corazón á otro partido que el del legítimo rey Fernando VII, y pienso combatir aun cuando llegara á ser el último que sobreviviese á la Nación.»

Marcuello, el 19 sorprendía la guarnición de Sangüesa y se presentaba el 29 ante los muros de Jaca á la cabeza de 200 ó 300 paisanos y soldados, para recuperar parte de los ganados de su antigua propiedad. Situado después en el célebre monasterio de San Juan de la Peña, enterramiento de los reyes de Aragón, Perona en las fuentes del Cinca y del Gállego, y Renovales en los valles antes mencionados, no sólo penetró el terror en los fronterizos de las faldas septentrionales del Pirineo, varias veces invadidas por los españoles, sino que Suchet, que ya se creía invulnerable en sus conquistas, aseguradas con las victorias de María y Belchite y con la ocupación de Jaca, Monzón y Barbastro, hubo de destacar grandes columnas que, dirigidas por Habert y Gazán, limpiasen toda la tierra alta de guerrilleros.

Dice en sus Memorias: «Las partidas que se formaron en la izquierda del Ebro, nos fueron aun más perjudiciales... El convento de San Juan de la Peña, situado en una posición formidable, llegó á ser como el depósito principal de aquellas partidas, y atrincherado y guarnecido por el enemigo sirvió de punto de apoyo á cuantas hostilizaban las inmediaciones de Jaca. Al Este de aquella plaza y hacia la raya de Cataluña, los coroneles Perona, Pedrosa, Baget, Sarasa y el padre Teobaldo se mantenían encastillados con sus tropas en las más altas montañas de Huesca y Barbastro, no lejos tampoco del Cinca, y bloqueando, aunque á distancia, nuestros cantones y puestos y dándose la mano y en comunicación constante con el general marqués de Lavalle (D. José Casimiro de La Valle) gobernador de Lérida.»

«Todas esas partidas, añade, bien que situadas á lar-



ga distancia unas de otras, comenzaron á operar simultáneamente y bajo un mismo sistema. Asesinaban á nuestros rezagados ó dispersos y no pocas veces asaltaban á nuestros destacamentos si no eran fuertes ó si no vivían muy alerta, infundían un gran terror en el país, molestando, sobre todo, á nuestros adeptos, interceptaban los correos, sorprendían los convoyes é impedían la recolección y los transportes de dinero y de víveres arrancados á los pueblos. Al acercarse nuestras tropas, todas aquellas bandas levantaban el campo sin aventurarse á combatirnos; de manera que sólo se las distinguía en sitios para nosotros inaccesibles, por lo que nunca podíamos atacarlas con la esperanza de un éxito decisivo. Para alcanzarlas y para solamente verlas, era preciso sorprenderlas» (1).

Gayán. Tampoco estaba pacífica la tierra, no hacía mucho ensangrentada, de la derecha del Ebro, en las cuencas sobre todo del Huerva y del Jiloca. Recorríalas el coronel Gayán y hasta se había establecido en Nuestra Señora del Águila, santuario muy venerado de los alendaños, que se alza en la cumbre de un gran monte, de donde se atalayan la comarca de Cariñena y las inmediaciones de Zaragoza, de que dista unos 40

(1) Ya había querido Gazán sorprender también la plaza de Lérida y, cuando no, imponerse á su gobernador para que se la entregara, proponiéndole el 16 de marzo de 1809 una capitulación honrosa en nombre de Suchet; pero Valle le contestó: «Señor Conde de Gazán:=El Gobernador de Lérida, su guarnición y su pueblo piensan con todo el honor que es característico á unos militares valientes y á unos habitantes decididos á la defensa de su justísima causa. Y si Zaragoza sin murallas se ha sabido resistir dos meses, con grandes pérdidas de los sitiadores, no espera hacer menos quien está cubierto de inexpugnables fuertes, con todos los medios necesarios para dejar bien puesto el honor de las armas que se le han confiado.»

kilómetros. A Gayán le gustaba mandar mucha gente; y, ayudado por la junta de Molina, reunió entre sus voluntarios, algunos dispersos de María que con él se habían separado allí del ejército, y los batallones de Soria y la Princesa, fugados de Santander á favor de circunstancias y de una marcha verdaderamente extraordinaria que recordaremos más adelante, de dos á tres mil hombres, si no bastantes para resistir á Suchet, más que sobrados para ser presa de la discordia española. Todos querían mandar; y sorprendidos el 20 de julio por Suchet que, después de apoderarse de Paniza, atacó el santuario con cuatro batallones y algunas piezas de artillería, huyeron para el puerto de Used y las altas mesetas de Molina y Soria, donde reponer sus fuerzas y reorganizarse.

Villacampa.

Era preciso, si había de repararse aquel descalabro, mandar allí un jefe bastante caracterizado por su empleo y sus servicios y que supiera imponerse á todos, y el general Blake envió al brigadier D. Pedro Villacampa, hombre de carrera y que acababa de distinguirse en Zaragoza y en el Ejército. Cesaron, con efecto, las rivalidades, y, ya que no recobrar lo perdido, se logró que, unidos á aquella fuerza el batallón de Molina y algunos voluntarios más, se formase una división de 4.000 hombres, con los que Villacampa se adelantó á Calatayud y el 26 de agosto arrojó á los franceses del puerto del Frasno, matándoles mucha gente y haciéndoles hasta 65 prisioneros, entre ellos varios oficiales. Pero ante enemigo tan sagaz y tan engreído ya con sus recientes triunfos como el general Suchet, tales ventajas tenían que ser efímeras; y, con efecto, pocos días después revolvía el famoso Klopisky

con más de 3.000 infantes, varias piezas y muchos caballos, recuperaba Calatayud y ponía á saco la población y las de Daroca y Molina, arramblando con cuantos ganados halló en su camino para conducirlos á Zaragoza y los cantones franceses (1). Villacampa hubo, así, de retirarse á las sierras de Albarracín y la Muela de San Juan, el nudo de montañas donde manan Tajo y Guadalaviar, Cabriel y Júcar.

Pérdida del Tremedal.

En un ramal de aquella inmensa gibosidad, cuya importancia geográfica está revelando su situación en la Península y en la gran divisoria ibérica, se descubre el santuario del Tremedal, donde la veneración de los pueblos comarcanos deposita, con mil piadosas ofrendas, la más ilimitada esperanza de prosperidad, así terrenal como divina. La montaña en que se eleva el santuario es muy propia para la defensa, no sólo por constituir un accidente topográfico, donde por su altura y anfractuosidades cabe organizarla muy bien, sino por las comunicaciones que se desarrollan á su pie en las cuencas de los tres últimos ríos citados antes, que ofrecen salida libre y segura á los defensores en caso de un desastre. Estas condiciones físicas, unidas al prestigio que en nuestra cristiana España tienen los venerandos lugares, abrigo en la guerra de la Reconquista de los comarcanos, siempre mirándose en las santas imágenes que desde lo alto parecen ofrecérselo,

(1) Esto hace decir á Schépeler: «Los soldados que guardaban aquellos rebaños, caían frecuentemente con su presa en manos de los españoles, y parecía vivirse en tiempo de los moros ó de los godos, ó, mejor, en la Grecia moderna, cruzada por las hordas asiáticas. Las necesidades diarias no excusaban el pillaje, porque se tomaba mil veces más de lo que hacía falta; vendiendo los generales, oficiales y soldados, la presa ó dándola á los josefinos.»



daban al Tremedal una importancia militar grandísima si no en el sentido técnico de la estrategia, sí en el de las costumbres y tradiciones bélicas de nuestros padres, hechos en los países montuosos á la guerra irregular y de rebatos.

Allá fué, pues, á encumbrarse el pequeño ejército de Villacampa, como el de Gayán había ido á la peña del Águila, para, del mismo modo y con igual facilidad, ser desalojado por las tropas de Suchet. Porque, presentándose el 20 de octubre al pie de la montaña el coronel Henriod con dos regimientos de infantería, uno de coraceros y varias piezas, cañones y obuses de campaña, maniobró con tal habilidad desde Orihuela y amenazando las comunicaciones de los defensores del Tremedal, que logró sorprenderlos entre las rocas y picos sobre que se alza el santuario, arrojándolos de él con poca pérdida y ejecutivamente (1).

Destrucción de San Juan de la Peña.

Si quedó así pacificada, en cuanto era posible y por el momento, la orilla derecha del Ebro hasta los términos de Aragón con Valencia y Castilla la Nueva; no sucedió lo mismo en la izquierda, por muchos que fue-

(1) Suchet describe la operación como si fuera la de los romanos para la conquista del Vindio. Se conoce que el coronel Henriod le dirigió un parte tan pomposo como acostumbraban darlos los franceses todos que perseguían á nuestros guerrilleros. Por supuesto, que, como de costumbre también, al querer justificar la voladura del santuario, lo hace con la mayor torpeza, atribuyéndola al deseo de destruír las municiones amontonadas por los españoles.

La circunstancia, sin embargo, de haberse salvado la imagen de la Virgen, escondida en un hueco del muro por un sacerdote, dió lugar á que, dando al desprecio el revés sufrido y las pérdidas materiales causadas por el vandalismo de los invasores, aumentasen la veneración y la confianza en el cielo para la obra patriótica de la independencia española en aquel país.

ran los esfuerzos y exagerada y cruel la energía de Suchet para conseguirlo. Puesto en comunicación con D'Agoult para ejercitar combinadamente su acción desde Navarra, dirigió primeramente una parte considerable de sus fuerzas á levantar el bloqueo que las partidas españolas habían impuesto á la plaza de Jaca por donde Suchet comunicaba, aunque trabajosamente, con Francia. Ya logró abastecerla por algún tiempo; pero, á su regreso á Zaragoza, la expedición dejó tan cortada é impenetrable para los correos y convoyes la vía de Canfranc como antes, dominándola de nuevo los guerrilleros y amenazando apoderarse de Jaca. Y como, á pesar de las condiciones desfavorables de aquel camino, de tanto y tanto obstáculo, hoy allanados, como entonces ofrecía para el tránsito de tropas, importaba demasiado el mantenerlo, ya que no expedito, seguro por ser la más corta comunicación del Ejército francés de Aragón con el Imperio, Suchet se decidió á, con un gran golpe de energía, ya que no necesitaba darlo de audacia por la superioridad de sus fuerzas, acabar con la insurrección, enseñoreada entonces de los altos valles del Pirineo. Era necesario ante todo destruir el establecimiento militar creado por los guerrilleros españoles en San Juan de la Peña, situado en la sierra paralela al Pirineo que, aun cuando arrancando de la cordillera y ligándose con la de Guara por bajo de Jaca, se corre al O. formando la margen izquierda del río Aragón y en élla la Canal de Verdún con los nombres de Peña de Oroel y de San Juan en que se alza aquel portentoso monasterio, mausoleo predilecto de los soberanos de la antigua república aragonesa.

Suchet envió á aquellos lugares al general Musnier



con dos batallones de línea, uno ligero y parte de la guarnición de Jaca y con la misión de destruir la que él llamaba *guarida*, al abrigo de la cual se ejecutaban impunemente los desastres acabados de experimentar en aquella comarca (1).

La empresa no era lo dificultosa que pretende el célebre Mariscal en sus Memorias, y Musnier la ejecutó con el éxito que deseaba, retirándose Sarasa después de alguna resistencia, si honrosa, nada eficaz, y con el resultado á que en tales ocasiones aspiraban siempre los franceses. San Juan de la Peña corrió la misma suerte que Nuestra Señora del Aguila y el Tremedal, dejando Musnier tan sólo sin inutilizar la capilla abierta en la peña, en la que su general en jefe fundó una misa, *por justo respeto*, decía, *por unos restos y objetos que los aragoneses veneraban en tan alto grado* (2).

Renovales se retira á Cataluña.

Entonces continuó Musnier su jornada á los valles del otro lado del Aragón en que se mantenía Renovales creando los establecimientos de depósito y reserva que sólo más adelante habría de ver acabados y funcionando su sucesor Espoz y Mina. El día 27 de agosto comenzó la lucha en el de Ansó, donde los guerrilleros y con ellos los habitantes sostuvieron una lucha sumamente encarnizada que terminó el 28 con el incendio y el pillaje de la población que le da nombre. Al mismo tiempo atacaba el coronel Plike el Roncal; y el 29

(1) Acababan de ser pasados á cuchillo dos destacamentos franceses que escoltaban músicos de los cuerpos del Ejército.

(2) Por cierto que añade que se lo agradecieron mucho.

¡Cuidado si es pretensión en un incendiario, destructor de monumento tan venerando!

Dice Toreno: «Pensaba quizá cautivar de este modo la fervorosa devoción de los habitantes, mas tomóse á insulto dicha fundación y nadie la miró como efecto de piedad religiosa.»

confluían á ese valle las fuerzas de Musnier, vencedoras en Hecho y Ansó, otras procedentes del de Salazar, y las que, por el camino de Olerón, amenazaban tomar inmediatamente parte en combate tan desigual. Por los incendios de aquellos días Renovales comprendió que la resistencia, si hasta entonces costosísima para los franceses, acabaría por producir la destrucción de toda la comarca, casas y cosechas, así como una gran mortandad en la población que no pudiese abandonar sus hogares, y aconsejó la capitulación que un D. Melchor Ornat concluyó con Musnier asegurando á los naturales su libertad y haciendas. Renovales se retiró desde Urzainqui, donde se había concentrado con su tropa, á las márgenes del Cinca, teatro de otra lucha, tan sangrienta y tenaz como la de la cuenca alta del Aragón, entre Perena, Baget y Pedrosa con otros partidarios más, aragoneses ó catalanes, y el general Habert que, después de varios combates y de crueldades sin cuento con los armados y los inermes, consiguió limpiar el país de las partidas que lo mantenían en la obediencia y el afecto á la causa legítima de la Nación (1).

Ya veremos, con todo, que no terminó allí la tarea de los franceses para imponerse en aquella tierra clásica de la independencia española, sino que les fué necesa-

---

(1) Habert llegó á Fónz donde ejerció una bárbara matanza hasta en los viejos y enfermos que no pudieron abandonar la población. Llegó su crueldad á la de saquear todas las haciendas y casa del rico propietario Sr. Cistué que anteriormente se había comprometido mucho por salvar á algunos franceses prisioneros. Y sin embargo decía Suchet en una orden del día: «La cobarde ferocidad de los habitantes de Fónz queda castigada: su población no existe. Pueda servir este ejemplo para demostrar que los crímenes no quedan nunca impunes.» Y dice á eso Schépeler: «¿Y también los de Cistué?»



rio seguir peleando hasta fines de aquel año de 1809 para dominarla toda y darla *la paz y el reposo que*, parodiando una proclama de Suchet, podemos decir *reinaban allí donde ponían su planta las tropas francesas*, la paz que tan gráficamente definía el gran historiador romano.

Ubi solitudinem faciunt
pacem appellant.

Entonces fué cuando, por tomar rumbo diferente é internarse en Navarra, comenzarón á figurar los Minas, dos guerrilleros, parientes próximos y de un mismo pueblo, Idocín, lugar no lejano de Aoiz, la desgracia de uno de los cuales, el más joven, produjo el encumbramiento y la gloria del segundo, celebrado cual ninguno después por sus excepcionales cualidades para ese género de luchas. Aquél, precediendo á su tío en el alzamiento y dotado de una rara energía, se hizo muy pronto lugar en el ánimo de los navarros y se atrajo, también luego, la atención de los franceses y su odio y, de consiguiente, la persecución que, á fuerza de constancia y habilidad, habría de conducirle á su pérdida. Estudiante y curándose en su pueblo natal, hubo de trasladarse á Pamplona para redimir con dinero la prisión que los franceses impusieron á su padre por la desaparición de un sargento que, con otros, saqueaba el pueblo. Ya allí, se concertó con algunos condiscípulos suyos y amigos, á los que dirigió al Roncal, primero, teatro no hacía mucho de las hazañas de Renovales, y después á Rioja, donde campeaban don Ignacio Cuevillas, el cura Tapia, el hijo mayor del marqués de Barrio Lucio y el capitán de navío D. Ig- Mina.



nacio Narrón, presidente entonces de la junta de Navarra. Entre cien combates que, aislados ó juntos, dieron los guerrilleros en derredor de Logroño abandonado momentáneamente por los franceses, llamados á Burgos por el general Kellermann para una combinación, cuyo fracaso relataremos en otro capítulo, el de Sansol ofreció circunstancias notables. Salieron de Viana juntos Cuevillas, Mina y Barrio Lucio con el marino Narrón y una fuerza total de 1.000 fusiles, muy medianos, y 300 caballos, al encuentro de 1.000 franceses procedentes de Pamplona, á quienes batieron el 18 de noviembre. Tan completa fué la derrota que, dos días después llegaba Barrio Lucio en persecución de los franceses á las puertas de aquella plaza, y Mina sorprendía Tudela y obligaba á la parte de la guarnición que logró salvarse á buscar guarida en un convento, hábilmente fortificado para casos como aquél. La acción había sido reñida y, lo que es más, ejecutada tácticamente, acometiendo los guerrilleros las alas con singular denuedo, mientras el Marino con el centro rompía el de los franceses.

Acción de Sansol.

Tan escarmentados quedaron los imperialistas con la acción de Sansol y con las correrías de Salazar, Angulo y Alonso, en seguimiento de los convoyes y correos, de los que interceptaron varios cerca de Briviesca y hasta de Vitoria, que por algún tiempo pareció abandonada de ellos aquella parte importantísima de la cuenca del Ebro. Salazar había elegido por línea de sus operaciones el camino de Burgos á Pancorbo; como el cura Merino junto á Lerma y Tapia se cernía con Pérez, Orúe y el P. Herrera sobre Briviesca; unos, por los altos valles confluentes al del Ebro, y los otros, en

las fuentes del Oca y del Glera, hacia Montes de Oca y las sierras de la Demanda y San Lorenzo. Este era el teatro predilecto de Cuevillas que, lo mismo en aquella guerra que en las posteriores civiles, parecía siempre en acecho de Belorado, Nájera y Santo Domingo de la Calzada, en cuyo puente, obra del seráfico eremita, logró una vez derrotar un fuerte destacamento francés que, con pérdida de más de 100 de los suyos, hubo de encerrarse en el convento de San Francisco, edificado por el insigne Juan de Herrera. Fué necesario el socorro de un cuerpo imperial, procedente de Burgos, que lo recogiese y con el que se trasladó á Logroño, para abandonarlo inmediatamente, temblando de las bandas de guerrilleros que, ansiosos de tal presa, se apresuraban á cercarlo.

El ejemplo del Empecinado y del cura Merino sacaba al campo cien y cien émulos de sus gloriosas empresas y con la pretensión, en varios, de superarlas.

En Salamanca y Zamora.

Y lo que en aquella elevada región de la cuenca general del Ebro y en la vieja Castilla colindante con Navarra y el señorío de Vizcaya, se veía en la media del Duero por Salamanca y Zamora, en que la proximidad de los ejércitos de la Izquierda y de Portugal, ofrecía abrigo en los mayores apuros, no poco frecuentes, ocupada, como estaba, por Soult, Ney, Mortier y Kellermann. Era igual la lealtad de los habitantes, la proverbial de nuestros viejos castellanos; una misma la abnegación por causa tan legítima, tan santa puede decirse; y se exhibieron á la vista de los invasores con el calor de un entusiasmo de que no hay ejemplo en ningún otro país de Europa.

Además de Echevarría, que hemos visto hace poco



picando la retaguardia de Soult en Montefurado y la Puebla de Sanabria, y de Fr. Juan Délica, llamado *El Capuchino*, el valiente apresador del general Franceschi, pululaban en la provincia de Zamora varios otros guerrilleros, todos emprendedores, unos más que otros, célebres después y encumbrados á los honores y los empleos más altos, civiles y militares. D. Tomás García Vicente llegó á ser jefe de toda una brigada cuyos hechos historió en un libro, manifiesto que habremos de citar repetidamente al conmemorarlos (1); don Lorenzo Aguilar de Toro, como el P. Délica y D. Mateo Domínguez; D. Jerónimo Saornil y D. Antonio Abad; pero descollando, á una gran altura de ellos, D. Julián Sánchez, llegaron á aterrar de tal modo á los franceses, que allí operaban, y á excitar á tal punto la bilis del duque de Valmy, que dió una circular draconiana, tan cruel para los hombres y hasta los animales del distrito de su mando, como bochornosa para él y reveladora de los sustos que le hacían pasar sus infatigables enemigos los guerrilleros.

D. Julián Sánchez.

D. Julián Sánchez reunía á un espíritu de venganza, propio de quien había visto ferozmente ultrajada su familia por los franceses, el instinto de la verdadera milicia buscando el combinar sus operaciones con las de los ejércitos nacionales ó aliados para ofrecerles la inmensa ventaja de las noticias, la seguridad de su vigilancia y el fruto inapreciable de los reconocimientos. Soldado antiguo, estimaba en todo su valor la disciplina; y sin las horribles violencias ejecutadas

(1) «Documentos relativos á las operaciones de la Legión de Honor de Castilla.»

en sus padres y hermana, hubiera quizás vuelto á un regimiento de línea como el de Mallorca, en que había servido. La venganza le llevó á otro género de guerra, en el que pudiera entregarse, con toda libertad, á tomar satisfacción más cumplida y personal de los agravios recibidos. Principió D. Julián su hazañosa carrera con ocho ó diez camaradas de patriotismo tan exaltado como el suyo, y poco después mandaba ya un escuadrón de 200 lanceros, con el empleo de capitán que le confirió el Duque del Parque y aprobó inmediatamente el Gobierno de la Junta Central. Tal autoridad adquirió entre sus paisanos y entre los mismos guerrilleros, con ser, por índole y naturaleza propias, hombres todos apasionados por su independencia, que fué quien contestó á la provocación que les había dirigido el general Marchand, al prender á ocho propietarios del país, con la amenaza de castigarlos más rudamente si no conseguían con su prestigio la desaparición de las guerrillas. «Decís, le escribía, á los pueblos que los roban las bandas de asesinos que han tomado el nombre de las guerrillas, cuando son éstas las que os impiden robar y son las que devuelven á los propietarios sus ganados. Preguntad en las aldeas quiénes son los que las saquean, incendian y destruyen, quién profana sus templos y sacrifica las mujeres á sus brutales deseos.....»

Se conoce que los franceses, desesperanzados de sujetar á los guerrilleros con las armas, se habían propuesto conseguirlo amenazando á los pueblos con todo género de extorsiones, si no los hacían desaparecer ó alejarse. Porque algunos días después de la circular de Marchand, el 25 de Octubre, daba Kellermann la á que nos referíamos hace poco, calificándola de draconiana

é indigna de su nombre. Con decir que se ordenaba en élla, bajo las penas más severas, inutilizar para la guerra los caballos no requisados por el Ejército de su mando, arrancándoles, además, un ojo y marcándolos, se comprenderá hasta dónde se hallaba su ánimo de exasperado. Se conoce, así, perfectamente que no se sentía con las fuerzas hercúleas que consideraba necesarias para matar la hidra de la sublevación española, como escribía á Berthier en uno de sus despachos, citado anteriormente, tan lisonjero para Napoleón.

Fray Lucas Rafael. La crueldad del general Lapisse produjo otro guerrillero en Castilla que, si no reunía las condiciones de Sánchez, se distinguió también mucho por sus venganzas. Fray Lucas Rafael, religioso franciscano, había visto morir á su padre, caballero hacendado de Villarbarba, por negarse resueltamente á reconocer al Intruso, diciendo que «no conocía más que un Dios, una Ley y un Soberano, y que éste era Fernando VII.» Fray Lucas, entonces, abandonando el claustro y los hábitos, montó á caballo y, puesto á la cabeza de una partida de guerrilla que organizó y armó á su costa, se dedicó á lo que todos, á interceptar correos y convoyes, á sorprender destacamentos y á dar muerte á cuantos franceses cogía.

A fines de 1809, al decir de las certificaciones y testimonios presentados en el Consejo Supremo, llevaba muertos por su mano 600 franceses, apresados carros y bagajes en gran número con más de tres millones de reales, alhajas que el enemigo había sacado de las iglesias, víveres, armas y municiones que remitió á Ciudad Rodrigo, y, entre los prisioneros, había cogido á la mujer del que diera á su padre el golpe fatal. Así y al ter-

minar aquel año, de sacerdote pacífico y de perfecta vocación monástica, puesto que dejaba en el mundo una regular fortuna, se transformó el P. Lucas en guerrillero insigne, tan temido que sucedió en ocasiones el excusarse los invasores de entrar en pueblos en que suponían inevitable su encuentro.

¿Quién había de decirles á ellos y á Dorsonne, Roquet, D'Agoult y tantos otros vencedores de los formidables ejércitos de Austria, Prusia y Rusia en Austerlitz, Jena y Friedland, que unos miserables labradores, curas de aldea ó soldados fugitivos, que consideraban tan imbeles como aquéllos, iban á resistirlos, á burlar su furia característica y, no pocas veces, á vencerlos?

Ya hemos visto á nuestros guerrilleros de Toledo y la Mancha vengar la derrota de Almonacid, asaltando la ermita de la Oliva con muerte de muchos de los franceses sus defensores y prisión de otros varios, y arrojando á 500 de ellos del pueblo mismo teatro de su reciente victoria. Mir y Jiménez, los héroes de aquella hazaña que los extranjeros han sido los primeros en admirar por lo hábil en medio de la temeridad que revela, campeaban por toda aquella tierra esparciendo el terror en los destacamentos de los franceses y en las avanzadas y retaguardia de sus columnas de operaciones. En Toledo y la Mancha.

Mir mandaba una partida de 100 infantes en aquella ocasión; pero poco antes, el 5 de abril, observando que se dirigían á Consuegra unos veinte jinetes enemigos á los que seguían de cerca otros 40 peones, se interpuso entre ellos con 10 de los suyos, juramentados á vencer ó morir, y descendiendo á la altura del



Castillo, mató á cuantos franceses no se rindieron, quedándose con un general, entre éstos, su secretario y un comisario de guerra, y dispersando después á los infantes que iban detrás. Y con eso motivo decíase en la *Gaceta:* «Esto hacen, y harán siempre, 11 españoles contra 50 hijos armados del fiero Napoleón. Guerra de moros contra estos infieles: aquellos nos enseñaron el arte de vencerlos y de arrojarlos al fin de España. Sálvese la Patria, enterrando enemigos todos los días: así se mata la langosta. La obra es más lenta y más larga, pero es más segura por menos arriesgada, y vuelve guerrera á la nación, como lo fué cuando era un pasatiempo salir á blandir la lanza contra los agarenos. Escaramuzas, celadas, rebatos, ardides; son nombres castellanos de la antigua milicia, la más necesaria en la guerra doméstica. La naturaleza del terreno y de los habitantes hace á España invencible.»

He aquí un curso entero de la táctica de guerrillas, tal como se ha entendido siempre en nuestro suelo desde que sufrió las primeras invasiones hasta nuestros días.

También entre Talavera y Madrid operaba otro guerrillero que dió mucho que hacer á los franceses. Llamábase Camilo, labrador muy rico de las inmediaciones de aquella primera población y que hasta resignado había visto cómo los enemigos de España le habían saqueado por dos veces su casa y muerto sus ganados. Pero, no satisfechos, sin duda, con eso, los franceses llegaron á atropellar torpemente á su mujer y sus dos hijas; y, al saberlo, juró Camilo vengarse y lo hizo á punto de que cuantos enemigos cayeron en poder de la partida que en pocos días llegó á formar, fueron



todos, sin excepción alguna, inmolados á su furor (1).

En Cataluña.

Pero donde esa guerra popular, tan afortunada para los españoles, tan incómoda y hasta bochornosa para los franceses, en el interior de la Península y los Pirineos centrales y occidentales, se hizo casi general, fué en Cataluña que, habiéndola iniciado con tanta gloria en el Bruch al sonar en el campo los primeros tiros de la guerra de la Independencia, la prosiguió en toda ella con mayor fruto cada día, siempre con igual entusiasmo y la misma tenacidad.

Existía, para eso, en el Principado una circunstancia no conocida en las demás provincias invadidas por los franceses: la de una constitución militar propia y de muy antiguo autorizada, la de los Miqueletes y el Somatén (2).

No son de este lugar la descripción y la historia de esas dos instituciones á cual más eficaces y gloriosas, temas de tanta alabanza en los anales de aquel país, causas, no poco influyentes, de esa serie de luchas inacabables que no sólo han perturbado, cuando no impedido, la reconstitución de la patria común á todos los españoles, sino que han servido siempre de apoyo á pre-

(1) Según M. de Naylies operaba muchas veces después en combinación con Palarea.

(2) Al tratar Gouvión Saint-Cyr en su *Diario*, tantas veces citado, sobre las excelencias de una reserva general que él llama de Veteranos, cuya necesidad reclama desde que presentó la Prusia su landwehr en 1813 y 1814, dice así: «Esos medios (los necesarios para oponer los pueblos una resistencia tenaz) existían de mucho tiempo atrás en Cataluña; tenían la ventaja de haberse experimentado en las guerras precedentes de hacia más de un siglo, y consistían en la organización bien combinada de sus miqueletes, hombres elegidos entre los más jóvenes y robustos de la provincia, y los Somatenes, es decir, las masas de la población.»

tensiones, si justas á veces, muchas injustificadas y altaneras, fatales siempre.

Afortunadamente ahora, como en otras solemnes ocasiones de lucha por la integridad de España, no como en la de mediados del siglo XVII y principios del XVIII, que envuelven contradicción tan patente entre las corrientes francesas y austriacas en la sucesión de la corona española; felizmente, repetimos, en 1808 esos elementos de fuerza, genuinamente catalanes, fueron empleados en la defensa nacional y, según vamos á ver, con la mayor eficacia.

Al reseñar las operaciones de Duhesme y de Saint Cyr, expusimos el brillante cuadro que presentaba la sublevación catalana como auxiliar de los esfuerzos, tantas veces inútiles, del ejército español en las dos campañas de uno y otro lado del Llobregat. Miláns del Bosch, antiguo militar ya, y Baget, Clarós, Rovira, Eroles y otros, se habían acreditado para la época que estamos historiando como patriotas fogosos y hombres esforzados, de genio militar para la guerra de montañas, ágiles, activos é incansables en la ejecución de sus empresas. Así creían corresponder á la honra de sus casas y á la explosión de sentimientos de sus compatriotas, general en el Principado y unánime. «Desde la clase más elevada, dice un historiador catalán moderno, á la más humilde, de todas las profesiones y de todas las jerarquías brotaban capitanes entendidos, de ojo perspicaz y fina táctica, guerrilleros atrevidos, nuevos Viriatos, asombro de actividad y de incansable esfuerzo, que lo mismo atacando que retrocediendo ofendían al enemigo, que derrotados por la mañana volvían por la tarde con nuevo ardor al combate, que

desalojados de un bosque ó de una eminencia, se acogían á un desfiladero escarpado, ó disputaban con denuedo el paso de un puente cualquiera; todos los accidentes, todas las ventajas del terreno les eran familiares, mas su inteligencia, su acertado golpe de vista, su guerrera perspicacia eran superiores á todo: sus planes rayaban en temeridad, y tan pronto eran concebidos como ejecutados, tan pronto tenían por objeto caer un puñado de mal armados somatenes sobre una división compuesta de algunos miles de hombres, como arrebatar un convoy bien escoltado, sorprender una fortaleza nada desprevenida, ó acuchillar ó hacer prisioneros bajo los cañones de la capital á destacamentos enteros de caballería é infantería, y arrebatar el ganado que á la guarnición debía servir de alimento, y que en el glacis ó campos á él inmediatos tranquilamente apacentaba. Entonces para mengua del invasor y gloria de Cataluña, aparecieron los Miláns del Boch, los Clarós, los Barris, los Roviras, los Bagets, y empezó el invicto Manso á señalarse por su proverbial arrojo, revelando al caudillo glorioso á cuyo sólo nombre temblaron las huestes numerosas del emperador francés.»

Cuantas hazañas se han ido especificando en el párrafo anterior, habían sido ya ejecutadas en el tiempo que llevamos historiado en la presente obra, y podríamos sin trabajo irlas dando lugar fijo en los diferentes sucesos ya sacados á luz para gloria de los catalanes en aquella guerra. Esos mismos nombres, ahí citados, nos son familiares, repetidos cien veces, como han sido, en las acciones campales, sitios de plazas y en los mil encuentros en que los hemos hecho figurar desde las

acciones del Bruch y el bloqueo de Barcelona hasta la fatal jornada de Valls. Pero vemos estampado el de Manso y, como al escuchar los del Empecinado, el cura Merino, Sánchez y Mina, necesitamos sacar á luz su abolengo, popular como el de aquellos, la razón de su salida á los campos de batalla, sus gloriosos hechos, en fin, y su carrera.

Manso. D. José Manso y Solá, nacido el 26 de septiembre de 1785 en Borradá, se hallaba en 1808 en Barcelona dirigiendo el molino llamado de San Pedro, cuyo establecimiento le proporcionaba la natural ganancia de tal industria y la de la venta de bayetas que al mismo tiempo hacía elaborar en su casa natal, heredada de sus padres. Temeroso de ser llevado á Francia como todos los jóvenes de la ciudad, huyó á su aldea cuando toda la tierra alta de Cataluña y las márgenes del Llobregat se habían alzado en armas con el entusiasmo que naturalmente habrían de inspirarles las tan admirables como inesperadas acciones del Bruch, primeras chispas de aquel incendio en que habría de apagarse y consumirse el orgullo de las, hasta entonces, nunca vencidas legiones del emperador Napoleón.

Sus primeras hazañas. Pronto apareció á la cabeza de los patriotas de su comarca, á pesar de no tener en ella la fama, en tales ocasiones indispensable, de aficionado al tráfago de la guerra. Una comisión, la de introducir fondos á los sitiados por Duhesme, le llevó á Gerona, y la situación posterior de las tropas en la próxima frontera le hizo asistir á la defensa de Rosas, de cuyo hospital logró, enfermo y todo, fugarse en las lanchas del puerto momentos antes de que la artillería francesa lo despejase de los auxiliares marítimos, ingleses y españoles, con

que la plaza contaba al comenzar el sitio. Pero esa circunstancia, afortunada al parecer, le atrajo la desgracia de un concepto desfavorable en el ánimo de sus paisanos que sólo vieron en aquel acto, tan natural en su clase y posición, el de un abandono punible de sus subordinados, casi todos sacrificados ó prisioneros en las brechas de la plaza á cuya defensa habían sido llamados.

Para restablecer su opinión, necesitaba hacer grandes esfuerzos, así de un valor que no pocos le negaban, como de la inteligencia necesaria en una guerra, toda actividad, ardides y constancia. Y no careciendo de esa dote, soberana en el hombre, como lo justificó en su larga y procelosa carrera de más de cincuenta años, no descansó hasta, por sí ó por agentes suyos, hallar ocasiones en que demostrar las cualidades todas de arrojo, fuerzas y habilidad propias de un guerrillero de aquellos tiempos y en el país de los Miláns, Clarós y Eroles que ya habían llegado á distinguirse y acreditarse. Hízose, así, notable en la retirada de la villa de Tarrasa que se había intentado sorprender, aunque en vano, en el ataque de una partida francesa de 100 hombres, entre peones y jinetes, que salieron á forragear junta á la ermita de Velviche, acción donde se quedó con 34 prisioneros y 36 caballos, de los que, seis de los, tan temidos como arrogantes, coraceros, creídos hasta entonces invulnerables, en el ataque de un destacamento salido del fuerte de San Pedro Mártir, en el de la batería establecida por los franceses en la Cruz Cubierta junto á Barcelona, y en el asalto de una avanzada, donde Manso, á la cabeza de nueve húsares y un sargento, atacó á otros tantos coraceros, de los que



ocho quedaron heridos ó prisioneros, huyendo y salvándose el noveno por la extraordinaria velocidad de su caballo (1).

Su campaña en el Llobregat.

Pero lo que puso el colmo á la reputación de Manso fué su campaña de aquel año de 1809 en las orillas del Llobregat, después de hacerse escuchar, y seguir de hasta 800 de sus paisanos que, no respetando autoridad alguna ni pudiendo ser sometidos á organización ni disciplina de ningún género, acataron la que él se abrogó acabando por formar á su voz y hasta aclamarle como su jefe, árbitro de sus voluntades y fortuna.

Aquella campaña, primer timbre de gloria y razón del título nobiliario que sus descendientes ostentan, elevó á Manso, más que en los grados de su carrera, en el concepto público y en el de los enemigos (2). Situado en Villarana y fortificando los desfiladeros que dan paso á Molíns de Rey, cuyo puente fué constantemente disputado, como de tránsito forzoso para las comunicaciones de Tarragona, Lérida y Manresa con Barcelona y Francia, raro fué el día en que no tuviera que combatir. En junio, batía á los franceses en Samboy (3)

(1) Dice un biógrafo suyo: «.....Pudiendo decirse que en aquel día (15 de mayo de 1809) nació para el país el nombre de MANSO, pronunciado después con tanta gloria.»

(2) Todos sus compañeros de armas, dice Blanch, señalaban á Manso como el héroe de la jornada (la de la Cruz cubierta). «El había dado la señal de la acometida, él se había lanzado el primero á la pelea, él había perseguido á los que huyeron, y su brazo infatigable acababa de pesar sobre los fuertes coraceros cual azote terrible al que nada resiste, ante el que todo se humilla y confunde. Manso fué nombrado por este hecho capitán, pero el país le señaló como una de sus principales glorias.»

(3) En el *Diario de Barcelona* se estampó la relación francesa no sólo exagerada sino falsa. En ella se dice que los imperiales no tuvieron más pérdida que la de dos heridos, y los

y los rechazaba en Martorell; y obtenidas tres piezas de artillería y habiéndosele agregado algunos jinetes, mantuvo en los últimos días de agosto y primeros de septiembre un combate continuo, del que salieron muy escarmentados los franceses.

Y como las fuerzas del Ejército francés iban por entonces dirigidas á Vich con la misión de mantener las comunicaciones con el Imperio y la de la conquista de Gerona que las aseguraría, las tropas españolas podían reorganizarse en Tarragona, los guerrilleros acudir con ellas luego al socorro de aquella plaza, y Manso tener en alarma constante á la guarnición de Barcelona, ocupada en guardar la población y procurarse víveres en sus inmediaciones. Manso, con eso, no cesaba de hostilizar á los franceses y veía crecer por días el número de sus partidarios, llevados del entusiasmo que les producían sus hazañas que, á mediados de 1809, premiaba también el Gobierno con el empleo de teniente coronel.

No tardaremos en verle cubierto de nuevos laureles por sus proezas, no se sabe si más admirables por la fuerza y la energía personales que se los hicieron merecer, que por aquella aptitud para la guerra nacional con que le dotó la naturaleza. Ni carecía de otra virtud sistemáticamente negada á nuestros guerrilleros, la de un espíritu de caridad que en no pocas ocasiones llegó á proporcionarle disgustos graves, que hasta le hizo sospechoso á sus fieros compañeros de armas. Un biógrafo suyo dice á propósito del combate de la Cruz cu- Su humanidad.

barceloneses vieron aquella noche varios carros llenos de heridos. También se supone con manifiesta falsedad haber cogido prisionero á un brigadier, cuando no hubo ninguno en la acción.

bierta: «En esta ocasión hizo uso el capitán MANSO de su acostumbrada piedad con los vencidos, poniéndose á curar por sí mismo á dos de los prisioneros que habían recibido algunas heridas en el combate; esta acción es tanto más digna de elogio cuanto que la ejecutó MANSO á pesar de las gentes del país que le pedían á gritos los matase; y no poco fruto hubieron de sacar en lo sucesivo sus tropas de esta humanidad tan constantemente seguida por él, pues los franceses, aun en las épocas más encarnizadas de aquella guerra, respetaron y cuidaron esmeradamente por su parte á cuantos soldados de MANSO llegaban á capturar heridos.»

D. Antonio Franch.

A su lado en varios trances militares, aun cuando más antiguo en otros de igual índole, se hizo notar también D. Antonio Franch y Estalella, heredero de una de las familias más ricas de Igualada, que abandonando su casa, mujer é hijos, partió el 5 de junio de 1808 para la hazaña gloriosísima del Bruch, donde fué uno de los que más se distinguieron por su bizarría. Sus convecinos le habían comisionado días antes para recoger en Villafranca las armas que se le facilitaran con el fin de oponerse á las salidas que pudiera verificar la guarnición francesa de Barcelona (1). Su con-

(1) Al suscitarse la polémica, cada día más ardiente, sobre la participación de Manresa é Igualada en la acción del Bruch, ha salido también á luz la de quién fué el que mandaba el somatén de aquella villa que allí combatiera, y un apasionado de Franch en manuscrito interesantísimo que se nos ha remitido recientemente hace las siguientes observaciones:

«La opinión, dice, de algunos historiadores en colocar al igualadino Sr. Llimona en primer lugar ó término fué extraviada:—1.º, por no haber estado de regreso de Villafranca Don Antonio Franch en los momentos de reunirse el somatén en la plaza, de la que salió al llegar Franch y después de haber distribuído cuantas armas le habían sido entregadas, de manera

ducta, después, lo elevó al mando de los somatones y voluntarios de la comarca, con los que se batió en Martorell, Manresa, Cervera y en todo el país inmediato de la derecha del Llobregat, donde Manso, con más fuerza y con autoridad, como ya hemos dicho, que emanaba de la Junta Central por sus empleos militares, hacía guerra tan obstinada y feliz á los franceses. Y no fué el único de su familia en acudir á las armas en servicio de la patria, sino que también las tomaron con él dos hermanos suyos, prisionero el uno en la plaza de Rosas y teniente luego el otro en los cuerpos por aquel tiempo levantados en Cataluña. Que aquellos bravos montañeses no limitaban su acción á la personal que pudieran ejercer en defensa de la causa patria, sino que con su voz y su ejemplo arrastraban al campo á aquellos sobre quienes, por lazos de parentesco ó por autoridad moral, po-

---

que la salida del somatén para el Bruch fué en el momento mismo en que dicho Franch regresaba de su cometido en Villafranca.—2.º, Llimona, además, nació durante la ausencia de Franch y pasó al olvido tan pronto como éste se personó en Igualada á su regreso de Villafranca, pues del primero, ni en su familia, ni en archivo alguno, ni aun por tradición, se conserva documento que justifique sus méritos y servicios, cuando del segundo, ó sea de D. Antonio Franch, son muchos los documentos, comunicaciones y autógrafos que existen de los generales Manso, Lacy, Barón de Eroles, Clarós y otros, así como de varias corporaciones, juntas etc., en que se prueba, de un modo irrefutable, lo que valían sus especiales dotes de mando y la confianza que su patriotismo les inspiraba. Llimona no ha ocupado puesto oficial ni militar en ocasión alguna; Franch, de rico hacendado y fabricante, se le nombra comandante de guerrillas con fecha 6 de junio de 1808, de la primera batalla, y desde ella hasta su fallecimiento en 20 de marzo de 1856, prestó una serie de relevantes y continuados servicios, tanto en lo civil como en lo militar y administrativo, á pesar de la estrechez á que le redujeron el abandono, por la patria, de sus intereses, la ruina de su casa-palacio y la destrucción de sus haciendas por los franceses y afrancesados.»

dían influir para que les ayudaran en su patriótica tarea.

En 1811 es, sin embargo, cuando Franch desplegó las condiciones todas de su enérgico carácter y de su actividad incansable, como más adelante haremos ver, ayudando con su acción y la de las compañías de Migueletes y los somatenes puestos á sus órdenes, las operaciones del general Lacy, del Barón de Eroles y de Clarós en la alta montaña.

Acción general de los Catalanes.

Pero, como dijimos al describir la campaña que terminó con la fatal jornada de Valls, aquella acción tan gloriosa para las armas francesas, y que parecía, tanto como gloriosa, decisiva, sirvió, por el contrario, á recrudecer la guerra en Cataluña, sublevando los ánimos de los habitantes en vez de abismarlos en el abatimiento que Gouvión Saint Cyr creía haber producido en ellos. Los migueletes y somatenes tomaron sobre sí la honrosa carga que hasta entonces había pesado principalmente sobre el Ejército; y, para sobrellevarla con alguna esperanza de vengar los reveses que atribuían á poca energía de las tropas é impericia de los jefes, emprendieron una acción general, creyendo que, como suya, impondría al enemigo más que todos los movimientos estratégicos y las maniobras tácticas que pudieran oponérsele. Y la Montaña, todo Cataluña, respondiendo á la excitación producida en el campo de Tarragona por los atropellos de los franceses y la crueldad de Saint Cyr, se alzó en armas, impulsada por esos, mejor que cálculos fundados en razón alguna militar, sentimientos innatos en sus moradores, cuyo valor y cuya inquebrantable pertinacia crecían al compás de las propias desgracias que acababan de experimentar.

Ya la lucha dejó de ofrecer allí el aspecto de las guerrillas de los primeros tiempos de la insurrección, cooperando con las tropas y sirviéndolas de guías y exploradores en las avanzadas y flanqueos, para tomar el carácter de una lucha general y á muerte. No se dejó de pelear un solo día, en los pueblos abiertos, las aldeas y masías como en las plazas de guerra, en el llano como en la montaña, ya esperando á los franceses, cuando eran muchos, en los puentes y desfiladeros, ya buscándolos, si los veían en número inferior ó proporcionado á sus fuerzas.

Opinión de Suchet y de Valcani sobre aquella lucha.

Nunca nos cansaremos de ofrecer á nuestros lectores el contraste que presenta á los suyos el Mariscal Suchet en sus Memorias, copiado de la obra de Vacani, entre el estado diferente en que se hallaban las tropas francesas en Aragón y en Cataluña. Si no en toda su verdad, pinta con alguna el carácter que llegó á tomar aquella guerra en el Principado. «En esta provincia, dice Vacani, estaban siempre las tropas sobre las armas y expuestas á continuos ataques, bien ocuparan posiciones á campo raso, ya se hallasen encerradas en puestos fortificados: en Aragón, por lo contrario, descansaban tranquilas en las aldeas y los campamentos, porque las autoridades tenían obligación de proporcionarles víveres y darles aviso de los movimientos del enemigo, conformándose en ello los habitantes con las órdenes de sus autoridades. Si las tropas se ponían en marcha, contaban con guías seguros que les enseñasen el camino y, por lo general, no tenían que temer el verse continuamente atacadas como en Cataluña, donde el soldado se veía siempre fatigado por frecuentes alarmas que le vedaban desplegar

la agilidad y el vigor necesarios en los momentos de verdadera precisión. Unos cuantos hombres encerrados en una casa bastaban en Aragón para asegurar la tranquilidad en las aldeas en una línea extensa de operaciones de Zaragoza á las fronteras. Por el contrario, muchas tropas, aun atrincheradas, no bastaban en Cataluña para mantener en orden á los habitantes é impedirles el hacer una guerra de partidas á que sus hábitos y la naturaleza variada de su país les impelían sin cesar.»

Alguna inexactitud contiene ese párrafo, ofensivo á la reputación de los aragoneses, y no refleja tampoco exactamente la fisonomía de aquella lucha incesante en que los franceses, aun sin internarse todavía en la Montaña, ni cerrar podían los ojos, cuando no campaban reunidos en cuerpos muy numerosos ó guarnecían las plazas fuertes con el temor de un asalto en los momentos menos pensados ó en los sitios que creían de más fácil y seguro tránsito.

Así resultaron entre los catalanes tantos jefes de partida como caudillos de migueletes ó de somatenes, caciques de aldea, curas de prestigio por su energía y ardor religioso, como valientes, y lo eran muchos, señalados entre sus convecinos por su temeridad y el manejo de las armas, sus fuerzas ó su astucia militar.

En el capítulo siguiente haremos ver á qué punto llevaron los catalanes su actividad en los combates parciales que se sucedieron inmediatamente á la batalla de Valls, y al emprender Saint Cyr su retirada á Barcelona, ya en el Bruch y Casa Massana, en Molíns de Rey y Martorell, ya en Granollers, Mataró, Tarrasa, Castellá, San Hipólito y Viñolas, allí donde la necesi-



dad de racionarse ó la conveniencia de su ocupación militar llevaba á los franceses. El general Pino escribía á Saint Cyr «que en su vida había visto ni encontrado resistencia igual;» y, lo mismo que en San Feliu de Codinas, para cuya sumisión pedía refuerzos, la hallaban sus colegas Lechi y Mazuchelli en Mataró, el Vallés y en cuantos puntos acometían ó necesitaban ocupar.

Reglamento para los somatenes.

Si, como tantas veces hemos dicho, era la guerra desde sus principios activa y encarnizada, coincidió con la derrota de Valls, que tanto la enardeció, la publicación de un reglamento dirigido á dar unidad y concierto, en medio de las variaciones consiguientes, á tan diversas circunstancias y á tal género de lucha, al servicio que debía esperarse de los somatenes y de unas compañías que, con el nombre de *honradas*, se organizarían en los pueblos «para mantener la tranquilidad é impedir los excesos que por desgracia, se decía, son demasiado comunes en un tiempo en que debiera conservarse el mayor orden.» Los somatenes y las compañías honradas eran el resultado de un segundo alistamiento, siendo el primero el en que se verificaría el sorteo de los mozos hasta la edad de treinta y cinco años con destino á los Migueletes y el Ejército. «Se formará, decía el reglamento, de todos los que pasen de esa edad, sin que se admita excepcion ni pretexto alguno, pues quando la patria corre riesgo, todos deben defenderla segun sus fuerzas.»

De todas las de cada pueblo, comprendidas en ese alistamiento, salía el somatén, organizado asimismo, en compañías de á 100 hombres, con oficiales y clases; aquéllos elegidos por las juntas de los corregimien-



tos, y éstas por sus jefes, y cuyos servicios, como activos, en las ocasiones en que eran convocados, debían considerarse como los de los migueletes y ser retribuídos igualmente con raciones, pluses y recompensas. Las compañías honradas, aun constituyendo el núcleo de la fuerza de cada localidad, inclusa la del somatén, en circunstancias normales, permanecían en los pueblos, armándose, cuando no hubiese fusiles más que para el somatén, con escopetas y hasta *con los chuzos que haya ó cualquiera otra arma con que se pueda contener á los malvados*. Tal fué el acuerdo de la Junta superior del Principado, dado á luz en Tarragona el 20 de febrero de 1809.

Ahora bien; esa organización, hecha general para todos los catalanes en su alzamiento, si no aumentó el número de los combatientes, puesto que todos habían tomado las armas por su impulso patriótico, proporcionó un orden que evitaba, así como el que nadie eludiera el sacrificio personal en aras de la causa de la nación, la desigualdad en el servicio, que, sin una ordenanza obligatoria, queda á merced de las espontaneidades, de un lado, y de la poltronería, por otro. Y no es que los catalanes necesitaran aguijón extraño á su propia naturaleza que los estimulase á la pelea, que á ningún otro pueblo se puede aplicar mejor lo que M. Drumont atribuye en la *France Juive* á los celtas: «La prontitud en sacrificarse, esa espontaneidad, ese arranque generoso de entusiasmo, que aparecen de improviso en esa raza de seres de inspiración, de una grandeza casi sobrehumana.» Desgraciadamente esa raza, cuyo origen reconoce el catalán, es, en concepto del mismo escritor, *l'enfant terrible*, de la *Aria*, de la

que, al obtener tantas excelencias, no heredó el genio griego, aunque sí la ausencia también de toda idea de orden y de concierto, cebándose en ella, como en toda la española, la discordia, obstáculo insuperable para todo movimiento general ó combinado.

Y de ahí aquellos fracasos, tan diarios como los éxitos, de una pujanza que hacía pensar al sabio Saint Cyr que, de haber toda España desplegado los mismos medios que Cataluña, reunidos, por supuesto, y bien preparados, habría obtenido los resultados que Alemania con los que parecía improvisar en 1813 (1).

Observaciones sobre las guerrillas.

En aquel año de 1809, puede decirse que comenzó la era, que tan eficaz habría de resultar, de los guerrilleros en la feliz y memorable lucha de la Independencia española. Hemos visto que los había que salieron á campaña en el año anterior, y buen ejemplo es el del Empecinado, su representante más genuino, el que les dió también nombre, al menos para los extranjeros; pero ni él ni los catalanes, con ser tantos y sus operaciones tan eficaces, imprimieron á la guerra popular el carácter general, la forma que nos atreveríamos á llamar clásica, ni el espíritu de ira implacable de venganza inextinguible que adquirió después en todos los ámbitos de la Península ocupados por el invasor. Llamábanla guerra de Moros por la que el pueblo re-

(1) Eso es que Saint Cyr creía que los migueletes, los somatenes y las compañías honradas podían muy bien representar el papel de la Landwehr y el Landsturm alemanes; ser una buena reserva en la organización del Ejército. Por eso dice en su Diario: «Cataluña, no sometida completamente en una guerra de varios años, ha hecho por sí sola una gran defensa, porque tenía en el número de sus plazas fuertes y en su constitución particular, los elementos necesarios para oponer la resistencia más tenaz.»

cordaba mejor, conservada su memoria como más reciente y en las crónicas y romances más populares, por más inteligibles también y llamativos de la curiosidad y del entusiasmo patrio. Pero era mucho más antigua, porque sus procedimientos se hallaban en uso desde que, en los albores de la historia, causas semejantes habían llegado á provocarlos; no asomando por España en son de guerra el extranjero sin que se le dejase de recibir y de tratar del mismo modo. Antes que los romanos, que la calificaron sabiamente de *guerra de fuego,* según hemos también dicho tantas veces, habían experimentado sus efectos los griegos, los fenicios y, sobre todo, los cartagineses en la expedición de Amilcar Barca al Pirineo y en su retirada, tan gráficamente descripta por Ambrosio de Morales. Cuadraba, sin embargo, mejor al espíritu de propaganda á que las primeras hazañas de los modernos guerrilleros estimulaban, el darle un nombre que recordara los rebatos de los cristianos y las algaras de los moros, las sorpresas y asaltos, los combates personales entre las dos razas, representados en el teatro y en las fiestas populares como de ayer y con la animación y los caracteres todos de actualidad.

Y así como en la de la Reconquista cristiana no se reconocía exención alguna en clases ni en personas para negarse al llamamiento de la autoridad, monarca ó señor, confundida con el pueblo en ideas y aspiraciones, así en la guerra de la Independencia, clases y personas también acudieron al grito de angustia de la patria, con las únicas diferencias que habían necesariamente de traer diversos organismos, distintas armas y diferente estado de civilización.

Los militares tenían su destino en los ejércitos y con ellos asistían á las grandes batallas: desgraciadas muchas, por inferioridad numérica, de organización ó de pericia, el pueblo buscó la fortuna en el esfuerzo personal, en las estratagemas y en ese celo y esa actividad característica del nuestro.

Creáronse, pues, cuerpos de voluntarios en todas las provincias, á cuya organización y servicio acudía la juventud, la mayor parte á sueldo del Gobierno supremo ó del común de las autoridades locales, no pocos á costa de magnates y de hombres acaudalados, ansiosos de demostrar su patriotismo por los medios que su alcurnia ó la fortuna les proporcionaba.

Todas las clases toman parte en ellas

Pero en las comarcas ocupadas por el enemigo era imposible organizar la resistencia por esos medios verdaderamente militares, y se apeló al del alzamiento de las fuerzas sueltas que, como impotentes para luchar con las numerosas y regulares del enemigo, pararon en ser las guerrillas españolas de todos tiempos. Uno de tantos atrevidos como en esas ocasiones, por puro patriotismo ó mezclando con él deseos de vengar una afrenta, saltan de entre pueblos, como el español, viriles y apegados á sus usos, á su independencia sobre todo, se confabula con vecinos suyos y, exagerándoles quizá la fuerza que en sí reunen, la personal física suya, la moral que les dará la causa que van á defender, la que les va á prestar la simpatía de sus compatriotas, los triunfos que obtendrán y las glorias con ellos adquiridas, los saca al campo, se hace su jefe y los dirige al combate.

Eso sucedió en la guerra de la Independencia. Para hacerla, no se necesitaba organización y eran buenas

cuantas armas caían en manos de aquellos temerarios; el labrador salía con aperos suyos del campo y el artesano con sus herramientas.

Los pastores. Hasta se convocó á los pastores á formar compañías de honderos por quien no debía serlo, aun cuando intentara imitar su lenguaje. He aquí unos párrafos de su convocatoria que, por lo menos, revela hasta dónde llegaba la patriótica locura de los españoles en aquellos días.

«Amigos, les decia, no hay que andar con dime que te diré, ni traque varraque: á Francia, á Francia todos, pero primero nos presentaremos á los señores generales de los soldados, que son los amos, y les diremos: Usías, como somos tan bolonios que no sabemos quándo es la hora de hacer la arremetida, podemos gastar el zurron antes y con antes; es preciso que Usías nos den un oficial que sea ducho, que nos lleve adonde aprieta la dificultad, y diciéndonos *ahora, muchachos,* pedrada que te crió, y tente perro, que yo aseguro que no han de quedar para llevar el cuento á Francia.»

«Pastores, no hay que dexallo, que somos los mejores soldados para la guerra con los gavachos. Los señores generales bien nos conocen, y saben que á los pastores nada les espanta, y que estamos hechos á trabajos, porque el sol, la escarcha, la nieve y los andaluvios caen sobre nosotros; dormimos al sereno, la cama siempre está hecha, jamás nos desnudamos, el uniforme siempre el mesmo, nuestras armas son la fábrica de nuestras ovejas, porque de su lana hacemos las hondas, y nuestra municion se halla en todas partes; y que para llevarla no es menester carros, porque zurron

vacío, zurron lleno; bien saben los señores que tambien sabemos andar por los viriquetos, y que hacemos la agachadiza, y en un santiamen nos echamos á cuestas, y en otro santiamen juimos á otra parte; y que jamás de los jamases necesitamos de camino rial, porque sabemos los atajos, y por la noche sabemos hacer más rizia que una nube de verano. Pues y qué, ¿no saben que en ocasiones meneamos el garrote como el mejor espadachin? Pues no hay que venirnos con vayonetas, porque de cada trancazo echaremos al infierno quantos franceses se pongan delante con todas sus manifaturas y herramientas.»

Y los pastores tuvieron su representante en uno de los guerrilleros más valientes, más astutos y entendidos, en D. Gaspar Jáuregui, brigadier después de nuestros ejércitos, en quien el espíritu de honor, la ambición generosa del mando y sus aptitudes corrían parejas con sus eminentes servicios. *El Pastor* le llamaban por su origen, y no tardaremos en demostrar con sus merecimientos la justicia de su elevación en los grados de la milicia que obtuvo en la nuestra.

Antes que él, sin embargo, pusieron de manifiesto su anhelo patriótico peleando en su país y á la usanza de nuestros más antiguos antepasados, tres mártires de la Independencia española. D. Juan Fernando de Echevarría, José Manuel Imaz, conocido por el *Berriola*, y Agustín de Larrañaga, alias *Unceta*, ahorcados por los franceses que, además, los calificaron de ladrones, violentadores y asesinos.

Echevarría, después de obtener en Castilla el grado de capitán, por sus servicios al frente de una partida de más de 60 hombres, que en alguna ocasión llega-



ron á hacer 24 franceses prisioneros, bajó á su tierra de Valmaseda, donde no pudo eludir la persecución de sus enemigos, que lograron, al fin, aislarle de sus compañeros y prenderlo.

Pocos días antes, el 10 de mayo, había caído el Berriola en poder de los franceses, aunque por mano de sus mismos paisanos, cuatro miserables que no creían por eso deshonrar al país guipuzcoano, dos de los que el 20 prendieron á Larrañaga junto á Vergara. Y como para castigo de su deslealtad, mejor que como recompensa de su hazaña, decía el Intruso á los apresadores en la Gaceta: «¡Ojalá que los habitantes de las otras provincias de España, donde se han levantado las mismas quadrillas de asesinos y ladrones, imitasen para exterminarlas la conducta de los guipuzcoanos! Bien pronto se verían libres de esta plaga.»

¡Qué vergüenza para el solar de los Oquendo, Idiáquez y Loyola!

Las mujeres. Ni las mujeres se consideraban exentas de tomar parte en los trabajos militares de sus maridos ó hermanos; y, emulando á las antiguas matronas cántabras y galáicas, se lanzaban á la pelea sin reparar en género alguno de peligros. La mujer de Cuevillas mató por su mano tres franceses en Santo Domingo de la Calzada, al obligar su marido, según ya hemos dicho, á la guarnición á meterse en el convento de San Francisco, hacía poco fortificado. D.ª Susana Claretona compartía con D. Francisco Felonch, su marido, el mando de los somatenes en Capellades y, trabuco en mano, resistía el 14 de marzo á los franceses como Magdalena Bofill y Margarita Tona en coll de Buch y en Viladrau. Martina la Vizcaina, que llegó á excitar las iras de Espoz

y Mina por sus fechorías de guerrillera, desplegó un valor y, sobre todo, una serenidad en los trances más arriesgados, que la dieron nombre, tan admirado entre nosotros como terrible para los enemigos (1). En Extremadura se distinguió sobre manera D.ª María Catalina López, sobre todo en la acción de Valverde el 18 de febrero de 1810. Era sobrina de D. Toribio Bustamante que en 1808 había visto atropellar y matar á su mujer en Rioseco. Centenares de franceses fueron sacrificados á los manes de la infeliz señora por su marido organizador de la guerrilla, llamada de Caracol, en la que otra mujer, D.ª Francisca de la Puerta, ejerció actos de valor dignos de una de nuestras más célebres heroínas. La María Catalina era teniente en la partida extremeña. De modo que las mujeres del campo no tuvieron nada que envidiar á las de las ciudades en aquella lucha, cuya justificación acreditan tanto y tanto acto, heróico de los españoles de todas edades, y de uno y otro sexo, como procuraron demostrar su patriotismo, entereza é independencia de carácter.

Opinión de los vencidos.

A ese punto se llegó en España para resistir la invasión francesa, al mismo, ni más ni menos, que para la romana y la alárabe. El enemigo que sentía los efectos de ese valor y de esa manera de ser, de esa locura patriótica que se apoderaba de nuestros antepasados y ahora de los representantes de una raza, como ninguna otra de conservadora de sus defectos y excelencias, los

(1) Herido un oficial, llamado Asenjo, con quien después se casó, junto á Puente Larrá, la Martina lo hizo retirar en unas parihuelas, y, viéndose perseguida por los franceses, lo dejó entre unos matorrales oculto: continuando con las parihuelas vacías hasta desorientar á sus enemigos en la marcha. Asenjo se salvó en unos caseríos, donde fué acogido y curado.

acusa en la tribuna y el libro lo mismo que los acusaba antes en el foro y el senado romano. Y si entonces los denunciaba por boca de los avaros y tiránicos pretores, de *rebeldes,* de *ladrones* y *asesinos* por el sólo delito de defender su libertad, sus haciendas y vidas, ahora, por medio de la prensa, los llena de dicterios y les dirige los mismos epítetos. No pudiendo atribuir su vencimiento á prendas militares superiores, cuando nadie las atesoraba en Europa, cuyos ejércitos destruía en muy pocas batallas, ese enemigo y sus más encomiastas cronistas tenían que, al confesarlo, reconocer otras causas agenas á la disciplina y á la pericia en que sus tropas y sus generales sobresalían, y á esas causas les impusieron un nombre, el de maldad cobarde, traición, sorpresa y hasta asesinato, cualquiera que no ennobleciese ni disculpase siquiera nuestro triunfo.

M. Fée. Muchos de sus historiadores se han esmerado en esa tarea, ingrata y todo; pero ninguno acaso con la acritud y con la saña que M. Fée, un oficial de Sanidad Militar en aquella contienda.

He aquí cómo los describe en sus *Recuerdos de la guerra de España.* «Aquellos hombres, dice, extraviados y después de haber cubierto de sangre las calles de las más importantes ciudades de España, campesinos, frailes, contrabandistas, desertores, criminales ya libres ó puestos en liberdad, se juntaron en bandas armadas con el nombre de guerrillas para en ellas continuar su vida de asesinatos y pillajo. Operaban en sitios desiertos, por donde veían bosques, rocas, desfiladeros, ruinas, caminos tortuosos ó de pendientes muy rápidas, pero que ofreciesen además salida segura por donde escaparse; porque, más crueles que valientes, si eran pró-

digos de la sangre enemiga, eran avaros de la suya. Pusiéronse á su cabeza hombres de todas condiciones, frailes, curas, artesanos, cualquiera, en fin, con tal de que como jefe tuviera la mano fuerte y el corazón implacable. Atacando siempre á golpe seguro y en sitios en que fuera imposible la defensa y sabiendo constantemente el número de los con quienes iban á combatir, sus éxitos no eran sino asesinatos. Cuando no se atrevían á atacar un convoy, le seguían la pista para acabar con el pobre aspeado ó enfermo que se quedara atrás; y, acostumbrados á ponerse en acecho como las fieras, habían tomado sus costumbres. Aun no siendo antropófagos como los naturales de la Nueva Zelandia, los excedían en el arte de dar á sus víctimas una muerte dolorosa.»

«Lo que sufrieron los mártires de los romanos en los primeros siglos de la Iglesia, otro tanto hicieron ellos sufrir á los franceses; crucifixiones, descuartizamientos, mutilaciones, suspensión de todos los miembros del cuerpo, extrangulación lenta y calculada; nada, nada quedó olvidado en semejantes atrocidades. El fuego, el aceite hirviendo, la sierra, el hacha, la cuerda, el puñal, los garfios, todo se empleaba excepto lo que pudiera librar de la vida por una muerte inmediata. Nada ponía al abrigo de aquellas crueldades; herido ó moribundo, hombre ó mujer, joven ó viejo, soldado ó no soldado, se le hacía espirar bajo el terrible golpe. Las mujeres (¿quién lo creería?) imitaban aquellos crímenes. Las había que quemaban convoyes enteros de heridos, bailando en derredor de los carruajes incendiados y dando ahullidos salvajes que se confundían con los gritos de sus víctimas; otras, asesinando á

los prisioneros, se mostraron á la voz sanguinarias é impúdicas.»

Y como si no quedara M. Fee satisfecho de su romántica lucubración; temiendo, acaso, dejar algún punto suelto por donde se fuera á echar culpa de algo de éso á los franceses por su conducta y provocaciones, añade con un *sans façon* admirable:

«Los franceses, en sus represalias, no pudieron jamás llegar en aquella guerra impía, ni aun de muy lejos, á tal grado de ferocidad.»

Vamos á cuentas. ¿Dónde están las atrocidades cometidas por los andaluces antes del saqueo, los asesinatos y las violaciones y sacrilegios de los franceses en Córdoba, antes del espectáculo de aquella iglesia de la Fuensanta donde se sació el apetito brutal de la soldadesca en doncellas y casadas, hasta en las monjas llevadas allí en cuerda ó procesión horriblemente deshonrosa? ¿Dónde las de los castellanos, las del varón, niño, mozo ó anciano, seglar ó religioso, inhumanamente sacrificados en Rioseco, en aquel campamento á que fueron también llevadas las mujeres, nobles y plebeyas y las religiosas para ser ultrajadas á la presencia misma de sus más próximos deudos y en la nave también del templo dedicado á la Santa Cruz? ¿Dónde nada que iguale á las escenas de Uclés, en cuyo matadero fueron degollados, como el ganado, los hombres y *conventuales* más caracterizados, y atropelladas hasta 300 mujeres?

Y M. Fee nos pone como modelos de ferocidad á Merino y á Ballesteros y á Mina, diciendo de ellos que eran continuadores de Torquemada, el Duque de Alba, Pizarro y Hernán-Cortés. ¿Puede esto decirse sin

descrédito del autor como hombre de verdad y como quien presume de conocer la historia? ¿Quién que sepa algo de la de España se atreverá á establecer paralelos entre esos nombres ni como de militares ni como de políticos?

Y Merino y Mina y D. Julián Sánchez y Fr. Lucas habían salido al campo y héchose guerrilleros provocados por las violencias y ultrajes inferidos á ellos ó sus familias: pero ¿quién ofendió al general Kellermann para que aplicase fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos de un niño que no quiso delatar al que le daba pólvora para llevarla á los militares españoles? ¿Qué le habían hecho éstos al general Roquet para que fusilase veinte prisioneros después de persuadirlos de que si se entregaban obtendrían cuartel? ¿Por qué Bessiéres hizo matar á los vocales de la junta de Burgos, y Duvernet ejecutó á un alcalde por el enorme delito de no presentarle prófugos de su aldea para que fueran atormentados en los calabozos por aquel nuevo Galva? ¡Cómo no se conmovió Suchet ante el espectáculo de un hombre cual Romeu, prefiriendo la horca al reconocimiento de otro rey que no fuese Fernando VII!

La guerra de la Independencia revistió formas y procedimientos de un carácter feroz, verdaderamente extraordinario y en todos conceptos lamentable; pero la provocación había partido de Napoleón, de su desconocimiento de nuestra manera de ser, del más grande y trascendental de sus errores políticos. Exageraron esa provocación los generales franceses por lisonja y ambición, por codicia ó soberbia, por ansia de elevarse en el concepto del Emperador y en el de sus compatrio-



tas sometiendo un país que al primer año de guerra tenía la opinión pública en Francia por inconquistable. El menos cruel era el soldado que, después de todo, fué casi el único sometido á las represalias por su número y sus condiciones; y nada de extraño el que se manifestara vengativo en el combate, en los asaltos principalmente, quien, inocente de toda culpa, salía de su casa como atraillado para ser, en Alemania, carne de cañón, y en España, pasto de nuestros guerrilleros.

Desde el momento en que faltaban la razón y la justicia al invasor, les sobraba á los españoles, sorprendidos en pleno estado de desarme, sin ejército ni plazas, para usar en su defensa de cuantos medios se les viniesen á las manos.

Proudhón. Lo ha dicho Proudhon en su libro sobre «La guerra y la paz», y lo han confesado cuantos franceses, de Saint Cyr á Suchet y de Thiers al mismo Fee, han reconocido lo injusto de la agresión, lo erróneo de los cálculos y lo torpe de la conducta de Napoleón para con España.

«Que la agresión, dice ese mismo acusador de nuestros guerrilleros, fué una falta política, nadie lo pone en duda. Que la conducta del Emperador merecía una censura severa, nadie se atreverá á negarlo, ni aun á atenuar su rigor. Desde el primer día la opinión pública, tan favorable entonces al Gobierno, se resistió á dejarse engañar; desde entonces la historia ha pronunciado su fallo y no tiene apelación para en adelante. No creemos, de consiguiente, necesario volver sobre los acontecimientos que condujeron á la guerra y la hicieron implacable; todo está ya dicho y todo nos es conocido.»

«Se ha procurado, añade, encontrar circunstancias atenuantes propias para disimular todo lo que tenía de odiosa la conducta del Jefe del Estado. *La España, se ha dicho, perecía bajo un Gobierno sin fuerza y sin dignidad; era un deber el regenerarla y el Emperador quiso llenarlo.* Nunca pensó en tal cosa. Cuando una nación está enferma hay que dejarla que se cure ella misma. Cuantos remedios le aplique el extranjero agravarán sus males ó la harán morir violentamente, á menos de que se rebele contra el médico, que es lo que sucedió.»

Y entonces, ¿para qué tanta declamación melodramática, tantos esfuerzos de fantasía, tales novelas y calumnias tantas y tan groseras?

Utilidad de las guerrillas

Réstannos todavía algunas consideraciones sobre la utilidad que desde un principio pudieron prestar las guerrillas en aquella época memorable.

Bastaría la siguiente para acreditar su empleo:

«El merodeo, dice Laurillard-Fallot en su *Curso de Arte militar*, aplicado á las estériles comarcas de España, costó dos veces más hombres que en las batallas campales á los ejércitos franceses, los cuales se veían obligados, para subsistir, á dispersarse por superficies inmensas, no permitiéndoles concentrarse cuando era necesario y entregándolos impotentes á las bandas enemigas.»

Contra los franceses.

Los ejércitos franceses tenían que vivir sobre el país y sus generales llevaban hasta la exageración la máxima de que la guerra debe alimentarse con la guerra. El merodeo constituía, pues, su principal elemento de subsistencia, y, acostumbrados á la guerra de otras comarcas de Europa, más sufridas, sin duda, que España, lo habían erigido en sistema casi regular y



eficacísimo. Pusiéronlo en práctica desde el día en que Napoleón, arrojando la máscara, reveló sus pensamientos ambiciosos y dispuso las operaciones con que habría de llevar á cabo la conquista y la ocupación de la Península; y, al llevarlo á efecto, sus soldados descubrieron, á la vez, el principio de su debilidad ante un pueblo en que el *personalismo* se había hecho histórico, acreditado en, como aquélla, solemnes ocasiones por su extraordinaria eficacia.

La experiencia demostró muy pronto la imposibilidad de entregarse las tropas francesas al merodeo, no ya individualmente, sino en fracciones poco numerosas, habiendo de hacerlo á veces por cuerpos enteros. Y eso traía para ellas gravísimos inconvenientes, tanto por lo que perturbaba las operaciones con la falta de descanso y la irregularidad de los servicios, como por la pérdida del espíritu y de la disciplina, indispensables para su choque con los ejércitos regulares de la Nación ó de sus aliados. La concentración se imponía, pues, aun para los movimientos ordinarios y la acción menos eficaz en las tropas napoleónicas, y con ella se hacía imposible la combinación de maniobras y ocupaciones dirigidas á la conquista, primero, y á la sumisión, luego, completa del país. El merodeo, por otra parte, ejecutado en condiciones tan desfavorables, ni era fácil, así, ni suficiente para las necesidades del Ejército; y como, por igual razón, llegaban tarde, ó no llegaban los convoyes, interceptados por las guerrillas si no iban con fuertes escoltas, y las poblaciones carecían de los grandes depósitos y de las considerables existencias de víveres que en otros países de mayor feracidad ó de comercio más floreciente, los franceses ca-

recían hasta de lo indispensable para mantenerse al día. Los hemos visto en Andújar, en una de las comarcas de mayor riqueza agrícola de España, obligados á machacar el trigo cada uno para sí y hacerse el alimento que el lector puede suponer, con harina y procedimientos tales: ¿á cuáles tendrían que apelar en sitios más pobres y estaciones que no fuesen la de la recolección?

El merodeo, por consiguiente, salvador en otras partes para el sostenimiento de los ejércitos y la prosecución de las operaciones de la guerra según los métodos técnicos y los planes señalados de antemano en la mente del general en jefe ó en el gabinete de los gobiernos, era dificilísimo, cuando no imposible, en España, y esto por lo general del alzamiento y la acción hábil é incansable de los guerrilleros.

¿Cómo, de esa manera, no habían éstos de ofrecer una gran utilidad á los ejércitos, lo mismo á los nacionales que á los aliados? En favor de los ingleses.

No vamos ahora á demostrarlo, en cuanto á los últimos, ya que en sus dos entradas en España, las dos tan estériles, con John Moore y con Wellesley, eran todavía pocas y estaban sin organizar las guerrillas en el centro de la Península á que asomaron los ingleses. Tiempo y lugar vendrán en que contestaremos, en nuestro concepto, satisfactoriamente, para la honra de nuestra patria, á los historiadores de las tropas británicas, todos tan egoistas y todos tan parciales, á Nápier, particularmente, el más apasionado de todos, el más intolerante, detractor incansable de nuestro Gobierno, de nuestro pueblo, generales y soldados, y entonces quedará demostrada la imparcialidad de nuestro juicio.

Pero hasta entonces, sólo con una cita, con el recuerdo de un servicio prestado á John Moore por nuestros partidarios, aparecerá el valor de los que podrían esperarse de aquellos bravos españoles, dedicados exclusivamente á defender la causa nacional por los medios y con las armas que su patriotismo les sugería ó proporcionaba.

Recordará el lector que, establecido John Moore en Alaejos, con el propósito de dirigirse á Madrid y hacer levantar el sitio que le tenía puesto Napoleón, recibió un pliego de Berthier á Soult, que, según decimos en el capítulo I del tomo IV, rompió las tinieblas en que se hallaba envuelto el general inglés y decidió de su conducta. Por ese pliego supo la rendición de Madrid, la situación de todas las tropas francesas en España, las intenciones del Emperador, y otra cosa, la más importante para él, los proyectos que se le suponían de retirarse inmediata y directamente á Lisboa, lo cual le daba tiempo para hacerlo con el mayor sosiego á la Coruña.

Pues bien: ¿quiénes le proporcionaron aquel despacho salvador sino los aldeanos de Guadarrama que, constituídos en guerrilla, consiguieron arrancarlo de manos de su portador, un oficial francés que con su escolta cruzaba la cordillera en dirección á Valladolid? Y cuando desde Sahagún, después de la brillante acción de su caballería, y unido ya á Baird, aun pensaba en atacar al Duque de Dalmacia é interponerse en la comunicación de Madrid y la frontera francesa, ¿quién sino el Marqués de la Romana, y llevada por confidentes suyos, establecidos en el Duero, le dió la noticia de que el Emperador Napoleón, ya próximo y á su espal-

da, iba á atacarle, cortándole cuantos caminos pudieran ofrecérsele para la retirada?

No: cuantos argumentos, por hábiles que parezcan, puedan aducir Nápier y sus admiradores para hacer ver que las guerrillas no ofrecieron utilidad al ejército inglés, se estrellarán ante los hechos que, con su elocuencia incontrastable, demostrarán lo contrario. En otro capítulo, dedicado á este mismo asunto, cuando las guerrillas hayan adquirido su *máximum* de desarrollo y aparezcan en escena otros muchos guerrilleros que no han tenido ocasión de presentarse en ella hasta ahora, rebatiremos, en nuestro sentir victoriosamente, esos argumentos con la verdad, cimiento el más sólido de la Historia.

CAPÍTULO II

Barcelona cautiva

Barcelona cautiva.—Saint Cyr resuelve establecerse en Vich.—Se dispone á regresar á Barcelona.—Combates en Molíns de Rey.—Entra en Barcelona.—Estado de los ánimos en aquella ciudad.—Proyectos de los barceloneses.—El del 7 de marzo.—Saint Cyr acaba por creer en ellos.—Ordena el juramento al Intruso.—Acto del juramento.—Castigo de los no juramentados.—Sale Saint Cyr para Vich.—Paso del Congost.—Saint Cyr en Vich.—Posición de Vich.—Son relevados Saint Cyr y Reille.—Continúan las conspiraciones en Barcelona.—Las sospechan los franceses.—Proyecto sobre Monjuich y las Atarazanas.—Trabajos en la ciudad.—El 11 de mayo.—Nuevo fracaso.—Otros arrestos.—Represalias de los franceses.—Consejo de guerra.—Sentencias.—Su ejecución.—Alarma en la ciudad.—Más ejecuciones.—Término de la conspiración.

Barcelona cautiva.

Al caer vencidas las armas españolas en Valls, vimos cómo por un contrasentido, sólo comprensible en nuestra patria, se alzaba, en vez de humillarse, el espíritu de los catalanes ante la desgracia; cómo la sublevación, en vez de aparecer inmediatamente después ahogada, surgió de nuevo más general, dijimos, más encarnizada que nunca en los pueblos comarcanos de Tarragona, en la Montaña, en todo Cataluña.

No había, así, de decaer ese espíritu en Barcelona, si escarmentada hasta entonces en sus esperanzas de liberación, resuelta siempre á abrigarlas y á no descansar un momento hasta verlas realizadas. ¡Ciudad incomparable en los sentimientos de patriotismo, no



conformándose nunca con su esclavitud, por más que le fuera impuesta, primero por la traición, tan difícil de prevenir en tan pérfidos enemigos tenidos por aliados, y por la fuerza, después, imposible de contrarrestar en una población sorprendida y desarmada!

Esos enemigos, avergonzados de su inicua acción, inspirada al Emperador por una perfidia tan torpe como cobarde, extremarán su vigilancia y sus rigores para acallar tus protestas y contener la explosión de tus iras patrióticas, para hacer impotentes tus esfuerzos por la independencia nacional; pero no conseguirán detenerte en el camino de los sacrificios que, si resultan ineficaces é infructuosos, de consiguiente, sacarán á salvo tu honor de hija predilecta de la patria española. Tus hermanos, los pueblos del Principado entero, correrán en tu auxilio con la esperanza, como españoles que son, de verte de un momento á otro libre del yugo extranjero que te sujeta y humilla; y con esa constancia, también, que los caracteriza y distingue, no cejarán un sólo día de su generosa empresa, aun cuando les amenace de igual modo el invasor con la misma suerte que te aflige. A una decepción, hasta á un desastre, inevitable ante fuerzas tan desproporcionadas, opondrán su eterno optimismo; y el orgullo de una raza que supo llevar sus gloriosos pendones á los más apartados confines de la tierra, suplirá á la flaqueza que en sus armas han producido la conducta torpe de sus gobiernos, el abandono constante que nos señala entre las demás naciones, la ciega y temeraria arrogancia que nos hace olvidar las lecciones de nuestros reveses y la razón de nuestras glorias. Pero las generaciones futuras como las presentes, admiradas de tus es-

fuerzos y agradeciendo los sacrificios que representan y traen á la memoria la virtud de tus hijos, te proclamarán, ¡desventurada y triste! la *Ciudad cautiva*, pero siempre soberbia, revolviéndose contra sus opresores y protestando con su voz y con el elocuente martirio de sus hijos más ilustres, del injusto cautiverio que la imponen sus incontrastables enemigos.

Saint Cyr resuelve establecerse en Vich.

Ya dijimos que Gouvión Saint Cyr, el más terrible de ellos por sus talentos militares, verdaderamente excepcionales, había recibido la orden de emprender el sitio de Gerona cuando se hallaba al frente de Tarragona fomentando, ¡cruel!, la peste que diezmaba á los defensores con introducir en la plaza los heridos y enfermos que halló en los hospitales de Reus y demás pueblos próximos después de su victoria de Valls.

Herido en su orgullo de general por no encontrarse en estado de continuar en su nueva posición, tan gloriosamente conquistada, pensó en otra donde pudiera vivir su cuerpo de ejército ya acosado por el hambre; ni distante de Barcelona que sabía estar de nuevo bloqueada, ni de la frontera francesa para conservar sus comunicaciones, ni de la plaza de Gerona, en fin, cuyo sitio habría de sostener contra las tropas españolas que se propusieran hacerlo levantar. Y esa posición, en su concepto, no podía ser otra que la de Vich que llenaba tantas, tan variadas é importantes condiciones. Porque, de establecerse en el llano de Urgel, llamado, como él dice en su Diario, el granero de Cataluña, si no debía temer el hambre, abandonaba á sus solas fuerzas Barcelona, cortada, como se vería muy pronto, su línea de enlace desde el Bruch y Monserrat, y si se conservaba al alcance de los ejércitos de Aragón y de los que más

tarde pudieran operar sobre Valencia, se alejaría del campo que el Emperador le había señalado para sus operaciones. ¿De qué utilidad había de servir á los sitiadores de Gerona, ni cómo guardar sus comunicaciones con Francia, ni para qué apoyar al ejército de Aragón si ya era éste dueño de Zaragoza? (1). «Estas razones, decía después, decidieron al general en jefe á elegir Vich para establecer la parte más disponible de su ejército y hacerla vivir hasta el momento en que las mieses estuvieran á punto de segarse en las cercanías de Gerona, donde se preveía la necesidad de reunirse cuando los trabajos de sitio se encontraran bastante adelantados para atraer todas las fuerzas del ejército español al socorro de la plaza. Era preciso, además, llegar allí sin que lo sospechase el enemigo ó, por lo menos, de modo que lo supiera tan tarde que no tuviese tiempo para destruir los recursos que buscábamos y nos eran indispensables. El secreto, tan necesario en la guerra, se guardaba bastante bien en el séptimo cuerpo: sin embargo, en aquella circunstancia, el general en jefe redobló sus cuidados á fin de despistar á los amigos indiscretos lo mismo que á los enemigos.»

Es verdad que así quedaba sin la comunicación de Zaragoza, que tanto interés ofrecía para el conjunto de las operaciones generales de los franceses en la Península; pero lo que le había pasado á Mortier con la expedición del coronel Briche que, según dijimos, había

---

(1) No comprendemos por qué Saint Cyr se detiene á ofrecer á los lectores de su Diario éstas y otras observaciones semejantes, que nunca debió hacerse como no sea para él mismo refutarlas en las cuatro mortales páginas que emplea en tarea tan estéril.



tenido que permanecer incorporado á la brigada Chabot, le sucedería á Saint Cyr al acercarse al Cinca, con lo que muy pronto aparecería en una doble incomunicación, con Zaragoza y Barcelona.

Se dispone á regresar á Barcelona.

Dispuso, pues, su regreso á la capital del Principado para el 18 de marzo (1809), y lo hubiera comenzado aquel día sin el incidente mismo de Briche que retuvo al general Chabot en Montblanch dos días más, hasta el en que, no logrando el coronel abrirse paso hacia Aragón, resolvió seguir la suerte del ejército de Cataluña aumentando así su contingente con los 600 caballos y las dos piezas de artillería que llevaba (1).

Pero antes de emprender resueltamente aquel movimiento necesitaba Saint Cyr tener despejado el camino de Barcelona, que interceptaban los españoles procurando establecerse de nuevo en Molíns de Rey con medios para rechazar cualquier ataque, lo mismo de la parte de Barcelona si Duhesme se resolvía á hacer alguna salida, como de la de Villafranca y el Bruch si Saint-Cyr tomaba una de estas direcciones para retirarse. El ya tan célebre puente, teatro casi todos los días de los más reñidos encuentros, había sido disputado á los franceses durante la campaña de Valls con el mayor encarnizamiento por los migueletes y somatenes que, según recordarán nuestros lectores, se alzaron más y más encendidos en ira patriótica con el espectáculo de las miserias que la crueldad del enemigo hacía experi-

(1) Dice á propósito de esto un escritor catalán: «Hecho que muestra de cuán poco había servido domeñar á Zaragoza y ganar la batalla de Valls para ser dueños del país, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta».

mentar á la infeliz Tarragona. Al comenzarse la ejecución del plan militar ideado por Reding que, de haberlo seguido, no se hubiera llegado al revés que, por fin, le llevó al sepulcro, los emisarios barceloneses Roca y Plá, unidos á los Miláns y Clarós, habían tocado á somatén en el Vallés y el llano de Vich. Y juntando fuerzas que la fama hacía subir á cerca de 10.000 hombres, se habían presentado, primero, al frente de Barcelona, y ocupado, luego, el puente de Molins de Rey, cuya guardia francesa, aunque muy considerable, se acogió apresuradamente y valiéndose de la noche á aquella capital. Constituyéronse, con eso, en defensores del puente unos 400 migueletes, abriendo una gran cortadura del lado de Villafranca, que era de donde esperaban para muy pronto un ataque proporcionado á las fuerzas de Saint Cyr y á la necesidad en que se veía de tener expedita aquella comunicación.

Combates en Molins de Rey.

Y, con efecto, al día siguiente, 10 de marzo, aparecían fuerzas del general Chabran en número de 2.000 hombres que, con una pieza de campaña, hicieron evacuar el puente á los migueletes, que reforzados, á su vez, por el primer tercio de Talarn y sostenidos en los flancos por Miláns y Clarós, que vadearon el Llobregat, se hicieron dueños de aquel paso y de la pieza poniendo en precipitada fuga á los imperiales, italianos y franceses, que hubieron de retroceder á acogerse á sus posiciones del Ordal y Villafranca. El general Chabrán era indudablemente víctima de una cruel alucinación. El escarmiento del Bruch y aquella lucha incesante tan rudamente sostenida por los catalanes que, inermes y sin organización, se atrevían á arrostrarla con los mejores soldados del mundo, le habían sumido en uno como

abatimiento, sumamente extraño en quien tenía alcanzada tan honrosa reputación. Pero ahí está el Diario de Saint Cyr que autoriza ese concepto nuestro. Al describir los diferentes choques de aquellos días en Molíns de Rey y recordar que dió la orden para que, reunida toda la división con la fuerza de ocho batallones y tres escuadrones, hiciese despejar aquel puente y restableciera la comunicación con Barcelona, dice lo siguiente: «El general Chabran partió de Villafranca para ejecutar aquella operación y fué reemplazado en esa villa por algunas tropas que se principiaba á escalonar. Pero cuando llegó, el 12, á la vista de Molíns de Rey, temió atacar al enemigo y se retiró apresuradamente (en grande hâte) á Villafranca. El general en jefe le envió la orden formal de combatir y echar al enemigo de sus posiciones. Tuvo, pues, que volver sobre sus pasos, es decir, acercarse el 13 lo bastante para atacar el 14. El general en jefe, temeroso de la repetición del mal ejemplo de la víspera, había tomado precauciones que la división hizo inútiles marchando con un valor tan grande y sostenido al enemigo, que éste fué arrollado y experimentó gran pérdida, quedando restablecida además la comunicación con Barcelona y bien cubierta en las posiciones que ocupó».

¡Tal preocupación causaba á las tropas francesas y á sus jefes la actitud de los catalanes, más fiera y resueltamente hostil cuanto más combatidos se veían por la fuerza y más afligidos por la desgracia de las armas españolas! (1).

(1) El mismo Saint Cyr lo confiesa así: «Los diversos movimientos, dice, de Chabran, de Igualada á la Llacuna, San Quintín y Villafranca, particularmente el de Molíns de Rey á Vi-

La ocupación del puente de Molíns de Rey no fué, sin embargo, lo fácil ni lo rápida que la pinta Saint Cyr en las líneas transcritas de su Diario. D. Antonio Franch, uno de los insignes guerrilleros citados en el capítulo anterior, salió de Igualada con fuerzas de aquella villa y de las de Calaf, San Quintín, Piera y Masquefa, en todo unos 1.800 hombres, al encuentro de Chabran por el llano de Moyó y el camino del Ordal, y aunque no pudo detenerle, sí logró causarle pérdida de tiempo y no pocas bajas. En el mismo puente de Molíns necesitaron los franceses el 15 la cooperación de 1.500 hombres, infantes y jinetes, con algunas piezas de artillería, que salieron de Barcelona, y dos horas de un combate obstinadísimo por parte de los voluntarios catalanes que, acosados de cerca y por fuerzas tan superiores, hubieron, al fin, de retirarse hacia Tarrasa.

Pero ya tenía Saint Cyr libre el paso del 7.° cuerpo, que mandaba, hasta Barcelona. Para ejecutarlo con aire de no vencido ni por la necesidad ni por el miedo, sino por la conveniencia, «por circunstancias mayores, como escribió á Reding, que le exigían acercarse á las

---

llafranca, ejecutado á pesar de la orden terminante que tenía de atacar y desalojar al enemigo que cortaba la comunicación de Barcelona, habían introducido en el séptimo cuerpo y hasta en las divisiones, frecuentemente victoriosas, que se hallaban cerca de Tarragona, una inquietud peligrosa, sobre todo en vísperas del movimiento retrógrado que iban á ejecutar. El general en jefe veía que se trataba de adivinar si su tranquilidad aparente era sincera y real; se le repetía sin cesar cuán peligrosos y temibles eran los españoles en una retirada; cuán necesario se hacía el ocultar al enemigo el conocimiento de tal maniobra, engañándole todo el tiempo posible, etc.»

Es de lo que más se vanagloria el célebre general: de haber conseguido restablecer en el ejército francés de Cataluña la fuerza moral, en su concepto perdida.



fronteras de Francia», anticipó á todos la noticia de su retirada; á sus soldados, en las órdenes dictadas para su ejecución, y á los españoles enviando á Tarragona un mensajo para hacerla saber y solicitar del general en jefe destinara un oficial con alguna fuerza que se hiciese cargo del hospital que había montado en Valls con los muebles, la ropa blanca y otros efectos abandonados por los dueños en su fuga de aquella población. Y hecho así y dejando en el hospital de ocho á diez heridos que, una vez curados, fueron religiosamente devueltos á los franceses, emprendió el movimiento de retirada el 20 de marzo, pasando aquel día á la orilla izquierda del Gayá; el siguiente, por el collado de Santa Cristina, á la Bisbal, y el 22 á Villafranca, repuesta de víveres con bastante anticipación. El 23 llegaba, por fin, á Barcelona, seguido de algunos destacamentos españoles que no le hostilizaron, atentos á ocupar las posiciones que él iba abandonando y principalmente á descargar Tarragona de los muchísimos enfermos que causaba la epidemia allí reinante.

Entra en Barcelona.

Sin embargo, no era todo paz en derredor del 7.° cuerpo del ejército francés. Si durante su permanencia al frente de Tarragona había sufrido ataques frecuentes y rudos de los cabecillas más próximos, de D. Fernando Chaparro, por ejemplo, á las manos siempre con Mazzuchelli, D. Mariano Pamiés, que no dejaba descansar un momento á los imperiales hacia Albiol y Monreal, y hasta un tal Dolzegaray que, metiéndose en una goleta, se había dirigido á Sitjes y arrebatado á los enemigos ocho piezas de artillería, montajes y municiones, también en Barcelona tuvo Saint Cyr que destacar el 23 de marzo al general Pino para que aventase

á los españoles de las alturas de Tarrasa, á que, según acabamos de decir, se habían recogido los defensores del puente de Molíns de Rey (1).

Estado de los ánimos en aquella ciudad.

Entonces pudo Saint Cyr observar el estado de los ánimos en la población de Barcelona. Los franceses no habían adelantado un paso en el camino de la atracción de los catalanes al partido del Intruso, y los barceloneses excedían, si era posible, á sus compatriotas del Principado en el odio á los invasores. Barcelona sostenía dos batallones de migueletes en campaña, proporcionándoles armas, equipos y vestuario; y los armaba y vestía en su mismo recinto, en el que penetraban impunemente sin que Duhesme lograra coger uno solo, el secreto de cuya visita guardó siempre el patriotismo de aquellos fieles habitantes. Pero comprendió también que se había engañado mucho creyendo que era preocupación infundada de Duhesme la de que se tramaba un complot para sorprender la guarnición de la plaza y su ciudadela á fin de librarlas de su odiada presencia. Librar de élla á Barcelona, cautiva ya cerca de dos años, era, con efecto, el anhelo de sus moradores; y éstos no cesaban en la tarea, temeraria á todas luces pero patriótica también, de vengar tal afrenta con un escarmiento tan decisivo como glorioso.

Proyectos de los barceloneses.

Ya dijimos en el capítulo II del tomo IV que el general Vives abrigaba la esperanza de recobrar á Barce-

(1) Dice Saint Cyr: «El general Pino le batió (á Wimphen) completamente el 23, desalojándolo de todas sus posiciones; le persiguió por las montañas próximas á Manresa y recobró la pieza de artillería y el carro de municiones de que aquél se había apoderado ocho días antes en su lucha con el batallón del 6.º regimiento italiano junto al puente de Molíns de Rey».

lona con una acción combinada de sus tropas con la de los habitantes que, alzándose contra los franceses de la guarnición, abrirían á aquéllas las puertas y les facilitarian el ataque de las fortalezas interiores de la plaza. Es indudable que las inteligencias existían, pero también es verdad que á la intención no correspondía la fuerza; y sin el accidente atmosférico que sobrevino el 7 de noviembre de 1808, el fracaso hubiera sido igual al experimentado el 8; perdiéndose del mismo modo las ilusiones que se forjaron sobre el éxito de empresa, puede decirse que descabellada, los generales que aceptaron la idea y los optimistas que la propusieron.

Pero no, por eso, dejaron éstos de abrigar en su alma pensamiento tan lisonjero; y ya que para el momento no, siguieron preparando para un porvenir, todo lo inmediato posible, cuanto consideraban les había faltado en la anterior ocasión. Las armas que proporcionaban la Junta del Principado ó los ingleses de la escuadra que bloqueaba la costa, eran introducidas en Barcelona con habilidad pasmosa, ayudada de un patriotismo incorruptible. Los carros cargados de muebles, de comestibles y paja, las camillas de los enfermos, hasta las cajas mortuorias, llevaban en sus huecos fusiles y municiones; los sacos de harina que la policía francesa permitía entrar para el abastecimiento de la guarnición, encerraban pólvora y dentro del trigo iban cartuchos; y los patriotas que entraban y salían para objetos industriales, que no vedaba Duhesme, ó para las labores del campo, que tampoco prohibía, eran no pocas veces vehículo por donde los barceloneses recibian noticias del ejército y le comunicaban sus deseos,

sus planos y esperanzas (1). Nada se resistía al deseo de tan leales españoles; y la fortuna que les sonreía en tales pequeñas empresas, la creían encadenada á sus destinos en la magna de la liberación de su ciudad.

El del 7 de marzo.

Como Vives y el marqués del Palacio, también Reding se dejó seducir de tan lisongera idea. Los personalmente interesados en realizarla se la pintaban hasta fácil con enseñarle las correspondencias que seguían con los patriotas barceloneses, esperanzados de un éxito completo; y llegó á dictar las disposiciones que á él pudieran corresponderle, como jefe del ejército, para las maniobras y situación de las tropas contra la plaza el día que se señalase para asaltarla. Ya varió esas disposiciones la junta de Mataró, que para enmendar la

(1) «Milagro parece, dice D. Adolfo Blanch, que en las imprudencias que el excesivo amor patrio hacía cometer á los barceloneses, no se descubrieran muchos de sus depósitos, y que á la vista y á pesar de la vigilancia de los enemigos, se introdujeran en medio del día toda clase de armas y pertrechos mal escondidos entre haces de trigo, ramas, cajas para difuntos, camillas y mil otros sencillísimos medios. Al panadero Valldeperas se le incendia la noche del 31 de enero todo la pólvora que, á duras penas, había llegado á reunir, á tiempo de ir á esconderla, para más seguridad, en el convento de la Merced, produciendo una terrible explosión que, sobresaltando á los invasores, fué causa de que corriesen á las armas, y de que tratasen, aunque en vano, de descubrir á los culpables. Acompañando un carro, al parecer cargado de trigo, entra D. Guillén Brunet 7.000 cartuchos con que la junta de Mataró auxilia á la revolucionaria de Barcelona, atravesando, hasta conducirlos á los hornos de la calle de Ostallers, una de las más principales de la ciudad. Por fin, á pretexto de llevar al hospital de Santa Cruz una recién parida, introducen en 13 de mayo armas, desembarcadas la noche antes de los buques bloqueadores, el presbítero Matas que finge acompañar con cordiales á la enferma, Rovira de Villá que va delante guiando á la comitiva, y Soler y Mas que llevan la litera. Detenida ésta un momento en la puerta del Mar, por los guardas de la misma, pasa sin ser reconocida, y sin que el compasivo oficial de Vélites que montaba la guardia tope con los fusiles al introducir con disimulo un napoleón debajo de la almohada.»

plana á los generales se pintan solas las juntas patrióticas, compuestas generalmente de leguleyos y menestrales influyentes en las turbas; pero, al fin, se quedó en que oficiales de probado valor atacasen á los destacamentos franceses de Gracia y Sarriá para llamar la atención de Duhesme hacia aquella parte, llevando en reserva á Wimphen con 400 infantes y 25 caballos, mientras por la opuesta, inmediata á la Barceloneta, desembarcarían 300 ingleses encargados de acometer el ataque de los fuertes de San Carlos y la Linterna. La tarea principal, sin embargo, la más ardua indudablemente, debía tocar á unos 200 hombres que se introducirían furtivamente en Barcelona y animando, si aún hacía falta, á los patriotas del interior, se apoderarían de la puerta del Angel y de los baluartes del Seminario y de Junqueras que la defienden con los fuegos de su artillería.

Una vez dentro de la ciudad los hombres de armas españoles, irían al ataque de la Ciudadela, seguros de apoderarse de la odiada fortaleza hostilizándola desde las barricadas que se formasen en las salidas de las calles que á ella se dirigían, desde la Pescadería y las casas próximas, y desde el mar, también, por las naves inglesas, fondeadas ó maniobrando frente á la puerta llamada del Socorro.

Una grande hoguera, encendida en Mongat á las tres de la mañana del 7 de marzo, daría la señal, á que las tropas y los barceloneses responderían con su acción simultánea, cuyo término feliz estaban seguros de anunciar á su vez con seis grandes cohetes, la luz y estruendo de los cuales llevarían la alegría y el entusiasmo al Principado y á la España toda.



¡Ilusiones mentirosas que una ráfaga de viento se encargaría de destruir, para evitar, quizás afortunadamente, la terrible hecatombe que se preparaban los entusiastas barceloneses con su temerario arrojo! (1).

El huracán de la noche del 6 dispersó, con efecto, la escuadra inglesa que se hallaba á la vista; hizo casi imposible el paso del Besós á las tropas que debían acudir de Mataró y la Garriga, y obligó á los barceloneses, concentrados en los puntos de cita, á retirarse á sus moradas, perdidas las esperanzas de ver la luz de aquella hoguera, faro de su independencia.

El insigne Clarós, á quien nada detenía ni los elementos ni la fuerza enemiga lograban arredrar, avanzó,

---

(1) Tan esperanzados estaban los barceloneses del éxito de su empresa en aquel día que se dictó el siguiente «Plan para la distribución de los colegios y gremios de Barcelona al verificarse su libertad.» «A fin, dice, de organizar la ciudad como corresponde, evitar todo desorden y excesos á lo menos en lo posible, y que todos los patricios puedan cooperar á la buena causa y á la defensa de ella con la tranquilidad debida, en nombre del Excmo. Sr. D. Teodoro de Reding, Capitán general del ejército y principado de Cataluña, se manda observar los capítulos siguientes:»

«1.º Inmediatamente comparecerán en el patio del convento de Santa Catalina, los gremios de los arquitectos y mancebos, albañiles, maestros y mancebos, carpinteros, torneros, taloneros, escultores, tallistas, cuberos y maestros de carros, separados unos de otros en el mismo patio y claustros.—2.º Todos los marineros y demás matriculados y anexos á los ramos de marina, se reunirán por el mismo sistema en la plaza de San Sebastián.—3.º Todos los cerrajeros, claveteros, herreros y dagueros, en la plaza de San Francisco de Paula.—4.º Armeros, zapadores y demás concernientes á toda especie de armas, en el plan terreno de la casa del barón de Rocafort, sita en la Rambla y calle de la Canuda con sus correspondientes enseres.—5.º Los gremios pertenecientes al ramo de seda, se reunirán en el patio del Palao.—6.º Maestros y mancebos zapateros, curtidores y demás gremios pertenecientes al ramo de cueros y pellejería, en la plaza del Rey.—7.º Plateros maestros y mancebos sastres, silleros y bordadores, en la plaza de la Trinidad.—8.º Todos los maestros y mancebos hortelanos, en la plaza de la casa de Ca-



á pesar de todo, hasta el alcance de los cañones de la plaza, de la que hubo de alejarse al ver frustrado el plan y cómo procuraban envolverlo los franceses de dentro y fuera de la plaza en una maniobra que necesitó desbaratar con la punta de sus bayonetas la tropa que mandaba.

Así acabó aquella intentona para romper la ciudad condal su cautiverio, intentona que si los franceses barruntaron, no pudieron conocer á punto de exigir á sus autores la responsabilidad que, de otro modo, hubiera caído sobre ellos con violencia aterradora.

Duhesme y los generales sus subordinados la temían y no cesaban de llamar la atención de Saint Cyr sobre

Saint Cyr acaba por creer en ellos.

---

ridad.—9.° Todas las clases de la nobleza, en la casa Moya, en la Puertaferrisa.—10.° Todos los comerciantes, corredores de cambio, tenderos de paños y lienzos, fabricantes y demás pertenecientes al ramo de comercio, en la casa Lonja.—11.° Todos los pintadores, grabadores, tejedores y demás dependientes de fábricas, en la plaza Nueva.—12.° Toda clase de faquines y carreteros que no tengan el carro expedito para transportar, en la plaza del Oli.—13.° Todos los carreteros y demás sujetos indistintamente que tengan toda especie de carros para transportes, comparecerán inmediatamente con el mismo carruaje expedito en la Rambla.—14.° Los procuradores, escribanos y escribientes, en la casa del Sr. Marqués de Aytona, plaza de la Cocurulla.—15.° Todo el clero secular y regular, en la Santa Iglesia Catedral.—16.° Todos los dependientes de contadurías, tesorerías y demás oficinas reales, en casa Garma, calle Condal.—17.° Todos los corredores de felpa ó trompetas, en el patio de la Casa de Ciudad.—18.° Todos los militares de cualquier graduación é inválidos, en la casa de Miláns, calle de Moncada, y los soldados en la entrada y patio de la misma casa.—19.° Todos los gremios á más de los arriba expresados, en el patio y claustros de Santa Ana.—20.° Todos los sujetos que no van comprendidos en colegios y gremios, ni en las clases arriba dichas, en la plaza de San Pedro.»

Y decir que, á pesar del movimiento interior de la ciudad que todo esto supone, y el transporte de armas y municiones y la reunión de tanta gente, los franceses no llegaron á saber ni aun á sospechar nada...

¡Milagros del patriotismo!



las consecuencias que, de realizarse, podría acarrear á la ocupación francesa en el Principado; pero fué necesaria su presencia en Barcelona para que el sabio caudillo del 7.º cuerpo prestara fe á unos avisos que su mismo jefe de Estado Mayor daba por infundados. El no ventajoso concepto que le merecían Duhesme y los suyos; la idea peor aún que abrigaba respecto á la policía y sus agentes, de un tal Provana, sobre todo, á quien acusaba de excitar, con otros varios oficiales italianos, á los habitantes á sublevarse, y lo difícil de la empresa que á éstos se atribuía, negada también por el general Rey enviado á propósito á Barcelona, le movían á no dar asenso á las mil denuncias que sin cesar le llegaban de tan misteriosa conspiración.

Ordena el juramento al Intruso.

Ya de vuelta del campo de Tarragona el general Saint Cyr cambió de opinión; y aun cuando no quiera reconocerlo en sus Memorias, comenzó á dar fe á su teniente y subordinados de Barcelona. La conspiración se hizo patente á sus ojos; y si bien no la dió las proporciones que, por otra parte, se resistía á concederla en desprecio de sus denunciadores, procuró sofocarla en el que él creia su origen ó nacimiento (1). De él partió la orden para que todos los españoles que aún constituían la administración en aquel centro y los militares que se mantenían en Barcelona componiendo parte de las tropas que no habian logrado evadirse prestaran el juramento de fidelidad al rey José, que Duhesme, ó más contemporizador ó sintiéndose sin

(1) Aun á la vista del libro en que se pusieron de manifiesto las diferentes intentonas de los barceloneses para procurarse su libertad, decía que sólo las de marzo y junio de 1809 merecían llamar la atención de las autoridades francesas.

fuerza, había ido dilatando, había casi olvidado de su programa de ocupación en nombre del Imperio (1). Duhesme llevó su espíritu de transacción hasta resistirse á cumplimentar la orden de Saint Cyr; pero éste, considerando aquella oposición como efecto del disgusto que le producía la presencia del general en jefe, avivó, más que otra cosa, el empeño que desde un principio había formado de que se reconociera su autoridad y se respetasen sus providencias. «Aquella variación de miras (en Duhesme), decía, pudiera tener su razón en el disgusto que causaba mi presencia al mismo que tanto la había solicitado. Duhesme no había pedido antes mi vuelta á Barcelona con tanto afán como el con que solicitaba ahora mi salida y alejamiento de aquella plaza».

Aquella disposición de Saint Cyr tuvo, como era de esperar, las más terribles consecuencias. Porque, pasada al general Villalba que, como ya dijimos, funcionaba nominalmente de Capitán General, y apoyada por el fiscal civil del real acuerdo, un señor Medinabeitia, afrancesado ya paladinamente, tuvo por res-

---

(1) «Si á las victorias del Llobregat y de Valls, dice Duhesme, hubiera seguido algún acontecimiento importante para la sumisión de Cataluña, el general Duhesme habría propuesto al en jefe el aprovechar aquel instante para exigir de todos sus funcionarios el juramento de fidelidad á S. M. el Rey José; pero en el momento en que el ejército estaba á punto de abandonar á Barcelona para retroceder á Gerona, creía él con razón que sería mejor esperar nuevos sucesos, la toma sobre todo de Gerona, que decidieran de la suerte de Cataluña, para no exponer á tantos padres de familia, en el fondo gente honrada, á declararse completamente enemigos rehusando el juramento por el temor mismo de los sucesos que pudieran sobrevenir. No fué consultado por el general en jefe que le mandó reunir todas las autoridades en el palacio de Justicia y exigirlas el juramento».

puesta que ninguno de los que formaban tan respetable cuerpo faltaría el 9 de abril, que era el señalado, á manifestar su opinión en el palacio de la Audiencia.

Duhesme, según ya hemos indicado, comprendía cuál era esa opinión y temía aún más la forma en que pudiera llegar á emitirse; y, con el fin de evitar un gran escándalo, se presentó el 8 en casa de Villalba, donde no ignoraba que se reunían diariamente todos los ministros de la Audiencia. Y creyendo que debía imponerse á aquellos señores así con su continente severo como con sus discursos, les dirigió uno conciso, á lo militar, pero tan enérgico también que, supuso él, los ofuscaría á punto de, con el miedo, ocultarles su propia vergüenza por acto tan humillante como el que se les iba á exigir. No sólo esperaba de ellos el juramento y el de sus subalternos, abogados, escribanos y procuradores etc. etc., sino el que se le recibiera en la Audiencia con los honores debidos al representante del Emperador. Algo rebajó después, por consejo de Medinabeitia, respecto á citaciones de personas cuya comparecencia se hacía difícil con la premura del tiempo señalado; pero eso mismo debió de persuadir al procónsul francés que no hallaría obstáculo alguno en lo esencial de la ceremonia que se preparaba para el día siguiente.

¡Esperanza vana, fundada en el desconocimiento del carácter español y en el de los habitantes de aquella fidelísima ciudad!

Acto del juramento.

Imponente era el espectáculo que ofreció la sala, llamada de San Jorge, de la Audiencia, donde debía celebrarse el acto del juramento. Duhesme, acompañado de los ministros de aquel tribunal á la capilla y, después de la oración de costumbre, al estrado, en que

sobre una modesta cortina carmesí campeaba el retrato de José Napoleón con el dictado de Rey de Nápoles en el rótulo que lo daba á conocer, se sentó entre su Estado Mayor; él y sus subalternos, de gala y con semblantes, si severos como para atemorizar, insinuantes también para atraer á ideas conciliadoras á los llamados á prestar un homenaje que comprendían iba á serles muy costoso y repugnante á su patriotismo y á su lealtad monárquica.

A los pies del estrado se situaron los ministros del tribunal, casi reos en aquel instante, y sus dependientes; permaneciendo fuera de la barandilla los alcaldes de barrio y la multitud de curiosos á quienes llevaba allí también el anhelo valeroso de ofrecer con su presencia una recompensa á los buenos españoles y, á los malos el castigo de su testimonio y de su reprobación. En la plaza de San Jaime, á que da el palacio, y en las calles que en ella desembocan, se aglomeraba la muchedumbre del pueblo, formando una masa inmensa, compacta, por la que, sin embargo, circulaban, además de las palabras y los gritos reprimidos, los conceptos más osados, proclamas manuscritas, impresos, pinturas alusivas, retratos del destronado monarca, papeles todos incitando á inspirar la entereza de ánimo, más que nunca, entonces necesaria. Guardando el interior del edificio y sus puertas y escaleras, la plaza y sus avenidas, se veían numerosas patrullas del ejército francés, bandas de policía que vigilaban los movimientos del pueblo, y, como en reserva, todas las divisiones formadas más lejos, al pie de las fortalezas, con la caballería al frente y los cañones preparados para esparcir la muerte y el espanto en la infeliz ciudad.

El alarde era en verdad imponente, y otros hubieran dado entrada en sus pechos al temor; pero en los barceloneses y sus antiguas y legítimas autoridades produjo el efecto contrario. Ante la amenaza de los enemigos y en presencia de una multitud que pudiera censurarlos y dar á la fama la de su flaqueza, quizás exageraron, al menos algunos de aquellos dignos magistrados y los militares allí citados quizás exageraron, repetimos, la entereza, mejor dicho, la arrogancia de sus contestaciones. Si Saint Cyr se hubiera dejado llevar del consejo de Duhesme eludiendo aquel espectáculo, hubiera evitado la resonancia que en todo España tuvo la enérgica manifestación de los patriotas barceloneses, contagiosa, por fuerza, en un país donde á todo puede cederse sin deshonra menos á los cálculos del interés ó á la debilidad de carácter. El egoismo y la cobardía no se perdonan jamás en España cuando hayan de ponerse de manifiesto en los altares de la patria.

Duhesme comenzó la triste ceremonia del juramento leyendo, en francés por supuesto, un discurso altisonante, mezcla de mentida benevolencia y de grosera falacia, dirigido á dar noticia de las derrotas sufridas por las tropas españolas en la Península, toda ella sometida, según él, á la dominación francesa, á llamar la atención sobre la esterilidad de los esfuerzos de la Inglaterra, obligada á reembarcar sus soldados, vencidos en todas partes por los del Emperador y aliándose á los nuestros con el sólo objeto de apoderarse de nuestras escuadras y colonias, y á dar, con eso y la extinción de los conventos y de la inquisición, por imposible toda resistencia y por segura la ruina del país si no se aco-

gia á la magnanimidad de Napoleón y al sabio gobierno de su hermano predilecto.

Sin dejarlo traducir por el intérprete oficial de la Audiencia, vertió el discurso al castellano el traidor Medinabeitia con tono tan declamatorio y tal seguridad que parecía ser su autor, haberlo, cuando menos, inspirado. Pero cuando, acabada su lectura y puesto en manos de Dubesme el libro de los Evangelios, fué pronunciada la fórmula del juramento *¿Jurais fidelidad y obediencia á S. M. José Napoleón I, rey de las Españas, á las leyes y á la Constitución?* la expectación se hizo tan general como solemne. Ni el ruido más leve interrumpió el silencio que produjo ni el de la respiración de tanto y tanto espectador parecía hacerse perceptible: los semblantes sólo revelaban la ansiedad en unos, duda en no pocos, y en muchos la esperanza de un resultado satisfactorio según sus intereses ó afecciones.

Llamado, como el más antiguo de los ministros don Jaime Alvarez de Mendieta, negóse á jurar, queriendo, aunque en vano, exponer las razones que á ello lo movían. Igual resolución manifestó D. José María Vaca de Guzmán; y aun cuando parecía quererla imitar otro compañero suyo con el subterfugio, empero, de hacer lo que los de Valencia y Zaragoza, evasiva que, lo mismo que en otros dos, fué engañosamente interpretada por aceptación del juramento, todos los demás ministros, excepto Medinabeitia, y todos los escribanos, relatores, procuradores, cuantos dependían del Real Acuerdo, rehusaron prestarlo; algunos, con protestas tan expresivas como arrogantes, á todas luces temerarias. De los regidores del Ayuntamiento, uno solo juró, y ninguno de los dependientes suyos, ninguno de los

empleados en la Administración del Estado ó de la Provincia. Los militares manifestaron en su inmensa mayoría preferir la suerte de sus camaradas del Ejército, prisioneros en la campaña y encerrados en las mazmorras de la Ciudadela y de Monjuich, á prestar un juramento que repugnaba á su honra y que destruía el que habían prestado ante sus banderas á Fernando VII, cuyo nombre aclamaron algunos con pasmosa intrepidez (1). Todos fueron, de consiguiente, destituídos de sus empleos y cargos por Duhesme y sujetos á la vigilancia de la policía, según la amenaza que había proferido en casa del general Villalba; mas, pareciendo demasiado suave la providencia, dictó Saint Cyr inmediatamente la de que fuesen conducidos á Monjuich y encerrados en los calabozos lóbregos y malsanos de aquella fortaleza (2). Y el día 15 del mismo abril fue-

Castigo de los no juramentados.

(1) Vacani describe así aquella imponente escena: «Vagaba por toda la ciudad aquel día el rumor de lo que iba á acontecer en él, susurrándose por la mañana que serían muy pocos los mal aconsejados ciudadanos que se rebajaran á un acto que por su honor y por deber condenaba la nación entera. Inmediatamente que se reunieron todas las autoridades, convocadas con la mayor pompa, en la sala del Consejo, Alvarez de Mendieta y tras de él todos los demás magistrados, sin arredrarse por el explendor que rodeaba al general francés ni por sus amenazas, y sin temor á los efectos de su deposición que reducía á algunos á la mendicidad, rehusaron el requerido juramento de lealtad á un príncipe que en concepto universal usurpaba los derechos de Fernando, á un príncipe que se negaba á reconocer el Gobierno supremo de la Nación como sucesor á pesar de las cesiones de Bayona, á un príncipe, en fin, cuya elección no habían sancionado libremente las potencias europeas para que llegara á ser la cabeza de una nueva dinastía en España, donde habían reinado las de Carlos V y Luis XIV sin haber perdido sus anteriores legítimos derechos.»

(2) Hé aquí cómo explica Saint Cyr su resolución:

«Se exigió, dice, á los funcionarios públicos el juramento de fidelidad al rey José; pero no pudo obtenerse de ellos, ni tampoco de los militares de todos grados anteriormente empleados en la ciudad, quienes prefirieron quedar prisioneros

ron sacados para, con los prisioneros de guerra, ser conducidos á Francia entre los soldados del 7.° cuerpo de ejército que se dirigía á Vich para, desde allí, vigilar las operaciones del sitio de Gerona. A un solo español, el general Ezpoleta, se le permitió ir á caballo, más que por su grado, por sus achaques y ancianidad; los demás, generales, oficiales y tropa, y entre ellos el conde de Caldagués, el marqués de Castelldosríus, don Pedro Goséns y varios otros, personajes caracterizados no pocos, hicieron la marcha como los soldados, á pie, con un hatillo al hombro, donde llevaban alguna ropa y unas cuantas raciones de pan (1).

Saint Cyr iba con ellos, anhelante por demostrar en su nueva empresa la superioridad que se atribuía respecto á los mariscales y demás generales franceses que maniobraban en el centro de la Península, á quienes, sin embargo, se veía obligado á imitar en lo de, aun ganando batallas, tener que retroceder en busca de

Sale Saint Cyr para Vich.

---

con los que habían caído en los combates y no tomaron parte en los primeros canjes. El general en jefe decidió enviarlos á Francia para disminuir el consumo de víveres, tan difíciles de reemplazar en Barcelona, que cesaran las quejas diarias de Duhesme, para quien eran motivo legítimo y continuo de alarma, y quitar á los que tuviesen intenciones de conspirar la esperanza que aun les infundía su presencia en la plaza.»

A Saint Cyr podría faltarle la humanidad, pero nunca la habilidad para disfrazarla bien.

(1) Los detalles de cuanto sucedió en Barcelona el día 9, y que en extracto acabamos de exponer, se hallan en un libro que, con el título de «Apuntamiento de lo ocurrido con los ministros de la Real Audiencia de Barcelona, en el día 9 de abril de 1809», dió á luz D. J. J. O., cifras que corresponden al nombre de D. José Joaquín Ortiz, uno de los alcaldes del crimen que se negaron á jurar al rey José.

Para los que no puedan consultar este libro, damos en el Apéndice núm. 1.°, la relación de él tomada por D. Adolfo Blanch, conforme, además, con la del P. Ferrer en su Barcelona cautiva.

apoyo en otros cuerpos ó de comunicaciones con el Imperio. Precedíanle varias columnas, dirigidas á flanquear la posición del Congost en combinación con otras que habrían de envolverla ó impedir que sus defensores fuesen reforzados en los momentos en que el ejército francés se presentara frente al estrecho y tortuoso desfiladero que la ha hecho tan célebre en la historia de nuestras guerras.

Paso del Congost.

Los españoles, esto es, los migueletes y somatenes destinados á cubrir aquella posición, la habían ocupado muchos días antes, puestos á las órdenes del coronel D. Miguel Osorio, gobernador de Vich. Habíanse situado, divididos en tres llamadas divisiones, verdaderos grupos de gentes del país mal armadas, sobre los altos que forman la angostura y en la Garriga, Puig-graciós y San Felíu de las Codinas, descuidando el fortificarse en los puntos de paso preciso para los atacantes y en los caminos que pudieran dirigir sobre los flancos y retaguardia de la posición (1). Combates anteriores felicísimos y hasta el emprendido el día 15 por la vanguardia francesa, que intentó un reconocimiento, mejor para disimular el ataque verdadero que para llevarlo á ejecución, hicieron creer que aquel era el sitio del peligro, el del desfiladero, y que lo mantendrían con la misma buena suerte que hasta entonces. No era, con efecto, fácil el tránsito de la célebre angostura, en

(1) Sólo construyeron algunas fogatas, llamadas minas por Saint Cyr, cuya explosión no hizo efecto alguno por no haberse inflamado oportunamente. La precipitación con que los catalanes abandonaron el desfiladero hizo que las fogatas sirvieran más de espectáculo que para daño de los imperiales.

Ni Toreno, ni Schépeler, ni los escritores catalanes se acuerdan de tales minas.

la parte, sobre todo, de Aiguafreda y la Garriga, entre escarpadísimas montañas de rocas cortadas como á pico sobre la carretera y el río Tenes, que se despeña por el hondo abismo en busca del Besós y el mar. Pero daban nuestros compatriotas con un enemigo en quien el arte de ejecutar las operaciones más difíciles de la guerra era la primera cualidad, aun reuniendo tantas y tan excelentes en todos sentidos; y con las noticias que se le dieron de la posición y el conocimiento de los con quien tendría que habérselas, puso en ejecución una maniobra con que destruyó los planes de defensa é inutilizó el valor de sus adversarios (1). Ni por su frente, ni por los lados y la rezaga de sus columnas dejaba un momento Saint Cyr de ver adversarios, incansables en la tenaz tarea de hostilizarlo por todo género de medios y caminos; días antes le pedía el general Pino refuerzos con que ocupar San Feliu de Codinas, cuya resistencia era *la más tenaz que hubiera visto en su carrera militar*, y le había sido necesario suspender el movimiento de avance por aquel intrincadísimo terreno del Vallés donde sus enemigos utilizaban hasta el más ligero accidente con visible ventaja, muy costosa para sus valientes tropas, no acostumbradas, empero, á tal y tan penoso género de guerra. Pero, por lo mismo, no se hallaban los catalanes en disposición de resistir á las columnas y cuerpos reunidos, contra los que se necesitaba maniobrar en masa para obtener un triunfo siquiera medianamente decisi-

(1) Saint Cyr lo dice: «Su confianza (la de los catalanes) tan susceptible, por otra parte, de recibir aumento, era tanto mayor, cuanto que el 15 habían rechazado un reconocimiento que tomaron por formal ataque.»

vo. Y cuando, situados en el Congost, se creían invulnerables, pues que era imposible atacarlos en columna, el general Souham se presentaba sobre sus flancos con las tropas ligeras; Chabot lo hacía á su retaguardia á la altura de Centellas, y Pino se dirigía contra Wimphen para impedirle apoyar á los somatenes y migueletes defensores de la posición. Ante maniobra tan hábil é inesperada ¿qué había de hacerse? Cada destacamento francés se bastaba para no ser en corto tiempo derrotado; todos iban en combinación para auxiliarse recíprocamente; y los españoles, amenazados en cuantas direcciones comprometían su defensa, la abandonaron para acogerse á las nevadas cumbres del Monseny y montañas mas inmediatas (1). Centellas fué entregada al saqueo, al asesinato de sus habitantes de cualquier edad y sexo; y al incendio, por fin, de su caserío y la profanación de su iglesia: y el ejército francés pudo al día siguiente ocupar la importante ciudad de Vich y su hermoso campo (2).

Saint Cyr en Vich.

Saint Cyr había logrado su objeto, el de ponerse en comunicación con Francia, de donde le llegaron inme-

---

(1) Belmás en su Diario dice lo siguiente: «Al aproximarse el ejército francés, huyeron todos los habitantes según su costumbre, y en los tres meses que se mantuvo en Vich el general Gouvión Saint Cyr, no cesaron de errar por las montañas próximas más de cincuenta mil individuos, prefiriendo morir de hambre á vivir entre los franceses.»

(2) Saint Cyr dice que los prisioneros españoles que había sacado de Barcelona apostrofaban duramente á los catalanes del Congost al verlos huir con tal precipitación, ignorando, sin duda, la maniobra de los franceses. Se creían á punto de recobrar su libertad y, defraudados en su esperanza, se revolvían contra sus compatriotas.

Ya lo dice también Schépeler; pero no encontramos motivo fundado para, conducidos por tan grueso ejército, abrigar esperanza, aun batido, de libertarse de él.

diatamente después noticias é instrucciones en pliegos que le remitió de Figueras el general Reille, y el de ponerse en situación de ejecutar, aun cuando sólo fuese en parte, las órdenes de Napoleón respecto al sitio de Gerona, para lo que era Vich, según él, una excelente posición (1).

Es rico el campo de la antigua Ansa; y creyéndolo asegurado con el establecimiento de los somatenes y migueletes en el Congóst, habían los habitantes omitido el sacar de la ciudad sus fortunas, y de sus almacenes y caseríos los granos que en gran abundancia lograron así aprovechar los franceses. Las personas tan sólo pudieron salvarse, huyendo á la aproximación del enemigo casi todas, excepto los enfermos graves y unos cuantos más valerosos que salieron á recibir al General francés llevando á su cabeza al Obispo de la diócesis, Don Francisco de Voyán y Mola, que, no temiendo arrostrar la difícil situación que le habían creado sus pastorales contra Napoleón, se presentó á Saint Cyr para, como San León delante de Atila, al decir de un panegirista suyo, librar á Vich de las depredaciones y violencias que siempre denunciaban la presencia de la soldadesca francesa. El mismo Saint Cyr consigna en su diario el respeto y las consideraciones que manifestó al Obispo, atribuyéndolo á la conducta de tan digno

(1) Tales dificultades ofrecía la comunicación con Francia, que desde el paso del Fluviá, cinco meses antes, Saint Cyr no había recibido noticias de su Gobierno más que tres veces, y aquéllas por mar, burlando los barquichuelos franceses el bloqueo que tenían impuesto á Barcelona las naves inglesas y los corsarios españoles que recorrían la costa sin cesar. La fuerza que había dejado en el Ampurdán era impotente para abrirse paso por el largo camino que él siguió antes con todo su cuerpo de ejército.

prelado para con el príncipe de Salm, á quien salvó de la muerte con que le amenazaba el pueblo que le había hecho prisionero, y á las insignes virtudes de que, como en aquella ocasión, había hecho muestra en otras muchas.

Posición de Vich.

Pero, aun siendo rico el campo y abundante el botín en cereales, espaciosa la ciudad y próxima á la frontera, ¿era Vich el punto más propio para apoyar las operaciones del sitio de Gerona? Porque cada correo al campamento de Reille exigía la escolta de una división, y otra cada convoy que se dirigiese á Barcelona con heridos ó enfermos que, por falta de camas y de abrigo, no podían permanecer en Vich sin grave riesgo. Era necesario también dirigir á Francia los prisioneros de guerra y los presos sacados de Barcelona por haberse resistido á prestar juramento al Rey Intruso; y, al hacerse con la división Lechi, fué ésta objeto de furiosos ataques por parte de los españoles en todo el camino, aprovechando los accidentes del terreno quebrado que iba recorriendo el enemigo. Junto á San Feliú de Pallarols resultó el combate muy comprometido para los franceses, atacados de flanco y por su retaguardia y sufriendo grandes pérdidas, si bien compensadas con la de varios de los españoles prisioneros que iban confundidos con ellos en la masa del convoy y expuestos también al fuego de sus compatriotas (1).

Lechi logró, sin embargo, llegar al campo de Reille y

(1) El R. P. Fr. Manuel Cundaro, á quien habremos de citar muchas veces como autor de un manuscrito existente en el Ayuntamiento de Gerona, que lleva por título el de «Historia político-crítico militar» de aquella plaza, dice que las dificultades con que hubo de luchar Lechi en la marcha le fueron opuestas por 600 hombres del tercio de Vich y 50 caballos del

volvió á Vich con las tan deseadas noticias de Francia, la de emprender Napoleón nueva lucha con el Austria y la también desagradable de no haberse hecho todavía preparativo alguno para comenzar las operaciones de sitio contra la plaza de Gerona. El General Reille, aun habiendo recibido una división alemana de refuerzo á la de su mando, se consideraba sin medios suficientes para emprender, no ya el sitio de Gerona, sino el bloqueo siquiera de los fuertes, cuyo conjunto y sistema hacían de aquella plaza un campo atrincherado como los que actualmente se construyen, aunque con reductos exteriores de muy poca consistencia y á distancias reducidas proporcionalmente al alcance cortísimo de las piezas de artillería de aquel tiempo y á la organización y recluta de entonces para los ejércitos.

La división enviada á Barcelona con los heridos del Congost y los enfermos de Vich, volvió el 11 de mayo con la fausta nueva de haber sido abastecida el 27 de abril la guarnición de aquella plaza con víveres y municiones que le llevara la escuadra del contraalmirante Cosmao que había logrado burlar los cruceros ingleses y españoles del bloqueo, tanto á la ida como á su vuelta á los puertos franceses (1).

Pues bien; si era necesario comunicar con Reille por el vehículo de divisiones enteras, y no se hacía sin el

---

escuadrón de San Narciso, procedentes de Gerona y á las órdenes del teniente coronel D. Blas Fournás, que le atacaron en la cuesta llamada del Grau causándole *bastante pérdida y descalabros*. El número, por fin, y la habilidad de Lechi arrollaron todos los obstáculos y Fournás hubo de retirarse á Gerona.

(1) La escuadra se componía de 5 navíos de á 80 cañones, 20 fragatas de á 44, 2 ó 3 buques menores de guerra y 20 transportes con pólvora, trigo, harina y queso. Los franceses decían que la plaza había sido con eso abastecida por más de un año.



riesgo de combates diarios, siempre sangrientos; si había que evacuar sobre Barcelona heridos y enfermos amparados en su marcha por divisiones, también enteras, ¿qué ventajas podia sacarse de una posición, como la de Vich, que á los pocos días dejaría, además, de ofrecer el recurso de abundantes refrescos y abastos de víveres en la proporción que se hacía por momentos necesaria, para elegirla como punto útil en la campaña por sus condiciones tácticas ni estratégicas? El mismo Saint Cyr dice: «La diferencia de temperatura y luego la privación del vino que hacía tiempo constituía la base de la alimentación del soldado y suplía á cuanto le faltaba, no tardaron en causar bajas; y habiéndose llevado los habitantes sus efectos de cama no teníamos una manta que dar á los enfermos cuando hacía un gran frío y nevaba todos los días. Si en los alrededores de Barcelona habíamos dejado los trigos en flor, parecía en Vich que ni aun se había sembrado. Con eso, al cabo de cuatro ó cinco días teníamos cerca de 500 enfermos, número al que había que añadir el de los españoles que, sufriendo las mismas causas, experimentaban, además, la de la pena de su expatriación y el temor de ser tratados en Francia como lo eran nuestros prisioneros en España».

La posición de Vich no era, por consiguiente, sino un punto de descanso para la marcha á la frontera, cómodo en cuanto ofrecía por lo pronto recursos de que carecía el ejército francés, y porque evitaba el tránsito, de otra manera forzoso, por el litoral que vigilaban los buques ingleses, ó por Hostalrich, mejor cubierto ya por los españoles desde que vieron pasar á sus enemigos bajo el fuego de la artillería del castillo.

Bien pudo comprenderlo Saint Cyr, si es que no estaba todavía en su ánimo al enviar el 12 por segunda vez la división Lechi al campo de Reille en busca de nuevas noticias y con el encargo de reconocer detenidamente el país, asegurarse de los recursos que hallara y de las posiciones que se debieran ocupar «en el caso, le dijo, de que las circunstancias le obligasen á acercarse permanente ó momentáneamente con todo ó parte de las tropas establecidas en Vich y sus inmediaciones». Ya asomaban Coupigny y Blake por ellas, pretendiendo acreditar el mando que les proporcionaba la muerte de Reding, y los generales Souham y Pino andaban á las manos con los soldados españoles y los voluntarios catalanes en sus posiciones de Centellas, Collsuspina y Santa Eulalia.

Son relevados Saint Cyr y Reille.

No tardó Lechi en regresar dejando á su paso por Moncal, Llorá y Amer el rastro de los actos más vandálicos en las iglesias y vecindario de aquellos pueblos, y volvió, además, con la fatal nueva del relevo de Saint Cyr por el mariscal Augereau, á quien, sin embargo, detenían sus dolencias en Perpignan, así como también con la del reemplazo de Reille por Verdier en las operaciones, que iban á comenzar, del sitio de Gerona. Napoleón había salido de París para Alemania, comprometido ya en la memorable campaña que terminó militarmente en Wagram, con lo que abandonaba la de España á su hermano, ni hábil para proseguirla por sí, ni con autoridad sobre los mariscales franceses que debían ayudarle en élla. Y si había alguno que tuviera verdadero prestigio entre sus subordinados y á quien pudiera confiarse una misión difícil, aparte de la general encargada á los demás en el conjunto de la

guerra, y ese era Saint Cyr, se le separaba del mando por aquella rencorosa animadversión, de muy atrás sentida, entre el entendido caudillo del ejército de Cataluña y su incomparable Emperador. Sólo la repugnancia de Napoleón á rodearse de hombres de talento podía hacerle rebajarse á sospechar en ellos rivales de su portentoso genio.

Disculpaba al Emperador en este caso el concepto, no poco acreditado en Francia, de que nadie como el mariscal Augereau, actor sobresaliente en la campaña de 1794 en el Ampurdán, podría someter una tierra de condiciones tan excepcionales para la guerra, es verdad, pero que le eran conocidas, como se suponía también conocido en élla y respetado ó temido el nombre del antiguo y ya célebre maestro de esgrima de París (1).

Ni era Verdier el general más á propósito para la gran empresa del sitio de Gerona. Su fracaso en Zaragoza debió infundirle tal respeto á las condiciones de los españoles en la defensa de sus ciudades y plazas, que por fuerza habría de inducirle á procedimientos que luego discutiremos, si prudentes, metódicos y pausados.

---

(1) En la correspondencia de Napoleón no aparece el nombramiento de Augereau para el mando del 7.° cuerpo de ejército. Sólo en un despacho del Ministro de la Guerra, M. Clarke, dirigido el 12 de junio al mariscal Jourdán y que se halla inserto en las Memorias del rey José, se lee esta brevísima frase: «El mariscal Augereau *acaba* de ser nombrado comandante en jefe del 7.° cuerpo y debe partir inmediatamente para su destino.»

Hemos subrayado la palabra «acaba» porque el 14 de mayo se sabía en el campamento de Reille el nombramiento de Augereau, hecho, se nos figura, por Napoleón antes de su salida de París para Alemania, suceso éste que Saint Cyr supo el mismo día que su destitución.

Tampoco aparece en la «Correspondencia», el nombramiento de Verdier.



Así es que recién llegado al campo, se hizo eco de las quejas y reclamaciones de Reille sobre lo escaso de las fuerzas confiadas á su mando y la necesidad de que Saint Cyr le enviara algunas del 7.° cuerpo y bastante material para comenzar con vigor las operaciones preliminares del sitio. Y no fué lo peor el que las pidiese, sino que, reclamándolas directamente del Emperador y entendiéndose con el ministro de la Guerra sin la intervención justísima de su general en jefe, hirió á éste en su autoridad y en su amor propio, con lo que faltaría el acuerdo absolutamente necesario para el éxito de la campaña.

A su tiempo ofreceremos á nuestros lectores los detalles de las dificultades que se opondrían á la empresa de la conquista de Gerona con el desaire inferido á Saint Cyr, su rencoroso disgusto, las exigencias, no poco altaneras, de Verdier, el desacuerdo, en fin, entre los generales que debían realizarla. Tenemos que volver los ojos y la memoria á Barcelona, donde el afán incansable de sus habitantes por la tan deseada liberación de la ciudad natal los llevaba á intentar sin descanso las más atrevidas resoluciones, los proyectos más temerarios.

Continúan las conspiraciones en Barcelona.

«De Whitte, dice un escritor catalán, el anciano y experimentado gobernador los había desde un principio acogido con interés, y secundado; el marqués del Palacio los aprobó y dirigió; Vives tuvo completa confianza de apoderarse por tales medios de la capital de Cataluña; Reding, Villalba, los Miláns y tantos otros esforzados é inteligentes jefes los prohijaron, poniendo grande empeño en llevarlos á término feliz.» Y sin embargo de no haber podido realizarlos con el éxito á que aspiraban sus ilustres inspiradores, Coupigny y hasta los ingleses que bloqueaban Barcelona continuaron

después esperando alcanzarlo, tal era la confianza que en él ponían aquéllos y tal la que los catalanes de fuera y sus aliados abrigaban respecto al valor y la audacia de los habitantes de la ciudad cautiva. La empresa, con todo, no podía ser más aventurada. Y si lo había sido hasta entonces, ¿cómo no ahora, reforzada la guarnición francesa, abastecida por el intrépido Cosmao, al abrigo de la ciudadela y de Monjuich y con el apoyo del 7.° cuerpo de ejército tan cerca establecido? Era necesario mecerse en ilusiones demasiado halagüeñas para esperar resultado propicio de un proyecto tantas veces acometido y otras tantas malogrado.

Servían de mucho á acreditarlo de hacedero las hazañas de los voluntarios catalanes que operaban en derredor de la plaza, incansables en su propósito de, convidando á los barceloneses á la sublevación, introducirse en la ciudad para salvarla de sus enemigos. Confianza no destituída en parte de fundamento por depositarse en hombres que el día 9, bajo el peso del aparato que había hecho Saint Cyr desplegar para la ceremonia del juramento, fijaban en las paredes mismas de la Audiencia proclamas subversivas, y el 10, bajo el de los castigos impuestos á los patriotas, pasquines dirigidos también á glorificar un acto tan meritorio como el por ellos ejecutado la mañana anterior (1). Y aun cuando

(1) Las primeras decían «Viva Fernando VII.—Muera el Pirata Napoleón» y «Víctor Fernando VII, Conde de Barcelona», en un corazón arrojando llamas. El pasquín del 10 decía, parafraseando unos versos de Metastasio:

«Apprenda il Gallo con suo rossor da noi
Che in Barcellona ancor nascon gli Eroi.»

Corrió después en Barcelona que eran obra de D. Jaime Rodoreda, el que en 1813 compuso las inscripciones latinas en honor de Gerona y de su inmortal gobernador.

eran muchos los que embarcó la escuadra de Cosmao al regresar á Francia el día mismo de su llegada y los que huían de la ciudad, militares distinguidos que habían podido eludir el juramento ocultándose, y aun paisanos amenazados de deportación ó castigos todavía más temibles, lós que quedaron en la plaza no se cansaban de ofrecer su cooperación á los migueletes del exterior ni de intentarla todos los días y á todas horas. Ni tardaron en volver algunos, los que no podían recibir destino en los ejércitos, ansiosos de reanudar las tramas de la interrumpida conspiración, ya que habían logrado burlar el castigo que, no huyendo á tiempo, hubieran tenido que sufrir en la ciudad.

Las sospechan los franceses.

Algo sospechaba la policía francesa, ayudada de la que la traición tenía puesta á su servicio, compuesta de españoles indignos que comerciaban con el prestado á los enemigos de su patria. Así se vió por aquellos días cómo Duhesme redoblaba su vigilancia, extendía la esfera de su acción militar en derredor de la plaza, y con las nuevas fortificaciones trataba de alejar de los muros á los soldados y migueletes, cuya proximidad por la noche podía ponerlos en contacto con los españoles de dentro. En las inmediaciones de la Cruz cubierta hizo construir, hacia los últimos días de abril, una fuerte batería que reemplazase la de los Molinos de viento, considerada como ineficaz; y con motivo de haber los catalanes cogido cerca de la Bota, distante un tiro de fusil de Barcelona, sobre 40 bueyes pertenecientes á la guarnición y en las faldas de Monjuich todo un rebaño de obejas, procedió á adelantar sus grandes guardias y á fortificar algunos puestos ó casas en que las había establecido. Y si á eso se agrega

el fusilamiento de algunos infelices paisanos, cogidos en las salidas, sin otro delito que el de llevar consigo armas, se verá que no se descuidaban las precauciones para impedir un movimiento cuya sola amenaza ponía á los franceses algunas noches en grande y general alarma.

No por eso desmayaban los barceloneses, sino que, por el contrario, crecía su ánimo para la empresa que habían acometido con observar el temor que inspiraba á sus dominadores la cada día creciente arrogancia de un pueblo, cuyos propósitos les eran ya bien conocidos. Las públicas rogativas que diariamente se celebraban en casi todas las iglesias de la ciudad, los motetes que en ellas se cantaban y lo torbo de los semblantes en los sometidos pero nunca humillados barceloneses, bien á las claras hacían ver que lo único que les faltaba era ocasión propicia en que pudieran revelar toda la saña y el ansia vehementísima de venganza que escondían en sus corazones.

Proyecto sobre Monjuich y las Atarazanas.

Ya que había fracasado su primer plan de abrir las puertas de la ciudad á los soldados y voluntarios, migueletes y somatenes que hormigueaban en derredor acechando el momento del asalto, los barceloneses idearon uno diferente, en su concepto más fácil y decisivo también. Se dedicaron á comprar á los encargados de la guarda y la defensa de las fortalezas en que justamente se apoya y funda el mantenimiento de la plaza. Dueños del castillo de Monjuich y de la Ciudadela, no tardarían en serlo de Barcelona y los baluartes de su recinto; y si en la Ciudadela se presentaban obstáculos insuperables por ese camino, se intentaría en las Atarazanas, punto también de la mayor importancia por

su situación respecto á la ciudad y su comunicación con el puerto. Y tan felices aparecieron las gestiones practicadas en los primeros momentos de la nueva conjuración, que los comprometidos en ella comenzaron muy pronto también á lisonjearse con la esperanza de inmediatos y favorables resultados.

Una junta formada de seis patriotas de diferentes clases y condiciones, que celebraba sus asambleas en distinto sitio cada día pero siempre en algún convento, llegó á convenir en la entrega del castillo, mediante la recompensa de un millón de duros, con un italiano, M. Joseph Dottori, ayudante de la fortaleza. Otro italiano, el capitán Probana, del 5.° regimiento de línea, aquel que Saint Cyr acusaba de excitar á los barceloneses á la sublevación, facilitaría la ocupación de las Atarazanas, por medio de dinero también, pero cuando viera á los españoles apoderados de Monjuich.

Trabajos en la ciudad.

A la par de esos manejos llevaban los conspiradores el trabajo material de preparación para la lucha que habría de entablarse el día, que no creían remoto, de la prueba. En casa del mediero Robira se elaboraban balas y cartuchos; en la de Massana, oficial de la consolidación de vales reales, se recomponían fusiles, pistolas y sables, así como municiones también, dándola el carácter de un parque de artillería; el armero José Molíns arreglaba también los fusiles que adquiría de los mismos franceses, buenos ó inútiles, y un maestro de dibujo, D. Benito Calls, y el carpintero Mas introducían desde la Barceloneta armas y pertrechos depositados allí, hacía tiempo, para su embarque y envío á América.

Tampoco faltaba la gente; ascendiendo el número



de los conjurados al de más de 600, que serían convocados el día preciso al toque de somatén que haría oir la torre de la catedral. A todos se les habían repartido las rojas escarapelas que habrían de distinguirlos, todas ellas con el retrato ó el monograma de Fernando VII, grabadas en tafilete, con la mayor perfección, por Don José Coromina, maestro de la escuela gratuita de la capital (1).

Parece imposible que no llegara á descubrirse sino tarde é incompletamente una conjuración tan vasta y en tales condiciones urdida, cuando sólo hacía un mes que se había castigado otra, ni tan grandiosa en sus proporciones ni necesitada tampoco de los medios de toda clase que ahora se empleaban. Parece aún más extraño que se guardara el secreto entre más de 6.000 personas que eran las llamadas á operar la grande obra de la redención catalana en su populosa capital. Y la conspiración, así, avanzaba rápidamente, estimulada por los patriotas de fuera y la Junta del Principado y autorizada por el marqués de Coupigny, secesor, como ya hemos dicho, del general Reding en el mando del ejército. Las negociaciones de la junta local con el General en jefe y con los emigrados de Barcelona, muchos en número, la frecuente comunicación que exigían,

(1) La 1.ª decía «Mi vida fallecerá ó Fernando reinará»; la 2.ª, «Por la Religión, el Rey y la Patria»; la 3.ª «Vencer ó morir por Fernando VII»; la 4.ª «Viva Fernando VII»; la 5.ª «Viva Fernando, la Patria y la Religión y muera Napoleón», y la 6.ª «Por la Religión el Rey y la Patria».

Los dibujos de estas cucardas se hallan perfectamente grabados en la obra del P. Ferrer, de la que sacamos los interesantes apuntes y datos que vamos exponiendo ahora para dar á conocer la extensión de aquella patriótica trama, sofocada pocos días después con la sangre de varios de sus heróicos inspiradores.

así para concertar el plan de la sublevación como para fijar el dia en que hubiera ésta de verificarse; la entrada y salida de los negociadores y de los voluntarios y paisanos que, debiendo tomar parte en la empresa, pasaban de la ciudad al campo y del campo á la ciudad todos los días á pesar, y á favor no pocas veces, de los contradictorios bandos de Duhesme; el transporte de las armas y municiones á los puntos de que habría de partir la acción interior, y los sitios en que se recomponían ó construían unas y otras; los señalados para depósitos ó para hospitales de sangre; hasta las casas donde se celebraban las juntas de los principales conspiradores; todo estuvo ignorado por los franceses y, lo que es más extraño todavía, por aquella policía á ellos vendida, mengua de nuestra raza, tanto más vigilante cuanto más interesada en que quedase impune la traición de los que la formaban (1).

¡Espectáculo admirable que, bien estudiado, aun cuando ofrecido á la antigüedad en pueblos de espíritu independiente sometidos á las arbitrariedades de la tiranía ó á la bárbara dominación del extranjero, pue-

---

(1) Dice en nota el P. Ferrer: «Logró el Dr. Salvá un pase del comisario general de policía, Casanova, suponiendo que había de ir á Villafranca para asistir á una consulta por un enfermo de gravedad. Esta consistía en el negocio de Barcelona, sobre lo cual tuvieron una larguísima sesión los cuatro nombrados sujetos prolongándose hasta las doce de la noche: volviéronse á Barcelona Ferrer y Salvá al día siguiente».

«Toda la correspondencia sobre tan vidrioso asunto, la recibía D. Antonio Brusi, impresor, por haber merecido la confianza del expresado vocal D. Tomás de Veri, de cuyas manos recibía los pliegos para Salvá, y los de éste para aquel señor. El perenne conductor de tal correspondencia fué D. Juan Pablo Barba (actualmente alférez efectivo del regimiento de Galicia) y alguna vez Pedro Fajula y Miguel Gaspar, impresor, dependientes de Brusi, y de su entera satisfacción».

de servir de ejemplo en las sociedades modernas, tan influídas por el materialismo, de lo que es capaz un pueblo que sabe inspirarse en los sublimes ideales de un carácter nacional verdaderamente clásico!

Y como además de acrecer la fuerza propia convenía debilitar la del enemigo, no se interrumpió nunca en Barcelona la tarea de promover la deserción de los italianos y hasta de los franceses de la guarnición; ofreciéndoles todo género de alicientes, recompensas y dinero. Aparecían proclamas, entre las que hubo alguna cuadrilingüe, en las paredes y puertas de las casas de los generales franceses, en los edificios públicos, los cuarteles y fuertes de la plaza; hasta en sus bolsillos las hallaron con frecuencia los oficiales y soldados enemigos (1).

Esto, como no podía menos, alarmaba á los jefes imperiales que comenzaron á sospechar de algunas de las personas que creían de mayor influencia en la plebe barcelonesa. Arrestaron á varias, si complicadas en la conspiración, no de las que llevasen su hilo, aun siendo tantos los de trama tan extensa; y fijándose los recelos de Duhesme en los funcionarios públicos que se habían resistido á jurar al Intruso, expidió un decreto expulsándolos á todos de Barcelona con la amenaza de su arresto, si no, y de su embarque para Francia.

(1) El mismo P. Ferrer, añade: «Lo más particular es que no sólo se han fijado en las casas de los generales franceses, como la otra vez, sino que anoche se metieron no pocas en las faltriqueras de los oficiales franceses que estaban en los cafés y casas de juego, lo que les ha dexado admirados y suspensos, y no cesan hoy de ponderar el arrojo de los barceloneses, en atreverse á tan arriesgada operación, aunque fuese en el acto de estar distraídos en el juego».

Así llegó el 11 de mayo, día tristemente memorable por el fracaso de proyecto tan patriótico, temerario sin embargo, hay que reconocerlo, temerario á todas luces. El 11 de mayo

Era el señalado para la sublevación; el en que, á una señal del castillo de Monjuich, que debería darla á las doce de la noche, los conspiradores reunidos en los puntos de cita acometerían la empresa de apoderarse de Barcelona, de sus puertas y ciudadela, pasando á cuchillo ó haciendo prisionera la guarnición que mantenía en aquella importante plaza la dominación francesa (1). Esos puntos estaban hábilmente elegidos, así para la más expedita y secreta asamblea de los patriotas barceloneses, como por su situación respecto á los cuarteles de los imperiales, las casas de sus generales y jefes, sobre todo por su proximidad á las puertas que se proyectaba franquear á los que acudieran del campo en ayuda de sus compatriotas de la ciudad. Eran: el Hospital de Santa Cruz, donde se alojaban muchos prisioneros españoles que, armados preventivamente, sorprenderían la guardia francesa del puesto y á los convalecientes de la misma nación, allí establecidos; los prisioneros del convento de la Merced se abririan paso á las calles inmediatas donde se les tenían preparadas también armas y municiones. En la calle nueva de San Francisco, en la casa de D. José Mornau

(1) «El aviso que ha llegado esta tarde del Comandante de la línea española del Llobregat, D. Agustín Arnauda, es, que á las doce de la noche en punto hará la señal el castillo de Monjuich y en seguida subirán allí las tropas españolas, tomarán el fuerte por sorpresa é inteligencia, y al instante harán la señal para que reviente la conspiración dentro de Barcelona».—*El P. Ferrer.*

de la calle Ancha y en la de los PP. Agonizantes se reunirían grandes grupos de los sublevados para sorprender y aprisionar al general Duhesme, al hermano de Lechi y al nuevo corregidor, coronel Wrant d'Amelín, uno de los conversos; como en la Pescadería, el Borne y otros puntos se situarían patrullas que cogieran á cuantos oficiales franceses saliesen de los alojamientos para acudir á sus Cuerpos. En el hospital de San Lázaro, en el almacén de D. José Más Rubí y en otras casas próximas se hallaban grandes masas de conspiradores, dispuestas á arrojarse sobre la guardia de la puerta de San Antonio á fin de abrirla á los soldados y migueletes que esperarían cerca acechando la ocasión de penetrar por ella en la ciudad, como otros iban á intentarlo por las puertas Nueva y del Angel, favorecidos del mismo modo por los patriotas del interior. Hasta las Atarazanas serían atacadas por una fuerza numerosa establecida secretamente por los frailes en su convento de San Francisco de Asís, cuartel de los tan odiados como famosos Vélites italianos. El colegio de Trinitarios Calzados y la casa llamada de Foixar obtuvieron el destino de hospitales de sangre donde se previnieron camas, medicinas, instrumentos de cirugía, cuantos recursos y refrescos se consideraron necesarios en la porfiada lucha que era de esperar. La Junta que dirigía la empresa que se iba á cometer, se situó, por fin, en el Colegio de Agustinos Calzados, con la misión de atender á todo tan pronto como, hecha la señal en Monjuich, anunciase el momento de acción la campana Tomasa de la Catedral, en cuya torre se situó un centenar de hombres encargados de entenderse, además, por medio de banderas con la escuadra in-

glesa de bloqueo, dispuesta á romper el fuego sobre la Ciudadela, el fuerte de San Carlos y el de la Linterna.

Aquel día se empleó en cuantos preparativos exigía la reunión, alojamiento y equipo de tanto y tanto patriota como se consideraba necesario en tan temeraria aventura, tantos que, según ya hemos dicho, su número pasaba del de 6.000, todos, sin embargo, dispuestos á correrla con el mayor ardimiento y el más sublime entusiasmo. La mayor parte se habían preparado con el santo sacramento de la Eucaristía, que se dió en casi todas las iglesias de Barcelona, y con despedirse de sus deudos más próximos, cual si presintiesen que, mejor que á la victoria, se dirigían en busca del martirio en los altares de la patria. Y unos, ocultamente, y otros con un desembarazo hasta insultante, dedicaron el día á trasladar armas y municiones á los puntos antes señalados, tarea en que tomaron una parte muy principal las mujeres; habiendo alguna, de calidad y casada, que, sorprendida por una patrulla francesa, fingiera seguir la dirección que llevaba en busca de un supuesto amante, oficial francés que la estaría esperando.

¿Cómo, de otro modo, había de llevarse á cabo la preparación de un proyecto así en una plaza de guerra, ocupada por guarnición numerosa y, como antes hemos dicho, vigilada por una policía local que tanto interés debía tener en hacerlo fracasar aun cuando no fuese más que por su propia salvaguardia?

Todo, sin embargo, ¡parece increible! pasó en la mayor reserva por parte del vecindario y en la ignorancia más absoluta por la de los franceses; hallando á éstos la media noche completamente desapercibidos y



á los barceloneses cada uno en su puesto y en espera de la ansiada señal de su emancipación.

«Dan las doce, dice un testigo presencial, actor también en tan lúgubre drama: dan las doce, y el sonido de su primer martillazo obra instantáneamente en el corazón de todos los barceloneses conspiradores, y en el de los espectadores, una palpitación, que no puede comunicarla más rápida la electricidad misma. Cada golpe de aquel cóncavo bronce es una nueva pulsación en el pecho de los jefes que desde lo más alto del lugar de la reunión, miran sin pestañear al castillo de Monjuich, de donde se ha de dar la primera señal convenida; experimentando otro tanto cada uno de los conspiradores que, con el fusil, pistola ó sable en la mano, está en actitud de salir intrépido á batallar á brazo partido con la misma muerte.»

«Al eco del metal sagrado, añade el patriota catalán, que señala la media noche, se redoblan las fervorosas plegarias que en toda ella se han dirigido al Altísimo, ya desde el adornado oratorio doméstico, donde se han retirado las familias de los pudientes para rogar á Dios por el acierto de los suyos que dirigen la empresa; ya desde el aposentillo del artesano en el que la madre, rodeada de su infantil llorosa grey, les dice sollozando: *hijos mios, rezemos el rosario con devoción por vuestro padre que vá en este momento á exponer la vida por procurar vuestra libertad;* ya desde el coro de los conventos de Religiosos y Religiosas, todos los quales suplican á una con oraciones, gemidos, lágrimas, y aun disciplinas, para el feliz acierto en tan arriesgada obra, de la que pende la libertad de Barcelona, si se logra su efecto, ó vá á quedar anegada en su misma sangre, si

no se lleva al cabo, ó llega á descubrirse: todo ofrece unas ideas tan tétricas y en extremo melancólicas, que nadie hay que pueda pegar los ojos» (1).

Pero es la una y dan luego las dos y las tres de la madrugada sin que aparezca la señal convenida en Monjuich ni llegue á la ciudad noticia, voz alguna revelando la causa de tan triste y amarga decepción. Y como se hace urgente alejar el peligro, que se corre de descubrirse tan vasto complot, y aun la sospecha de haberse llegado á tal punto en su ejecución, pasa por entre los conspiradores la orden de ocultarse antes de que la luz del día, en aquella estación tan diligente, alumbre, con la desgracia de todos, la prueba de sus heróicos intentos. Por el impulso instintivo que arranca del pensamiento de que fracaso de aquella índole debe reconocer su causa en la traición de los propios ó la vigilancia de los enemigos, los conjurados, valientes un instante antes hasta la temeridad, buscan su salvación en la fuga ó en la sombra del retiro que presumen sea el más recóndito. Ocultando las armas en los sitios mismos en que acaban de recibirlas, en otros próximos ó distantes á que las conducen con el mayor disimulo posible para evitar el encuentro y registro de las patrullas francesas, los que pueden, los jefes principalmente,

Nuevo fracaso.

(1) La imprecación no es muy elocuente que digamos en concepto rigurosamente retórico; pero, como de quien experimentaba los sentimientos que evoca en su privilegiada memoria, impresiona y conmueve al que se transporta con sólo el pensamiento á aquella ciudad desventurada aspirando tan enérgicamente á su redención. El P. Ferrer, á quien luego veremos en la capilla de la ciudadela confortando con los auxilios de la religión á los mártires de aquella intentona patriótica, merece, no sólo la fe de un cronista excepcional, sino el respeto y la admiración del que tantos compromisos adquirió en su misión sublime y arriesgada.

huyen al abrirse las puertas de la plaza y disfrazados al campo, y los que no, vuelven á su domicilio para esconderse mejor y tranquilizar á sus familias.

La apertura de las puertas á la hora ordinaria es la señal más elocuente de la ignorancia en que se hallaban las autoridades francesas de la trama que se urdía; pues que, de otro modo, no las hubieran franqueado á los conspiradores que intentaran escaparse de sus garras.

¿Cuál pudo, entonces, ser la causa de tan triste fracaso?

Nada importa que el general Duhesme se jacte en sus Memorias de haber desbaratado la conjuración con la vigilancia de su policía, las medidas tomadas por los jefes y la lealtad y el valor de las tropas de su mando, porque ahí están para desmentirlo lo desacertado de las prisiones hasta aquel día ejecutadas y, sobre todo, esa circunstancia, que acabamos de indicar, de abrirse las puertas de Barcelona á las cuatro horas de la en que debió estallar una sublevación de tamaña importancia (1).

La causa de tal desgracia no debe tampoco buscarse en la falta de los auxiliares españoles de fuera á la cita que se les había dado en los fosos y puerta del castillo de Monjuich; debe atribuirse á la infundada confianza que inspiraban los tratos de los negociadores barceloneses con el ayudante Dottori, respecto á la en-

---

(1) «En aquellos días (los últimos de mayo) la guarnición era poco numerosa; la vigilancia, sin embargo, del comisario general de policía, las providencias tomadas por los generales, la lealtad, el valor y la actividad de las tropas preservaron á Barcelona de una catástrofe bien funesta.» *Memorias de Duhesme*.



trega de aquella fortaleza, y con el capitán Probana, de quien se esperaba facilitase el ingreso en las Atarazanas. La resolución del comandante de la línea del Llobregat, D. Agustín Arnauda, bien patente está en la llamada de los somatenes de los corregimientos inmediatos para el día 10 en Esparraguera y su aproximación á Barcelona; lo que hay es que, llegado el momento, temblaron los traidores del ejército imperial ya por miedo al castigo que debían esperar de no tener éxito su felonía, ya por la natural desconfianza de que se les cumplieran los exorbitantes ofrecimientos que se les había hecho de honores y dinero.

Porque, y en eso sí que estamos conformes con Duhesme, «los conspiradores no hubieran de ningún modo obtenido los resultados á que aspiraban con la insurrección general de la ciudad, estando los fuertes al abrigo de toda empresa á viva fuerza, aun cuando el fanatismo, que nada calcula, se complazca en la ruina y la destrucción, sacrificando los más caros intereses por dañar á sus enemigos.» «Así, añade aquel general en sus Memorias, los insurgentes, por sacrificar algunos franceses en Barcelona y obtener un éxito efímero, no temían exponer á sus conciudadanos, á sus parientes y amigos, á los horrores todos que tienen lugar en una población que se hace teatro de tal género de lucha.»

Otros arrestos.

De todas maneras resulta bien probado que los franceses, si barruntaron la conjura que debió estallar el día de la Asunción en Barcelona, ni la presumieron tan próxima ni alcanzaron con su vigilancia á conocer las personas que la dirigían ni los procedimientos á que se entregaban ni el instante tampoco que habían elegido



para llevarlos á feliz término. Dottori y Probana no debieron revelar, á lo menos oportunamente, á sus jefes los tratos en que andaban, ni hubo en Barcelona un solo infidente entre los 6 ú 8.000 que debían acudir y acudieron, con efecto, á la cita patriótica que tan de antemano se les había dado en los puestos de peligro, todos tan cercanos á las guardias y retenes franceses.

Y aun después del 11 se vé á Duhesme vacilar en la elección de las personas que había de prender para después sujetarlas á un consejo de guerra que las sentenciase. Pudiera muy bien aplicarse á las providencias del general francés el calificativo vulgar de *palo de ciego*, según aparecen hechas al azar las pesquisas de armas por todo Barcelona ejecutadas, y dirigidas por la casualidad las prisiones que sus satélites verificaron en los días sucesivos.

El 12 por la mañana fué arrestado por una patrulla el capitán D. Ramón Noguera, todavía convaleciente de siete heridas recibidas junto á Sarriá en un combate personal con cinco franceses, de los que al cabo quedó prisionero. Con él fué también preso en la plaza de San Jaime un tendero llamado Solanich; más tarde el escribano Fábregas; y, en fin, después de registrar la catedral y otras iglesias inútilmente por la actividad y fortuna con que se ocultaron las armas dispuestas para la noche anterior, los agentes de la policía se llevaron algunas de las personas, sacerdotes, monagos y campaneros, que se encontraban allí. Los tres cañonazos disparados en Atarazanas á las once de la mañana pusieron de manifiesto el conocimiento ó las sospechas de la conjuración; pero aquéllas prisiones, el cuidado de que Probana continuara sus conferencias con los que ya co-

menzaban á recatarse de él, y las amenazas dirigidas á los cautivados el 14 para que delatasen la trama y á sus muñidores, prueban la ignorancia en que se hallaban los franceses (1). El día 13, todavía andaban fusiles por las calles en hombros de los patriotas ú ocultos también en fardos y carros cubiertos de paja, y sólo el 14 eran presos Massana y Aulet en casa de Provana al celebrar una conferencia que elocuentemente demuestra que los franceses aspiraban al conocimiento de la conjuración y que los españoles persistían en ella.

El 15, sí, era visible que, si no todos, habían los franceses cogido hilos que los guiasen en el descubrimiento de la conspiración con algunas probabilidades de acierto. Multiplicáronse las prisiones, y ya éstas recayeron en quienes habían tomado parte en la dirección del movimiento insurreccional proyectado para el día 11. Si en la noche del 14 cayeron, según acabamos de recordar, en las redes de la policía Massana y Aulet, la mañana siguiente eran llevados á la ciudadela D. Joaquín Pou, párroco de aquella fortaleza, recientemente expulsado de ella, el P. D. Juan Gallifa, de los clérigos regulares de San Cayetano, D. José Navarro, sargento del regimiento de Soria y uno de los prisioneros en la Merced, y varias otras personas que después

(1) Parece que Probana delató á los señores Massana y Aulet que con él concertaron le entrega de las Atarazanas; pero, entonces, ¿por qué se dió lugar á que huyesen no prendiéndolos hasta la noche del 14? El informe del Comisario de policía, que es del 16 de mayo, está plagado de inexactitudes, como lo haremos ver al estamparlo en el Apéndice núm. 2, y prueba lo que antes dijimos, que se dió mucho *palo de ciego*, acertando alguna vez con el bulto como siempre sucede cuando se reparte entre muchos.

La connivencia de Dottori quedó sepultada en el más profundo secreto por mucho tiempo.



resultaron menos comprometidas. La persecución continuó los demás días ensañándose principalmente en el clero que, no sin razón, suponían los enemigos era el defensor más acalorado de la independencia patria.

Pero temiendo Duhesme que por muchas prisiones que ejecutara no acabaría con la semilla que los sacerdotes echaban en el pueblo barcelonés, convocó para el día 17 á los vicarios generales, curas párrocos y prelados de los conventos, para, en unión con Medinaboitia y Casanova, amonestarles severamente, amenazándoles con los más duros castigos si no trabajaban por el desistimiento de cualquiera intentona de sublevación. Sin embargo, continuaron las visitas domiciliarias y las de los conventos y monasterios de ambos sexos, la ocupación de la catedral, cuyas puertas fortificaron los franceses , doblando en ellas, como en las de la plaza y las casas de los generales, sus respectivas guardias; llevando, en una palabra, hasta la exageración las precauciones que creían convenientes.

De tal modo les había impuesto la resolución patriótica, ya manifiesta en el pueblo barcelonés, de conquistar su libertad del yugo extranjero á cualquier precio. El pueblo conservaba una actitud sumamente severa y sospechosa; el clero no se dejaba arredrar por las amenazas de Duhesme; los prisioneros, encerrados en la plaza y las fortalezas, no parecían conformarse con su triste destino, y hasta infundían sospechas los pocos españoles alistados en un cuerpo microscópico, allí creado con el título de Regimiento del Rey Joseph I (1). Y

(1) Los catalanes llamaban *Josepets* á los alistados en aquel regimiento, tan pocos que es raro el historiador que se acuerda de ellos.



éso se vió de una manera elocuente al celebrarse el 21 la fiesta religiosa de la Pascua de Pentecostés. Las iglesias españolas estuvieron muy concurridas de fieles, en quienes se reflejaban los sentimientos todos inspirados al pueblo por la situación dificilísima que atravesaba Barcelona, pero con el de la resolución, también patriótica, de no mostrar el menor desfallecimiento. En la iglesia de San Francisco, hecha parroquia de los franceses, se celebró la misa con música militar y coros compuestos de oficiales aficionados, pues los músicos y cantores españoles se habían fugado por no contribuir al esplendor de una fiesta en que se dirigían preces al Altísimo por la salud y gloria del Emperador Napoleón y su hermano el Rey José.

No descuidaban tampoco los franceses el despejar de enemigos las inmediaciones de Barcelona, con lo que creerían arrebatar á los de dentro toda esperanza de coopéración en su favor. El día 24 salieron unos 600 franceses hacia la parte de Badalona y el 26 lo hicieron otros tantos por la del Llobregat. A los primeros los aventó la escuadra inglesa del bloqueo secundada por los voluntarios catalanes, y los segundos hubieron también de volver cabizbajos y con pérdida considerable, azotados por el fuego de los migueletes que guarnecían la derecha de aquel río, casi todos los días ensangrentado con la de unos y otros, españoles y franceses. El escarmiento se hizo aún más ejecutivo el 27, en que el general Chabrán, llevado de su ardor, se habia propuesto reconocer y castigar las agrupaciones que iban cada vez aumentando en derredor de Martorell, centro de la defensa del Llobregat y punto de partida para las agresiones de los somatenes

contra los franceses de Barcelona. La caballería de Chabrán, emboscada, fué descubierta y batida por la española que mandaba el capitán D. Juan Xalón que la persiguió, además, con la protección de los voluntarios de Tarragona, regidos por el comandante Milá; y las posiciones que había tomado la infantería francesa fueron asaltadas por los somatenes que, divididos en dos columnas á las órdenes de los capitanes Montero y Faloch, la fueron arrollando grande espacio, aun reforzada, como fué, por más tropas, salidas también de Barcelona en su auxilio. La retirada de Chabrán y el fuego que los ingleses abrieron desde su escuadra sobre los fuertes de la plaza, alarmaron á tal punto al presidio francés que jefes y oficiales hubieron de acudir á sus puestos, algunos hasta con las familias, recelosos de que se intentara de nuevo su captura en los propios alojamientos.

Represalias de los franceses.

Todo esto y la alegría y la arrogancia manifestada por los barceloneses el 30, día de San Fernando, celebrado por los oficiales ingleses desembarcados de la escuadra y los españoles en el Mas Nou, confirmó á Duhesme en la idea de un escarmiento tan rudo que desterrara de los barceloneses la de todo proyecto de sublevación como el recientemente frustrado. La comisión militar, nombrada para substanciar el proceso mandado formar contra los presos en aquellos días, se reunió el 2 de junio y, como era de temer, sentenció á varios á pena de muerte y á los demás acusados á la de prisión, más ó menos larga según las pruebas que pudo recoger de su culpabilidad ó inocencia. La sesión de aquel consejo de guerra fué por demás conmovedora, digna, por parte de los encausados y sus defenso-

Consejo de guerra.

res, de eterna recordación y de servir de ejemplo aun para los pueblos más encondidos en el santo amor de su independencia. Como por un impulso de predestinación, arrancado á la conciencia de los presos ó al resultado de las actuaciones en sus jueces, aparecían reunidos y los primeros en el banco que se les destinó, Massana, Aulet, Pou, Gallifa y Navarro, los cinco patriotas que iban á servir de blanco á la crueldad de quienes andaban hacía veinte años proclamando por el mundo con la ronca voz de sus cañones los principios de la emancipación del hombre de todo género de tiranías y los sacrosantos también de la libertad y la independencia de las naciones. ¿Qué habían de alcanzar la elocuencia de los defensores ni el espectáculo de sus esfuerzos y de su abnegación ante un tribunal que mal podía blasonar de independiente y ante un fiscal, el capitán italiano, señor Gaddi, que, traspasando las fronteras de su ministerio, se engolfó en el tenebroso piélago de las suposiciones más falsas, de las calumnias más groseras, de la parcialidad y la injusticia más insultantes? Vencido por los defensores, que apenas habían comunicado, y eso ante centinelas de vista, con sus apadrinados, lo fué aun más por los que él llamaba traidores y asesinos cobardes, con el digno continente, la serenidad de la palabra y la santa resignación con que contestaron á sus apasionadas acusaciones. El teatino P. Gallifa, revistiéndose de un candor y una serenidad, hija de la fortaleza de ánimo que siempre le había distinguido, revelada en la suave sonrisa con que acompañó á sus palabras, exclamó dirigiéndose al presidente: «Los actos de que se me acusa, únicamente me han sido ins-



pirados por mi amor á la Religión, á mi Rey el Sr. Don Fernando VII y á la Patria» (1).

Sentencias. La sentencia, sin embargo, estaba dictada antes de reunirse el consejo, como dirigida, que iba, á infundir en el pueblo de Barcelona un terror que los conquistadores han dado en calificar de *saludable*. No seremos de los que se desaten en censuras y dicterios contra aquella sentencia que ciertamente no admite explicaciones en el terreno legal, el de la estricta justicia, puesto que ésta se aplicó por códigos no españoles; mas la dura exigencia de las circunstancias, el espíritu de propia conservación y la ley, arbitraria pero ineludible, del vencedor, excusan, ya que no justifiquen, tales procedimientos, como los usados por Duhesme que, con llamar á sus víctimas conspiradores, asesinos, seides y fanáticos, los declaraba criminales y dignos, por

(1) Eso viene á decir D. Adolfo Blanch en su «Historia de la guerra de la Independencia en el Principado...»; pero respecto á la noble serenidad del P. Gallifa se lee en una nota de la «Oración apologético fúnebre» que en 1816 pronunció el P. Pujol en la catedral de Barcelona, lo siguiente: «Serenidad envidiable fué el tratar de irreligionario al intruso Regente, graduar de ilegítimas las potestades á la vista del que se apoyaba en ellas, y contestar á las viles amenazas con este laconismo y generosidad; *pienso tener la fortaleza de un mártir*. Serenidad fué la religiosa, pero tranquila conversación, durante las horas que estuvo en capilla y mucho más el entonar el *Te-Deum*, al haber recibido el Viático con la solemnidad y firmeza de voz que podía en la más plausible fiesta. Serenidad fué, el despreciar la voz del perdón que le notició un clérigo francés; el corregir con finura y propiedad la bendición de la mesa substituyendo á las palabras, *Mensae coelestis*, etc., las alusivas al día de la colación: *ad coenam vitae eternae*, etc. Esta particularidad, así como la de cambiar el sombrero con el R. P. Ferrer á fin de que en la Esplanada quedara el más ruín, no menos que el ofrecerse á asistir á uno de sus compañeros, sería graduada por algunos presumidos de friolera poco digna de la historia. El imparcial divisará en estas frioleras, un magnánimo corazón en el héroe que sabe prevenirlas».

consiguiente, del castigo que les imponía con la farsa de un tribunal de justicia.

Cinco, con efecto, los ya nombrados, fueron condenados á muerte; los dos sacerdotes, en garrote, y los demás en horcas que se hicieron construir aquella noche y cuyo manejo fué necesario enseñar á unos miserables presidiarios, á quienes, aun así, hubo que amenazar si no se prestaban á tan odioso oficio (1).

Los restantes 18 tuvieron por condena la prisión hasta *la tranquilidad general de la España*, como decía la sentencia, ó hasta nuevas informaciones que diesen á conocer su culpabilidad ó inocencia. Sin embargo, nueve, entre los que no pocos eran de los más dispuestos al manejo de las armas la noche del 11,

---

(1) No lo sabían aquellos infelices que después pagaron su ejercicio con la vida al huir á Tarragona; pero tuvieron tal maestro que mete espanto hasta el recordarlo. El regente intruso de la Audiencia, aquel indigno afrancesado Medinabeitia, perseguidor el más cruel de los barceloneses leales, buscó en el presidio á los que destinaba para ejecutores de la sentencia; y hallando tras largas investigaciones y repulsas, dos que se prestaran á serlo con la promesa de su libertad, los condujo á los sótanos de la Audiencia donde él mismo los ejercitó en el empleo de la horca y el garrote. Rodoreda en su «Cuadro de Horror» pone en boca de Medinabeitia estas palabras como contestación á las de *Esto es muy vil*, que le dirigió uno de aquellos bandidos: «Nada hay vil; lo que importa es comer bien y vivir bien. Vamos muchachos, seguid; pon el dogal más alto, más bajo, más largo, más corto....» Verdaderamente que ese cuadro bien pintado, podría llamarse «Cuadro de Horror».

No sucedió lo mismo en Valladolid donde para ahorcar á un donado del convento de San Diego se buscó entre los pregoneros, presos y presidiarios, quien ejerciese de verdugo; y hubo que recurrir á un francés que lo hizo, y muy mal por cierto, mediante el donativo de *cuarenta pesetas, un pantalón de lienzo y una chaqueta*. «Subió á la horca, dice un diario de aquel tiempo de reciente publicación con el título de *Noticia de casos particulares ocurridos en la ciudad de Valladolid, año 1808 y siguientes*, pero no sabía ahorcar; dió una muerte al reo muy inhumana».

Allí no había otro Medinabeitia que enseñara el oficio.



fueron puestos en libertad al día siguiente *por falta de pruebas suficientes contra sus personas* según Duhesme. «Pero no por eso, dice en sus Memorias, quedó menos demostrada la existencia de la conspiración, tanto por las declaraciones de los presos como por las muchas armas, sables y escarapelas rojas que se hallaron en sus casas y en los sitios de sus asambleas.»

¿Se quiere más prueba de la ignorancia en que estuvieron los franceses hasta el 14 de mayo?

Su ejecución.

Auxiliados por el P. Ferrer, autor de la excelente obra que lleva por título el epígrafe mismo del presente capítulo en esta historia, el P. Gallifa, Pou, Massana, Aulet y Romero, recibieron la palma del martirio en la explanada de la Ciudadela á las cuatro de la tarde del 3 de junio, fecha memorable que entre los catalanes ha sido desde entonces conocida con el nombre de DÍA GRANDE DE BARCELONA.

Difundida por la ciudad la noticia de la sentencia y la de haber sido inútiles las gestiones hechas por los defensores y alguno de los vicarios para que Duhesme concediese el indulto ó, cuando menos, suspendiera la ejecución hasta que el Emperador conociese las súplicas que iban á dirigirle los deudos y amigos de las víctimas, viéronse inundadas del pueblo barcelonés las inmediaciones de la ciudadela y de la plaza de Palacio, cubiertas, á su vez, de tropas francesas con sus cañones abocados á las calles al apoyo además de grandes fuerzas de la caballería imperial. Parecía que debían bastar aquellas precauciones; pero he aquí que, al ejecutarse la sentencia, se oye por todo Barcelona el arrebatado son de la Tomasa que llama á las armas á los que, aun

Alarma en la ciudad.

después del fracaso de la noche del 11, intentan, más

ya que recuperar la ciudad, librar á sus conciudadanos del suplicio á que se les llevaba (1). Al oirse la célebre campana y su toque á somatén aparecen por la Riera alta algunos grupos de paisanos que, ignorantes del aplazamiento que Arnauda había dado al plan de una nueva intentona de sublevación, se lanzan á las calles y hasta llegan á matar y á herir á varios franceses. Las tropas imperiales invaden la ciudad con la rabia que es de suponer, dirigiéndose una gran parte de ellas á la catedral, de donde ha partido la potente voz de alarma de su campanario; rodean el templo y penetran después en él, confiados en coger á los instrumentos rebeldes y provocadores de tan inesperado suceso. El registro no pudo ser más escrupuloso; las capillas, sus altares, el coro y la sacristía, las cajas y armarios que encerraban las vestiduras sagradas y las particulares de los canónigos; todo fué abierto y arrojado por los suelos: no quedó rincón que se librara de aquella revista pasada por los franceses y los seides del famoso Medinabeitia que la dirigía rebosando en ira y anhelo de venganza. Todo fué inútil y sólo cuatro días después, el 6, y á la voz de *Perdón, perdón; las vidas están concedidas de orden del Gobernador,* repetida por todos los ángulos de las iglesia y llevadas por el eco á las extremidades más remotas, salieron de los fuelles del órgano tres fantasmas

(1) El P. Ferrer dice que al llevar el Viático á los presos fué instruido de que no se verificaría la ejecución, pues, al intentarla, reventaría una conjura como la de la noche de la Asunción. «No he dado á ello ningún asenso, añade, antes bien he creído, que si se verificaba, no quedarían libres los cinco (pues los soldados mas inmediatos, los pasarían con una descarga) y nosotros los asistentes nos veríamos metidos en una trapisonda de muerte.»

Tenía razón.

de hombres, á tales habían quedado reducidos Ramón Mas, Julián Portet y Pedro Lastortras después de 27 horas de no haber comido ni bebido en encierro tan estrecho y malsano.

Más ejecuciones.

El lector creerá que, con efecto, serían perdonados aquellos infelices patriotas y aun lo creyeron los que presenciaron la atención con que fueron en los primeros momentos socorridos y alimentados, ya que ni en pie podían mantenerse. Nada de eso: llevados á la Ciudadela el mismo día de su prisión eran ahorcados el 27 por otros verdugos tan inexpertos como los anteriores del 3 que, huyendo á Tarragona, subieron, á su vez, al patíbulo, siéndoles después cortadas las cabezas y las manos y expuestas en las puertas de la ciudad.

Con los tres patriotas barceloneses, víctimas de una perfidia casi sin ejemplo, fueron sentenciados otros tres á prisión que debería durar lo que la guerra, y once más que fueron puestos inmediatamente en libertad. Prueba, dice el P. Ferrer de «que jamás los franceses supieron á punto fijo los sujetos que entendieron en las conspiraciones urdidas contra ellos y su ejército, puesto que en la lista que antecede (la de los once), vemos declarados libres á D. Juan Maciá y á Fr. Serapio Ratés, los quales estaban muy bien enterados de todo lo que debía executarse en la noche de la Ascensión.»

Término de la conspiración.

Así acabó la famosa conspiración tramada en Barcelona, más que para la liberación de aquella ciudad, para dar al mundo testimonio elocuente del valor, del espíritu de independencia y de la tenacidad patriótica del pueblo catalán. Frustrada el 7 de marzo por el huracán de la noche anterior, ofreció á España el 9 de abril el espectáculo de tal virtud en sus magistrados,

así civiles como militares, que, negándose á jurar al rey intruso que se les quería imponer, prefirieron la miseria y el destierro con tal de conservar ileso su honor de buenos españoles. El 3 de junio, después y fracasando también su plan de recuperar para la patria su querida ciudad, arrostraron varios de sus hijos con impavidez admirable una muerte, en otras ocasiones ignominiosa, entonces, sin embargo, glorificada por la abnegación más sublime en causa como la del mantenimiento de su independencia nacional, de su religión y del monarca que habían proclamado como esperanza única en la fiera borrasca que corría la Europa entera (1). «Fueron, dice Vacani, con orgullo al cadalso y, convencidos todos de haber hecho lo que se debía esperar de verdaderos ciudadanos por la patria, por la religión y por el príncipe, se ofrecieron alegremente víctimas propiciatorias en holocausto á la causa nacional.»

---

(1) Dice el P. Ferrer: «Aunque en la execución apenas se ha visto ningún paisano, pero después, al difundirse por la ciudad la voz de lo ocurrido, se ha agolpado tanto gentío en la Esplanada para ver los cadáveres, que todavía están colgados de la horca, que los varios centinelas que hallí hay no pueden hacerlos retirar. Descargan furiosos culatazos con el fusil, pero la gente no quiere salir de debaxo las horcas, en otro tiempo tan horrorosas, y que se tenía por infame el que las tocase, pero hoy se ven con tan distintos ojos, que más las tienen por triunfo que por castigo desde el 3 del corriente mes, en que dieron en ellas la vida por la Religión, el Rey y la Patria los tres patriotas Massana, Aulet y Navarro. Por esto se vé, que lejos de causarles horror el dicho suplicio, se acercan á los cadáveres y les besan amorosamente los pies, rezándoles en seguida algunas oraciones para el descanso de sus almas.»

Dicho esto por un sacerdote católico parece como si se quisiera traer á la memoria el sacrificio de Aquél que de la Cruz, signo antes infamante, hizo con su sublime sacrificio el de la redención humana.

CAPÍTULO III

Gerona.—D. Mariano Alvarez de Castro.—Asoman los franceses á Gerona.—Estado de la plaza.—La guarnición.—El vecindario.—Comienza el sitio.—Primeros combates á la vista de la plaza.—El tren de sitio.—Inacción de Reille y de Verdier.—Nuevas obras en la plaza.—Crece el campo de los sitiadores.—Nuevos combates en los contornos.—Posiciones de los franceses en fin de mayo.—Parsimonia de Verdier.—La Cruzada gerundense.—Continúa el fuego entre las avanzadas.—Primeras baterías francesas.—Plan de ataque.—El bombardeo y sus primeros extragos.—El ataque á las torres de Montjuich.—El del Pedred y salida para su recobro.—Resuelve Saint Cyr acercarse á la plaza.—Sigue el ataque á las torres.—Su pérdida y la de la torre de San Daniel.—Se establece Saint Cyr en Caldas de Malavella.—Sus ideas sobre el sitio de Gerona.—Continúa el sitio.—El ataque á Montjuich.—Construcción de nuevas baterías.—La Imperial.—Resolución de los defensores.—Compañías de Santa Bárbara.—El Gobernador.—Primera brecha.—La bandera del Fuerte.—Primer asalto.—Nuevas baterías para ensanchar la brecha.—El grande asalto rechazado también.—Voladura de la torre de San Juan.—Hazañas de los Migueletes y Somatenes.—Verdier cambia de sistema en el ataque de Montjuich.—Se apodera del convento de San Daniel.—De la torre de San Juan.—Y de la media luna del castillo.—Reclamaciones de Alvarez.—Salida de Montjuich.—Abandono de Montjuich.

Se veían próximos los días del tremebundo drama de Gerona, de memoria perdurable. Como que mientras subsistan en el mundo ideas de patriotismo y honor militar, con la aspiración generosa á satisfacer los ideales que el orgullo de raza y el desapropio genial provocan, el nombre de Gerona servirá en España de estímulo para excederse en las manifestaciones de las virtudes que atesora la Nación, y en el extranjero de ejemplo para sacar á salvo los más sagrados fueros de la integridad y de la independencia patrias. **Gerona.**

Ya se ha visto antes de ahora: si para los españoles



la hazaña de la ciudad del Ter es un florón más en la corona entretegida con los brillantes atributos de Numancia, Calahorra y Zaragoza, su luz, al eclipsar los de Ninive y Jerusalém, sirvió de faro salvador á los pueblos que, fuera, no hallaron otra, en ocasiones semejantes, con que arrostrarlas y vencer á los detentadores de su libertad.

Ofrece, sin embargo, el sitio de Gerona una particularidad que es una verdadera excelencia en el arte militar tratándose del de la defensa de las plazas, la de ser tan íntima la unión del ejército y del pueblo y tan uniforme la acción de uno y otro, por consiguiente, que aquélla sirve de ejemplo para demostrar cuál era el sentimiento de todas las clases en la guera de la Independencia, y ésta de estímulo para, comprendiendo hasta dónde llega la fuerza que la unión comunica, no dejarse vencer del desaliento que, en otro caso, infundiría el espectáculo de los ejércitos, al parecer invencibles, del enemigo y de sus poderosos tormentos.

Generales y generales de entre los enemigos quedaron allí vencidos y desacreditados, aun siendo de los de mayor autoridad en los ejércitos napoleónicos; que no parece sino que, al estudiar tan singular suceso como el de la catástrofe de Gerona, se asiste á aquella nunca interrumpida desgracia de los cónsules romanos ante los defensores de Numancia. Como en el pueblo rey, entra en Francia el pavor al contemplar el carácter, verdaderamente antiguo, que toma el sitio de Gerona, la sangre y los sacrificios y el tiempo que exige; y, como el senado romano, el nuevo César, irritado de tan tenaz resistencia, increpa á sus generales y busca, como aquél, otro Escipión que, escarmentado ó con-

vencido de la inutilidad de los recursos de la fuerza, aun teniéndolos tan potentes, acuda á los cobardes, pero eficaces, del hambre y de la peste. Y un pueblo que, cubierto de lauros ensangrentados, provoca al enemigo un día y otro á que se los arrebate de su frente majestuosa pero con el hierro ó el plomo, tiene que sucumbir, y sólo así sucumbe, famélico y exánime; con la gloria, sin embargo, de no ser vencido en la lucha honrosa de los héroes, sino envuelto en el sudario de los mártires. Ni cayera de otro modo que su gemela la ciudad ribereña del Duero de no haberse cebado el contagio en el varón insigne cuyo valor extraordinario, inteligencia masculina y noble pertinacia, más que inquebrantable y más que inflexible, tuvieron siete meses en suspenso la fortuna y el crédito de las armas imperiales y en constante admiración al mundo entero. Presentará la Historia ejemplos de sitios más largos que el de Gerona de 1809, de peripecias más variadas, de resultados más decisivos; pero nunca de una resistencia tan igual ni tan activa. Y si, al celebrarse la de otras plazas de guerra de muy superiores condiciones defensivas, ha llegado á compararse la acción de sus gobernadores con la de Don Mariano Alvarez de Castro, la opinión y la ciencia se han escandalizado, y una carcajada inmensa, aturdidora, ha sido la respuesta á los ignorantes ó aduladores que la provocaran.

D. Mariano Alvarez de Castro.

Mucho podía esperarse del que, como Aníbal, había jurado odio eterno á los enemigos de su patria: su conducta en la entrega del castillo de Barcelona y su campaña del Ter y del Fluviá le habían grangeado un alto concepto de carácter y de experiencia militar, y, con él, la adhesión de las tropas que mandaba y la confian-

za de los gerundenses, á cuyo gobierno había sido llamado en circunstancias tan extraordinarias. Difícil era, sin embargo, prever en el severo y taciturno veterano á quien iba á superar en habilidad, en energía y pertinacia á cuantos la historia conmemora como tipos acabados para el dificilísimo arte de defender las plazas de guerra, y á servir de ejemplo perdurable á los futuros en las crísis nacionales más apuradas.

Es necesario contemplarle en los trances de todo género de aquella singular jornada para descubrir y aquilatar el temple de su alma, la actividad de su espíritu, el influjo que obtuvo sobre la guarnición y el pueblo de Gerona, hasta alcanzar para su propio nombre y el de sus auxiliares todos, la inmortalidad que el mundo les ha concedido, embargado de entusiasmo y admiración.

Asoman los franceses á Gerona.

El general Reille asomó á las márgenes del Ter el 5 de mayo de 1809 al frente de diez mil hombres, franceses, westphalianos y del Gran Ducado de Berg, procedentes de la división con que le vimos pelear tan desgraciadamente en Castellón de Ampurias y de los refuerzos que acababa de dirigirle el Emperador. Dos días antes se habían visto fuerzas considerables que desde Bañolas habían tomado la misma dirección; pero eran las del general Lechi al regresar á Vich, las que, ya cerca de la plaza, habían emprendido el camino por Llorá y Amer, según dijimos en el capítulo anterior. Habían logrado, sin embargo, introducir en Gerona una gran alarma y hasta sido causa de que, dando crédito los gerundenses á los fugitivos de los pueblos saqueados por Lechi, tuviera el general Alvarez que verificar una salida reconocimiento con 1.300 infantes,



30 caballos y dos piezas, los comandantes de Artillería é Ingenieros y los coroneles de Ultonia y Borbón, sin que tal operación diera resultado alguno. Lechi se había alejado, y la montaña y el terreno todo de la izquierda del Ter estaban desiertos (1).

No fué así el día 5, en que se supo con seguridad en Gerona que los enemigos avanzaban resueltamente y blasonando de apoderarse muy pronto de la plaza, ya por las inteligencias que decían tener en ella, ya, en otro caso, con la incontrastable fuerza del inmenso material de artillería que los seguía. Esas noticias produjeron en la ciudad la sensación que era de esperar; la del recelo y desconfianza, entonces habitual en España, respecto á las autoridades, por probada que estuviera su lealtad, en un principio; la de aquella arrogancia catalana, después, justificada en los gerundenses por tanto y tanto éxito como habían obtenido desde la más remota antigüedad en los diferentes sitios sufridos y, sobre todo, en los gloriosos también del año anterior. Pero el general Alvarez, ya muy experimentado en achaques de popularidades, siempre efímeras, y para, al mismo tiempo, quitar toda duda sobre su decisión patriótica á los más entusiastas y toda esperanza de acomodamiento á los pusilánimes ó egoistas, reprodu-

(1) La Junta militar que, según veremos muy pronto, se constituyó en Gerona, se oponía á la salida, como peligrosa si eran verdaderas las noticias de los fugitivos y fundada la alarma; pero prevaleció el dictamen de la Junta Gubernativa que no veía, de otro modo, fácil el desimpresionar al pueblo y hacerle creer que eran inciertos y equivocados los informes de las familias que se habían acogido á la plaza.

Se conoce que Alvarez no se creía aún con la autoridad necesaria en tiempos tan difíciles para resistir las exigencias populares.

jo el bando que ya había hecho publicar el 1.° de abril al susurrarse la aproximación de los franceses. El bando, que ahora se publicó con todas las formalidades de ordenanza, con más solemnidad aún que de costumbre, y se fijó después en las esquinas de las calles y plazas de la ciudad, decía así: «En nombre del Rey, el Señor Don Fernando VII, impongo pena de la vida, ejecutada inmediatamente, á cualquiera persona, sea de la clase, grado ó condición que fuere, que tuviera la vileza de proferir la voz de rendición ó capitulación.»

«Esta providencia, dice un testigo ocular, tan conforme á los sentimientos de este digno Gobernador, infundió en los corazones de su guarnición y vecindario el valor y la confianza en sus jefes, tan indispensable en todos tiempos para el buen éxito en las empresas (1).»

Estado de la plaza.

La situación de Gerona, con eso, vino á hacerse, si difícil, como no podía menos, y de pronóstico reservado aun para los más confiados en el favor de la Providencia y en la fortuna, nunca desmentida en aquella campaña, vino á hacerse, repetimos, franca por el patriotismo y la decisión de las autoridades y el pueblo.

Algo habían mejorado las condiciones defensivas de la plaza desde su último sitio del año anterior. Había transcurrido tiempo suficiente para, aun con la amenaza de la marcha de Saint Cyr á Barcelona, la presencia, nunca remota, del general Reille atalayando constantemente desde Figueras y la línea del Fluviá la

(1) D. Juan Pérez Claras, vocal de la Junta gubernativa del sitio, en su *Dietario del Sitio de Gerona de 1809*, manuscrito cuyo original posée D. Celestino Pujol y Camps, de la Real Academia de la Historia.

que consideraba tarde ó temprano ser su presa, y los reveses sufridos por las armas españolas en el Llobregat y el Francolí, cubrir de reparos la plaza y los fuertes exteriores, aterrados antes, algunos, por falta de material de artillería conque abastecerlos y de soldados que los defendiesen.

Las inmediaciones de Gerona se vieron, al llegar los franceses, despejadas del arbolado que adornaba los paseos, los caminos y los jardines y huertas de los arrabales y casas más próximas. De éstas, se volaron algunas que pudieran ocultar y proteger los aproches del sitiador, y se allanaron también cuantos accidentes del terreno sirvieran al mismo objeto, descubriendo los caminos que dirigiesen á las puertas y baluartes de la plaza. Y no sólo se repararon las murallas, aportilladas por la artillería francesa en el sitio anterior ó mostrando todavía el abandono en que habían estado, sino que se ahondaron los fosos, se abrieron otros, se levantaron de nuevo las torres exteriores que cubrían el castillo de Montjuich y aun se construyó en éste alguna obra que lo defendiese mejor. Los vecinos de la ciudad y del campo inmediato se prestaron á cuantos trabajos creyeron los ingenieros más convenientes, sin reparo alguno, con ún patriotismo que auguraba los sacrificios á que luego se prestarían, de sangre y de fortuna, hasta obtener el glorioso martirio á que la Providencia los tenía destinados. Claro es que la guarnición les daba ejemplo de celo y abnegación en obra tan patriótica, tomando parte en los trabajos, conduciendo y estableciendo la artillería en los fuertes y baterías ya habilitadas y cubriendo el servicio de armas con tanta vigilancia como valor.

Así, puede decirse que el estado de defensa de la plaza de Gerona en mayo de 1809, era muy diferente del en que la encontró el general Duhesme en sus dos expediciones del año anterior (1). También había aumentado la fuerza destinada á su guarnición, así porque las distintas operaciones ejecutadas en las cercanías de la ciudad habían exigido fuerzas en proporción á las que el enemigo presentaba, cada día en mayor número, como porque se preveía que si Saint Cyr y sus compatriotas todos de Barcelona habían de sostener la posición que ocupaban en el centro de Cataluña, necesitaban abrirse inmediatamente la comunicación de Francia, de donde ni noticias recibían, según ya hemos hecho observar. Consistía esa fuerza en 4.945 infantes de los regimientos de Ultonia y Borbón y de los batallones sueltos de Voluntarios de Barcelona, Migueletes de Vich y de Gerona; 108 caballos del escuadrón de San Narciso; 648 artilleros, ya del arma, de agregados del 2.º tercio de Gerona ó de marineros de la costa próxima, y 22 individuos de todas clases del cuerpo de Ingenieros (2). Su jefe, inútil se hace el recordar de nuevo las condiciones militares que le adornaban, era don Mariano Alvarez de Castro, que tenía á su lado oficiales tan distinguidos como el brigadier Bolívar, á quien ya conoce el lector por su conducía, como teniente de

La guarnición.

(1) Véase en el Apéndice n.º 3 la «Relación de las obras y reparos más principales que se hicieron en Gerona», estampada en el *Dietario* de Pérez Claras, del que indudablemente la sacó el ingeniero Minali para trasladarla á su obra.

(2). El Apéndice n.º 4 representa el cuadro más detallado de la guarnición de Gerona en el mes de mayo, con el de los refuerzos, además, que llegó á recibir la plaza durante el sitio y el cálculo de las bajas en ese mismo período. Se ha hecho así para evitar la repetición de este género de estados.

Rey, en los sitios anteriores, y los de igual grado don Joaquín O'Reilly, como mayor general, y D. Blas de Fournás, en clase de agregado. En el Estado Mayor de la Plaza los había que llegarían á ilustrar sus nombres, ya conocidos en la campaña anterior y que recordaremos en ésta según las ocasiones, y en las planas mayores de los cuerpos de Artillería é Ingenieros, así como en las armas generales, individualidades que, no sólo con su acción militar, sino con sus servicios científicos también y sus escritos posteriores lograron formar la brillante corona que rodea y rodeará eternamente la memoria de la ciudad heróica del Ter en el campo vastísimo de la historia.

El vecindario.

Pocos eran, en verdad, los presidiarios de Gerona para empresa como la de su defensa en tan extensa plaza y tantos fuertes que la rodean. Tenían, sin embargo, un auxiliar poderoso en el vecindario que, según acabamos de decir, no sólo se ofreció á toda clase de servicios, sino que llegó á prestarlos tan eminentes que ningún otro pueblo puede blasonar de haberse ilustrado con mayores en los tiempos modernos. Sólo Zaragoza adquirió en eso gloria semejante; pero, al desplegar en sus memorables defensas igual entereza, valor y constancia en los mismos grados, no supo ó no quiso someterse á la severa disciplina que es uno de los timbres que más avaloran la resistencia de los gerundenses, si soberbios también por carácter, dóciles á las leyes de la razón y de la conveniencia en ocasiones, como aquella, tan solemnes.

Y no se limitó esa cooperación á la de la parte viril de Gerona, aun incluyendo al clero y á cuantos, de cualquiera condición que fuesen, se sintieran con fuer-



zas suficientes para algunos servicios auxiliares del de las armas; que hasta las mujeres concurrieron á la defensa, siempre dispuestas á contribuir, en la manera y proporciones de su sexo y de su fuerza, con los hombres al mayor éxito de la jornada excepcional que se preparaba. Ellas mismas solicitaron que se aceptasen sus servicios para no mostrarse pasivos espectadores del drama terrible en que sus padres, hermanos y maridos iban á representar papel tan lúgubremente glorioso; y, al aceptarlos Alvarez y la autoridad superior del Principado, sometiéronse también á una organización, puede decirse que militar, con la cual se hicieron más útiles en su destino de llevar armas cartuchos y refrescos á los puntos atacados, retirar los heridos del combate y conducirlos á los hospitales. Así las veremos luego en los sitios de mayor peligro, invocando el nombre de su santa Patrona, la insigne doncella en quien se simboliza la protección del cielo contra el rayo y los huracanes de la guerra.

Lo que más debió robustecer la opinión que desde el primer momento formó el general Alvarez de que podría confiar en una resistencia que, por lo menos, igualara á la de Zaragoza, tan justamente celebrada, fué el observar el continente que presentaban las tropas y el entusiasmo y la abnegación que se traslucían en aquel pueblo, ya probado á aquel género de luchas (1). Porque si en las fuerzas de su mando era co-

---

(1.) El entonces teniente de Artillería, D. José Medrano y Treviño, en un manuscrito, dedicado á la memoria de Daoiz y Velarde, dice á propósito de esto: «Todas estas enérgicas disposiciones y sabias precauciones estaban tomadas, todos estos arbitrios y grandes medios estaban puestos en ejecución: el entusiasmo y la decisión que estas disposiciones produjeron

mo obligación ineludible el sacrificarse en aras de la disciplina militar, en el paisanaje, el clero y sobre todo las mujeres eran el honor del hogar propio, la gloria de la patria, los sentimientos más acendrados de Religión y Monarquía, los que ponían en conmoción y juego las fibras de sus corazones, aquella, sobre todo, gallarda y bizarrísima emulación, la de haberse Gerona, desde las edades más remotas, distinguido por su espíritu de independencia y haber sido la protegida del cielo y de su santo Patrono en lides tan arriesgadas, tan gloriosas á la vez, como la que hacían prever los preparativos del enemigo, sus planes y sus resoluciones ostensibles (1).

Por eso los templos se veían llenos de fieles en solicitud de un milagro que, como dos siglos antes al mariscal Hoquincourt, confundiera ahora al cruel usurpador, azote de tronos y dominaciones, que no se satisfacía con nada menos que con la conquista del imperio universal. Mientras Gerona se mantuviera inexpugnada, era opinión hecha tradicional en Cataluña, que

---

llegó á un grado increíble, el que se aumentó y perfeccionó por las expresiones de aliento, resolución y valor que el General á cada momento soltaba, de modo que la moral del soldado y de todos los habitantes llegó á cuanto se puede desear: todos nos creíamos invencibles y capaces de arrollar los ejércitos más aguerridos.»

(1) Belmas dice: «Los frailes y los curas excitaban como nadie el entusiasmo hasta el fanatismo. San Narciso, patrón de la ciudad, ya célebre por los muchos milagros que había hecho en los sitios anteriores para salvar á Gerona, fué nombrado generalísimo y revestido con gran pompa de una espada de oro y otras insignias de mando. Los ciudadanos que quisieron tomar parte activa en la defensa formaron una reserva de ocho compañías con el nombre de *Cruzados de Gerona*. Se les puso la cruz y se les prometieron recompensas como beneméritos de la patria. Un considerable número de frailes y sacerdotes tomaron plaza en aquella fuerza para defender una causa que todos consideraban como nacional y sagrada.»



sería indiferente se perdiese el resto de la provincia; tradición fundada en el éxito de más de 20 sitios sufridos por aquel baluarte de nuestra independencia nacional. Así es que Alvarez, inspirándose, aunque forastero allí, en esas mismas ideas y en la confianza, de todos modos, de que el valor de sus gobernados y la vigilancia y el celo del Gobierno, más que nadie interesado en salvar á Gerona para enardecer los ánimos de los españoles en crísis tan tremenda como la de aquellos días, daría á todos fuerza para resistir con fortuna, se aplicó á la ardua tarea de mantener incólume para España aquel tesoro de patriotismo.

Y esos arranques generosos de tan gallarda resolución se vieron desde los primeros momentos del sitio en los recelos, primero, y en las intransigencias, despues, de los gerundenses, y en la decisión, también constante, que las tropas desplegaron en pró de la causa común, la de la defensa del honor militar en éstas, y la guarda en todos de cuanto constituye una nacionalidad, la patria, la familia y el altar de sus mayores.

Comienza el sitio.

Al establecimiento de los franceses en Med'ñá y San Julián de Ramis, sucedió por parte de los sitiados una reacción enérgica, á punto de que un destacamento de 380 infantes de Ultonia y unos cuantos húsares de San Narciso á las órdenes de D. Enrique O'Donnell, sostenido por dos piezas que dirigía el teniente del arma D. José Medrano, obligó á los enemigos, que habían avanzado hasta la altura de la Pedrera, á retirarse á sus anteriores posiciones.

Primeros combates á la vista de la plaza.

Esto sucedía el 6; y los franceses, reforzados el 7 con más de 4.000 infantes y 300 caballos, avanzaron el 8 al amanecer á apoderarse de las posiciones de

Campdurá, de donde desalojaron al segundo batallón de Voluntarios de Barcelona, persiguiéndole hasta Pont Mayor, de donde también se retiró después de una resistencia, muy fácil de vencer por la inmensa superioridad de fuerzas con que le atacaron. Mientras el general Amey con las tropas de Berg combatía en Campdurá y San Miguel, las westphalianas de Morío ocupaban por la derecha francesa las alturas de San Medir y Domenech, quedando las imperiales de Joba en reserva sobre la carretera de Francia y en Pont Mayor. Esta operación permitió á los franceses lanzar sobre los flancos una parte de su caballería hasta ponerse al alcance de los fuegos de la plaza que la obligaron muy pronto á ocultarse de ellos. Al mismo tiempo se verificó una salida, á cuyo favor se establecieron frente á Pont Mayor dos piezas que también escarmentaron á los que, ocupado aquel arrabal, avanzaban hacia Gerona: concluyendo además por desmontar otras dos que el enemigo había situado en la izquierda del Ter sobre el flanco de las nuestras. Lo cual dió lugar á varias peripecias en que la artillería española, manteniendo victoriosamente el fuego frente á la francesa y las partidas de infantería y caballería, cargando ó replegándose según era necesario, se sostuvieron durante siete horas fuera de la plaza, hasta que el Gobernador dispuso el ingreso de todas aquellas fuerzas, que el enemigo trataba de envolver con cuerpos muy numerosos de todas armas, antes de que la noche entorpeciera su pretendida operación.

Nuestras pérdidas consistieron en nueve muertos y 22 heridos; no fueron inferiores las de los imperiales, azotados hábilmente por las piezas que dirigían el te-

niente coronel D. Pablo Miranda y el teniente D. Salustiano Gerona, y cargados con el mayor ímpetu por los húsares de San Narciso que los mantuvieron por mucho tiempo metidos en Pont Mayor.

El tren de sitio.

Mientras tenían lugar aquellos combates parciales cuyos resultados puede presumir todo el que sepa la marcha regular de los sucesos en el sitio de una plaza, los franceses hicieron avanzar, desde Báscara á Mediñá, el tren de sitio, escoltado por la brigada Guillot, uniéndose al de ingenieros, establecido el día antes en la segunda de aquellas poblaciones. El tren de artillería constaba de 71 piezas, de ellas, 49 cañones de grueso calibre, 14 morteros, seis obuses y dos pedreros, con 600 tiros por pieza, que se consideraban como muy suficientes para obtener la rendición de una plaza, á todas luces, defectuosa por su situación y el mal trazado y poca robustez de sus obras de defensa, acabadas de restaurar ó improvisadas.

Inacción de Reille y de Verdier.

La impresión recibida por los franceses aquel día no debió ser muy lisonjera, porque el general Reille insistió con Saint Cyr para que le enviase 5.000 hombres de los que tenía en Vich; y en vez de impulsar las obras de sitio, para no dar descanso ni esperanzas á los gerundenses, se ocupó con preferencia en atrincherarse en las posesiones conquistadas, sin hostilizarlos en varios días. Es verdad que Reille esperaba por momentos su relevo por el general Verdier, que llegó el 12 de aquel mes de mayo al campamento francés para, según decimos en el capítulo 1.° del presente volumen, más que solicitar, exigir de su general en jefe los refuerzos de hombres y material que se habían negado á su antecesor. Al darle éste cuenta de la situación de las

cosas frente á Gerona, se hizo Verdier, ya lo dijimos también, eco de sus quejas y reclamaciones; y esperando á que fueran atendidas, tomó el partido de no aventurar un sólo ataque contra la plaza; hasta suspendió la incorporación de parte del material á su campamento.

Por más que á Saint Cyr ofendieran el lenguaje, no poco altanero, de Verdier, y sus comunicaciones directas con el Emperador, hubo de rendirse á la consideración de que pudieran creerse sus negativas efecto del despecho que le produjera su relevo en el mando del 7.º Cuerpo de Ejército, y dirigió sobre Gerona la división Lechi con todos los caballos disponibles de la artillería, sus sirvientes y zapadores, aumentando la fuerza de su subordinado hasta igualarla á la de su inmediato mando en Vich y los cantones inmediatos. «El ejército de observación, dice Belmas, se vió así reducido á 15.000 combatientes, y el del sitio se elevó al número de 14.000, sin la artillería y los zapadores (1).»

Hasta la llegada de estos refuerzos, que no tuvo lugar antes del 24 de mayo, el ejército francés permaneció inactivo delante de Gerona. Las pequeñas obras que ejecutó en ese tiempo, más tenían carácter de defensivas que de otra cosa, y ese tan sólo ofrecía al principio el reducto levantado en Puig den Roca, bajo los fuegos de la plaza de Montjuich, y de las torres de San Juan y San Luis, que también los dirigieron contra la iglesia de Sarriá hasta conseguir que los enemigos le-

(1) Saint Cyr dice que las tropas puestas á las órdenes de Verdier llegaban á 18.000 hombres, y que las suyas quedaron reducidas á 21 batallones, compuestos de unos 12.000 combatientes, poco más ó menos.

vantaran el día 3 el parque en ella establecido. Y tan certeros fueron que el reducto quedó inmediatamente desierto, y aun tuvo también que alzarse un pequeño campo establecido á sus espaldas y que se creía exento de todo peligro. Hasta una fuerza francesa de 400 ó 500 hombres que, saliendo de Sarriá, se dirigió á las alturas que se alzan entre Campdurá y Montjuich, se vió obligada á cubrirse con ellas y los corrales que allí existían, de los proyectiles que se les lanzaron desde las torres que cierran el acceso á aquella fortaleza. No era posible emprender operación preliminar alguna por aquellas partes sin que, descubierta inmediatamente, no fuese rechazada con escarmiento bien manifiesto de sus autores. Así es que Verdier se dedicó á preparar los alojamientos necesarios para las tropas de Saint Cyr, según fueran llegando, y á interceptar las comunicaciones de la plaza con el exterior, las directas, sobre todo, de Barcelona, en cuyo camino se suponía la concentración de las fuerzas españolas que se propusieran acudir en auxilio de los sitiados.

Nuevas obras en la plaza.

Tampoco se descuidaba Alvarez en aumentar sus defensas, á lo que le ayudaban con la mayor eficacia los gerundenses, atentos á cerrar toda avenida que pudiera conducir al enemigo al logro de su empeño. Fué denunciada el día 9 una de no difícil acceso, por el cauce mismo del Oñá, en ocasiones principalmente en que llevara el río poca agua, avenida que conducía á las primeras casas de ambas orillas, cuyas ventanas sería dable escalar, defendidas tan sólo, como estaban, por un cañón mal establecido en la azotea de un edificio sin capacidad para el servicio de los artilleros que habrían de servirlo. E inmediatamente se inter-

ceptó con una fuerte estacada que costearon los oficiales de la guarnición, así como la clausura de las ventanas más accesibles y un cerramiento, que también se consideró necesario, en el baluarte de la Merced, dominado por el monte en que se alza el fuerte del Condestable. Aquella subscripción, puramente voluntaria y que á los pocos momentos de anunciada proporcionó fondos más que sobrados para el objeto á que se destinaba, fué independiente de otra que pudiéramos llamar oficial, destinada á la construcción y sostenimiento de las obras de la plaza, para la que dejaban mensualmente todas las clases de la guarnición, desde alférez á general, una cantidad en proporción de sus sueldos. El patriotismo y la abnegación se extendían en Gerona á todo género de sacrificios, lo mismo á los pecuniarios y de fatiga y los del hambre que vendría pronto á presentar su faz escuálida, que al de la sangre que en tal abundancia iba á regar los campos inmediatos á la ciudad y las brechas de sus murallas.

Con la noticia de si los franceses comenzaban una batería de morteros á espaldas del Puig den Roca, que comunicaría con Sarriá el Viejo por un camino que se veía construir, se elevaron merlones y parapetos en las obras opuestas de la plaza y un gran espaldón que cubriese la puerta del baluarte de San Pedro, dirigiendo entretanto el fuego de las torres de San Daniel y San Narciso contra la referida batería y sobre varias partidas que se ocupaban en saquear las casas y robar los ganados por el llano que aquellas torres dominan. Y con estos trabajos y los incesantes que exigía una plaza casi, casi en construcción á la vista del enemigo, alternaban los que hacían necesarios también el alojamiento de las

tropas en todas las obras, en las avanzadas y puntos de observación, los blindajes para los polvorines, almacenes y hospitales, y los infinitos, en suma, que van ocurriendo á medida que la marcha de las operaciones del enemigo y la previsión de los proyectos que se le supongan los van aconsejando á la prudencia y á la perspicacia de los defensores.

Ni éstos ni el general Coupigni, que mandaba entonces en Cataluña, se descuidaban tampoco en proporcionar á la guarnición y al pueblo víveres y dinero, en la cantidad á que podía atenderse en la estrechez de aquellos tiempos. El día 14 de mayo entraba un pequeño convoy con porción de tocino y diez mil duros; y los habitantes de Gerona, comprendiendo que aquel sitio ofrecía caracteres de mayor duración que los anteriores, procuraban proveerse de lo más indispensable para resistirlo.

Crece el campo de los sitiadores.

De día en día iba creciendo el campo sitiador y crecía visiblemente por el llano que cruza el Ter, cuyos pueblecillos y caseríos eran ocupados, uno tras otro, según las necesidades del ensanche que habría de dársele y de la vigilancia que sería preciso ejercer sobre las comunicaciones de la plaza. Esa vigilancia tuvo que extenderse á los puestos mismos avanzados del campamento, tan frecuente iba haciéndose la deserción de los extranjeros que en él servían. Hubo día en que se pasaron á la ciudad hasta 42 entre alemanes é italianos, y llegó á tal número, en los últimos de mayo, que se hizo necesario dirigir todos los desertores á Tarragona para evitar un conflicto en la plaza (1). Y no

(1) El general Alvarez hizo repartir entre los sitiadores un

sólo se fomentó aquella deserción con proclamas y todo género de ofrecimientos, sino que, sabiéndose que los alemanes repugnaban á veces unirse á los paisanos que les mostraban los vados del Ter y los caminos más escondidos de Gerona, se vistió á algunos de aquellos guías con uniformes de la tropa, á fin de inspirar confianza á unos hombres que traían de su país y de su contacto con los franceses la idea de que el paisanaje español asesinaba á cuantos enemigos se ponían á su alcance (1).

Pero esta misma deserción y la necesidad de atajarla movió á Verdier á, utilizando los refuerzos que Saint-Cyr le enviaba, ocupar, según ya hemos indicado, el llano de la derecha del Ter con la división Lechi, que se estableció en Salt y sus inmediaciones, sobre el camino de Barcelona particularmente, línea la más vulnerable en el bloqueo intentado por aquella parte. Observábala un batallón que se situó en la altura del Palau, extrema derecha del campo francés, cuya izquierda tocaba al Ter; comunicando con la orilla opuesta, base primordial del cerco, por un puente de caballetes, primero de los construidos para aquella memorable jornada.

---

impreso en el que se les decía que á todo soldado que se presentara á los españoles se le darían en el acto 200 reales, se le comprarían las armas y efectos que llevase, y se le pondría libre en el punto que eligiera.

En fin de mayo eran de 600 á 700 los desertores del ejército francés que se presentaron en Gerona, cuyo gobernador les cumplió religiosamente su palabra, enviándolos á Tarragona, después de remunerados con largueza.

(1) Claras dice en su *Dietario* que Alvarez hizo sacar del teatro (de la casa de comedias) algunos uniformes de húsar para con ellos vestir á los guías que desde la margen derecha del Ter invitaban á los imperiales á pasarse.

Esa operación, acompañada del establecimiento de fuertes avanzadas por el lado de la plaza y de puestos coronando los cerros y los pueblecillos próximos, el incendio de cuyas casas denunciaba las bárbaras costumbres militares de los invasores, tuvo su complemento con la emprendida por el general Morio en la izquierda francesa para extenderse el 25, nada menos que á La Bisbal y, el día siguiente, á la Marina hacia Bagur y Palafrugell. No se hacía eso sin resistencia de los somatenes, puestos siempre á la vista de los enemigos, acometiéndolos en su marcha y procurando con su nutrido fuego dar á conocer á los sitiados que no se les olvidaba. Pero, de todos modos y como era de esperar, el cerco iba apretándose cada día más; y el ya citado 26 veía á los franceses ocupando tres cuartas partes del perímetro polémico de Gerona, en una extensión de ocho á diez horas de Torroella de Montgrí, Verges y La Bisbal, á Mediñá, Campdurá, Sarriá y Pont Mayor, Tayalá, Salt, Monfullá, Vilablareix, Aigaviva y las alturas inmediatas de derecha é izquierda de la plaza (1).

Era una línea que, hablando en sentido estratégico, podría llamarse de observación mejor quizás que de bloqueo; tales eran las distancias á que sus puntos de apoyo se hallaban de la ciudad. La extensión de la plaza con sus fuertes destacados, y la figura del terreno colindante, no poco montuoso en general y cruzado en su parte llana por un río y varios de sus afluentes, exigían, con efecto, una observación muy activa si habían de evitarse las comunicaciones del sitiado con

(1) Así lo dice Claras en su *Dietario* con corta diferencia en el orden, corregido á vista del mapa.

los cuerpos auxiliares que acudiesen en su socorro. Esas circunstancias revelan una necesidad apremiante, la de refuerzos que no sólo cerrasen el bloqueo sino que le dieran suficiente consistencia para no ser roto. De otro modo, la línea sería débil por todas partes; y los socorros hallarían ocasión á poco sagaces que se mostrasen sus jefes, para penetrar en Gerona. Las tropas de Verdier no eran, pues, ni con mucho, las bastantes para cubrir esa inmensa extensión de terreno; por lo que la plaza seguiría recibiendo auxilios de fuera, como ya hemos hecho observar que los había recibido alguna vez.

Era, por consiguiente, de una urgencia bien explicable la aproximación del 7.º Cuerpo de Ejército que continuaba en las inmediaciones de Vich. Aun así, no tardaremos en dar noticia de un gran convoy que logró abrirse paso por entre los sitiadores y salir, después, sin grandes obstáculos, á reunirse con el ejército que, aun cuando lejos, se mantenía en acecho de introducir nuevos socorros en la ciudad heróica. Y todo, no nos cansaremos de repetirlo, porque los 18.000 hombres de Verdier y los 12 ó 14.000 de Saint Cyr, tal como estaban situados, no podían cubrir sólidamente la vasta periferia que, aun sin contar con el boquete que el 26 de mayo aún se encontraba abierto, media, según ya hemos dicho también, una extensión de ocho á diez horas de camino.

Lo que más urgía á los sitiadores era, sin embargo, eso, el cerrar el bloqueo; porque los escarmientos anteriores les avisaban de la necesidad de aislar á hombres, que, lo mismo que á los de Zaragoza, á quienes conocía perfectamente Verdier, sólo cabría dominar con el

hambre y la peste. Así es que, aun careciendo, como acabamos de decir, de tropas suficientes para ejercer una vigilancia eficaz sobre todas la avenidas de la plaza, iban los franceses extendiéndose por el E., á fin de cerrar el boquete, todavía franqueable hacia S. Feliú de Guixols y Barcelona.

Nuevos combates en los contornos.

Esto producía choques diarios; unas veces con los somatenes que pululaban por los alrededores y, otras, con las avanzadas de Gerona, siempre en acecho de los sitiadores y procurando impedir su aproximación.

El día 26, los somatenes atacaban un convoy francés por la parte de San Medir, y el 27 desalojaban de Montagut á 300 enemigos que, reforzados por la tarde, recuperaban puesto tan interesante para ellos (1). El 28 por la noche ocupaban el lugar de Santa Eugenia abandonado por sus habitantes y que inmediatamente atrincheraron los franceses; y el 29, cortaban la acequia que, con agua del Ter y cruzando el llano de la derecha de aquel río, daba movimiento á los molinos harineros de la ciudad, fertilizaba algunas de sus huertas, servía para la limpieza, en unión con el caudal del Onya, y á llenar los fosos de las fortificaciones del Mer-

(1) El capitán westphaliano A. W. Bucher, en un Diario del sitio de Gerona, que tradujo el brigadier Miranda, dice á propósito de éso: «Con los paisanos armados de los contornos teníamos escaramuzas casi todos los días, ya porque ellos venían á inquietar nuestros puestos avanzados ó porque nosotros íbamos á forragear á sus pueblos. El teatro de estas acciones eran las cercanías quebradas por encima de San Medir y Montagut. Comunmente arrojábamos á los paisanos de dos ó tres alturas, con lo que, como de común acuerdo, se retiraban ellos á sus casas y nosotros á los campamentos. De ambas partes se perdían dos ó tres muertos y algunos heridos».

cadal, profundizados recientemente con ese fin (1).

Ese mismo día 29 fué el en que una fuerza francesa de 800 á 1.000 hombres, seguida de muchos carros que escoltaban otros 400 infantes y algunos caballos, cruzó el Ter para establecerse en Salt, de donde salió otra columna de igual fuerza para ocupar las alturas de Palau, ya próximas á la plaza y dominando el camino real de Barcelona. De allí se extendieron el 30 aquellas fuerzas al manso demolido de Quintanilla, ya á tiro de cañón de la plaza y, principalmente, á Monte Livi ó Livio, á tiro de fusil del fuerte de Capuchinos, altura en cuyo revés opuesto se pudieron mantener, ya que la artillería de aquel reducto les impidió establecerse en la meseta. El 31, por fin, el Coronel Muff, al frente de su regimiento, el 1.° de Berg, se apoderaba de la ermita de los Angelos; y aún cuando su conquista le produjo bajas considerables por la tenaz resistencia que le opusieron los nuestros, se fortificó en ella; dando así lugar á que la brigada Guillot se corriera á situarse en las alturas inmediatas, en frente del mencionado fuerte de Capuchinos por la parte opuesta de la de Palau (2).

---

(1) Claras añade á esa noticia: «pero como se escurre alguna agua por el Dique que los enemigos han construído transversal á la Acequia, se ha construido un Dique en su entrada cerca del Baluarte del Gobernador para represarlas, inundando de este modo los fosos, los que también podrán serlo por el agua del arroyo Güell que entra en la Acequia en tiempo de fuertes lluvias».

El P. Cúndaro dice que «después de cortada (el agua) se construyeron dos atahonas, ó molinos de sangre, que por defecto de mecanismo no dieron todas aquellas ventajas y utilidades que se esperaban y necesitó después la Plaza.»

(2) Belmas da mucha importancia á tal conquista, «por dominar, dice, el convento, todas las inmediaciones donde se reunen dos caminos que dirigen á San Feliú y de donde se puede bajar al llano de la derecha del Ter y hacer excursiones hasta La Bisbal para recoger víveres».

La tropa y los somatenes que guarnecían la ermita y vigilaban todo aquel terreno, libre hasta entonces de la presencia de los enemigos, hubieron de retirarse á San Feliú de Guixols, aunque en buen continente y con la esperanza de no perder del todo su comunicación con Gerona por los varios senderos que cruzan el suelo, por demás quebrado, que los separaba.

Posiciones de los franceses en fin de mayo.

Pero la incomunicación estaba realizada, aunque débilmente, con establecerse la división westphaliana entre San Pons y Costaroja; la brigada Joba en Puente Mayor; los regimientos de Berg y los de Witzburgo frente á los reductos de San Luis y San Narciso; y los Italianos, con la división Pino, en Salt.

Tal era la situación de Gerona al terminar el mes de mayo de 1809.

Parsimonia de Verdier.

Cerca de un mes llevaban los franceses al frente de la que no habían considerado hasta entonces sino como una *bicoca*, indigna de fijar su atención, y no se había ni aun comenzado una batería para romper el fuego sobre las débiles fortificaciones que así despreciaban. De la ingénita arrogancia de su raza habían pasado los franceses á una exagerada circunspección; acordándose, sin duda, Reille y Lechi de sus descalabros ante aquellas mismas murallas, y Verdier de su rudo escarmiento ante las tapias de Zaragoza. Si este general, llevado de su esfuerzo y, mejor aún, del desacuerdo en que se hallaba con Saint Cyr acudía al Emperador para arrebatar á su jefe las tropas que éste mantenía en Vich, ó despechado ó previsor no por eso tomaba distinto camino en sus procedimientos.

El general Saint Cyr lo decía: «Si no fuese suficiente en concepto de Verdier el refuerzo de la división

Lechi, sería necesario renunciar al proyecto del sitio y reunir todo el 7.° Cuerpo en derredor de Gerona cuando las mieses estuvieran en sazón de segarse, establecer sobre la ciudad una buena línea de circunvalación, formando á la vez contravalación, apoyada en fortinos ó reductos bien acondicionados, y esperar, así, á que el hambre le sometiera la plaza. Este proyecto, añadía, presentaba la ventaja de economizar hombres y cantidad considerable de municiones, sin otro obstáculo que el de exigir más tiempo; pero véase lo que sucedió, no se hubiera empleado mucho más, puesto que la falta de medios de transporte, tanto por asegurar el servicio de los víveres para las tropas del sitio como la llegada de las municiones, una gran parte de las cuales debía venir de Toulouse y aun de Strasburgo, obligó á suspender el ataque momentáneamente y varias veces, de lo que se aprovecharon los sitiados. A éso añádanse el peligro que corrían los convoyes desde Belle-Garde á Gerona, á pesar de las escoltas, siempre insuficientes en un país en que la población toda se hallaba completamente sublevada, el heroismo de la guarnición, el de los habitantes de la ciudad y sus inmediaciones, y las faltas, por fin, cometidas en aquel sitio, y se comprenderá fácilmente que haya durado tanto tiempo como un bloqueo, y que la plaza no se haya rendido definitivamente hasta haber agotado todos los medios de vivir».

Y, sin embargo, Verdier tenía á su disposición y dentro de su mismo campo un material inmenso de sitio, con el que hubiera podido comenzar las primeras operaciones del que se proponía contra Gerona. ¿Es que en Zaragoza había esperado á cerrar las comunicacio-

nes de la guarnición con la provincia y con el resto de España para lanzarse á la conquista de la ciudad? Pues ¿por qué se detenía ahora? Sus arrebatos, por tanto, de cólera contra Saint Cyr que, después de todo, cubría desde Vich sus operaciones; su correspondencia con el Estado Mayor de Napoleon y sus baladronadas, no significaban sino el disimulo de sus temores y el pretexto de una conducta que, su general en jefe lo ha dicho, era la prudente con los medios disponibles y las circunstancias de aquella guerra. La resistencia que encontraban sus reconocimientos, el contínuo combatir de sus avanzadas y los ataques de que eran objeto sus convoyes y puestos de comunicación con Figueras y la frontera, le hacían comprender los mil obstáculos que iban á oponerle una guarnición y un pueblo delirantes de entusiasmo, con un gobernador, á su cabeza, cuyas primeras providencias tan de manifiesto ponían su resolución de defender la plaza hasta verla destruída en sus fundamentos. Y si aún podía caber alguna duda en el ánimo del vencido de Zaragoza sobre la decisión de los gerundenses, no tenía sino escuchar la explosión de sus sentimientos de lealtad y patriotismo el día de San Fernando, patrono del tan *Deseado* que yacía en triste cautividad. «La augusta ceremonia del besamanos, dice el P. Cúndaro, con que el general y gobernador de la plaza recibió por la mañana en nombre de Fernando VII, á la plana mayor y á toda la oficialidad de los cuerpos de la guarnición, vestidos de gala, como igualmente á los demás cuerpos y particulares; la triple salva de artillería con bala, el festivo repique, tres veces repetido, de las campanas, el armonioso concierto de la marciales músicas de los regimientos colocadas en

frente del enemigo sobre los parapetos de los baluartes de San Francisco de Paula, del Gobernador y de San Pedro; la militar bizarría con que el jefe de la guarnición y la plana mayor iban recorriendo con sus ayudantes de campo la muralla y sus baluartes, la general iluminación de la ciudad por la noche, la suave melodía de las músicas que resonaban por sus calles y plazas, la serenidad y alegría que se veían pintadas en los rostros de los militares, y de todos sus vecinos, eran unas pruebas no equívocas de que, lejos de temer Gerona al ejército sitiador que tenía á la vista y la iba siempre estrechando más, despreciaba sus amenazas, y estaba resuelta y decidida á sostener la causa del más amado de los monarcas y la gloriosa lid en que se había empeñado hasta quedar sepultada en sus ruinas» (1).

Ya podía Verdier, al escuchar aquella algazara de los gerundenses y sentir los efectos de su destructora salva, meditar venganzas y venganzas, hasta comenzar á ponerlas en ejecución con los preparativos y operaciones que antes apuntamos y dieron por resultado la incomunicación de la plaza; ni aun llegaría á presumir los rasgos de heroismo que todavía le quedaban que presenciar hasta, como los primeros cónsules sitiadores de Numancia, dejar el mando para confundirse después en la masa general del ejército sitiador.

---

(1) Medrano, como militar y joven, anima aún más el cuadro. «Nuestro General, dice, dispuso que con tan plausible motivo, hubiese salva triple de artillería, é invitó á que en los baluartes hubiese meriendas de regocijo y de broma; después fueron las músicas de los regimientos, acompañadas de muchas señoras del Pueblo y Militares, Oficialidad y Paisanos, y en los baluartes se bailó, se cantó y brindó á la salud del Rey del General y de la Patria, todo lo que se hizo con la mayor alegría y contento, y no con poca admiración del ejército sitiador.»

Conducta de los catalanes y sus autoridades.

Cerca de un mes, repetimos, llevaba Gerona de continuos y sangrientos combates contra fuerzas que demostraban su firme propósito de someterla á toda costa, y no se observaba en Cataluña, por otro lado, ninguna de las resoluciones que pudieran conducir prontamente á la liberación de puesto militar tan importante. ¿Qué se había hecho de aquellos alardes de patriotismo que sucedieron al desastre de Valls? ¿Es que satisfacía á los catalanes el ver evacuada de enemigos toda la derecha del Llobregat y libres, por consiguiente, sus comunicaciones con las provincias centrales de la Monarquía? Porque si en las márgenes del Ter podía también observarse el entusiasmo que en las demás regiones del Principado, la misma ira é igual espíritu de venganza, dominando sobre los sentimientos, todos exageradamente fieros, de los catalanes, no llegaban éstos á penetrarse de la idea, á todas luces convenientísima, de unirse para una sola acción general, simultánea, sólo así eficaz si había de arrancarse la victoria á las enseñas de un enemigo fuerte por su número y disciplina, por la habilidad y experiencia de sus generales.

Campaba en las orillas del Llobregat y del Francolí un núcleo de tropas regulares que, muerto el valeroso Reding, mandaba su colega de Bailén, el general Coupigny ínterin llegaba Blake, nombrado, como ya hemos dicho, General en jefe de los ejércitos de Aragón, Valencia y Cataluña. Se intentaba organizar en derredor de ese núcleo para acrecer su fuerza y adquirirla, á su vez, de él, una gran masa de tropas populares, vigorosa por la composición de sus elementos, en una gran parte voluntarios, y, más aún, por su número y las condiciones características de los llamados á formarla.

A propuesta de la Junta de Gerona, había resuelto la superior del Principado que los somatenes de la parte septentrional, Vich, Manresa, el Ampurdán, Urgel, etc., se presentaran á los sitiadores de Gerona por la izquierda del Ter, acosándolos sin cesar y tratando de interceptar sus comunicaciones y convoyes. Los de la región central, Hostalrich, el Vallés, Mataró y la costa, atenderían, de su lado, al sitio de aquella plaza por la derecha del Ter, al mismo tiempo que vigilarían las inmediaciones de Barcelona, á fin de evitar el merodeo de los franceses entre el Besós y el Llobregat. Coupigny con las tropas de Wimpffen reforzadas con la guarnición toda de Tarragona, 2.000 hombres que se sacarían también de Lérida, 1.000 de Tortosa, los suizos acantonados en Cervera y cuantos destacamentos había esparcidos en el Principado, acudiría, en combinación con los miguelotes y somatenes, á hacer levantar el sitio de Gerona; abrumando á los franceses de Verdier y Saint Cyr con masa tan ponderosa de fuerzas, aunadas para tan grande y simultáneo golpe.

La organización popular no pudo hacerse lo homogénea que era necesario, obedientes los miguelotes y somatenes á sus autoridades locales y á las voluntades, siempre dispersas, de sus jefes, aficionados á no pelear sino en derredor de los pueblos de su naturaleza y, á lo más, en el país circunvecino. Y si los del Ampurdán y la frontera de Francia procuraban, según ya hemos visto, llenar su misión asediando á los sitiadores de Gerona en sus puestos, impidiéndoles sus correrías y cortando sus convoyes, los voluntarios del resto de las provincias catalanas tomaban por principal objetivo Barcelona, cuya recuperación tenían por segura á efecto

de la conspiración cuyo fatal desenlace describimos en el capítulo anterior. También eran frecuentes los combates de nuestro guerrilleros en la zona comprendida entre el Besós y el Llobregat, al apoyo siempre de las tropas de Wimpffen que, como aquéllos, esperaban de un momento á otro penetrar triunfantes en la tan codiciada capital de Cataluña.

Esto, sin duda, desvirtuó la acción general que nos complacimos en describir como resultado de la batalla de Valls y de la doble é inhumana conducta de Saint Cyr en el campo de Tarragona; acción que inmediatamente se hizo sentir al retirarse á Barcelona y Vich el célebre general francés. Porque si los combates reñidos en el Llobregat por Arnauda, Manso y algunos oficiales del ejército, ayudados de los somatenes del llano que se alzaron en todos aquellos pueblos, eran, á la vez que gloriosos, eficaces para sostener el espíritu público en la capital, no podían sus efectos transcender á la región gerundense en que iba á resolverse el importante problema de la libertad ó esclavitud de Cataluña (1). Mas adelante y según ya hemos dicho anteriormente, la Junta del Principado reiteró sus órdenes sobre el levantamiento general en armas, y lo reglamentó; pero en los últimos días de mayo de 1809, Gerona se hallaba

(1) En una comunicación de la Junta del Principado, de la que luego trataremos, al general Blake, le decía aquella corporación: «V. E. se hará cargo de la suma importancia de aquella Plaza que en el día, tomadas las de Figueras y Barcelona, es el único dique que puede contener el torrente enemigo, cuya existencia peligra, circunvalada y abandonada á sus propias fuerzas; y cuya conquista aseguraría á los franceses la de casi todo el Principado, sería para nosotros un perjuicio que probablemente no podría repararse y que dificultaría en Aragón las operaciones de nuestras armas.»

atenida á las fuerzas de su guarnición, ayudadas del vecindario, inerme todavía y sin organización alguna defensiva, y de los somatenes del país próximo que, mandados por sus jefes Rovira, Clarós y otros, prestaban servicios verdaderamente útiles pero ineficaces para la grande obra de abastecer la plaza y menos para ahuyentar de ella á sus formidables sitiadores.

La Cruzada gerundense.

Con el mes de junio y presentando el sitio carácter cada día más amenazador y grave, ofreció también la defensa el de una cooperación popular que hizo presentir el de aquellas resistencias que han inmortalizado á la nación española en todos los tiempos de su gloriosa historia. Uno de los más conspicuos defensores de Gerona, el coronel del regimiento de Ultonia, D. Enrique O'Donnell, propuso el 3 de junio al general Alvarez la formación de una compañía que llamaba *de Reserva Patricia*, compuesta de particulares que voluntariamente se presentasen á alistarse en ella y no pasaran de 40 años de edad, con capitán y oficiales por ellos elegidos, armamento, instrucción y servicio que el mismo O'Donnell les daría en su regimiento, al que serían agregados en caso de ataque (1). La ciudad de Gerona, esto es, su municipio, agradeció y aceptó la propuesta, estimulando al vecindario en una sentida manifestación del día 5 á aceptarla. La Junta de Gobierno, de su

---

(1) Dice el P. Cúndaro á propósito de esto: «Fué de suma complacencia para el gobernador D. Mariano Alvarez la propuesta idea de O'Donell y aprobóla con mucho gusto en todas sus partes; y para dar un nuevo incentivo y estímulo al noble entusiasmo de los geroneses, ofreció premios á los que se distinguiesen en el servicio, á más de un distintivo honorífico que fuese un evidente testimonio de su acendrado patriotismo (1).»

(1) El distintivo consistía en una medalla con una cruz, las insignias de San Narciso y las armas de la Ciudad.

parte, creyendo el 9, por las proporciones que tomaba el alistamiento que había provocado tan patriótica idea, que podría hacerse más extensa y eficaz, aprobada como aparecía por una admirable Pastoral del Obispo convidando al clero á tomar parte en ella, creó la hermandad de la *Cruzada Gerundense*, asociación mucho más vasta que puso bajo la protección del Generalísimo San Narciso, patrono y guarda celestial de tan insigne ciudad (1). Organizáronse, en consecuencia, ocho compañías: la 1.ª, compuesta de estudiantes; las cinco siguientes de paisanos, vecinos de la ciudad; la 7.ª de eclesiásticos regulares, monjes ó frailes, y la 8.ª del clero. Poco después se creó una 9.ª que tomó el título de *Reserva del General*, destinada á, desde la casa alojamiento de Alvarez, acompañarle en sus reconocimientos y asistencia á los puntos más amenazados por el enemigo. Debía, además, servir como de policía de las otras á fin de velar por su mejor servicio y corregir sus faltas (2). Estas compañías que llegaron á reunir hasta 9 capitanes, 19 oficialos subalternos, 105 sargentos y cabos, y en su totalidad 859 combatientes, fueron destinadas á la defensa de los siete baluartes más impartantes en el recinto de la plaza y de la bateria llamada de Sarracinas; guarneciendo, en casos de alarma, la muralla alta y otros puntos de menos riesgo los pai-

(1) Son tan notables los cuatro escritos que se refieren á la creación de *la Cruzada Gerundense*, que nos ha parecido deberlos publicar íntegros en el Apéndice núm. 5.

(2) Según dice Claras en su *Dietario* del Sitio, se exigían diez libras catalanas de multa «al individuo que de estas compañías faltase á su puesto, ya fuese al toque de generala ó bien el día que debía entrar de servicio; cuyas cantidades se empleaban en gratificar á la tropa de la guarnición empleada en los trabajos de mayor riesgo.» No habla de esto el P. Cúndaro.

sanos que por su edad ó circunstancias especiales no pudieran resistir la fatiga de un servicio activo, tan constante como el de sus otros convecinos.

El Gobierno de la Nación, después de hacer públicas algunas consideraciones que le sugerían el estado de Cataluña y la creación de la *Cruzada Gerundense*, expidió el decreto de 28 de junio en que la aprobaba; convidando á todos los catalanes á que se alistaran en ella y declarando á cuantos desempeñasen su servicio durante la guerra libres del personal para siempre así como á sus hijos y descendientes (1).

Algo después se crearon además dos brigadas de albañiles y carpinteros que, entresacados de las compañías de la *Cruzada*, tuvieron respectivamente su destino en las 7.ª y 8.ª; dividiéndose, con todo, en partidas que, á las órdenes y bajo la dirección del Comandante de Ingenieros de la plaza y capitaneadas por los Prohombres y Clavarios de sus gremios, acudiesen á los trabajos peculiares de sus oficios, á apagar los incendios, recomponer las brechas ó fortificar las casas próximas á las murallas y construir nuevas baterías (2).

(1) El preámbulo de ese decreto terminaba así: «¡Catalanes! tan interesados sois en la conservación de Gerona como sus mismos vecinos. Ella es hoy la llave de Cataluña: mientras esté en poder vuestro, los franceses se hallan á todos momentos expuestos á ser arrojados del país; si la perdeis, no bastarán después torrentes de sangre que se viertan para salvaros de su yugo. Si amais verdaderamente vuestra libertad, si aborreceis á los franceses, si conservais la entereza de carácter y el heróyco tesón de nuestros mayores, si quereis aprovechar ese valor y esos grandes sacrificios; dirigid y ordenad vuestras miras á la salvación de Gerona. Armaos, y siguiendo la dirección que os dé el General de la provincia, haced que los franceses sufran por la tercera véz la afrenta de ser repelidos».

(2) Dá de esto cuantos detalles pueden desearse un luminoso escrito del distinguido historiador D. Enrique C. Girbal, publicado en la Revista de Gerona de estos últimos tiempos.



Tanto el General Alvarez como la Junta de Gerona comprendían que esas medidas, dictadas por la necesidad de aumentar los medios de defensa de la plaza, mejor que con el número de los combatientes, con la mancomunidad de peligros y responsabilidades entre el vecindario y la guarnición, no bastarían para salvarla del rudo ataque de que se veía amenazada. Y al tiempo mismo apelaban uno y otra á los generales Coupigny ó Blake y á la Junta Superior del Principado en demanda de auxilios genuinamente militares, capaces de resolver con la fuerza el arduo problema de la liberación de Gerona; Alvarez haciendo repetidamente reclamaciones, harto fundadas, para que se aumentara la guarnición siquiera con 2.000 hombres, y la Junta para que, reuniéndose todas las fuerzas militares, aun dejando las fortalezas bajo la custodia de los

---

En él aparecen la organización de la *Cruzada*, la de sus compañías y los nombres de los valientes que las formaban, todo según el estado que facilitó la Junta creada por real orden de 20 de febrero de 1815, «comprensivo, dice, de los individuos que á la sazón existían y sirvieron en las compañías de la CRUZADA GERUNDENSE, que continuaron el servicio y cumplieron con su deber hasta la capitulación de la Plaza, cuya conducta política había podido averiguar la Junta haber sido arreglada, no adicta al Gobierno intruso y que esta buena opinión había conservado cada individuo hasta entonces en el concepto público: con expresión del mérito particular que cada uno contrajo y contusiones ó heridas que recibió estando de servicio».

El Sr. Girbal extendió la lista consultando otros papeles de la época y aumentando así considerablemente el número de los individuos pertenecientes á la *Cruzada*.

Y por cierto que dice haber seguido en la distribución de las compañías el orden que les señaló en su obra *Historia militar de Gerona*, D. Guillermo Minali.

Y, sin embargo, éste, tanto como Girbal y el Sr. Grahit deben conocer el Dietario de Claras puesto que lo citan en su catálogo de manuscritos y aquél en su trabajo.

paisanos, acudiesen al socorro de la de Gerona (1).

La Junta comprendía que el plan, anteriormente descrito, de una organización de las fuerzas del Ejército y las populares combinadas, debería ofrecer muchas dificultades, y Alvarez que, para ser eficaz el socorro, no podía contarse sino con tropas, y lo más disciplinadas que fuere dable.

Continúa el fuego entre las avanzadas.

Los primeros de junio fueron, como los anteriores, días de continuo fuego entre las avanzadas francesas y nuestros fuertes exteriores, cuyos defensores salían no pocas veces al campo á tirotearse con ellas. Preparados los enemigos á tales ataques de nuestros compatriotas, alguna vez también los escarmentaban, como el día 3 en que fué mortalmente herido el oficial agregado á la artillería D. José de Urio, y como el 4 al defender la destrucción de las casas del arrabal de la Rutlla, donde lo fué, aunque levemente, el ayudante de plaza Don Buenaventura Ferrari. Cada día, sin embargo, de aquellos y los sucesivos hasta el 8, vió la plaza entrar por sus puertas un número considerable de desertores que anunciaron la construcción de una batería de morteros en el Puig den Roca, sospechada ya por los gerundenses desde tiempo atrás.

Primeras baterías francesas.

Era cierta la noticia, por más que los franceses, para producir mayor sorpresa en los sitiados, hubieran

(1) Poco después decía Alvarez al Gobierno en comunicación que publicó la *Gaceta*. «En tan crítica situación, he hecho presente por diferentes veces al segundo Comandante general de este exército marqués de Coupigny, me reforzase con 2.000 hombres siquiera, respecto á que aun así llegaría escasamente la guarnición á la mitad de su completo; pero todavía no se ha verificado (el 16 de julio), sin embargo que á medida que las circunstancias han ido estrechando, he estrechado yo mis reclamaciones».

procurado ocultar lo posible la construcción de la referida batería, conocida en los diarios del sitio por la número 6 ó del *Mamelon Vert*. Debía recibir 20 morteros; y tanto para asegurar los trabajos como para ocultar el transporte de tan considerable y voluminoso material, se la puso en comunicación con el campo de retaguardia por medio de un ramal de trinchera bastante profundo.

Pero al mismo tiempo, en las noches que corresponden á los días desde el 6 al 12 de aquel mes de junio, se comenzaron otras dos baterías, para cuatro piezas de á 24 y un obús cada una, contra los fuertes de San Narciso y San Luis. En el reconocimiento verificado por el general Verdier con los comandantes de Ingenieros y Artillería, los generales Sanson y Taviel, se había decidido principiar por la toma de aquellas torres y la de San Daniel, para cuya empresa se distraería la atención de los sitiados llamándola también á evitar los efectos del bombardeo y á resistir un falso ataque que se simularía por la llanura de Santa Eugenia (1). «El ataque de Montjuich, dice Belmas, ofrecía la ventaja de hallarse en nuestra línea de operaciones, cubierta á nuestra retaguardia y sostenida en los flancos por las posiciones de Nuestra Señora de los Angeles, San Miguel, Campdurá, Costa-roja, Monta-

Plan de ataque.

(1) Una de las cosas que más dolió á Saint Cyr al tiempo de su separación del mando del 7.º Cuerpo, fué el haber Napoleon encargado de la dirección del sitio al general Sanson, teniendo él un comandante de Ingenieros tan excelente como el general Kirgener, y al artillero Taviel, en lugar del general Ruty, «en quien, dice, tenía el ejército la más completa y merecida confianza».

gut y Puig den Roca (le mamelón Vert), todas muy buenas y fáciles de guardar; de manera que, aun en el caso de que el enemigo obligara á replegar los campos de Monte Livio y de Salt, el ejército podía concentrarse sobre el Ter y continuar el sitio sin perder artillería ni municiones. Eran éstas, añade, las mismas razones que en el sitio de 1711 habían decidido el ataque por aquel lado. Se esperaba, por otra parte, que tomado Montjuich, que domina á la ciudad, ésta, que es muy débil por allí, se vería muy pronto obligada á rendirse y que aún podría adelantarse tal suceso bombardeándola».

Parece imposible que un Verdier esperase tan confiadamente la pronta rendición de una plaza española; él que había experimentado por dos veces los desaires de la fortuna en la abierta y desarmada de Zaragoza.

Pero, en fin, se adelantaron en lo posible los trabajos de las tres baterías mencionadas, no observados los de las dos primeras, en verdad, por la guarnición de Gerona hasta el día 10, en que pudo distinguirlos en el Tramón, una altura distante de aquellas torres sobre 1.200 metros, dominante y en posición sumamente ventajosa. Los gerundenses, distraidos con el constante fuego que mantenían con las avanzadas francesas, empeñadas en llamar su atención por el llano y el camino de Barcelona, y con apoyar la entrada en la plaza de dos pequeños convoyes, que lograron burlar la vigilancia del enemigo, por el camino de Castellá, con algunos víveres, la correspondencia y 5.000 duros en cada uno de ellos, no se preocuparon de tales trabajos á pesar de tener esparcidos durante las noches y por todas

partes sus escuchas (1). El 11 no podían darse cuenta de lo adelantada que estaba la batería den Roca por lo elevado del parapeto que la cubría y contra el que apenas hacía efecto el fuego de la plaza: en cambio descubrían delante de Montjuich una extensa paralela, como de 180 metros, de cuyo extremo izquierdo arrancaba un ramal por donde se veía introducir vigas y salchichones para alguna batería proyectada contra las torres del castillo.

Así era, con efecto; y en la noche del 12 al 13 quedaban armadas les tres baterías y concluidas las comunicaciones que les eran necesarias á retaguardia; y éso sin grandes pérdidas á pesar del incensante fuego del castillo de Montjuich y de sus torres avanzadas.

El bombardeo y sus primeros extragos.

Se acercaba, pues, un suceso de los que forman crisis en el transcurso del sitio de una plaza, el bombardeo, si quizás de los que menos resultados dan en pueblos tan viriles como el español, imponente siempre y desconsolador por los sacrificios que impone. Alvarez tenía preparados los ánimos para tal acontecimiento, así con sus exortaciones como con medidas que revelaban su previsión y energía. Adelantaba rápidamente la instrucción de los *cruzados*, que á las seis de la tarde del 12 hicieron, fuera de la puerta de Areny, muestra de sus progresos en el manejo del fusil á la vista del General (2). Colocáronse en casa del Gobernador tam-

(1) El primero de aquellos convoyes, conducido por los paisanos, entró el 8 por el pie del Montnegre y Castellá ocupados por los franceses; el segundo, el 12, por el mismo camino, inobservado, acaso, por causa de un fuerte tiroteo que durante el día sostuvieron en terreno inmediato nuestros somatenes.

(2) Claras dice: «Dicho jefe les ha manifestado su satisfacción y les ha hecho ver las ventajas que resultarían al Principado de Cataluña y á la nación entera, de unirse á la guarni-

bores de todos los regimientos para que rompiesen con el toque de generala al oir la señal de *alarma* que daría la campana mayor de la catedral, con dos si el enemigo disparaba bombas y con una si eran granadas.

Y llegó el momento, si previsto, pavoroso también del bombardeo.

Eran las doce y media de la noche del 13 al 14 cuando la batería den Roca lanzó al aire el primer proyectil, al que sucedieron otros once que vomitaron los morteros allí establecidos. El fuego, sin interrupción alguna y tan vivo hasta las diez ó mas de la mañana que se contaron hasta 423 bombas disparadas en tan corto espacio de tiempo, causó en los primeros momentos sorpresa pero no temor grande en el vecindario de Gerona.

El Gobernador, seguido de su mayor general, el estado mayor de la Plaza y sus ayudantes, se puso inmediatamente á recorrer los puestos del recinto, á que mandó acudiesen todas las fuerzas de la guarnición sin tocar cajas y con tanto silencio como premura. Seguro de que reinaban en ellos el orden y la confianza, visitó los cuarteles, alguno de los que hizo evacuar por no ofrecer garantías de resistencia contra la fuerza de los proyectiles de la artillería francesa. A todos lados llevaba el general Alvarez la confianza y la seguridad reflejándose en su sereno continente, en sus palabras tranquilizadoras y sus acertadas disposiciones (1).

---

ción para defender la plaza á todo coste y resignarse á sufrir el riguroso bombardeo que la amanazaba de un instante á otro; en seguida dicho señor dispuso entrasen en la plaza, lo que verificaron acompañados de las músicas de los regimientos de Ultonia y Borbón, hasta la Plaza de las Coles, en donde fueron despedidos á sus casas.»

(1) Schépeler dice con su laconismo de costumbre: «Las campanas de Gerona señalaban la media noche cuando las bate-



Una bomba, con todo, que cayendo á la una de la tarde en el Hospital militar y comunicando con el mixto incendiario que llevaba en su hueco seno el fuego á un depósito de paja y, desde él, al edificio entero, renovó el sobresalto que en un principio habían infundido los primeros estragos del bombardeo. Las llamas se apoderaron con tal rapidez de la mayor parte de los departamentos del hospital, sobre todo, de las salas de los enfermos, que algunos perecieron entre ellas; no pocos desesperando de su salvación se arrojaron de las ventanas, y los más la debieron á la rapidez con que soldados, paisanos, sacerdotes y hasta las mujeres corrieron á proporcionarles escalas por que bajar á la calle y patios, ó á recibirlos en colchones y mantas que sostenían en el aire con sus manos. El fuego se había cebado desde un principio en la escalera; las llamas y el humo se remontaban á las salas con violencia extraordinaria; y, para no morir quemados ó por asfixia, se lanzaban al suelo sin reparar en la altura á que se veían, sin reparar más que en el peligro que de tan cerca les amenazaba. Inútil todo intento de dominar el incendio; las providencias más sensatas resultaban estériles como cuantos esfuerzos se hicieron, dirigidos en primer término por el mismo Gobernador que, incansable en los personales suyos, hubo, sin embargo de reconcentrarlos en el pensamiento de poner algún remedio á la lastimosa situación de tanto y tanto enfer-

---

rías enemigas abrieron sus abismos. Aquel trueno y aquellas bombas despertaron al vecindario antes que el toque de generala. Los hombres corrieron á las murallas, las mujeres á sus puestos de honor, los niños y los ancianos allí donde esperaban librarse de la destrucción que amenazaba de «lo alto.»

mo como yacía en la calle y los portales de las casas inmediatas. Afortunadamente no se desmintió en aquella ocasión la filantropía, mejor dicho, la caridad de los gerundenses que, á excitación del general, acudieron, á la vez que muchos oficiales del Ejército, con camas y ropas de toda clase en remedio de tanta lástima y miseria.

Y aquella fué la ocasión que provocó la idea de organizar las brigadas de obreros, á que anteriormente nos hemos referido, llamados en ella á cortar los incendios producidos por las bombas, levantar el empedrado de las plazas y cubrir en las calles, con parapetos, las enfiladas de los proyectiles enemigos.

El ataque á las torres de Montjuich.

Pero no había acabado de iluminar la aurora de aquel día nefasto tal teatro de desolación y muerte, cuando las baterías francesas del Tramón rompieron el fuego sobre las torres de San Narciso y San Luis. Armadas, según tenemos dicho, de cuatro piezas de á 24 y un obús cada una, consistían en un solo cuerpo de obra compuesto de dos frentes destinados á batir respectivamente á cada torre, y cubierto, hasta el momento preciso, de una espesa muralla de ramaje que impedía su reconocimiento y ataque. Nuestras torres y Montjuich contestaron con toda la energía que les era posible, dados el número de piezas que poseían y su menor calibre, teniendo, al fin, la de San Luis desmontado un cañón de á 8, y las dos, desmoronados algunos de los merlones y heridos varios artilleros (1). Los france-

(1) Belmas dice que las piezas desmontadas en la torre de San Luis fueron un cañón de á 12 y un obús; pero Minali, Claras y Cúndaro dicen, á una y sin copiarse, que sólo fué uno el cañón y ése de á 8.

ses, viendo, sin duda, que los sitiados acudían á reforzar en lo posible las obras y el presidio de las torres, llamaron también á la doble batería del Tramón unos 500 hombres que los gerundenses vieron subir desde Sarriá. No faltó allí la actividad característica en los imperiales que, al mismo tiempo que atendían al fuego en el Puig den Roca y enfrente de Montjuich, su objetivo predilecto, continuaban la trinchera de su falso ataque desde Santa Eugenia al recinto del Mercadal y la construcción en la izquierda del Ter de la batería número 11 que, armada de dos piezas de á 24, habría de impedir las salidas de la plaza por la puerta de Francia.

Pero la tarea que más llamaba su atención en aquel día era la de imponer al vecindario de Gerona de tal modo que el terror le hiciese arrostrar la enérgica fiereza de su gobernador y obligarle á capitular. Observando los franceses el incendio del Hospital, dirigieron muchas de las bombas al malhadado edificio para impedir los trabajos que los sitiados emprenderían para salvarlo de las llamas, lo cual no estorbó para que, según se ha visto, acudiesen al socorro de sus compatriotas y hermanos, pero sí el que pudieran salvar un material de enfermería que tanta falta iba á hacer tiempo adelante (1). El miedo no transcendió á la parte viril de la población que, fuera de la de cumplir con los

(1) El P. Cúndaro insiste mucho en poner de manifiesto esa intención cruel de los franceses; y al hacerlo con las frases más duras, dice: «Una bomba ví caer delante de la puerta misma de dicho hospital poco después que se manifestó el incendio, y estando llena de gente la plazuela. Llegar al suelo y reventar fué casi á un mismo tiempo, y aunque apenas lo dió y casi no había lugar para agacharnos todos, no resultó la menor desgracia».

No se acabaría de contar episodios de ese género.



deberes que le imponía el patriotismo, si de otra obligación se cuidó fué de poner sus familias al abrigo de las bombas en las cuevas, las casas más sólidas y en la Catedral, sobre todo, monumento robustísimo y con sus bóvedas que se habían cubierto con una capa sumamente espesa de tierra. No bastaba, sin embargo, todo eso para considerar aquel templo asilo bastante seguro; porque, al día siguiente, rompiendo una bomba el muro que cerraba una antigua ventana, mató con los sillares que de ella se desprendieron hasta nueve de las personas que allí se abrigaban, hiriendo á cinco más y llenando de terror á las muchísimas restantes.

En aquel día también, el 15, se dejaron sentir más los efectos de la artillería francesa en las torres de San Narciso y San Luis. Cuantos esfuerzos se hicieron para reparar con sacos á tierra, faginas y barriles los merlones y parapetos deteriorados el 14, resultaron ineficaces el poco tiempo de roto el fuego. Al apoyo de ese fuego y del que hacían sus avanzadas hábilmente establecidas, los franceses ocuparon unas alturas, las en que se hallaban las llamadas casas de Aulet y Negreil, en situación muy propia para adelantar sus aproches á las torres y batirlas en brecha.

El del Pedret y salida para su recobró.

El avance importaba mucho para la marcha del sitio; pero importaba mucho más el ataque emprendido la misma noche del 14 al 15 por los franceses contra el arrabal del Pedred, cuyas principales casas ocuparon; dedicándose, en seguida, á cortar la carretera con un parapeto de vigas y tierra, apoyado en el Hospital de San Lázaro y el río é impenetrable muy luego á los proyectiles del próximo baluarte de San Pe-

dro (1). La construcción de tan robusto muro amenazaba con un ataque á la Puerta de Francia, golpe de fuerza que podría comprometer seriamente la seguridad de la plaza; y el general Alvarez dispuso para el 17 una salida con el objeto de destruir la obra y rechazar á sus dueños á las posiciones que anteriormente ocupaban. La operación se llevó á cabo con la felicidad que era de esperar de la previsión con que se intentó y de la energía y la habilidad desplegadas por los defensores de Gerona en ocasión que el peligro y las circunstancias hicieron solemne. La acometida de los españoles fué de día, á las siete y media de la mañana. Oigamos cómo la describe el ingeniero de la Plaza, Don Guillermo Minali, que tomó una parte muy principal en ella. «450 hombres de infantería, dice, á las órdenes del sargento mayor del regimiento de Ultonia, Don Eduardo Makarti, faldearon la montaña de Monjuí y cayeron por la espalda sobre los enemigos del citado retrincheramiento en Pedred, del cual los desalojaron luego á la bayoneta; al mismo tiempo el comandante de ingenieros teniente coronel D. Guillermo Minali, el ingeniero voluntario D. José de Ortega, con el destacamento de zapadores mandado por su subteniente,

(1) El ataque de los franceses tuvo lugar á las diez de la noche del 14, sorprendiendo, dicen ellos, á la avanzada española establecida en el Pedred, compuesta de 40 hombres que fueron pasados á cuchillo. No es cierto; los escuchas y centinelas de la avanzada estaban muy alerta y avisaron á sus jefes con la anticipación necesaria para que, comprendiendo la inferioridad de su fuerza respecto á la del batallón francés que la acometía, se retiraran á la plaza sin pérdida alguna, operación no difícil en la obscuridad de la noche. Con ese motivo, el P. Cúndaro lanza una terrible catilinaria al westpfaliano Bücher que estampa aquella noticia.



Don Matías Marich (1), la brigada de albañiles y carpinteros, con un piquete de artilleros mandados por un sargento del mismo cuerpo, que llevaban lanza fuegos, camisas y faginas embreadas, acompañados de 30 caballos del escuadrón de San Narciso, salieron por la puerta de Santa María (vulgo de Francia) y llegaron á las obras del enemigo poco después que éste se había retirado; inmediatamente se aplicaron las faginas y camisas y todos los obreros destruyeron y arrasaron en menos de una hora el retrincheramiento, echando los materiales y hasta la tierra al río; durante este trabajo los enemigos, desde el Puig den Roca, bajaron con artillería de campaña á la orilla izquierda del Ter y rompieron un vivo fuego de cañón y de fusil contra nuestros trabajadores, y adelantaron algunos cuerpos de caballería é infantería desde Puente Mayor hacia Pedred, lo que observado por el ingeniero comandante dispuso que todos se retirasen á la Plaza; mientras que se deshacía el trabajo de los enemigos, el expresado sargento mayor de Ultonia entretuvo con un vivo tiroteo á los enemigos en la montaña de Monjuí, las baterías enemigas hicieron un vivo fuego de mortero, obús y bala rasa á la tropa que había salido y á los baluartes, y la fusilería enemiga de la orilla opuesta del Ter lo hizo con la misma viveza durante nuestra retirada. El fuego de nuestras baterías y el de nuestra fusilería en el baluarte de San Pedro fué extremamente vivo y con mucho acierto».

(1) Eran 22 y los únicos que habían sido destinados á la plaza á las órdenes del citado oficial y con un sargento segundo y dos cabos.

Al capitular Gerona estaban reducidos á 10.

Las pérdidas de los sitiados, según el mismo Minali en un cuadro igual al de todos los cronistas del sitio, oficial de consiguiente, consistieron en 27 muertos, 105 heridos, 11 contusos y 12 prisioneros, total 155 bajas, ciertamente lamentables; bien compensadas, sin embargo, con los resultados obtenidos, el escarmiento de los enemigos y la gloria de nuestros compatriotas (1).

Ni fué aquella salida la primera de tan célebre sitio, pues que el combate del 8 de mayo en los mismos parajes puede ser considerado como una de ellas, ni sería la última; que las hubo después que elevan el cerco de Gerona á la categoría de una de las defensas más hábiles en su concepto técnico, como en el heróico no tiene rival en los tiempos modernos.

Bien lo comprendieron los franceses desde aquella jornada, haciéndose tan prudentes que aún no tocaba á su fin cuando su general llamaba á Sarriá una gran parte de la división Lechi, establecida, como saben nuestros lectores, en el llano de Salt y Santa Eugenia. Y, como consecuencia de eso, el general Verdier reprodujo sus instancias á Saint Cyr para que no demorase ya más su aproximación á Gerona, cuya conquista se

(1) Belmas dice que las de los franceses fueron de 13 muertos y 115 heridos, de los que dos oficiales. Pero, al recordar el movimiento de reacción de los defensores del espaldón, que confiesa fueron sorprendidos y arrollados, manifiesta que acudieron en su auxilio un batallón del 16.º de línea, apoyado por el 32.º ligero, por un destacamento de la brigada alemana Amey y cuatro compañías del 2.º regimiento westphaliano. ¿Cómo habían de resistir los españoles? A pesar de eso, añade Belmas: «Se retiraron en buen orden á la plaza entre los aplausos de la población que, desde los tejados de las casas y de lo alto de las torres, era impaciente espectadora de los efectos del ataque».

hacía inposible con los medios de que hasta entonces se le había permitido disponer.

Y, con efecto, por aquellos días y comprendiendo, al fin, que la posición de Vich estaba muy distante de la que convenía ocupar, si habían de impedirse los socorros que las autoridades de Cataluña procurarían introducir en Gerona, y reanimar el espíritu de las tropas sitiadoras, que se consideraban insuficientes para tan ardua tarea como la á ellas encomendada, envió Saint Cyr á Barcelona todos sus enfermos y heridos, la artillería y los carros, cuanto material calculó que no le sería posible transportar á los puntos en que pensaba establecer sus nuevos reales. El 13 entraba en Barcelona aquel inmenso convoy escoltado por seis batallones; y el 14 regresaban cinco sin accidente alguno, prueba inequívoca de la ausencia de todo peligro de parte de los españoles en aquel camino, donde él supone que Blake andaba juntando provisiones y tropas para sasatisfacer las reclamaciones del general Alvarez (1). Reunidas de nuevo sus tropas y provistas de los víveres que aún conservaban en Vich de sus continuos merodeos, fáciles de transportar, pronto las veremos en Caldas de Malavella, donde, como dice su General en Jefe, esperarían bien reparadas y con la mayor confianza la llegada del general Blake, su sempiterna, aunque tan improbable todavía, pesadilla.

Resuelve Saint Cyr acercarse á la plaza.

Entretanto no cesaba de tronar el cañón junto á

Sigue el ataque á las torres.

---

(1) Ni el general Blake estaba en Cataluña sino en Aragón, á las manos con Suchet entre Alcañiz y María, ni por la izquierda del Besós, que él mismo manifiesta tenía escalonadas también fuerzas del ejército de su mando, campeaban más españoles que algunos, muy pocos, guerrilleros.



Gerona. Las baterías del Tramón continuaron su fuego contra las torres avanzadas de Montjuich haciendo no pocos extragos en ellas; y, asegurados los franceses de que podían adelantar sus trabajos sin gran riesgo, comenzaron junto á las ruinas de Aulet, la número 4, á 800 metros, de consiguiente, de la de San Luis, armándola con cuatro piezas de á 24 que la batiesen en brecha. A la construcción de esa batería sucedió inmediatamente á su izquierda la del número 3, destinada contra la torre de San Narciso, hecha, armada y pronta á romper el fuego en el transcurso de una sola noche, la del 18 al 19. «Los trabajadores, dice Belmás, llenaban los sacos á espaldas de la batería y los conducían á los artilleros que formaban con ellos el espaldón; presidiendo los jefes de Artillería é Ingenieros la obra, sin abandonarla en toda la noche. Así pudieron, al amanecer del 19, batir con toda la furia de sus gruesos cañones, las dos torres y derribar sus más robustos parapetos; con lo que y el auxilio de muchísimos cazadores apostados tras los accidentes del terreno ó en pozos de tirador, abiertos á vanguardia de la batería número 3, lograron acercarse al reducto San Luis y hasta establecerse en su glasis. Mucho debieron sufrir allí los asaltantes no habiendo brecha por donde penetrar en el fuerte y manteniéndose la guarnición firme entre los derruidos parapetos con un fuego lo mortífero que es de presumir por la proximidad de los combatientes. Pero al poco tiempo aparecieron, saliendo de las trincheras francesas y de las sinuosidades de los collados inmediatos, tres columnas, de unos 600 hombres en su totalidad que, al paso de carga y con la furia característica de los franceses, se dirigían resueltamente al

asalto (1). El comandante del fuerte calculó que le sería imposible resistirlo; y, clavando el único cañón que allí quedaba, y ése desmontado momentos antes, se retiró á Montjuich con dos oficiales y 58 hombres, infantes y artilleros, que sobrevivieron á tan terrible y desigual combate. Poco más ó menos sucedió lo mismo en la torre de San Narciso, batida aún de más cerca que la de San Luis, debido, no á la audacia de las tropas francesas, como dicen sus historiadores, sino á los efectos de su artillería que hicieron imposible la defensa (2).

Su pérdida y la de la torre de S. Daniel.

Alvarez sujetó á los comandantes de las torres á un consejo de guerra que los condenó á servir como soldados hasta que acreditasen de nuevo sus condiciones de valor y patriotismo; siendo destinados por el inexo-

(1) Belmás dice que eran del 16.° de línea, el 32.° ligero y los regimientos de Berg y Wurtzburgo.

(2) Medrano asegura que la artillería de los fuertes fué desmontada por la francesa; que se abrió brecha y estaba practicable, y que quedaron fuera de combate más de las dos terceras partes de sus guarniciones. Así pinta la entrevista de los gobernadores Noguer y Lesenne con el general Alvarez: «Lo primero que hicieron fué presentarse al General, quien enterado ya del abandono, no quería oirles, pero ellos entraron y al momento les dijo que, con arreglo al bando que tenía publicado, los iba á fusilar; ellos respetuosamente, aunque con mucha decisión, le dijeron, que no sólo habían llenado todos sus deberes, sino que se habían propasado y excedido; que en los siete días que los enemigos los habían batido, habían perdido 70 hombres cada uno entre oficiales y tropa; y que sin artillería, sin parapetos y la brecha practicable, podían decir, sin faltar á la verdad, que cuando abandonaron las torres, ya no tenían ni fortificación, ni armas, ni gente.»

El P. Cúndaro, sin censurar á aquellos oficiales por el abandono de los fuertes, ya que era imposible seguir defendiéndolos, los acusa de no haber obedecido (ciegamente, dice,) la orden que tenían de Alvarez de resistir á todo trance.

El general Fournas, sin acordarse de que firmó la capitulación de Gerona tan pronto como quedó Alvarez inutilizado para el mando, dice que las torres «hubieran podido oponer una resistencia más larga; pero que fueron abandonadas por la debilidad de sus comandantes.»

rable gobernador á reparar su honor en Montjuich y San Daniel, donde, efectivamente, lo lograron á fuerza de extraordinarios esfuerzos y de verter su sangre (1).

Consecuencia y, como es de suponer, inmediata si se observa bien la posición de las torres, debía ser la del ataque y conquista del fuerte de San Daniel, única ya de las que podían impedir el aproche del castillo de Monjuich. La gola de San Daniel quedaba á descubierto de los fuegos de una batería que se construyese en San Luis, y que, efectivamente, se alzó y armó con tres piezas de grueso calibre, la cual comenzó la mañana del 21 á batir el fuerte, desmontando en cortas horas su artillería y arruinando las obras todas que le proporcionaban sus comunicaciones interiores. Aun así, sus defensores, llevados de su propio espíritu militar ó ante el juicio formado por Alvarez respecto á los de las torres de San Luis y San Narciso, no quisieron abandonar el fuerte y hasta resistieron valientemente y con fortuna un asalto. Su comandante Don Lorenzo Fitz-Gerald, capitán de Ultonia, el insigne defensor de la Trinidad de Rosas, hizo saber lo apurado de su situación al general Gobernador, quien, asesorado por los comandantes de Ingenieros y Artillería que subieron á reconocer el fuerte, dispuso fuera evacuado

(1) El mismo Medrano añade muy cuerdamente: «Este suceso, con sus consecuencias y pareceres de unos y otros, nos hizo acabar de conocer el carácter, tesón y firmeza del general. Convenció, igualmente, á todo el mundo, de que no había más recurso que el de defenderse á todo trance (como continuamente decía el general), esto es, vencer ó morir: lo que contribuyó en superior grado á perfeccionar la moral del pequeño ejército y la del paisanaje, y á producir una suma confianza y una general unión de voluntades; que el ejército, que por un acontecimiento como éste ú otro parecido, la consigue, se constituye invencible.»



después de bien preparada su voladura y la de las municiones que hubiera podido conservar. Hizo aún más Álvarez, como para hacer resaltar la justicia de sus procederes, subió al castillo de Monjuich, al que se había retirado la guarnición de San Daniel, y en presencia de todos elogió su conducta y la de Fitz-Gerald, recompensándosela, además, largamente (1).

Se establece Saint Cyr en Caldas de Malavella.

Si la resistencia de las torres avanzadas de esta fortaleza convencieron á Saint-Cyr de la ineficacia de su permanencia en Vich, la lentitud de las operaciones del sitio y el peligro de que se dilatasen aún más, entorpecidas por la continua amenaza de socorros, si no decisivos, siempre ofreciendo estímulo y esperanzas, le resolvieron al movimiento de aproximación á Gerona que ya hemos anteriormente recordado. Y tan á punto llegó á sus nuevas posiciones en derredor de Caldas de Malavella, donde estableció su cuartel general, que, al ocupar las divisiones los puestos señalados, dieron con un convoy de ganado que se dirigía á Gerona y cuya escolta no pudo resistir á una de las brigadas del general Pino que la sorprendió en la marcha.

Esos eran Bruñola, Castañet, Santa Coloma de Farnés, Riudarenas, Las Mallorquinas, Vidreras y San Fe-

(1) Los historiadores franceses, para no confesar su revés en el asalto intentado el día 21 sobre el fuerte de San Daniel, lo retrotraen al 19, disculpando su fracaso con no haber sido preparada la acometida y haberse dejado llevar el regimiento de Wurtzburgo, que la emprendió, del ardor de su victoria en las otras torres. Pero ahí están Minali, Claras, Cúndaro y otros, testigos verdaderamente de excepción, que acreditan lo contrario.

Lo que hay es que los franceses, viendo á algunos españoles salir del fuerte, creyeron que lo abandonaban; y, lanzándose á ocuparlo, hallaron en su derrota el escarmiento que han querido ocultar, de su precipitación.

liú de Guixols, formando una línea que interceptaba todas las avenidas de Barcelona entre el río Ter y la costa. Allí pensaba mantenerse haciendo frente á cuantas eventualidadas pudiera ofrecer el ansia, para él perfectamente comprensible, de la Junta de Gerona que no cesaba de solicitar socorros de la Superior del Principado y de los generales Blake y Coupygny, cuando recibió el despacho oficial de su relevo por el mariscal Augereau que debía trasladarse en posta á Cataluña. Con esa noticia, que el célebre general dice en su Diario recibió con satisfacción por el mal estado de su salud en que, añade, se hallaba, efecto de las fatigas de una campaña que no había podido hacer en coche á causa de la calidad de los caminos, le llegaron también las que Verdier le dirigía sobre el buen aspecto que iba presentando el sitio de Gerona y los planes sucesivos para lograr su más pronta y feliz terminación.

Sus ideas sobre el sitio de Gerona.

El lector comprenderá cuál sería el estado de ánimo de Saint Cyr al examinar aquellos proyectos, procedentes de un general que tantos motivos de queja le había dado y en quien supondría un gran placer por su relevo. Y como ya hemos dicho que estaba celoso hasta del mismo Napoleón, y mal con Duhesme y todos sus subordinados, creyendo que sólo pensaran en arrebatarle sus glorias pasadas, presentes y futuras, nada menos extraño que la prevención con que vería un pensamiento militar, ni debido á su iniciativa ni consultado siquiera con él antes de ponerlo en ejecución.

Saint Cyr hubiera deseado, él lo dice en su interesante libro, que antes de dar principio á las operaciones del sitio, se hubiera seguido su opinión de tomar todas las precauciones convenientes y más que nunca

necesarias en el de plaza tan importante como Gerona, fácil de socorrer y por cuya liberación harían los enemigos todo género de esfuerzos. Hubiera él deseado que se fortificase la línea de circunvalación con obras que cerraran todos los caminos del exterior y evitasen las salidas de la plaza, procurando así, además, una tranquilidad en las tropas que las permitiera después tomar parte en los trabajos del sitio. Esos trabajos deberían dirigirse, en su concepto, al ataque del lado de Santa Eugenia al mismo tiempo ó después que al de Montjuich, evitando así el desembocar á la plaza por el entrante que frente al castillo forman las fortificaciones en terreno además, tan desnudo, de roca y muy pendiente. Si á esas observaciones, tan sólo apuntadas á Verdier por la proximidad probable de su relevo, se añade que ya eran extemporáneas, puesto que el sitio estaba ya en marcha, en la que no había de retrocederse á tan diversos procedimientos, se comprenderá, repetimos, cuáles, sobre todo, serían los móviles á que obedecería el general al dictarlas entonces y al recordarlas después en su Diario (1).

Y vamos á entrar de lleno en la cuestión magna de esos planes para la inteligencia de tan famoso asedio.

La posesión de los reductos de San Luis; San Narciso y San Daniel; dice el más autorizado de los historiadores de aquel sitio, M. Belmas, nos hizo dueños de

(1) Dice así en el Diario: «El General en jefe no quiso usar de su autoridad para hacer valer su opinión, como hubiera podido en rigor hacerlo: creyó más conveniente dejar la elección del frente de ataque al director del sitio, designado por el Emperador y de categoría militar tan alta; además que no podía disimularse cuán debilitada se hallaba su autoridad por lo precario de la situación en que se veía.»

las avenidas de la meseta de Montjuich y nos permitió llegar á ella sin ser vistos del castillo. No se obtuvo, con todo, ese resultado sino después de quince días de trabajos y por una circunstancia feliz, sin la que, el tomar aquellos tres reductos, establecidos sobre roca, hubiera sido más difícil y largo que la conquista del Mercadal que tanto se había temido atacar.»

¿A qué se quiere contestar con estas consideraciones, estampadas á continuación del relato del ataque y toma de las tres torres que se acaban de mencionar? ¿Es que el autor se habría manifestado partidario del ataque de Gerona por su barrio del Mercadal? No resulta así con la claridad precisa del estudio detenido de su obra, en la cual, después de discutir concienzudamente, sobre el terreno ó sus planos, las ventajas é inconvenientes del ataque de la plaza por Montjuich ó el Mercadal, parece en un principio el Sr. Belmas decidirse á apoyar la solución dada á tan arduo problema por los generales Verdier, Sanson y Taviel en favor del primero de sus dos proyectos. Un párrafo del libro de Belmás, no hace mucho trasladado á este escrito, lo demuestra suficientemente; pero, en todo caso y después, al disentir de la opinión oficial de los que decidieron la marcha que debería seguirse en un sitio que, al fijarla, ya suponían sería dificultoso y largo, el ilustre crítico de la poliorcética en nuestra guerra de la Independencia, debió decirlo paladinamente y demostrarlo sin ambajes ni anfibologías, con datos y argumentos que no dejasen duda alguna sobre la razón y base de sus opiniones.

No ocultaremos nosotros las que abrigamos de mucho tiempo atrás, desde 1841, en que, levantando el



plano de Gerona, mejor dicho, de sus ruinas, estudiamos las líneas sobre que se alzaban aquellos muros sagrados, derruidos por los proyectiles franceses ó volados para que no volvieran á ser Palladium de la independencia española, y aquellas brechas, cuyos escombros parecían pregonar todavía con sus inmensurables bocas el valor, el talento y el patriotismo de sus defensores, si envueltos, muchos, en tan glorioso sudario, dejando, todos, á la posteridad un nombre inmortal, un ejemplo que seguir, trazada con su sangre la historia de la mayor hazaña de nuestros tiempos.

Entonces comprendimos ya, de acuerdo con los asertos cerrados de Saint Cyr y el espíritu que se trasparenta en las vacilaciones de Belmas, que no son tan robustos, como se suponen por sus autores, los fundamentos en que apoyaban el general sitiador y los comandantes de artillería é ingenieros su opinión, no tan razonada bajo el punto de vista técnico como bajo el de la situación estratégica que ocupaban su campo y el que debería ocupar el ejército que habría de apoyarlo (1).

Nada más fácil ni de resultados más inmediatos que el ataque por el Mercadal. El frente que ofrece es abaluartado pero sin medias lunas y sin camino cubierto, tan accesible como vimos lo era al describir el sitio anterior, en que se intentó su asalto por una simple escalada que no obtuvo éxito por causas muy distintas que la de la dificultad material de realizarla. Siguien-

(1) Véase el Apéndice núm. 6 con la copia del despacho de Verdier al Ministro de la Guerra, y la nota que lo acompaña, firmada por aquel general y sus comandantes de artillería é ingenieros, Taviel y Sanson.

do el camino trazado por el arte polémica, no se hallan obstáculos en el terreno donde han de abrirse las trincheras, extenderse las paralelas y alzarse las baterías hasta la de brecha: todo es llano, libre de enfiladas, expedito y fácil.

Es verdad que detrás del Mercadal, que puede considerarse como una gran cabeza de puente sobre el Oñyá, se encuentra una ciudad de calles tortuosas, muchas de ellas sumamente pendientes, de plazas dominadas de todas partes, de edificios públicos y privados, iglesias, conventos y palacios, de gran robustez muchos para resistir los ataques parciales y sin el aparato y los efectos de las grandes baterías. Más atrás aún y á manera de torres de homenaje, para refugio de la guarnición, una vez vencida en la ciudad, se elevan en ásperos escalones ó sobre una alta meseta ó promontorio, fuertes y fuertes hasta el número de ocho, uno de los cuales, el castillo de Montjuich, además de abrigo á una fuerza considerable podría ofrecer facilidades de comunicación y camino de abastecimientos en combinación con los demás.

Sin esas circunstancias que, en concepto de Verdier, harían casi inútil la conquista del Mercadal y aun la de la población, el dominar los fuertes todo el frente de aquel barrio y la llanura en que habrían de desarrollarse las obras de ataque, las haría de costosísima, ya que no imposible, ejecución. No se podría ocultar ninguna á la vista y examen de los fuertes; y los fuegos que desde ellos se dirigiesen serían tan eficaces como fáciles de puntería y acierto.

El campo sitiador, por otra parte, habría de tener su base de operaciones en la derecha del Ter, con el



riesgo siempre de estar constantemente amenazado por nuestras divisiones de socorro y los migueletes y somatenes maniobrando sin temor desde las montañas del interior, ó de ver un día comprometidas sus comunicaciones con Figueras y el Imperio. Y que ese campo era el punto débil en la línea de circunvalación, bien pudo verse en la entrada del gran convoy, que luego mencionaremos, dirigido por el general García Conde, no prevista ni descubierta, no rechazada ni impedida, por esas mismas causas que acabamos de apuntar.

Era también necesario, por consiguiente, golpe mayor de tropas que las de que Verdier disponía si la incomunicación de la plaza con la provincia había de ser completa, ya que habría que atender al frente atacado, á asegurar el camino de Francia y á cortar todos los del llano, la montaña y la costa por donde se intentaría el socorro de la plaza. Porque distintas disposiciones para el ataque exigen de ordinario diferentes atención, riesgos y sacrificios en tiempo y fuerzas (1).

(1) Más vacilante aún que Belmas se muestra Vacani en sus opiniones sobre la elección del punto de ataque. Pondera la facilidad de la empresa por el Mercadal en un principio, comprende los obstáculos que ofrecerían al sitiador el paso del Onyá y la acupación de la ciudad, con tal decisión resistida como la que era de suponer en los gerundenses; pero, aun así, parece aconsejarla con tal de que por medio de falsos ataques en otros puntos del recinto y con campos atrincherados establecidos contra los fuertes de la montaña se encierre á la guarnición, como si dijéramos, herméticamente y se la incomunique de las tropas que puedan acudir en su socorro. Sólo que el mismo Vacani reconoce que ni el ejército imperial tenía fuerza suficiente para todas esas atenciones, ni su moral se hallaba á la altura de tal empresa, compuesto, como estaba, en su mayor parte de extranjeros descontentos, ni las relaciones entre los generales Verdier y Saint Cyr eran para obtener el esfuerzo combinado y la unidad de pensamiento necesarios en tan extraordinaria labor como la de la expugnación de Gerona.

¿Cómo, pues, Verdier, escarmentado en Zaragoza ante posiciones sin fortificación de ningún género, y más aún en el nunca interrumpido luchar por las calles y casas de la ciudad heróica, había de correr iguales riesgos y exponerse á fracaso todavía mayor en el ataque de una plaza que, con medios superiores, ofrecía el aspecto de prepararse al mismo generoso y ejemplar acto de abnegación patriótica?

La determinación, por tanto, de Verdier, la de comenzar el ataque de Gerona por el del Castillo de Montjuich, si entrañaba error, como suponían Saint Cyr y casi, casi Belmas y Vacani, era el del miedo, disimulado con afrontar otro mayor peligro, el de acometer la más larga y arriscada empresa de someter fuertes situados en posiciones ventajosas y defendidos con obras de superior resistencia. Y si á ese error añadimos el de la situación del campo sitiador, obedeciendo á la discordia entre los generales Saint Cyr y Verdier, provocada por el disgusto del uno, apeado tan irregularmente del mando, y por la arrogancia de su antiguo ayudante, podremos repetir lo que hemos dicho en otra parte, que «era el error de la ciencia, por más que sus hombres en el ejército pretendieran demostrar lo contrario, y era el error del miedo al habérselas con un pueblo como el español, que veían burlaba las combinaciones más sabias con la porfía generosa y las maneras de pelear suyas, tan eficaces como inesperadas (1)».

Porque, y de esto no tenía Verdier la culpa, si se

(1) Discurso en elogio del teniente general D. Mariano Alvarez de Castro, leído ante la Real Academia de la Historia el día 9 de mayo de 1880.



hubiera reunido el ejército, el ataque por el Mercadal hubiera estado garantido de todo riesgo y se habría logrado conservar las posiciones de la izquierda del Ter y la comunicación segura con Francia sin, por eso, abandonar la vigilancia necesaria sobre los fuertes de Montjuich y las avenidas de Barcelona y la costa, manteniendo, así, la plaza en un completo aislamiento. Hubiérase, en fin, conseguido cuanto Saint Cyr echaba de menos sin ver que si no se había ejecutado, era, quizás, por impedirlo sus diferencias con Verdier y su retraimiento en Vich. Junto el 7.° cuerpo de ejército bajo la inteligente dirección, única por supuesto, de general, por otro lado, tan experto en las operaciones de la guerra, habríase podido ejecutar cuanto él pensaba y no se atrevía á decir á su subordinado para que no se achacase á envidia su divergencia de opiniones y al despecho de verse relevado del mando.

Pero había, además, en Gerona, para cualquiera que fuese el plan que hubiera de seguirse, una entidad militar con que no se contaba, un gobernador que dejaría atrás á cuantos nos pone la historia, aun la antigua, por modelos de energía y de habilidad polémica.

Porque de una y otra nos dió ejemplos que imitar el general D. Mariano Alvarez, combinando esas dos cualidades para imponerse á sus tropas y á la población, y poderlas, así, dirigir en su mutua acción contra la del enemigo, á quien, del mismo modo llegó también á infundir miedo y respeto y admiración (1).

---

(1) Vacani supone que Alvarez hizo se interceptara una carta suya dirigida á Blake en la que hacía ver los peligros que presentaba el ataque de Montjuich; todo con el fin de que Ver-

Y para convencernos de ello, volvamos los ojos al ataque y á los asaltos del castillo de Montjuich.

Hemos dicho que el relevo de Saint Cyr estaba próximo probablemente; y sólo así podíamos hacerlo, porque, con efecto, algunos días después recibía una carta del mariscal Augereau en que, haciéndole saber un ataque de gota conque había sido sorprendido en Perpignan, le rogaba continuase en el mando que hasta entonces había desempeñado. No hubiera Saint Cyr accedido á aquella demanda sin las órdenes reiteradas que fué recibiendo del Ministro de la Guerra para que no se apartara de su puesto hasta el restablecimiento del mariscal (1).

---

dier insistiese en él. Es una estratagema de que no teníamos noticia antes de leer la obra del eminente historiador italiano.

Belmás dice que la carta era de la Junta de Gerona; pero, aun cuando la supone confirmando á Verdier en su idea de conquistar en primer término el mencionado castillo, transcribe en sus apéndices la carta que, después de todo, dice lo siguiente: «Si desgraciadamente cayese Montjuich en poder del enemigo, la plaza no podría sostenerse más, y menos todavía si una nueva batería establecida en la parte de mediodía batiese en brecha las murallas.» Y como renglones antes hace ver los perjuicios que resultarían de establecerse artillería francesa en las obras que se levantaban delante de Santa Eugenia, resulta que la Junta de Gerona temía principalmente la combinación de los dos ataques, no el de Montjuich aislado. Se nos figura que no había estratagema en eso. Si el ataque temible en Gerona fuese el del Mercadal, diría también Verdier, no lo hubieran dejado tan á descubierto los ingenieros que tan cuidadosamente construyeron la plaza, ni Noailles en 1711 habría dejado de aprovechar tamaña torpeza.

(1) Es de advertir que el despacho en que Saint Cyr se manifiesta resignado á continuar en el mando tiene la fecha de 13 de agosto. Y sin embargo lo recuerda en los días de su establecimiento en Caldas, que fué el 20 de junio Y dice en él: «y no me someto á vuestras órdenes más que por estar convencido de que no ocurrirá nada importante, habiendo destruido las anteriores victorias del 7.º cuerpo la mayor parte del ejército enemigo, é impuéstole terror tal que no se atreverá á presentarle acción viendo tomar á Gerona desde lo alto de sus montañas sin resolverse á bajar de ellas y limitándose á romper nuestras comunicaciones é inquietar nuestros convoyes».

Continuaban, entretanto, las operaciones del sitio. Para más distraer á los sitiados de la atención que principalmente habría de provocarles el ataque de las torres, los franceses, sin cesar un momento en su tarea del bombardeo, adelantaban la proyectada trinchera de Santa Eugenia, suponiendo un golpe de fuerza al Mercadal como el del sitio primero del año anterior. Tan bien fingido era el ataque, cubierto con trincheras á que se daban las apariencias todas de una primara paralela amenazando dirigirse contra el baluarte de Santa Clara, el más saliente del Mercadal, que los gerundenses, como ya hemos hecho observar, lo consideraban como formal y temible. Pronto, sin embargo, se vería paralizado aquel trabajo, ya por voluntad de los que lo habían emprendido sin pensamiento de formalizarlo por falta de brazos, dice Belmas, ya por la inundación que, pocos días después, sobrevino en el río Güell, cuyo cauce, extraordinariamente crecido, acabó por cubrir de agua toda la llanura.

Continúa el sitio.

No se descuidaban los nuestros en procurar, por su lado, contener á los franceses en sus incesantes trabajos. Los somatenes atacaban el 19 las alturas de los Angeles y casa Estola, á espaldas de los asaltantes de las torres, y el canónigo Rovira, *homme de téte et entreprenant,* como le llama Saint Cyr, asaltaba el día 24 un convoy de pertrechos y municiones, matando á muchos de la escolta y quedándose con gran número de acémilas y, entre ellas, sobre 120 caballos de artillería. Tal impresión había hecho este revés en el ánimo de Verdier que escribía á Saint Cyr, al anunciárselo, que, si no se le reemplazaban los caballos, se vería obligado á suspender las operaciones del sitio. Saint Cyr le envió

hasta 300, pero manifestándole que no esperase otro socorro de tal índole, si volvía á sucederle caso igual (1).

El ataque á Montjuich.

Ya en su poder las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel, los franceses se dedicaron á los preparativos necesarios para emprender el ataque del castillo de Montjuich.

No era su conquista tan fácil y rápida como se la imaginaba el general Verdier, suponiéndola, en su arrebatada fantasía, cuestión tan sólo de artilleros, no de los procedimientos regulares aconsejados por la ciencia. Muchas baterías con fuegos de enfilada, de revés y brecha, convergentes todos al frente de ataque elegido, bastarían para que la guarnición del castillo capitulase inmediatamente, abrumada por tanto proyectil, por el cansancio y el miedo.

La arrogancia, no queremos llamarla de otro modo, y la vanidad no pueden comprender se las resista y menos, como en este caso, por gentes que, aun sin motivo, se hayan acostumbrado á despreciar.

El castillo, ya lo hemos dicho, tiene la figura de un cuadrado con baluartes en sus ángulos, todos construídos á la moderna, como escribía Minali, con medias lunas en dos de sus frentes, los opuestos á la plaza, fo-

---

(1) Nada más interesante, ya que viene del campo enemigo, que la narración de aquel combate por M. Belmás: «Rovira se había trasladado el 22 de Olot á Castellfollit con cerca de 3.000 migueletes y somatenes, apoderándose en seguida de un convoy de carretas y 120 caballos de artillería. El general Guillot, que ocupaba el monte Livio, fué enviado con 2.000 hombres en persecución del enemigo y lo atacó el 24 en las alturas de Bañolas. El combate fué muy reñido: el general Guillot perdió 200 hombres y tuvo que atrincherarse en el convento de San Morteria, (Santa Marturia), en espera de refuerzos que el general Verdier le envió. Pero el enemigo se retiró por la noche á Olot, de donde había venido.»

sos en los mismos, camino cubierto, plazas de armas y su glasis correspondiente. Está construido sobre un suelo todo él de roca, como el de la montaña en su mayor extensión, con lo cual le fué fácil al ingeniero que lo levantó hacer obras subterráneas y cuantas creyó necesarias á prueba de bomba para el alojamiento de unos 400 hombres que se suponían suficientes para la defensa de tan importante puesto. La excelencia de su posición era, sin embargo, la de su traza en cuanto á la dirección de las líneas que la constituyen, pues que se había procurado y conseguido impedir las enfiladas más peligrosas en los frentes que ofrecían mayores probabilidades de éxito para el ataque.

Acabamos de decir que el presupuesto de la guarnición de Montjuich era de 400 hombres, en el que estaban comprendidas las fuerzas de ingenieros y artillería necesarias para el mantenimiento de las fortificaciones y el servicio de las piezas destinadas á la defensa. Pero al ver el castillo hecho objetivo de un ataque formal y próximo, se aumentó su fuerza hasta la de 700 hombres, y en momentos verdaderamente críticos se la hizo llegar á la de 800, causa, con la del extraordinario fuego de los sitiadores, de las también excepcionales bajas que sufrió tan valiente guarnición (1).

Los franceses eligieron para su ataque el frente septentrional, sin, por eso, descuidar el oriental con fuerza de baterías cuyos proyectiles cogerían naturalmente de flanco las obras del primero. Empezaron por construir dos, las 7.ª y 8.ª; la primera de dos piezas de á 24, y la 2.ª, de cuatro de á 16, en el hondo camino

Construcción de nuevas baterías.

(1) Véase el Apéndice núm. 7.

que sirve para la comunicación de las torres de San Narciso y San Daniel; obras destinadas á batir el saliente del baluarte de separación de los dos frentes, y de rebote, como ya hemos indicado, el elegido para el ataque. En dirección de la capital de ese mismo baluarte, diagonal de la fortaleza, se levantó otra nueva batería, la 9.ª, en que se montaron cuatro morteros, llevados de la de Puig den Roca, para cubrir con sus fuegos el castillo y, como es de pensar, á sus presidiarios en los trabajos y movimientos de la defensa.

Estas baterías pudieron romper el fuego el 25, y el 27 de junio respectivamente, ayudadas de la 4.ª, que había protegido su construcción, realizada también á cubierto de los proyectiles de los fuertes del Condestable y el Calvario por la torre de San Daniel que las servía de través impenetrable á ellos. No hay para qué decir que los morteros de Puig den Roca continuaron en su obra de destrucción de la ciudad; y los cañones de la batería núm. 11, elevada á su retaguardia, aumentados con otros dos de á 16 y dos obuses, se dedicaron á contrabatir las bajas de la plaza y principalmente la artillería del baluarte de Santa María que cubre la puerta de Francia en la orilla misma del Ter. Tan nutrido y continuado era el fuego de todas las baterías que causó desperfectos de mucha consideración, tanto en la ciudad derruyendo ó incendiando edificios, salvados á fuerza de abnegación por los habitantes, como en Monjuich, donde no se cesaba en la tarea de recomponer los merlones destruídos, elevar traveses con sacos y faginas, y dar fuerza á los rastrillos, el puente levadizo, las bóvedas y blindajes.

En cambio, nuestra artillería contestaba con gran

eficacia; y ya que no pudiese hacer callar á la numerosísima enemiga, paralizaba, á veces, los trabajos de sitio que los franceses proseguían, siempre de noche y á costa de grandes sacrificios. No contribuyó poco á impedir el progreso de esos trabajos un temporal furioso de lluvia que descargó por aquellos días en toda la provincia, desde el ya citado de 27 del mes. Como, según ya hemos dicho, hubieron los franceses de desistir de su trinchera de Santa Eugenia, inundada, como todo el llano, por las aguas del Güell, las obras de la meseta de Montjuich sufrieron mucho, sobre todo las de una que recibió el nombre de *Batería imperial*, que no pudo tomar forma hasta el 3 de julio; volviéndose, puedo decirse, barro los sacos á tierra, según iban depositándose tras los pliegues del terreno, ocultos á la vista de los defensores del fuerte.

Esa batería, la núm. 10, debía ocupar todo el ancho de la meseta en el espacio opuesto al frente de ataque, como que habría de contener veinte piezas, de las que 12 eran cañones de á 24 y 8 de á 16, establecidas para contrabatirlo directamente y abrir la cara derecha del baluarte en que se pensaba practicar la brecha. La Imperial.

De 120 metros de extensión, 6 de espesor y 2'30 de altura, apoyábase en la torre de San Luis, especie, así, de reducto de seguridad y abrigo contra las primeras salidas que pudieran intentar los sitiados; y debía construirse en una sola noche con 80.000 sacos que, á fuerza de días y de trabajo, logró Verdier reunir. Oigamos á Belmas describir el procedimiento de tamaña obra: «Preparados así, dice, todos los materiales, se principió la construcción de aquella batería á las nueve de la noche, empleándose en ella 2.000 hombres.



Cada uno de los montones de quinientos sacos y cada una de las cinco partes correspondientes de la batería fueron rodeados de una línea de vigilantes, dentro de la que se colocó á los trabajadores que no saldrían de ella bajo ningún pretexto. Dos oficiales de Ingenieros había para cada porción de la obra que iba á vigilar el comandante Fleury, jefe del ataque, secundado por otros dos oficiales en calidad de mayores. El comandante Lasseron y ocho oficiales del arma estaban encargados de la construcción del espaldón.»

«Los obreros iban á buscar los sacos al montón y los llevaban á la parte de batería correspondiente, donde se los recibían los artilleros que levantaban el parapeto como si fuese con adoquines ó pequeños sillares (moellons) (1). La noche era muy obscura (la del 2 al 3 de julio), y la continua lluvia hacía el suelo resbaladizo, sobre todo en las pendientes, y aumentaba el peso de los sacos, de los qué cada hombre llevaba tres á la vez. Decayeron de su primera actividad los trabajadores á eso de la una, habiendo que manifestarles que se les doblaría el jornal prometido. A las tres y media, habiendo producido un nuevo acceso de decaimiento el exceso de la fatiga, se les hizo saber que no cabía interrumpir el trabajo ni aun de día, y que no se les dejaría marchar hasta que lo acabasen completamente. Se les recordó, á la vez, que estaban al alcance de la metralla del castillo; haciéndoles así conocer el peligro á que se exponían por su pereza. Entonces redoblaron los obreros su actividad, y á las cinco de la mañana,

(1) Medrano dice que parecían piedras de sillería y que los soldados exclamaban: «Por todas partes nos construyen castillos mejores y más fuertes que el nuestro.»



tras ocho horas de trabajo, no sólo estaba concluída la batería, sino que se vió armada de sus veinte piezas y provista abundantemente de pólvora y proyectiles.»

El incesante fuego de las baterías francesas, los destrozos que hacían en la ciudad y el castillo, el movimiento de tropas que se observaba en el campo sitiador y los refuerzos que á él se veían llegar, presagiaban una crisis tan terrible como inmediata para la suerte de Gerona. No dejaba su incomparable presidio de prepararse á resistirla, ni el vecindario á ofrecer una cooperación que, como la de los zaragozanos, hiciese eterna su memoria. Así es que reinaban en la plaza y los fuertes, con el entusiasmo de sus defensores, la actividad y el celo de cuantos, autoridades y subordinados, tenían, por patriotismo ó deber, el de no someterse por consideración alguna militar ni política á la ley del vencedor. En la plaza, se esforzaban el pueblo y sus *cruzados* por apagar los incendios producidos por las bombas, habilitar hospitales que ofreciesen alguna seguridad á los asilados en ellos y proveer de cuanto pudieran necesitar los desvalidos y pobres en sus miserables y ya malsanos tugurios; hasta se ofreció un espectáculo desconocido en los anales del mundo, ya que no por el espíritu que revelara, sí por la forma en que lo exhibió Gerona. Registra la historia actos extraordinarios de valor en las mujeres de todos tiempos y países al excitarse sus sentimientos de madres ó de esposas, al ver comprometido su honor ó lastimado su patriotismo. En este último caso se las ha contemplado en los ejércitos ó en las ciudades animando á los combatientes desde sus carros en los campos de batalla, desde los muros y campamentos y revueltas con los

Resolución de los defensores.

Compañías de Santa Bárbara.

hombres, inermes ó armadas, allí donde era preciso defender la causa de su tribu, el hogar y la familia. En España teníamos el ejemplo de las célebres amazonas galáicas, las mujeres de Orihuela y de Galípoli; muy recientemente, las zaragozanas, las de cuna ilustre mezcladas con las de la más humilde de Aragón, emulando en patriotismo y denuedo (1).

Lo que no se había visto era á esas mujeres buscar en una organización la fuerza de que no pueden disponer las voluntades dispersas, sin dirección que las haga útiles por la unidad de pensamiento y de impulso en sus esfuerzos personales. Y á eso aspiraron, bien aconsejadas, las gerundenses al solicitar, al principio, puesto en los grandes peligros para arrostrarlos entre sus deudos y los soldados de la patria, y al repetir sus instancias después, cuando la pérdida de las torres avanzadas de Montjuich puso de manifiesto la proximidad de una crisis, si prevista ya, tremebunda también y decisiva para la suerte de su ciudad natal.

Oigamos como á autoridad irrecusable en ese punto, á Claras, comisionado por Alvarez para la organización de la compañía de Santa Bárbara y cronista de aquel sitio. «Llega á tal extremo el patriotismo de esta ciudad, dice el 22 de junio en su Dietario, que hasta las señoras mujeres desean tomar parte en la defensa

(1) Schépeler dice: «Como las mujeres de los germanos en sus carros, á espaldas de la línea de batalla, así se mantenían las gerundenses á retaguardia de los puntos atacados; y el espantable aspecto del mayor peligro, se reducía á un juego que les hacía sonreirse. Las mujeres cuyos nervios eran más delicados, pero no menor su denuedo, se encargaron de los hospitales, y no quedó para el cuidado de las casas más que el número absolutamente necesario para allí desplegar aún la misma fuerza en su siempre creciente miseria.»



de ella: han propuesto al General, por medio de un oficio, formar algunas compañías intituladas de Santa Bárbara (como se verá al fin de este diario en el estado número primero) y con los destinos que S. S. tuviese á bien darles en todos los casos de alarma, contribuyendo á la utilidad de su patria, socorriendo á los heridos, conduciéndolos á los hospitales de sangre, repartiendo municiones á la tropa en los puestos atacados, y demás que fuere necesario. El Gobernador les aprobó la formación de la compañía y comisionó para ello como director á Don Juan Pérez Claras, secretario del Ayuntamiento y Don Baudilio Farro, vecino de esta plaza; debiendo todas las alistadas en estas compañías llevar un lazo encarnado en el brazo derecho.»

Si en un principio fué una, tan sólo, la compañía organizada con las primeras señoras que promovieron y solicitaron su creación, los sucesos que se desarrollaban á su vista, desgraciados como acontece en los sitios de las plazas de guerra, destinadas á sucumbir casi siempre, el espectáculo de tanta ruina, de la sangre que tan abundantemente se vertía, y la indignación que todo eso causaba, produjeron el aumento de aquel insigne instituto hasta el de tres compañías. Sus puntos de concentración fueron durante el sitio en San Narciso, Santa Dorotea y Santa Eulalia respectivamente, y según el número de las compañías, á cuyo frente se pusieron sus comandantas, por ellas elegidas, Doña Lucía Tixeral y Juan, Doña María Angela Bibeu y Doña María Custín. El número de las Señoras Mujeres, como se las llamaba en el decreto del general Alvarez, se elevó al de 24 en las clases de jefes y subalternas, y al de 120 en el resto de su fuerza efectiva,

en la que al fin del sitio se contaron cinco muertas y once heridas (1).

El Gobernador.

En los fuertes no cesaba tampoco la tropa en las obras de reparación que exigía la lluvia de proyectiles, incesante también, con que los batían los tormentos enemigos; trabajo penosísimo tan pronto reproducido como terminado. El cansancio, así, era extremo, se acababan las fuerzas para resistirlo; y eran necesarias toda la abnegación de los habitantes y de las tropas y la energía de los prohombres y de los jefes para arrostrar y vencer situación tan difícil.

Pero sobre toda esa abnegación y esas energías se cernía la autoridad de un hombre, si previsor y celoso para cuanto pudiera contribuir al alivio y al remedio de tamañas calamidades, inexorable, más que nada, en sus determinaciones. A todo y á todos acudía solícito, incansable, para repararlo todo, para á todos hacer llevadera su desgracia, animándolos con sus palabras y ejemplo; pero tampoco perdonaba una falta, ni siquiera el menor descuido en el cumplimiento de tantos y tantos deberes como imponían el honor militar en las tropas y el patriotismo en todos. De ese modo excitaba tan honrosos sentimientos aun en los más débiles de fuerzas y de corazón, hasta producir entusiasmos no fáciles de provocar sino por hombres privilegiados en circunstancias, como aquéllas, excepcionales.

Subió ese entusiasmo hasta el delirio al conocerse

---

(1) Véanse en el Apéndice núm. 8 el decreto de su organización, y el estado y servicios de su fuerza con notas sacadas de escritos que revelan todo el mérito contraído por las compañías de Santa Bárbara.



en Gerona la contestación dada el 2 de julio por Alvarez, sin consulta ni aparato, á un mensaje dirigídole en nombre de Saint Cyr por su comandante de Ingenieros, el general Kirgener. Se le invitaba en él á presentarse en las avanzadas francesas ó comisionar á uno de los jefes en que tuviese mayor confianza para conferenciar con Kirgener, que le oiría las proposiciones que pudiera tenerle que hacer en las circunstancias en que se hallase (1).

La contestación de Alvarez fué lo lacónica que era de esperar de tal hombre, en su doble sentido, literario y étnico, en su estilo y substancia.

«Nada tengo que tratar con V. E., respondió Alvarez; conozco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo sepa V. E. que no admitiré ni tendré consideración á parlamentario ni trompeta alguno de su

---

(1) He aquí una copia del original que está en nuestro poder:

Au Camp devant Gironne le 2 juillet 1809.

Monsieur le Gouverneur

J'ai l'honneur de Vous prevenir, que je suis autorisé par S. E. le Comte St Cyr, Général en chef de l'armée française, à entendre les propositions que vous pourriez avoir à faire, dans les circonstances où vous vous trouverez.

Je vous engage donc à venir, ou à envoyer un des vos officiers superieurs qui aurait toute votre confiance, conférer avec moi aux avants postes, òu le Prisonnier qui vous porte cette lettre m' a laissé.

Et pour qu'il ne puisse y avoir aucunne fausse interpretation vous pouvez reunir un membre de la Junte, et un des principeaux chefs du Clergé.

J'ai l'honneur d'etre avec la consideration
la plus distinguée
Votre trés humble et obeissant serviteur
Le Général Com.[t] le Génie à l'armée
Kirgener Baron de Planta.

P. S. J'attendrai votre reponse jusqu' a 10 heures.

ejército.— Esto digo á V. E. en contestación á su papel de hoy.»

Y para que no quedase á los defensores de Gerona duda alguna respecto á lo inquebrantable de su resolución, hizo inmediatamente fijar de nuevo el bando conque había inaugurado su gobierno de la plaza, el en que se imponía pena de la vida á cualquiera que tuviera la vileza de proferir la voz de rendición y capitulación. El público, ansioso de conocer el resultado del mensaje de Saint Cyr, prorrumpió, al leer el bando, en vítores y aplausos, llevando á todos los ámbitos de la ciudad y á los fuertes la expresión del extraordinario entusiasmo que le había producido la resolución de su Gobernador.

El mensaje produjo en el campo francés, con el desencanto de su resultado, el recrudecimiento de las diferencias ya existentes entre los generales Verdier y Saint Cyr. Porque éste lo había dirigido desde su cuartel general sin contar para nada con su colega ó subordinado, pues que de los dos caracteres había de participar quien, encargado por el Emperador del sitio de Gerona, debía estar, sin embargo, sometido al comandante en jefe del 7.° cuerpo, del que dependían las fuerzas que lo iban á llevar á ejecución. Verdier se mostró muy lastimado de tal paso y se quejó al Ministro de la Guerra, con quien correspondía directamente, en términos sumamente enérgicos. «El general Saint Cyr, le decía, olvidando todas las conveniencias, no ha creído deber prevenirme de tal resolución, y yo no he sabido la misión del general Kirgener sino por el parte de mis puestos avanzados y por los cañonazos que ha disparado sobre él la plaza después de haber recibido

su carta: han sido, muerto por la descarga un soldado napolitano, y heridos otros cuatro (1).»

Entretanto, se preparaba la gran función militar que iba á inaugurar solemnemente la *Batería Imperial* con sus veinte bocas de fuego, coreada por las poco antes establecidas entre San Narciso y San Daniel y los morteros llevados del Puig den Roca.

Primera brecha.

Media hora después de concluida obra tan considerable, esto es, á las cinco y media de la mañana del 3 de julio, rompió el fuego la batería Imperial, dirigiéndolo principalmente sobre la cara derecha del baluarte que veía, á su derecha también, en el frente atacado, logrando, no el abrir brecha como creyeron ver los franceses al fin del día, pero si derruir el revestimiento del parapeto, rebajar el muro hasta más de 60 centímetros por bajo del cordón y demoler, además, una parte del flanco de la derecha, á lo cual contribuyeron mucho los fuegos de las demás baterías que, al batir el lado oriental, lo cogían de frente (2). No dejó tampoco de contribuir á tanto estrago la batería den Roca dirigiendo algunas de sus bombas á Montjuich, aun cuando su principal objetivo era la plaza para, con los incendios que producía, distraer la atención de los sitiados.

Contestaban éstos con la energía que es de suponer

(1) «Ma che non puo, dice Vacani, la gelosía d'indipendenza nei comandi e quanto non sacrifica ella mai il ben essere delle armate ed i successi delle imprese piu onerose?»

(2) Eso lo consigna Minali, voto muy autorizado en la materia. Los franceses dicen que llegaron á hacer brecha de doce metros de abertura, noticia que confirmó el comandante Fleury después de un reconocimiento. Claras y Cúndaro dicen lo que Minali; pero el artillero Medrano, que con D. José Tuberne hacía el servicio del arma en Montjuich, asegura que había brecha el 3 y fué ensanchada aún más el 4 por la artillería francesa.

y, sobre todo, el castillo y los fuertes que aún nos restaban en la montaña en que tiene su asiento. Hasta los de la plaza dirigieron principalmente sus fuegos á neutralizar el de la batería Imperial desde que lo rompió; distinguiéndose los baluartes del Gobernador, Santa Cruz y Santa Clara que, libres de la preocupación que antes les inspirara el falso ataque de los enemigos desde Santa Eugenia, no cesaron de arrojar bombas y granadas que, por caer, cuando no en las obras francesas, en el terreno rocoso en que se alzaban, causaron pérdidas no insignificantes en los que las ocupaban y servían. Pero mayor era, si cabe, el trabajo que producía en los defensores la reparación de las degradaciones causadas en el castillo por el fuego de las baterías enemigas que, directamente ó de flanco, lo combatían. A tantos estragos como sufría la fortaleza, era necesario oponer la labor constante, sin intermitencia alguna, que había de exigir la recomposición de sus muros si, como era de esperar, fueran asaltados por el enemigo; y los españoles, soldados y paisanos, dirigidos por los oficiales de Ingenieros y Artillería, no cesaron un punto en esa fatigosa, arriesgada pero patriótica tarea. Limpiar los fosos en lo posible, separar del pie de los muros los escombros que comenzaban á formar rampa, recomponer los parapetos con barriles ó sacos á tierra y cubrir con obras interiores los boquetes que desde las brechas, una vez abiertas, habrían de conducir al cuerpo central de la fortaleza; esa era la tarea que no acabaría sino con la suerte que le estaba destinada á Montjuich. Esa última obra, repugnada por el teniente coronel Fournas, la de una gran cortadura con foso y parapeto que la hicieran infranqueable para el

asaltante, fué la á que un poco más tarde se dedicó el presidio del castillo, ayudado de trabajadores paisanos que subieron de la plaza. Retiróse, para eso, la mayor parte de la artillería del baluarte atacado, la cual fué establecida en puntos resguardados donde pudiera conservarse para hacer de ella el uso oportuno en el decurso del sitio; y después se incomunicó aquel mismo baluarte con otras cortaduras, parapetos, caballos de frisa y traveses que aislasen al enemigo en él al asaltarlo. No se dejó nada por hacer á fin de neutralizar el fuego de las baterías francesas, y se veía á soldados y obreros rellenar los sacos y las pipas con la tierra que proporcionaban los fosos nuevamente abiertos, transportar unos y otras á los puntos en que los oficiales dirigían la construcción de traveses, caponeras, espaldones, cuantas obras consideraban precisas para el establecimiento de las defensas complementarias, el de las piezas de pequeño calibre y de la fusilería que habrían de guarnecerlas.

El boquete, ya que no brecha, abierto por la Artillería de la batería Imperial el día 3 en el baluarte, objetivo de su fuego, tenía por la tarde doce metros de ancho, extensión que auguraba la que alcanzaría á poco que aquel continuase. De los destrozos causados, había producido gran algazara entre los franceses la rotura del mástil en que ondeaba la bandera española que cubría al baluarte con su sombra. La cosa parecía de mal agüero para nuestras armas, puesto que el glorioso pabellón de España caía al foso entre los escombros de la fortaleza á que daba sombra; pero un bizarro subteniente de voluntarios de Vich, Don Mariano Montorro, impetrando del gobernador del castillo el

La bandera del Fuerte.

correspondiente permiso, descendió por la rampa que formaban ya las ruinas de la brecha, y minutos después hacía ondear de nuevo sobre el muro nuestro brillante oritlama entre los aplausos de la guarnición y las imprecaciones de los franceses que no cesaron de arrojar todo género de proyectiles sobre el intrépido catalán para estorbar su heróica determinación, justamente recompensada luego por el general Alvarez (1).

Primer asalto.

Tal confianza abrigaban los franceses de que habían abierto brecha y aun de que era ésta practicable, en cuya idea les confirmarían la hazaña de Montorro, y un ligero reconocimiento verificado en la noche del 3, que en la del 4 intentaron un asalto; más que al de la fortaleza toda, dirigido, quizás, al establecimiento de tropa suya en el baluarte. Fué una de esas intentonas á que se dejan llevar los franceses, despreciadores siempre del valor de sus enemigos, aun cuando cien y mil veces escarmentados de su excesiva arrogancia (2). A las nueve y media de la ya mencionada noche del 4, partían, con efecto, del reducto de San Luis dos compañías de Zapadores que, esperando verlas sostenidas en su empresa por las fuerzas que montaban la guardia de las trincheras, creía el comandante Fleury muy suficientes para llevar á feliz remate su temerario propósito. Al llegar á la plaza de armas entrante entre la media luna y el baluarte, que la noche anterior había reconocido, la obscuridad profunda que reinaba le ex-

(1) Montorro recibió el empleo de teniente en premio de su hazaña.

(2) El comandante de Ingenieros Fleury que hizo el reconocimiento, creyó la brecha practicable y fué quien, dando seguridades del éxito, llevó á efecto el asalto, por su cuenta según se desprende de las versiones francesas.

travió en su camino á la plaza saliente á que se dirigía, desprovista de contraescarpa. En aquel momento oyó el *¿Quién vive?* de nuestros centinelas; y, dejándose llevar de su ardor, no sólo contestó *¡Francia!*, sino que lanzó la primera de sus compañías al fondo del foso, donde se vió detenida por el pequeño muro de piedra con que iba á revestirse por allí la contraescarpa. Aquel obstáculo inesperado y el fuego terrible que desde todas las obras del frente hacía la guarnición, llamada instantáneamente á las armas, produjeron en los Zapadores franceses el desaliento natural en tales casos, el pánico consiguiente después, y, por fin, su vuelta á la batería Imperial, iluminados por los fuegos artificiales y castigados con el incesante y nutrido de la artillería y fusilería del castillo (1).

Los españoles se extienden algo más en la relación de aquel ataque, considerándolo como de mucha mayor importancia que la consignada anteriormente, debida á las crónicas francesas. Según nuestros compatriotas, que ya lo esperaban, el ataque fué mucho más serio, elevándose el número de los asaltantes á cifra muy superior á la que ellos consignan, número que pudieron observar con el auxilio de sus carcasas y balas de iluminación, á cuyo favor, también, pudieron dirigir con acierto el fuego de varias piezas de pequeño ca-

(1) El sargento primero Juan Sáenz del regimiento de Ultonia que, con una porción de granaderos del mismo cuerpo, se hallaba trabajando en la cortadura, se formó con ellos sobre la cresta de la brecha á cuerpo descubierto, y permaneció en ella hasta que los enemigos se retiraron.»

Así lo dice Minali y con palabras casi iguales lo habían manifestado el Sr. Claras, en su Dietario, y el P. Cúndaro, con otras muy altisonantes, en su *Historia*...

libre que establecieron nuestros artilleros detrás de la brecha, en el tambor de la puerta de comunicación con el rebellín y en el flanco del baluarte contiguo, y que dispararon en aquella ocasión con metralla de balas de fusil. El enemigo llegó á la brecha y pretendió montarla; pero sus defensores, con el teniente Medrano al frente, armados de sacos incendiarios de foso, granadas de mano y cuantos medios defensivos se usan en tales casos, rechazaron el ataque, al mismo tiempo que lo hacían los del rebellín, produciendo el desaliento y pánico que no se atreven á negar los sitiadores, cronistas de aquella gloriosa función militar.

Tan gloriosa fué para las armas españolas que, á la mañana siguiente, subía al castillo el general Alvarez y con una jovialidad, muy rara en él, elogió grandemente la conducta de los defensores y, al ofrecerles su protección, habló particularmente á muchos y hasta llegó á chancearse con algunos sobre las peripecias del asalto (1). Desde entonces era raro el día en que no subiese Alvarez al castillo para conocer el estado en que lo iban dejando los proyectiles enemigos, los esfuerzos que se hacían para reparar sus desperfectos y para enfervorizar á los defensores.

El escarmiento no dejó de producir sus naturales

(1) Vacani dice á propósito de aquella acción: «Fuese abandono ó temor á una sorpresa del camino cubierto, no se hallaba éste ocupado por los españoles aquella noche; se mantenían encerrados en sus obras; y tan pronto como se dieron cuenta de la presencia, asaz temeraria, del enemigo en el foso, lanzaron sus fuegos de todos lados y tal número de granadas y hasta de piedras sobre los asaltantes, que, sorprendidos éstos de tan imprevista y cruelísima tempestad, se desbandaron, perdiendo 40 hombres antes de llegar al punto de donde habían partido.»



resultados en los franceses. Sucedió lo que siempre les acontece: del extremo de la jactancia que les hace despreciar á sus enemigos, pasaron inmediatamente á una circunspección tan característica suya en tales casos como aquella en los que su valor y la fortuna les ofrece favorables. Verdier no consideró la brecha practicable, resistiéndose á atribuir el fracaso reciente al valor de los españoles tan sólo, y resolvió adoptar los procedimientos que la ciencia prescribe; los de acercarse á la fortaleza á favor de los trabajos, puede decirse que reglamentarios, de zapa, establecerse en el camino cubierto, perfeccionar la brecha y proceder con esas condiciones, eminentemente polémicas, á un nuevo asalto que, así, supuso irresistible. Y como á ello le convidaba el camino ó trinchera que ponía en comunicación la torre de San Luis con el castillo, hizo construir en todo su transcurso infinidad de traveses con que evitar la enfilada de los fuegos enemigos. Siguiendo por esa comunicación llegó á una distancia de cincuenta metros del camino cubierto del rebellín, abrió un ramal de paralela de donde pudiera desembocar sobre la capital de aquella obra avanzada de la fortaleza para, después de cubrir la fusilería con sacos á tierra, lanzar sus tropas al ataque. No satisfecho con eso, hizo construir una batería, la número 12, en la gola de la torre de San Luis para que con dos piezas de á 16 batiese el baluarte correspondiente al de la brecha en el frente atacado y la cortina misma que los unía, á fin de inutiliza con las ruinas el tambor que aseguraba la poterna de comunicación con el rebellín. Y el día 7 cubrió de proyectiles todas aquellas obras, batidas directamente desde las baterías Imperial y número 12, acabada de

Nuevas baterías para ensanchar la brecha.

levantar; de flanco, desde las 7.ª y 8.ª, y, por elevación, desde la de morteros, número 9, mientras la de Puig don Roca y la de la Montaña verde lanzaban sus bombas y balas sobre la ciudad y el fuerte de San Juan.

De ese modo la noche del 7 al 8 podría verificarse el asalto en condiciones, como ya hemos dicho, que lo harían incontrastable: el rebellín tenía destruído todo su parapeto, ya que no pudiera abrir brecha en él la batería de la gola de San Luis por no descubrirlo en toda su altura; los muros de la cortina y del baluarte contiguo quedaban desarmados á pesar de procurarse reemplazar sus parapetos con sacos y faginas; y la brecha, por fin, que abrazaba toda la cara del baluarte, ofrecía franca entrada á cincuenta hombres que podrían asaltarla de frente.

El grande asalto, rechazado también

No había medio de contrarrestar fuego tan activo y demoledor; y ni la previsión de Alvarez, ni la actividad de los gobernadores del castillo, ni el trabajo y la valerosa resignación de los que lo presidiaban, parecían suficientes para resistir el tremendo huracán que amenazaba desencadenarse sobre ellos de un momento á otro (1). El denuedo, tan sólo, de tropas como las que iban á sufrir tan terrible choque, decididas *á vencer ó morir* según la frase de costumbre en su inmortal jefe, podría sobreponerse á la furia de tanto y tanto elemen-

(1) Alvarez, para evitar quejas en la guarnición y exponiendo á cuantas fuerzas la componían á iguales peligros, hacía relevar la del castillo cada ocho días por destacamentos de todos los cuerpos, y reemplazaba las bajas con tropas de la plaza. Sólo los oficiales de artillería se mantenían constantemente los mismos en la fortaleza.

to de que iban á ser blanco, á la peculiar, en su creencia y tan preconizada de la raza francesa, y á la de sus tormentos haciendo llover la muerte por sus innumerables y anchas bocas. No las cogió desprevenidas la tempestad de hierro y fuego que las amenazaba. Y, si no, oigamos á Medrano presente á todo en Montjuich. «El 7 de julio por la tarde, dice, conociendo el teniente coronel D. Blas Fournás, segundo jefe del castillo, que estaba muy próximo el momento de un nuevo asalto, y que éste debía ser por absolúta necesidad más tenaz y más sangriento que el pasado del 4, determinó juntar los dos oficiales de Artillería y los comandantes de todos los destacamentos, y, después de hablarnos y manifestarnos la necesidad que teníamos de defendernos hasta perder la última gota de sangre, y que cualquiera debilidad, flojedad ó cobardía nos acarrearía la triste suerte de perder la vida irremisiblemente, resolvió, con aprobación de todos, que los oficiales de Artillería con los artilleros competentes, y los destacamentos de Ultonia y Borbón defenderían la brecha: en seguida distribuyó lo demás de la guarnición en los demás puntos que no estaban expuestos al ataque, pero quedándose con una reserva de unos cincuenta y tantos hombres mandados por dos oficiales distinguidos para reforzar la brecha, en el caso que se notase alguna flojedad, cuya reserva la dejó á su inmediato mando, diciéndoles que él iría el primero y á la cabeza de todos, pero que era preciso que todo el mundo hiciese su deber, en cuyo caso no sólo tendríamos la satisfacción de considerarnos y apellidarnos dignos y valientes españoles, sino que seríamos elogiados por nuestro General, y que, de lo contrario (lo que nunca debíamos



esperar), seríamos castigados y, lo que aun peor, infamados y despreciados (1).»

La noche se pasó en continua alarma, desparramados en todos los frentes del castillo y á distancias, las mayores posibles, los centinelas y escuchas que habían de anunciar la presencia del enemigo que, con efecto y según estaba provisto, asomó las cabezas de sus columnas de ataque á eso de las tres de la mañana, iluminadas por una carcasa que nuestros artilleros dispararon para verlas venir (2).

A la señal de 10 cañonazos disparados desde la batería Imperial, salieron los franceses de un pliegue del terreno oculto á la vista de los sitiados, en número de 2.400 de las compañías de preferencia de la división del sitio, granaderos y cazadores, divididos en dos columnas, precedida, á su vez, cada una de dos compañías de cazadores, otra de zapadores y un destacamento de artilleros armados de granadas de mano. La primera columna debía asaltar la brecha por la plaza de armas saliente del camino cubierto; la segunda, provista de escalas, iba á intentar la entrada en el rebellín; y en ese tiempo, otra columna amenazaría la gola del fuerte para interceptar su comunicación con la plaza (3).

La primera, dirigida por el ya conocido comandante

---

(1) Véase el Apéndice núm. 9, con la distribución de fuerzas para el caso de un asalto en Montjuich.

(2) Medrano dice que á las dos y media cuando avisaron los escuchas; y Minali que á las tres y media comenzó el ataque. Se nos figura que los verdaderos jueces en este asunto son los franceses que aseguran que el ataque se inició á las tres. Claras y Cúndaro señalan esta misma hora.

(3) Así lo manifiesta Belmas.

Fleury, llegó sin novedad á la mencionada plaza de armas y, sin vacilar un momento, se lanzó al foso y acometió la subida á la brecha, no sin experimentar grandes pérdidas ante los obstáculos que le oponían los sitiados, los barriles incendiarios, sacos á fuego y granadas de mano, que les arrojaban, las polladas que les disparaba el mortero de la cortadura y las balas del cañón que salían del flanco del baluarte opuesto, los tiros, en fin, del obús del rebellín y de la fusilería de todas las obras próximas del castillo. A pesar de eso, muchos de los asaltantes llegaron á coronar la brecha, pero no formados, como hay quien supone, sino dispersos, moviéndose cada uno por su valor ó por la emulación que en él produjera la vista de otra columna que corría en auxilio de la suya (1). La nueva columna, como menos castigada, llegó más entera al pie de la brecha, y muchos de los que la componían alcanzaron la fortuna de subir á lo alto, si no con formación ó masa bastante compacta, sí en número para arrollar á los que en primera línea debían resistir su empujo. Dió en favor de los asaltantes la circunstancia de que, aspirando un oficial de la tropa de infantería que se conservaba detrás de los artilleros á tomar parte en la defensa más inmediata de la brecha, obtuvo de Medrano que le permitiese lanzar por su mano sacos á foso de los que no se cesaba de echar sobre los enemigos. Pero inexperto en

(1) ¿Erá una segunda columna como dice Medrano, que parece debía verlo todo desde lo alto de la brecha, ó segundo ataque de las tropas rechachadas como indica Belmás? Estas tropas llevarían reservas y serían quizás las que repitiesen el asalto; pero, de todas maneras, oficiales tan distinguidos como Fleury, que guiaba, y Beurman, que las mandaba, no dejarían de reorganizar á las batidas y llevarlas de nuevo al asalto.

tal servicio, no poco arriesgado, por otra parte, arrojó uno de los sacos con tal torpeza ó tan mala suerte que, además de herir y derribar á un artillero que le estaba próximo, comunicó el fuego al repuesto de las granadas de mano que, al rebentar, difundieron la muerte y el espanto consiguiente en los defensores de la brecha. Con eso, los asaltantes pudieron introducirse en el baluarte y llegar á la cortadura practicada para aislar la brecha; y la hubieran quizás franqueado, tan impetuosos los hizo el estrago de la voladura de las granadas y sus efectos. Pero en tal y tan crítico momento, ya previsto como no hace mucho hemos recordado, apareció Fournas á la cabeza de la reserva; y, lanzándola á la bayoneta sobre los franceses, los echó de la cortadura y del baluarte matando é hiriendo á cuantos intentaron resistirle (1).

Entretanto la segunda columna se había encaminado hacia la cara izquierda del rebellín, teniendo que valerse de las escalas que llevaba para bajar al foso, tan alta era la contraescarpa en la plaza de armas entrante en que desembocó al salvar el camino cubierto. Una vez en el foso, los franceses se pusieron á escalar el rebellín y el puente de comunicación con el tambor de la poterna; pero los obstáculos que les oponían los defensores, por un lado, rechazando el asalto, y el espectácu-

(1) Medrano dice que Fournas iba diciendo á los que se retiraban de la brecha. «Hijos míos ¿donde vais? ¿preferís una muerte segura y vergonzosa á un triunfo honroso que nos vá á salvar á todos? Volveos, yo voy con vosotros: sin duda triunfaremos, y, si no, moriremos con mucho honor y con mucha gloria; pero no temais, ya nos huyen; á la bayoneta.»

Cúndaro y Claras dicen que Medrano marchaba con Fournas á la cabeza de la reserva. Por eso, sin duda, puede transmitir fielmente la arenga de Fournas.



lo que ofrecía, por otro, la brecha del baluarte inmediato, tantas veces atacada y siempre sin éxito, hicieron se confundieran las dos columnas en un sólo é inmenso grupo que, desordenado y en la confusión más grande, retrocedió al camino cubierto para después entregarse á la fuga llenando el aire de alaridos é imprecaciones. «El resto de los asaltantes, dice Belmas, aplastados y dispersos por el fuego mortífero de Montjuich, de la torre de San Juan, de las obras bajas de la plaza, de los fuertes del Condestable, el Calvario y el Capítulo, se habían retirado á los puntos en que se creían menos expuestos á los fuegos del enemigo ó formaron en la cresta del glacis para contestar á los del castillo.»

Tres veces intentó aún el coronel Mouff, del primer regimiento de Berg, renovar el asalto, puesto á la cabeza de los que logró recoger y de algunas compañías de westphalianos que iban de refresco; pero, herido él y sin fuerza moral ya Beurman, que no cesaba de detener también á los fugitivos y animarlos, hubieron, al fin, de desistir de la empresa y acogerse á la batería Imperial, dejando la brecha, los fosos y el camino cubierto llenos de cadáveres y de heridos y un rastro de desolación y sangre en el camino de su retirada, perseguidos por la artillería española y los gritos de victoria de los heróicos defensores de Montjuich (1).

(1) Nunca hemos visto más modesto á Fournas en la descripción que hace del sitio de Gerona, existente en el archivo de aquel Municipio y de que publicó un extracto M. de Montzey en la «Revue Militaire Françaisse» de marzo de 1875.

«En vano, dice, fué que por tres veces se rehicieran los franceses en la brecha y el que, aprovechando un momento de desorden que ocasionó en las filas de nuestros granaderos la explosión de algunas cajas de municiones, cartuchos y granadas, penetraran los más temerarios de entre ellos hasta el

Las bajas de los españoles ascendieron á 123; 28 muertos, 72 heridos, 16 contusos y 7 quemados, con las de algunos oficiales, entre ellos, muertos los capitanes Pirson é Isern, de Ultonia y del 1.° de Vich respectivamente, y el teniente Santigosa del último de esos cuerpos.

Las de los franceses fueron, como es de suponer, enormes. El número de los asaltantes, la repetición de sus ataques, el valor que demostraron y la resistencia que hallaron, son datos más que suficientes para calcularlas. Belmas, y con ese testimonio nos ahorramos el citar el de los demás historiadores franceses, las supone de 1.079 entre muertos y heridos, de los que 77 oficiales, todos muy calificados por su mérito y servicios anteriores (1).

---

atrincheramiento y matasen al capitán de Ultonia que en él mandaba; nuestro cuerpo de reserva, llegando á tiempo, y nuestros soldados redoblando sus esfuerzos, precipitaron á los enemigos en el foso después de una lucha de dos horas y una pérdida tan considerable que los mismos franceses evaluaron en 1.500 muertos. Un diario, escrito en alemán por un oficial empleado en el sitio, eleva la pérdida á 3.080 entre muertos y heridos; 66 oficiales heridos y 11 muertos.»

Esta modestia sienta muy bien en quien tan brillante papel representó en aquella gloriosísima jornada. Los elogios que le dirige Medrano son tanto más honrosos para Fournas cuanto que no debía inspirarle muchas simpatías. Sin embargo, dice que «era más activo, más inteligente y estaba mejor cerciorado de la crítica situación en que se hallaban», que el Gobernador de la fortaleza, teniente coronel Nasch, á quien había sido agregado como su segundo.

(1) Los españoles han estado muy prudentes en sus cálculos respecto á la pérdida de los franceses: pero allá van los de Oficiales extranjeros, al servicio entonces de la Francia.

Bucher dice: «El ejército sitiador tuvo en aquella acción 3.080 muertos ó heridos; entre ellos, 11 oficiales muertos y 66 heridos.»

Löbell confiesa que «Las pérdidas fueron tan grandes que las compañías westphalianas de preferencia que habían ido al asalto con lo menos 120 hombres cada una, perdieron más



Pero lo que más impresionó á los generales franceses fué el efecto moral que produjo en sus tropas el malogro de aquel asalto.

Ya se sabe lo que son los franceses; temerarios y arrogantes en la buena fortuna, se abaten, en la desgracia, á un punto que, que si no se les conociese, los deshonraría. Así eran cuando los calificaba César con parecidos conceptos, y lo han seguido siendo aun en la gran epopeya, única en los tiempos modernos, del ciclo napoleónico. Abatido su orgullo, verdaderamente legítimo, las tropas sitiadoras perdieron la confianza que tenían en sus generales y decayó su moral ante una resistencia en todos conceptos inesperada. «A la vista de lo que estaba pasando, dice Thiers, no debería haberse aumentado el celo de nuestros soldados»; confesión que en la pluma del célebre patriota francés vale más que lo que acabamos de exponer y que cuanto pudiéramos añadir.

En cuanto al entusiasmo que produciría en los españoles tan brillante victoria, el fanatismo según el mismo Thiers y sus compatriotas, es inútil nos detengamos á describirlo. La jactancia francesa no se deja atrás

de la mitad de sus oficiales y volvieron con 20 á 30.» «A la mañana siguiente, añade, era un dolor ver la multitud inmensa de heridos en Sarriá.»

Vacani, después de ponderar el valor de los Vélites italianos que iban á la cabeza en el asalto y de poner de manifiesto los errores que se cometieron en su dirección por los generales Verdier y Amet, «aumentando las víctimas de un combate que fracasó no menos por el modo de disponerlo que por la grave é imperturbable firmeza de los enemigos en la defensa», las calcula en 1.500 de tropa y muchos oficiales.

De los Vélites, cuyo total era de 100, cayeron 52 según Belmas, que hace un grande elogio de ellos.

Schépeler eleva el número de bajas en el ejército francés al de 2.000, que es el que generalmente calculan los españoles.

á la nuestra en momentos, como aquél, solemnes; y en el castillo los soldados insultando desde los muros á los fugitivos, y en la ciudad la guarnición y los gerundenses, celebraron el triunfo cual si decidiera para toda la guerra de su suerte. El general Alvarez, seguido de sus ayudantes, el Comandante de Ingenieros y su escolta de la Cruzada gerundense y algunas damas de las compañías de Santa Bárbara, que acudían en auxilio de los heridos, subió al castillo, saludado por todas las baterías francesas que le descubrieron en el áspero camino que muy lentamente, por lo mismo, tenía que recorrer. Ya en la fortaleza y después de un minucioso examen de las obras atacadas y de hacerse bien cargo de los esfuerzos que habría tenido que desplegar su presidio para defenderlas, lo colmó de elogios por su bizarra conducta, ofreció recompensar con grados y empleos á los que más se habían distinguido, y lamentó con palabras sentidas y elocuentes la grave pérdida de tanto y tanto valiente como acababa de experimentar la patria en aquella jornada.

Voladura de la torre de San Juan.

Pronunciando estaba tan triste panegírico cuando llamó la atención de todos el espantable ruido de una inmensa catástrofe. A la explosión, cada uno corrió al puesto que le estaba señalado para la defensa del castillo; Alvarez y su acompañamiento, con los jefes y Estado Mayor de la fortaleza, se presentaron en la brecha como el puesto de honor, esperando un nuevo asalto; pero ¡cuál no sería su asombro y cuál su pena al ver que caía toda en ruinas la próxima torre de San Juan que tanto ayudaba y habría podido contribuir al mantenimiento de Gerona por su excelente posición entre Montjuich y el baluarte de San Pedro! El descuido de

un artillero produjo la voladura del polvorín y la del fuerte todo, cuyos muros y bóvedas formaron al derrumbarse, un gigantesco montón de ruinas en que quedaron sepultados 18 hombres del 1.º de Vich, con su capitán D. José Isern, y 3 artilleros, saliendo heridos milagrosamente otros tres de los que componían la guarnición. La pérdida de aquella torre y, con ella, el abandono que se hizo necesario de dos baterías, las llamadas de San Roque, de reciente construcción, que se alzaban á su apoyo, resultó de gran consideración y de consecuencias que los franceses comprendieron al momento, tomándola por una, aunque débil, compensación de su revés de aquel día.

La celebración de un solemne *Te Deum* en la catedral y el regocijo conque los gerundenses demostraron su entusiasmo patriótico, no sirvieron á impedir se continuaran en la plaza y en sus fuertes las obras de reparación y aún otras nuevas que aumentaran su fuerza, en cuanto fuera posible, y aconsejaran los proyectos conocidos y la marcha de las operaciones del enemigo.

El castillo de Montjuich era el que merecía la preferencia en aquellos trabajos, que, con efecto, se emprendieron inmediatamente en los puntos que el asalto anterior había demostrado ser los más débiles ó de más peligro. El flanco opuesto al del baluarte de la brecha fué reforzado con un cañón, lo fué también el rebellín y se cortó un tramo del puente de comunicación con el tambor de la poterna para colocar en su defecto un puente levadizo; se recompusieron los parapetos de los baluartes y su cortina y se aumentó, por fin, en las obras de la brecha el número de los caballos de frisa que tan buenos servicios habían prestado en el asalto.

Hazañas de los Miqueletes y Somatenes.

Las inmediaciones de Gerona habían sido entretanto teatro de operaciones para las tropas, miqueletes y somatenes que pululaban en derredor buscando ocasión y medios con que introducir refuerzos y víveres á los sitiados. El coronel Porta, en el camino de Figueras á Francia, y Rovira con Foxá y Llovera en el de aquella plaza á Gerona, seguían interceptando convoyes y asaltando campamentos franceses con no poco estrago de los enemigos y considerable presa de armas, municiones y equipajes. El mismo día 8 y antes del asalto, había salido de Gerona el sargento mayor de Borbón, Don Ignacio Estenós, con 400 hombres á proteger la entrada del tantas veces citado irlandés Marshal, que poco antes había sido mandado á Hostalrich con un ayudante de Alvarez, el capitán Rich, en busca de refuerzos que tenía ofrecidos el general Coupigny. Estenós dispersó las avanzadas francesas que halló en el camino, y aun quemó sus campamentos, obligándolas á acogerse á la altura de los Angeles, fortificada por los sitiadores; pero, al llegar á Palol, punto á que debía concurrir Marshal con 1.500 infantes, y no encontrando á su camarada, hubo de volver á Gerona. Marshal iba con su fuerza en la dirección convenida; pero, denunciado al cruzar su columna cerca de Llagostera la línea de bloqueo del general Pino, por un rezagado, hecho prisionero, se encontró, poco después, sorprendido entre fuerzas numerosas que había destacado Saint-Cyr, teniendo que dispersar las suyas y acogerse el 12 á Gerona con 12 hombres tan sólo que se resolvieron á seguirle. A pesar de las continuas alarmas en que los generales Wimpffen y Cuadrado, que mandaba en Hostalrich, mantenían á la división Souham por las

inmediaciones de Santa Coloma de Farnés para, ocultando la empresa de Marshal, atraer hacia sí á los franceses, había Saint-Cyr tendido con tal habilidad sus redes, que hubo de caer en ellas el valiente irlandés que, sólo fingiendo una capitulación, logró escaparse de ellas. La mayor parte de sus tropas cayeron en poder de los franceses que las enviaron á Francia; y Gerona perdió una fuerza que, de haber entrado en la plaza, hubiera podido prestar servicios que ya se iban haciendo muy necesarios (1).

Ya hemos dicho lo que impresionó á los generales franceses el fracaso del asalto de la madrugada del 8. Verdier cambia de sistema en el ataque de Montjuich.

De arrogante y confiado se hizo Verdier circunspecto, quizás en demasía. Un revés tan tremendo á los dos meses del sitio de una bicoca como el castillo de Montjuich, y eso á la vista, puede decirse, del general Saint Cyr, de cuya mala voluntad no podía dudar y que, de seguro, tendría una satisfacción en ver desautorizados por la experiencia los proyectos que él consideraba erróneos, debió encenderle en ira y moverle á buscar un desquite ruidoso que dejara á salvo su reputación militar y la de los que había elegido para secundarle en su empresa. Y abandonando la marcha precipitada, los procedimientos, en su concepto, tan convenientes como rápidos hasta entonces adoptados,

(1) Saint-Cyr enumera así las bajas de la columna Marshal: «La pérdida del enemigo fué de 1.500 hombres, todos granaderos; 1.000 cayeron en nuestras manos sin causarnos más bajas que 4; los otros 500 rezagados ó dispersos cayeron en las de los somatenes que, según su costumbre, los despojaron y maltrataron, de manera que no fueron menos perdidos que los demás para el ejército, si no para siempre, al menos para mucho tiempo.»

¿Será verdad lo del despojo y maltrato por los somatenes?

se decidió, contra sus ideas y contra los impulsos de su carácter, á recurrir al sistema que la ciencia polémica impone para la expugnación de las plazas fuertes. Aquel endeble castillo, aportillado por todas partes y con una brecha de cinco días, espaciosa y en todos conceptos practicable, iba á ser atacado como si se hallara intacto, perfectamente artillado y guarnecido por fuerzas que no hubieran tenido que sufrir hasta entonces peligros ni privaciones de ningún género: «sistema, decían los entendidos compatriotas de Verdier, único capaz de obligar á la guarnición de Montjuich á salir de las ruinas que defendía con tanto valor.» Y, comenzando por aumentar el número, ya considerable, de traveses en el camino, convertido en caponera, de la torre de San Luis al castillo, para dar seguridad á los trabajadores, procedió el enemigo al establecimiento de una paralela que abrazase todo el frente atacado. Desde entonces se cambió también de objetivo; llevados los ingenieros franceses de los preceptos facultativos que prescriben el ataque, en primer lugar, de la media luna, dirigieron á la conquista y ocupación de aquella obra sus miras y ulteriores trabajos. Así, construyeron una batería de seis piezas de á 24, la número 13, que, arrancando del citado camino en su lado izquierdo, batiese el saliente del rebellín y el baluarte opuesto al hasta entonces asaltado. Más elevada que las 10.ª y 12.ª, descubriría hasta casi su pie el rebellín, y su fuego, más eficaz de consiguiente, acabaría con la obra ó facilitaría por lo menos su ataque. Si continuaba el fuego de las demás baterías francesas, nunca lo violento de los días anteriores, era para llamar la atención de los españoles sobre ellas y seguir con algún mayor des-

embarazo el trabajo de la paralela hasta coronar el camino cubierto de la media luna, contra la que se asestaron dos nuevas baterías, las 14.ª y 15.ª, dirigidas á abrir brecha en aquella obra avanzada del castillo. Aun añadieron los sitiadores otra batería, la 17.ª, con dos morteros de á 12, á la derecha de la paralela; de modo que sería imposible mantenerse en el rebellín, al que se dirigían todos los fuegos, ya tan próximos, de tanta y tanta artillería como se plantaba para destruirlo (1).

Se apoderan del convento de San Daniel

Aun así, el enemigo no se atrevió á asaltarlo sin antes tomar todo género de precauciones y, entre ellas, la de ocupar el convento de San Daniel y las ruinas de la torre de San Juan, de donde podrían partir en un momento da lo reacciones ofensivas que comprometiesen el éxito del ataque. Pero, si habría de obtenerse en la ocupación de San Daniel, aconsejaba la prudencia apagar los fuegos del fuerte del Calvario que domina

(1) Era tal el ansia de acabar aquella empresa en los franceses, que no perdonaron trabajo ni penalidades para sí, sus aliados y enemigos, de quienes se valían sin escrúpulo ninguno.

Löbell dice: «El sitio de la plaza y del fuerte de Montjuich, —este último cayó á mediados de agosto—se siguió con las mayores penalidades; y como el ejército sitiador había quedado muy reducido por sus muchas pérdidas y enfermedades, los sanos y fuertes no descansaban un momento. Eso me sucedía á mí que tenía que quedarme á menudo cuatro ó cinco días seguidos con mi gente en las trincheras, donde se ahogaba uno por el mal olor que producían los cadáveres expuestos á los ardientes rayos del sol.»

Medrano, á su vez, dice: «Los sitiados les incomodamos y ofendimos con todos los medios que para estos casos se recomiendan en las defensas de las plazas; esto es, les arrojamos bombas, granadas, de obús y de mano, polladas, carcasas, piedras y cascos de bombas; proyectiles que les ocasionaron grandes daños y les obligaron á retardar y aun á suspender sus obras; pero algunas veces tuvimos el disgusto de oir quejas y alaridos en castellano y catalán, prueba evidente de que los heridos eran algunos de nuestros compatriotas que les obligaban á trabajar á la fuerza.»

el convento y el valle todo del Galligáns hasta su entrada en la plaza; y se levantaron otras dos baterías con los números 18 y 19 que desde la gola de la torre de San Daniel lo batiesen con cuatro piezas de á 24 que se establecieron en ellas. Aquello era un derroche, si así puede llamarse, de artillería, un lujo de cautela, de reserva, de miedo en fin; si resultado de un revés como el del día 8, desconocido en la historia militar de los franceses, más atropellados que reflexivos, más temerarios que prudentes.

De la torre de San Juan.

De ese modo, corría ya el mes de agosto y quedaban en poder de los sitiadores el convento de San Daniel y la torre arruinada de San Juan después de apagados los fuegos del Calvario, cuando, volada la contraescarpa del rebellín, suavizado el descenso al foso y destruídos cuantos reparos construían los defensores para impedir el acceso á la brecha, la asaltaba con éxito el enemigo la noche del 4, pero no sin haber sido rechazado en las dos anteriores.

Y de la media luna del castillo.

¿Cómo resistir la obra de destrucción de más de cuarenta piezas de grueso calibre y esto en tres meses que llevaba de duración el sitio con una perseverancia á toda prueba y sinnúmero de medios y recursos para impedir todo género de socorros á aquella endeble fortaleza, sólo defendida por el patriotismo y el valor? Cuantos esfuerzos hiciera su guarnición tendrían que resultar estériles en cuanto al éxito definitivo de la resistencia, si no venía en su ayuda ejército que ahuyentara al enemigo, si los auxilios que recibiera no fuesen suficientes á remediar los males que ya iban produciendo la escasez de los víveres y el cansancio de sus harto mermados defensores. Y no es que dejara de re-

clamar uno y otros el general Alvarez, si repugnando comprometer las operaciones de los demás generales, solícito por dejar á salvo su responsabilidad de gobernador de la plaza y, más aún, de la vida y liberación de pueblo que tal gallardía y tal abnegación estaba revelando. Como, según ya hemos dicho, había enviado á Hostalrich á Marshal, envió, conocido su fracaso, al coronel O'Donnell en busca de Coupigny para que le hiciera conocer de viva voz la situación de Gerona y la necesidad de acudir en su socorro. Esto era el 12 de julio; y el 16 dirigía á aquel mismo General una comunicación cuya energía puede graduarse por la con que la contestó el que entonces asumía el mando y la responsabilidad de las operaciones de nuestro ejército en Cataluña. Coupigny se manifestaba sorprendido de las reconvenciones que le dirigía Alvarez, devolviéndolas no poco agrias por creerlas injustas, si bien disculpables por el estado de Gerona y el malogro de las intentonas acometidas para mejorarlo. Decíale que carecía de recursos militares para hacer levantar el sitio; no habiéndose incorporado todavía al ejército las tropas procedentes de Aragón; que no tenía otros deseos que los de socorrer á Gerona y aun el de meterse en la plaza; pero que, impidiéndolo las circunstancias, había hecho lo posible por enviarle refuerzos que, si no le habían llegado, era, no por culpa suya sino por la de los mismos jefes que enviara Alvarez para dirigirlos. Aludía en esto á Marshal y á Rich, acusando á éste de rehusar el cumplimiento de sus deberes militares. Discutía después la conveniencia de los refuerzos y las épocas en que serían necesarios y acababa diciéndole que se abstuviera en adelante de dirigirle reconvenciones que

Reclamaciones de Alvarez.

nunca debía permitirse, y acudiese cuando quisiera al Gobierno con sus quejas que, después de todo, llegarían al mismo tiempo que las recomendaciones que á su vez elevaba al mismo en favor de Alvarez y de los que combatían á sus órdenes en Gerona. Más lacónica era la respuesta de Coupigny á la Junta de Gerona que le había escrito un día después que Alvarez, manifestándose en ella más duro aún con Rich, á quien sujetaba á un consejo de guerra, y asegurando que pondría de su parte cuanto fuera necesario para que la liberación de Gerona se debiese, tanto como al heroismo de los habitantes, á las medidas que él tomaba á fin de quitar á los sitiadores los recursos necesarios para el éxito de su empresa.

Se vé que Coupigny no comprendía bien la situación de Gerona ó quería desentenderse de ella por encontrarse sin recursos para remediarla. Con no darle la importancia que realmente entrañaba esperaría disculparse con el Gobierno y con Alvarez de su propia impotencia (1).

Entretanto no descuidaba el célebre Gobernador de Gerona los deberes que le imponía su espinoso cargo ni los con que él mismo se cargaba al asegurar á la Junta Central, en su despacho del ya citado 16 de julio, que aquella plaza, *interesante baluarte de Cataluña*, «reno-

(1) Estas dos cartas fueron interceptadas por las tropas de Saint-Cyr que las publicó en su Diario con otra firmada E. O. (Enrique O'Donnell), en que su autor se manifestaba autorizado por el General en Jefe para decir á Alvarez que podía crear papel moneda ó billetes sobre el Tesoro; que se reunían víveres que enviarle y que se invitaba á los oficiales y tropa á penetrar en Gerona ofreciéndoles grados y empleos en recompensa de esa muestra de abnegación patriótica.



varía la memoria de Numancia y de Sagunto antes de doblar su cuello al yugo del tirano, y que sólo podrían entrar los enemigos en ella sobre el cadáver de su Gobernador.»

No se cesaba, con efecto, en la tarea de reparar los muros desportillados por la artillería francesa en la plaza y sus fuertes; en el castillo, particularmente, se limpiaron los fosos desembarazándolos de la piedra y de la tierra caidas de la brecha y de los parapetos y merlones del rebellín y la cortina; y cuando los franceses, cambiando, según ya hemos dicho, de objetivo, dirigieron sus tiros al otro baluarte, á él también dedicaron su vigilancia y sus reparaciones los defensores. Ni disminuía el fuego tampoco con haberlo moderado los sitiadores al cambiar de sistema en sus ataques: si esta circunstancia daba á la defensa algún respiro en el trabajo de recomponer las obras de la brecha y aumentarlas á fin de resistir un nuevo asalto que se esperó en los primeros días que sucedieron al 8 de julio, no se descuidó el dotarlas de algunas de las piezas que antes se habían retirado por temor á verlas inutilizadas para un momento crítico. Así, al observar la nueva marcha del sitiador, se la pudo contrarrestar en lo que se hace posible en tales operaciones, de muy difícil si no imposible resistencia afortunada si se llevan, como se hacía entonces, con todas las reglas del arte polémica.

Esta nunca interrumpida lucha á distancias tan cortas, producía bajas de gran consideración en unos y otros, sitiadores y sitiados. Pero si las de los franceses eran enormes, y así nos las representan sus historiadores y los diarios, sobre todo, de sus ingenieros, tenían ejército sobrado para reponerlas. El fuego de nuestra

artillería les causaba muchas; no produjeron pocas los combates diarios con nuestras avanzadas de la plaza y los somatenes del exterior, é hizo honda impresión en las trincheras altas de Montjuich la voladura del repuesto de pólvora establecido en la torre de San Luis, el muro de cuya gola fué por los aires con multitud de cadáveres, maderos y armas de todas clases.

No era fácil, ¿qué decimos?, era imposible reemplazar entre los defensores á los que arrebataban de sus filas el hierro y el plomo enemigos. Todos los refuerzos introducidos en la plaza por aquel tiempo consistían en la docena de hombres que acompañaban al teniente coronel Marshal y 101 que entraron el 24 de julio con el teniente Masanes del primer batallón de Gerona. Y para hacer perder toda esperanza de nuevos y más eficaces socorros, se había presentado el 19, D. Gabriel Lesenne, el Gobernador que fué de la torre de San Luis, de regreso de la comisión confiádole por Alvarez en Tarragona, manifestando que Coupigny se limitaría á dar parte al general Blake de cuanto le había dicho respecto á la situación de Gerona.

Salida de Montjuich.

Mas no por eso cayó en olvido para Alvarez el recurso de las salidas, aun sin poderse hacer en fuerza suficiente con una guarnición poco numerosa desde el principio del sitio y esquilmada para aquellos días por los combates y las escaseces y enfermedades que sufría. Ya se habían verificado algunas para recuperar el convento de San Daniel y la torre de San Juan, en que se luchó de una parte y otra con una pertinacia digna de tales beligerantes, pero donde el número tenía que ejercer, como es consiguiente, su natural eficacia. En los días, sin embargo, en que lo avanzado de las obras del

ataque dirigido al asalto del rebellín del castillo, ofrecía motivo para una reacción ofensiva que lo retardara por lo menos algún tiempo, se recurrió á ese medio, el más poderoso, el más influyente en la defensa de las plazas. Si para usar de él, son de imprescindible necesidad una enérgica y perseverante voluntad en el gobierno de la plaza y una inteligencia atenta siempre á las ocasiones que puedan ofrecerse, no faltaban, de seguro, en el general Alvarez esas brillantes cualidades, ni el valor á sus suborninados, su desesperación, puede decirse, y al pueblo gerundense, siempre dispuesto á los mayores sacrificios.

Las primeras salidas de Montjuich no dieron, sin embargo, resultado, estando muy alerta los franceses y siendo necesario mucho tiempo para salvar la distancia entre el recinto interior de la fortaleza y el glacis coronado además por un alto parapeto de gabiones que, si fueron alguna vez pasto de las llamas que en ellos producían las bombas de los defensores, eran inmediatamente repuestos. Sólo cuando, situados ya los enemigos en el rebellín, se ocupaban en formar allí un robusto establecimiento de donde concluir su obra de la brecha en el baluarte derecho de aquel frente y partir á su asalto, fué resuelta la salida, último recurso á que habría ya de apelarse.

Trescientos hombres, á cuya cabeza se puso el Coronel Miranda con el capitán Medrano, á quien se destinó á reconocer las trincheras enemigas y el estado de nuestros muros en los fosos, formaron en el camino cubierto del frente meridional del castillo, y desde él se lanzaron resueltamente al asalto de aquellas obras y de las fuerzas que las custodiaban.

Era la una de la tarde del 10 de agosto, y el calor sofocante que reinaba, convidando al descanso, tenía postradas las guardias de las trincheras francesas allí donde no las agoviara el sol con sus abrasadores rayos, sin formar, de consiguiente, y sin sus armas á la mano. Lo que menos podían imaginarse era ver á aquella guarnición, azotada día y noche por sus infinitos cañones, sin reposo para sus cuerpos y sin aliento, en su concepto, para asomarse á las murallas, correr contra sus enemigos y atacarlos en sus mismos alojamientos.

Y, sin embargo, allí se les presentaban con la ira pintada en sus semblantes, sedientos de su sangre, respirando venganza y en busca de satisfacerla con las puntas de sus bayonetas. Todo fué obra de un momento; acercarse los españoles, pasar á cuchillo á los franceses de las trincheras y baterías que habían batido el rebellín, clavar su artillería dispuesta ya para establecerse en él, poner fuego á las faginas y cestones con que estaban cubiertas, y en fuga, por fin, á cuantos enemigos, sorprendidos, y llenos de espanto, se encontraban incapaces de resistir tan imprevista y ruda acometida (1). Y no satisfechos con eso nuestros compatriotas, prosiguieron su avance á la batería núm. 13 y, de haberla ganado, hubiéranla destruido y continuado á la 10.ª y aun á la torre de San Luis; tal entusiasmo les produjo su primer éxito, tanta era la furia de que se hallaban poseidos.

Pero las distancias se alargaban considerablemente

(1) Belmas dice: «Incendiaron los cestones y faginas de las baterías números 14 y 15, y clavaron tres piezas de á 16, un mortero y dos pedreros, y cortaron los rayos de las ruedas de las cureñas.



á cada paso; había cundido la alarma por el campo enemigo; la batería á que se encaminaban los españoles los recibió con la metralla de sus seis piezas de á 24; veían salir de las demás reservas y reservas, mejor que reservas, batallones en auxilio de sus derrotadas fuerzas; y, viéndose también pocos, en desorden ya por su precipitación, y en peligro de ser cortados, se retiraron á la fortaleza, presentando, sin embargo, su severo continente al enemigo. Tan despacio debieron hacerlo que hay testigo presencial, mejor dicho, actor de aquella jornada, que dice: «Milagrosamente no entramos mezclados y todos juntos en el castillo, lo que evitamos batiéndonos al arma blanca hasta las mismas puertas.»

Con la salida del castillo coincidieron otra de la plaza por la puerta de Francia que ahuyentó á los franceses apostados cerca del Pedred y de la torre de San Juan, y otra más que halló en San Daniel tal resistencia que hubo de desistir de su propósito de recobrar aquel convento.

Aquél, repetimos, era el último de los recursos y de los esfuerzos á que podrían apelar los defensores de Montjuich. Medrano en su reconocimiento, hecho con tanta mayor conciencia cuanto que, al frente de algunos artilleros subordinados suyos, había lanzado á los franceses del rebellín, manifestó que aun cuando no estaba la brecha de aquella obra avanzada tan practicable como para subir por ella las piezas necesarias, lo estaba la del baluarte nuevamente atacado. Días antes y al ver amenazado el rebellín de su próxima caida en poder de los sitiadores, se había hecho conocer al general Alvarez el también inminente riesgo en que se hallaba todo Montjuich; recibiendo por respuesta del in- Abandono de Montjuich

flexible gobernador *que era preciso defenderse á todo trance, y que extrañaría cualquiera otra conducta, y aun la reputaría crimiaal y digna del mayor castigo* (1).

Con la pérdida del rebellín y los parlamentos que se empeñaban los soldados franceses en entablar con los nuestros desde sus obras á las murallas, distantes entre si menos de un tiro de pistola, aunque afortunadamente rechazados con indignación, creyeron Nash y Fournas deber apelar, para vencer la tenacidad de Alvarez, al medio de pedirle sin cesar gente, víveres y municiones de refuerzo, con el aguijón siempre de la pintura del estado en que hallaba la fortaleza. Minali mismo, que subió al castillo para dirigir las reparaciones que considerara más urgentes si había de resistirse un nuevo asalto que los preparativos que se observaban por momentos hacían presumir como inmediato; Minali, repetimos, que no había podido acabar su trabajo por ser imposible mantener en él á los zapadores, azotados sin cesar por el fuego enemigo, hizo presente al gobernador Alvarez los obstáculos que se ofrecían á la continuación de la defensa (2).

Pero el General rechazó toda idea de abandonar Montjuich, y aun intimó á Minali la orden de volver

(1) Medrano la subraya también.

(2) Dice en su Historia de los sitios de Gerona: «Por lo que, después de haber reconocido (acompañado del oficial comandante de artillería del Castillo) lo miserable de sus defensas, bajó á la plaza é informó al General gobernador del estado de las brechas muy practicables, de no quedar ningún fuego de cañón para defenderse, de la imposibilidad de poder tener la tropa parapetada por hallarse arrasados todos sus parapetos y de poderlos habilitar antes que los enemigos intentasen (como era probable) por la tarde ó al anochecer un segundo asalto; además que la guarnición del castillo se hallaba disminuida de más de

al castillo á continuar su obra de reparación en los muros (1).

Sucedía esto el 11 de agosto, día en cuya tarde observaron los de Montjuich que subían á la montaña dos gruesas columnas francesas que formaron entre las torres de San Luis y San Narciso y gran golpe también de tropas junto á la de San Daniel; que varios oficiales destacados de aquellas fuerzas se acercaban al castillo como para reconocer las brechas, y ordenanzas de caballería cruzando de un lado á otro con órdenes, sin duda, para los jefes de las columnas y de las baterías, silenciosas éstas, en espectativa, al parecer, de algún acontecimiento que debería ser decisivo. Y comprendiéndolo así también los gobernadores de la fortaleza, llamaron á consejo á los jefes de los destacamentos que la guarnecían y á los oficiales de artillería, para deliberar sobre la conducta que, mejor que á ellos, pudiera convenir á los intereses de la patria. La decisión fué unánime: era absolutamente imposible resistir un nuevo asalto con la poca fuerza que quedaba y desmontadas, como habían sido, todas las piezas de artillería, sin reparos con que cubrirse, pues que el castillo no era sino un montón informe de ruinas por el frente ataca-

---

la mitad de su fuerza sin poder reforzarla con la de la plaza; después de este exacto informe, le propuso que era muy conveniente que la guarnición abandonara el Castillo, pero que antes se tomasen todas las medidas para hacer volar sus baluartes, atracando sus bóvedas después de cargadas con pólvora, á fin de que el enemigo no se valiera de ellas.

(1) Medrano dice que subieron los dos comandantes de artillería é Ingenieros de la plaza, pero que hicieron muy corta parada en el castillo. Tuvieron, sin embargo, tiempo para decir á Nash y Fournas y los demás que los rodeaban «que para retirarnos, era preciso preparar primero al General, pues, de lo contrario, estábamos muy expuestos á ser castigados con la mayor severidad, y tal vez á ser fusilados, como lo había indicado.»

do; y sin esperanzas de un socorro, que haría impracticable el enemigo con las numerosas fuerzas con que hasta haría dificilísima la retirada. Esperar el asalto era, pues, perder para la defensa de Gerona la fuerza de la guarnición del castillo que indudablemente sería pasada á cuchillo; y, reservándola para nuevas hazañas y volando la fortaleza con las obras que restaban por el lado de la plaza, las armas y municiones, creían los defensores de Montjuich, que tan heróicamente se habían portado hasta entonces, obtener un nuevo timbre de gloria para ellos y para la patria.

Y á las seis y media de la tarde y, para quitarle todo caracter de fuga, explendente todavía el sol y muy por encima del horizonte, formada la guarnición en columna, con dos granadas de mano cada uno de los infantes además de cuantos cartuchos podía llevar, y los artilleros con los fuegos artificiales sobre sus hombros, emprendió la retirada que, para ser más honrosa aún, se verificó por la puerta de San Pedro, si la más próxima, la más expuesta también por la vecindad de la torre de San Juan y el Pedred que ocupaban los enemigos. Los gerundenses la recibieron con vítores y aplausos, con aclamaciones y lágrimas, homenaje justísimo al valor de los que, pocos en número, habían resistido 65 días, de los que 37 de brecha perfectamente practicable, á todo un ejército armado de un inmenso tren de artillería de sitio, con el que les había plantado 19 baterías y causádoles 962 muertos ó heridos, entre ellos 15 capitanes, 28 subalternos, 42 sargentos y ocho tambores. (1).

(1) Véase el apéndice núm. 10. Thiers dice que Montjuich

¿Quedaría, aun así, satisfecho su inflexible jefe, el general D. Mariano Alvarez?

Nash y Fournas que aquella madrugada habían recibido los despachos del empleo de coronel que el General enviara como para hacerles perseverar en la defensa de Montjuich, se le presentaron al entrar en la plaza poniendo en sus manos aquellas prendas de su valor y patriotismo, con la instancia, además, de ser juzgados por un consejo de guerra. Alvarez que, al verlos, se manifestaba con semblante severo, desarrugó su ceño al oirlos y, rechazando los despachos, aprobó plenamente su conducta (1).

Mientras se retiraba aquel puñado de héroes, azotados en su marcha por cuantas baterías enemigas los descubrían, sin intentar, empero, estorbarla, se oyó la explosión que hacía el castillo que, si no fué general por haberse cortado la comunicación del fuego al almacén de la pólvora, causó, con todo, algunas bajas á

---

cayó en poder de los franceses después de un número de días que ya igualaba al de la duración de los sitios más largos.

(1) El general Haro, en su interesante relación de aquel sitio, escribe: «Está dicho que el Gobernador de la plaza no había contestado al oficio que le pasó el de Montjuich, D. Guillermo Nash, exponiéndole que ya no se podía prolongar más la defensa; pero deseando, sin duda, aquel General que se sostuviese todavía, envió en la mañana del 11 dos despachos de coroneles para Nash y Fournás, primero y segundo comandante del fuerte, con el fin seguramente de que viesen en aquella demostración cuánto apreciaba sus méritos y servicios, y para estimularlos al mismo tiempo á que continuasen defendiéndose; pero estos jefes, atendiendo sólo al mejor servicio de la patria, no cambiaron por esto la resolución que con tanto juicio habían ya tomado.—Al llegar á la ciudad pusieron en manos del general los dos despachos que habían recibido en aquella mañana, y pidieron se juzgase su conducta en un consejo de guerra; pero el General, plenamente satisfecho de sus servicios, les dió otra vez sus despachos, y aprobó la resolución de haber abandonado el fuerte.»

los franceses que, observando la evacuación del fuerte, se apresuraron imprudentemente á penetrar en él. Los que les seguían, subieron con más cautela y, seguros de no continuar las voladuras, avisaron á los que en el foso esperaban su señal; con lo que la fortalela fué inmediatamente ocupada (1).

Ya eran los franceses dueños de Montjuich; esto es, del sitio en que fué la célebre fortaleza de Gerona, porque estaba reducida á un montón informe de tierra y piedras, de maderos y herrajes, volados por la pólvora. Al entrar en aquel recinto que el patriotismo había hecho sagrado y el valor funeral monumento, los sitiadores creyeron inmediato su triunfo, acabada su larga y sangrienta empresa. La ciencia lo hacía esperar así; y la furia francesa, á punto de apagarse, contenida tantos y tantos días sin los resultados á que estaba acostumbrada, y más en época tan esplendorosa como la del Imperio, volvía á encenderse con el espectáculo de una ciudad que mal podría ya resistir al más débil de sus ímpetus.

Verdier lo escribía á su Ministro de la Guerra: «Esta importante conquista, obtenida á pesar de la aspereza del terreno y de un enemigo cuya ceguedad es deplorable, casi nos asegura que no se necesitarán sino ocho ó diez días á lo más para someter el resto de

(1) Cinco días después, cabando los franceses en el foso de la brecha primitiva, hallaron dos mil balas de cañón que, no pudiendo transportarse á la plaza, habían sido allí enterradas por los defensores.

De modo que el botín militar de los franceses en Montjuich consistió en esas municiones, las pocas piezas, inútiles ó clavadas, que hubieron de tenerse allí hasta última hora, y unos 40 barriles de pólvora que no se incendiaron por el accidente de la mecha que había de comunicarles el fuego del cebo.



la ciudad, cuyo frente no presenta más que un débil recinto que debe destruir inevitablemente el más ligero esfuerzo. En este corto espacio de tiempo quedará Gerona sometida.»

Así, pues, no había más que aguardar ocho días para, cubierto de laureles y á la cabeza de los invencibles de la gran nación, imponer la ley á la ciudad rebelde. En su orgullo de soldado y de francés, no cabía la idea de mayor dilación, ni de más sacrificios.

Y sin embargo, habrían, no él, que hubo de abandonar aquel nuevo teatro de su descrédito, sino sus valerosos compatriotas, de esperar todavía otros cuatro meses para enseñorearse de la ciudad cuya conquista les parecía ya tan fácil. Y no con las armas, peleando bravamente en las brechas hasta someter por la fuerza de sus brazos á los defensores, sino que, vencidos en ellas una y cien veces, tendrían que apelar al auxilio de la peste y del hambre para dominarlos.

Más adelante veremos á los generales, los sucesores de Verdier en la dirección del sitio, recurrir á tan cobarde auxilio, para que las comparaciones que hasta ahora se han hecho entre Gerona y las ciudades clásicas de nuestra patría resulten justificadas, en cuanto al heroismo y la abnegación que les han atraído la inmortalidad en la historia.

La desproporcionada duración de aquel sitio exige por ahora que nos traslademos á otros teatros de la guerra, donde también procuraban nuestros soldados acreditar su patriotismo con igual tesón, ya que no con la gloria de los que tan alto renombre supieron conquistarse en la ciudad del Ter.

CAPÍTULO IV

Tamames y Ocaña

Situación de los ejércitos aliados.—La de los franceses.—Los españoles toman la iniciativa de la campaña.—El ejército de la Izquierda.—Sitio de Astorga.—Avanza el Duque del Parque.—Batalla de Tamames.—La línea española.—Atacan los franceses.—Por la izquierda española.—Por la derecha y el centro.—Completa victoria de los españoles.—Se incorpora la tercera división.—Ballesteros —Su campaña de Santander.—Porlier y Garbayo.—Entra el del Parque en Salamanca.—Se incorpora la quinta división.—Ejército del Centro.—General Areizaga.—Composición del ejército.—Acción de la cuesta del Madero.—Otra á las puertas de Ocaña.—Alarma en el campo francés.—Areizaga emprende el paso del Tajo.—Acción de Ontígola.—Desórdenes en Ocaña.—Batalla de Ocaña.—Descripción del campo.—Posiciones de los españoles.—Orden de combate de los franceses.—Cede la derecha española.—Cambio de frente.—Queda rota la línea.—Derrota general.—Acción de la Vanguardia.—El General Areizaga.—Incidentes de la retirada.—Diferencia en la dirección de los ejércitos.—Bajas de los franceses.—Las de los españoles.—Consecuencias de la batalla.—Ejército de la Izquierda.—Acción de Medina.—El Duque de Alburquerque.—Retírase el ejército de la Izquierda.—Acción de Alba de Tórmes.—Los célebres cuadros.—Retirada definitiva de los españoles.—Consideraciones sobre la campaña.

Situación de los ejércitos aliados.

Ya vimos en el tomo anterior cómo el Ejército español, al arrojar de Galicia á los mariscales Soult y Ney, se había establecido en las inmediaciones de Ciudad Rodrigo, donde, en combinación con los portugueses de Beresford, amenazaba, no sólo con la protección que podría prestar á los aliados en sus operaciones por el Tajo, sino con invadir las provincias castellanas del Duero. También vimos que la retirada de Wellington á Badajoz después de su victoria de Talavera, á conse-

cuencia de la concentración del ejército francés en Plasencia y á pesar de sus apremiantes órdenes á Beresford en 29 de julio y 3 de agosto, para que le ayudara á vencer de nuevo ó para cortar desde la divisoria á los dos mariscales en el movimiento retrógrado á que esperaba obligarlos, ignorante del número de sus tropas como lo había estado de su grandiosa maniobra, había hecho estériles los buenos deseos del futuro Duque de Elvas, marqués de Campo Mayor, si es que alguna vez llegó á abrigarlos. Porque, lo mismo que Wellesley, Beresford se inspiraba tan sólo en la idea de defender á Portugal; y aun cuando nada tenía ya que temer aquel reino, sea por sostenerla á toda costa, sea por la calidad de las tropas que mandaba, todas portuguesas, lo cierto es que en vez de emprender el movimiento que le dictaba su jefe, decisivo hecho á tiempo, para interrumpir la bajada de los franceses á Plasencia, se mantuvo inmoble en sus posiciones del Agueda.

Llamado á substituir en la Junta Central al Príncipe Pío, que acababa de fallecer, el Marqués de la Romana, cuya cooperación tanto recomendaba Wellington á Beresford, había transmitido el mando del ejército de la Izquierda al general Mendizábal, que lo condujo á Ciudad Rodrigo para ponerlo á las órdenes del Duque del Parque, á quien más tarde se reunían Ballesteros y Castrofuerte con sus respectivas divisiones, formándose así un cuerpo de tropas, si no muy numeroso, dotado sí del espíritu militar que naturalmente habían de inspirarle sus recientes victorias de Galicia (1).

(1) Del Duque del Parque dice el Conde de Clonard: *buen soldado, distinguido patricio, aunque no tan sobresaliente en el consejo como en el campo de batalla.*



Así es que sus clases todas ardían en deseos de volver á medir sus armas con las de los franceses, á quienes suponían desalentados desde la jornada de Talavera, cuyos resultados, por estériles que hubieran sido, se abultaba la arrogancia española hasta considerarlos decisivos en lucha tan grandiosa como la de la Independencia patria.

Cierto que la situación de los franceses no era para lisonjearles en su obra de conquista y mucho menos al soberano que les había dado el Emperador para gobernarlos en España, abrumado por las dificultades que encontraba para obtener de sus nuevos súbditos dinero, víveres y transportes, y más abrumado todavía por las exigencias de su hermano que, además de quitarle fuerzas, que decía necesitar en Austria, se empeñaba en considerarle abundando en todo género de recursos, con autoridad sobrada y administración expedita. Y, sin embargo, el Intruso, careciendo de fondos y teniendo que recurrir á las más odiosas vejaciones para procurarse las subsistencias que, en abundancia por supuesto, le reclamaban sin cesar sus rebeldes generales, ni podía sostener el servicio de trenes militares, más urgente cada día ya que le retiraban varios cuerpos para ir á desempeñarlo en Francia, ni lograba reponer las muchas bajas que en el material de artillería y en caballos le habían causado los reveses de Galicia y la campaña de Talavera, careciendo hasta de municiones en cantidad suficiente para sostener una nueva. Era imposible reemplazar las bajas en la caballería, obligada á reducir sus unidades tácticas, habiendo en el Ejército muchos regimientos que sólo contaban con 200 ó 250 caballos á lo más y tenían que su-

La de los franceses.

primir uno y hasta dos escuadrones; y si el rey José caía alguna vez en la tentación de enviar alguno á Francia para aumentar su fuerza ó reorganizarse, debía someterse, más que á la probabilidad, á la seguridad de que no volvería á España ni repuesto ni reorganizado. El infeliz continuaba tan desautorizado entre sus mantenedores los franceses y de su desdeñoso hermano como desobedecido y hecho objeto de las más crueles burlas por parte de sus mal llamados súbditos los españoles. Pero su propia posición, débil y todo, equívoca y difícil, le hacía sacar fuerzas de flaqueza, deseoso de manifestar sus condiciones de gobierno, puestas en duda, y las de mando que nadie le quería conceder; y, no ya á la defensiva que le aconsejaban las circunstancias del momento, sino que aspiraba á una iniciativa en las operaciones militares que parece imposible pudiera ocurrírsele.

Sus comunicaciones con Francia, se hacían cada vez más difíciles, interceptadas por los guerrilleros, y necesitándose para mantenerlas cuerpos numerosos de tropas que cubriesen los puntos de enlace y los destacamentos infinitos que exigían, ambulantes ó estables. El enemigo poseía muchas y extensas provincias libres del yugo francés; y lo que era peor para los invasores, en comunicación no interrumpida desde las montañas de Asturias, por Galicia, Portugal y Andalucía, hasta Valencia y Cataluña, lo cual le daba una como frontera de centenares de kilómetros completamente despejada y de una importancia estratégica incalculable. El ejército de la Izquierda podía impunemente amenazarlo desde Asturias á Ciudad Rodrigo; en las cuencas del Tajo y del Guadiana permanecían todavía las

tropas vencedoras de Talavera, si débilmente apoyadas por el ejército inglés, retraído de toda acción ofensiva, imponente siempre y capaz de una reacción poderosa en el caso de verse enemigos en la frontera, para él sagrada, de su aliado el reino portugués; y cerradas las puertas de Andalucía, mejor que por un ejército numeroso, por el pavor que todavía inspiraban, nadie en Madrid se acordaba de Valencia, libre desde el desastre del mariscal Moncey.

De toda esa vastísima frontera, erizada de posiciones formidables y en comunicación segura con los centros políticos y administrativos del gobierno de la defensa española, y, sobre todo, con el mar, vehículo invulnerable de toda clase de recursos, podían arrancar un día ú otro expediciones que, aun cuando de la circunferencia al centro, esto es, al núcleo de las fuerzas imperiales, más fuerte por esa misma circunstancia, les arrebatarían, con todo, espacios inmensos de terreno, los únicos acaso de que sacaban dinero y subsistencias con que mantenerse en la Península. En estos mismos territorios dominados por las armas francesas, la ocupación era tan poco sólida, que los generales que los mandaban, después de proponer los medios más violentos y á veces hasta ridículos, para destruir las guerrillas y aventar las tropas españolas que de más cerca les acosaban, venían á reconocer su impotencia y á declararse vencidos en sus cálculos y operaciones. El general Kellermann, el más sensato de ellos, según Thiers, decía por aquellos días al Mayor general del Emperador: «No es asunto baladí el de la guerra de España, no dará lugar á reveses y accidentes desastrosos, pero esta nación pertinaz mina al ejército con su

resistencia de detalles. En vano se derriban por un lado las cabezas de la hidra, porque renacen de otro, y sin una revolución en los espíritus no se llegará á someter esta vasta Península, que acabará por absorber la población y los tesoros de la Francia.»

«Se necesita gente, añadía, gente: el Emperador se cansa, sin duda, de enviarla, pero es necesaria para terminar la obra ó satisfacerse con la ocupación firme de la mitad de España, para después conquistar la otra... Cuando me engolfo en estas reflexiones, me pierdo en ellas y vuelvo á decir, que son necesarios la cabeza y el brazo de Hércules. El, tan sólo, con su fuerza y su habilidad puede concluir esta grande obra si es que puede terminarse.»

Como Kellermann, pensaban otros de sus colegas del ejército francés de España; y no dejaba de haber quien, al anunciar la marcha de Jourdán, se atreviese á creer que, más que á la supresión de su nombre en el almanaque del Imperio, obedecía al cansancio de una guerra cuyas dificultades había tan elocuentemente expuesto (1).

De los ejércitos franceses que el Intruso tenía, pue-

(1) Sarrazín dice á propósito de la marcha de Jourdán: «Aunque José no fuera hombre versado en el arte militar, su buen sentido le hizo comprender que Jourdán, muy valiente y muy celoso por su servicio, era poco propio para las funciones de jefe de Estado Mayor General del Ejército; llamó á Soult á su lado y le confirió aquel importante cargo.»

Contra eso hay una carta del Intruso á la reina Julia, la del 8 de noviembre, en que la dice: «Es imposible hallar un hombre que me convenga más; nunca he tenido un segundo de malestar con él, aun viviendo en la mayor intimidad desde hace muchos años y en circunstancias no comunes. Es, con Roederer, el sólo hombre cuyo perfecto tacto no se haya desmentido conmigo en ocasión alguna; así es que lo echaré siempre de menos.»



de decirse que á la mano, para cuantas operaciones pudiera imaginar, los tres cuerpos que el Emperador había puesto á las órdenes de Soult fueron, después de la batalla de Talavera, establecidos frente á la raya de Portugal y observando las avenidas de entre Tajo y Duero; el de Víctor, apoyado por el de Sebastiani desde Aranjuez, vigilaba en Daimiel los pasos de Sierra Morena, y mientras el general Bonnet andaba todos los días á las manos con las tropas de Ballesteros primero y luego con las de Arce y Porlier en Asturias, las de Kellermánn apenas si podían mantener la línea del Esla ante la 4.ª división del ejército de la Izquierda enriscada en los puertos del Manzanal y Fuencebadón.

Diseminados así esos ejércitos y en la situación expectante en que los mantenían los nuestros que iban operando concentraciones que revelaban planes más ó menos acertados pero de acción combinada y enérgica, ¿cómo el Rey José podía pensar en emprender la ofensiva?

Los españoles toman la iniciativa de la campaña.

Los españoles fueron, por desgracia, los que la tomaron, llevados del afán de libertar de la dominación extranjera las provincias castellanas y la capital especialmente, su centro militar y político. Servíales también de estímulo la situación política creada en la Junta Central con las discordias que se dispertaron entre sus más influyentes miembros por causas que haremos ver muy pronto, decisivas, al fin, para su existencia, y cambios, todavía más radicales, en el Gobierno de la Nación. Pero, sobre todo otro impulso, movíales á una acción rápida, más que rápida precipitada, la idea de que la guerra de Austria, en que Napoleón había hallado un no insignificante tropiezo en Essling, fuera á terminar pronto por uno de aquellos tremendos golpes

que solía asestar el Grande hombre á sus enemigos, tan contundente como inesperado.

Y como la Inglaterra, aunque algo retraida en España por cuestiones en que tomaban más parte el amor propio y la ambición de sus delegados, militar el uno y diplomático el otro, pero hermanos, que los intereses de las dos naciones, dirigía fuerzas, para entonces extraordinarias, sobre puntos en que pensaba herir de muerte á su irreconciliable adversaria la Francia, quería España también aprovechar tan feliz coyuntura para sorprender y destruir la invasión de que hacía dos años era objeto. No era acertado el plan del Gobierno inglés, que consistía en dirigir una gran expedición á la isla de Walkeren y otra á Nápoles, sobre los dos flancos del gran teatro de operaciones en que se iba á decidir la supremacia en los destinos de la Europa Occidental entre los dos imperios, el Napoleónico y el todavía nominado de Alemania, regido por la casa de Austria. Con sólo imaginarse los resultados que hubieran dado aquellas dos expediciones de dirigirse la primera al litoral del Cantábrico, cayendo los 40.000 que conducía sobre la retaguardia de los ejércitos franceses de España, y la segunda al de Cataluña salvando á Gerona y amenazando con apoderarse, como lo hubiera conseguido, de Barcelona, se comprende cuán grande y transcendental fué el error cometido por el Gobierno de la Gran Bretaña (1).

(1) «Pero, dice Schépeler, así como el montañés en la llanura vuelve sus ojos, llenos de lágrimas y anhelantes, hacia sus azules montañas, así la Gran Bretaña no quería ver sino las banderas de los barcos de guerra flotando en los puertos de Holanda. ¿Qué no hubieran podido hacer aquellos 40.000 ingleses, que fueron allá, en Portugal, en Galicia ó Santander?»



Pero, de todos modos, se deseaba utilizar, errada ó no, tal cooperación que se vendía al Gobierno español como altamente beneficiosa, y hasta directa, á la causa peninsular; y para hacerlo con resultados tan decisivos como á tal esfuerzo debían corresponder, se dispuso fueran dos los ejércitos que acometiesen la grande obra de la expulsión de los franceses de la capital, el uno que directamente la atacara, y el otro amenazando la línea de retirada para que así la evacuasen antes. Si no aprovechaba la estancia de Wellington en Extremadura, ni siquiera la de Beresford en el Agueda porque aquellas cuestiones de amor propio y de ambición, á que hace poco aludíamos, hacían nos negaran su ayuda que hubiera sido, á no dudarlo, eficacísima, España, aun sintiendo pasar sin ella, no podía dejar desatendidas circunstancias tan favorables como las en que se creía para emprender una nueva campaña. Dios castigó la soberbia de los bretones destruyendo con armas de que Napoleón no podía disponer aquel tan florido ejército que llevó Lord Chatam á Walkeren, aniquilado por las enfermedades palúdicas, endémicas en la isla, sin haberse hecho dueño del arsenal de Amberes, su principal objetivo, ni haber proporcionado sino otra extraordinaria y original victoria al Emperador de los franceses. No apreciaban en su justo valor valor ni en sus probables consecuencias el esfuerzo incansable del pueblo español, que, al revés de los demás de Europa, que á la primera ó segunda batalla se postraban ante el vencedor, seguía, después de otras tantas y cien más, exclamando con el indomable gobernador de Gerona «¡No quiero rendirme!»

El primero en salir á campaña fué el ejército de la

Ejército de la Izquierda.

Izquierda, situado, como ya hemos dicho, en Ciudad Rodrigo y sus inmediaciones. Componíanlo, una fuerte vanguardia á las órdenes del general La Carrera, cinco divisiones de infantería que, según su orden numérico, mandaban los también generales Losada, Conde de Belveder, Ballesteros, Mahy y brigadier marqués de Castrofuerte, otra de caballería regida por el Príncipe de Anglona, y los artilleros correspondientes al servicio de 36 piezas, repartidas proporcionalmente en las divisiones. El total de esa fuerza era de 1.492 jefes y oficiales, 27.983 hombres de las clases de tropa y 868 caballos (1). No se contaba en esas cifras con la de 245 y 5.912 de la 4.ª división, acantonada en el Vierzo, y había que rebajar la de 185 y 3.817 respectivamente, de guarnición en Ciudad Rodrigo, y las del inmenso é indeterminado número de bajas con que siempre cuentan los ejércitos para los días de combate.

Sitio de Astorga.

Atentos, sin embargo, los franceses á cuanto sucedía á su frente en la frontera de Portugal y en la Mancha, trataron de reconcentrar sus fuerzas, las de Castilla la Vieja en Salamanca y León, y las de la Nueva en Toledo y Manzanares; dejando en Talavera á Mortier en observación de las españolas que habían quedado en Extremadura y las inglesas que ya se sabía iban á permanecer inactivas. El mariscal Soult había ocupado la plaza de Mayor general que dejó vacante Jourdán al marchar á Francia, y Ney, al partir también, transmitió el mando de su cuerpo de ejército al general Marchand

(1) Veáse en el apéndice núm. 11, el estado oficial que formó la sección de Historia Militar en 1821.

que habría de habérsolas inmediatamente con el Duque del Parque.

Nadie gana á los franceses en diligencia, y prontos, como siempre se hallaban, para combatir por su organización y el estado constante de alarma en que habría de mantenerles una guerra tan extraordinariamente activa como la de España, quisieron anticiparse á sus adversarios por si con un golpe de mano que les impusiera por lo atrevido y trascendental, lograban paralizar su acción ya inminente y hacerles renunciar á sus proyectos ofensivos. Y Kellermann, uno de los generales más espontáneos, cualidad inapreciable en la guerra si la dirige el talento, lanzó al general Carrier con tres mil hombres sobre la plaza de Astorga, creyéndola, como insignificante por sus fortificaciones, desarmada y, sobre todo, desguarnecida. La gobernaba desde el 22 de septiembre el entonces coronel D. José María de Santocildes, á quien tan alto renombre habían de proporcionar aquellos viejos muros, con unos 1.300 infantes, de ellos 60 blandengues (de Buenos Aires), y 30 artilleros para el servicio de 8 piezas, todas de pequeño calibre de las que algunas rehabilitadas por haberlas clavado los franceses al retirarse de allí.

Aquella mal llamada plaza consistía en un trapecio alargado de unos 400 metros de un lado por término medio y 180 de otro, que cerraba un muro romano, gráficamente llamado por los habitantes *La Cerca*, flanqueado por torreones y cubos indistintamente, muy pocos de los en que pudiera montarse, y eso con gran dificultad, algún cañón de pequeño calibre. Nada, por supuesto, de fosos, revellines ni cosa que lo valga; y, por el contrario, con casas á su inmediación, algunas

pegadas al muro, pertenecientes á tres arrabales, los de Puerta del Rey, San Andrés y Reitibia, que daban gran facilidad para llegar al muro y asaltarlo. Tan débil era éste y tan deteriorado se hallaba que, al hacerse cargo del gobierno Santocildes, trabajó con la guarnición para repararlo un poco, coronándolo en algunos puntos de uno como pretil de piedra seca con que pudieran cubrirse en parte los defensores.

Carrier llegó á la vista de Astorga el 9 de octubre de aquel año de 1809 con sus 3.000 hombres y dos piezas, un cañón de á 8 y un obús, también de campaña. Pronto se hizo dueño de los arrabales que mal podían defender los pocos soldados, todos bisoños, de la guarnición, que guardaron sus brios para rechazar á los enemigos desde los muros de la ciudad. Establecidos, así, los franceses en el arrabal de Reitibia, hicieron batería contra la puerta del Obispo, mientras desde otros puntos del exterior amenazaban con el asalto ó cubrían de fuego las partes de la muralla que ocupaban nuestros soldados y algunos paisanos para defenderla. Cuatro horas mantuvieron los invasores el fuego, sin que la puerta cediese á sus esfuerzos ni se enfriara el ardor de los sitiados que, por el contrario, iba en aumento según comprendían la debilidad del enemigo, obligado á retroceder, siempre que se acercaba, con sus filas mermadas por momentos y la conciencia de su derrota. Escarmentado, pues, y mohino hubo Carrier de volver el mismo día á sus anteriores cantones de León, con 400 hombres de menos para las operaciones sucesivas y dando, con su vencimiento, á los de la antigua Astúrica el aliento de sus célebres antepasados y la esperanza de en otra ocasión recoger laureles más gloriosos aún

para así coronar su fama y la de su ínclito gobernador (1).

Avanza el Duque del Parque.

El del Parque había roto ya la marcha; pero escaso de fuerza, por no habérsele unido la 3.ª ni la 5.ª divisiones, en marcha todavía para aquel ejército, avanzaba, así, prematuramente por no retardar la grande operación, combinada con el del Centro que, por los mismos días, salía de sus posiciones de Sierra Morena. Al sentir cerca el 6.° cuerpo francés, si algo menos numeroso, más fuerte por su organización y la experiencia de sus clases, vaciló el Duque en sus primeros pasos, marchando y contramarchando según las muestras de temor ó confianza que observaba en su adversario. Andábale espiando el general Maucune con tres regimientos de infantería y 1.200 caballos, y en una de sus maniobras encontró á parte de sus fuerzas en retirada á Ciudad Rodrigo, con lo que Marchand, después de poner fuego al lugar de Martín del Río, se estableció á fines de septiembre en Salamanca en la creencia de que en todo pensarían los españoles menos en tomar la ofensiva. El Duque, por razones semejantes, supuso que era, á su vez, la falta de fuerzas la que tenía á Marchand en Salamanca, y, sin esperar á las que debían llegarle de Asturias de un día á otro, avanzó el 5 de octubre á Tamames, en cuya magnífica posición se decidió á esperar al enemigo.

Como las derrotas nunca son atribuidas ni al valor

(1) Muerto en el combate el paisano Santos Fernández, dijo su padre al verle morir. «Si murió mi hijo único, yo vivo para vengarle», y le substituyó en el fuego. También hubo allí mujeres llevando refrescos á los combatientes. De éstos hubo tres muertos y seis heridos.

y la pericia del enemigo, ni á la flojedad de las tropas propias, sino á la torpeza ó la cobardía del general que las sufre, ya que no á esta segunda cualidad por ser proverbial el ardimiento de Marchand, se achacó en Francia la pérdida de la batalla de Tamames á falta de previsión por su parte, no pidiendo refuerzos á Kellermann y acometiendo á los españoles en las posiciones por ellos elegidas, en vez de esperarlos en las llanuras de Salamanca, favorables para la caballería francesa, muy superior á la nuestra.

Batalla de Tamames.

Marchand debió meditar largamente, ya que la inacción del Duque le daba tiempo para hacerlo, y hasta para aconsejarse de Kellermann y de su Gobierno de Madrid; pero la circunstancia de haber substituido en el mando á Ney, *el Valiente de los valientes*, que nunca contaba el número de sus enemigos, la idea de que si antes se habían retirado los españoles y ahora se detenían era por debilidad de fuerzas ó de alientos, y su impaciencia, en fin, por obtener solo, sin ayuda de nadie, una ruidosa victoria y solo recoger la gloria, lo precipitaron á avanzar á Tamames, á la vista de cuyas posiciones se presentó en la mañana del día 18 (1). Los españoles, después de retirar sus avanzadas de Matilla, donde Marchand pernoctó el 17, se prepararon á recibirle ocupando con sus fuerzas la población y la poco elevada sierra que con su mismo nombre le está inmediata. Esa sierra, arrancando de la próxima divisoria entre Tajo y Duero y bastante abrupta, como es, para

(1) No se comprende por qué Marchand no obtuvo los refuerzos que en Madrid debían suponérsele necesarios, ya que se atribuía á Parque una fuerza de 30.000 hombres. Tuvieron veinte días para mandárselos.

no ofrecer comunicaciones fáciles, da su importancia á la villa de Tamames en que se reunen las carreteras de Salamanca y de Alba de Tórmes y Avila á Ciudad Rodrigo. Es, pues, Tamames, lo era sobre todo entonces, punto estratégico de cierta consideración, particularmente en el rumbo que llevaba el general Marchand, ya que en el opuesto, como más tarde veremos, el interés militar de su ocupación disminuía hasta casi anularse.

La población es de corto vecindario, sin murallas ni edificios bastante sólidos para poder hacer de ella un punto de defensa. Situada en llano pero al pie, según ya hemos indicado, de la sierra, tiene, sin embargo, en ella apoyo de suficiente fuerza para que, combinada la acción que las dos puedan ejercer, constituyan un puesto defensivo que responda á la importancia estratégica que le daban su situación geográfica y los caminos que en él confluyen. La montaña adyacente, lo que allí se llama la sierra de Tamames, está formada por una serie de alturas no poco accidentadas y escabrosas, propias, de consiguiente, para su defensa con los fuegos de una infantería distribuida entre las rocas y matorrales con alguna habilidad. Extiéndese del Oeste, donde asienta la villa, al Este, por donde se liga por otras alturas, cada vez más abruptas, á la Sierra ó Peña de Francia en su extremidad septentrional. Así se presentaba la línea de batalla que se estableciera en la altura, objeto ahora de nuestro examen, perpendicular al camino emprendido por Marchand, apoyando su izquierda en Tamames y su derecha en el terreno escabroso á que venimos aludiendo como ligado á la divisoria general de aguas entre Duero y Tajo.



La línea española.

El Duque del Parque estableció su línea con la Vanguardia sobre la izquierda, apoyada en el pueblo, en que metió alguna fuerza, y sostenida por la 2.ª división la mayor parte en segunda línea, mejor dicho, en reserva y como formando martillo con la Vanguardia; ya que lo suave de la pendiente en aquel extremo de la montaña convidaría al enemigo, no sólo á atacar por él á nuestro ejército, sino á intentar una maniobra envolvente que le cortase su retirada natural. Con ese temor y para impedir á toda costa movimiento tan peligroso, el Duque situó la caballería sobre aquel mismo flanco, ocultándola previsoramente en un bosque por el que se abre paso la carretera de Ciudad Rodrigo, y de donde podría desembocar al terreno llano y despejado en que irían las tropas francesas á entablar su acción principal. A la Vanguardia, y por su derecha, seguía en la línea la 1.ª división, que por lo escabroso del monte no necesitaba apoyos, si no era en su mismo frente y á alguna distancia sobre otra altura donde se colocó una parte de la 2.ª, con el fin de evitar otro movimiento de flanco, aunque no tan fácil ni mucho menos que por el izquierdo. El Duque se sitió en una eminencia central con su segundo el general Mendizábal y su estado mayor, para acudir con presteza al punto en que se considerase más necesaria su presencia según los movimientos que emprendiese el enemigo para atacarle.

Atacan los franceses.

Marchand, ya á la vista de los nuestros y después de un ligero reconocimiento, comprendió la importancia de la posición así como la parte débil que ofrecía en el suave declive, que al momento podía observarse, de una montaña de difícil acceso por los demás lados. Y no pasaron muchos momentos sin que las maniobras

que dispuso y las fuerzas que destinó para ejecutarlas quitaran toda duda sobre su pensamiento militar en aquella jornada. Una fuerte columna, como de 4.000 infantes, con la caballería y varias piezas, se dirigió por la derecha francesa á, rodeando la población, atacar el flanco izquierdo del ejército español. Otra, no tan nutrida de fuerza pero que parecía llevar la de unos 3.500 infantes y varias piezas, tomó la dirección del centro español para inmediatamente dividirse, marchando contra aquella parte de nuestra línea el general Marcognet con dos regimientos de línea, formados en otras tantas columnas, y torciendo hacia su izquierda el general Labasset con otro regimiento, el 25.° de infantería ligera. Quedaron formando la reserva dos regimientos de línea, los 27.° y 59.° y el 25 de dragones.

Al llegar á la altura de la línea española el general Maucune, que mandaba la primera columna, la destinada á la que se consideraba clave de la posición, hizo un cambio de frente y con el 6.° regimiento ligero, el 69.° de línea, un batallón de cazadores (voltigeurs) y cinco piezas, emprendió el ataque, sostenido por el 3.° de húsares y el 15.° de cazadores que, á su vez, llevaban en reserva al 15.°, también de dragones. Por la izquierda española.

Al ver este movimiento, tan bien dirigido como hábil, los españoles descubrieron sus fuerzas, formadas un poco á retaguardia de su línea de batalla; y, como es de suponer, cambiaron también de frente las de la izquierda á fin de resistir en buena ordenanza el ímpetu, con que era también de esperar se lanzarían sobre ellos los franceses, tan fogosos siempre en sus primeros avances. El conde de Belveder, en segunda línea, según ya hemos dicho, con su división, recibió la orden de avan-

zar con parte de ella á cubrir lo que venía á resultar flanco de las tropas de Vanguardia que, al maniobrar sobre su izquierda, había establecido una batería de siete piezas con el nuevo frente y en su centro (1). Pero en lo más crítico del movimiento, la segunda brigada de caballería, queriéndolo seguir y despejar el terreno por parte en que pudiera la batería á caballo, que la acompañaba, operar contra el enemigo desembarazadamente, hubo de ejecutar una maniobra que resultó desacertada por lo intempestiva y expuesta.

Ese fué el momento elegido por el general Maucune para comenzar su ataque. Mientras su artillería y uno de los batallones del 69.°, cambiendo á la derecha el frente que llevaba, recibieron á nuestros jinetes con un fuego tan vivo y mortífero que los hicieron retroceder, los húsares y cazadores franceses se lanzaron á toda brida sobre nuestras siete piezas que no tuvieron tiempo más que para hacer un disparo y cuyos artilleros fueron en gran parte acuchillados. Pero no se arredró, por eso, la Vanguardia que, á la voz de su jefe el general La Carrera, que se metió entre los enemigos hasta que á cuchilladas derribaron su caballo, sostuvo el choque con la energía suficiente, no sólo á dar tiempo á Belveder para llegar en su auxilio, sino á la caballería rehecha de su primer descalabro. El Duque se hallaba ya en medio de los combatientes, y Mendizábal, á la par que Carrera, pie á tierra y con la espada en la

(1) El conde de Belveder, de quien dice el cronista del regimiento infantería del Rey que era *oficial denodado y de un valor tan ardiente que alguna vez ofendia los fueros de la prudencia*, había sido rehabilitado de su derrota de Burgos, según ya consignamos en el tomo III.



mano alentaba á nuestros infantes de Cataluña y Victoria que, sin cejar un paso, cubrían de proyectiles á la columna enemiga que iba en pos de sus escuadrones.

Los regimientos de Belveder, Sevilla, el Rey é Hibernia, después de obligar á nuestra caballería á reformarse y á volver por su honra recobrando la artillería, se unieron á la Vanguardia para, formándose una gran masa, lanzarse todos á la bayoneta sobre la columna francesa que, ante resistencia tal, no halló otro medio de salvarse que el de apelar á una retirada la más rápida que le fué dable. La batería quedó bien pronto despejada y nuestros soldados se hicieron con una pieza francesa, gran número de fusiles y mochilas de los que yacían junto á los muchísimos muertos y heridos que iban los franceses dejando en su derrota (1). Derrota decimos porque, al retirarse los franceses, acosados por nuestros infantes y más aún por la caballería de Anglona, ya toda unida para completar la victoria, se presentaron sobre su flanco las tropas que guardaban el pueblo, acometiéndolos con un vigor que sólo pudo contener una gran reserva que Marchand envió para que los de Maucune pudieran acogerse más tranquilamente á su campo.

Por la derecha y el centro.

Entretanto las otras dos columnas francesas, llegado que hubieron al pie de la posición española, comen-

(1) La historia del regimiento de Cataluña, que formaba parte de la Vanguardia, consigna que «ataca á la bayoneta y reconquista la artillería, de la que en lo más crítico de la acción se había apoderado el enemigo, á quien además arrebata un cañón de á 12 con dos cajones de municiones de en medio de su numerosa caballería que rechaza y dispersa...» «Por tan distinguida jornada, añade, se concedió un grado á todos los jefes y oficiales, un escudo de ventaja á los sargentos, cabos y soldados que fueron heridos, y otro de distinción á todo el ejército con el lema: *Venció en Tamames.*»

zaron el combate en el orden que podía permitirles lo escabroso de la altura y el fuego incesante de nuestras guerrillas, cuyos soldados, cubriéndose con las rocas, las breñas y los muchísimos accidentes que allí presenta el terreno, ofendían á los franceses casi á mansalva. Los cazadores enemigos no podían, así, competir con los nuestros y las columnas perdían la fuerza que podría darlos su formación con tenerse que romper ésta. Así es que el 25.° ligero, que atacaba por su extrema izquierda, abrumado por el fuego de las guerrillas y viendo coronada la altura por las tropas de nuestra 1.ª división, que lo esperaban para, al acercarse, romper contra él á la bayoneta, así como si quisiera apoyarse en la columna central, se inclinó tanto á ella que acabó por unírsele y confundirse en su masa. Reunidas las dos columnas, pareció que pretendían cortar la línea española por su centro, al que hemos dicho se dirigía la de Marcognet; pero el general Losada, atento á todos aquellos movimientos del enemigo, los esterilizó con sus hábiles maniobras y la actitud de sus tropas. Ayudados por una batería de cuatro piezas, establecida en nuestra extrema derecha al apoyo de aquella parte de la 2.ª división que dijimos pasó á cubrirla y que enfilaba á la masa francesa desde que comenzó su ascensión á la montaña, los regimientos de Losada, viendo ya cerca á los franceses, se lanzaron á la bayoneta, sorprendiéndolos en su ya incorrecta formación con un ataque, para ellos, como buenos franceses, inesperado cual todo lo que significase entusiasmo y disciplina en las tropas españolas. Pero tan impetuosa fué la carga y tan ruda, que los regimientos imperiales, los *invencibles* hasta la guerra de España, cayeron rodando

Completa victoria de los españoles

de la montaña con sus generales y sus águilas, una de las que, la del 76.°, quedó en poder de los nuestros, al vencerlos y dispersarlos (1). El parte oficial del Duque decía... «Los enemigos se entregaron á la fuga precipitadamente y en el mayor desorden, casi al propio tiempo que sus columnas de la derecha, dexándonos el agradable espectáculo de ver cubierta la llanura, en que una hora antes habían formado con tanta pompa y satisfacción sus columnas de ataque, de sus cadáveres, y de más de 5.000 hombres que huían á porfía del alcance de nuestra temible artillería y de nuestros bizarrísimo tiradores.»

Acogidos á su campo los franceses, el general Marchand aparentó reformar sus tropas para lanzarlas de nuevo al combate; pero á las tres de la tarde dió las órdenes de retirada que se encargaron de sostener los cuerpos que durante la batalla habían permanecido en reserva (2).

La pérdida de los franceses subió á la cifra de 1.300 hombres entre muertos y heridos, según Marchand y los historiadores sus compatriotas; á mucho más según los españoles y el Duque del Parque (3). El

(1) Los partes oficiales y las relaciones españolas no designan el regimiento á que pertenecía el águila cogida: Schépeler es el que la señala como del 76.°, que formaba parte de la columna de Marcognet. Excusado es decir que ni Marchand en su parte al rey José, ni Thiers, ni historiador alguno francés menciona lo del águila. ¡Como que es un hecho inverosímil en su concepto!

(2) Marchand dijo después que se mantuvo dos horas en presencia del enemigo. No puede ser; porque si el combate empezó á la una de la tarde y él se retiró á las tres, por poco que aquél durara, y duró más de una hora, no resulta el tiempo que señala empleado en curar á los heridos y ponerlos en camino.

(3) Véanse en el Apéndice núm. 12 los partes de Marchand y el Duque. El teniente coronel Carrol manifestaba inmediata-

ejército de la Izquierda perdió 672 hombres, muertos, heridos, contusos y extraviados, con 92 caballos muertos ó heridos.

La batalla de Tamames probó que los españoles, hábilmente dirigidos, podrían siempre resistir la furia y la disciplina francesas. El Duque del Parque, aún acusado por algunos de temerario en la ostentación de su valor, no sólo había tenido la prudencia de tomar una posición defensiva á pesar de haber emprendido su movimiento con todos los caracteres de ofensivo, sino la calma de mantenerse en ella hasta once días, calculando que en ese tiempo sería atacado por Marchánd, impaciente por combatirle, ó recibiría el refuerzo de la división Ballesteros, con el que seguiría confiadamente el avance. En el primer caso, tenía medios para mantener una posición, á no dudarlo, excelente y ocupada con acierto en previsión, como se demostró, de cuantos lances pudiera ofrecer la acción militar de los enemigos; en el segundo, las noticias que de ellos adquiría á cada momento eran las de que, pedidos ó no, no les habían llegado refuerzos con que neutralizar los que él esperaba de las dos divisiones que con el mayor ahinco procuraban alcanzarle para tomar parte en la campaña.

El resultado mismo de la batalla está demostrando la prudencia del Duque. Otro, quizás, hubiera seguido el alcance de los vencidos sin intermisión ni descanso, y es seguro que se habría expuesto á una reacción,

---

mente después de la batalla: «Pasa de 800 el número de franceses muertos que se han hallado y quemado, y no dudo que otros muchos se hallarán en los montes espesos».



por parte de ellos, que pudiera costarle cara; porque, al cabo, tenía en el 6.° cuerpo francés un adversario terrible, educado por el incomparable Duque de Elchingen y hecho á vencer en muchas y graves contiendas con los soldados hasta entonces más acreditados de Europa. Ni los nuestros estaban en estado de combatirle en el llano, por su número poco superior al de los franceses, ni por su disciplina, de la que estaba todavía muy lejos, ni podrían acometer la conquista de una posición bien elegida y menos de la ciudad de Salamanca, primer objetivo de sus operaciones.

La conducta de Marchand fué, por el contrario, tan inhábil como jactanciosa: mereció, de consiguiente, las censuras más amargas de sus jefes, desde el Emperador hasta el Rey José, y de cuantos historiadores han descrito su desastrosa campaña. No llegó á comprender el plan de su enemigo, el del Parque, suponiendo su detención en Tamames efecto del miedo, no del pensamiento de una concentración de fuerzas en punto en que á su fortaleza se uniera la idea popular de haberse tomado la ofensiva dictada por el Gobierno de la Nación. Y para que no se dijera que el 6.° cuerpo perdía, puesto á sus órdenes, aquella iniciativa que le daba el mando de Ney, pretendió emularle sin considerar que ni tenía sus dotes ni gozaba de su prestigio. Era para él caso de honra el de no permanecer inactivo ante adversarios que, aun cuando indebidamente, despreciaba como solían hacerlo la mayor parte de sus compañeros de armas (1). Ese era, con efecto, un error verdadera-

(1) En Victorias y Conquistas se dice: «El fracaso de Tamames se debió por un lado, al poco caso que los generales franceses hacían de las tropas españolas, cualquiera que fuese su

mente exagerado entre los franceses, y que no es extraño abriguen sus compatriotas todavía, propalado por historiadores que á su falta de veracidad reunen la de su memoria con el fin siempre de ensalzar las glorias de la *Gran Nación*, sin parar mientes en que, así, producen el extravío que tantos reveses y desgracias tan horrendas la han causado. Porque la jactancia, hija de esas declamaciones imprudentes, lleva á los pueblos á su catástrofe, pero cuando el desencanto es ya estéril y abrumador (1).

Marchand debió esperar en Salamanca los refuerzos que le hubieran enviado Kellerman y José, y fuerza tenía más que suficiente para esperarlos en posición tan excelente. Lo que luego veremos que sucedió en Medina del Campo, habría acontecido en Salamanca, con lo que Marchand hubiera salvado su honra y el 6.º cuerpo una gran parte de sus esforzadísimos soldados.

---

número, y, por otro, á la resolución tomada por el general Marchand, de atacar al enemigo en una posición ventajosa, en terreno montuoso, cortado de barrancos, cubierto de bosque y rocas y, por consiguiente, de una defensa fácil áun para tropas poco aguerridas y de mediana calidad como eran las del Duque del Parque». El Intruso manifestó, como acabamos de indicar, su disgusto; pero allá vá el despacho del Emperador, un poco fuerte para los generales franceses que no empuñaban el bastón de mariscal. «Escribid al rey de España, decía á Clarke el 21 de noviembre, y hacedle saber que si el mariscal Ney no hubiera sido llamado de Salamanca, no habría mi ejército sufrido tamaña afrenta; que el general Marchand es incapaz de mandar en jefe, y que cuando yo empleo á los mariscales, es que comprendo la necesidad de hacerlo; que la evacuación de Plasencia ha debilitado necesariamente la derecha, y que no hay dirección ni fijeza en la conducta de mis ejércitos de España.»

(1) Pues no tiene el Sr. Thiers la desfachatez de decirnos que en Tamames fué donde por primera vez halló el 6.º Cuerpo quien le obligara á retroceder en España. ¡Qué pronto ha perdido la memoria de Puente Sampayo!



Al día siguiente de tan brillante jornada, se incorporaba al ejército de la Izquierda su 3.ª división, la que traía de su campaña en Asturias y Santander el general Ballesteros.

Se incorpora la tercera división.

Ballesteros

Capitán retirado y con un cargo civil en la primera de aquellas provincias al verificarse el alzamiento nacional un año antes, habíale hecho general la Junta del Principado por el fuego patriótico que desplegó en los primeros momentos, su actividad en la organización de las fuerzas nuevamente creadas, y su valor en los encuentros conque se inauguró allí la guerra. El teatro encomendado por la Junta á Ballesteros, era el de la parte oriental de la provincia, las tierras de Cangas de Onís, Covadonga y estribos septentrionales de las Peñas de Europa, hasta lo que generalmente, y desde muy antiguo, se conoce por las Asturias de Santillana en la región, ya cántabra, de Santander. Seguro en la ocupación de la cuenca del Sella, donde había organizado é instruído sus fuerzas, avanzó en enero de aquel año de 1809 al Deva en cuya ribera consiguió foguearlas, entusiasmándolas con eso y llamando la atención del país, que le dió un gran contingente de sus siempre leales y bizarros hijos. Al comenzar febrero, tenía ya 5.000 hombres y el día 6 desalojaba á los franceses de la margen opuesta, y de combate en combate, reducidos una vez á simples escaramuzas y otra á empeños más formales, los llevaba en abril á San Vicente de la Barquera, celebrando su entrada en tan importante población con un aparato tan teatral como bélico (1).

(1) Toreno dice que era muy dado á ese género de osten-

La presencia del Marqués de la Romana en Oviedo, sus providencias respecto á la Junta y á la defensa del Principado, no alteraron en nada la marcha de las operaciones de Ballesteros; por el contrario, el embarque del caudillo de Dinamarca le proporcionó el refuerzo de un batallón del regimiento de la Princesa que, no pudiendo tomar barco en que huir de Gijón, fué por el camino de la costa á unírsele con su coronel D. José O'Donnell, tantas veces citado en esta historia. Otro tanto hizo el Provincial de Laredo que, acosado por los franceses en el territorio de su famoso *Bastón*, se acogió también á la masa de tropas de Ballesteros que, con eso y con la incorporación también de la guerrilla de Porlier, se consideró con fuerzas para repetir en aquellas históricas montañas la hazaña de Pelayo, la de la expulsión de los franceses del territorio patrio. Para imitación más perfecta del celebérrimo restaurador de la Monarquía cristiana en España, hizo su cuartel general de Covadonga, con la diferencia, sin embargo, de que, acosado allí del hambre y sin el recurso de ocupar la tierra baja, rica en abastecimientos, por tenerla por entonces los enemigos, hubo de enriscarse por el Pirineo hasta salir á Valdeburón para, repasando de nuevo la divisoria, trasladarse á Potes, cabecera de la Liébana. Pero lo que son los alientos en el hombre que abraza una causa legítima y grande como la de la Independencia nacional; el fugitivo del santuario, cuna de la reconquista cristiana, descorazonado como parece que debía hallarse por el desencan-

Su campaña de Santander.

taciones; y no hay más que estudiar un poco la conducta de Ballesteros en aquella guerra para dar la razón al célebre historiador.

to, el hambre y la fatiga de los suyos, concibe la idea de nada menos que acometer la ocupación de Santander, de tanto tiempo atrás sujeta al dominio y gobierno de los franceses. Y, consultada la empresa con los jefes más caracterizados de su ejército, se pone en marcha para, dividiéndolo en dos columnas de á 4.000 hombres cada una, penetrar por el camino de Torre la Vega, donde dejó una de ellas, y luego en Santander después de un reñido combate en que el general Noviot, además de perder mucha gente, sobre 600 hombres entre muertos y heridos y otros tantos prisioneros, se vió obligado á evacuar la ciudad y abandonarle sus hospitales, llenos de enfermos, y sus depósitos ó almacenes, de víveres y equipos militares. El triunfo parecía completo; pero resultó, por el pronto, efímero en la verdadera acepción de la palabra, y desastroso al fin.

Porque al día siguiente se presentaba el general Bonnet en Torre la Vega, abandonada por la segunda columna española para acercarse á la primera, y reunido á los restos de la fuerza de Noviot, escapada de Santander, volvía contra Ballesteros con tal furia, que al auxilio de la maldad de un josefino que le pudo proporcionar el santo de las avanzadas españolas, sorprendió arrolló, y deshizo las fuerzas del general, nuestro compatriota, hasta el punto de producir en ellas la dispersión más bochornosa (1). Dos excepciones hubo en tan gene-

Porlier y Garbayo.

(1) Tal que dice Toreno que Ballesteros y O'Donnell, logrando embarcarse en una lancha, tuvieron que valerse de dos soldados que, en vez de remos, usaron de sus fusiles para vogar y alejarse del puerto. Era la segunda vez que O'Donnell tenía que embarcarse abandonando á su regimiento, habiendo sido la anterior la ya citada al salir de Gijón con el Marqués de la Romana.

ral desbandada, honrosísimas para las dos fuerzas que constituían el nervio de la resistencia española, el ejército y las guerrillas. Porlier, al frente de la suya y de una masa informe de oficiales y tropa de línea que se le agregaron, se abrió gallardamente paso por entre sus enemigos vencedores, cargándolos con unos 300 caballos que franquearon á los demás la carretera misma que, unos antes y los otros de los beligerantes luego, habían seguido para combatirse. Los regimientos de la Princesa é Hibernia, se reunieron en la inmediación del mercado; y, después de rechazar al enemigo, el primero de ellos logró aprovecharse de la confusión que reinaba para evadirse también de la ciudad, emprendiendo en seguida una odisea tan gloriosa como la del Conde de Alacha después de la batalla de Tudela. Dirigióse primero á Medina de Pomar, y cruzando después las provincias castellanas por en medio de columnas enemigas que trataban de cortarle el paso, y corriendo los mayores peligros, logró llegar á Molina de Aragón y reunirse á la división Villacampa que operaba entonces en aquel señorío (1).

Ballesteros, al desembarcar en Asturias con O'Donnell, recibió lo que no podía esperar después de tal derrota, el mando de una nueva división formada con los restos de la dispersa en Santander y de las fuerzas que proporcionaba el *alarma* general de la provin-

(1) Es tan curiosa la comunicación que Porlier pasó al Marqués de la Romana sobre aquel suceso y vindicándose del cargo que se le hacía de haber otorgado recompensas á los oficiales del ejército que se le unieron para abrirse paso por entre los enemigos, que creemos la leerán con gusto cuantos se interesen por la gloria de aquel esclarecido patricio y guerrillero. La insertamos en el apéndice núm. 13.



cia, ni desanimada ni confusa con aquel revés ni el embarque también de las tropas de Romana al regresar á Galicia. El alto concepto que merecía al Marqués y el haberse unido á su suerte O'Donnell, por quien desde Dinamarca tenía una predilección manifiesta aquel insigne general, no sólo salvaron á Ballesteros de la grave responsabilidad en que acababa de caer, sino que le valieron el que no se desprendiese el Gobierno de sus servicios que cada día fueron acreditándole más y más en el curso de aquella guerra (1).

Por entonces recibió Ballesteros la orden de trasladarse á Castilla á las del Duque del Parque, á quien, según dijimos, se unía el 19 de octubre, después de la victoria de Tamames, que le proporcionó fusiles para cerca de mil de sus soldados que, como tantos otros de nuestros ejércitos de aquel tiempo, combatían sin más armas que su patriotismo y la esperanza de hacerse de ellas en los campos de batalla (2).

Entra el del Parque en Salamanca.

Aquel refuerzo bastaba al Duque para continuar el movimiento ofensivo que tan felizmente había iniciado, y el día 23 pasaba el Tormes por Ledesma, y el 25 hacía su entrada en Salamanca que Marchand abandonó con un apresuramiento que revelaba la impresión que en él había producido su anterior descalabro. Menos la plata de las iglesias, que se la llevó toda, dejó

(1) «Así, dice Toreno, un indisculpable desastre sirvió á Ballesteros de principal escalón para ganar después gloria y renombre.

(2) El batallón de Ávila que pertenecía á aquel ejército, destacado entonces al puerto de Perales, tenía casi todos sus fusiles inútiles y andaba con el mismo vestuario que sus individuos habían sacado de sus casas; no habiendo recibido el uniforme militar hasta pocos días antes del sitio de Ciudad-Rodrigo por el mariscal Massena en 1810.

en Salamanca muchos abastecimientos, material de hospitales y equipos militares que aprovecharon los españoles, obsequiados por el vecindario de aquel celebérrimo centro universitario, no sólo con una ovación digna de pueblo tan culto, sino que también con ropas y utensilio en grande abundancia (1).

¿A qué más prueba de lo que aún imponía el ejército francés y hasta dónde llegaba la prudencia del Duque del Parque, tachado de temeridad y nunca de moderación en sus operaciones militares, que su movimiento sobre Ledesma? Con él lograba cruzar el Tormes sin oposición y amenazaba cortar á Marchand el camino de Toro que el general francés se apresuró á emprender en la tarde del 24, antes de verse en el triste caso de rendir las armas ante el enemigo que no se cansaba de cubrir con los epítetos más despreciativos. Su extremada confianza le había hecho no apelar á su Rey y á su colega Kellermann en demanda de auxilios para escarmentar á los españoles en su marcha hacia él; vencido en Tamames creía poder esperar en Salamanca los refuerzos que acababa de pedir; y para colmo de su descrédito corría después á entregar en otras manos la dirección de una campaña cuyos frutos esperaba recoger solo y sin otro apoyo que el de sus talentos y la ambición quizás de un bastón que su orgullo le hizo perder para siempre.

El plan de campaña exigía continuar el avance, así para distraer las fuerzas que el Intruso destinaría á ba-

(1) En Salamanca se dieron al Ejército 24.000 camisas, 20.000 pares de zapatos, 16.000 mantas y varios otros objetos de vestuario. No le falta razón á Schépeler para decir que el patriotismo de los habitantes de aquella ciudad fué más activo que rico en aclamaciones.



tir al ejército español del centro que se dirigía á la capital, núcleo de la ocupación y base de las operaciones de las tropas francesas, como para, amenazando correrse á interceptar la comunicación más segura de Madrid al Imperio, precipitarlas á una retirada al Ebro como la de agosto de 1808. ¡Ilusiones que, fundadas en la fortuna de España y en los primeros pasos de su heróica resistencia, no era fácil se realizaran nuevamente, abandonada á sí misma y en las precarias condiciones en que, á pesar de su reciente infecunda victoria de Talavera, la habían puesto los reveses anteriores! Porque aquel mismo ejército de la Izquierda, á quien hubiera asegurado el triunfo la cooperación del inglés ¿qué decimos? la de los portugueses de Beresford, se vió aislado, retraido aquel completamente del auxilio de España y dejando los otros la cuenca del Duero, en que tan útiles podían ser por establecerse en Castello Branco y sus inmediaciones de la del Tajo (1).

---

(1) El Duque del Parque había solicitado su cooperación á Beresford por conducto de nuestro ministro en Lisboa que remitió la petición á Wellington. Este hizo constar en su respuesta las razones que tenía para negar todo auxilio á los españoles, fundándose principalmente en que la posición central de las tropas francesas, su excelente espíritu y su disciplina les daba tal superioridad que, sin los ingleses y con los ingleses á su lado, serían vencidos los españoles, mal organizados, sin caballería en unas partes, sin artillería en otras, y en todas sin vestuario, municiones, armas ni instrucción. En tal concepto y en el de que el único resultado que iba á obtenerse sería el de que, después de una ó dos batallas, algunas acciones brillantes de una parte y reveses de otra con pérdida de muchos buenos oficiales y soldados, se verían los aliados en la precisión de volver á la defensiva de que nunca deberían haber salido, había resuelto no acceder á la cooperación que el del Parque solicitaba de Beresford, avisando al Gobierno portugués para que no accediese por su parte á ella. Al comunicar después á su Gobierno la victoria de Tamames, lo hace como incidentalmente y sin darle importancia. ¿Qué había de decir?

Pero ya que no la de los ingleses y portugueses, debía procurarse el Duque la cooperación de todo el ejército de su mando, no completo todavía; así es que se mantuvo en Salamanca, donde el 1.° de noviembre le llegaba la 5.ª división que regía el marqués de Castrofuerte. Con ella se elevaba la fuerza del ejército á la de 21.000 infantes y 3.000 caballos; porque si bien los estados daban hasta 26.000 de los primeros y 4.000 de los segundos, era sin contar con el gran número de bajas que producen el servicio de la oficialidad, el mecánico también de las compañías en marcha tan lenta, los destacamentos y las hospitalidades. Cuantos más batallones había, y eran más de 60 según ha podido verse, más eran proporcionalmente las bajas; habiéndolos que sólo contaban con 300 y hasta 200 combatientes.

Se incorpora la quinta división.

La retirada de Marchand á Toro y poco después sobre la línea de Avila á Medina del Campo, produjo, así en Madrid como en el cuartel general de Kellermann, una alarma que no dejaba de ser suficientemente justificada. Si en Valladolid mandaba un hombre que, como de talento y de una experiencia consumada en los procedimientos de aquella guerra, con algunas tropas á su disposición, sin otra tarea por entonces que la de vigilar á los guerrilleros de su distrito, y una caballería muy temible en sus manos, no se dejaría imponer fácilmente, y así lo demuestran sus despachos oficiales, en el cuartel real francés existían motivos más que fundados para preocuparse el soberano y sus generales de la marcha de unas operaciones cuya combinación era necesario y hasta urgentísimo hacer por un lado ú otro ineficaz en todo el alcance á que sus autores,

los españoles, aspiraban al emprenderlas. Porque, á la vez que se adelantaba por Salamanca el Duque del Parque, así como resuelto á cortar las comunicaciones que los franceses habrían de seguir en el caso de un revés serio, mantenía el de Alburquerque en Extremadura posiciones que, en la ignorancia de sus fuerzas, obligaban al mariscal Mortier que, con la ausencia de Soult, reunía el mando de los cuerpos de ejército 2.° y 5.°, á reducirse á un plan de observación entre Montalbán y Talavera, atento no sólo al Duque y á Wellington, cuyo retraimiento no se le hacía creible, sino á proteger el hospital de la segunda de aquellas poblaciones, atestado de enfermos y heridos. Pero ni aun eso constituía la mayor preocupación del rey José; porque á su frente y ya casi á su vista se presentaba uno de los ejércitos más numerosos de cuantos España había logrado reunir en aquellos tiempos.

Ejército del Centro.

El ejército del Centro ó de la Mancha, como aun se le llamaba, después de tentativas varias fracasadas, marchaba, con efecto, resueltamente sobre Madrid, decidido á arrojar á los franceses para siempre de las provincias castellanas.

Al dejar su mando el general Cuesta, lo había entregado al general Eguía, su segundo en la campaña de Talavera, quien, según dijimos en el Capítulo III del tomo anterior, se hizo cargo de él en las peores circunstancias, en discordia con Wellington, á quien no logró atraerse á pesar de sus gestiones y las más conciliadoras todavía de D. Lorenzo Calvo, y hecha ya la opinión en España de la esterilidad de tan gran esfuerzo como el que acababan de desplegar la nación, su gobierno y sus ejércitos. Concentrados los franceses de



nuevo después de su victoria de Almonacid, creyendo que sólo así podrían hacer frente á los varios españoles que, aun escarmentados, amenazaban con una nueva invasión de las Castillas, el de la Mancha volvía á ocupar el territorio en que poco antes había campeado desde Sierra Morena hasta muy cerca del Tajo entre Aranjuez y Toledo. Y como Cuenca se había vuelto á hacer centro de operaciones, apoyado por fuerzas y provisiones que cada día le llegaban de Valencia; y aún se mantenía en Extremadura el Duque de Alburquerque, si no temible por sí mismo y el número de sus tropas, mucho por las británicas establecidas á su retaguardia, el Intruso y sus mariscales pensaban que, ínterin no terminase la guerra de Austria, su papel no podía pasar del de mantener la derecha del Tajo, dejando para mejores tiempos el tomar la ofensiva y extender la acción de sus armas hasta las provincias andaluzas. Ya el 1.° de octubre tenían noticias de que serían muy pronto acometidos, y esperaban conocer por dónde y por quiénes para mejor resistir dirigiendo sobre los ejércitos españoles el mayor núcleo posible de los suyos. Contra los de Cuenca y la Mancha pensaban tener fuerzas suficientes en derredor de Madrid, y contra los ingleses concentrarían el 2.° y 5.° cuerpos en Talavera y el 6.° que se haría bajar por Avila á su retaguardia. Este proyecto, al menos, es el que se deduce de los despachos del Mayor General francés en la fecha anteriormente citada. Ni sabía Jourdán la, es verdad, inexplicable conducta de los ingleses, ni temía nada de lo que pudiera sobrevenir por la parte de Ciudad Rodrigo y Salamanca.

Y esto prueba el partido que hubiera podido sacar-

se de la intervención inglesa en la campaña que se preparaba; porque, de haber asomado siquiera Wellington por el puente de Almaraz y apoyado Beresford á Parque, el mariscal Mortier no hubiera podido acudir ni á Salamanca, como después se le ordenó, ni á la Mancha, donde fué el primer mantenedor de la causa francesa en la batalla de Ocaña; y es más que probable que los franceses se habrían retirado en todas partes, faltos de fuerzas y abrumados por las de sus enemigos en tan varias y temibles direcciones.

Pero sin la cooperación de los ingleses ¿era prudente y podría ofrecer garantías sólidas de éxito la expedición española sobre Madrid? Nuestras ideas en ese punto se hallan tan hondamente arraigadas como son antiguas en nuestro ánimo y en nuestra, aunque pobre y humilde, inteligencia. Al redactar en 1848 la memoria que, después de levantado el plano de la batalla de Ocaña, debía ofrecer al Depósito de la Guerra la comisión de que formábamos parte, decíamos: «Dictó, pues, (la Junta Central) sus órdenes para que el ejército acampado en Sierra Morena se lanzara á Castilla, con la esperanza de ver pronto evacuada la capital de la Monarquía por sus injustos agresores.»

«Esta resolución no era de ninguna manera prudente, visto el estado de la guerra. Es verdad que el ejército francés se hallaba muy escaso de fuerzas, tanto en razón á las que había tenido que acumular en Austria, como por las bajas que en él producía la guerra de nuestras partidas y el estar en su mayor parte compuesto de conscriptos; pero, en cambio, la oficialidad era la misma que había combatido en Jena y Friedland, observaba una rigorosa disciplina, se encontraba posei-

da de un orgullo desmedido por sus victorias y las de sus compatriotas, y maniobraba cual no sabía hacerlo la de ningún otro ejército. El anglo-portugués creía conseguido su objeto con la guarda del vecino Reino, cuya independencia debía indudablemente á la guerra de España; y, no fiando en los ejércitos que ésta allegaba, creía deber esperar á que los partidarios causaran y destruyesen á sus enemigos para descender en seguida de las crestas que ocupaba y arrancar á aquéllos la gloria que de derecho les correspondía por sus generosos esfuerzos. Y si bien Galicia y Valencia se veían libres de enemigos, si Murcia y las Andalucías no los habían visto aún, defendidas, la primera por la poca importancia que se le daba, y la segunda por la cordillera de Sierra Morena, creida ya inexpugnable, y Extremadura respiraba un tanto á causa de la proximidad del ejército inglés, el francés tenía esas atenciones de menos y, de consiguiento, le era dable en un día reunir en Castilla tantas fuerzas como pudiera necesitar para reducir á la nada á las que osasen pisar aquellas provincias. Animado, además, por las últimas noticias (las de la paz de Presburgo) y esperando de un día á otro refuerzos considerables, acaso la presencia de su Emperador, que acababa de admirar los esfuerzos de los ejércitos de Alemania y de Italia, querría presentarse ante sus ojos vencedor también, no cual lo había hecho en el año anterior. De consiguiente, sin la cooperación del ejército aliado, sin un movimiento combinado que fuese simultáneamente empujando á los enemigos, ya dividiéndolos, ya presentándoles un día un total de fuerzas muy superior al suyo, jamás debió emprender la Junta Central la campaña que vamos á describir.»

Decíamos que las tropas de Venegas recorrían de nuevo la Mancha, combatiendo sus avanzadas con las francesas en Tembleque, La Guardia y muy cerca de Toledo, á las órdenes del infatigable y hábil D. José de Zayas, jefe de la vanguardia. En vísperas de una nueva jornada sobre Madrid, la Central quería, no sólo mantener la alarma entre los franceses por aquel lado, sino enmascarar su pensamiento de invadir la vieja Castilla, á lo que le ayudaban grandemente el destacamento dejado en Extremadura, ya que no podía contar con los ingleses, y el que se había presentado y crecía por momentos en Cuenca, que tenía algunas fuerzas adelantadas hasta Tarancón y aun Fuentidueña. Así es que tuvo un gran disgusto cuando al tomar Eguía el mando del ejército de la Mancha, hizo, ante el movimiento ofensivo del mariscal Víctor sobre Daimiel, Almagro y Ciudad Real, se retirase á Sierra Morena la masa general de las fuerzas para darlas, con mayor cohesión y disciplina, la confianza y el vigor que suponía indispensables antes de emprender la marcha sobre Madrid (1).

¿Era que le faltasen á él esas cualidades tan necesarias para la guerra al suponer que carecían de ellas las tropas que iba á mandar? Lo que nosotros creemos es que, oficial organizador y muy dado á los procedi-

---

(1) Para que se vea qué noticias tenía Víctor, copiamos una pequeña parte de su despacho de 17 de octubre en Daimiel.

«Yo, dice, debo batir al ejército que tengo en frente, si acepta la batalla, y, en ese caso, dirigir al Tajo una parte de las tropas del 4.º cuerpo para dar al Rey medios de atacar con ventaja á los ejércitos de Wellesley, Beresford, etc. Debo también enviar esas mismas tropas, si Romana, evitando el combate, se retira á Sierra Morena. Estas diversas disposiciones me parecen muy juiciosas, y las ejecutaré de modo que aseguren el éxito.»

mientos de instrucción, más doctrinal que práctica y más para aquellos tiempos en que el entusiasmo rechazaba toda demora, por prudente que fuera, en el combatir al enemigo de la patria, traidora y cobardemente invadida, pensó que, sin una preparación sólida, volvería á presenciar el espectáculo del primer día de Talavera, tan repugnante á su espíritu militar verdaderamente antiguo. Pero puesto de frente á la corriente general, así en la opinión de las tropas, como del pueblo y del Gobierno no podía despreciarla por la situación misma en que ya se hallaba, tendría que ser arrollado y á los pocos días, con efecto, recibía la orden de su relevo por el general D. Juan Carlos Areizaga (1).

General Areizaga.

Hallábase éste en Lérida, comisionado por Blake para poner aquella provincia en estado de resistir las invasiones de los franceses de Aragón, estableciendo relaciones con los tan famosos guerrilleros de la tierra alta y aun la de Navarra, cuando, en fin de septiembre, fué llamado al ejército del Centro y el 22 de octubre á su dirección en jefe para la próxima campaña. La de Alcañiz habíale dado gran reputación en Cádiz, donde se dice que tenía muchos amigos influyentes en la opinión y en las esferas del Gobierno, por lo que su nombramiento fué muy bien recibido y hasta acreditado en los primeros momentos al despojar su cuartel general de la nube de oficiales y empleados inútiles que generalmente acompaña á tales centros de acción militar que no

(1) Parece que no era así como Eguía explicaba su retirada sino como un movimiento con que sorprender después á los franceses revolviendo sobre ellos inesperadamente y cuando dividieran, confiados, sus fuerzas.

pocas veces entorpecen. No gozaba de fama excepcional por sus conocimientos militares, á pesar de haber sido en 1808 consultado por los generales Blake y Duque del Infantado para formar un plan con que repeler de Vitoria al Intruso; pero su bizarro comportamiento en la jornada de Argel el año 75 del siglo anterior, en Orán el 91, y en la guerra de la República, en que mandó uno de los batallones guipuzcoanos y sirvió de ayudante á D. Ventura Caro, las varias heridas que había recibido en tan bien disputados combates, y su acción, sobre todo, particularísima en el de Alcañiz, infundían esperanzas más halagüeñas para el éxito de los que iban á reñirse, que la cautela y preocupaciones técnicas del general Eguía.

Y, sin embargo, los sucesos vinieron á dar la razón á éste, tan funestos resultaron para la causa española. Pero no tenía el Gobierno fuerza para resistir el impulso de las muchedumbres, así las civiles como las militares, todas despreciando irreflexivamente los peligros, por evidentes que se presentaran, ante el menor asomo, no decimos de probabilidad, sino de esperanza de conseguir su patriótico esfuerzo (1). Además, la noticia de las ventajas que iba obteniendo el Duque del Parque inflamaban los ánimos, lo mismo que en Sevilla, entre las tropas, considerándose por todos que no era ya posible retroceder del propósito de una campaña que se inauguraba tan felizmente. De todos modos, la suer-

(1) Hemos oido muchas veces al Conde de Clonard, que hizo sus primeras armas en Ocaña, que iba la tropa llena de alborozo aun sabiendo que sería, y fácilmente, derrotada. ¡Milagros de nuestro carácter y desapropio, tan antiguos como la nacionalidad española!

to estaba echada y no era de españoles el recogerla.

No habían pasado ocho días desde el en que Areizaga se hiciera cargo del mando y el ejército del Centro abandonaba sus posiciones de Sierra Morena. Componíase de siete divisiones lo que generalmente se llama el cuerpo de batalla, con una, además, de vanguardia y otra formada con toda la caballería del ejército. Constituían su fuerza 51.869 infantes, 5.766 caballos, 35 piezas de artillería y algunas compañías de zapadores. Los generales, jefes de las divisiones, todos, como es de suponer, á las órdenes de Areizaga, que llevaba por cuartel maestre al brigadier Muñoz de San Clemente, eran los brigadieres D. José Zayas, de la vanguardia, D. Luis Lacy, D. Gaspar Vigodet, D. Pedro Agustín Girón, don Francisco González Castejón, el mariscal de campo don Tomás Zeraín, el de igual clase D. Pelegrín Jácome y el brigadier D. Francisco Copóns, de las siete del grueso del ejército relativamente, y D. Manuel Freire, de la de caballería (1). Todos eran muy conocidos y res-

(1) No ha podido obtenerse el cuadro detallado de la fuerza y organización de aquel ejército.

Hacía poco tiempo, á fines de septiembre, se había dispuesto una requisición de caballos con el objeto de hacer llegar los del arma hasta el número de 30 000, con lo que, se decía en el preámbulo del decreto, se lograría una marcada superioridad en ese punto sobre el enemigo. Pocos resultados dió tal medida. En cambio y como si se quisiera responder á tal disposición, el general Kellermann, *gobernador general*, como se hacía llamar, *de la España superior* (que comprendía la parte de la Península desde Salamanca y Zamora hasta Guipúzcoa), dictaba la de 28 de octubre, disponiendo otra requisición mucho más rigorosa, rebajando la alzada, incluyendo las yeguas y condenando á toda cabalgadura que no reuniese las condiciones requeridas á la pérdida del ojo izquierdo. Todo era, por supuesto, con el fin de privar á los *rebeldes* y *salteadores* de medios para hacer sus correrías de costumbre, y de aumentar la remonta del ejército de S. M. I.

petados de las tropas por sus excelentes cualidades, reveladas en los combates narrados ya en esta historia, y los seguían estados mayores en que también se habían hecho distinguir oficiales que bajo ningún concepto desmerecían de los más brillantes de otros ejércitos. La tropa iba bien armada y con la instrucción posible, siendo en su mayor parte bisoña y no pocas veces batida; pero aun así, ya lo hemos dicho, dispuesta á pelear con honra si no lograba hacerlo con fortuna (1).

Entra en campaña.

El 3 de noviembre pasaba el cuartel general á Santa Cruz de Mudela y el 7 á Herencia, precedido de la vanguardia y 1.ª división que aquel día pernoctaron en Madridejos; haciéndolo la 2.ª y 6.ª en Quero, la 3.ª y 7.ª en Puerto Lápiche, la 5.ª en Villarrubia y la 4.ª á la inmediación de su general en jefe. La caballería iba muy adelantada, explorando el terreno que la de los generales franceses Milhaud y París se apresuraban á abandonar al ver la rapidez con que los españoles habían iniciado su marcha; retirándose el primero por la

(1) Nápier ha dicho que las tropas iban por la Mancha sin los recursos que siempre debe llevar preparados la administración militar y sin más equipo que sus armas. Esto no es exacto aunque pueda creerse probable tratándose del Ejército español. El señor Canga Argüelles lo refutó victoriosamente; pero hay además un testigo de toda excepción que lo desmiente de una manera rotunda. D. Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas, que mandaba la 3.ª división, decía en un interrogatorio que se hizo á los principales jefes de aquella funesta jornada: «La división de mi mando estaba bien armada, vestida é instruída; tenía toda la disciplina de que eran susceptibles las tropas, la mayor parte nuevas...»

Más aficionados al estudio de nuestros grandes reveses nacionales que al de las victorias alcanzadas, por creerlo superiormente instructivo, quizá nos detengamos demasiado en el de la batalla de Ocaña; pero acaso nos lo agradezcan los lectores de este libro por la resonancia que tuvo un combate cuyos resultados fueron tan funestos, y cuyas consecuencias, no menos tristes, se tocaron inmediatamente.

carretera general hasta La Guardia y Dos Barrios, y el segundo hacia Toledo. Así, el 8 por la mañana el general Freire, avanzando en avanico, se halló con Milhaud en la cuesta del Madero, posición sumamente ventajosa entre los dos pueblecillos que acabamos de nombrar.

Acción de la cuesta del Madero.

Desde La Guardia el camino se abre paso suavemente por una áspera ladera que forma la orilla izquierda del arroyo Escorchón, cruzado el cual por un cómodo puente, se dirige á ganar la meseta de la margen opuesta serpenteando en la falda, más accesible aún, bien que accidentada por algunas barrancadas que prestan sus aguas, en tiempo de lluvias, á aquel riachuelo que las conduce al Tajo. En uno de esos barrancos, que lleva el nombre de Cañada del Madero, vence la carretera el acceso á la llanura dilatadísima de Ocaña, por una revuelta conocida también por cuesta del Madero, coronada aquella mañana por la caballería francesa.

El general Milhaud no debió pensar en defender aquella posición, ya que se sentía perseguido en su retirada por un número de caballos muy superior al de los suyos, y cuyos bríos había experimentado en los reconocimientos de los días anteriores y en varios combates parciales que los españoles sostuvieron con singular y hábil energía (1). Ni la hubiera defendido al ob-

(1) Shépeler describe uno, apuntado también en un parte del general Zayas. «El 29 de octubre, dice el historiador alemán, el teniente coronel Villalobos (era capitán á la sazón) mantuvo entonces una escaramuza en el Moral con cerca de 1.000 jinetes enemigos. Obligado á ceder, se retiró á cosa de media legua y al anochecer rodeó á gran distancia y por los olivares que cercan aquel lugar con algunas fuerzas que inmediatamente comenzaron á tirotearse con los franceses. Estos,

servar los movimientos de los españoles, situados en La Guardia, si éstos no hubieran precipitado su ataque, temerosos, sin duda, de que se les escapara la primera ocasión de importancia que se les presentaba para, escarmentando rudamente á sus enemigos, dar calor á la campaña con un triunfo que elevase la moral del ejército en el decisivo que para muy pronto esperaban. Pero el general Freire, que con mucho acierto había dispuesto una excelente maniobra enviando por un lado al coronel Osorio con los regimientos de España y Dragones de Granada y por el otro á D. Rafael Santisteban con sus Cazadores francos para que, aun dando un gran rodeo, pudiesen atacar de flanco á los franceses, apresuró la de frente al punto de hacerse aquella ineficaz hasta los momentos en que puede decirse que era innecesaria. Puesto en el borde de la altura junto á La Guardia y viendo que el fuego no alcanzaría al enemigo, establecido en la opuesta del valle ó cañada del Madero, lanzó por las revueltas del camino á los granaderos, á caballo, de Fernando VII y á los dragones de Lusitania que, desordenados naturalmente, mal podían, al ganar la cuesta, resistir la carga de la caballería francesa, formada en batalla en lo alto, y que, según el mismo parte de Freire, *los acuchilló sobradamente*. Aquel contratiempo enseñó á nuestros jinetes el único modo que había para vencer la resistencia de los dragones enemigos; y ya que no podía esperarse á terminar la maniobra de Osorio, los demás regimientos, unos siguiendo el movimiento iniciado por

creyéndose envueltos por tropas muy superiores en número, huyeron pronto; y los españoles hallaron en el Moral la cena preparada para sus adversarios.»

la carretera y otros trepando, aunque dificultosamente, por la ladera y los barrancos próximos ya citados, lograron formar en la meseta ante los franceses que, viéndose así flanqueados, hubieron de retroceder un poco por la llanura. Aun entonces cargaron repetidamente los franceses, tan bizarros como siempre, no cesando, al retirarse después según aumentaba el número de sus adversarios, en sus ataque hasta que, ya cerca de Dos Barrios, acometidos de flanco por Osorio, hubieron de acogerse á Ocaña, al abrigo de los batallones allí apostados y de la artillería, cuyo fuego y el anochecer en aquellos momentos detuvieron á los nuestros en su avance.

La acción de nuestra caballería fué notable y su conducta bizarrísima; pero hubiera sido mucho más fecunda de haberse esperado á que los escuadrones destinados á flanquear á los franceses hubieran podido simultanear sus cargas con la general que les diera la masa principal que dirigía el general Freire. La culpa regularmente no sería de él, hombre experto en el manejo de la caballería; sería de los que ansiaban medir sus armas con el enemigo y más viéndose muchos y bien organizados. Los primeros, esto es, Fernando VII y Lusitania, sufrieron bastante y no poco los dragones de la Reina que cargaron con la mayor gallardía; pero al fin lograron ver las espaldas á los enemigos que, según sus cronistas, perdieron 25 hombres y otros tantos caballos (1).

(1) El parte de Freire dice que entre los muertos y heridos españoles se contaban oficiales y sargentos dignos de singular recomendación. Los nombraba después, pero añadiendo que los franceses dejaron un buen trecho de su camino cubierto de cadáveres.

A aquella acción siguió tres días más tarde otra muy reñida también y en que volvió á representar el principal papel la caballería en el sitio precisamente en que había terminado la primera. Habiendo retrocedido Freire el 9 á La Guardia, de orden del general en jefe pero sin que sepamos por qué, volvía á avanzar el 10 al observar en las posiciones del 8 nuevos cuerpos de caballería, enviados en reconocimiento de los nuestros por el general Sebastiani que, establecido aquel día en Ocaña, debía reunir á la división polaca, que estaba á su lado, la alemana que marchaba desde Toledo por la derecha del Tajo. Al levantar Freire el campo, los escuadrones franceses se replegaron hasta muy cerca de Ocaña, seguidos siempre por los nuestros que se encontraron allí con toda la división Milhaud apoyada en la población y en unos 4.000 infantes y gran número de piezas de artillería. La acción entonces se inició entre éstas y las baterías volantes que acompañaban á la caballería española y las que se habían adelantado á su división de Vanguardia que no podía seguir con la rapidez necesaria el aire de nuestros jinetes. No tardó, sin embargo, Freire en lanzarlos sobre los franceses que, cargados resueltamente por Granada y Pavía, cedieron terreno hasta buscar en el pueblo el auxilio de su infantería, que logró contenerlos cuando varios de los soldados nuestros penetraban por las calles. Pero no debieron salir muy bien librados aquellos regimientos al llegar á aquel punto del combate, como tampoco los que á la vez que ellos pensaron en forzar las entradas de Ocaña; pues tras de pérdidas que alcanzaron las cifras de 201 hombres y 182 caballos entre muertos, heridos y contusos, hubieron de replegarse á esperar

Otra á las puertas de Ocaña.

la llegada de las divisiones 1.ª, y de Vanguardia, la cual no pudo verificarse hasta el punto de anochecer (1). A la mañana siguiente el enemigo había levantado su campo de Ocaña y trasladádose á Aranjuez, muy satisfecho de que nuestros generales no se decidieran la tarde anterior á un ataque, del que hubiera salido maltrecho teniendo que retirarse ante fuerzas tan superiores y de noche.

Alarma en el campo francés.

La noticia de aquellos encuentros revelando en los españoles una iniciativa de que no se les creía capaces, produjo en el campo del Rey intruso una grande y muy justificada alarma. Hubo que variar no poco los planes antes propuestos por el mariscal Jourdán y hasta entonces no cambiados por su sucesor el Duque de Dalmacia; y Mortier, que debía trasladarse á Castilla la Vieja, recibió la orden de prepararse á venir con las divisiones del cuerpo de su mando al cuartel real, dejando en Talavera y puntos inmediatos reconcentradas las del 2.º, que también estaban á su cargo. Pero ignorándose, no el proyecto general de los españoles, bien patente, de apoderarse de Madrid, sí el del camino que seguirían para el paso del Tajo, vigilados como estaban los más próximos á Aranjuez, punto de asamblea aquellos días de las tropas francesas por ser el en

---

(1) Estas bajas son sin contar las del regimiento de Pavía que, por pertenecer á la división de Vanguardia, no está incluído en el parte de Freire.

El general Areizaga, en una «Exposición» dirigida á explicar su conducta en aquella campaña y la posterior de Sierra Morena, achaca el fracaso de esta acción á no haber cumplimentado Zayas las terminantes instrucciones que personalmente, dice, y por escrito le dió para que, sostenido por la caballería de Freire y el resto del ejército, flanqueara y envolviese la columna francesa que, así, hubiera tenido que entregarse prisionera de guerra.

que cruza aquel río la carretera general, se vió á las del Intruso vacilar en sus operaciones, sin provecho, es verdad, para las nuestras que no supieron utilizar la sorpresa que producía su enérgica marcha ni el efecto de sus primeros resultados. La división alemana del 4.º cuerpo estaba en marcha, según dijimos que se había dispuesto, para reunirse á la polaca en Aranjuez. Por el mismo camino, el de la derecha del Tajo, recibió orden de acudir á aquel Real sitio el mariscal Victor con el 1.er cuerpo, dejando guarnición suficiente en Toledo; y el 13 se daba á Mortier la de trasladarse personalmente á la ciudad imperial, donde hallaría la caballería del general París, para desde allí reconocer todo su frente, sostener por su derecha al 2.º cuerpo y avanzar en caso necesario, por su izquierda, en apoyo de Sebastiani y Victor, reunidos ya en Aranjuez. Aquel mismo día, Sebastiani pasaba su caballería á la derecha del Tajo, quedándose con seis batallones y 200 caballos en la izquierda, para rechazar el ataque de los españoles, que ya se habían puesto á su vista, pero sin hostilizar á los dos regimientos polacos que tenía él á la mano. No respondía de poderse sostener allí; pero sí de que los españoles no cruzarían el Tajo en presencia suya, aunque sospechaba que se dirigirían á atravesarlo por otro lado.

¿Por dónde? He aquí el problema.

Areizaga emprende el paso del Tajo

Entre Aranjuez y Villamanrique existían entonces tres vados, que también éstos son mutables como tantas y tantas cosas en el mundo físico. El mejor por su anchura y piso es el de Oreja; allí hay caminos para Titulcia, de donde, cruzando fácilmente el Tajuña y el Jarama, es fácil dirigirse á Madrid. Agua abajo

del de Oreja, se halla otro mediano junto á los molinos de Aldehuela y, agua arriba, el del Molino de Colmenar, con casi los mismos caminos á Madrid y, más hacia la derecha, á Tielmes, San Torcaz y Guadalajara. El general Areizaga destinó el 14 la división Lacy á pasar el Tajo frente á Colmenar de Oreja, y dirigió la mayor parte del ejército á Villamanrique, donde hizo echar á uno y otro flanco del vado dos puentes que los ingenieros arbitraron con carros y piquetes tan rápida como hábilmente (1).

La operación se vió entorpecida, es verdad, por un temporal de aguas, en cuyo accidente, que duró tres días, el mal menos grave debía ser el de la elevación de las del río, desatendido al compararlo con el del estado en que se pusieron los caminos que de Ocaña y Dos Barrios conducen á aquellos puntos, todos peores y al menor contratiempo impracticables, sobre todo en la estación más lluviosa del año. La torpeza recibía, pues, su castigo en el momento mismo de cometerse. Pero es que no parece sino que el general Areizaga,

(1) El mariscal Víctor que los examinó todos por estar en esos días destinado á impedir á los españoles el paso del Tajo por aquella parte, decía á Soult el 17: «Los vados de Villamanrique, Fuentidueña, el Encomienda (?) de Oreja, son practicables con dos ó tres pies de agua; pero no hay que fiarse en ellos por la frecuencia con que varían. Yo aconsejaría hacer que siguiesen al Ejército ocho barcas con todos sus útiles para echar uno ó dos puentes donde se quisiera pasar el río; sería cuestión de dos horas y me parece preferible este retardo á la incertidumbre de si pueden ó no pasarse los vados.»

Nuestros ingenieros, al echar los puentes, debieron inspirar ese consejo á Víctor.

Nuestra descripción de los vados está principalmente sacada de unos apuntes hallados en los papeles del general Areizaga.



que había iniciado la campaña con tanta energía y cuyo éxito debía consistir en proseguirla al mismo compás anticipándose á la concentración que naturalmente habrían de ejecutar los enemigos para oponérsele, se asustaba de su misión en los momentos precisos en que se había propuesto ó debía, por lo menos, llevarla á sus más próximos y felices resultados. Aun tomando las distancias más largas para encaminarse á su objetivo, si lo hubiera hecho con el empeño de ganar con su energía el tiempo perdido en el rodeo que impuso á las tropas, aún habría sorprendido á los franceses que, en la imprevisión de movimientos como los que presenciaban, tendrían que ceder regularmente el paso á Madrid antes de reunir los medios suficientes para estorbarlo. Pero no atreviéndose Areizaga á arrostrar el temporal y tomándolo por pretexto de su inacción, se establece en Santa Cruz de la Zarza, donde lo coge el día 18, teniendo desde el 15 en frente á Víctor, á quien no se atreve á atacar. En vez de hacerlo, y hubiera logrado batirle pues, entretanto, Sebastiani con sus dos divisiones y la de caballería adelantaba hasta Ocaña sus reconocimientos y, sorprendido de no encontrar á los españoles, repasaba el Tajo para reforzar á su colega y Mortier corría á Aranjuez, Areizaga continuó en Santa Cruz hasta el 18, en que todos los cuerpos franceses y la división Dessolles y la Guardia Real, el Intruso, por fin, en persona con cuantos elementos militares tenía á su disposición, se ponían, puede decirse que á su vista para vencerle y aniquilar su ejército.

No se necesitaba traer á la memoria la tremenda fantasía de Fray Luis de León para augurar una nueva



catástrofe en las márgenes del río profeta de la pérdida de España (1).

Los franceses debían creerse impotentes aún para tomar la ofensiva sobre aquella masa de enemigos, ocupada en tantear los pasos del Tajo por caminos tan extraviados.

De otro modo, con establecerse en Ocaña y llamar á sí á Víctor y Mortier, hubieran cortado al ejército español que, vencido al retroceder hacia sus comunicaciones por la excepcional posición en que se había colocado, habría recurrido, mejor que á una retirada en orden, ya imposible, á su dispersión y pérdida total. Pero Sebastiani, al descubrir la situación de Areizaga, todavía temió por Víctor y aun por Madrid, y se dirigió á reforzar al Mariscal para impedir el cruce del Tajo, con lo qué los españoles pudieron volver á Ocaña sin peligro, aun cuando con tal apresuramiento que no lograron verse reunidos hasta la mañana del 19, día de su catástrofe (2).

---

(1) En la «Exposición» citada da Areizaga noticia de sus proyectos. «Mi plan, dice, era el de pasar el Tajo, evitando toda acción general y colocarme á las inmediaciones de Madrid, formando algunos reductos y atrincheramientos sin perder momento, auxiliado de su vecindario, tan conocido por su decidido patriotismo, consiguiendo con ello, no sólo mejorar de posición y colocar mi ejército con ventaja, particularmente siendo compuesto de tropas casi todas visoñas, sino también evitar la dispersión que anteriormente había experimentado el mismo ejército en las acciones que tuvo en la Mancha, por componerse de soldados de esta provincia y los reinos de Andalucía; siendo no de poca consideración el trastorno del enemigo, teniendo que evacuar á Madrid precipitadamente con el intruso Rey á la cabeza.»

No sin motivo se consideraban los soldados de Ocaña vencidos al dejar sus cantones de Sierra Morena.

(2) Y el mismo Areizaga temió el establecimiento de los franceses en Ocaña, puesto que en su despacho del 18 á Girón le dice por P. D.: «Conviene que nuestro ataque sea decidido

Los franceses lo hacían el 18 en Aranjuez; y por la tarde se mostraba su caballería en Ontígola con objeto, sin duda, de reconocer la posición de los españoles (1). El ejército imperial, así, obtenía para la acción

Acción de Ontígola.

---

para que se frustre su combinación, pues no hay duda en que trataban de verificarlo en Santa Cruz, cogiéndonos por frente y espalda.»

Los franceses, repetimos, no se consideraron con fuerzas para tal maniobra, cuya utilidad no podía escaparse al talento de sus generales.

La lectura de las «Memorias del Rey José» son muy instructivas en ese punto. Los despachos del mariscal Víctor á Soult y los de éste á Mortier y Sebastiani, estampados en ellas, revelan por manera elocuentísima en los generales franceses esa idea de la ignorancia en que se hallaban de la verdadera fuerza de los españoles, moral y material, de las condiciones de su general en jefe y, sobre todo, del pensamiento en que se inspiraba aquella campaña. Porque ante el de Mortier de flanquear y aun envolver desde Toledo y Tembleque á nuestro ejército del Centro, temía Soult dejar á descubierto Madrid y más aún Talavera, amenazada, en su opinión, por los ingleses. «Os confieso, le decía, que por poco caso que haga de las tropas españolas, no las desprecio tanto como para comprometerme en una operación de esa magnitud.» Y Víctor desde Morata escribía el 16: «¿no sería creible que se nos estuviera entreteniendo aquí para proteger las empresas que los ingleses cometiesen por la parte de Talavera ó la de Salamanca? Estoy muy inclinado á creerlo.» ¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

(1) El estudio detallado de la asamblea de los franceses en Aranjuez se hace sumamente curioso porque revela, al mismo tiempo que el temor en ellos de un ataque inmediato á Madrid y sus vacilaciones en ciertos momentos, según acabamos de exponer, la prodigiosa actividad que sabían desplegar en las circunstancias que tenían por verdaderamente críticas. No hay más que saber leer uno de los párrafos de «Victorias y Conquistas» en este punto, para comprender bien este concepto nuestro. «El mariscal Mortier, dice, dejó una brigada de infantería y una de caballería al general Gazán para cubrir las avenidas de Toledo y se trasladó á Aranjuez con el resto del 5.º cuerpo. El duque de Trevisa, sin embargo, no llegó á aquel punto sino después de una contramarcha; porque, al saber que Areizaga había hecho á una fuerte columna suya pasar el Tajo por Villamanrique, dirigió el 5.º cuerpo á toda priesa sobre Madrid, que era necesario cubrir y de donde no distaba su fuerza más que dos marchas. El duque de Trevisa partió, pues, la noche del 16 al 17, llegó á Valdemoro; donde acababa de establecerse, dispuesto á continuar á Madrid ó al encuentro del

que se preparaba una fuerza do 40.000 infantes, 6.000 caballos y una numerosa y excelente artillería. Componíanle la primera división y la segunda, menos la brigada que quedó en Toledo, del 5.° cuerpo; todo el 4.° con sus divisiones alemana y polaca; la división del General Dessolles con dos batallones de infante[illegible] es-pañola y la guardia real que mandaba el gener[illegible] M[illegible]lín; la división de dragones del general Mill[illegible] brigada de cazadores y lanceros polacos del general París y la de húsares y cazadores del 5.° cuerpo á las órdenes del general Beauregard, y, como decimos antes, un gran golpe de artillería que regiría el general Sénarmont, tan acreditado en el manejo de esta arma. El primer cuerpo, del Duque de Bellune, debía acosar á los españoles por Villamanrique hasta reunirse al cuartel real en los altos de Ocaña ó La Guardia, según la marcha de las operaciones; quedando en Madrid una guarnición compuesta de la brigada Godinot, que ya volvía de Salamanca, y la de Rey, de tres regimientos,

---

enemigo, cuando fué llamado á Aranjuez. La presencia del primer cuerpo en Morata y en Villarejo de Salvanés, en el camino directo de Villamanrique á Madrid por Arganda, había obligado á Areizaga á renunciar á su plan y, recogiendo las tropas que habían cruzado el Tajo, destruyó los puentes y avanzó contra el 4.° cuerpo, del que una parte había quedado en Aranjuez. Este segundo movimiento exigió el restablecimiento de los puentes de Aranjuez que los franceses habían cortado por el deseo de que el enemigo se comprometiese del lado de acá del río, esperando con tal medida, de una timidez aparente, hacerle creer que el ejército imperial iba á mantenerse en la defensiva. La actividad del general Sénarmont procuró bien pronto los materiales necesarios; se restableció el paso en dos horas, y el 18, á las tres de la tarde, comenzaron á desembocar en la orilla izquierda el 4.° y 5.° cuerpos, la reserva y la guardia real con el Rey á su cabeza. El puente de la Reina había sido reparado por el general Sebastiani.»



de los que uno, el 75.° de línea, estaba destacado en Alcalá, Guadalajara y Buitrago.

Aun antes de haberse restablecido los puentes, el general Sebastiani, aprovechando un vado próximo á Aranjuez pasó á la izquierda del Tajo con tres regimientos de dragones de Milhaud, con los que se adelantó después por el camino de Ocaña hasta dar con parte de nuestra caballería establecida cerca de Ontígola, que, poco después, era además acometida por los cazadores y lanceros del general París, enviados por Mortier, temeroso de un fracaso de los dragones. Y entonces tuvo lugar el tan debatido combate de Ontígola, cuyos accidentes, ya que no su resultado, tan desastroso para nuestra caballería, están no poco envueltos en el misterio creado por las fantasías de los franceses y las contradictorias noticias de nuestros cronistas (1).

Allí sucedió lo que no quieren creer nuestros *sabreurs* modernos; que los hombrazos de los famosos carabineros reales fueron los primeros en volver grupas, y los guardias de Corps supieron mantener su puesto mucho tiempo, «supliendo, como dice Alcalá Galiano, el pundonor de cada individuo la falta de instrucción militar y de disciplina propia de un cuerpo en que todos los soldados eran oficiales.»

Nuestros jinetes, formados en línea sobre una me-

---

(1) Los nuestros no eran más de 4.000 caballos, como dicen varios historiadores franceses, sino 1.500 de la división Bermuy y de la del brigadier D. Manuel March. La mejor prueba de que no estaba allí la mayor parte de la caballería española es que no se halló en Ontígola el general Freire ni siquiera llegó á Ocaña con varios de sus regimientos hasta muy entrada la noche.

Schépeler dice: «Les cavaliers du général París repoussèrent vers Ocaña *quelques escadrons espagnols*.»



sota por donde vá el camino alto de Aranjuez á Ocaña junto al mal llamado Mar de Ontígola, pequeño lago formado artificialmente para el riego de una parte, la más elevada, del llano de aquel real sitio, rechazaron á los dragones de Milhaud y aun marchaban sobre ellos para cargarlos á fondo cuando aparecieron por el flanco derecho los lanceros de París que por un camino inobservado fueron á caer á toda brida sobre los nuestros con su veterano general á la cabeza. Aquella carga sorprendió, más que por su violencia, por su dirección á los regimientos españoles que marchaban contra los dragones, creyendo no tenérselas que haber más que con ellos; y en la sorpresa cedieron los primeros hacia el lado izquierdo, opuesto al de los polacos, y por fin huyeron y se desbandaron. No así los Voluntarios de Madrid y sobre todo los Guardias de Corps que iban en segunda línea y que hicieron cara á los polacos, los cuales, reunidos á los dragones de Milhaud que á su vez avanzaron de nuevo, se mezclaron con ellos en tan encarnizado como desigual combate. Tan reñido, que hubieron de ser de los que más caro pagaron el esfuerzo hecho por nuestros jinetes para, al menos, salvar su honor militar (1).

Pero no todos los nuestros se dieron, aun así, á la fuga, porque el regimiento de Pavía dió muestras de no dejarse imponer por la de los sorprendidos de la carga de flanco de los franceses. Mezcláronse los de Pa-

(1) De entre los Guardias salió con hasta once heridas el eminente poeta y distinguido estadista D. Angel de Saavedra, después Duque de Rivas que, para muestra de haberse batido con los polacos, sacó el pecho atravesado de una lanzada, puesto que eran los únicos que usaban lanza en el ejército francés.

vía con los asaltantes, y en aquella porfiada lucha no dejaron de sacar su parte de venganza, ya que á nadie cupo en tal jornada la de una gloria que quedó para los enemigos. El general París, encendido por el primer éxito de su ataque y más aún por la resistencia de los Guardias y de los de Pavía, se metió por entre las filas españolas con un ardor digno de mejor suerte, porque luchando, á brazo partido puede decirse, fué á caer muerto á los pies del cabo de Pavía, Vicente Manzano, que lo atravesó de parte á parte con su sable (1).

La retirada, sin embargo, se hizo inevitable y pronto se convirtió en precipitada y hasta en dispersión, perseguida nuestra caballería de muy cerca por la francesa. Bernuy pudo, sin embargo, avisar al jefe de la Vanguardia que acababa de entrar en Ocaña, quien, haciendo formar nuevamente su división, destacó el batallón de Plasencia que, con un fuego nutrido, detuvo á los franceses y los obligó después á retirarse á bastante distancia por el mismo camino de Ontígola, donde se mantuvieron aquella noche al vivac, pero con

(1) Para que se comprenda la resistencia de Pavía y que París fué muerto haciéndosele cara y cuando nuestros jinetes no pensaban en darse á la fuga, ni siquiera en retirarse, basta aducir el dato elocuentísimo de que Manzano tuvo tiempo para despojarle de su uniforme y de los papeles que llevaba, muy interesantes de haberse fijado en ellos para la marcha de los sucesos del día siguiente. El Gobierno concedió á Manzano dos escudos, uno de distinción y otro de premio. Y por cierto que no tiene fundamento la observación de Schépeler en este punto diciendo que el antiguo sistema de ascensos no consentía aún que llegasen á ser oficiales los simples soldados, porque para entonces no había en el ejército español cosa más de sobra que oficiales y aun jefes que un año antes eran sargentos, soldados y hasta paisanos, sin más antecedentes que los de su valor y servicios á la causa nacional. ¿Cómo no habían de hacerse oficiales cuando de alféreces se habían hecho coroneles y de coroneles ó brigadieres capitanes generales?

sus avanzadas y escuchas á la proximidad de Ocaña.

Desórdenes en Ocaña.

El combate de Ontígola fué el prólogo del terrible drama que iba á representarse el día siguiente. Al penetrar pocos momentos después en Ocaña el general Girón con las fuerzas de su mando, el pueblo, *yermo de sus vecinos* como decía después, que en su casi totalidad lo habían abandonado, ofrecía un espectáculo tan desconsolador como repugnante. Es sabido que población desamparada de sus moradores se hace objeto del saqueo de las tropas que la invaden, nacionales ó extranjeras, porque casa cuya puerta hay que violentar para el alojamiento, aun cuando sólo sea para el alojamiento, es inmediatamente robada, cuando no destruida en sus muebles y enseres. «Es difícil dice aquel General en su declaración, formarse una idea del estado del pueblo, yermo de sus vecinos, pero inundado de soldados que lo estaban saqueando con la mayor violencia; el ruido de los porrazos con que destruían cuanto hallaban, y los gritos de los altercados para el repartimiento del botín, era lo único que se oía: la mayor parte de los soldados que de este modo se conducían eran de caballería rezagados en Ocaña.»

No; de seguro serían de los fugitivos de Ontígola; porque nada más cruel y bárbaro que el cobarde.

Por más que Bermuy que, por ser el general más antiguo, se creyó en un principio sería el que mandase á los jefes de las divisiones de Vanguardia, 3.ª y 6.ª que se hallaban en Ocaña; por más, repetimos, que Bermuy y despues Girón trataron de remediar en lo posible tal estado como el en que se hallaba el pueblo, eran mucho más graves é importantes las atenciones á que estaban todos llamados en tan difíciles circunstancias.

El General en Jefe se había dirigido desde Santa Cruz á Dos Barrios; y era urgente, en su ausencia, proveer á lo que de sí pudiera dar la proximidad de un enemigo tan emprendedor como el francés. Puesto el mando en las manos de Girón, ya que Bernuy careciese, según hizo observar Freire que llegaba en aquella sazón, de las dotes de servicio indispensables entonces para ejercerlo, se dispuso por los generales presentes en casa de Zayas, donde se verificó aquel especie de consejo de guerra, oficiar de todo al General en Jefe pidiéndole órdenes con la mayor brevedad. Aquel oficio, escrito á las once de la noche, se cruzó, no sabemos por qué, con otro del general Areizaga, expedido á las ocho, en que se ordenaba á Zayas que marchase con su Vanguardia y la 1.ª división (que no estaba en Ocaña) sobre Aranjuez y *con enérgica celeridad al amanecer del día siguiente*, auxiliado por las demás tropas de infantería mandadas por Girón, que se situarían entre Ocaña y Aranjuez, donde mejor le pareciese á este general y al apoyo de la caballería de Freire, á quien se le pasaba la orden correspondiente, que no llegó; todo con objeto de reconocer el puente de barcas de Aranjuez y las fuerzas que los enemigos tuviesen en las inmediaciones de aquel real sitio. En la primera de las dos postdatas que seguían á la orden, se disponía se hiciese la operación *con el mayor cuidado y precaución*; por habérsele dicho que los franceses tenían en Aranjuez 20.000 hombres, cosa que no creía por haberle asegurado lo contrario los desertores, y que la 1.ª y 4.ª divisiones formaran la primera línea delante de Ocaña, y Girón con la restante tropa se situará á la espalda de dicha villa. En la segunda postdata se añadía que, á

pesar de lo dispuesto en la anterior, la 1.ª división y la 3.ª fueran las que se estableciesen delante, y las otras á retaguardia de Ocaña. Pero si estas instrucciones, cuya copia recibió también Girón, eran para confundir á él y á todos los generales que había en Ocaña, lo fué aún más la orden que recibió aquél después de enterado Areizaga de las noticias que le enviaba de que, corroborando las encontradas en los papeles de París, debían los franceses atacar al amanecer del 19 el campo español, orden en que, deseando anticiparse á ellos, se le mandaba que las divisiones de Vanguardia, 2.ª y 3.ª formasen con anticipación en las alturas que, después de conferenciar los tres generales que las regían, creyesen más *á propósito para cargar al enemigo con ventaja*, «Y si pudiera ser, añadía, á la mitad de la subida de las primeras alturas, las cuales tiene V. S. más conocidas que yo; en inteligencia, de que con la restante tropa me hallaré en segunda línea para enviar los refuerzos que se necesiten» (1).

Y á todo esto, el General en Jefe del ejército, y en momentos tan solemnes, continuaba como clavado en Dos Barrios, á más de una legua del punto que iba á ser atacado á las pocas horas, las que tardara en salir el sol, perezoso, es verdad, en aquella estación. El confiaba en Girón como jefe de las varias divisiones concentradas en Ocaña, encomendándole una iniciativa que sólo es dado impulsar al mando supremo que,

(1) El general Areizaga al dictar esa orden se olvidó, sin duda, de que aquellas alturas debían serle perfectamente conocidas, pues él mismo confiesa después que el día 11, «por la mañana hizo un reconocimiento *personalmente* en el campo y caminos que de Ocaña se dirigen á Aranjuez, para enterarse de la situación del enemigo».



como único responsable, la ha de someter á circunstancias del momento que nadie más que él puede apreciar; y Girón, perplejo y abrumado con las perplejidades, vacilaciones y desaciertos de Areizaga, hasta se quería desentender de los compromisos que le ocasionaba su autoridad ocasional en el sitio del peligro. Y es que Areizaga quería eludir los suyos con su ausencia en el momento crítico, y Girón evitar los que pudieran caberle, dilatando su acción todo lo posible hasta que su jefe llegara á cargar con todos los á que estaba abocado un mando tan espinoso en tales condiciones (1).

---

(1) En las contestaciones dadas en el interrogatorio que por orden de los representantes de la Junta Central, comisionados para formar sumaria á los jefes y oficiales que se hallaron en la batalla de Ocaña, Marqués de Campo Sagrado, Don Juan de Dios Gutiérrez Ravé y D. Rodrigo Riquelme, dirigió á cada uno de los generales de división el brigadier D. Pedro José de Gámez, Girón se empeña en aparecer desligado del mando que, como más antiguo, le correspondía y le fué reconocido en Ocaña la noche del 18, y aprobado por el General en Jefe en Dos Barrios. El mismo Girón dice en su declaración: «Así que estuvimos reunidos los generales, se trató de quién debía mandar, y siendo Bermuy el General más antiguo tomó el mando, y desde luego se ocupó en dar disposiciones de seguridad, parte de todo lo ocurrido, pidiendo órdenes al General en Jefe, y poner medios de contener el escandaloso desorden de los que estaban robando y saqueando el pueblo».—«A poco rato se presentó el general Freire, comandante de toda la cavallería, y habiéndose instruído de lo ocurrido, observó que Bermuy, aunque mariscal de campo más antiguo, estaba en el Ejército sin letras de servicio, y á sus órdenes, por lo que no podía convenir en que mandase; nosotros que ignorábamos esta circunstancia aprobamos su reparo, y el mando recayó en mí como más antiguo después de Bermuy.»

Y Zayas dice por su lado: «Esta accion (la de Ontígola) motivó la reunion en mi alojamiento de los generales y comandantes de division, que subcesivamente venían llegando al mismo destino: D. Pedro Agustín Girón, D. Juan Bermuy, Don Manuel Freire, D. Pelegrino Jácome, D. Gaspar Vigodet; lo primero que se suscitó después de haber establecido los puntos avanzados, y de seguridad, fué la reunion de mando á Don Pedro Agustín Girón que por su mayor antigüedad le correspondía, y desde entonces las providencias venían de dicho ge-



Era, así, muy fácil augurar el resultado del próximo combate que, por su lado preparaban los enemigos, dirigidos, al contrario que los españoles, por la hábil iniciativa de un hombre como el mariscal Soult, secundado por generales también peritísimos y emulando ante el hermano de Napoleón en talentos y energía. En la duda de las intenciones de Areizaga; en la de si sus movimientos encerraban el propósito de invadir resuel-

Batalla de Ocaña.

---

neral; de todo lo qual se dió puntual conocimiento al en Jefe; disposición que sin duda aprobó pues no la contradijo».

¿Cómo, pues, cabe negar que Girón ejercía el mando en Ocaña y era, de consiguiente, responsable del cumplimiento de las órdenes del General en Jefe, así las concernientes á su división como á las que se hallaban allí reunidas? Ni es disculpa la que el distinguido general da en su declaración, «pues el mando mío accidental en Ocaña, fué efecto de la confusion que causó el desórden de la caballeria y necesidad de remediarlo; si éste no hubiera existido, mi mando no hubiera tenido lugar, como otras muchas veces que varias divisiones se habían reunido en un pueblo, y entonces á nadie se le hubiera ocurrido decir que yo era el que mandaba allí, ni despues responsable de la operacion prescripta, pues en manera alguna lo indicaban las órdenes, antes hablan siempre colectivamente de los generales que debían de acuerdo dirigirla.» Entonces, ¿por qué preguntaba quién ejercía el mando de Ocaña? ¿Por qué Areizaga, desde que supo que mandaba él en Ocaña, le dirigía todas las comunicaciones, no á Zayas como la primera?

En lo que Girón tiene razón que le sobra es en la crítica ó juicio que hace de las órdenes y de la ausencia de Areizaga. Sobre todo, no tiene contestación el siguiente párrafo de su escrito: «¿Por qué, pues, dice, no haber venido á Ocaña á ver todo por sí, á recoger los datos de cada momento, á oir si quería la opinión de sus generales, á estar sobre el terreno? Se me podrá decir que el cuartel general no estaba más que una legua larga de Ocaña; ¿y una legua de ida y otra de vuelta, el escribir por una y otra parte, los retardos indispensables y últimamente el estar sobre los que han de obrar, ó tenerlos á una legua, no pone una inmensa diferencia? Es constante que el cuartel general de un Exército debe estar en el curso ordinario de las operaciones, á alguna corta distancia de las tropas; pero en los momentos críticos, estando encima de los enemigos, con todo el Ejército y seguro de atacar ó ser atacado por momentos, el puesto del general es no sólo entre sus tropas, sino en la Vanguardia, si fuere necesario, donde lo vea todo.»

tamente la capital ó dar tiempo á una combinación con los ingleses que facilitaran ese mismo plan, Soult se decidió, por el consejo, acaso de Víctor, á destruir inmediatamente el Ejército español del Centro, con lo que tendría, á su vez, tiempo también y facilidad de contener á los ingleses en su marcha, si la emprendían efectivamente, y hasta de vencerlos en otra batalla campal. Y combinando un movimiento desde Aranjuez y Ocaña con otro de Víctor por los vados del Tajo á su frente desde Morata y Chinchón, pensó atacar á Areizaga en las posiciones de Santa Cruz de la Zarza, donde se le suponía y estaba con efecto la mañana del 18. El ataque debía verificarse el 19, á lo más el 20, cuando los reconocimientos de los dragones de Milhaud y el combate inmediato de Ontígola hicieron comprender á Soult que tenía á los españoles más cerca de lo que creía; esto es, que se anticipaban á satisfacer sus deseos y ejecutar su proyecto, No cabían ya dudas ni vacilaciones, y la tarde y noche del 18 se pasaron en Aranjuez dictando las órdenes precisas para la batalla del día siguente. Se confió el mando de la caballería al general Sebastiani con los cinco regimientos de dragones de Milhaud y los cuatro de lanceros, cazadores y húsares de las brigadas París y Beauregard; el duque de Trevisa obtuvo el de la infantería ya anteriormente detallada, dejando en Aranjuez el regimiento núm. 43.° de línea para la custodia de los puentes y la conservación de las comunicaciones; el general Merlín se encargó de la guardia real, por su carácter, sin duda, de Capitán general de Madrid, y Sénarmont de dirigir la enorme masa de artillería que seguía al ejército francés. Y, aprovechando la seguridad que ofrecía la presencia de sus dragones y de sus



avanzadas en las puertas, puede decirse, de Ocaña, las tropas francesas se encontraban situándose desde el amanecer del 19 en disposición de dar principio á la batalla.

Las nuestras, si bien estaban formadas en Ocaña desde poco déspués de las cinco de la mañana, y esto consta de una manera oficial, no se movieron hacia las posiciones que debían ocupar hasta mucho más tarde. Areizaga podría haber mandado que se rompiese á aquella hora el movimiento, según su orden, ofensivo y anticipándose al de los franceses para no desmentir el carácter que desde su principio se había querido dar á la campaña; pero hubiera sido necesaria, para eso, su presencia desde mucho antes en el campo de la acción. Porque, con efecto, á las cinco y media y comido ya el rancho, iban las tropas á marchar al enemigo, aunque sin la cooperación de la caballería de Freire que no había recibido orden de hacerlo, y al poco rato se separaban los generales para ponerse á la cabeza de sus divisiones; pero inmediatamente, por no haber amanecido aún, y después por razones que este es el día en que no están justificadas, lo cierto es que cuando empezó á moverse la 3.ª división, que debía seguir á las de Vanguardia y 2.ª, eran las ocho y más, hora en que se presentó entre éllas el General en jefe (1).

(1) Girón, que asegura todo esto, dice que, al romper el movimiento, se dirigió á él uno de los generales, que cree era Freire, con estas palabras: «Pero ¿á dónde vá usted? á lo que le respondió: «No lo sé: sólo que me mandan ir á los enemigos, y voy». En tal estado de ánimo; con ponerse al frente de su división y arengarla, y por cierto muy discretamente; con hallar parada la de Vanguardia y sin poder andar la 2.ª, y con el tiempo empleado en averiguar las causas de aquella detención enviando oficiales y oficiales que pudieran darle cuenta de

La villa de Ocaña está situada en una vasta llanura, cubierta de sembrados en las inmediaciones de la población y de olivares y viñedos á alguna distancia, especialmente en los caminos de Andalucía y Valencia; esto es, á lo espalda y flanco derecho considerando el frente hacia Aranjuez y el valle del Tajo, de donde procedían los enemigos. Interrúmpela un barranco cuyo nacimiento se vé á poco más de un kilómetro hacia el mismo lado derecho, suave, en su origen, y angosto, ensanchándose gradualmente y alcanzando extensión y profundidad considerables al lamer las tapias de Ocaña, para, después, abrirse aún más hasta perderse á gran distancia al depositar las aguas del arroyuelo que corre por su fondo en el Tajo. Ese barranco, que desde el punto en que principia á formarse traza una línea recta hasta pasado Ocaña sirviéndole como de foso por su lado oriental, está cubierto de huertas, cortadas por varios caminos, entre los que hay dos que conducen á Aranjuez; el uno, abierto en las laderas del barranco y siguiendo, por lo tanto, su misma dirección, y el otro, atravesándolo para llegar á Ontígola, teatro del combate de la tarde anterior. Después de cruzar éste el barranco perpendicularmente, recorre una llanura bastante extensa, parte de la gran meseta de Ocaña que

Descripción del campo.

---

ellas, eran, repetimos, las ocho y media cuando, en presencia ya de Areizaga, rompió el movimiento hacia las ignotas posiciones que suponía se le habían querido indicar el inteligente general, según su detallada é intencionada crónica. Por cierto que Areizaga dijo después que, en presencia del ejército, hizo á los generales, con especialidad á Giron, los cargos más severos, á que no pudieron satisfacer. Girón dice en su declaración que los dirigidos á él no tuvieron la severidad que Areizaga manifiesta.

la domina, sin embargo, y con la que comunica en el arranque de aquél y se pierde en unas laderas algo accidentadas por vallecillos cubiertos en algunos puntos de olivares, donde se vé serpentear el camino hasta caer en el anchuroso del Tajo, al que por allí sirven de límite. Esta parte de la llanura, aunque suave, según ya hemos dicho, está algo ondulada y formando al borde del barranco frente á Ocaña un lomo bastante elevado para quitar la vista desde la otra margen al que no se sitúe en torre ó casa suficientemente alta de la población. En el interior de ésta, bifurca la carretera general de Madrid, dirigiéndose á través de lo más dilatado de la llanura uno de los ramales, á Andalucía por la inmediación de Dos Barrios, y el otro á Valencia por cerca de Noblejas, distante cosa de una legua y en el mismo rumbo del barranco, por terreno, los dos, en que más espesos se encuentran los olivares y se extienden hasta Villarrubia, Villatobas y puntos aún más distantes (1).

Posiciones de los españoles.

Al dirigirse la 2.ª y 3.ª divisiones al campo, todavía ignorado, de su acción, que ya hemos dicho debía ser agresiva según las órdenes del General en jefe, la de Vanguardia, que las precedía, entraba ya en fuego con los enemigos. Tomando el camino, que acabamos de describir, con rumbo á Ontígola, destacó el general Zayas al teniente coronel D. José Villalobos, comandante de las partidas de guerrilla de caballería para que, llevando en reserva el cuerpo volante de infantería que mandaba el también teniente coronel D. An-

(1) Véase el plano levantado por los oficiales de Estado Mayor y que publica el Depósito de la Guerra.

tonio Ramón, se adelantase hasta dar con los franceses que, de seguro, no se hallarían muy lejos. Y, con efecto, aún no habían cruzado el barranco todos los cuerpos de la Vanguardia y alcanzado la llanura del otro borde, cuando Villalobos le anunció la proximidad de fuerzas enemigas que un segundo aviso hizo saber que avanzaban á galope al encuentro de las nuestras. Ni tiempo tuvo Zayas para reconocerlas en su totalidad cuando hubo ya de hacer desplegar la división por batallones en masa para recibir á la inmensa de la caballería enemiga que no lograban detener las guerrillas con su fuego.

En ese momento se presentó en la Vanguardia el general Areizaga que, no satisfecho sin duda de la detención de las otras divisiones ni de las causas alegadas por Girón que la hubieran motivado, quiso dirigir por sí mismo las maniobras de Zayas y establecer la línea de batalla. Cuál fuese el nuevo pensamiento del General en jefe, no es fácil de calcular al hacer en momento tan crítico que la Vanguardia retrocediese hasta situarse en la izquierda de Ocaña sobre el lado opuesto del barranco y extendiendo su flanco derecho casi paralelamente al camino de Dos Barrios. Esta nueva posición, al considerarla relacionada con la línea de batalla que señaló Areizaga á las demás tropas, constituía á la Vanguardia en cuerpo de reserva en un concepto, y de observación, por otro, de la carretera, que va por el barranco, y de la llanura que, cruzado éste por el enemigo, lo conduciría á espaldas de Ocaña y de todo el ejército. En eso sentido no merece las críticas de que ha sido objeto: las merece por la ocasión en que se dispuso, cuando, según todas las probabilidades, iba á

comenzar la batalla, ocasión que aconsejaba haber encomendado á una de las divisiones que acudían de Dos Barrios la misión, harto importante, que ahora se confiaba á la de Vanguardia. A algo más que á las vacilaciones de Areizaga hay que atribuir determinación tan extemporánea; y ese algo no puede ser sino la confianza que le inspirase aquella división, compuesta de tropas, todas, selectas y regida por un general cuyo valor y cuya actividad le habían valido ya un alto concepto para empleados en momentos supremos ó en situación de la mayor transcendencia (1).

Al tiempo mismo que Areizaga y las divisiones que con él habían llegado de Dos Barrios, lo hacían la 1.ª y 4.ª, procedentes de Santa Cruz de la Zarza, que sin descanso alguno tomaron sitio en la línea de batalla. Extendíase ésta desde el bordo del tantas veces citado barranco de Ocaña, donde aún seguían las guerrillas de Villalobos y los infantes de Ramón tiroteándose con los jinetes franceses, hasta una distancia muy considerable, donde cerraba la extrema derecha la caballería, formada, como la infantería, en varias líneas. En el centro se estableció la infantería, desde la 2.ª di-

---

(1) Los franceses han dado después grande importancia á este movimiento retrógrado de Zayas, suponiéndolo de retirada ante el ataque de su caballería que, aun amenazando convertirse en carga, según el aire con que se presentó, no llegó á realizarse. ¿Qué mejor prueba de ésto que la de no haber comenzado la batalla hasta mucho más tarde y continuar Villalobos y Ramón en las avanzadas? Al presentarse Areizaga en la Vanguardia le manifestó Zayas «que las tropas que tenía el honor de mandar estaban llenas de confianza y deseaban se les emplease con la distinción á que su valor, tantas veces acreditado en esta guerra, les daba derecho».

Esas fueron sus palabras.



visión y desde la 3.ª, que la sucedía en la línea, á las demás que, como aquéllas, lograron, gracias á la parsimonia de los franceses, coronar la llanura que, según hemos dicho antes, domina la suavemente accidentada que cae al Tajo y donde se descubrían las grandes masas enemigas preparándose al combate (1). Esa parsimonia, mejor que de las tropas imperiales, á quienes hacemos el honor de considerar impacientes por emprender el ataque, del Mayor General del rey José, debía obedecer á la idea de que concurriese á la batalla el mariscal Víctor, destinado á, después de cruzar el Tajo, seguir á los españoles que se retiraban de Villamanrique y Santa Cruz hasta ponerlos entre su cuerpo de ejército y el cuartel real, que los atacaría por Aranjuez y Ocaña (2). Pero Víctor no parecía ni se observaba en

Orden de combate de los franceses.

(1) El único dato fehaciente sobre la formación de nuestras tropas en la línea, nos lo suministra Areizaga en su tantas veces citado escrito. En él dice lo siguiente: «Inmediatamente formé por mí mismo la primera línea en dirección del mismo Ocaña, colocando por la izquierda la división del general Vigodet, defendida por la frente de una gran zanja, para sacar del terreno toda la ventaja posible, haciendo centro del mismo pueblo, y por su derecha las divisiones de Girón, Castejón y Lacy; la de Copóns formaba martillo junto á las tapias de la villa, inmediata á la de Girón y de las demás; la segunda línea en columnas cerradas y á distancia competente para proteger á la primera y acudir adonde más conviniera, según las circunstancias. Las guerrillas de infantería que se hallaban avanzadas, estaban sostenidas por otras de caballería y de un cuerpo apoyado de una casa. La segunda línea la hice formar á distancia proporcionada en el orden de columnas cerradas, y la mayor fuerza de la caballería, al mando de su general Freire, cubriendo el flanco derecho; la restante, al izquierdo, al mando del coronel Ossorio y al costado de la división de Vigodet.» ¿Y la división Ceraín?

(2) Du Casse, apoyado en una carta de José, dice que Soult suplicó al Rey que no diese la batalla, á lo que se negó resueltamente el hermano de Napoleón que, después, se vanagloriaba de ello.



la línea española síntoma alguno que hiciese presentir su cooperación inmediata; y á las diez de aquella mañana funesta decidió Soult romper la acción por la derecha española, por donde quería aprovechar la configuración del campo, propio, por lo ilimitado de la llanura, para el uso de su muy superior caballería. Aun perdida la esperanza de que llegase Víctor á tiempo, se necesitaba bastante para la gran maniobra envolvente ideada por Soult con Sebastiani, pues que el ejército español, por lo numeroso y por la circunstancia del retraso de las divisiones Lacy y González Castejón, ocupaba todavía un gran espacio por la parte á que, al parecer, se dirigían los franceses á la línea. Eran, así, las diez de la mañana cuando las guerrillas de una y otra parte de los beligerantes rompían el fuego con la resolución ya de entablar la batalla. El mariscal Mortier, formando las divisiones alemana y polaca del 4.° cuerpo en columnas de regimiento, con un batallón desplegado al frente de cada una, las dirigió, apoyadas por la 1.ª división del 5.°, contra la derecha y el centro españoles, mientras la de Dessolles se presentaba al frente de Ocaña, por la derecha de aquéllas, y el general Senarmont, con toda la artillería de los dos cuerpos situaba hasta 30 piezas en una suave eminencia de donde le era dado batir, no sólo nuestra infantería, sino las baterías establecidas en sus claros para apoyarla. Solamente dejó seis piezas que pasaron al flanco izquierdo para que no se sospechara por su mismo abandono que aquel era el verdadero objetivo de la maniobra decisiva de la jornada, y otras seis que cañoneasen á los tiradores de nuestra Vanguardia que, desde el borde del barranco, hostilizaban á los que se

veía iban á atacar á la 2.ª y 3.ª divisiones formadas al otro lado (1).

El Intruso quedó en reserva con la guardia real y una parte de las tropas llevadas de Madrid.

Cede la derecha española.

Los polacos se dirigieron contra la división Coraín y ya ganaban las laderas que los separaban de ella, divisorias de las dos llanuras, cuando, viéndolos nuestras tropas, se lanzaron á su encuentro y los arrojaron gallardamente á su línea, que hubieran quizás roto á no impedirlo la artillería de Senarmont que las hizo detenerse, primero, y retroceder, después, á la suya. A pesar de este prólogo, tan glorioso para las armas españolas, las divisiones francesas siguieron, aunque lentamente, avanzando, y con más energía una vez rehecha la columna polaca, tan valientemente repelida. Por esfuerzos que hiciera nuestra artillería, y los hizo á punto de merecer los mayores elogios, no era posible neutralizase el fuego de la gran batería de Senarmont que, si en un principio no causó muchos estragos en nuestra infantería, pudo después coger algo de flanco sus filas y apoyar eficazmente el despliegue general de la francesa (2). El centro español, con todo,

(1) Por lo que dice el capitán badenés Rigel, se comprende que otro tanto sucedía en el ala derecha. «En el olivar ya mencionado, escribe, los españoles tenían oculto un número considerable de sus cazadores que recibieron á los cinco regimientos de caballería que marchaban delante de la división alemana-polaca con un fuego extraordinariamente vivo. En seguida fueron enviadas seis compañías polacas que lograron aventarlos después de una resistencia no muy obstinada».

(2) Schépeler, que no escasea censuras sobre aquella jornada, dice en este punto: «Allí se combatió reciamente y la artillería española, perfectamente servida, se mostró superior á la de los enemigos». En *Victorias y Conquistas*..... se reco-



enardecido por el fuego que así le azotaba, volvió á cargar al enemigo que, á su vez, se dirigía de nuevo á su encuentro. Llevados de la emulación que naturalmente había de producir aquella reacción, los batallones de la 3.ª división se pusieron también en movimiento, y el general Girón á la cabeza de su 1.ª brigada, la llevó, como él dice en su parte, á los enemigos, atacándolos con gran ardimiento; y ya iba á chocar con ellos á pesar de las muchas bajas que le causaban la metralla y la fusilería francesas, cuando se empezaron á sentir por la derecha los efectos de la maniobra de Sebastiani. La presencia de tan enorme masa de caballería impuso á la nuestra que, según dijimos, formaba en nuestra extrema derecha, produciendo en toda aquella parte de la línea gran confusión y hasta pánico, todavía no justificado. Los cuerpos que avanzaban hubieron de retroceder apresuradamente y, por lo pronto, los generales de las divisiones procuraron verificar un cambio de frente con que, además de contener á los que, á la voz de *¡Nos cortan!*, huían á todo correr, pudieran lograr hacer cara á una situación que por momentos se iba haciendo insostenible. El centro derecho, aunque con trabajo, logró establecerse en las eras de Ocaña con el barranco por delante y mirando á la parte de Noblejas de donde venía el huracán. La 1.ª división, sobre todas, se distinguió allí por la serenidad con que sus cuerpos maniobraron para estable-

---

noce que nuestras piezas «hacían un fuego vivo y bien dirigido».

Rigel dice: «Los españoles no retrocedieron, sin embargo, y su artillería estuvo tan bien servida que desmontó dos de nuestras piezas y aun incendió un carro de municiones, causando no pocos muertos y heridos.»



cerse con la solidez necesaria en circunstancia tan crítica, y su jefe, el brigadier Lacy, se hizo el héroe de aquel nuevo episodio de la batalla (1).

Cambio de frente.

Y no se satisficieron los españoles con ofrecer al enemigo una actitud que le debió parecer, al primer golpe de vista por lo menos, imponente, sino que despertándose en ellos el antiguo coraje, adormecido con tanto y tanto revés como venían sufriendo nuestros ejércitos, se lanzaron á otra segunda reacción ofensiva que, de haberse hecho general, hubiera todavía puesto en duda el éxito de la jornada. En el mar de contradicciones de que están plagados los relatos de nuestros historiadores y aun de los generales actores en aquel tremebundo drama; hasta para que se vea resplandecer el afán de veracidad que nos embarga en tan ardua tarea como la que nos hemos impuesto, y el espíritu imparcial en que nos inspiramos, acudimos á la relación que un libro, por demás apasionado y eco de la transmitida por el mariscal Mortier, tan interesado en las glorias francesas de aquel día, hace del gallardo arranque de nuestras tropas. «Durante aquel cañoneo (el de la batería de Senarmont), el general Leval, dicen *Victorias y Conquistas,* que había recibido la orden de apoyar la izquierda con las divisiones alemana y polaca, obligó con ese movimiento al enemigo á un cambio de frente con la derecha á retaguardia, y lo empujó hasta el barranco que, dando la vuelta á Ocaña, reaparecía delante

(1) Todavía recordamos que, al levantar el plano de aquel campo en 1848, cuantas personas nos favorecieron con sus noticias se hacían eco de la opinión de sus viejos convecinos que, con rara unanimidad, proclamaba á Lacy como el que más había resistido la entrada de los enemigos en Ocaña.



del nuevo frente. Esa nueva posición se veía defendida por lo selecto de las tropas españolas. Apoyadas en su número y en la ventaja del terreno, aquellas masas se pusieron en movimiento queriendo tomar la ofensiva; y, momentos después, dos de nuestras piezas quedaban desmontadas, el general Loval era herido, perdiendo además uno de sus ayudantes, y el duque de Trevisa recibía una ligera contusión en el brazo derecho. La 1.ª división del 5.° cuerpo iba desplegada en segunda línea por batallones en masa; y viendo el Duque vacilar á la primera, mandó á aquella división el paso de las líneas á vanguardia, marchando al enemigo por los intervalos de la primera línea para desplegar, como lo hicieron con la mayor serenidad, y principiar un fuego de dos filas que, unido al de la artillería, no tardó en esparcir el desorden en el ejército español» (1).

Queda rota la línea.

El general Girard, jefe de la división que acababa de verificar tan feliz maniobra, siguió avanzando sobre nuestras tropas que, detenidas por el terrible fuego que sobre ellas llovía y observando las ventajas que iban obteniendo por su izquierda las de Dessolles que, después de cruzar el barranco, se ponían á punto de penetrar en Ocaña, y los estragos que por la derecha iba haciendo en las otras divisiones españolas la caballería de

(1) Esta relación tiene tanta más autoridad cuanto que está casi textualmente sacada del parte del mismo mariscal Mortier que, como hemos visto, dirigía personalmente aquella parte de la acción.

Rigel añade que muchos de los combatientes cayeron á tierra y que las águilas de los regimientos números 40 y 64 fueron agujereadas por la metralla española.

Sebastiani, trataron de acogerse al campo donde aún permanecía inmoble la Vanguardia (1).

Nuestra caballería, que en un principio había dado algunas cargas, aunque infructuosas, en apoyo de las tropas de la derecha y retirádose en desorden con ellas sin pretender siquiera hacer cara á los cazadores y húsares que llevaba Sebastiani por delante, se entregó á la fuga más vergonzosa cuando aquel general, aprovechando el ataque de Girard, lanzó todos sus escuadrones á la carga; unos, sobre las divisiones mal unidas que formaban en nuestra extrema derecha, y los demás sobre la misma caballería que, á lo visto, no podía ya resistir ni el aspecto próximo de la enemiga.

Derrota general.

En esos momentos, serían las doce y media, recibió Zayas la orden de atacar aunque sin señalarle punto ni objeto, con lo que marchó directamente al enemigo; pero, no sabemos si por desgracia ó por fortuna, se le revocó haciéndole que volviera á su anterior posición para ofrecer abrigo á las 1.ª, 3.ª y 4.ª divisiones que se acogían apresuradamente al olivar que se hallaba á su retaguardia. La 1.ª y la 4.ª se retiraban del combate de las eras que acabamos de describir, y la 3.ª, de las posiciones que había tomado al verificarse el cambio de frente delante de Ocaña, por cuyas calles, ocupadas entretanto por las tropas ligeras de Dessolles, hubieron de abrirse paso con sus bayonetas el batallón

(1) «Tan pronto como Dessolles, dice Rigel, hubo cruzado el barranco, se lanzó rápidamente sobre el enemigo por el lado derecho de Ocaña, mientras los cazadores de Baden y Nassau, desde el suyo (el derecho) del barranco, se fueron rectamente á asaltar algunas casas grandes y construidas de piedra que había delante de la población, defendidas por un batallón del regimiento de Africa con dos piezas de artillería.»



de Vélez Málaga y algún otro de los de la 2.ª brigada. La llanura se vió entonces teatro de las más terribles y conmovedoras escenas. En la extrema derecha se hallaban cortados de la línea varios cuerpos por la caballería enemiga que los obligaba á rendirse. Otros procuraban tomar el camino de Dos Barrios que inmediatamente era interceptado por la izquierda francesa que los alemanes y polacos, hasta la guardia real del Intruso, corrían á ocupar previendo que en aquella dirección emprenderían los españoles su retirada. Los mismos regimientos de caballería, detenidos en parte, bastantante escasa, por sus jefes y oficiales, al quererse reorganizar y aun recobrar su honra cargando á los que iban en su persecución, no hacían sino estorbar las maniobras y la acción de los de infantería que trataban de resistir enérgicamente la arrebatada marcha de los enemigos. Todo era confusión y ruido que llegó á exceder al de la misma artillería, la cual procuraba salvarse, ya en grupos, que sus jefes retiraban haciéndola maniobrar á la prolonga, ya en piezas sueltas que los regimientos próximos acogían en sus filas, decididos á protegerlas para, en ocasión propicia, aprovechar su fuego en la retirada.

Acción de la Vanguardia.

Sólo la Vanguardia formaba un núcleo bastante sólido para ofrecer á los que se retiraban punto de reunión y alguno, aunque ya deleznable, abrigo. Sin instrucciones del General en jefe, que en las últimas que le había enviado con un jefe de Ingenieros le concedía amplia libertad «para que obrase como mejor conviniera á las circunstancias», Zayas, viendo al enemigo avanzar de frente al apoyo de sus baterías, Ocaña ocupado á su izquierda, y amontonarse sobre él por la derecha

casi toda la caballería francesa, se decidió, con el consejo de ótros generales, á emprender la retirada. Comprendía que serían, más que inútiles, perniciosas las providencias que había tomado para defender su posición; y, situando su artillería en las avenidas del enemigo, en cuyas filas hizo no poco estrago, la caballería de su división, que mandaba el brigadier Rivas, sobre su izquierda, y los escuadrones que Osorio pudo reunir por la derecha, fué paso á paso retrocediendo con rumbo á Dos Barrios, donde llegaría por fin, á abismarse en la misma y general desgracia de las demás divisiones del ejército (1).

¿Qué hacía, se dirá, á todo esto el General en jefe? El General Areizaga.

Después de haber inspeccionado la línea de batalla al establecerse en las primeras horas de la mañana y según llegaban las divisiones, hasta entonces ausentes, de Santa Cruz de la Zarza y Dos Barrios, se había establecido en lo alto de una de las torres de Ocaña, de donde, con efecto, atalayaba perfectamente el campo todo circunvecino, pero desde la que mal podría dictar sus órdenes con la oportunidad conveniente, careciendo de medios ópticos de comunicación conque hacerlas conocer de sus subordinados (2). De allí bajó, por

(1) Por ser de una importancia excepcional, damos en el Apéndice número 14 la relación de este brillante episodio de la batalla de Ocaña, copiada del parte del general Zayas.

(2) En esta noticia están contestes todos los historiadores. En los partes y declaraciones, que hemos visto, de los generales de las divisiones, no se menta siquiera tal circunstancia; sólo se dice que no se le veía en los sucesos más salientes de la acción y que era rara la orden suya que llegaba á ellos. «En el discurso de la batalla, dice Girón, no ví á S. E. que estaría, naturalmente, sobre la derecha, ni recibí orden de ninguna especie.»

lo que puede calcularse, al tener su triste desenlace el episodio de las eras para tomar el camino de Dos Barrios, la Guardia y Daimiel, de donde enviaba al Gobierno el parte de su desgraciada campaña.

Con eso, los generales quedaron entregados á sí mismos; y fué una fortuna, porque, ricos de experiencia con la de las varias desgracias que habían sufrido nuestros ejércitos y algunos de ellos con la de la campaña anterior terminada en Almonacid, dirigieron las reliquias de las divisiones á su abrigo usual de Sierra Morena del mejor modo posible.

Incidentes de la retirada

Al tener su fatal desenlace la acción y en la retirada se vieron rasgos personales y colectivos en las tropas españolas, que muestran lo que se podría esperar de ellas con dirigirlas hábilmente.

Al dejar la Vanguardia el campo de batalla, su marcha hasta cerca de Dos Barrios ofreció un espectáculo admirable por el orden que reinaba en aquellas tropas, la combinación de las tres armas, de que se componían, en sus maniobras, la energía que revelaron y la habilidad con que fueron conducidas por su jefe, el general Zayas, y Freire, Osorio y su estado mayor que estuvieron largo tiempo incorporados á ellas. Sin la mezcla que introdujeron en aquella masa compacta que, acometida á cada paso, se revolvía para rechazar á los enemigos que de más cerca la acosaban, los fugitivos de las demás devisiones, la caballería sobre todo, que no atendía á la voz ni al ejemplo de Freire ni sus otros jefes y oficiales, la Vanguardia, al encontrar ocupado Dos Barrios y cortada la comunicación de La Guardia por la carretera, hubiera podido tomar nue-

va dirección y salvarse de la general catástrofe (1).

La división Vigodet fué la que pudo alcanzar más reunida y en orden el refugio de Sierra Morena.

Su posición en la línea de batalla, cuya extrema izquierda ocupaba, y la circunstancia de haber los enemigos dirigido su principal ataque á la derecha, permitió á la 2.ª división, cuando recibió la orden para hacerlo, atravesar el barranco con algún desahogo y poder luego comenzar regularmente la retirada. Aun en la confusión que sucedió á la derrota general del ejército, acosado de todas partes por las tropas francesas que, vencedoras ya, no cesaban de perseguir á las nuestras rindiendo cuerpos enteros, dispersando otros, que ya quizás se consideraban en salvo, y esparciendo por todos el terror de caer en manos de sus enemigos, el brigadier Vigodet halló en el regimiento de la Corona quien cubriera el honor de la propia bandera y el de la división de su mando. Rodeado de franceses y, peor que eso, viendo la general dispersión de las demás tropas españolas, juró aquel cuerpo ante su coronel, D. José Luis de Lioni, no sólo mantenerse unido, sino salvar, además, cinco piezas de artillería con sus carros de municiones que se le incorporaron al retirarse combatiendo á la prolonga. Unidos á él, primero Vigodet y después Girón, que logró la cooperación de los jefes de caballería, Wall, Barnuevo y Villalobos con unos 200 de los jinetes que mandaban, dejó el campo de batalla y, separándose de la carretera por la

---

(1) Los detalles de esta marcha, que son interesantísimos, pueden verse en la relación comprendida en el ya citado Apéndice núm. 14, á que acabamos de referirnos.



que no hubiera podido conservar su formación ni su actitud, se dirigió hacia Yepes, más tarde á La Guardia y, hallando este pueblo ocupado por el enemigo, á Turleque, por fin, donde volvió á ponerse á las órdenes de su general en jefe, sin haber dejado en tan largo y tortuoso camino ni una pieza ni un hombre de los que constituyeron aquella heróica columna en el campo de batalla.

Ya hemos dicho que el batallón de Vélez Málaga se abrió paso por las calles de Ocaña ocupadas por los franceses; Burgos y Chinchilla dieron brillantes cargas á la bayoneta; y una compañía de Bailén arrastró á brazo piezas de artillería que, situadas á su flanco, estaban á punto de perderse (1).

Diferencia en la dirección de los ejércitos.

No faltaron, no, rasgos de valor y de abnegación en tan fatal jornada; lo que allí se echó de menos fué la dirección acertada que todo ejército necesita para ser conducido á la victoria. El general Areizaga, hombre de valor extraordinario, y bien lo pregonaban sus muchas heridas en tan diversas y difíciles contiendas, carecía, más aún que de talentos militares, de la ex-

---

(1) La historia del regimiento de Bailén, dice: «En esta desgraciada jornada se vió brillar el valor y constancia de la compañía de granaderos, cuyo capitán D. Francisco Zabala, auxiliado del ayudante D. Valentín de Torres y los subtenientes D. Manuel Sánchez y D. Pedro López, con actividad digna de elogio, desembarrancan una batería y salvan las piezas.»

El cabo 1.º Antonio Martín, del batallón *Voluntarios de Sevilla núm. 1.º*, viendo herido al subteniente abanderado y postrado en tierra, recogió de sus manos la bandera y, rodeándola á la cintura debajo del uniforme, la mantuvo oculta el tiempo que estuvo prisionero hasta que, logrando fugarse, pudo presentarla el 31 de diciembre á su General en jefe en La Carolina. En premio de comportamiento tan digno, el Gobierno le concedió la subtenencia de la misma bandera, según consta en la *Gaceta de la Regencia* del 8 de abril de 1810.

periencia del mando al tratarse de ejércitos tan numerosos como el que se puso á sus órdenes; y esto ante rivales como los que le deparó su mala suerte. Y esa falta de experiencia y la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, le privaron de la serenidad de espíritu que exigía ocasión tan solemne, llevándole, en su confusión y perplegidad, á situarse donde sus órdenes no podían ser ejecutadas en los momentos precisos y con la energía que sólo el acierto y la oportunidad imponen.

No era así en el campo de los imperiales. La pericia del mariscal Soult, secundado por generales que, á la no menos consumada suya, unían la proverbial diligencia de sus compatriotas, supo aprovechar, ya que no la ventaja de la elección del campo, la que ofrecía un terreno en que nunca debió su enemigo presentarle la batalla. El ala derecha de los franceses estaba cubierta por el barranco que, además, los defendía del ataque de la Vanguardia española; la posición ocupada por la artillería de Sénarmont era inmejorable para, manteniendo el centro, resguardar también los dos flancos de la línea francesa; y en su izquierda no sólo podía Soult acumular las fuerzas que el barranco y la batería le dejaban disponibles, sino la gran masa de su caballería con que se había propuesto verificar un movimiento envolvente que aún esperaba ver apoyado por el primer cuerpo que Víctor llevaría al campo de batalla, movido por las órdenes que se le habrían dirigido y por el estrépito del cañón que era de esperar oyese en su marcha. Si inferior en número el ejército imperial, excedía con mucho al nuestro en su espíritu y disciplina; no le faltaría para vencer más que una dirección acertada, y Soult, por su parte, y Mortier, por la suya, se la die-

ron tan hábil como pudieran desear los enemigos de España en aquella ocasión. El grito aterrador que cundió con la rapidez con que en tan fatales condiciones recorre las filas de los ejércitos, acabó la obra del talento y de la pericia de los franceses, y de tal modo que más parecía, y así se creyó por algunos, haber arrancado de ellos mismos al atacar nuestra derecha, que de los españoles que, aun convencidos de su más que mediana constitución, llevaban el entusiasmo en que ardía la nación entera. Hay, pues, que concluir diciendo con el general Girón, que «á esta causa, falta de genio, de hábito y de grandes conocimientos militares del General en jefe, al mucho número y pericia de los enemigos, debe atribuírse la pérdida de una batalla que no hubiera debido darse en aquella ocasión, y mucho menos en aquel paraje, en donde la facilidad de maniobrar daba al enemigo la ventaja de aprovecharse de su superioridad en el arte de manejar las grandes masas que veinte años de guerra le habían hecho familiar».

Las bajas fueron muy considerables en el ejército francés, prueba de que al nuestro no le había faltado esfuerzo para resistir sus ataques. Consistieron en unas 2.000 entre muertos y heridos; entre éstos, Mortier ligeramente contuso, y Girard que, con la recibida en aquella jornada, llevaba veinte heridas en los cien combates á que había asistido. Pero entre los varios generales que vencieron en Ocaña, el que de entre ellos logró distinguirse más por su iniciativa en los ataques y su habilidad en las maniobras que hizo ejecutar al ejército francés, fué también Mortier, á cuya viuda ofrecía José Napoleón, conde de Survilliers cuando el atentado de Fieschi de que resultó víctima el bravo mariscal, con



el homenaje de su dolor, el recuerdo *de haber vencido por él en Ocaña*.

Las del ejército español ascendieron á 4.000 poco más ó menos, ya que lo ejecutivo de la derrota y la dispersión que se siguió á élla no permitieron á los generales dar cuenta exacta de tamaña pérdida, á la que hay que añadir la de 12 ó 14.000 prisioneros que, como los de Uclés, después de haber servido de espectáculo á los madrileños, fueron llevados á Francia de la manera más inhumana (1).

---

(1) Se despojó á los oficiales y á una gran parte de la tropa de sus uniformes para que los españoles, al verlos en estado tal de miseria, creyesen que todo el ejército se hallaba en el mismo, sin vestuario ni equipo alguno decoroso y útil. En cuanto al trato dado á los prisioneros vamos, para que no se crea que exageramos fiándonos de las noticias dadas por nuestros compatriotas, á copiar lo que el francés M. Fee cuenta que vió en su marcha de Valladolid á Segovia. «Encontramos, dice, varias columnas de prisioneros españoles de los hechos en la batalla de Ocaña. Se los llevaba empujados como un vil rebaño de bestias que la indiferencia conduce al mercado. Iban tratados con la mayór dureza y muchos de ellos, demasiado jóvenes ó débiles de constitución, sucumbían á la fatiga. Los que no podían seguir ya la marcha eran despiadadamente fusilados.—*Es el derecho de la guerra, se me dijo. ¿Y el derecho de la humanidad? respondí yo.* Eran hanoverianos los soldados que escoltaban á aquellos infelices que hubieran sido mejor tratados por los franceses; aunque, á decir verdad, la guerra se hacía de una parte y otra con una saña que la ferocidad de los guerrilleros llevó pronto hasta el extremo.»

Pero ¿había guerrilleros cuando en Córdoba y Rioseco comenzaron los franceses su desaforado sistema?

En un manuscrito sobre ocurrencias acaecidas en Alcalá de Henares durante la guerra de la Independencia, cuyo original posee el E. S. D. Antonio Cánovas del Castillo, dice un vecino de aquella ciudad, que cuando los franceses condujeron á Madrid á los prisioneros de Ocaña, «los habían despojado antes de cuanto tenían, hasta de las ropas, de modo que los entraron á la mayor parte sin casacas, arropados con andrajos, serillos y esteras, y á una porción encerraron en la plaza de los toros al raso, sin embargo de las grandes heladas que caían, y así, sucedió que algunos murieron helados.»

Por fin el mismo Napoleón en un despacho á Berthier, de 9 de mayo de 1810, atribuía el aumento del ejército de Romana al «mal tratamiento dado á los prisioneros de Ocaña.»



Consecuencias de la batalla de Ocaña.

Las consecuencias de la batalla de Ocaña no correspondieron, sin embargo, á las esperanzas que abrigaban los franceses al obtener un triunfo que creyeron decisivo para su causa. En los primeros momentos, en las órdenes expedidas al mariscal Víctor el mismo día 19, Soult le mandó ocupar inmediatamente los desfiladeros de Sierra Morena y extenderse hasta La Carolina, en donde hallaría depósitos considerables de efectos militares, subsistencias y municiones de que era muy importante apoderarse. La empresa debía ser sumamente fácil ante un enemigo á quien se suponía aterrado; pero si, aun así, el Duque de Bellune encontraba en su expedición obstáculos que no pudiera superar, establecería por el camino el cuerpo de ejército de su mando en escalones hasta Villaharta y Madridejos para corresponder con los demás y asegurar sus comunicaciones con Madrid. Y, con efecto, al volver José á Madrid creyó inútil, así lo hizo saber al Ministro de la Guerra del Emperador, penetrar por Sierra Morena, «tanto más, se le decía en despacho del 21, que todo hace creer que aún habrá que maniobrar sobre la derecha, conviniendo, al mismo tiempo, ponerse en situación de rechazar á los nuevos ejércitos que pudieran presentarse para forzarla, y siendo, además, urgente el restablecer el orden y la tranquilidad en las provincias del interior y asegurar la libertad de las comunicaciones.»

Resultado; que el ejército español se acogía de nuevo á sus cantones de Sierra Morena, para organizarse otra vez y ver de cubrir aquellos desfiladeros el día en que, efectivamente, conviniese á sus enemigos atacarlos.

Y continuó á las órdenes del mismo general vencido

en Ocaña, con quien, en vez de mostrarse enojada la Junta Central, se condujo como con Cuesta después de Medellín, regalándole un caballo enjaezado y prometiéndole refuerzos de tropa, generales y estado mayor (1).

Pero al mismo tiempo resolvió la Central que el Marqués de la Romana y D. Rodrigo Riquelme se trasladasen á La Carolina para que, en unión de D. Juan de Dios Gutiérrez Rabé, comisionado ya en aquel ejército, hiciesen cuanto cupiera en las amplias facultades que se les concedieron «para poner remedio al mal ocurrido, se decía, y precaverle en lo futuro» (2).

Ejército de la Izquierda.

Bien consideraba el Intruso que sería preciso maniobrar por su derecha y ponerse en disposición de rechazar á los que tratasen de forzarla, pues que, á la vez que en la Mancha se desarrollaban los tristes sucesos que acabamos de recordar, tenían el principio de su también fatal desenlace los que, comenzando por tan brillante proemio como el de Tamames, tendrían por epílogo las sangrientas jornadas de Medina del Campo

---

(1) Le decía en real orden de 23 de aquel mismo mes de noviembre: «S. M. aguarda una relación de la batalla y de las situaciones de ambos ejércitos; proveerá á las necesidades del nuestro, y le proporcionará los generales que puedan destinarse; y en prueba de que sus servicios le son muy agradables regala á V. E. un caballo enjaezado que conducirá la primera partida de caballería que salga; y toma á su cuidado además de proveerle de generales, arreglar un buen Estado Mayor para la mejor organización del Ejército.»

(2) Romana se excusó y fué substituído en la comisión por el Marqués de Campo Sagrado. De ahí procedieron la información y las declaraciones de los generales, á que nos hemos referido; sobreseyéndose la causa, á que dieron lugar, en 1810, por tener la Regencia, al decir de su secretario Bardaxí, «motivos muy poderosos para ordenarlo así en 29 de abril de aquel año, y no convenir después variar aquella real determinación.»

y Alba de Tormes, final de una campaña con tan felices augurios iniciada.

El Duque del Parque, á quien dejamos en Salamanca con cuantas divisiones formaban el ejército de su mando si se exceptúa la 4.ª que continuaba en el Vierzo cerrando las avenidas de León á Galicia, se había entretanto movido con el objeto de cooperar á la acción de Areizaga y completar su triunfo, si lo conseguía, atravesándose en las comunicaciones de los franceses con el Ebro y el Imperio. Avanzó, pues, á Alba de Tormes donde intentó atacar, el fatal 19 de noviembre, á una columna enemiga de 5.000 infantes que creyeron prudente, y con razón, retroceder á Medina del Campo, su punto de asamblea con la división Gazán del 2.º cuerpo que acudía desde Avila, y con las fuerzas que mandaba Kellermann que se puso á la cabeza de todas las imperiales de Castilla la Vieja. Así, el 22 situaba Parque su cuartel general en Cantalapiedra y el 23 se adelantaba á Carpio, á cuya vista descubrió una fuerte vanguardia francesa que, compuesta de caballería y algunas piezas de campaña, se mantenía como á media legua de aquella villa, sin disputarle el terreno pero manteniendo á distancia á nuestras guerrillas con su fuego de cañón.

Acción de Medina.

El Duque, viendo, sin embargo y aunque lejos, algunas columnas francesas que parecían querer apoyar á su vanguardia, trató por medio de un ardid de atraerlas á un combate que no dejaría de serle ventajoso, y, estableciendo á D. Martín de la Carrera en El Carpio, hizo formar sus divisiones y la caballería de modo que, medio ocultas algunas, pudieran, si el enemigo avanzaba, salir todas á su encuentro por los flancos

para escarmentarle rudamente. Los franceses no caían en el lazo y Parque, entonces, puso en movimiento todo su ejército llevando en el centro de la línea la Vanguardia con sus batallones formados alternativamente en batalla y columna, en la derecha á la 3.ª división, parte en batalla y el resto en columna por escalones, sobre la izquierda la 1.ª, toda en columnas cerradas, y en ambos flancos la caballería. La 2.ª división iba, en columnas también, formando la reserva; y, en reserva á su vez, quedó la 5.ª guardando la posición del pueblo, única notable en tan vasta llanura. Marchaban las tropas *con tan admirable y bien concertado orden,* al decir del más ilustre de nuestros historiadores de aquella guerra, en formación tan correcta y con tal ardor y marcialidad tan imponente que los enemigos, sin dejar de defenderse, con el fuego principalmente de su artillería, creyeron deber retirarse hasta una altura inmediata á Medina, en la que, reforzados por columnas que incesantemente les llevaba el ruido del cañón, pensaron reunir medios suficientes para mantenerse sin temor de ser batidos y menos aún derrotados (1). Su artille-

(1) No es de extrañar que el Duque, orgulloso del espectáculo que ofrecían sus tropas, dijera en el parte que después dirigió al Gobierno:... «Y el exército se puso en movimiento á la una del día, pero en un orden tan metódico y tan rigorosamente mantenido por todos los cuerpos, que esta marcha por una llanura hermosa presentaba el golpe de vista más agradable para un militar amante de su profesión y sensible á la electricidad que producía en los corazones españoles el considerar el alegre semblante de esta valiente infantería que, á pesar de un día crudo de invierno y de no haber comido desde el anterior, repetía el favorito grito de *viva Fernando VII*, en medio del silvido de la bala del cañón enemigo, y manifestaba el ardor conque deseaba llegar á las manos, alternando sus patrióticos vivas con el estruendo de todas las caxas y músicas y el de la artillería, que jugaba de una y otra parte sin cesar desde que nos pusimos en movimiento».

ría hacía un fuego muy nutrido que no logró, sin embargo, impedir á nuestros infantes seguir el avance, apoyado vigorosamente por la nuestra que no la cedía en lo bien servida y certera. Pero creyéndose, repetimos, los franceses seguros en su excelente posición, y llegándoles en aquel punto varios regimientos de dragones, llamados, con alguna infantería también, por Kellermann, que había ordenado la concentración de las tropas todas del distrito de su mando, lanzaron dos de ellos á la carga sobre la derecha española. La caballería del Duque, destinada á cubrir aquella ala, sorprendida por los dragones que salieron de improviso del revés de la eminencia que ocupaban sus compatriotas, cedió terreno, dejando así á descubierto la 3.ª división, formada, según llevamos dicho, en columnas y escalones en aquel extremo precisamente de la línea. Afortunadamente el general Ballesteros, comprendiendo el peligro, hizo desplegar los tres últimos escalones que de otro modo quedaban flanqueados, y los regimientos que lo formaban lo hicieron con tal actividad que los dragones, que ya iban acuchillando á nuestras guerrillas de tiradores, al llegar á su altura se vieron azotados por un fuego tan vivo y certero que hubieron de volver grupas y retirarse al abrigo de su posición, dejando el campo sembrado de hombres y caballos.

La noche vino inmediatamente á señalar el término del combate, dando así lugar á que las dos partes beligerantes se atribuyesen la victoria. Los franceses, con todo, abandonaban su posición y en seguida la de Medina del Campo, que el Duque del Parque, aun pasando la noche en El Carpio para que la tropa se re-



faccionase, hacía ocupar la mañana siguiente con un fuerte destacamento de caballería (1).

La pérdida que experimentó el ejército de la Izquierda en la acción que acabamos de recordar, gloriosa, sin disputa, para su infantería, fué de 6 oficiales muertos y uno contuso, 60 muertos, 76 heridos y 12 contusos de las clases de tropa de esta arma, y un oficial, 21 soldados y 19 caballos muertos de la de caballería, 12 soldados y otros tantos caballos heridos y algunos extraviados, de los que uno de aquéllos y 6 caballos prisioneros (2). La de los imperiales se hace muy difícil de calcular, habiendo, como los españoles, permanecido en su campo hasta muy tarde de la noche y retirado, por consiguiente, sus heridos.

El Duque de Alburquerque.

Entonces llegó al campo español la noticia del desastre de Ocaña que, como es de suponer, produjo, aun no siendo oficial todavía, la sensación más honda. Con él podía darse por fracasada la campaña en que se esperaba del ejército del Centro la acción principal; y cuanto se hiciera para proseguirla en los flancos no sería sino agravar más y más una situación militar que podría ser decisivamente abrumadora para la suerte del país. El Duque de Alburquerque, aunque con fuerzas muy reducidas, puesto que, como hemos dicho, el grueso del ejército vencedor de Talavera había pasado á la Mancha con Eguía, su general en je-

(1) El Duque consideraba defectuosa la posición de Medina, temiendo, sin duda, pudieran envolverla los franceses con su numerosa y excelente caballería.

(2) Entre los muertos se contaba al coronel D. Juan Drimgoold, del regimiento asturiano de Lena, y al primer ayudante general Don Salvador Molina, del E. M. de la división Ballesteros.

fe, y aun abandonado por Lord Wellington, trataba de llamar la atención de los cuerpos de Mortier estacionados en el Tajo á fin de que no se desmembrasen para acudir á la defensa de Madrid. Su acción no podía ser eficaz y ni le era dable atacar seriamente las posiciones francesas de Talavera, ni mientras no se vieran de cerca las banderas inglesas evitar la marcha de muchos cuerpos enemigos á Toledo por lo menos, de donde el Intruso pudiera dirigirlos, como hizo, sobre los que le amenazaran con peligro mayor y sobre todo inminente. En su deseo, sin embargo, de ayudar á sus colegas Areizaga y Parque, á quienes comunicaba con la frecuencia posible sus proyectos y las noticias que pudieran interesarles, emprendió una serie de pequeñas operaciones, más que á otra cosa, dirigidas á tener en constante alarma á los franceses que campaban á su frente. Establecido en la margen izquierda del Tajo y en la zona estratégica del Ibor, con su cuartel general en Peraleda de Garbín, dispuso que el jefe de la Vanguardia, coronel Lardizábal, simulase un ataque al puente de tablas de Talavera, mientras desde Puente del Arzobispo verificaría el Conde de Ibeagh, comandante de la 2.ª división, un gran reconocimiento, tanto para facilitar la operación de Lardizábal como para impedir que los enemigos, á fin de escarmentarla, cruzasen el Tajo por aquel puente ó los vados próximos. Lardizábal, con efecto, logró el 17 de noviembre sorprender á las avanzadas francesas, destrozando alguna y aproximándose al puente de Talavera el coronel Barutell con alguna fuerza, cubierta por otra que vigilaba los vados y la reserva que regía el mismo Lardizábal. Ibeagh, entretanto, viendo confirmado el cálculo

del General en jefe con la aparición de dos gruesas columnas francesas que se dirigían á los vados y, hallándolos cubiertos, al puente del Arzobispo, acudió con cuantas fuerzas de todas armas tenía á la mano; y, avanzando por la derecha del Tajo á Alcolea y Calera, rechazó al enemigo que, con algunas pérdidas, fué retirándose al apoyo de su artillería hasta perderse de vista por el camino de Talavera.

Pero ni Barutell, ni el teniente coronel Llanos, que defendía los vados por donde los franceses hubieran podido envolverle, ni el comandante Barón de Carondelet cargando con las guerrillas de Caballería, de que era jefe en aquel ejército, ni las tropas, en fin, del mismo Ibeagh podían emprender operación alguna formal, sino meros reconocimientos que, sin imponer á los imperiales, no les impediría tampoco acudir á otras partes en auxilio de sus compatriotas y camaradas.

La noticia del desastre de Ocaña paralizó esas, aunque pequeñas, operaciones, y el Duque de Alburquerque hubo de acogerse á los antiguos puestos que ocupaba el ejército de Extremadura después de las jornadas de Talavera y Puente del Arzobispo.

Retírase el ejército de la Izquierda.

¿Esperaba mayores resultados el del Parque de la acción de su colega el de Alburquerque? Porque, sabidas las que Toreno llama *lástimas* de Ocaña, el ejército de la Izquierda debió emprender inmediatamente la retirada á sus primeras posiciones de la raya de Portugal y hacerlo sin desperdiciar un día en que pudieran llegar á Kellermann, con la fuerza moral de tal noticia, las materiales que no dejaría de enviarle el Intruso, preocupado, según dijimos, con la suerte de su ala de-



recha. En vez de eso, se mantuvo en El Carpio hasta el día 27 en que, muy de mañana, se encaminó á Alba de Tormes donde entraba el 28, temprano también pero seguido ya de cerca por la vanguardia enemiga. Debía costarle mucho al Duque haber de renunciar á los resultados con que parecían brindarle sus éxitos de Tamames y Medina; y sólo á eso ha de atribuirse su pereza en retroceder, aun con las fatales noticias que acababa de recibir sobre la suerte del ejército del Centro. Y á eso también debe achacarse el error manifiesto de, una vez en Alba, no abandonar inmediatamente la villa y trasladarse con todas sus fuerzas á la izquierda de un río cuyo puente habría podido, así, defender con toda holgura. Pero deja en la margen derecha, en que asienta la población y donde mantiene el cuartel general, la mayor parte de su fuerza, su artillería y bagajes, no pasando á la opuesta más que dos divisiones, con lo cual las inutiliza para un combate en que, de otro modo, sin un río por medio y tan estrecho puente para su comunicación, podrían constituir la segunda línea ó mejor, la reserva del ejército.

Acción de Alba de Tormes.

Ya se sabe, y lo hemos hecho notar alguna vez, lo que es la entrada de un gran cuerpo de tropas en una población, sobre todo si esas tropas van hambrientas ó desmoralizadas. Las del Duque del Parque, establecidas en Alba, se desordenaron muy pronto en busca de comestibles y de descanso; y cuando el alarma producida por la presencia de la vanguardia enemiga las llamó á sus puestos de combate, no pocos creyeron, mejor que el pelear el guarecerse, al otro lado del puente, con las divisiones que en buen orden se mantenían allí y sin temor alguno. La voz y el ejemplo de sus jefes

lograron, sin embargo, llevar á los más á las filas de sus respectivos cuerpos que, saliendo al encuentro de los franceses más avanzados, los detuvieron en su primera embestida. El general Lorcet, que creía poder con sus húsares y cazadores arrollar á los nuestros que contemplaba sumidos en la confusión que siempre produce la sorpresa, hubo de retroceder á abrigarse de la gran masa de caballería que, con Kellermann, seguía sus pasos. Kellermann debió suponer que era necesaria, no sólo la acción de sus jinetes, por numerosa que fuera la fuerza qué había logrado reunir de aquella arma, sino el arte para manejarlos; y destacando al general Millet con dos regimientos de dragones para que, valiéndose de los accidentes del terreno á fin de ocultar su ataque, fuese á caer sobre el flanco derecho de los españoles, marchó directamente á ellos con toda la masa que le quedó disponible. La carga fué como de quien había dado la tan célebre de Marengo; y nuestra caballería de la derecha, flaqueando la primera y los infantes después, de la división Losada, se retiraron á repasar el Tormes en desorden, no sin dejar, como es de suponer, su artillería en poder de los enemigos. Un esfuerzo más de los imperiales y nuestra ala izquierda, compuesta de la Vanguardia y de parte de la 2.ª división, seguiría la suerte de la 1.ª y de la caballería que formaba á su lado. No dejó de hacerlo Kellermann y con la confianza que habría de inspirarle la ventaja acabada de obtener; pero Carrera y Mendizábal, viéndose, como Losada, flanqueados también, formaron con sus regimientos varios cuadros que recibieron á los franceses con un fuego tan nutrido y certero que los obligó á retirarse con pérdidas considerables de hombres y caballos.

Los célebres cuadros.



Aun intentó el general francés repetir la carga; y ya que no pudiese obtener el éxito deseado sobre nuestros cuadros que continuaban impertérritos despejando de enemigos sus frentes, se cebó de nuevo en la caballería española que, repuesta de su descalabro al ver la hazaña de sus camaradas de á pie, había vuelto á formar en la derecha del Tormes para apoyarlos. Pero, al ser otra vez batida, aumentó, si cabía, el peligro de la infantería que, á pesar de todo, continuó incontrastable en sus posiciones; con lo que los franceses creyeron indispensable esperar á la suya (1).

La noche se echaba encima, y con ella quedarían los españoles victoriosos, siquier hubiesen de acogerse lo antes posible á la izquierda del Tormes, donde se encontraban los primeros llegados antes de comenzar la acción y los vencidos después en ella. Así es que el general Kellermann, que no podía someterse á ese para él inexplicable bochorno, continuó maniobrando y siempre amenazante hasta la llegada de la brigada de infantería de Maucune que, aguijoneada por las órdenes que á cada momento le llegaban y por el ansia de vengar su derrota de Tamames, corría á todo correr en busca del desquite que la fortuna parecía depararle.

---

(1) En este punto se observa una gran confusión entre los historiadores de la acción de Alba de Tormes. Alguno, francés, consigna que los españoles se retiraron á una altura próxima en que se considerarían más seguros. ¿Qué hubiera deseado Kellermann sino que á la vista de cerca de 3.000 caballos que él mandaba se resolviesen los infantes españoles á maniobrar para el cambio de posición, ellos tan inexpertos en ese arte que sólo tropas muy hechas á la disciplina militar se atreven á ejercer en los campos de batalla? Esa es una torpe disculpa de *Victorias y Conquistas*, etc., al revés, aunque momentáneo, que supone la inacción, también momentánea, de la caballería francesa ante los cuadros españoles de Alba de Tormes.

Pero á pesar de cuanto digan sus admiradores, ni Kellermann con su numerosa caballería, ni Maucune con sus infantes y sus piezas lograron derrotar á los nuestros que, entonces sí, valiéndose de la obscuridad, abandonaron su posición, marchando en cuadro, sin descomponerse un momento y con el aspecto más imponente, hasta alcanzar el puente y ganar por él la orilla opuesta del Tormes. Lo que no lograron aquellos valientes ni su general Mendizábal, el héroe de la jornada, cuyos cuadros valieron un título nobiliario á su posteridad, fué el animar con tal muestra de esfuerzo ni con sus discursos á los que podían ya considerarse seguros, ni el impedir, aun con tantos estímulos, una de las más desastrosas retiradas de nuestro ejército en aquella guerra (1).

Retirada definitiva de los españoles

Y fué una fortuna el que se emprendiese la retirada en varias y muy diversas direcciones, todas divergentes respecto á la que parecía más natural y estratégica, ofreciendo con eso, si la forma de una fuga, la probabilidad también de no sufrir las consecuencias que, de otro modo, hubiera tenido para nuestras tropas que,

---

(1) Un historiador imparcial, Schépeler, dice, contra lo escrito por los franceses en sus falsos libros: «Los españoles habían gastado casi todas sus municiones y érales, de todos modos, indispensable el retirarse. Sus batallones, aunque bajo el fuego violento de la artillería enemiga, marcharon en cuadro hacia el puente y, á pesar de las desigualdades del terreno y de la obscuridad, formaron una gran masa cerrada que llegó sin dispersarse á la otra orilla.» No puede, pues, decirse con Du Casse y *Victorias y Conquistas*, que las cargas de Lorcet y Millet fueron decisivamente felices; que los españoles se establecieron después en una altura de acceso difícil, que no existe en la margen derecha del Tormes cerca de Alba, ni que al primer cañonazo de Maucune tiraran las armas y se entregasen á la fuga. Lo que sí puede decirse sin faltar á la verdad y aun sin exageraciones que nosotros redujéramos á proporciones

aun cuando en estado deplorable, pudieron llegar en número no escaso á Ciudad-Rodrigo, Tamames y Miranda del Castañar. Kellerman, desorientado, corrió á Salamanca, de donde por esa misma causa ó por las que detuvieron á Víctor á las puertas de Sierra Morena, no continuó las operaciones que parece debieran producirle los resultados que, en concepto estratégico, debería esperar de su reciente triunfo.

Consideraciones de la campaña. Había fracasado la campaña con tantas ilusiones comenzada por la Junta Central en las dos Castillas. Ilusiones, sí; porque pensar que los ejércitos que, aun venciendo en Talavera con el poderosísimo auxilio del inglés, habían perdido la anterior retirándose á sus primitivas posiciones, fueran sin tan eficaz, puede decirse que decisiva, ayuda a vencer á los que hábilmente dirigidos iban á oponérseles en el territorio de tanto tiempo atrás ocupado, era forjarse esperanzas tan engañosas como lisonjeras. Sólo el patriotismo inquebrantable de nuestros padres, heredado de aquellos antepasados suyos que así resistían dos centurias á las invencibles legiones romanas como peleaban ocho se-

---

menos considerables, es que las escenas del paso del puente antes y después del de los peones de Carrera y Mendizábal, revistieron los caracteres más graves del desorden, la indisciplina y el pánico. ¡Cuántas veces ha oido el que esto escribe, de labios de su padre, la narración de aquel suceso que, entrañando una de las glorias más puras de la infantería, en que militaba, revistió, repetimos, los caracteres todos de la más completa derrota! El paso contínuo de los que sucesivamente se retiraban por el puente, el clamoreo de los habitantes, bagajeros y heridos que buscaban su salvación en la margen izquierda del río, y todo eso mezclado al ruido del combate próximo, formaba en la obscuridad de la noche, nunca más imponente que en ocasiones tales, un cuadro aterrador para los hombres de más energía, inolvidable aun para los acostumbrados á los espectáculos más sombríos de la guerra.

guidos después sin descanso para reconquistar sus antiguos lares, sería capaz de inspirar tales rasgos que, en otros países, habrían de tenerse por de la mayor jactancia, de verdadera é incurable locura.

Por tal los tomaba el sesudo y glacial Vizconde, entonces, de Wellington que, no satisfecho con desaprobar la campaña, la retiraba su apoyo, abandonando á sus mantenedores cuando una demostración militar de su parte bastaría, quizás, para producir resultados que la justificaran. El general Areizaga, además de darle respetuosamente noticia de su nombramiento para el mando del ejército del Centro, le pedía su cooperación y cuando no sus consejos. «De la buena disposición de todos, le decía, me prometo un feliz resultado: pero si la sabia comprensión de V. E. creyese oportuno hacer un movimiento con su ejército, el alto concepto que, justamente, merece á la Europa toda, y la experiencia que el enemigo mismo tiene de su acendrado valor, contribuiría sin duda eficaz y poderosamente á desanimarle, hacerle concebir otros planes, y acabando con él, dar días gloriosos á las dos Naciones y consolidar y perpetuar nuestra unión. Una y otra interesan en esta gloria, y al amor que V. E. tiene acreditado á la España no le sería menos lisonjero. Me someto, sin embargo, con gusto á su dictamen, y le pido sus consejos: sírvase, pues, V. E. prestármelos, insinuarme sus órdenes, y estar asegurado de que soy con todo respeto y atención su más obligado, agradecido y apasionado servidor, etc.»

¿Qué había de contestar á tan sentida solicitud el férreo Lord que, en Sevilla entonces, se había negado con el embajador su hermano á prestar auxilio alguno

á la Junta Central que, por su lado, le instaba para que no la abandonase en tan suprema ocasión? «Sir Arturo, dice Nápier, firme en sus primeras opiniones, no dió nunca la más ligera esperanza de que su ejército tomase parte en la jornada; y aseguró á la Junta que la diversión militar que se le había propuesto no se verificaría de ningún modo.»

No decimos que si tal era la opinión del general inglés, expusiera sus tropas á un desastre, según él y su hermano manifestaban, más que probable; pero de eso á una demostración sobre las posiciones francesas del Tajo ó de una cooperación prudente de Berersford con los anglo-portugueses que regía en la línea del Agueda y el Coa, hay una distancia que sólo cabía salvar al jefe altanero que, apoyándose en la grandeza de su nación y en la fama propia adquirida en las anteriores campañas, quería imponer su voluntad en todo y por todo sobre los que él suponía sus favorecidos. Y pesando las razones militares que él alegaba con las personales que dejaba traslucir, á nadie podía ocultarse que eran las primeras dictadas, más que por los principios y la experiencia del arte de la guerra, por el despecho de ver burlada su ambición de mandar, como generalísimo, las tropas todas de las naciones aliadas, beligerantes en la Península.

Porque supongamos al ejército inglés unido al del duque de Alburquerque, á las órdenes, por supuesto, del Lord, y situado en la izquierda del Tajo, en las inmediaciones de Jaraicejo y aun de Trujillo amenazando con un movimiento semejante al que condujo las tropas aliadas meses antes al Alberche; y Mortier, en vez de marchar desahogadamente á Ocaña con parte muy



considerable de sus fuerzas, hubiera tenido que pedir auxilios á los mismos á quienes tan poderoso se lo dió él. El ejército de Areizaga no habría tenido que habérselas más que con Víctor ó Sebastiani y el cuartel real que, de seguro, hubiera emprendido su retirada de Madrid. Pues trasladémonos á Castilla la Vieja; y el Duque del Parque, con sólo llevar de reserva á Beresford, no se habría detenido en Salamanca, dando á Kellermann tiempo para reconcentrar sus destacamentos ni para reunir á sus tropas la brigada Gazán y la caballería que pudo mandarle el Intruso. Esto es; que sin comprometer Lord Wellington uno de sus soldados ingleses ni portugueses, hubiera dado la victoria á los españoles.

Porque hay que advertir, si el lector no lo ha observado, como de seguro lo habrá hecho, que en esta campaña entraba en juego un ejército alejado en la de Talavera del teatro de las operaciones, el ejército de la Izquierda, distraido en asegurar la reconquista de Galicia y en restablecer en Asturias y Santander la independencia á que aspiraban provincias tan importantes.

Así es que lo temerario de la campaña de noviembre de 1809, emprendida sin la cooperación de los ingleses, desaparecía convirtiéndose en hábil y bien calculado con que esa cooperación se hiciera, aun cuando no tuviera en el fondo más que el carácter de una amenaza que distrajese la atención de los diferentes cuerpos de ejército franceses que se mantenían en las comarcas centrales de la Península, y cuyo soberano tenía que proceder con suma prudencia, sin esperanzas, como estaba, de refuerzos que no podía enviarle el Em-

perador, comprometido aún en la guerra con Austria.

El fracaso, pues, de aquella campaña debe atribuirse, en primer lugar, á las ambiciones de dominio de la nación inglesa y de lord Wellington, á la política torcida y mala fe de ambos. No dejó, tampoco, de tener su culpa, y grave, la Junta Central que, según el poco caso que hizo de los consejos que se la daban, apresuró impremeditadamente el principio de las operaciones, temerosa de que con la paz, que ya se temía, de Austria, fuera á perderse una ocasión nueva de obligar al Intruso á alejarse de su corte. Esa confianza estaba tan arraigada en la conciencia de los centralistas, que se envió con Areizaga un plantel completo de autoridades y delegados que restableciesen en Madrid la autoridad española, el orden y buen gobierno precisos para asegurar la tan deseada restauración. Disculpaba, sin embargo, á la Junta de sus esperanzas y apresuramiento el empeño mismo en los hermanos Wellesley de regatear su ayuda exigiendo por precio de ella la previa ocupación de Cádiz por las tropas de la Gran Bretaña; empeño tanto más manifiesto y apremiante cuanto que, habiéndose Wellington trasladado á Sevilla, sus observaciones y consejos añadían á las del Embajador la fuerza y el peso de un hombre en quien no pocos cifraban la única esperanza de la patria. Y esa fama, que después se ha hecho no poco popular, seduciendo á los que no se han detenido bastante á desentrañar las múltiples causas del éxito de las armas españolas en la guerra de la Independencia, daba lugar en las deliberaciones de la Central al temor de que, imponiéndose á sus deberes y responsabilidades, la arrastrase á un acto de debilidad que costara después

los sacrificios y las lágrimas, estériles también acaso, que lleva exigidos la tan ambicionada como justa recuperación de Gibraltar. Otro cargo pesa, además, sobre la Junta, el de la elección de General en jefe para el ejército del Centro, el eje en que iba á descansar la grandiosa fábrica de tan difícil y arriesgada empresa. Ya hemos hecho á su tiempo observar los errores cometidos por el general Areizaga, «hombre de valor, como soldado, según dice el Conde de Toreno, careciendo de la serenidad propia del verdadero general y acaso de nociones de la moderna estrategia, y que libraba su confianza más en el coraje personal de los individuos, que en grandes y bien combinadas maniobras, fundamento ahora de las batallas campales». Areizaga, como si presintiera ese concepto de la posteridad y tratase de refutarlo, se propuso maniobrar; pero lo hizo precisamente á destiempo; y cuando trataba de, operando sobre su derecha, sorprender á los franceses con su paso del Tajo por Villamanrique, perdió la ocasión de vencerlos de frente y penetrar en Madrid sin los obstáculos que le opondrían durante su maniobra. Así, erró al querer manifestarse hábil, y, errando, no pudo desplegar en los momentos críticos el valor que le había valido el mando de tal ejército, demasiado grave para sus hombros. Sus admiradores de antes y los amigos que le proporcionaban sus ideas políticas, siempre inclinadas al absolutismo monárquico, le mantuvieron, aun después de tan ruda experiencia de su falta de talentos militares, en el mando de aquel ejército, desbaratado en sus manos, pero no para que recuperase el concepto en que le tenían, sino para rebajarlo todavía más y con perjuicio



de la causa, por la que no dejó un instante de pelear con la mayor bizarría.

Su derrota de Ocaña llevó, luego, en pos la de Alba de Tormes, esterilizando los resultados de una gran victoria, como fué la de Tamames, y de una manifestación bien elocuente de cuán rápidamente se crea en los soldados españoles el espíritu de disciplina que produce los triunfos, adquiriendo, así como por una intuición sorprendente, las cualidades de los más expertos en el duro tráfago de la guerra. Pero al conseguir esos éxitos, los hubiera completado llevando el apoyo de Beresford, no deteniéndose en Tamames y Salamanca ni satisfaciéndose en Medina con obligar á los franceses á retirarse, sino que en una y otra ocasión los hubiera perseguido hasta situarse, por lo menos, sólidamente en las comunicaciones de Valladolid y amenazando las de Burgos por Somosierra, única que le quedaba al Intruso y que se habría apresurado á tomar á no emprender la arriesgadísima de Zaragoza (1).

Véase qué diferencia entre operar solos los ejércitos españoles en aquella campaña y haberlo hecho en

(1) Dicen los individuos de la Central en su *Exposición á las Cortes*: «Si unido (el ejército de Beresford) con el de Galicia, al que con acuerdo de los generales aliados se hizo venir á los Carvajales, sacrificando el Gobierno su opinión de llevarlo á las provincias Cantábricas, aprovechando la reunión de los franceses en el centro de España, se hubiera hallado en la batalla de Alba, en que aquél hizo prodigios de valor, ¡cuán diferente fuera hoy nuestra suerte! Sea el que quiera el motivo que impidió coger el fruto de tan lisonjeras esperanzas, que repetimos no tratamos de averiguar, la retirada se verificó en la ocasión más decisiva tal vez de salvar la España; y el Gobierno nada dexó de hacer de cuanto era su deber y pudo para auxiliar los exércitos aliados que entraron por Extremadura y Castilla; así cuando se esperaba nuestra salvación de sus socorros, como aun cuando perdimos la esperanza de conseguirlo».



unión con los anglo-portugueses que, en vez de apoyarlos, se retrajeron á su abrigo predilecto de la frontera lusitana; y véase con cuanta razón puede decirse que el fracaso de los proyectos de la Junta Central se debió al egoismo de la Gran Bretaña y á las ambiciones y el orgullo del más insigne de sus generales.

Por lo demás, el resultado que alcanzaron los franceses fué idéntico al obtenido después de sus victorias de Uclés, Ciudad Real y Medellín, el de tener que volver á sus anteriores posiciones para esperar los grandes refuerzos que, después de la paz de Viena, no dejaría de enviarles su Emperador, y el de demostrarse una vez más que en el patriotismo, el valor y la constancia de un pueblo resuelto á defender su independencia, se despuntan las armas mejor templadas y se estrellan la fuerza y la astucia de los enemigos más formidables.

CAPÍTULO V

Gerona.—Estado de las defensas.—Comienza el ataque al cuerpo de la plaza.—Se preparan los defensores á resistirlo.—Los franceses se dirigen con preferencia á Santa Lucía.—Continúan los trabajos de una y otra parte.—Se aumenta el fuego.—Entrada del convoy de 1.º de septiembre.—Descuido en no ocupar á Salt.—Ataque de Clarós y Rovira.—Salida contra Montjuich.—Sale García Conde de Gerona.—Restablecen los franceses la línea del Sitio.—Reanudan sus trabajos.—Acción de Báscara.—Rómpese de nuevo el fuego en Gerona.—El gran asalto del 19 de septiembre.—En Alemanes.—En Santa Lucía.—Retíranse los franceses.—Muerte de Marshal.—Y de Macarti.—Y de Gerona.—Consejo de generales en el campo francés.—El sitio se convierte en bloqueo.—El hambre en Gerona.—Se intenta otro convoy.—Fracaso del convoy.—Evasión de O'Donnell.—Marcha Saint Cyr á Francia.—Toma el mando Angereau.—Inaugura un nuevo sistema.—Estragos del hambre.—La paz de Viena y San Narciso.—Parlamentos rechazados.—Ataque de Hostalrich.—El castillo resiste y los franceses se retiran.—Los Agonizantes.—Apuradísima situación de Gerona.—La de los sitiadores.—Practican nuevos trabajos.—Continúan los de los sitiados.—Esperanzas de Alvarez.—Nuevos ataques.—Alvarez enferma gravemente.—Sale Fournás al campo francés.—La capitulación.—«Postrado Alvarez, postróse Gerona».—Muerte de Alvarez.

Gerona.

Dejamos al ejército francés sitiador de Gerona dueño de la fortaleza de Montjuich y con la esperanza, ¿qué decimos?, con la seguridad de que ocho ó diez días después se vería ondear el pabellón tricolor en las torres de la ciudad rebelde. Porque la opinión de Verdier, consignada ya, era la de todo el ejército, desde los generales de Artillería é Ingenieros, encargados de la dirección del sitio, hasta el último soldado; en aquéllos, sancionada por la ciencia, y, para la tropa, fundada en sus deseos, en su cansancio, sobre todo, de tantos trabajos como llevaba sufridos y de los peligros que sin



cesar corría. Tan continuado y rudo pelear para hacerse dueños de una plaza que sus generales habían por desprecio desatendido cuando su ocupación no les hubiera costado una sola gota de sangre, tenía que dar pábulo al descontento; y si en los franceses no tanto, por tratarse de la gloria de su país, mucho en los extranjeros, sus auxiliares, que lo ponían de manifiesto cada día y á cada momento. ¿Qué otra cosa demostraba la deserción, tan frecuente mientras les fué posible, de los italianos y alemanes, y qué revelaron luego y sin ambajes sus cronistas de aquella guerra?

Pero, en fin, ya poseían Montjuich; y desde sus ruinas y las cumbres y laderas de la montaña en que asienta la tan reciamente disputada fortaleza, arrasarían al momento las vetustas murallas que se alzan á su frente, las asaltarían después sin dificultad y dominarían la ciudad.

Estado de las defensas.

Y no era, con efecto, para considerar como muy difícil la empresa; porque el frente que se iba á atacar inmediatamente, observados sus defectos y su debilidad bajo el punto de vista del arte y de su situación respecto al castillo, no parecía que pudiese ofrecer una prolongada ni mucho menos feliz resistencia.

Desde el foso ó el camino cubierto de Montjuich, convertidos en paralela, se dominaba la ciudad de cerca, á tiro del fusil de entonces, descubriendo á sus defensores y sobre todo el baluarte de San Pedro, de los más expuestos á un ataque, en el que un gran espaldón de pipas y cestones de altura muy considerable no bastaba para ocultar su artillería de la enemiga del castillo, que ni ver podían los sitiados desde parte alguna. El frente que se iba á atacar se extendía en una longi-

tud de unos 400 metros, formando un entrante desde la torre Gironella, ó de las Gironellas, en su extrema derecha, el baluarte de Sarracinas en el centro y las iglesias de San Pedro y Santa Lucía en la izquierda; ángulo por el que penetra en la ciudad el río Galligáns para, cruzándola en su parte septentrional, desembocar inmediatamente en el Ter. El muro en todo ese lado de la plaza tenía dos metros de espesor de mala mampostería, sin terraplén á su espalda, ni foso ni obra exterior alguna por delante; presentándose completamente á descubierto hasta su pie y convidando, por lo tanto, á abrir en él cuantas brechas se le antojasen al sitiador, seguro, así, de tenerlas en poco tiempo expeditas para su asalto. En ese frente se ofrecían á la vista tres obras que, tratándose de tan flaco recinto, eran de alguna consideración si el sitiado se decidía á defenderlas; la torre Gironella y el reducto de los Alemanes, llamado así por tener adosado á su muro el cuartel del mismo nombre, el baluarte de San Cristóbal cubriendo una de las puertas de la ciudad, y la cortina de Santa Lucía, desde la que, una vez acupada, se podrían envolver las defensas que acabamos de enumerar, ambas débiles, además, porque, siendo cerradas, se hacía muy difícil aglomerar en ellas fuerza que pudiera resistir con fortuna á los invasores. Y si no cabía en ese lado establecer la artillería suficiente para contrabatir las baterías enemigas, tampoco era fácil crear en momentos críticos defensas interiores capaces de resistir á los asaltantes dueños de las brechas, porque, siendo el suelo todo él de roca durísima, el improvisarlas era obra puede decirse que impracticable. Las baterías, pues, del foso de Montjuich y mucho mejor las que se construyesen en la fal-



da de su montaña, no hallarían dificultad alguna para abrir cuantas brechas se quisieran en aquel frente de la plaza, y las columnas que de ellas partiesen para el asalto podrían á los pocos momentos cruzar sus bayonetas con las de los defensores. Y una vez ocupado el muro del recinto, según se lisonjeaba el general Verdier de lograrlo en muy pocos días, los franceses, situado como está en la parte más elevada de la ciudad, se derrumbarían por sus calles y plazas como se derrumba el alud atropellando y destruyendo cuanto encuentra en su camino.

¿Iríale á resistir una guarnición diezmada por el fuego y un pueblo, como élla también, presa de todo género de privaciones, *segado*, como decían después sus sitiadores, por el escorbuto, la disentería y las fiebres? Es verdad que también sufrían sus enemigos males semejantes; los extranjeros, sobre todo, cayendo para no volverse á lavantar un gran número de los de Westphalia y de Wurtzburgo y aun los italianos, más habituados que aquéllos al calor de nuestro ardiente clima. Pero ¡qué diferencia!: un ejército numeroso descansa frecuentemente en su servicio, y el francés en aquella ocasión podía llevar del vecino Imperio refuerzos considerables y refrescos para sostener el vigor y la salud de sus hombres.

Repetimos, pues, que calculando por la ciencia y por la historia de sus hazañosas empresas en el resto de Europa, donde acababan de obligar á los ejércitos más poderosos á rendirles homenaje en las plazas de guerra lo mismo que en los campos de batalla, los franceses, sitiadores de Gerona, debieron lisonjearse con la esperanza de hacerse dueños de ella en pocos días. A pesar

de la reciente experiencia de Zaragoza y de la más reciente aún, de la inmediata, del sitio del castillo de Montjuich, no creerían encontrar dentro del flaco recinto que tenían á la vista gentes que se burlaran de sus amenazas, que desoyesen sus halagadoras proposiciones y rechazaran, por fin, sus asaltos, aun coreados por el horrísono estruendo de una artillería que todo lo destruía ó incendiaba. No presumirían, por encima de todo, habérselas con un gobernador que, sobreponiéndose á los preceptos del arte, á la furia del enemigo y á la pena que á otros producirían las miserias de su pueblo, firme como las rocas é inexorable como el Destino, mantuviese en su férrea mano la fortuna victoriosa hasta que, postrado por la fiebre, la soltasen otras más débiles y flacas.

Comienza el ataque al cuerpo de la plaza.

En esas condiciones la plaza y con tales ilusiones sus sitiadores, decidieron éstos comenzar sus operaciones por el ataque del reducto de los Alemanes y de la torre Gironella, ayudándolo con el del baluarte de Santa María y de la inmediata cortina de Santa Lucía. Mientras las baterías de la torre de San Daniel trataban de apagar los fuegos del fuerte Calvario que podía enfilar el ataque de Alemanes, se establecieron tres baterías, de cuatro piezas de á 16 cada una, destinadas á proteger las nuevas obras que iban inmediatamente á comenzarse; una, la 20.ª, en el foso de Montjuich para desmontar la artillería del frente de la plaza; otra, la 21.ª, en lo alto del Pedret contra el baluarte de Santa María y la cortina de Santa Lucía, y la 22.ª al frente del Puig den Roca para batir de revés todo el ángulo de la ciudad en la derecha del Galligáns. Esas baterías no pudieron romper el fuego hasta la madrugada del día 19



de agosto, así por lo difícil de su construcción que, por ser el suelo de roca, exigía el transporte de los sacos á tierra de puntos distantes, como por el efecto de nuestra artillería que, especialmente en la 21.ª, hizo verdaderos estragos, desmontando algunas de sus piezas además de matar y herir á varios de los obreros que en ella trabajaban (1).

Se preparan los defensores á resistirlo.

Los sitiados, que observaban la construcción de aquellas baterías, habían tenido tiempo para prepararse á contrabatir la más peligrosa que ponía en riesgo inminente el barrio de San Pedro y Santa Lucía, para cuya defensa no descansaron tampoco hasta incomunicarlo con el resto de la ciudad por medio de recios espaldones y anchos fosos que el enemigo, una vez dentro del recinto, no pudiera salvar fácilmente. Esas obras, ejecutadas á la vista del Gobernador, y el cerramiento de las bocacalles que daban á la plaza de San Pedro, donde aquéllas se construían, tocaban casi á su término cuando la artillería francesa rompió el fuego, siendo proseguidas después con el entusiasmo que no podía menos de producir la entrada en Gerona de 700 voluntarios del batallón de Cervera y del 1.º de Vich, procedentes de una división que acababa de acantonarse en Olot. Al asomar en la alborada del 17 vadeando el Ter, las baterías de la plaza, avisadas de antemano,

---

(1) Belmas dice que fué el 18 pero debe haberse equivocado. La mayor parte de los franceses muertos ó heridos en su batería del Pedret, lo fueron por una guardia de clérigos, todos buenos tiradores, que se estableció el 18 en la torre de la catedral, desde la que dominaban, no sólo la batería, sino los apostaderos que el enemigo tenía abiertos en todas las inmediaciones desde las ruinas de la torre de San Juan.

Nunca fué mejor aprovechada la afición de nuestros curas á la caza.

se disponían á apoyar su entrada, caso de que el enemigo, observándola, quisiera estorbarla; pero no ofreció dificultad alguna y nuestros valientes penetraron en la ciudad entre las aclamaciones más calurosas de los gerundenses (1).

Ni se descuidaba, por eso, el conservar el fuerte del Calvario, amenazado de una ruina completa, pues así su artillería como la del Condestable y del Cabildo, ofrecería una palpable utilidad para la defensa del frente atacado. Así es que se repararon, en cuanto era posible, los desperfectos causados en aquellos fuertes, construyendo ó reforzando espaldones, contraguardias, traveses y cuantas obras de resguardo se consideraron convenientes para mantener sus fuegos. En el recinto de la plaza se procuraba también aumentar las defensas, ya con obras de reparación y reformas en las antiguas fortificaciones, ya con otras nuevas junto á la torre Gironella y el reducto de Alemanes; se aprovechaba, en fin, el tiempo que el enemigo emplearía hasta plantar las baterías de brecha en estorbar su marcha, tan difícil de contener en las operaciones de un sitio. Era lenta la marcha, es verdad, como que tenía que hacerse, según ya hemos dicho, por un terreno de roca en que, no pudiéndose ahondar, había que irse cubriendo con cestones de una gran altura, coronados, para aumentarla, por faginas y sacos á tierra que, al ser derri-

(1) Dice Bücher: «En la noche del 14 al 15 (fué el 17) un destacamento de 800 migueletes españoles entró en la ciudad por entre nuestros puestos de la izquierda del Ter: se echó la culpa de esta falta al descuido de un centinela de Caballería que estaba de avanzada en aquella parte que era la más débil de la línea.»

bados por la artillería de la plaza, pudieran ser inmediatamente substituídos.

Los franceses se dirigen con preferencia á Santa Lucía.

Se conoce que el ataque preferido por los franceses era el de la parte donde se alza Santa Lucía, bien por lo próxima, evitándose así los trabajos de zapa que exigía el frente de Alemanes y San Cristóbal, bien porque, viéndola distante de los fuertes flanqueantes del mediodía de la plaza y débil y no muy armada, esperarían entrar por ella en plazo inmediato y sin las graves pérdidas que debía hacerles presumir la defensa del castillo. Y aunque la plaza presentaba en la plataforma de San Pedro dos cañones y un mortero, algunas piezas también, aunque de corto calibre, en Santa Lucía, que nuestros artilleros hacían variar de puesto según les era conveniente y ocultaban de día, un mortero en la torre Gironella y la artillería del Calvario y del Capítulo que servirían á hacer más y más lento el avance al punto de ataque; así y todo, pensaban los franceses que por él obtendrían antes y con menos sangre el triunfo definitivo de sus esfuerzos. Para hacerlo más seguro y alcanzarlo antes, además de reponer las piezas que se les había desmontado en la batería 21.ª del Pedret, los franceses construyeron otra, la 23.ª, en el baluarte meridional de Montjuich con dos piezas de á 24, dirigidas contra la plataforma de San Pedro, sin dejar, por eso, de continuar los ramales de trinchera para acercarse al frente que se habían propuesto acometer. Pero como la artillería española no cesaba de tronar y siempre con gran acierto, la batería francesa del foso de Montjuich aparecía la mañana del 21 hundida por las granadas de los fuertes del Condestable y del Capítulo, á pesar de la gran distancia á que disparaban, y la del Pedret

quedaba casi deshecha, con sus merlones de sacos á tierra despedazados y tres de sus cañoneras cegadas. Y como punto dominante se principió también á habilitar la bóveda de la Catedral, para establecer sobre ella una batería de dos piezas que, descubriendo perfectamente las inmediatas del enemigo, las cubriese de proyectiles. Pero, observado el trabajo por los franceses, comenzaron desde luego á combatirlo, disparando contra él y contra la torre, donde se hallaban los vigías que avisaban del fuego y de las operaciones del sitiador (1).

Continúan los trabajos de una y otra parte.

Se vé, pues, que los trabajos de sitio por parte de los franceses y los de defensa por la de los españoles no cesaban. Aquéllos iban acercándose cada día más con la zapa hasta abrir su última paralela á 150 metros del frente atacado entre Santa Lucía y San Pedro y construyendo además nuevas baterías, la 24.ª, en Montjuich contra el fuerte del Calvario, la 25.ª, algo más adelante con dos morteros, la 26.ª, en la paralela ya, y la 27.ª que los días 28 y 29 dirigían su fuego para abrir brecha en Alemanes y Santa Lucía respectivamente. Los españoles establecían piezas allí donde pudieran ser útiles, en las bóvedas del cuartel de Alemanes, por ejemplo, en la de la Catedral, en Sarracinas y Santa Lucía, ó levantaban obras nuevas como en el Condestable, para cubrir su puerta principal con una fuerte contraguardia, y en la huerta del canónigo Managat, situada entre el cuartel de Alemanes y la puerta de San Cristóbal, donde se había formado una buena batería de

(1) Belmas, autor irrecusable para los franceses, dice que el 21 hubo que hacer fuego sobre esa batería, que era de dos piezas de á 12. Sin embargo, ni estuvo montada ni rompió su fuego hasta el día 30.

tres piezas de á 16; abrían, por fin, comunicaciones para acudir rápidamente con artillería ligera y con hombres á todos los puntos amenazados.

Se aumenta el fuego.

Desde el establecimiento de las baterías de brecha los franceses aumentaron la intensidad de su fuego extraordinariamente: se comprendía que trataban de acabar pronto su obra, ya que pasaba el plazo fijado por Verdier para la ocupación de Gerona. Eran treinta y tres las piezas, todas de grueso calibre, que ni de día ni de noche cesaban de batir la muralla; y varias otras, las de las antiguas baterías, dirigían también su fuego á la ciudad, obligando con las ruinas que producían á que las tropas cambiasen de alojamiento, los heridos de asilo, y los vecinos buscaran en las cuevas y los templos el refugio que les negaban sus casas (1). Eran muchos los muertos y los lesionados por las balas y las bombas y, más aún, por los hundimientos que á cada hora causaba tal número de proyectiles que, si no daban en el muro á que principalmente se dirigían, ora para caer sobre los edificios. Así es que se iba sintiendo la escasez de guarnición para cubrir tantas bajas y para atender sobre todo á los trabajos de reparación que exigían tanto parapeto y merlón como caía por tierra, tanto través como quedaba inutilizado, las brechas, sobre todo, que comenzaban á dejar abierta la entrada en el recinto de la plaza. Ayudaban con la mejor voluntad el vecindario, las compañías, particularmente, de la Cruzada y hasta las de Santa Bárbara, hombres

---

(1) El día 27 no quedaba intacta más casa que la de Don Francisco de Paula Delas, que no había recibido daño alguno en tan horroroso bombardeo.

y mujeres, hasta ancianos y chicos en la medida de sus fuerzas; de modo que puede decirse que toda alma viviente trabajaba por la defensa con tanto valor y energía como patriotismo y abnegación (1). Pero nada bastaba para contrarrestrar el huracán de hierro con que se azotaba á la infeliz ciudad, cuando el día 1.º de septiembre pareció como si el cielo, apiadándose de su misérrimo estado, quisiera apartar de ella con su omnipotente mano los terribles agentes que lo producían.

Entrada del convoy de 1.º de septiembre.

Las reclamaciones, por un lado, del general Alvarez y de la Junta de Gerona, y la opinión en todo Cataluña, por otro, solicitando el socorro de la ciudad heróica que no vacilaba en sacrificar hogar, intereses, la vida misma de sus hijos, en holocausto á la patria,

---

(1) Recordará el lector que la Junta de Gerona eligió á Bolívar para el gobierno de la plaza en el primer sitio en substitución del general D. Joaquín de Mendoza, depuesto por sospechoso ó frío en sus ideas patrióticas. Mendoza continuó en Gerona y, al ser atacado el recinto, pidió á Alvarez le emplease como jefe ó como soldado en la defensa, pero con tan mala suerte que, encargado del mando de Sarracinas, fué herido gravemente en la cabeza al observar el día 24 las trincheras enemigas, de donde los franceses hacían fuego al baluarte.

El general Mendoza se negó á firmar la capitulación del castillo de San Fernando de Figueras en 1794; y aún se enseñaba muchos años después, y en la pared del pabellón en que se firmó, la señal de la tinta, al tirar Mendoza la pluma que se le presentó para subscribir trato tan vergonzoso. Entonces era coronel de Artillería.

El desventurado general, favorito un día del pueblo catalán, podría decir de él lo que Espronceda

¡Ay, triste el que fía
del viento y la mar!»

¡Tan mutable es el pueblo en sus entusiasmos y sus iras!

Se está publicando en la «Revista de Gerona» un escrito, firmado por*** que contiene los pormenores oficiales de la rendición de la fortaleza de Figueras, donde no aparece éste tan honroso; pero lo que es en la sentencia del Consejo de guerra celebrado en Barcelona, aprobada después, se declaró á Mendoza *acreedor á las gracias del Rey.*

habían llegado á crear, no sólo en el Principado sino en todo España, una atmósfera que, así comprometía el honor y hasta la existencia de la Junta, llamada superior, de aquella importante provincia, como de la misma suprema Central que tenía á su cargo el Gobierno y la defensa general del Reino. La de Cataluña escribía el 16 de agosto: «Hace tres meses que está sitiada la invicta Plaza de Gerona; hace tres meses que está reclamando á esta Junta para un socorro efectivo que la remedie, y saque de tanto apuro creciente cada día; hace tres meses que el Principado tiene los ojos vueltos hacia esta Junta Superior acusándola, por la inacción que observa, con una censura que hiere y despedaza el corazón de sus vocales. Esta universal reconvención; los justos lamentos de aquella infeliz ciudad; el tremendo reato de conciencia que funestaría á estos vocales todos los días que les restan de vida, si omitiesen para salvarla algún medio de cuantos la confianza pública ha puesto en sus manos, hacen otra vez representar á V. M. con una repetición que les sería reparable si fuese menos grande el concepto que tienen formado de la bondad y celo de V. M.; si fuese menos delicado el asunto, si no fuese tan grande la importancia de salvar á Gerona, cuya pérdida arrastra la ruina del Principado, y compromete grandemente á la Nación entera.»

Y después de hacer un elogio caluroso del patriotismo de los gerundenses y de los prodigios de valor «que muchos, decia la Junta, creerán deber desterrarse á la historia de los tiempos fabulosos», de echar en cara á los generales que allí mandaban su apatía, quizás impuesta por los planes del Gobierno, y de hacer los más tristes augurios respecto á las demás plazas del



Principado; desanimadas ante el espectáculo del abandono en que se dejaba á Gerona, pedía que «se hicieran volar con la celeridad del rayo las órdenes y los socorros para tentarse una operación que obligase á levantar el sitio al enemigo, que una defensa, añadía, mucho mayor de la que había calculado tenía muy disminuído en sus fuerzas.»

El escrito era fuerte, pero lo era aún más el motivo que lo provocara; y la Central no pudo menos de tomar uno y otro en cuenta. Así es que con fecha del 23 del mismo mes de agosto, dirigió á la autoridad militar de Cataluña la orden terminante «para que á costa de cualquiera sacrificio, y por cuantos medios fueran posibles é imaginables, aun cuando fuese preciso levantar en masa toda la provincia, volase á su socorro», enviándole, á la vez, el pecuniario de seis millones de reales que llevaría el navío Algeciras, y además de otros dos, destinados también al Principado, llevaría el conductor de aquella real orden todo el oro que se hallaba en Tesorería.»

Mandaba en jefe hacía tiempo el ejército el general Blake, y se hallaba ya presente en Cataluña al llegar las órdenes de la Junta Central; y como no le faltaban ni el deseo de combatir ni la voluntad, tampoco, de rehacerse en la opinión póblica, no poco desilusionada desde los desastres de María y de Belchite, se puso inmediatamente á la obra, que se le había impuesto, del socorro de Gerona. Tenía su cuartel general en San Hilari; y, hallándose sin fuerzas suficientes para dar á Saint Cyr una batalla que, siendo afortunada, le obligase á abandonar su línea de bloqueo y á retirarse á Francia después de levantar el sitio de Gerona, insos-

tenible una vez vencido él, apeló al recurso de, por medio de una estratagema, que se ejecutase con tanta habilidad como energía, introducir en la plaza un gran convoy de víveres y un refuerzo de hombres considerable (1). Se formó el convoy en la tierra alta del Ter y se hallaba reunido en Amer los últimos días de agosto; pero era necesario distraer, no sólo las fuerzas de Saint Cyr, sino que también las del sitio si había de conseguirse dejaran fácil camino para penetrar en Gerona aquel socorro. Y el general Blake simuló un ataque á la línea general del ejército francés de observación con tales disposiciones, que Saint Cyr, aún creyéndolo temerario, lo atribuyó al propósito decidido de, costara lo que costase, hacer levantar el sitio de Gerona. Suponía aquel insigne general que ni sus operaciones ni las de los españoles podían dirigirse á otro fin que el de la conquista de Gerona en él, y su liberación en los otros; no accediendo, de consiguiente, á la solicitud de Verdier para que le tuviese expedita la comunicación de Francia, ni á las órdenes, tampoco, de Augereau para que destacase una fuerza de 3.000 hombres á la frontera (2). Inspirándose en esas ideas y noticioso de que se acercaba el ejército de Blake, Saint Cyr fué el 31 de agosto á avistarse con Verdier que se hallaba muy preocupado con el temor de verse en la precisión de levantar un sitio que creía iba á terminar inmediatamente, al día siguiente, quizás, en que ya estarían las brechas practibles. Saint

(1) Véase el estado de su fuerza en el apéndice núm. 15.

(2) Dice en su Diario que aprovechó la ocasión de aquella orden para instar al mariscal á que fuese á tomar el mando que no conservaría ya sino hasta que él llegase.



Cyr convenía con él en que la pérdida de una batalla podría dar, con efecto, ese resultado; pero, por lo mismo, pensaba que era preciso arrostrar la suerte con todos los medios que se pudieran reunir, y confiaba en que el valor de las tropas, su disciplina y una buena dirección lograrían vencer tal crisis, no tan tremenda como se la abultaba Verdier, tratándose, al resolverla, de enemigos, como los españoles, que, en su concepto, carecían de aquellas condiciones. Lo que, de todos modos, ambicionaba el general en jefe del 7.º cuerpo era que la batalla tuviese lugar al día siguiente, temiendo mucho más que el combate, la inacción de los españoles que le privaría de tener reunidas las tropas que así sólo podían contar con dos raciones. De tenerse que dispersar en el país para comer, no llegaría el ejército francés á ver reunidos 10.000 hombres, que consideraba absolutamente necesarios para resistir la acometida de los españoles que, juntos y con sólo amenazar con un ataque, para darlo el día menos pensado, se hacían temibles, pues que se podrían aprovechar de la imprescindible diseminación de los franceses.

Era, pues, necesaria para ellos una victoria y pronto. A fin de obtenerla, Saint Cyr exigió de Verdier la reunión de una gran parte de sus fuerzas á las del General en Jefe sobre la línea de observación, dejando en las del sitio á los Westphalianos, concentrados junto á Sarriá, y en Santa Eugenia y en Salt la división Lechi que aun se pensó adelantar al camino de Barcelona. Las tropas de Saint Cyr quedaban, así, en primera línea frente al ejército español de socorro, establecidas en Bruñola, Santa Coloma, Caldas y Vidreras, y las de Verdier en reserva, adelantándose desde sus cantones



y trincheras á cubrir la retaguardia de las primeras. Esos movimientos de concentración se apresuraron más y más con la noticia de que los españoles habían acometido á los franceses situados en Bruñola, noticia que Saint Cyr había recibido al regresar la tarde del 31 á Fornells, su cuartel general desde el 10 de aquel mismo mes.

Para Saint Cyr, de consiguiente, no había duda de que al día inmediato se daría la batalla por él tan deseada; y reconcentró todavía más sus fuerzas, retirándolas de los puestos avanzados que acabamos de citar á Vilovi, San Dalmay y Salitja, donde situó la división Souham con su izquierda en Hostalnou sobre la carretera de Barcelona, y á Riudellots y posiciones sucesivas hacia Casá de la Selva, en que la división Pino debía cubrir las avenidas de la derecha del Onyá. Aun con eso, hubo que suspender los trabajos del sitio, levantar todos los puestos del barranco del Galligáns, incluso el del convento de San Daniel, los de San Miguel y Campdurá, conservando tan sólo en toda aquella parte el castillo de Montjuich y sus obras adyacentes, recientemente ocupadas ó construídas. El ejército francés estaba, de ese modo, pendiente del éxito de una jornada que sus jefes se exageraban, creyendo los más que se le iban encima fuerzas inmensamente superiores que sería muy difícil, si no imposible, contrarrestar.

Y, sin embargo, el general Blake no las tenía á la mano superiores en número y mucho menos en organización y disciplina; siendo, de todos modos, incapaces de arrollar á los batallones franceses, atrincherados, algunos, en sus excelentes posiciones. Fué una verda-



dera torpeza en general tan ilustrado y experto como Saint Cyr suponer que Blake, apesar de su genio batallador y del aguijón de las órdenes que acababa de recibir, algunas de las que fueron interceptadas por los franceses, iría á chocar de frente y arriesgando una acción general decisiva con gentes como las imperiales, tan sólidas y superiormente regidas. Lo que debía de deducirse de la situación de los españoles, era que intentarían mantener con su presencia el espíritu de los sitiados en Gerona, y procurarlo, sobre todo, introduciendo en la plaza víveres y hombres con que prolongar la resistencia en espera de mayor socorro.

Eso es lo que debió Saint Cyr calcular, y temer además, no tanto un ataque directo como un ardid por parte de los españoles, tan bien servidos respecto á confidencias y á la cooperación de los habitantes del país. Y tanto que, mientras él concentraba sus tropas para una batalla, se constituía, como ya hemos dicho, un gran convoy en Amer, al alcance, puede decirse, de sus avanzadas, con escolta numerosa, nada menos que de 4.000 infantes y 500 caballos, cuyo bulto y cuyo ruido parece que no deberían ocultarse á los enemigos.

El combate de Bruñola fué un cebo y nada más que un cebo que atrajese hacia sus iniciadores la atención, primero, y un gran golpe, después, de tropas de los franceses, satisfechos, como su general en jefe, de verse en el tranco tan pronto como deseaban y en cuantas condiciones podían apetecer.

El coronel de Ultonia, D. Enrique O'Donnell, á quien vimos salir de Gerona en busca de socorros, mandaba las fuerzas encargadas de aquel ataque y que

consistían, no en siete batallones como dice Saint Cyr, sino en dos del regimiento de Saboya, uno de Suizos de Wimpfen y el tercer tercio de Tarragona, en todo 1.200 hombres. Por torpeza de los guías no pudo romper el fuego al amanecer del 31 de agosto; pero, dos horas después, atacaba la posición que los franceses tenían perfectamente atrincherada con un reducto y varias obras que coronaban la altura, ya de por sí de acceso muy penoso por lo escarpada y cubierta de matorrales. La vanguardia, compuesta de los tarraconenses y regida por el teniente coronel Sarsfield, después general ilustre, víctima de nuestra ingénita indisciplina, llegó á la cima, tan resuelta y unida que no tardó, á pesar del nutrido fuego que hacían los franceses, en plantar en ella la bandera española, obligando á sus defensores á retirarse. Pero no tardaron tampoco éstos en recibir grandes refuerzos, á cuya vista retrocedieron los nuestros al abrigo de los batallones de Saboya, que estaban de reserva, y de los Suizos que cubrían los flancos para evitar un movimiento envolvente de los enemigos (1). Reforzados, á su vez, por tropas de refresco que condujo el general Loygorri, los nuestros ofrecieron á los franceses continente tal que éstos se limitaron á mantener su posición, que no les fué de nuevo disputada para, con evoluciones varias, hacerles

---

(1) Belmas dice que los españoles llegaron á apoderarse de la posición que los franceses recobraron con una vigorosa carga á la bayoneta. No habla de refuerzos llegados al batallón del 1.º ligero que guarnecía la altura; pero tampoco quiere detenerse á calcular que no era el cometido de O'Donnell el de resistir la reacción de fuerzas numerosas, sino el de mantenerlas en jaque para que no atendiesen á sucesos que podrían ocurrir por otro lado.

creer que se buscaban puntos, siempre en la misma línea, por donde romperla y penetrar hasta Gerona. Así ganaban los españoles tiempo para que, informado Saint Cyr de sus aparentes intenciones, acudiera con todas sus fuerzas á aquellas partes que supondría más amenazadas. Y sucedió lo que Blake había tan cuerdamente pensado. Saint Cyr se mantuvo como clavado en sus posiciones atalayando desde ellas y con sus descubiertas de caballería las principales avenidas y los movimientos de nuestras columnas, cuyas cabezas veía asomar, lo mismo que al frente de Bruñola, desembocando de Santa Coloma y por Las Mallorquinas en la carretera de Barcelona. Tan fija tenía su atención en aquel frente que, suponiendo demasiado excéntrica la situación de las tropas que habían tomado parte en la acción de Bruñola, las hizo retirar para reunirse á su división, la de Souham, en las alturas ya á retaguardia de San Dalmay y Riudellots. De ese modo, al amanecer del 1.º de septiembre esperaba el General en jefe francés el ataque de los españoles formado en dos líneas; la primera, de las divisiones Souham y Pino, y la segunda, mucho más reducida y como en reserva, de la división Verdier, sin preocuparse de accidente alguno que no fuese el tan deseado de un combate directo, ya que consideraba á sus enemigos como incapaces de maniobrar de otro modo (1). Hasta pensó, ya

(1) Es muy curioso el despacho que Souham le dirigió la noche del 31 para demostrar lo obcecado que se hallaba Saint Cyr en aquella ocasión. Entre otras cosas le decía: «Envío orden al 42.º para que reuna dos de sus batallones en Estañol (muy á la derecha de su posición) á fin de tenerlos prontos en caso de necesidad; y no me he atrevido á desguarnecer Bescano

lo hemos dicho, en llevarse la división Lechy que le proporcionaría 2.000 hombres más para su línea de batalla, que ya contaba con unos 15.000; pero el temor á Clarós y Rovira que caerían sobre los westphalianos, aislados de ese modo, y podrían destruir todas las obras del sitio, le retrajo de tal idea, no el de que Santa Eugenia y Salt fueran objetivos de un ataque formal.

En esas condiciones de ánimo Saint Cyr y en esa situación las tropas de su mando, amaneció el día 1.° de septiembre, cubierta la comarca toda de una niebla densísima que el general francés la tuvo por auxiliar eficacísimo para favorecer la mayor concentración de sus tropas, y que fué en tan críticas circunstancias su mayor enemigo. Porque, á su amparo, el teniente de Ultonia D. Manuel Llauder, tan célebre después como general distinguidísimo, consolidó la ocupación de la ermita y posición de Nuestra Señora de los Angeles, que nos sería muy útil; Clarós y Rovira llegaron inadvertidos frente á los westphalianos, y el convoy pasó, sin ser visto tampoco, el Ter cerca de Anglés para abrirse paso á su destino. La vanguardia francesa, en el camino de Hostalrich, no veía á las españoles, tan próximos ya que su jefe los escuchaba hablar y hasta distinguía su lenguaje, suponemos que el de los soldados castellanos del de los catalanes, lo cual hacía creer á

---

por parecerme este punto por demás importante. Si V. E. mandase que lo guardaran tropas de las del sitio quedaría yo muy desembarazado para mis movimientos sucesivos.» Tan previsor estaba aquel día Souham que Bescano fué el lugar por donde se deslizó el convoy hacia Gerona, que, de estar el 42.° en Estañol, se habría visto flanqueado de cerca y en gran peligro de ser interceptado. El general Saint Cyr no supo después hallar en su talento razones con que disculpar aquel error que, verdaderamente, fué capital.

Saint Cyr que no podía retardarse el ataque que tan ahincadamente esperaba. Eso que quienes en su concepto perdían más con el retardo, eran los españoles que así habían desaprovechado la ocasión de abrirse paso por entre las divisiones francesas, diseminadas hasta entonces en la extensa línea que ocupaban (1). A las once, y despejada la niebla, Saint Cyr pudo ver que los españoles se mantenían en las posiciones del día anterior; y en un reconocimiento hecho á mediodía se convenció de que, por el momento, no pensaban en pelear, atribuyendo su inmovilidad á que la artillería habría experimentado algún retardo por las condiciones ó el estado de los caminos que hubiera de recorrer. Extremadamente disgustado de la inacción de los españoles, que le privaba de una de las dos raciones que tenían sus tropas, se dirigía á las tres de la tarde á Fornells, su cuartel general, cuando, al penetrar en el pueblo, lo halló todo ocupado por la división Lechy entregada al mayor desorden y á una fuga tan vergonzosa como general é insólita.

¿Qué había sucedido? Pues nada más que lo que debió prever un general del talento y la experiencia que nadie se atrevería á negar á Saint Cyr sin marcada injusticia.

¡Cuál no sería su desencanto al verse burlado por los que sólo le merecían el desprecio más soberano (2).

(1) Esa diseminación, sin embargo, no había sido obstáculo para que la columna de granaderos que Marshal conducía á Gerona fuese días antes copada por los franceses.

(2) Vacani dice al estudiar los propósitos de Blake: «Y como el combatir de frente y atravesar el ejército de Saint Cyr se tenía por empresa temeraria, hasta imposible, siendo tal ejército aguerrido, numeroso y guiado por un hombre en quien eran

Cruzado el Ter por cerca de Amer, el convoy se deslizó lentamente, pero inobservado, por Anglés y Bescano hasta Montfullá, donde apareció á los soldados de la división Lechy que, así, se consideraron sorprendidos. Mandaba la división, por enfermedad de su jefe propietario, el general Milossewitz, «hombre de calma, dice Vacani, sin el vigor que entusiasma á los soldados en el combate», y tranquilo aquel día, sin más preocupación que la del resultado que tendría el combate que iba á reñirse lejos de sus posiciones. La fuerza de su mando no pasaba de unos 1.500 á 2.000 hombres, esqueleto de aquella bellísima división que de un año atrás venía sin cesar combatiendo en Cataluña, diezmada en los últimos tres meses por las enfermedades del campamento sitiador y el plomo y el hierro de los gerundenses. Estaba, además, en aquella circunstancia esparcida por el terreno que el día antes cubrían las tropas de Verdier, en observación de la plaza y del campo, desde el Onya al Ter; pero más que todo sin la vigilancia que mal podía esperarse de soldados casi todos enfermos, débiles, por consiguiente, y no poco desmoralizados por una lucha en cuyos móviles no entraban ni el honor ni el interés de la patria (1).

---

igualmente familiares las combinaciones estratégicas y tácticas, se renunció á aquel partido y se siguió con habilidad el de inducirle en error; no perdonando medio para hacerle creer que se trataba de presentarle la batalla en el camino de Hostalrich...»

(1) Saint Cyr dice que aquella fuerza no tenía una avanzada ni una patrulla siquiera á su espalda, por donde había de aparecer el enemigo. Dice, en cambio, que Milossewitz estaba aquel día con fiebre, y que Zenardi, que luego le relevó, no estaba mejor. Así excusa su falta de actividad. ¿Por qué no la excusa también con la recia tempestad de granizo y lluvia que reinó en tal circunstancia por espacio de más de dos horas?

Al asomar, pues, el convoy por Montfullá, precedido de una gran parte de su escolta en que iba también la caballería, los italianos apenas si intentaron resistir, dejando á sus jinetes del Príncipe Real el dar una carga que sin dificultad rechazaron los nuestros. El coronel Banko, que la mandaba, se vió, además de rechazado, sin el apoyo de la infantería y corrió con ella, primero á chocar con la plaza y los que salían de sus muros á apoyar la entrada del convoy, después á la altura del Palau, y luego huyendo á la desbandada, sin saber por donde, hasta dar con la línea francesa de Saint Cyr en Fornells. Tal un rebaño, acosado por los lobos y en la obscuridad de una noche tempestuosa, vaga de un punto á otro, presa del mayor espanto, sin oir la voz de sus pastores y sin otro guía que el miedo y el instinto de su salvación (1).

Descuido en no ocupar á Salt.

García Conde, de ese modo y apoyado por Fournas, á quien Alvarez mandó á su encuentro con 800 de sus infantes, algunos caballos de San Narciso y un des-

---

(1) Para que se vea que no exageramos, he aquí la relación de Saint Cyr: «El coronel Banko, dice, jefe de los escuadrones de cazadores del Príncipe Real, fué el único con bastante presencia de espíritu para dar una carga; pero, no sostenido por los batallones que huían en desorden, fué muy pronto rechazado y siguió el movimiento de la infantería que, en su espanto, no vió que se dirigía sobre Gerona, hasta que la guarnición la hizo fuego; entonces se revolvió hacia su derecha para ocupar momentáneamente las alturas de Palau; se echó á huir de nuevo hasta Fornells, donde la encontró el general en jefe, yendo, sin saber adonde, próxima á cruzar la línea de nuestras avanzadas y á encontrarse así en medio de las tropas españolas cuando se hubiera creído en seguridad».

Belmas pinta esta fuga como una retirada casi hábilmente dirigida por Milossewitz. Vacani la disfraza con sabias disertaciones, comparando á Milossewitz con el austriaco Daun en lo reflexivo, y á García Conde con Louxemburgo en su socorro á Lille, sitiada por Marlbourough y el príncipe Eugenio.

tacamento de zapadores que abriesen camino, penetraba en Gerona con su convoy, compuesto de poco más de 1.000 acémilas con víveres y de 40 á 50 vacas.

En el alborozo que produjo suceso tan fausto y que en los primeros momentos se exageraron sin duda alguna los gerundenses, se descuidó una atención que debió ser la primera al abrirse paso el convoy por entre las posiciones del enemigo; la de aprovechar el dominio, siquier corto, de parte del campo sitiador. Los pueblos de Salt y de Santa Eugenia, aun cuando no fueran depósito considerable de material de sitio, ya que el ataque por aquel lado del Mercadal era simulado tan sólo, y en el de Montjuich y por Pont Mayor y Sarriá se mantenían el usado hasta entonces y las grandes existencias de piezas y municiones preparadas para la prosecución de una empresa que aun podría ser muy larga y costosa, encerraban en sus recintos y en las trincheras comenzadas los cañones y obuses que varios días, según antes dijimos, se usaron contra la plaza. Había, sobre todo, víveres en abundancia, siendo las divisiones del sitio provistas de los que se traían sin cesar de Francia, á diferencia de las del 7.° cuerpo que necesitaba procurárselos por sí en el campo de sus operaciones, causa principal de su diseminación y motivo por que deseaba tanto Saint Cyr una batalla decisiva, pero inmediata, en el término de dos días, número igual al de las raciones de que podía disponer.

Debió, pues, García Conde, mantenerse en aquellos dos pueblos, donde, apoyando la entrada del convoy en Gerona, hubiera recogido un gran botín. Ya lo comprendió así el coronel Fournis; y, no pudiendo



recogerlo él por la poca fuerza que llevaba y ser, de todos modos, necesarias al efecto las acémilas, una vez que hubieran dejado su carga en la plaza, se dedicó á custodiar los almacenes abundantes que halló en Salt en espera de los hombres que hubiesen de transportarlos. Pero pasaban las horas disponibles para una operación tan urgente; acercábanse los enemigos, repuestos de su pavor al ver que la llanura volvía á mostrarse despejada; y aun sin tiempo para reponer la acequia, cuyas aguas movían antes los molinos harineros de la ciudad, hubo de acogerse á ella con la pérdida ó el extravío de algunos de los zapadores, ocupados en aquella obra, y de los pocos paisanos que también salieron con él de Gerona (1). Así se perdió un gran socorro de víveres, tanto más útil cuanto que era conquistado sin sacrificio alguno, y no hubo medio para reponer la acequia y, lo que hubiera sido más transcendental todavía, romper el puente del Ter que unía las dos grandes fracciones de la división francesa del sitio.

Ataque de Clarós y Rovira.

Entretanto que la división Lechi sufría en la orilla derecha revés tan importante para el socorro de la plaza, los westphalianos eran objeto en la izquierda de un ataque, de grandes consecuencias también, por parte de los Migueletes y Somatenes de Clarós y Rovira. Operando en combinación los dos célebres guerrilleros desde Adri y Riudellots de la Creu, cayeron al amanecer del 1.° de septiembre; sobre San Medir y Talayá el Clarós, y sobre Montagut Rovira, para dis-

(1) Entre otros, quedó prisionero el coronel de Baza, don Antonio Begines de los Ríos, y se extraviaron el capitán del 1.° de Gerona, Iglesias y el subteniente Bibern de Ultonia.

traer á los westphalianos del ataque principal que era el de su colega. No se hallaban descuidados los enemigos, á quienes mandaba el mayor general Hadeln, recientemente destinado á aquel ejército por Napoleón, poco afecto al general Morio que hasta entonces los rigiera y á quien no concedía capacidad alguna para el mando. Tres eran los regimientos, cada uno de dos batallones, con que contaba la división de Westphalia, aunque muy escasos de fuerza por la muchísima que habían perdido ya en el sitio; así es que, repartida la que les quedaba en la guarda de las obras de la montaña de Montjuich y la de los depósitos del cuartel general, no les sería fácil ofrecer á los españoles una resistencia cual era de desear para no verse insultados en sus puestos y menos garantir la seguridad de las baterías, cuya custodia estaba á su cargo desde la marcha de Verdier al campo de Saint Cyr. Los regimientos números 2 y 4 que con Hadeln mantenían el ala izquierda próxima al Ter, fueron vencidos tan pronto como atacados por nuestros catalanes; y el comandante Löbell, que cubría el centro, aun reforzado por una compañía del 4.° regimiento, cuyo capitán huyó momentos después, no pudo obtener más que la efímera ventaja de sostenerse hasta la llegada de Hadeln que se retiraba hacia su lado. Los españoles continuaban su arrebatado avance sin que los westphalianos que, al retroceder en cuadro, perdieron á su general, teniendo que arrojarlo á un precipicio para no verlo quemar, como dice el mismo Löbell, en su presencia, lograron detenerlos hasta la batería den Roca, cuyos obuses clavaron, y hasta su entrada en Sarriá. Fuéronles quemados cuatro campamentos, en que los nuestros les cogieron va-

rias cajas de guerra, fusiles y municiones conque armarse los somatenes que no los tenían, y hasta tuvieron ocasión y tiempo para enviar un emisario á Gerona que comunicara á Alvarez su presencia y victoria allí. Y otro tanto sucedía en la extrema derecha del campo francés de la izquierda del Ter, donde Rovira derrotaba también al tercer regimiento de la misma arma y país que los vencidos en la otra ala. Su coronel Legras pudo, en fin, sostenerse en Sarriá recogiendo á los fugitivos para, reuniéndolos, rechazar á los españoles en aquel pueblo que, perdido, comprometía las obras todas de sitio y hasta la salud del ejército francés entero (1).

Esta acción, mejor dicho, este episodio de la gloriosa jornada del 1.° de septiembre, duró, como supondrá el lector, varias horas, hasta cerca del anochecer de aquel día, tiempo suficiente para que volviesen á su campo las tropas de Verdier que, dejando otra vez la división Lechi en sus antiguas posiciones de Salt y Santa Eugenia, tan prematuramente obandonadas por García Conde, se dirigió á las suyas de la izquierda del Ter á favor de aquel malhadado puente que nadie se había cuidado de inutilizar. Clarós y Rovira hubieron, pues, de retirarse á las alturas más próximas de Montagut y Domeny que abandonarían al

(1) Para conocer la verdadera importancia de la acción de los catalanes en aquel día, se hace necesaria la lectura del parte de Clarós y de la circunstanciada relación que del comportamiento de sus compatriotas escribió después el coronel westphaliano Löbell, citado como uno de los más bravos de entre ellos.

Pueden verse los dos documentos en el apéndice núm. 16.

día siguiente, atacados por fuerzas inmensamente superiores en número, de las que ya podía disponer Verdier, establecido, puede decirse que tranquilamente, en su antiguo cuartel general del sitio.

Salida contra Montjuich

Además de la salida verificada por Fournás en apoyo de García Conde facilitando la entrada del convoy en Gerona, el general Alvarez dispuso otra con 300 hombres que, á las órdenes del teniente coronel de Borbón, D. Luis Duvivier, explorasen las baterías francesas de Montjuich que se mostraban mudas aquel día. El ataque fué lo enérgico que era de esperar y las baterías de la paralela inmediata á Santa Lucía fueron ocupadas tan pronto como invadidas por nuestros valientes que, sin embargo, no pudieron inutilizar la artillería por falta de clavos, ni avanzar sobre las demás obras por el fuego que se les hizo desde la torre de San Juan y desde Montjuich. Con todo, aquella fuerza se hizo dueña á la vez del convento de San Daniel, que los franceses habían evacuado para acudir á Montjuich, y transportó á la plaza los efectos del hospital que tenían allí establecido los sitiadores. Aún hizo la salida otro servicio mayor. Puesta en comunicación con Llauder, establecido, según dijimos, en Nuestra Señora de los Angeles, abrió camino á los paisanos de los pueblos próximos para meter en la plaza víveres, tanto para la guarnición como para algunos de los vecinos; servicio que continuó prestándose varios días, hasta que los franceses recuperaron aquellas posiciones, la ermita y el convento.

Tal fué la jornada del 1.° de septiembre que, de haberse sabido aprovechar, hubiera podido influir, quizás decisivamente, en la suerte de Gerona, hacien-

do, acaso, levantar el sitio que con tal heroismo estaba cuatro meses resistiendo.

Porque de haber desplegado el general Blake mayor actividad y superior energía, habría sorprendido al 7.° cuerpo francés en la diseminación á que le obligaba la penuria, hallándolo sin medios para rechazar su ataque. Como podía acercarse á distancia de donde operar inmediatamente, seguro de que el enemigo no había de descubrir sus designios ni conocer su fuerza, como sucedió el 1.° de septiembre, habría, con efecto, logrado coger á Saint Cyr forzosamente desprevenido para una acción general. Y otro tanto hubiera conseguido tres ó cuatro días después, en que la necesidad había de llevar al ejército francés á diseminarse de nuevo; con la ventaja, además, para Blake, de que, desmoralizadas, y no poco, las tropas francesas con el reciente fracaso y teniendo en Gerona las numerosas y frescas de García Condo, capaces de hacer una brillante salida, hubiera, con un combate en tan favorables condiciones, logrado arrancar á Saint Cyr una brillante victoria y hacerse el libertador de Gerona. Dice Saint Cyr á propósito de consideraciones de este orden: «En los dos días siguientes, gracias á las dos raciones conservadas para aquel momento, podíamos presentar en combate sobre 10.000 hombres, no comprendidos los que proporcionaría la división del sitio; lo cual era un gran motivo de esperanza, porque la fuerza moral de la tropa iba en aumento á pesar de su disminución numérica, causada por las bajas que había experimentado; pero en los días sucesivos, desde el 3 de septiembre, y consumidas las dos raciones, no lograríamos oponer á los españoles 2.000 hombres re-

unidos, tal era la falta de víveres. Imposible, pues, el impedir á su ejército que comunicase con la guarnición de Gerona que, así, podía aquel mismo día hallarse completamente libre, y eso sin un tiro, es decir, sin exponerse á ningún accidente desgraciado. Nuestros verdaderos temores, nuestros peligros reales, no eran, de consiguiente, sino para el 3 de septiembre.....» (1).

El general Blake perdió, pues, una ocasión propicia, de las pocas que ofrece la fortuna militar, para haberse cubierto de gloria, ya atacando á su adversario cuando estaba desprevenido, ya al verlo, por su hábil estratagema del 1.º de septiembre, en la precisión de diseminarse y con una gran fuerza enemiga á sus espaldas, dentro de la plaza, cuyo sitio estaba llamado á proteger. Su retirada después, hizo llegar á su colmo los errores cometidos; porque el entusiasmo que produjo en los gerundenses la entrada del convoy tenía que enfriarse al ver cómo los abandonaba de nuevo á su suerte el ejército de socorro de que esperaban su salvación. El convoy proporcionaba ocho días de ración completa, que sería preciso limitar, como se hizo, para alargar la duración de sus efectos en la plaza, que, distante Blake, bien calculaba Alvarez que

(1) No sabemos qué clase de fuerza moral era la que Saint Cyr veía crecer en las filas de su ejército, porque Belmas dice lo siguiente en su Diario: «Sin embargo, desde el 2 de septiembre, la división del sitio había recibido la orden de continuar sus operaciones, pero las prosiguió con disgusto bien marcado; ochenta y seis días de fuego y las enfermedades comunes en clima tan ardiente y en la canícula la habían notablemente disminuído. Oficiales y soldados, todos deseaban ver concluir pronto aquel sitio, y se consideraban como un retroceso los socorros entrados en la plaza y la pérdida del convento de San Daniel.»



transcurriría mucho tiempo antes de volverse á poner en disposición de intentar otro socorro como el que acababa de recibir.

Sale García Conde de Gerona.

Era necesario, urgentísimo, sacar de Gerona las fuerzas que el general en jefe y Alvarez no creyeran absolutamente precisas para continuar la defensa, siquiera porque no consumiesen la misma vitualla que habían llevado á la plaza. Ya intentó García Conde su evasión el día 2 con las que restaban descontando 2.790 hombres que se nombraron para reforzar la guarnición, los prisioneros franceses que guardaba la plaza y las acémilas del convoy; pero, á pesar de haberse entretenido las tropas de Verdier en despejar las alturas opuestas á Sarriá de los Miqueletes y somatenes de Clarós y Rovira que, según dijimos, quedaron la noche anterior ocupándolas, halló tantas cerca de los vados del Ter, que debía atravesar, que hubo de retroceder á Gerona (1). Afortunadamente la jornada reciente había quebrantado bastante á los sitiadores y mientras se reponían de ella, reparaban los desperfectos causados en sus baterías y trincheras y volvian á restablecer el bloqueo, no rompieron de nuevo el fue-

(1) Las fuerzas que dejó en la plaza García Conde, consistían en

Del regimiento de Baza	1.368 hombres.
De granaderos de Iliberia	102
Del 1.er tercio de Talarn	362
Del 2.° ídem íd..................	354
Del 2.° ídem de Vich	281
Del 1.° de Cervera...............	140
Del 1.° de Manresa..............	183
TOTAL...............	2.790



go, limitándose á disparar algunas granadas que no pudieron hacer los estragos á que estaba expuesta la fuerza del convoy, aglomerada en plazas y calles y sin el abrigo de edificio alguno, destruídos, como estaban, ya todos. Tan silenciosa estuvo la artillería francesa y tan ocupados los peones, que el día 3 salieron las vacas, racientemente traídas, á pacer en los campos próximos á las murallas, y lo hicieron con la mayor tranquilidad, sin que las escoltas de infantería y caballería recibieran el menor daño; por lo contrario, haciendo algunos prisioneros á las avanzadas francesas que, al salir, habían obligado á retirarse. Necesitaban los franceses reorganizar todos los servicios, siempre complicados, de un sitio tan largo y de tan múltiples accidentes; y roto el bloqueo con la ocupación de Nuestra Señora de los Angeles, amenazado sin cesar su campamento de Sarriá por Clarós, que también les tenía interceptado su camino de Francia, y con la preocupación de las tropas de García Conde en Gerona, se veían obligados á reforzar sus ya mermadas filas y á esperar la llegada de municiones de que, además, carecían por el inmenso gasto que habían hecho de ellas (1). Y no pudiendo obtenerlas inmediatamente, se dedicaron á la empresa de reponer las cosas en el estado en que se hallaban el día último de agosto. Para conseguirlo, el general Gouvión Saint Cyr reforzó la

(1) Belmas en un cuadro bastante sombrío que pinta de la situación del ejército francés, dice así: «La provisión que se había hecho de seis cientos disparos por pieza y que sucesivamente se había aumentado, se hallaba agotada y las brechas no estaban, sin embargo, practicables. ¡Cuánto no debió entonces lamentarse el derroche de nuestros recursos de artillería, y el no haberlos economizado para el momento decisivo!»



división Verdier con la brigada italiana de Mazzuchelli, de dos regimientos y un batallón de cazadores, que se estableció en el monte Livio; situada la división Pino en Casa de la Selva, destacó al llano el 4.° de línea italiano y los dragones de Napoleón, y á las alturas de Castellar el 7.° de línea también italiano; y, por fin, la división Souham formó su línea desde Bescano, tan torpemente abandonado días antes, á Ruidellots; mejor dicho, desde el Ter á Tiona, de donde podía observar las avenidas de Vich y Hostalrich. Con eso y con fortificar las ruinas de Montjuich para librarlo de un golpe de mano, limpiando las brechas, reponiendo sus parapetos y estableciendo en las caras y flancos de sus baluartes algunas piezas de corto calibre, creyó el general en jefe del 7.° cuerpo que podría darse al sitio un impulso que lo concluyera rápidamente.

Pero ni aun así logró mantener encerrado en Gerona al general García Conde, que el 4 muy temprano abandonó la plaza con su fuerza y las acémilas (1). Al dirigirse á la ermita de los Angeles, iba á encontrarse con el 7.° italiano apostado, según acabamos de decir, en Castellar; pero sea error de su jefe, como dicen los franceses, ó habilidad del español, supo éste evitarlo,

(1) Dice Minali que *por algunos accidentes* no pudo García Conde salir de Gerona hasta las dos de la madrugada del 4. Claras, más explícito, lo explica así: Juzgando aquel general imprudente salir al anochecer del 3 por oirse tiros por la parte de Palau y confusión por la de las acémilas del convoy, «mandó, dice, que entrasen en la plaza la tropa y las caballerías. En este tiempo el Gobernador de la plaza había salido para hacer su acostumbrada ronda, y habiéndose dirigido á la puerta del socorro por donde debía salir García Conde, se encontraron los dos generales en la calle de Ciudadanos, y el de la plaza dijo al otro: *¿Cómo es esto; por qué no ha salido usted?*, á lo

cual poco después al general Pino que, por otro error también, hubo de presenciar con su Estado Mayor cómo se le escapaba aquella tan codiciada presa que, sin novedad, se unía inmediatamente á las tropas de Blake.

Restablecen los franceses la línea del Sitio.

Revés, y no pequeño, sufrieron también los franceses al querer limpiar de enemigos todo el terreno de la izquierda del Ter que tenían á sus espaldas, de donde Clarós y Rovira les amenazaban de continuo, impidiéndolos, aquél el extenderse á lo largo del río, y el canónigo catalán interceptándoles su comunicación con Figueras y el Imperio. Verdier, ardiendo en ira con la presencia de sus importunos visitadores de todos los días, envió contra ellos el día 6 la división westphaliana y el 32.º de línea francés, que fueron rechazados al pie de Nuestra Señora de Gracia, cerca del lugar de San Gregorio, con muerte del general Joba, que fué muy sentida en el ejército sitiador (1). Este tomó su

---

que contestó: *Hay novedad que lo impide;* y habiéndose despedido el Gobernador bastante incomodado y diciendo: *no puede haberla, no puede haberla;* quiso llegar á la puerta del Socorro para informarse y sólo halló que había sucedido alguna confusión entre soldados y caballerías».

Resultado: que después de una conferencia secreta entre los dos generales, que Claras supone algo fuerte, y en que García Conde opuso algunas dificultades para salir, «á eso de las dos de la madrugada, añade, que nuestro Gobernador en persona fué á despertarle, se resolvió aquél á marchar con la expresada tropa y acémilas.....»

(1) El ingénuo Löbell resume así la relación de aquel combate: «Terminó muy tristemente. Dicho general perdió dos cañones y hasta la vida; y las tropas que volvieron después de una gran pérdida, se hallaron en la situación más miserable por tan terrible trabajo y por la falta de víveres.» Herido Löbell, tuvo que retirarse á Francia, relevándole en el mando de su batallón el teniente Kachler, único oficial que había quedado en él.

desquite en la ermita de los Angeles atacándola en la tarde de aquel mismo día. Ya el anterior, 5, habían los italianos impedido la comunicación de la plaza con aquel fuerte, cuyo jefe, el teniente Llauder, la reclamaba para proporcionar salida á muchos vecinos de La Bisbal que permanecían en Gerona y, á la vez, introducir víveres que le ofrecían los paisanos, como lo habían hecho los días próximos desde el 1.° de septiembre. Los 500 voluntarios que, por orden de Alvarez, salieron al efecto con el teniente coronel Fleyres, del tercio de Talarn, habían sido rechazados, perdiendo bastante gente, entre ella dos oficiales y, lo que era más importante, el inglés Fitz Gerald, que los acompañaba por afición y quedó prisionero de los italianos. Pero el día 6, animados los sitiadores con aquel pequeño triunfo y cumpliendo su general Mazzuchelli con las instrucciones que se le habían dado al establecerse en Castellar y alturas inmediatas, acometió la empresa de apoderarse de la ermita, fortificada en lo posible y aspillerada en el tiempo que Llauder llevaba en ella. Dos veces la atacó el coronel Eugenio con ocho compañías del 6.° regimiento y tres del 1.° ligero, y otras tantas veces fué echado de la altura por sus defensores, sin que *la mano de hierro, la voz estentórea y la terrible mirada* de aquel jefe, comparado en tal circunstancia nada menos que con el célebre romano Catón, le valiesen sino para bajar el último. Fué necesario para obtener resultado el que se pusiera á la cabeza de toda su tropa el mismo Mazzuchelli que, llegando á lo alto y haciendo zapar el muro, mejor dicho, una ventana de la ermita, lanzó de ella á los españoles, algunos de los que, y entre ellos Llauder, tuvieron que abrirse paso



por entre los sitiadores (1). Las pérdidas de los italianos parece que fueron de 3 oficiales y 25 soldados muertos, con 4 de los primeros y 43 de los segundos heridos; de los nuestros, quedaron fuera de combate sobre 60 hombres, muertos ó heridos, y entre ellos el capitán Bulguer del tercio de Manresa muerto, como Ferrán Masferrer y Cors, subtenientes de los de Gerona y Lérida.

La pérdida de la ermita fué, sin embargo, de mucha importancia para Gerona, porque suponía la incomunicación de antes y la falta de aquel, aunque pequeño, recurso que había proporcionado durante cinco días protegiendo la entrada de algunos víveres que con la mejor voluntad aportaban los pueblos próximos de la comarca. Ofreció, además, á los sitiadores la ventaja de poder destinar al general Fontane con el 2.° ligero italiano y un escuadrón de los dragones de Napoleón á la izquierda del Ter, muy débil hasta en-

(1) Vacani da á esta acción la importancia de una batalla según se entretiene en sus detalles más minuciosos citando por sus nombres á cuantos oficiales se distinguieron por su valor, los Re, Lobert, De Lorenzi, Cottafava, Ceroni, y hasta soldados como Cilloni, Gaspari, Garbagnati y muchos otros. Por supuesto que furiosos los italianos con haber sido rechazados en sus dos primeros ataques, no dieron después cuartel á los que no lograron escaparse por las ventanas de la ermita ó abrirse paso, con lo que resultó grande la matanza. «Cuantos eran, dice Vacani, que tomó parte en la acción, los defensores en aquel estrecho recinto, del que muy pocos pudieron huir arrojándose del muro, todos, excepto uno, fueron miserablemente muertos y en brevísimo tiempo, pudo más la fatiga que la humanidad para hacer cesar aquel estrago que costó la vida á 400 combatientes.»

Y decimos nosotros: «si todos, menos uno, fueron muertos, ¿sobre quiénes se ejerció la influencia del cansancio, ya que no el sentimiento humanitario de los italianos? No sería tan grande el número de los defensores cuando los mandaba en jefe un teniente.»



tonces, en lugar de mantenerse en La Bisbal para impedir la acción de los somatenes por el boquete de la citada ermita mientras estuviera ocupada por los españoles.

Gerona, repetimos, quedaba de nuevo incomunicada; pero los sucesos que acabamos de referir la habían proporcionado lo que pudiéramos llamar un respiro de 13 días que la dió tiempo para reparar en lo posible los estragos causados en sus murallas por la artillería francesa. En ese intervalo algunas granadas, no muchas, cayeron en la ciudad, por escasear las bombas en el campo francés; y hasta las obras sufrieron tal paralización, que chocó á los mismos sitiados, quienes, por su parte, no cesaban de disparar sobre las más próximas. Un cronista del sitio dice refiriéndose al día 4 de septiembre: «Nada han compuesto los sitiadores en sus trincheras y baterías, las que se hallan bastante destruídas; tampoco han continuado sus trabajos, ignorándose cuál será la causa.» Y, al reseñar los sucesos del 9, añade: «Nada han trabajado los sitiadores en sus trincheras y baterías, pero sí en la cortina volada del castillo, la que han acabado de levantar.» De modo que más parecían ocuparse en la defensa de su campo que en atacar á la plaza.

Tres podían ser las causas para tan extraña quietud, aisladas y, quizás mejor, reunidas; el desánimo que antes atribuíamos á los sitiadores confirmado por Belmas; el cuidado de establecer la tranquilidad en su derredor rechazando á sus visitantes de todos los días, los miqueletes y somatenes, ó la falta absoluta de municiones que, temiendo fuera de muchos días, les haría calcular como estériles trabajos que, antes de llegarles

aquellas, podrían destruír los proyectiles de la plaza. Hemos dicho «mejor reunidas esas causas»; porque lo cierto es que los combates de los días 5 y 6 revelaron la tarea de los franceses para despejar de enemigos las inmediaciones de su campo; el del 7, en que el coronel Fournás salió de la plaza con unos 1.000 infantes en observación del campamento francés de Salt, del que no experimentó hostilidad alguna, ocupado como estaba en apoyar con su gente á los westphalianos que se batían en la izquierda del Tor con los voluntarios catalanes, y los trabajos de defensa en Montjuich, demuestran de una manera harto significativa, que no se creían seguros los franceses ínterin les faltaran la cooperación inmediata de las tropas de Saint Cyr, la ocupación tranquila de sus posiciones y el abastecimiento de los víveres y de las municiones que tanto les urgía ya, retardadas por la incomunicación con Francia.

Los sitiados reparaban, entretanto, los estragos que había hecho la artillería enemiga antes del 1.º de septiembre. Además de limpiar las brechas hasta su pie y de recomponer con los materiales derrumbados los parapetos y merlones, lo mismo en Santa Lucía que en Alemanes, se acabaron de construir los muros levantados á sus espaldas para el caso de un asalto, y hasta hubo tiempo para abrir anchos y profundos fosos y alzar gruesos traveses que aislaran al enemigo en las brechas é impidiesen su entrada en la plaza. La torre de Gironella fué reforzada con un robusto atrincheramiento de sacos á tierra, y la batería de San Cristóbal con un espaldón de los mismos materiales, como la de la huerta del canónigo Managat recibió aumento en sus medios de resistencia con el mayor espesor de su

parapeto y la recomposición y reforma de los merlones. La guarnición, por último, aumentó la fuerza de las guardias establecidas en los puntos de mayor peligro y los puestos que exigían vigilancia más exquisita, ya que su número era superior desde la entrada de García Conde en la plaza.

Reanudan sus trabajos.

Así las cosas, pudo observarse el día 11 que los sitiadores volvían á su trabajo de restauración de las obras deterioradas en las baterías y del ramal de trinchera que habían comenzado para llegar al pie de la brecha de Santa Lucía, con objeto de minarla, á fin de hacerla practicable y suficientemente espaciosa para el asalto. También se notó que trabajaban en la conducción de nuevas piezas á las baterías y en dotarlas superabundantemente de municiones que, sin duda, les acababan de llegar. Y era que, con efecto, el general Verdier, cansado de tan larga inacción, quería repararla con un ataque tan decisivo como enérgico y rápido. Se conoce que, aun así y tranquilo respecto á cualquier ataque que pudiera intentarse contra su campo, cubierto con las tropas que le había enviado el general Saint Cyr, quería prevenirse del todo para cualquiera eventualidad, pues que todavía le pidió nuevas fuerzas conque dar el asalto en el momento en que estuvieran las brechas practicables. Pero se las negó su jefe, tan irritado con él por su correspondencia directa con el Ministro de la Guerra, que le daba cierto carácter de independencia, como de ver que los víveres que llegaban de Francia se detenían siempre en el campo de la división del sitio, nunca pasaban al del 7.º cuerpo, sin cuya asistencia hacía mucho tiempo que aquella estaría encerrada en los muros de Figue-



Acción de Báscara.

ras si no en los de Bellegarde ó Perpignán. No pasarían dos días sin que, no sólo se viesen amenazados la comunicación con Francia y los campamentos de Tallinas y Báscara que la mantenían, si no que cayese casi íntegro en poder de los españoles un gran convoy de harina que se dirigía á Gerona y corriesen un grave peligro la escolta y aun la guarnición del segundo de aquellos puestos. El coronel O'Donnell, situado en Besalú con fuerzas de Saboya, de Tarragona, de Wimpfen y del batallón granaderos de Sarsfield, tuvo conocimiento de la salida del convoy que desde Figueras se trasladaba el 14 de aquel mes de septiembre á Báscara, punto, como ya hemos dicho, fuertemente guarnecido y apoyándose en su castillo que los franceses habían puesto en muy buen estado de defensa. En combinación con Clarós atacó la posición de Báscara que la guarnición trató de defender estableciendo su línea de batalla entre el castillo á su derecha y una casa sólidamente fortificada á su izquierda. Pero rota la línea á pesar de las dos piezas en ella establecidas por los franceses, hubieron muchos de ellos de retirarse al fuerte, haciéndolo los demás á la población que, aun atrincherada, como estaba, y reforzada por la escolta del convoy que acudió á la voz del cañón, cayó en poder de los nuestros, que la asaltaron al grito de «¡Viva Fernando VII!» En fuga los franceses, se acogieron al castillo, imposible de atacar sin artillería, que no llevaba O'Donnell; pero, aun así, hubieran caído al día siguiente prisioneros sin el auxilio del general Guillot que se presentó á la caída de la tarde con fuerzas considerables de infantería y caballería. El convoy cayó en poder de los nuestros que, no teniendo tiempo

para transportarlo á sus posiciones de la Montaña, destruyeron una gran parte de él, llevándose consigo el ganado con que lo arrastraban los franceses que, así, se vieron en la imposibilidad de aprovechar el resto en muchos días (1).

Al amanecer de aquel mismo día 14, rompían el fuego otra vez las baterías de brecha, núms. 26, 27 y 28; la primera y la última sobre la cortina de Santa Lucía, y la segunda contra el baluarte de San Cristóbal. La apertura de las brechas no era fácil, sobre todo en Santa Lucía, por no haber alcanzado su pie la trinchera que dijimos iban los franceses abriendo para minarla, en la que perdieron mucha gente, siendo, entre tantos bravos zapadores, muerto el brillante oficial de ingenieros, M. de Binarville. Añádase á eso el resultado obtenido por los defensores en una salida ejecutada el 15 á las tres de la tarde por la puerta, provisionalmente murada y abierta entonces, de San Pedro de Galligáns, en que fueron ocupadas las tres baterías é incendiadas en lo posible, clavados los cañones y rotas sus cureñas. Todavía hubiera continuado el estrago en las trincheras enemigas sin el pánico introducido en la 3.ª de las divisiones que verificaron la salida. Los miqueletes que la formaban creyeron mucho más nu-

Rómpese de nuevo el fuego en Gerona.

---

(1) El general Guillot decía en su parte: «Pienso, mi general, que sería bueno que hiciéseis venir algunos medios de transporte y adelantar un reconocimiento de infantería y caballería». Esto es, que pedía refuerzos temiendo que los españoles que, según confiesa, *habían demostrado una gran audacia*, se hubiesen dirigido sobre su retaguardia para incomunicarle con Figueras.

Es de notar que Guillot no halló en Báscara un sólo hombre que le orientase respecto á la marcha de O'Donnell, que por aquella acción fué ascendido al empleo de brigadier.

merosa de lo que era la avanzada francesa que hallaron en su camino de la falda de Montjuich, entre San Daniel y el castillo; y por muchos esfuerzos que hicieron su jefe, el teniente coronel Ramírez Estenós, y los oficiales, no lograron impedir su retirada á la plaza. Con eso, las divisiones ocupadas en la destrucción de las baterías de brecha, regidas por el comandante del 2.° de Barcelona, Velasco, y el coronel Fournás, creyéndose flanqueadas, hubieron también de acogerse apresuradamente á la plaza por la misma puerta por que habían entrado, la cual fué de nuevo cerrada y murada.

«Esta salida, dice Belmas, no fué infructuosa para el enemigo; había tenido tiempo para destruir nuestros ramales de trinchera delante de la paralela, de tal modo, que un trabajo de tres ó cuatro noches, en extremo sangriento, resultó enteramente perdido. Desde entonces se renunció á la idea de perfeccionar minando la brecha de Santa Lucía, que la artillería se encargó de acabar como mejor pudiera. Se supuso que bastarían las brechas de Alemanes, de las Letrinas y del baluarte de San Cristóbal.» ¿Se quiere confesión más explícita del resultado de la salida del 15 de septiembre?

El gran asalto del 19 de septiembre.

Acercábase, con todo, el día en que iba á decidirse á quién pertenecía la mayor gloria en el sitio de Gerona, si á los que con tanta arrogancia lo habían emprendido, así como orlándose de antemano con el laurel del triunfo, ó si á los que, sin pensar quizás en él, iban á sacrificar hacienda y vida, en holocausto al honor militar unos, y todos en aras de la patria y de su independencia. Las baterías francesas lanzaban toda

clase de proyectiles, tanto sobre la ciudad, para completar su ruina, como sobre los muros para ensanchar las ya amplias brechas, imposibles de recomponer ante el intenso y nunca interrumpido fuego que se hacía sobre ellas, huracán de hierro precursor del asalto que había de rendir aquel baluarte de la lealtad española.

Y el general Verdier resolvió dar ese asalto el 19 de septiembre después de consultado con los comandantes de ingenieros y artillería y de haber dirigido al Gobernador de la plaza una carta intimándole la rendición, mensaje que hubo de devolver el parlamentario, amenazado de muerte si se atrevía á acercarse á la brecha por donde intentaba penetrar en la plaza. Al anunciar al general la presencia del oficial francés delante de la brecha de Santa Lucía, contestó Alvarez «que el comandante de la brecha hiciese retirar inmediatamente á los parlamentarios, diciéndoles que nunca podría ofrecérsele motivo alguno de entrar en correspondencia con sus generales» (1).

Mas para dar el asalto necesitaba Verdier la acquiescencia del General en jefe y, mejor todavía, su auxilio, ya que la división del sitio, que debía realizarlo, estaba

(1) Belmas dice que Alvarez revistó enseguida las tropas dirigiéndoles las palabras siguientes: «Oficiales y soldados; si hay entre vosotros quien tema la muerte, salga de las filas y hasta de la plaza, ocupada por los valerosos y dignos súbditos de Fernando VII; los que quedemos, juramos de nuevo morir antes que rendirnos. ¿Lo juráis? Y el aire repitió el grito unánime de ¡Sí, lo juramos!»

¿De dónde ha sacado esta arenga el distinguido cronista? ¿De Vacani que la había escrito anteriormente en su elegantísima lengua?

Porque la verdad es que Alvarez tranquilizó á los patriotas que rodeaban su casa para saber su resolución, haciendo fijar otra vez en la puerta el famoso bando del 1.º de abril, imponiendo pena de la vida al que hablase de capitulación.



reducida por las enfermedades y las balas á la fuerza, tan sólo, de 4 á 5.000 hombres de todas armas. A fin de obtener la autorización y el auxilio, Verdier dirigió á Saint Cyr el día 18 un despacho acompañado del informe de los generales Sansón y Taviel sobre el estado de las brechas y las disposiciones que debieran tomarse para que el asalto tuviera el éxito á que se aspiraba al emprenderlo. En su concepto, la brecha del cuartel de Alemanes, á pesar de estar todavía muy pendiente en su talud, era practicable para seis hombres de frente y lo sería para más en el momento de su asalto; la segunda, generalmente llamada de las Letrinas, era la más favorable para el asalto por tener de 20 á 24 metros de ancha y poderse allanar los obstáculos que el sitiado pudiera oponer en su parte interior; la tercera, del baluarte de San Cristóbal, tenía condiciones muy semejantes á la primera en cuanto á la abertura é inclinación de sus escombros; la cuarta, en fin, esto es, la de Santa Lucía, se presentaba como la más difícil de asaltar por la naturaleza del terreno en que se alzaba el muro que, aun superado éste en el ataque, dejaba á su espalda una hondonada cuyo descenso para penetrar en la ciudad ofrecía muy grandes, aunque no insuperables dificultades. No se había logrado apagar los fuegos de flanco de los puntos de la plaza próximos á las brechas ni los del fuerte del Calvario, de la torre de Gironella y de la batería del entrante de Galligáns, como no se podría tampoco impedir el de la fusilería de los muros inmediatos y, sobre todo, de las casas que los dominan. Para eso y para vencer los obstáculos que la plaza hubiera levantado en el interior de las brechas, barricadas, baterías, minas, etc.,

sería necesario contar con tropas, las más vigorosas é inteligentes, que conociesen y respetasen á sus jefes; para lo que los comandantes de ingenieros y artillería proponían que se empleasen para el asalto regimientosen vez de compañías de preferencia, cuyos jefes reconocieran previamente el terreno y se asegurasen de la accesibilidad de las brechas y de la situación y fuerza de sus defensas interiores.

Y de ahí, la comunicación de Verdier pidiendo á Saint Cyr que reemplazase con tropas del 7.° Cuerpo las del llano de Salt, las de San Pons, San Medir y Montagut en la izquierda del Ter, y las de Campdurá y San Miguel en la derecha; con lo que y con enviarle un batallón que guarneciese Montjuich y con la ocupación del resto de la línea de contravalación de Castellar á Palau por los italianos de Pino, podría reunir 4.500 hombres de tropas (passables) de las que, aun cansadas y con pocos oficiales, esperaba algún resultado.

El general en jefe accedió en despacho de aquella misma fecha á que se acometiese el asalto y á enviarle las tropas que se le pedían, y á la vez invitó á Verdier á que, acompañado de los generales Sansón y Taviel, se avistara con él después de medio día, cuando hubiera obtenido por su parte las noticias pedidas á los jefes de Ingenieros y Artillería de su cuerpo de ejército.

De la entrevista, en que no llegaron á ponerse de acuerdo los jefes facultativos de una y otra parte sobre si eran ó no practicables las brechas, si estaban ó no apagados los fuegos que cogerían de flanco á los asaltantes, resultó la decisión de que se intentara al día siguiente el ataque, precedido imprescindiblemente de la



ocupación del fuerte del Calvario, cuyos fuegos de flanco podrían, si no, estorbarlo.

Se acordó después la distribución de las tropas de Saint Cyr para mejor cooperar á la empresa, destinando ocho batallones y la caballería con el general Souham á oponerse á Blake si intentaba el socorro de la plaza; trece con el general Pino al bloqueo y á un ataque falso al Mercadal, y veintinueve con Verdier al asalto de las brechas. El general en jefe se reservaba la facultad de, según el resultado de aquella operación, disponer un segundo asalto con las tropas de su mando inmediato que no iban á tomar parte en el primero.

Con esa autorización y la ayuda que se le prestaba que, después de vencido, criticaría tanto, Verdier se dispuso á emprender el asalto de Gerona á las cuatro de la tarde del siguiente día, 19 de septiembre (1).

También en la plaza, viendo próximo tal acontecimiento, se habían previsto los accidentes á que pudiera dar ocasión y se preparaban los medios de resistirlo con fortuna.

Desde el día 14 circulaba por los cuerpos de la guarnición la orden siguiente:

«Todos los cuerpos ocuparán en el caso de alarma los puestos siguientes»:

«Regimiento de Ultonia; Las brechas de Alemanes».

(1) Belmas dice: «Una consideración poderosa movía (al general Saint Cyr) á aquella resolución: era la del desaliento y el disgusto que lo largo del sitio había producido en los que estaban encargados de él, desde los jefes hasta los soldados. Resistiéndose más tiempo á una tentativa que ofrecía ocasión de terminarlo, temía ver degenerar aquel disgusto en un desánimo completo que hiciera perder toda esperanza.



«Regimiento de Borbón; Parte en Alemanes y parte en Santa Lucía».

«Idem de Baza; Cortadura grande de la plaza de San Pedro, baluarte y puerta de Francia».

«Granaderos de Iberia; Batería de Managat».

«Segundo de Barcelona; Brechas de Alemanes y San Cristóbal».

«Primero de Gerona; Idem de íd.»

«Primero de Vich; Muralla alta de la puerta del Socorro hasta Alemanes».

«Segundo de ídem; Baluartes de Sarracinas y de Managat».

«Primero de Cervera; Plaza del Hospicio para acudir á los baluartes del Mercadal».

«Primero de Talarn; Plaza de San Francisco para ídem».

«Segundo de íd; Idem para íd».

«Caballería de San Narciso; Plaza del Vino».

«Compañías de Cruzada; Los puestos que tienen señalados».

Esa orden estaba seguida de notas, en las que se decía que la partida de Tarragona se hallaba en el fuerte de Capuchinos; que la tropa de artillería estaba siempre en las baterías sin relevarse más que la del frente atacado, que lo hacía cada 24 horas, con la de aquellas; y que los ocho zapadores que quedaban serían empleados en los trabajos que se ofreciesen.

El coronel Fournás obtuvo el mando de las brechas de Alemanes y muralla de San Cristóbal, y Marshal el de la brecha de Santa Lucía.

Y no se dió punto al reparo de las brechas, á la obra de concluir los espaldones, baterías y resguardos



interiores, á la construcción de un puente levadizo en el Galligáns por haberse destruido el que ponía en contacto el barrio de San Pedro con el resto de la ciudad, á la limpieza del foso interior de Santa Lucía, y á la mejor habilitación posible del fuerte del Calvario, de tanta utilidad para barrer con su artillería toda la falda de la altura en que asentaba todo el frente atacado.

Al amanecer del 19 ya se anunció al general Alvarez la reunión de grandes masas de tropas en la montaña de Monjuich, de las que se había destacado una como de 3.000 hombres al convento de San Daniel, quedando en el castillo y en las ruinas de la torre de San Juan el resto de las fuerzas que sumaría de 1.500 á 2.000, todos, al parecer, de la división sitiadora. Y muy pronto se hicieron manifiestas sus intenciones, no sólo por la dirección que se les daba sino por la violencia del fuego que al instante rompió toda la artillería francesa; la de las baterías del castillo y de la paralela próxima á la plaza, contra las brechas para ensancharlas más y más; la de la torre de San Daniel, contra el fuerte del Calvario; y la de Puig den Roca y de Santa Eugenia, contra la ciudad y el Mercadal. El Gobernador, después de observar detenidamente la reunión de las tropas francesas y sus movimientos algo más tarde, precursores indudablemente de un ataque, decisivo, al parecer, según tal y tan formidable preparación, hizo batir la generala, á cuyo llamamiento acudieron las tropas y los institutos armados del vecindario á los puestos que se les había señalado.

Grande emoción causaría en Gerona la alarma en momentos en que nadie podía hacerse ilusiones respec-

to á la gravedad que entrañaba; no ocultándose, de seguro, los riesgos que iban á correr los intereses más caros al hombre, la patria, el hogar, la familia y la vida misma.

«El toque de generala, dice Haro, el intrépido coronel de Baza; el sonido triste de una gran campana que sin cesar llamaba al somatén; la marcha silenciosa, pero viva, de las tropas; el ver salir de sus casas á todos los ciudadanos y hasta los sacerdotes armados para defender sus vidas; el ver á las mujeres despavoridas, pero animando á los hombres; el estrepitoso sonido de más de doscientas bocas de cañón haciendo fuego á un tiempo; el incesante tiroteo de la fusilería; la contínua caida de bombas y granadas, y la densa nube del humo de la pólvora, que envolvía y como que intentaba ofuscar estos terribles objetos, formaba el cuadro más grandioso que se puede imaginar. Y lo que más daba sublimidad, añade, á esta terrible escena, era el tener la idea fija en que, si el resultado era funesto, todos iban á perecer en aquel instante á manos de sus feroces enemigos. Todos fijaban la vista en el Gobernador; y Don Mariano Alvarez, superior á los peligros que le rodeaban, infundía á los demás la grandeza de su alma y la confianza que se debía tener en la justicia de nuestra causa, en una guarnición tan bizarra, y en las sábias precauciones que se habían tomado de antemano».

Los franceses, cambiando de conducta respecto á las horas, escarmentados en Monjuich y sus torres avanzadas, prefirieron el 19 de septiembre dar el asalto por la tarde; nosotros creemos que para, disparando muchas horas de día, tener las brechas más practicables, ya que se abrigaban dudas de si lo estaban bas-



tante. (1) Podrá creerse un error tal determinación, puesto que, entrada de noche la ciudad, debiéndose gastar algunas horas en superar las brechas, las defensas interiores y las primeras casas en que era de suponer una resistencia igual, por lo menos, á la hasta entonces opuesta por las tropas de la guarnición y los gerundenses, no sería prudente seguir avanzando por el dédalo de calles en que habrían de comprometerse inmediatamente. Pero, en cambio, la obscuridad de la noche los favorecería á su vez para establecerse en fuerza y sólidamente en las inmediaciones de las brechas, desde las que dominarían la población, siendo con particularidad en el frente de Alemanes y San Cristóbal, las más elevadas por la configuración del terreno en que tiene su asiento. Por eso, sin duda, eligieron la hora de las cuatro de la tarde.

«El ataque, ya lo hemos dicho en el elogio del general Alvarez, fué, como debía esperarse, impetuoso y rudo. Al lado de los soldados de la Francia formaban los del Rhin é Italia, sus aliados que, como en Roma, componían una gran parte, si no la mayor, de los ejércitos del moderno César (1). El mismo valor en todos, si distinto continente; impacientes y fogosos los unos,

---

(1) Hay quien dice que eligieron la hora única en que solía descansar el general Alvarez; pero ¿cómo habían de sorprenderle después de los preparativos que se les veía hacer desde Gerona y del horrible fuego de toda la mañana? Eso que en la plaza, y así lo asegura Medrano, se creyó el 18 que sería el asalto al amanecer del 19 por la costumbre de cuantos se habían dado en aquel sitio.

(1) Para probarlo en este caso, no hay sino recordar la composición del ejército sitiador en mayo. Había en él dos batallones de Wirzbourg, dos de Berg, uno de otros estados menores del Rhin, cinco y dos compañías de artillería de Westphalia, todos de la división Morio; algunos batallones del 2.º, 6.º, 56 y

atropellándose por llegar á las brechas, graves y poseídos del estoicismo germánico los otros, pero anhelando, como sus demás camaradas de aquel día, cruzar las bayonetas con las de aquellos sus enemigos comunes, cuyo vencimiento, aunque en vano, tantos meses hacía que buscaban.»

«Todos, sin embargo, tuvieron la misma funesta y aterradora suerte. Ganan la áspera cuesta que los separa de Gerona y, protegidos por más de cien bocas de fuego que cubren de proyectiles las murallas, montan las brechas y, en algunas, coronan la cresta, halagados ya con la esperanza de un triunfo mucho más fácil del que esperaban. Pero Borbón y Ultonia, aquellos heróicos regimientos, cuya memoria correrá siempre unida á la de la ciudad del Ter con su fortuna, próspera ó infeliz, los aguardan impertérritos en Santa Lucía y Alemanes, apoyados por Iliberia y Baza y un pueblo inmenso, próceres, industriales, sacerdotes, cristianas y enérgicas mujeres dispuestas, como los hombres, á sacrificarlo todo por el propio honor y el de sus hogares y familias. La lucha es terrible, y el éxito anda dudoso mucho tiempo sobre á quién inclinarse de los combatientes, si á los invasores que, como un torrente, invaden los emplazamientos y reparos hechos para la defensa, si á los que, como el huracan á las arenas, los barren y arrojan al barranco inmediato del Galligáns para confundir su orgullo. Y lo mismo que en Santa

113 regimientos franceses de línea y del 32 ligero; un batallón suizo y uno de la guardia del Rosellón, el regimiento de cazadores á caballo núm. 28, el segundo de caballos ligeros napolitanos, y varias compañías de artillería y zapadores. Poco después, según se ha dicho, se reunió á ese ejército la división Lechi, toda ella italiana.



Lucía y Alemanes, sucede en San Cristóbal y la torre de Gironella, donde también son repelidos los franceses con grandísima pérdida de oficiales y soldados. Ni el ímpetu, otras veces incontrastable, de una tropa acostumbrada á arrollarlo todo y destruirlo; ni la energía y la abnegación de los jefes marchando á su cabeza y sacrificando la vida en lo alto de las brechas; ni la frecuencia de los refuerzos enviados por los generales y el fuego cada vez más violento de la artillería, bastaron á cansar una resistencia que también á cada punto se mostraba más y más tenaz, según que se veía coronada por victoria tan brillante y tan completa.»

«Horroriza el conocimiento de las víctimas en aquella lucha verdaderamente homérica. Y es que nadie busca reparos en que guarecerse, bóvedas donde ocultarse, ni obstáculos que oponer; y sobre los parapetos y en lo alto de las brechas descuellan los defensores á descubierto y desafiando la furia de sus enemigos. La carnicería se hace así más fácil; y en acción tan arrogante, y en la emulación que produce tamaña temeridad, contagiosa á todos, caen del muro ó envueltos en los escombros centenares de valientes y los que, por dar ejemplo sobre todo, ofrecen su pecho para cubrir el de los que ni tienen la obligación ni esperan la recompensa que á ellos anima» (1).

En Alemanes.

Con efecto; contra lo convenido en el cuartel general de Saint Cyr, en vez de iniciar el combate con el asalto del fuerte del Calvario, se hizo simultáneo en todos los puntos que debían ser atacados aquel día mo-

(1) Discurso en elogio del teniente general D. Mariano Alvarez de Castro, citado anteriormente.

morable. Para cuando los cien hombres, otro error, destinados al ataque del Calvario, pudieron llegar, muy trabajosamente por cierto, al pie de la brecha abierta en el fuerte, de la que detenidos al pronto por el fuego fueron muy luego arrojados á la bayoneta por sus valientes defensores, las demás columnas acometían el asalto de las brechas del recinto de la plaza al apoyo y con la protección de sus baterías que no cesaban un momento en sus descargas á bala y metralla.

Era áspera y penosa la subida y, no pudiendo guardar su formación las tres columnas y el destacamento en su marcha al cuartel de Alemanes, las Letrinas, San Cristóbal y la Gironella, respectivamente, comenzaron por desordenarse al cruzar el Galligáns y, embarazándose unas á otras y confundiéndose en aquel terreno escarpado, acabaron por formar un pelotón inmenso, en que pudo cebarse á su sabor la artillería española de las cortinas, los flancos y troneras del frente atacado y la más eficaz aún de los fuertes del Calvario, del Cabildo y del mismo del Condestable. No se arredraron los imperiales por aquel huracán de hierro que, como si fuera del cielo vengador de su arrogancia, caía sobre ellos, y continuaron su ascensión á las brechas con la mayor impavidez. La primera en llegar á su destino fué la columna dirigida contra el baluarte de San Cristóbal; pero el mismo valor de que iban poseídos los de la cabeza y su apresuramiento impidieron que las que la seguían tomaran á la vez parte en la acción, y aun dieron lugar á que los de la cola se distrajeran en hacer fuego, lo peor que se les podía ocurrir, á las brechas y obras inmediatas.

Sucedió entonces lo que siempre en iguales ó se-



mejantes circunstancias; que viéndose sin apoyo los primeros asaltantes y azotados de tanto fuego, volvieron caras y, al ser detenidos por los que les seguían, se convirtió toda aquélla masa, ya informe, en un inmenso remolino que sólo la habilidad de sus bravos oficiales y jefes pudo contener, dirigiéndolo al muro que unía al recinto la torre de Gironella, especie de abrigo en tan crítico momento, en que logró alguna, aunque muy imperfecta, formación. Ya desde allí, y algo repuestos, partieron los primeros á la próxima brecha del cuartel de los Alemanes.

Allí la brecha se presentaba coronada por los soldados de Ultonia y Borbón con sus oficiales en la cresta á pecho descubierto y desafiando, lo mismo que la furia de los proyectiles que sobre ellos llovían, la de los valientes que, bayoneta calada, iban salvando los escombros que formaban ancha puerta por donde penetrar en la plaza. La acometida, sin embargo, como tan impetuosa y emprendida desde lugar tan próximo y después de un respiro, siquier corto, obtuvo algún resultado, en tal número se sucedían los asaltantes. Pero aun llegando éstos á penetrar en parte del cuartel, combatiendo, como los defensores, hasta con piedras por no perder tiempo en cargar los fusiles, hubieron de retroceder ante los que, saliendo de las obras interiores en que estaban apostados para acudir al mayor peligro, los arrojaron á bayonetazos del cuartel y de la brecha (1). Todavía intentaron los franceses, después de

(1) A Medrano le había tocado por turno estar en una segunda cortadura armada con dos piezas, y cuenta que acababan él y su tropa de ocupar el puesto cuando vieron pasar á Alvarez con la mayor precipitación, «el que después de haber pasa-



reponerse un poco en el muro de unión del cuartel con la torre de Gironella, que también quisieron atacar, volver al asalto de Alemanes y de la brecha inmediata de las Letrinas; pero en condiciones ya muy desventajosas, desanimados por su anterior fracaso, hallando envalentonados á los defensores, que ya no usaban más que la bayoneta para con ellos, y hechos blanco de los fuegos que cruzaban sobre sus cabezas las baterías de Sarracinas y el Calvario. «Dos veces, dice Belmas, volvieron á formar nuestros valientes al pie de la torre de Gironella; pero la cabeza de la columna nunca pasó del punto en que el muro del recinto cesaba de cubrirla de los fuegos directos que se la dirigían desde el cuartel.»

Escena semejante se representaba en la brecha de Santa Lucía. Los franceses, que hemos dicho se habían establecido con anticipación en la torre de San Juan, salieron con el coronel Foresti, que los mandaba, de entre las ruinas y á los pocos minutos acometían el asalto de la brecha que, dígase lo que se quiera, se hallaba practicable puesto que ganaron muchos de ellos la cresta. Pero hallaron insuperable aquel resalte que se presentaba como el mayor de los obstáculos en la muralla de Santa Lucía según los mismos ingenieros

En Santa Lucía.

do, añade, se paró de pronto, y como quien recuerda alguna cosa que tenía medio olvidada, se dirigió á nosotros y nos dijo estas terminantes palabras. *Señores, yo voy á la brecha á cumplir con mi deber, y á escarmentar un enemigo tenaz aunque cobarde: espero que Vds. cumplirán con el suyo como hasta aquí, pero además les exijo que ínterin dure el asalto y el peligro, harán fuego y tratarán como enemigo á cualquiera que se retire de las brechas, aunque sea yo mismo; y si así no lo hacen, serán Vds. tratados como traidores á la Patria.* En seguida, con la mayor serenidad y sangre fría, pero con precipitación, se encaminó á la brecha, donde se puso á pecho descubierto, dando un ejemplo singular, el que difícilmente se habrá visto en iguales circunstancias.»

franceses en su informe del día 18. Trataron los asaltantes de facilitarse bajada á la ciudad corriéndose por el muro; pero estrecho éste y cerrado en sus flancos, y azotados ellos por el fuego mortífero que se les hacía desde el atrincheramiento interior, el campanario de la iglesia inmediata y las ventanas de la casa parroquial, hubieron de retroceder, como despeñados, de la brecha, en cuyo revés se cubrieron con la misma muralla de la acción de los defensores. Foresti, sin embargo, ó por no desesperar del éxito ó por que no se pusiese en duda que por su parte no había dejado nada que hacer para obtenerlo, volvió á montar la brecha á la cabeza de algunos oficiales y soldados, hallando, subido de nuevo á la cresta, una muerte gloriosa para su reputación militar, verdaderamente envidiable. ¿Cómo vencer en tales condiciones y en la más funesta todavía para las imperiales de hallarse en aquél momento allí animando con su voz y su ejemplo á los sitiados el general Alvarez, tan generoso para los valientes como severo é inexorable para los poltrones y cobardes? Así es que los enemigos, vueltos á su anterior abrigo del pie de la muralla, tan imprevisto acaso como el que habían hallado los asaltantes del cuartel de Alemanes en la de comunicación con la torre de Gironella, se mantuvieron en él hasta que les llegara la orden del general Verdier sobre su ulterior destino.

Retíranse los franceses.

Hacía, con efecto, dos horas que se estaba peleando en todo el frente abierto por las brechas y aun en otras partes del recinto, donde, para distraer á los sitiados, se simulaban ataques, ya amenazando también con el asalto, como en el Mercadal, ya con el fuego de una artillería, tan numerosa de piezas de grueso calibre,



que acabaría por causar grandes desperfectos en las defensas de la plaza y el caserío de la ciudad. No era posible continuar una lucha que concluiría con la destrucción total de las tropas francesas que la habían emprendido; y Verdier, testigo de tal desastre desde la fortaleza de Montjuich, dió la orden de retirada que, en su inmediata ejecución, tuvo por acompañamiento, al decir de uno de los defensores más ilustres, «el fuego de mortero, obús y de cañón de los baluartes de Sarracinas, de San Pedro, de Figuerola, baterías de Managat, de la Catedral y de la torre de Gironella.» ¡Digno epílogo de un drama por demás sangriento que había empezado por el fuego de más de cien bocas vomitando sus enormes proyectiles sobre la infeliz Gerona para facilitar su asalto!

«Esta desgraciada acción, dice Belmas, duró dos horas y nos costó 624 hombres muertos ó heridos, de los cuales 33 oficiales, comprendidos en ellos los coroneles Rouffini del 32.°, Foresti del 5.° italiano, y Mouff del 1.° de Berg (1).»

Las bajas de los sitiados, si no fueron muchas, tenían, sin embargo, importancia, más que por la jerarquía, por el mérito de algunos de los oficiales muertos ó heridos en tan reñido y bien disputado combate.

(1) Para que se vea con qué injusticia motejan los franceses á nuestros historiadores de exagerar sus pérdidas, léase á Minali que dice sobre esto: «La pérdida de los enemigos se calculó de 500 hombres fuera de combate por los muchos cadáveres que quedaron en las brechas y en sus inmediaciones, y por los muchos heridos que retiraron: la nuestra ha sido conforme lo manifiesta el estado que más abajo se acompaña.»

En ese estado, que se estampa en el apéndice número 17 para que se comprenda la parte que cada uno de los cuerpos de la guarnición tomó en aquel combate, aparecen ser 267 las bajas.

Muerte de Marshal.

Murió defendiendo la brecha de Santa Lucía el inglés Marshal, tantas veces nombrado en esta historia, que, como hemos visto, había obtenido el empleo de teniente coronel con destino al regimiento de Ultonia. Su entusiasmo por la causa española le había hecho abandonar los regalos de la vida con que le brindaban su noble alcurnia y gran fortuna; y su admiración por los gerundenses y Alvarez el tomar parte en una lucha que suponía de proporciones y carácter muy semejantes á las antiguas que tanto debían cautivar á un corazón de fuego como el suyo y á una imaginación todo fantasía. Una bala de fusil le atravesó el pecho y, retirado al hospital, dió, al exhalar su último aliento, testimonio, el más imparcial que cabe, de su asombro por el valor de los gerundenses y la energía y habilidad de su Gobernador (1).

Y de Macarti.

También cayó mortal en el largo combatir de las brechas de Alemanes el sargento mayor de aquel mismo regimiento de Ultonia, D. Ricardo Macarti (MacCharty), que tanto se había distinguido en los trances del sitio. Coronada la primera brecha por los franceses y cuando ya penetraban en el cuartel, salió de las defensas interiores el comandante Macarti á la cabeza de los granaderos de su regimiento y, arrojándose á la

(1) «Decidle, exclamó al morir, que es el mejor general de Europa.»

Medrano, al hacer su elogio, dice que «murió á las pocas horas del asalto, pero en su sano juicio, y diciendo y repitiendo con mucho entusiasmo; que moría muy gustoso en defensa de la mejor de las causas, en compañía de los más valientes militares y á las órdenes del más bravo y mejor general de Europa.» «Encargó también, añade, que sus cenizas se colocasen en donde pudieran ser exhumadas, pues serían reclamadas de Inglaterra.»

bayoneta sobre los invasores, logró, como dice el señor Claras, «dar muerte á unos y poner en huida á los pocos que pudieron verificarlo de cuantos tuvieron la osadía de posesionarse de la brecha». Allí fué herido el heróico Mayor que pocos días después moría en los brazos de sus camaradas; de todos elogiado por su inteligencia y denuedo y sentido de todos que, aun cuando extranjero también como tantos de su cuerpo, reveló siempre el más acendrado españolismo.

Y de Gerona.

Más acaso que la muerte de Marshal y Macarti, fué llorada la del capitán de artillería D. Salustiano Gerona, defensor aquel día de la torre de Gironella; «militar tan bravo, dice Blanch, como inteligente, que vestido siempre de gala habían visto á todas horas los imperiales recorrer las fortificaciones y á veces apuntar contra ellos todos los cañones de la plaza.» Era valiente, con efecto, activo, instruído y pundonoroso, según Medrano, su compañero de arma que, al nombrarle en su escrito, dice no puede hacerlo sin conmoverse y tributarle el elogio que la amistad y la justicia exigen. Fué herido al arrojar sobre los enemigos que asaltaban la torre granadas de mano, sacos de foso y todo género de proyectiles; dejando el cargo de la defensa al intendente D. Carlos Beramendi que la acabó felizmente, para morir en el hospital recomendando á sus camaradas el cumplimiento de sus deberes en tan solemne ocasión (1).

(1) Dicen que, al sentirse herido, arrojó su espada de punta contra sus enemigos más inmediatos.

El autor de esta historia halló en Gerona tan viva la memoria de este oficial que comprendió era, después de Alvarez, uno de los más populares, bien por sus valor, que ciertamente

Otros oficiales, distinguidos todos, regaron con su generosa sangre aquellos escombros gloriosos de tanta y tanta brecha como abrió el hierro de los franceses en la inmortal Gerona. El artillero Sausa, el también teniente Viñas del 2.° batallón de Vich y hasta 71 individuos de tropa y algún paisano perecieron aquel día; siendo muchos los heridos, entre los cuales hubo varios de la cruzada gerundense y cuatro de las heróicas amazonas que formaban las compañías de Santa Bárbara. Los cruzados dieron gran brillo á la victoria con la demostración de su esfuerzo, y las mujeres lo completaron participando de los mismos peligros que la tropa al acudir con municiones, refrescos y camillas á las brechas y defensas interiores, para armar á los unos, vigorizar á otros y conducir á los heridos hasta los hospitales de sangre (1).

El coronel Fournás fué uno de los personajes más sobresalientes en aquella jornada, como que necesitaba desplegar energía más tenaz en el mando que se le había dado de las brechas altas del frente, con mayor ímpetu embestido; teniendo la suerte de no sucumbir como Marshal y Macarti, no por no haberse expuesto á los mismos peligros, pues que en las reacciones verificadas por Ultonia y Borbón en las dos brechas de Alemanes, fué quien las ordenó y dirigió tan hábil

---

debió revelarse como extraordinario, bien por una arrogancia que haría hasta plausible la coincidencia de su apellido. Corría allí la tradición de que, situado en lo alto de las brechas con su arma favorita en la mano, una granada, exclamaba siempre: «¡Gerona salvará á Gerona ó se sepultará en las ruinas de Gerona!»

(1) Se distinguieron, particularmente, Teresa, viuda de Balaguer é Isabel Pí, las dos de Bagur; Esperanza Llorens, de Cadaqués, y María Plajas, de Calonge.



como valerosamente. Los también coroneles La Iglesia é Iriarte, como otros varios jefes y oficiales lograron distinguirse, si era posible alcanzar tamaña honra en aquella masa de héroes, tropa y paisanos, curas y frailes, ancianos, mozos y mujeres que formaban la general, unánime y compacta de los defensores de Gerona.

Ninguno, con todo, como su general D. Mariano Alvarez. Los cronistas de aquella hazaña, testigos presenciales y actores, todos también ilustres, en ella, están conformes en una sola apreciación, la de que su gobernador se mostró aquel día, no sólo á la altura de ocasión tan solemne, sino á la de los héroes más celebrados de la antigüedad por su valor, su inteligencia y energía. No se pueden leer las relaciones de los generales Haro y Miranda, las de Minali, Medrano, Nieto Samaniego, Claras, Cundaro, las de cuantos conmemoran el sitio de Gerona, sin sentirse uno elevado á las regiones del heroismo militar y ver en ellas dominando á las más altas figuras la ingente de D. Mariano Alvarez.

Nada de extraño, pues, que el conde de Toreno dijera, refiriéndose á él en la acción del 19 de septiembre: «Alvarez á su cabeza (la de los defensores), grave y denodado, representábase á la imaginación en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre, y cierto que si no se aventajaba á los demás en estatura, como aquellos, sobrepujaba á todos en resolución y gran pecho» (1).

---

(1) Dice el historiador catalán, D. Víctor Gebhardt, en su tan pintoresco y enérgico lenguaje: «Cascú verament sembla haber un dit al cor que li signia los paratges en que mester es:

Consejo de generales en el campo francés.

Al ver el general Saint Cyr el resultado del asalto, reunió á los generales y oficiales de ingenieros de su cuerpo de ejército para consultarles la posibilidad y conveniencia de repetir el ataque con las tropas de su inmediato mando, ya que las de la división del sitio no habían quedado en disposición de hacerlo. El coronel comandante de ingenieros, en un informe que subscribieron con él un comandante y un capitán del arma, manifestó que, no estando practicables las brechas, ni apoyados los fuegos del flanco, y no existiendo caminos de trinchera que condujesen las tropas á cubierto hasta el pie de los muros, se debía considerar como impracticable el asalto. Los generales Pino y Souham creyeron que sería temerario el intentarlo sin que la artillería hubiese antes destruído las defensas de la plaza y contrabatido eficazmente los flancos (1).

Con esos informes y dejando á salvo el honor de los asaltantes por su conducta, que nadie, seguro, juzgará desfavorablemente, resolvió Saint Cyr que se continuaran los trabajos de sitio, mejor que para poner la plaza en condiciones de otro ataque, «para conservar, así lo dice en su Diario, por lo menos alguna

---

y en tant, nostre General ho rebiscola anant de çá y de llá com lleugera oraneta á qui la vista no pot seguir. Per tot, per tot arreu d'en mitx d' aquells baluerns fa sobrexir N' Alvarez la sua veu; y si algú, com dias passats, ll pregunta hont se retirará: *al cementir* li respon. Be ho pot fer qui insulta la mort, no escoltant avisos dels qui temen més la seua que la llur. ¡Tant y tant gran es lo coratje que l' alena!»

(1) ¿Cómo querrían los ingenieros de Saint Cyr que estuviesen de abiertas las brechas, siendo nada menos que cinco ó seis las practicadas? ¿Ni qué más abiertas que las de Alemanes, donde los franceses llegaron á penetrar en los patios y las cuadras de los dos cuarteles?

Lo que salvó á Gerona en aquella jornada fué el valor de sus defensores y nada más. Esto es incontrovertible.

apariencia de insistir en él y no desalentar á sus soldados, cuyos sufrimientos y privaciones eran tan grandes.» Pero haciéndole ver que se habían agotado los recursos, antes existentes, para mantener el sitio, víveres y municiones, y comprendiendo, por otro lado, la situación apuradísima en que se hallaba la plaza, convirtió el sitio en bloqueo, dejando al tiempo, al hambre y la peste conseguir lo á que inútilmente habían aspirado la furia francesa y los innumerables y poderosos tormentos que la apoyaban.

El sitio se convierte en bloqueo.

Los franceses llevaban mucho sufrido en tan largo asedio; la división encargada del sitio, además de las muchas bajas causadas por las balas, tenía en el hospital 6.666 heridos ó enfermos, y el 7.° cuerpo no contaba más que con unos 10.000 hombres disponibles, pues los restantes 13.322 andaban también repartidos por las casas, enfermerías y hospitales, completamente inútiles para el servicio. Sus generales, ni satisfechos naturalmente, ni acordes entre sí; y Verdier, rebosando en ira contra su jefe y humillado con tanta y tanta derrota como le habían hecho sufrir los gerundenses, se retiraba á los pocos días del ejército para exhalar sus más amargas quejas en los escritos que dirigió al mariscal Augereau, al Ministro de la Guerra y al mismo Emperador.

El hambre en Gerona.

Pero no era tampoco satisfactorio, ni mucho menos, el estado en que se encontraba Gerona. El hambre hacía su efecto más inmediato, causaba las enfermedades que, de tiempo atrás, venían cebándose en la población (1).

(1) Sin acudir á noticias de nuestros compatriotas, que podrían parecer exageradas, allá van las que daban los sitiadores. «Los sitiados, dice Belmas, se hallaban también en el estado

Escribía Alvarez días antes, el 9 de aquel mes, á Blake y á la Junta Superior de Cataluña: «...¿Pero, qué amargo es para mí verse suceder los días, y viendo tocar el fin de todos los recursos, estando atenido el soldado y paisano á una ración de habas llenas de gusanos, y á un triste escaso pan, que con mil trabajos se logra? ¿Qué puede producir esta miseria después de tantas fatigas, sino un número considerable de enfermos, para los que faltan todo género de auxilios y medicamentos, y una flaqueza y debilidad á los demás, que sólo un valor, una constancia decidida, puede en parte, superar?»

Y si esto sucedía diez días antes del asalto de la plaza, ¿qué ha de calcularse para después de una jornada tan sangrienta, que tantos sacrificios representa y exige para su reparación tantos y tan eficaces recursos?

No iba, pues, descaminado el general Gouvión Saint Cyr en sus fríos y cobardes cálculos. A semejanza de lo que había hecho al frente de Tarragona después de la batalla de Valls, fomentando la peste que allí reinaba con enviar á Reding los enfermos y heri-

---

más deplorable: lo sabíamos por los desertores que diariamente huían de la ciudad. Los soldados de la guarnición no recibían sino un cuarto de pan cada tres días, con carne de caballo ó de mula, sin aceite, sal, vino ni aguardiente. Los hospitales carecían de medicamentos y de los objetos más necesarios. Los habitantes sufrían también mucho del hambre; y todos los días se recogían en las calles cadáveres de hombres y mujeres muertos de inanición. Las enfermedades, consecuencia inevitable de la miseria, hacían espantoso estrago, enterrándose de cuarenta á cincuenta personas por día. Todos estos males no debilitaban, sin embargo, el encarnizamiento de los españoles, á quienes los frailes y curas exortaban á tener paciencia, meciéndolos en las más halagadoras esperanzas».



dos de los hospitales de Reus, quiso vengar la derrota de sus tropas en Gerona apretando más y más el bloqueo, con lo que alcanzaría ó esperaría alcanzar el mismo resultado con economía de sangre, ya que el esfuerzo de sus soldados se rompía en el acerado pecho de sus invencibles enemigos.

Y, con efecto, cesó, puede decirse, el fuego de los sitiadores en toda su línea (1). La plaza pudo así dedicarse tranquilamente á construir sobre los flancos de las brechas espaldones y baterías que batiesen sus avenidas y acceso, á cavar anchos y profundos fosos donde se detuviera el invasor si llegaba á introducirse en el recinto, y á armar todos aquellos obstáculos, ocultando todo lo posible las piezas y cubriendo en los nuevos parapetos y en los balcones y ventanas de las casas próximas á los tiradores, soldados ó paisanos.

Se intenta otro convoy.

Estos trabajos hubieron de distraerse con ocasión de la noticia llevada á Gerona por algunos aldeanos que anunciaron de palabra la proximidad de un nuevo convoy y, con su presencia, la ruptura del bloqueo por las tropas del brigadier O'Donnell á la cabeza de la vanguardia de Wimpffen, que de lejos apoyaría con unos 8.000 hombres tan inesperada y halagüeña operación. La noticia era cierta y el convoy efectivo; sólo que, por falta de habilidad ó por desgracia de sus conductores y escolta, fué interceptado en su mayor parte. Cuando el general Álvarez hizo salir de los fuertes de Capuchinos y el Condestable dos destacamentos al en-

(1) En los cinco días que sucedieron al del asalto, los franceses sólo dispararon contra la plaza una bala de cañón y tres bombas. Lo que sí hicieron fué mucho fuego de fusil desde las trincheras. Así lo dice Minali.



cuentro del convoy, O'Donnell se encontraba ya aislado del ejército y en una situación sumamente comprometida.

El general Blake, después de haber organizado el convoy en derredor de Hostalrich, se había trasladado á sus anteriores posiciones frente á la línea de circunvalación que cubría el 7.° cuerpo francés. Varios días pasó allí en busca de camino por donde, burlando la vigilancia de Saint Cyr, pudiera introducir el convoy en Gerona, y, por fin, creyó que, con lo sucedido el día 1.° de aquel mes, sería lo más prudente dirigirse á la zona opuesta á la antes elegida para la feliz operación del general García Conde. Y se encaminó por su derecha á La Bisbal, de donde el 26 hacía partir el convoy con la división Wimpffen por escolta y llevando á vanguardia á O'Donnell, tan acreditado en tal género de empresas (1). O'Donnell acometió con furia á los italianos de Mazzucchelly, arrollando primero al 7.° de línea junto á Castellar y dispersándolo completamente, y en seguida al 6.°, cuyos puestos avanzados ni tiempo tuvieron para acogerse al cuerpo principal, en el que hizo prisioneros al comandante Casella y á varios oficiales y soldados que fueron luego conducidos á Gerona. Con eso y con hacerse de día, se extendió la alarma por el campo imperial, acudiendo contra O'Donnell, Mazzucchelli, de frente con el 1.° ligero desde Monte Livio, y desde Casá de la Selva el general Pino que,

(1) Al decir Minali que esta operación tuvo lugar el 25, cometió una equivocación que después no ha podido subsanar en su diario del sitio. Fué el 26, y así lo consignan terminantemente los franceses, Toreno, Muñoz-Maldonado y Schépeler. Lo extraño es que Claras, á quien sigue siempre Minali, dice también que fué el 26.



recogiendo los dispersos con el 4.° de línea y los dragones de la brigada Palombini, se dirigió á cortar el convoy y ponerse en frente de Wimpffen, que iba detrás escoltándolo (1).

Su fracaso.

Como O'Donnell tenía que sujetarse al compás del convoy que, si había de ir reunido, sería forzosamente lento, no caminaba con toda la presteza á que le impelían su carácter ardiente y la conveniencia de ponerse lo antes posible en comunicación con Gerona. Pero viendo á los imperiales reunirse para rechazarle y prontos á echársele encima, se adelantó con su fuerza y unos 170 de los bagajes del convoy; y, quemando los campamentos de sus enemigos vencidos y abandonando las alturas de San Miguel en que esperaba la

(1) En este punto dice Vacani que, al conocer Mazzucchelli la desgracia del 7.° y 6.° de su brigada, reunió el 1.° ligero; y «con aquella feliz *espontaneidad* que tanta parte tuvo en el triunfo de la jornada», corrió desde la Crovetta (creueta) al encuentro de O'Donnell. Añade luego que Pino, del mismo modo (in ugual maniera), amenazado en Casá de la Selva y celoso del honor del nombre italiano, después de dar parte al general en jefe, se adelantó con las tropas de Palombini.

Y entónces ¿qué queda de la narración de Saint Cyr, que con la mayor formalidad asegura haber adivinado las intenciones de Blake y dispuesto, en consecuencia, un especie de celada en que cayera el convoy entre las tropas de Mazzucchelli y Pino, á las que había dado las órdenes más convenientes al efecto? Queda que el Sr. Saint Cyr, para no darse por sorprendido, fantasea á su gusto y satisface así su amor propio de hábil.

Pero en esto nada hay comparable con Thiers que, parafraseando la narración de Saint Cyr, dice en su Historia del Imperio: «Esta vez el general Saint Cyr, no fiándose sino de sí mismo, tomó las mejores disposiciones y ocultó sus fuerzas de modo que dejasen llegar el convoy y las tropas que lo escoltaban hasta las puertas de Gerona. De pronto sus columnas hábilmente escondidas, detuvieron de *frente*, cogieron por el flanco y por retaguardia el convoy y la escolta.....»

¿Se quiere mejor prueba de la razón con que los alemanes llaman á esa Historia *la novela de Thiers*?

incorporación de todas las fuerzas del convoy, bajó á establecerse en la falda de la eminencia en que asientan los fuertes de Capuchinos, Condestable y D.ª Ana, no sin, en su marcha, arrollar otro cuerpo francés, abriéndose paso á la bayoneta y al grito de ¡Viva Fernando VII! y ¡Viva Gerona!

Pero el resto del convoy y el considerable número de reses que lo seguían cayeron en poder del enemigo que, repuesto de su primer descalabro, se vengó con su energía y actividad acostumbradas, privando á Gerona de socorro tan importante (1) y castigando á los infelices aldeanos que lo conducían con fusilarlos inhumanamente en Palau (2). No contribuyeron poco á dar calor á los italianos de Pino, los franceses de Souham, cuyo regimiento núm. 67, con un oficial de Estado Mayor á su frente, no sólo los apoyó eficazmente en su reacción contra O'Donnell, sino que continuó después su ataque sobre las fuerzas de Wimpffen (3).

Y ¿á quién atribuir el malogro de una operación cuyo éxito tanto importaba á la salud de Gerona?

Mucho nos duele el decirlo; pero la mayor respon-

---

(1) El convoy se componía de unas 1.500 acémilas cargadas de harina y otros comestibles y sobre otros tantos bueyes y carneros.

(2) Después del asalto del 19 nuestros soldados bajaban de las brechas á recoger los heridos franceses para conducirlos á los hospitales; y eso á riesgo de ser muertos por la artillería del sitiador que no cesó de tirar sobre ellas.

(3) El general Saint Cyr cita con mucha pompa al comandante Bernay, que en combate personal con el jefe de los voluntarios (suponemos que de Tarragona) lo hirió gravemente á sablazos.

En cambio no se acuerda del italiano Casella, herido también y llevado á Gerona con sus oficiales y soldados del 6.º regimiento. De los aliados nadie se acuerda más que cuando han de servir de *carne de cañón*, como decía Napoleón.



sabilidad de tan infausto suceso cae sobre el general Blake, sin podérsela hacer compartir con sus tenientes y subordinados.

Desperdiciada la ocasión de los días anteriores al 1.° de septiembre en que hubiera hallado las tropas de Saint Cyr diseminadas en un vasto espacio de terreno; desperdiciada también la del 19, durante el asalto, en que solo una parte de la división Souham se le hubiera interpuesto en el camino á Gerona, en el momento precisamente en que las demás tropas imperiales sufrían ó presenciaban, llenas de terror ó de una gran preocupación, el desastre más transcendental de los vistos en aquel sitio, desaprovechaba ahora la que, aun con los ejemplos anteriores, le ofrecía su inadvertido cambio de base de operaciones en La Bisbal y la costa. Si O'Donnell con menos de 2.000 hombres supo sorprender á los cuerpos que formaban la línea de circunvalación por el lado de Montjuich, desbaratarlos y, cargado de prisioneros, ponerse en contacto con Gerona, ¿qué no hubiera él conseguido con 10 ó 12.000 cayendo sobre un campo en que no sobraba ciertamente el entusiasmo militar, amortiguado por las derrotas y el hambre? (1).

Y no es ésta opinión formada por los escritos de Saint Cyr y los demás historiadores franceses que siguen sus inspiraciones, sino la que, bien estudiados los antecedentes de aquella campaña, ocurre á cuantos se pongan á observar con algún detenimiento su índole, la de los medios con que podía contar y la situación

(1) El parte francés aumenta estas cifras hasta las de 16 ó 18.000.

harto difícil en que se hallaban los franceses sitiadores de Gerona.

Era, sobre todo, urgente hacer un esfuerzo para salvar á Gerona, cuya rendición acabaría con todos los prestigios de la Junta Central, ya bastante amenguados para entonces, y acabaría con el espíritu que alentaba á los catalanes que cifraban, no ya sólo su gloria, sino cuantas esperanzas de independencia pudieran abrigar en el mantenimiento de aquel pueblo heróico que así enseñaba á los demás á sacrificarse en aras de intereses tan caros y venerandos.

Evasión de O'Donnell.

Y no había que hacerse ilusiones: suceso como el del convoy era para destruir aun las más halagüeñas. Porque no cabía mayor descalabro que aquel para los defensores de Gerona, privándoles de un socorro que les hubiera servido de lenitivo para muchos días en su por demás precaria situación; ni les sirvió de poco embarazo la permanencia forzosa de las tropas de O'Donnell al abrigo de los fuertes exteriores de la plaza, donde consumirían, ellas solas, los comestibles que habían servido á introducir allí donde, como ya hemos dicho, sólo se sentían ya el hambre y los estragos que siempre lleva consigo, la peste y la desesperación, su cortejo inseparable.

Como supondrá el lector, el general francés dedicó todos sus conatos á impedir la evasión de aquellas tropas, estableciendo en su derredor uno como cordón robustísimo, formado con las suyas en los puntos por donde pudieran intentar escaparse, fortificándolos y guarneciéndolos convenientemente.

Todas esas precauciones le resultaron, sin embargo, ineficaces, para que una vez más se verificara que en

España salían burlados los cálculos de los generales franceses, aun los de uno como el en jefe del 7.° cuerpo de ejército, tan distinguido desde mucho antes, tan ilustre y celebrado después por sus talentos.

En la noche del 13 al 14 de octubre y movido O'Donnell por sus propios deseos y por las reclamaciones de Alvarez, á quien puede decirse que no le hacían ya falta brazos y le sobraban bocas en Gerona, emprendió su evasión por donde menos era de esperar, por la llánura que veía á sus pies desde su abrigo de los fuertes de Capuchinos y el Condestable.

Desciende al Onya á la cabeza de su gente y seguido de varios paisanos que desean huir con sus familias de la ciudad donde sólo esperan ya la muerte; y, cruzando aquel río, penetra en el llano por entre Palau y Santa Eugenia para, sorprendiendo aquí á los escuchas de caballería que vigilan las salidas de la plaza y atropellando allá á las guardias y avanzadas de que dependen, atravesar el campo de la división Souham. Extraviado por los guías en la obscuridad, aquella noche profundísima, da con el campamento francés de Aiguaviva y arrolla las guardias, coge prisioneros y un gran botín, sorprende en su alojamiento al general Souham que tiene que escabullirse en camisa, desatendido en el desorden y baraunda que produce tan inesperado suceso; y, después de salvar las posiciones de San Dalmay y Viloví marchando por aquel áspero terreno como á ciegas pero siempre resuelto á romper cuantos obstáculos se le opongan, llega á Santa Coloma donde se reune al coronel Miláns, estacionado desde días antes en aquel importantísimo punto.

¡Operación brillante, la de aquella fuga atrevida,



que importaba lo que una victoria y valió á su caudillo el empleo de Mariscal de Campo!

Aún tuvo que coronarla con un nuevo triunfo sobre las tropas que Souham, repuesto de su susto, envió en persecución de los que así se atrevían á asaltar su campamento. O'Donnell y Miláns las rechazaron con la mayor energía, añadiendo también el famoso caudillo catalán los laureles de aquel día á los frescos aún de uno anterior, en que arremetió á los enemigos con una felicísima encamisada escarmentando en aquellos mismos lugares á los franceses que más de cerca le observaban (1).

Marcha Saint Cyr á Francia.

El general Saint Cyr, al establecer el bloqueo como único sistema ya eficaz para hacerse dueño de Gerona, había enviado á Alvarez un emisario con proposiciones de un canje de oficiales, el del comandante del 6.° regimiento italiano hecho prisionero por O'Donnell, que estaba curándose de sus heridas en Gerona, por otro

(1) Don Adolfo Blanch la describe así: «No hacía muchos días que en aquel punto había Miláns, con solos 300 hombres, acometido de noche un campamento francés, de una manera que merece referirse. Mandó á sus gentes que para no confundirse en la obscuridad con los enemigos, dejasen colgar las camisas fuera de los calzones, é hizo cargar los fusiles, además de la bala correspondiente, con 6 balines. Así dispuesto, arremetió de pronto á los franceses haciendo sobre ellos una terrible descarga de la que cayeron 14, y mientras por un lado los oficiales de migueletes Pou, Bacigalupi, Barber y Cabanach, seguidos del mayor número, sembraban el espanto y la muerte, por el otro los capitanes del tercio de Granollers, Morera, Fleuger y Presas cortaban á los fugitivos el único camino que les quedaba, obligándoles á despeñarse por aquellos cerros. La llegada del teniente coronel D. Rafael Miláns acabó de completar la victoria cuyo resultado fué apoderarse los nuestros del campamento que incendiaron después de haber recogido gran número de fusiles, mochilas, tres acémilas y otros objetos. El baile expatriado de Santa Coloma, D. Juan Barrera, se distinguió entre los más animosos.»

jefe español de igual graduación. La circunstancia de ser español el emisario y oficial del regimiento de Saboya impidió al inexorable Gobernador el cerrarle la puerta de la plaza y hasta despacharle, como en otras ocasiones había ordenado, con el fuego de las guardias; pero lo despidió con la más rotunda negativa. Alvarez consideraba aquel paso como una prueba que hacía el general francés de su constancia en la firme resolución de no entrar en ningun género de transacciones que pudieran significar deseos pacíficos y mucho menos el de entregar la plaza. Con eso, desesperanzado de vencer la noble pertinacia de tal hombre como su adversario y de gentes que con abnegación tan extraordinaria preferían la muerte á ponerse á sus plantas y recibir la ley del enemigo, irritado por los que tomaba por desaires del Emperador, envidioso de su mérito, y enfermo del cuerpo y del espíritu, abandonó Saint Cyr el campo de Gerona sin esperar la llegada de su sucesor el duque de Castiglione (1).

Hacía muy cerca de un año que había penetrado en Cataluña á la cabeza de un ejército considerable destinado preferentemente á la salvación de Barcelona, si-

(1) Saint Cyr, temiendo que Augereau deseaba que se comprometiese más y más en una empresa que, como la del sitio de Gerona, llegara á desacreditarle, se trasladó á Perpignan dos ó tres días después del asalto con el pretexto de agenciarse víveres para las tropas de su mando.

Allí supo que el Mariscal estaba en Molitg sano y bueno, rodeado de las autoridades todas de aquel Departamento y de una nube de «los descontentos que abundan siempre junto á un jefe cuyas funciones van á terminar pronto»; con lo que le escribió rogándole fuese á tomar el mando del sitio, y, recibida una contestación tan ambigua como fría, le volvió á escribir su firme resolución de no volver á Cataluña.

Y, con efecto, el 5 de octubre se internaba en Francia.

tiada por los españoles tras las victorias obtenidas por ellos en el Bruch, el Congost y Gerona (1). En aquella campaña, ya lo habrán observado nuestros lectores, Saint Cyr había revelado dotes sobresalientes de mando, grande inteligencia, energía y actividad tan extraordinarias como eran de difíciles las circunstancias en que se vió y de poderosos los obstáculos que hubo de superar un ejército que tenía que principiar sus operaciones sin material de artillería por falta de caminos por donde transportarla, y por un país todo en armas, vigoroso y tenaz cual ninguno, puede decirse que fanatizado por sentimientos que á las gentes de corazón llevan á los sacrificios más sublimes.

Vencedor en cuantas batallas hubo de reñir para abrirse paso á Barcelona y luego dominar la derecha del Llobregat hasta Valls y Tarragona, tuvo, como Pirro, que abandonar sus conquistas, más que por atemperarse á las instrucciones que había recibido, por hallarse ya impotente y sin esperanza de ulteriores ventajas, aislado lejos de su base de operaciones y circuido de enemigos que no tardarían en ahogarle con su muchedumbre y fuerza. El orgullo y el despecho le hicieron cruel y vengativo, manchando las brillantes cualidades que le adornaban con aquellas feas pasiones que sació en inermes é ilustres ciudadanos sin otro delito que el más puro y levantado patriotismo. El republicano austero que no podía avenirse con el absolu-

(1) Al pedir instrucciones á Napoleón en París le había dicho éste: «La sola cosa que os recomiendo es que hagais cuantos esfuerzos sean necesarios para conservarme Barcelona; por que si perdiérais aquella plaza, no lograria recobrarla ni con ochenta mil hombres.» Así lo dice Saint Cyr en su Diario.



tismo de un hombre tan superior como Napoleón ¿por qué no había de respetar el arranque sublime de España rechazando la bárbara usurpación de que se la quería hacer objeto y admirar á enemigos como los españoles en vez de saciar en ellos su orgullo militar humillado con acabar la campaña en los sitios mismos en que la había comenzado? Allí, vencido por la constancia sin igual de los gerundenses, burlado en sus cálculos y esfuerzos para hacerlos morir de hambre ya que no con las armas, en pugna con sus rebeldes subordinados, que se desentendían de su autoridad, objeto de las desatenciones de quien debía descargarle de sus responsabilidades últimas, y desairado, en fin, por la fortuna, aprendería lo que después no logró revelar en Dresde, la indomable pertinacia de D. Mariano Alvarez, su invencible adversario.

Pero también el que iba á sucederle se resistía á recoger las responsabilidades que, no á Saint Cyr, sino á él le tocaban de bastantes meses atrás, desde mayo nada menos en que había obtenido el mando de Cataluña, porque no se hizo cargo de él hasta el 14 de octubre, el día en que hallaría á su teniente, el general Souham, repuesto apenas del susto mayúsculo que le había hecho pasar O'Donnell. Y como nadie ha logrado hasta ahora, tal y tan pobre es la naturaleza humana, merecer la aprobación de sus sucesores en cargos de tan altos deberes y atenciones tan complejas, al mariscal Augereau le pareció mal cuanto había hecho Saint Cyr. Iba prevenido por despachos de Vordier, que días antes había también dejado la dirección del sitio, por las murmuraciones de los descontentos de su antecesor que le hacían la corte, y por los resultados, hasta enton-



ces funestos, de aquella última parte de la campaña (1). Ni dejaría de influir en la conducta de Augereau el conocimiento de las malas disposiciones en que, respecto á Saint Cyr, se hallaba el Emperador, quien le privó de todo mando hasta la campaña de Rusia en que, á lo visto, necesitaba de sus servicios.

Toma el mando Augereau

Lo cierto es que, al llegar el Mariscal al campo de Gerona, pudo observarse un cambio de sistema que si la falta de los elementos necesarios para proseguir el sitio no dejó mostrarse desde el primer instante, se hizo manifiesto al recibirlos, como frecuentemente sucede, al despedirse el que con mayor razón debía haberlos utilizado (2).

Al tomar el mando, obtenía, con efecto, el mariscal Augereau la seguridad de que iban á llegarle 20.000

---

(1) Verdier en sus despachos al Mariscal, al ministro de la Guerra y á Napoleón, se quejaba agriamente de no haber logrado cooperación alguna de parte de Saint Cyr, atribuyéndole el deseo de desacreditarle. Basta una frase de su despacho al Emperador para conocer el estado de su ánimo. «Sí, señor, le decía, el general Saint Cyr no ha querido que yo tomase Gerona.»

Queriendo darse de baja en el ejército, Verdier pidió permiso para retirarse á Francia, y, negado por Saint Cyr, pidió el alta para el hospital «para á lo menos disfrutar del menor beneficio que se concede al último soldado». Entonces recibió la autorización para trasladarse á Perpignán.

(2) Rosseeuw Saint Hilaire dice á este propósito: «Saint Cyr á quien corresponde el honor de aquel sitio, no menos heróico que la defensa, tuvo que ceder á otro los honores del triunfo. Había ofendido al Emperador en su correspondencia con la libertad de sus juicios sobre órdenes dadas de muy lejos para aplicarlas á las circunstancias: fué reemplazado por Augereau, algunos días antes de la rendición de la plaza y el recién llegado recogió el honor del éxito sin haber hecho nada para merecerlo. Las felicitaciones del Emperador, los elogios oficiales de los periódicos fueron para él, y la desgracia para aquel á quien se debía la toma de Gerona. El éxito, á los ojos de Napoleón, no era sino la segunda cualidad que exigía de sus tenientes; la primera era la de la obediencia.»

quintales de harina y 7.000 de trigo, á los que acompañaría gran cantidad de carnes, requisadas también en los departamentos fronterizos; de que estaban ya en marcha para unírsele un batallón del regimiento de la Tour d'Auvergne, otro del Tren de equipajes y 2.400 reclutas; de que se habían dado instrucciones á Suchet para que hiciese una diversión sobre Lérida y Mequinenza que sacara á Blake de sus posiciones de Hostalrich, y de que se hacía á la vela en Tolón una escuadra escoltando un gran convoy de víveres destinados á Barcelona. Pero aun sin esperar aquellos refuerzos, el Mariscal, resuelto á no dar un punto de descanso á la guarnición de Gerona con la continuación del bombardeo, alarmas constantes y la amenaza de nuevos asaltos, inauguró el día mismo de su llegada su flamante sistema fingiendo durante la noche del 14 al 15 un ataque al Mercadal, mejor dicho, á una gran guardia española establecida en el exterior de aquel barrio para espiar á los franceses de Santa Eugenia y Salt. La empresa era fácil, y la gran guardia, sorprendida en la calle del Carmen por un batallón italiano, tuvo que huir como también lo hicieron las partidas apostadas en el llano, hasta que el fuego de los baluartes próximos obligó á los sitiadores á retirarse también apresuradamente á su campo. Rara fué en adelante la noche en que no se diesen alarmas parecidas á la plaza, «sin otro resultado» como dice Belmas; pero, á fin de hacerlo simultáneamente por varios puntos, se aproximaron hasta casi juntarse los puestos avanzados en derredor de la plaza y hasta se apostaron perros en las avenidas que se interceptaron además con cuerdas y campanillas para tener pronto aviso de la aproximación de los espa-

Inaugura un nuevo sistema.



ñoles por ellas. No impidieron tantas precauciones la comunicación en algún caso de la plaza con el exterior, recibiéndose correspondencias, dinero á veces, si bien en pequeñas cantidades, y hasta víveros que los aldeanos llevaban al atravesar la línea enemiga (1).

Eso sucedió, por ejemplo, el día 18 en que apareció algo descuidada la vigilancia que ponían los imperiales en su servicio, á cuyo favor se introdujeron en Gerona varios paisanos con cartas, gallinas y 4.000 duros. Y era que, aproximándose el día antes por la parte de Brugnola tropas españolas en número considerable y oyendo los sitiadores fuego por la de Nuestra Señora de los Angeles, reconcentró las suyas el Mariscal entre el Onya y el Ter, esperando recibir allí la batalla que creía iba á ofrecerle el general Blake. Debilitada así la línea de circunvalación, los gerundenses se creyeron próximos á recibir el tan deseado socorro que, después de todo, se redujo á tan exiguas proporciones y á la esperanza que podía inspirarle el espectáculo de las hogueras encendidas por O'Donnell y Loygorri en las alturas de hacia Santa Coloma y en las de Porsa Creu y San Gregorio. Allí estaba, con efecto, una parte considerable de las tropas de Blake, contra las que Augereau envió el día 20 fuerzas que las reconociesen y que

(1) Entonces llegó á Gerona el decreto de 2 de octubre en que se promovía á Alvarez al empleo de Teniente General; siendo inmediatamente dado á reconocer como tal en los cuerpos de la guarnición que pasaron á cumplimentarle en su alojamiento.

Se conoce, aun cuando parezca extraño, que no lo trasladó á la Junta de Gobierno y al Municipio de la ciudad hasta el 4 de noviembre, porque las comunicaciones de felicitación de aquellos cuerpos administrativos—que originales posee el autor,—tienen la fecha del 6 y 5 del mismo mes, muy expresivas, por cierto, y lisonjeras para el General.



volvieron á su campo rudamente escarmentadas. Vistas por Loygorri, que mandaba en Brugnola, hizo avanzar las guerrillas de su división; y cuando éstas contuvieron el primer ímpetu del enemigo, se lanzó sobre él O'Donnell que continuó su persecución hasta los campamentos de Aiguaviva, que incendió antes de retirarse á sus posiciones.

El tiroteo de los días anteriores sobre la ermita de los Angeles, debió, por otro lado, engañar al Mariscal, haciéndole suponer que si no le atacaban resueltamente las tropas españolas por el alto Ter, en que se ofrecían á la vista, era por dirigir sus miras á la de abrir paso á otro convoy por la parte de La Bisbal. Envió, pues, el 21 unos 3.000 italianos de los del general Pino con la misión de impedir el convoy, apoderándose de los almacenes de víveres allí existentes y que no hay para qué decir si serían escasísimos cuando no halló en La Bisbal fuerza alguna que los custodiase. Hubieron, por consiguiente, de retroceder los italianos con las manos vacías, como suele decirse; pero en su marcha, ya de noche, cayeron en una hábil celada de los miguelotes y somatenes que, causándoles muchas bajas, los puso en gran desorden hasta su llegada al campamento del Castellar (1).

El Mariscal había equivocado su misión al frente de Gerona creyendo que, al batir al ejército de soco-

(1) Esta relación concuerda con la de Belmas; pero es muy curioso que el cronista francés la apoye en un parte oficial que dice casi, casi lo contrario. El general Rey, jefe de estado mayor del 7.° cuerpo manifiesta al Ministro de la Guerra que el general Pino, enviado á destruir en La Bisbal los almacenes de víveres allí preparados, llenó en un todo su misión, «volviendo á su campo el 22 por la noche sin hallar en su camino más

rro, se rendiría inmediatamente la plaza; y á ninguna otra cosa atendía mas que á alejar á Blake de las inmediaciones de su campo ofreciéndole cada día una batalla. El general español andaba también bastante equivocado en sus proyectos suponiendo, por su parte, que Gerona se salvaba con convoyes, cuando en el estado en que se veía necesitaba resoluciones más enérgicas, más decisivas para su infeliz suerte. Si Augereau, desatendiendo el apretar más y más el cerco, dejaba pasar el tiempo en reconocer los puestos avanzados de Blake y desalojar de ellos á nuestras tropas, éstas, ó á lo menos su jefe, se satisfacían con rechazar á los franceses y amenazarles con una acción decisiva que nunca emprenderían. Así, el 26 el general Fontane, después de reconocer las posiciones españolas y atacarlas, retrocedía ante lo que él consideraba el grueso del ejército de Blake; pero, al hacerlo, seguíale O'Donnell con su acostumbrado ardimiento, acosándole sin cesar hasta Aiguaviva y Fornells, donde encontró á todo el 7.° cuerpo francés formado, dispuesto, como días antes, á combatirle (1).

Estragos del hambre.

Entretanto, sufría Gerona todo género de calami-

---

que 800 ó 900 migueletes ó somatenes que se dispersaron á su aproximación.»

«Ce ne fut pas, dice Belmas, sans quelque désordre qu' elles (las tropas italianas) regagnèrent le camp de Castellar.»

«Furono varj i feriti, dice Vacani, alcuni i morti, altri i dispersi in quella marcia irregolare e troppo celere.»

(1) Hay una gran divergencia respecto á esta acción en los escritos de los españoles y franceses. Estos la refieren al 26 de octubre, sin mencionar siquiera la del 20; y los españoles dan cuenta del combate del 20 sin acordarse para nada de la otra. Y como ningún diario español del sitio menciona una siquiera de las dos, no se hace fácil descifrar tal enigma.

En que es verdadera la narración que hemos hecho del



dades; si la acción lenta de la artillería francesa daba á los sitiados tiempo y alguna tranquilidad para reparar las brechas y construir defensas interiores cada día más robustas, hasta el punto de formar un segundo recinto más difícil de conquistar que el primero, inexpugnado todavía, destruíalos á centenares el hambre con su obligada compañía de las enfermedades y la desesperación. La entrada de unos cuantos aldeanos con algunas aves ó pan, no hacía sino avivar el hambre, y los pliegos y cartas, que también muy de tardo en tarde atravesaban la línea enemiga, más que á confortar los ánimos, servían á sumirlos en la convicción de la imposibilidad de salvar sus hogares del furor y las depredaciones de los sitiadores.

A la carne de vaca, consumida al corto tiempo de haber recibido las pocas reses que introdujo en la plaza el general García Conde, fué necesario substituir la de los caballos, mulas y asnos que el servicio militar, por un lado, y la agricultura y la industria, por otro, mantenían, en previsión, acaso, de contingencia, nunca más probable que en un asedio. La repugnancia á vianda de tal naturaleza se puso de manifiesto con el anuncio tan sólo de hacerse necesario su uso. Las autoridades trataron de combatirla; pero mejor que la facultad con todos sus informes, favorables como era de presumir, la vencieron el hambre y la necesidad imprescin-

combate del 20, no cabe duda, existiendo el parte oficial dado por Blake en Brugnola el día 22, muy circunstanciado y preciso; el del general Rey al Ministro, sólo recuerda uno del 24; pero defensivo en las posiciones francesas de Aiguaviva; y, sin embargo, Belmas señala determinadamente el del 26, lo mismo que Vacani, que quizás estaba allí con sus compatriotas de Fontane.

dible de satisfacerla. Antes, sin embargo, de destinarla al uso de los hospitales y al del vecindario, quiso el general Alvarez autorizarlo con una amplia información facultativa en que, al ponerse de manifiesto las causas que lo exigían, se hiciera ver lo inofensivo del alimento, valiéndose de los procedimientos analíticos en las substancias que lo constituyen. Nombró el 21 de septiembre á D. José Antonio Viader, primer médico de los hospitales de Gerona, y á D. Juan Nieto Samaniego, consultor de cirugía y cirujano mayor del regimiento de Borbón, para que, después de un reflexivo estudio y exponiéndole los razonamientos que considerasen más convincentes, le informasen de si el uso de aquellas carnes sería perjudicial ó no. El dictamen de los informantes fué completamente favorable, fundado en principios incontrovertibles de física, en razones de higiene independientes de una situación anormal como la que procaba aquel estudio, y en reflexiones, así técnicas como históricas, que hiciesen ver que tal alimento, sin uso ordinariamente, era tan natural en el hombre como nutritivo y saludable (1).

Con eso y con otro informe de los mismos médicos, dirigido al ministro principal de Hacienda y Guerra de la plaza, D. Carlos Beramendi, sobre si, al ponerse en uso la carne de caballo ó mulo, se habría ó no de ocultar al pueblo y á los enfermos de los hospitales á quienes se suministrase, se dispuso desde el 28

(1) Ese informe fué luego publicado, como lo fueron varios oficios que los mismos Viader y Nieto Samaniego dirigieran al General en los meses sucesivos para, con la experiencia ya, acreditar la acción saludable de un alimento que al principio se resistía á tomar una gran parte del vecindario de Gerona.



su autorización y se dictaron las reglas que se creyeron más justas para la entrega, que siempre sería por suerte y sin excepción alguna, de los caballos por sus mismos dueños. El Sr. Nieto Samaniego, dice, á propósito de este asunto en su notable «Memorial histórico» del sitio de Gerona: «Se dió respuesta á este oficio (el de Beramendi) con arreglo á los preceptos de la facultad, y comenzóse desde luego á suministrar carne de caballo en los hospitales, y á venderse en la carnicería pública; los enfermos la usaron al principio cada tres días uno, pero sin ocultarles su naturaleza y sólo los que la quisieron; y luego sus buenas qualidades, auxiliadas y ensalzadas por el hambre, determinaron á pedirla á quasi todos, hasta los oficiales; oxalá que hubiera habido tanta como exigían nuestras necesidades» (1).

Y cierto que se hacía ya urgente el acudir á la falta de alimentos, no sólo inofensivos, sino que procurasen, como la carne, una nutrición sólida, capaz de sostener en los hombres la fuerza que necesariamente habría de exigir el rudo y peligroso servicio que desempeñaban de cinco meses atrás los defensores de una plaza tan reciamente combatida. Aun asi, el espectáculo que ofrecía la ciudad no podía ser más lastimoso: que no bastan la serenidad que da el valor, ni el entusiasmo que producen causas, por santas que sean, como la de la independencia de la patria y la defensa del hogar nativo, para que deje de revelarse en las fisonomías y

(1) «Memorial histórico de los sucesos más notables de armas y estado de la salud pública durante el último sitio de Gerona....., por D. Juan Andrés Nieto Samaniego, doctor en Medicina, etc., etc.»

en los ánimos el estrago que hacen el hambre y las enfermedades en un pueblo, todo él en ruínas, si gloriosas, ensangrentadas y cubiertas por un ambiente pestilencial.

La paz de Viena y San Narciso. El 28 de octubre sorprendió á los gerundenses el estruendo, hacía muchos días inusitado, que produjo la artillería toda de los sitiadores disparando á la vez y en todas direcciones. Los franceses habían recibido la noticia de la paz de Viena, firmada á las nueve de la mañana del día 14, y la celebraban con toda la pompa y el ruído que había recomendado el Emperador al anunciarla (1). Los centinelas franceses, que no pocas veces hablaban á los nuestros, se la comunicaron y muy pronto fué conocida por las autoridades y el vecindario, que al mismo tiempo supieron que en el campo enemigo se trataría de turbar con el fuego de sus baterías la fiesta de San Narciso, patrón de la ciudad, que debía celebrarse al día siguiente. Y, con efecto, precedido del de 108 bombas y 56 granadas que dispararon la noche anterior, de las que dos de las primeras cayeron en el hospital militar del Hospicio matando é hiriendo á varios enfermos, los sitiadores se dedicaron á, desde las posiciones que enfilaran las calles que había de recorrer la procesión, hacer un nutrido fuego de fusilería que, si bien causó bajas de consideración en los devotos que la formaban, no llegó á interrumpir un acto á cuyo respetuoso silencio y fervor contribuía la perentoria necesidad de implorar del

---

(1) «Haced disparar cien cañonazos en los Inválidos, escribía Napoleón á Clarke desde Schœnbrunn, y disponed que se haga una salva igual en mis costas. Comunicad inmediatamente esta noticia á España, Holanda y Nápoles.»

Santo uno de tantos milagros como había dispensado á sus hijos predilectos en ocasiones semejantes. «Imperturbables los nuestros, dice un historiador catalán, por más que alguno cayese herido ó muerto, recorrieron todo el tránsito acostumbrado con la pausa, orden y mesura que en tiempo de paz, sólo que esta vez los cánticos sagrados eran interrumpidos por el estrépito del cañón y la gritería de los sitiadores» (1).

Los sitiados, en casos como esos, trataban de corresponder con el suyo al fuego de los enemigos, nunca, sin embargo, tan intenso por la conveniencia de reservar las pocas municiones que quedaban en la plaza para los ataques y asaltos que era de presumir intentaría uno ú otro día el general Augereau que en alta voz criticaba el sistema de parsimonia adoptado por Saint Cyr en las postrimerías de su mando. No pasaron dos días sin que las brechas de Alemanes y Santa Lucía fueran objeto de nuevos reconocimientos, á la vez que lo era también el rastrillo del camino cubierto del baluarte de San Pedro; y si bien bastó un cañonazo á metralla para interrumpirlos y despejar de curiosos todo aquel frente, dieron lugar á otras intentonas, dirigidas, es verdad, á no dejar descanso alguno á las tropas de la plaza. Esto no quitaba para que las de fuera procurasen á la vez ponerse en comunicación

Parlamentos rechazados.

(1) A Belmas le da vergüenza recordar tal hazaña, y dice: «El ejército supo el 27 de octubre, la conclusión de la paz con Austria; celebráronse fiestas con ocasión de aquel suceso que no podría menos de tener gran influencia sobre las decisiones del enemigo.»

Ninguna absolutamente. Luego añade: «Por su lado, los españoles celebraron el día de San Narciso, patrón de Gerona y su generalísimo.» ¿Y lo de la caza á los procesionarios?

con ellas, ya entablando conversaciones con nuestros centinelas y escuchas, ya buscándola por medio de parlamentos, no sabemos si autorizados en ocasiones por el Mariscal. Porque á poco de saberse en su cuartel general lo de la paz, se presentó en el extremo del arrabal de la Rutlla, el más próximo á su campo, uno que decía ser ayudante de Augereau con la pretensión de que Alvarez recibiese á un general que le enviaría para tratar de un asunto de la mayor importancia y, en caso de no creerlo así conveniente, fuese á Fornells un jefe de la guarnición á enterarse de sus intenciones. La contestación era sabida; Alvarez se negó, lo mismo que á recibir al general francés, á dejar salir de la plaza á jefe alguno con tal misión; lo cual no impidió el que al día siguiente apareciese al frente de la brecha de Santa Lucía otro emisario, que se creyó general por ir rodeado de oficiales, y que, con un banderín blanco y después de muchas instancias y reflexiones, obtuvo contestación igual.

Pues no acabó con eso el afán de parlamentar en el mariscal duque de Castiglione. Penetrado de la idea de que cualquier triunfo conseguido sobre el ejército de socorro le abriría las puertas de Gerona, destacó al general Souham con toda su división para que, después de reconocer las posiciones de Santa Coloma, las atacase resueltamente hasta hacerlas evacuar á los españoles que las ocupaban. El combate, á que el francés dió las proporciones todas de una gran batalla así en la formación y maniobras de sus tropas como en lo retumbante de los conceptos en su parte, hizo perder á los soldados de Loygorri y O'Donnell la posición de Santa Coloma y un centenar de hombres, obligándoles

á buscar su apoyo en las montañas próximas á Hostalrich (1). Pero no había acabado de llegar á su campo la división vencedora, y ya se presentaba por la parte del Mercadal, esto es por el mismo arrabal ya citado de la Rutlla, el ayudante jefe de estado mayor, Dembrowski, intimando la rendición á la plaza. El aparato con que se acercaba el parlamentario, seguido de una escolta de cazadores á caballo y un trompeta, atrajo á las murallas un gran número de los sitiados, más en actitud de espectadores de algún suceso extraño, que en son de rechazar una agresión que, en tales condiciones, se hacía de todo punto inverosímil. Pero estaba Dombrowski conferenciando con el jefe de la avanzada, ínterin llegase la contestación de Alvarez, cuando, ignorantes del parlamento los artilleros franceses de Montjuich y viendo la aglomeración de los gerundenses en los muros del Mercadal, comenzaron á lanzar bombas sobre ellos. Indignados los españoles por aquel acto que, naturalmente, tomaron por traición manifiesta, rompieron el fuego sobre Dembrowski y su escolta, obligándola á retirarse á rienda suelta. Trató Augereau de reparar aquel error enviando otro parlamentario desde la fortaleza de Montjuich y después de imponer silencio á todas las baterías y puestos de la línea francesa de contravalación; pero resultó inútil porque fué despachado á balazos desde el momento mismo en que estuvo á tiro.

(1) Para que se comprenda lo falso del parte, baste decir que Souham hace subir la pérdida de los españoles á la de 2.000 muertos ó heridos y 300 prisioneros, y reduce la suya á la de un oficial y 10 soldados muertos, y 3 y 40 respectivamente heridos.

Así terminó aquella serie de parlamentos franceses cuyo fracaso ni concebir podía el mariscal Augereau en su inmenso orgullo; dedicándose de allí en adelante á apretar más y más el sitio y á destruir el ejército español de socorro, las esperanzas de cuya acción salvadora, creía él, eran las que sostenían el valor y la pertinacia de los sitiados.

Ataque de Hostalrich.

Y el día 7 de noviembre salían las tres brigadas italianas de Mazzucchelli, Fontane y Palombini á las órdenes de su jefe natural el general Pino, por la carretera de Barcelona con la misión de apoderarse de Hostalrich, destruir los almacenes de víveres allí existentes y ahuyentar el ejército español, de cuyas operaciones eran la base principal aquella población y su castillo. Ya en Mallorquinas, supo que algunas de las tropas de O'Donnell bajaban de los montes de San Hilario sobre el flanco de Santa Coloma, movimiento que, dirigido sobre su retaguardia, podría comprometer muy seriamente el suyo, y dió aviso de él al Mariscal que, en seguida, envió para neutralizarlo en las alturas de Fornells y Aiguaviva varios cuerpos de la división Souham con el general Verdier á su frente (1). Pino, continuando su marcha, llegaba muy temprano todavía al frente de Hostalrich y con tal resolución «que, dice quien iba con los italianos, hubiera metido espanto hasta en la guarnición del castillo si no la compusieran españoles y muchos y valientes.»

Asienta aquella población en el lomo de un estre-

(1) Ausente en aquellos días Souham, le substituyó en el mando de la división el general Verdier, curado, sin duda, de todos sus males con la marcha de Saint Cyr. El mando de la división del sitio se encomendó al general Amey.



cho contrafuerte, en cuya cima está construído el castillo; lomo en rápida pendiente á la llanura y lamido en su falda oriental por las aguas del Tordera que oponen no pequeño obstáculo para escalarlo por aquel lado. Junto al castillo se halla la villa, rodeada de muros antiguos incapaces de defensa, y más abajo, allí donde vá á terminar la pendiente, se encuentra el arrabal, dominado por un gran torreón, llamado de los Frailes, que, aun cuando ni espacioso ni robusto, estaba artillado con dos piezas de pequeño calibre.

El ataque debía, así, emprenderse por el arrabal, más bajo y accesible. Acometiéronlo las brigadas Fontane y Palombini cuando vieron que la de Mazzucchelli había logrado despejar de la altura de Masanas las fuerzas españolas del general Quadrado, que con unos 2.000 hombres debía desde ella apoyar la defensa de Hostalrich. Un regimiento de línea, el 6.°, y tres batallones de cazadores, aunque azotados por la artillería del castillo y el fuego que desde las casas se les hacía, penetraron en el arrabal y, aun cuando con muchas bajas en muertos y heridos, consiguieron hacerse dueños de todo él. Quedaba por conquistar el recinto murado de la villa; pero la resistencia era allí mucho más eficaz, así por los obstáculos que ofrecían la torre de los Frailes y el castillo, muy próximos, como porque, estando más concentrada, podían los defensores esperar suerte también más favorable. Los asaltos á la puerta y á la torre se repetían sin éxito, saliendo vanos los esfuerzos por derribar aquélla con la artillería y los petardos; y hubieran tenido los imperiales que desistir de su empresa sin la cooperación de Mazzucchelli que, libre de la acción del general Qua-



drado que se había establecido en Grions, donde no era probable ejerciese influencia alguna en el combate, acometió el asalto de la villa por lo más elevado, por donde menos era de esperar y con escalas y hachas que halló en los caseríos inmediatos (1). Los primeros que entraron se dirigieron inmediatamente á la puerta que ya no pudieron mantener cerrada los defensores, sorprendidos por la espalda cuando con mayor confianza peleaban.

Los españoles se retiraron entonces á la iglesia próxima al castillo, único punto de refugio; y los italianos, haciéndolos vigilar con fuerzas suficientes, se entregaron á su faena más preciada, á la de la destrucción de los depósitos de comestibles del ejército y, mejor aún, al saqueo de las casas y á las violencias de costumbre para con los infelices habitantes (2).

El castillo resiste y los franceses se retiran.

Pino supuso que ante espectáculo como el de contienda tan ruda y ejecutiva, el gobernador de la fortaleza, atemorizado, llegaría á entregarla, y le intimó la rendición. Pero D. Julián Estrada, hombre de sangre en el ojo, como decían nuestros cronistas, á pesar de amenazársele con el esterminio de la guarnición y de anunciarle la rendición de Gerona y la derrota de Blake, contestó al general italiano con redoblar el fue-

(1) «Todo era inútil, dice Vacani, la actividad y la pertinacia de la defensa igualaban al ardor y la constancia del ataque; en el corto espacio de pocos minutos, además de 34 soldados, el teniente Anelli del 6.º regimiento y el capitán Moysan del 7.º, que cayeron muertos en el arrabal, fueron heridos otros 50 de los combatientes; sin que la ciudad cediese á los esfuerzos de los más audaces que, amontonándose sobre la puerta, amenazaban derribarla y penetrar furiosos en la plaza.»

(2) «In breve, dice Vacani, quell' infelice paese fu da tutti orribilmente manomesso e saccheggiato.» Y este testimonio es irrebatible porque Vacani lo presenció todo.

go de artillería y los gritos, que bien se oían, de ¡Viva Fernando VII! Y como del reconocimiento de la fortaleza, del temor de verla muy pronto socorrida, primero por las fuerzas de Quadrado y después por las de Blake, y de la consideración del aislamiento en que iba á hallarse dedujera Pino la imposibilidad de seguir ocupando á Hostalrich, decidió retirarse á Gerona pero inmediatamente y durante la noche, antes de que, reuniéndose las tropas españolas en derredor suyo, le impidieran la vuelta en condiciones de seguridad y orden. Y así la emprendió, retirándose Mazzucchelli con el mayor silencio sobre el campo de Pino, establecido en Masanas, y el de Palombini que cubría la carretera de Gerona, adonde continuaron seguidamente hasta situarse en las mismas posiciones que antes ocupaban (1).

Tan envalentonado quedó el general Pino de su expedición, á pesar de haber sido inútiles sus esfuerzos para apoderarse de la fortaleza de Hostalrich, que llegado apenas á su campo, propuso al Mariscal el asalto de los fuertes de Capuchinos y el Condestable, la escalada de algunos de los baluartes del Mercadal ó el ingreso en la plaza por el lecho del Onyá, empresa, en su concepto, fácil aprovechando la oscuridad de la noche, lo bajo de las aguas y la confianza de los gerundenses que, así, podrían ser pasados á cuchillo como los de

(1) Cuando Augereau supo la entrada de los italianos en Hostalrich, envió al comandante de ingenieros M. Paris, para, en unión con Vacani, asegurar la ocupación de aquel punto y acometer la conquista del castillo: pero cuando llegaron á Hostalrich ya estaban las tropas de Pino en plena retirada. No se volvieron, sin embargo, antes de convencerse de que era imposible lo que el Mariscal deseaba.



Hostalrich. Augereau no pensaba del mismo modo; y se afirmó en sus ideas al ver que algunos italianos mandados por Pino á la plaza y á Capuchinos para que, fingiéndose desertores, se enterasen del medio mejor de llevar á cabo su proyecto, fueron presos por los sitiados, recelosos siempre de unas deserciones tan extrañas por lo extemporáneas cuando Gerona estaba, puede decirse, espirando.

Siguió, pues, el anterior sistema de los ataques falsos por la noche y el bombardeo, todo lo más vivo que permitiera la ya crónica escasez de municiones. Y, más que de todo eso esperaba ya el Mariscal de la situación, que le era perfectamente conocida, en que veía á la infeliz ciudad cuya conquista se le había encomendado. No había ya género alguno de calamidades que no pesaran sobre sus heróicos defensores. Al hambre y á las enfermedades, que tantos estragos producían, se juntaban por aquellos días el descontento en no pocos y la falta de resignación. Sólo al miedo que inspiraba el inexorable gobernador, que perseguía con saña verdaderamente cruel á los pusilánimes y á los murmuradores, se debía aquella aparente unanimidad en el pensamiento de envolverse en las ruinas de la plaza antes que pedir capitulación, ni menos gracia, al que, olvidando todo principio de justicia y de moralidad, quería imponerse á los pueblos y á las naciones por el terror, ya que no podía lograrlo con el engaño y la mentira. Pero ¿cómo, aun así, había de faltar en Gerona esa clase de hombres que, valerosos y todo, no pueden conformarse á sufrir el hambre y la miseria en medio de la ruina y desolación de una plaza cercada tantos meses, combatida de fuerzas tan poderosas y sin esperanza de salud alguna? Y, con

Los Agonizantes.

efecto, en octubre y obteniendo aún mayor resonancia en noviembre, se hizo notar la existencia de los que la opinión pública calificó muy pronto de *Agonizantes* por sus pronósticos, más que tristes, cobardes y amedrentadores. El Sr. Nieto Samaniego los definía así: « llamábamos *Agonizantes* á todos aquellos tímidos hipocondríacos, que debiendo tener más presencia de espíritu que el común de los hombres, por sus luces ó por su profesión, hablaban continuamente y sin reserva de mortandad, ruinas y estragos, que seríamos todos degollados por el enemigo cuya entrada no podíamos impedir por tantas y tan dilatadas brechas; que era vana é ilusoria la esperanza de socorro, y otras especies de este jaez, que aun cuando fuesen bien fundadas deben ocultarse al público, porque jamás pueden contribuir sino al abatimiento del ánimo, degradación del individuo que intempestivamente se produce en tales términos, á proporcionar ventajas al Enemigo, incomodar á sus consocios y estar ellos en una continua angustia» (1).

Llegaron á constituir escándalo tales rumores, que lo necesitaban los descontentos si habían de hacer efecto; y hubo de sofocarlos el general Alvarez para que, no tomando demasiado incremento, se mantuviese respetada su autoridad; y un día en que uno de los aspirantes á rebeldes se atrevió á hacerle reflexiones sobre lo largo del sitio y la conveniencia de una capitulación ya que el honor del ejército y de la ciudad estaba de sobra cubierto, le contestó arrebatado y furioso: «¿De

(1) Se llegó, para ridiculizarlos, al punto de publicar un «Compendio Semyótico aphorístico de un buen Agonizante, por el qual todo rancio español distinguirá y podrá librarse de esta contagiosa raza de Ermaphrodito-simios».

modo que usted es el único cobarde que hay aquí? Bien; cuando falten del todo los víveros nos lo comeremos á usted, y cuando se acaben los de su calaña, yo veré lo que debe hacerse.»

Y mandó publicar de nuevo el bando que imponía pena de la vida al que pronunciase la palabra *capitulación*.

Pero á pesar de eso, Alvarez no debía hacerse ilusiones respecto al estado de ánimo en algunos, así oficiales y soldados de la guarnición como habitantes de la ciudad, porque en una comunicación de 2 de noviembre, dirigida al general Blake, se lamentaba de que se iban propagando por Gerona hablillas que, aun cuando despreciables en un principio, iban tomando cuerpo entre los que, intimidados y abatidos por tanta y tanta calamidad como sufrían, no se conformaban ya con la suerte que creían les esperaba. Y en prueba de ello, le enviaba la copia de un pasquín que en aquel día apareció fijado en una esquina diciendo:

«Gerona, abre el ojo y verás
Que Blake te engaña
Y Alvarez con su rigor y saña:
Tu de hambre te morirás.»

«Hago pesquisas, añadía Alvarez, por si puedo averiguar de donde dimana, y también vigilaré más y más para cortar que se fomente un germen tan perjudicial; pero no puedo sofocar estos principios con el consuelo de apagar la vicisitud, ni con el alivio de socorrer á los enfermos, ni basta la persuasión á hacer concebir otras ideas porque ven señales sí, pero, como indetermina-



das, no llegan jamás el día; y en cada uno de los que pasan se carga sobre la aflicción otra aflicción y la mayor debilidad; no puedo menos de dar parte á V. E. para que no desperdicie los momentos, porque si bien yo permaneceré hasta los últimos, como tengo manifestado á S. M. y á V. E. mismo, podría servir esto, como sirve, á animar y hacer perseverar en la constancia; pero desfallecidos los ánimos y disminuidos por instantes en crecido número, no habrá caso y, de todos modos, éste es apuradísimo.»

Y tan en lo cierto estaba el ínclito gobernador de Gerona que al día siguiente escribía de nuevo al general Blake denunciándole un complot de jefes y oficiales de la guarnición que se había atrevido á presentarse á la Junta de Gobierno con quejas y reclamaciones atentatorias á su autoridad. Y añadía: «Por todas partes se conspira, y como la miseria, el hambre, desnudez y desconfianza sólo pueden remediarse con los socorros y fuerza de V. E., por el Rey Nuestro Señor pido á V. E. que inmediatamente la emplee en libertar esta plaza y en castigar á los turbadores del orden sin el menor momento de pérdida de tiempo» (1).

Apuradísima situación de Gerona.

No es fácil describir la situación de Gerona en tales días: las relaciones de cuantos sufrían las calamidades que pesaban sobre la infeliz ciudad ponen espanto en el ánimo más levantado, sin que pueda darse cuenta de tanta virtud como debían atesorar la guarnición y el vecindario, valor, patriotismo, abnegación y hasta las pasiones más enérgicas, la ira y el anhelo de la ven-

(1) Véanse estas comunicaciones íntegras en el Apéndice número 18.

ganza, para hacer rostro á un estado de cosas tan lamentable. Las ruinas y las víctimas en ellas sepultadas, la falta de limpieza en las calles, las aguas estancadas en las profundas cabidades que producían las bombas, el humo de los incendios y el abandono, en los moradores, de todo otro cuidado que el de guarecerse en las cuevas ó correr quizás á la muerte en las brechas, habían inficionado la atmósfera al punto de, con el hambre y las emociones, hacerse eficaz y rápidamente letal para quien la respirase. Los animales, los mismos que eran ya el único recurso para la alimentación de enfermos y sanos, sufrían de la infección, mostrándose enflaquecidos y macilentos á pesar de procurarse por todos medios saliesen á pastar en la orilla del Ter, el glacis y los fosos de la plaza. Hasta los vegetales se marchitaban al poco tiempo de brotar: no parece sino que la naturaleza, que rodeaba á la ciudad, sufría con ella, y ni las flores hacían brillar sus colores ni los árboles daban frutos que no fueran raquíticos y malsanos (1).

Las gentes caían muertas por la calle, abandonadas de sus conciudadanos, cada uno preocupado con su propia salvación en tan general desgracia; centinelas hubo que cayeron del muro que guardaban exánimes, sin energía más que para el cumplimiento de su deber y la satisfacción de su honor militar. «Cada rostro, dice uno de los defensores, presenta la palidez de la muerte: una hinchazón resistente, es en muchos el indefectible signo de su próxima ruina, la voz es lánguida, el paso lento, la respiración frecuente, el pulso débil y contraído; excesivo abatimiento, no sólo físico, sino tam-

(1) Esto se halla perfectamente comprobado.



bién del natural orgullo y amor propio, poca inclinación á la sociedad, y ésta tiene por objeto el desahogo del dolor, la ponderación del hambre, y el duro recuerdo de su futura suerte presentida por la horrorosa privación de alimentos que se padece tantos meses ha; por la mortandad que observan; por la presencia y poderío del enemigo cuya entrada está patente en cuatro brechas; y por el doloroso y cruel abandono que padecemos dejándonos perecer en la fatiga, la desnudez, y en el hambre, y en el contagio y en la espada del terrible Sitiador» (1).

En solo aquel mes de noviembre fallecieron en los hospitales 1.378 oficiales y soldados, mortandad causada, más que por las enfermedades, por la falta de medicamentos, el hambre y la desnudez. De modo que se hizo imposible el relevo de las guardias, y los que las formaban tenían en su puesto cuartel, hospital y sepulcro.

En la ciudad; esto es, en la población civil, la mortalidad era infinitamente mayor, cayendo diariamente á centenares por las calles ancianos, mujeres y niños, sobre todo de las familias pobres y de los forasteros acogidos á Gerona y que puede decirse que murieron casi todos, faltos del lecho y de los alimentos de que al cabo habían hecho algún acopio los vecinos. «No se veía mujer alguna en cinta, dice Schépeler, allí donde todo germen se había extinguido», habiendo abortado las que lo estaban antes, y no pocas de aquellas matro-

(1) Para formar idea cabal del estado de la salud en Gerona, debe leerse el informe presentado por el Sr. Nieto Samaniego al general Alvarez el 29 de noviembre y que el lector encontrará íntegro en el Apéndice núm. 19.

nas insignes, las primeras en recomendar la resistencia, vieron morir á sus tiernos hijos, cogidos á pechos que mal podían ofrecerles sustento alguno exaustos, secos, como los había dejado tanta miseria y desolación.

Pero más que todas esas causas influía en los ánimos la pérdida de toda esperanza en los auxilios que pudieran recibirse en Gerona. El fracaso de los convoyes posteriores al del 1.° de septiembre; los combates recientes de Santa Coloma y de Hostabrich; las comunicaciones, en fin, que se recibían, demostraban con voz harto elocuente que el general Blake había agotado todos sus recursos de talento y de fuerza, y que ya no se podía confiar en la protección del cielo. Hasta la general compasión por tal estado como el de Gerona había cesado en España con propalarse por toda ella que los convoyes introducidos bastaban para mantener la población en la abundancia de víveres por mucho tiempo.

Así es que no debe extrañarse que se introdujera el desaliento en algunos ánimos y hasta se fraguasen conspiraciones contra el inflexible Gobernador, en cuya salud, comenzaban también á hacer mella el hambre y el contagio, aunque no el pavor ni la responsabilidad.

«Lo mismo es morir de hambre, solía decir, que en las brechas; perecemos en estas ruinas ó se levanta el sitio» (1).

No le sería difícil acallar las quejas de los vecinos

(1) Para disminuir la gloria de un hombre tan extraordinario decía después el general Fournas que *aquel valor era en Alvarez la resignación de un mártir más que el heroismo de un hombre de guerra*.

¿Qué había de decir el que puso la primera firma en la capitulación?



que, al cabo, se mantenían en su hogar, más ó menos arruinado, en las cuevas siquiera que lo representaban y hacían sus veces, llenos de patriotismo y aun socorriendo á la guarnición con sus haberes, tanto más necesarios cuanto que el más nauseabundo alimento costaba cantidades que llegaron á hacerse fabulosas. El 4 de noviembre, con efecto, y después de haber prestado socorros semejantes á la oficialidad, decía la junta al gobernador: «Los vecinos de esta ciudad no obstante de hallarse en el último apuro por carecer de víveres, y de numerario, se han conformado en dar dos pesetas diarias á cada oficial de la guarnición, como se trató ayer en junta, con las que, las doce onzas de caballo, y el medio pan pueden subsistir, ó diez reales á los que no gusten ó no les pruebe el caballo ó macho, que se ha acordado; y dándose al soldado como se acordó ayer, cuatro onzas diarias de la misma carne, respecto que ya no hay manteca, tocino ni aceite con que condimentar el trigo, que un día sí y otro no se les daba de rancho, limitándose al término de seis días, parece podrá contentarse en algún modo la guarnición, á la que se dará diariamente el cuarterón de pan aunque sea privándose de él estos naturales y se remediará la hambre, que generalmente aflige á todos». «Así fuese posible, añadía la junta, remediarla á los paysanos, de lo que es mayor el número de los que mueren cada día de necesidad y miseria....»

De suerte que en Gerona, y es lo más de admirar en sus habitantes, sucedía lo contrario que suele acontecer en los sitios de las grandes plazas, donde la mayor atención de sus gobernadores se cifra en contener los arranques naturales en un pueblo que se ve cons-

treñido á soportar los peligros y las privaciones de la guarnición. Allí no; el vecindario estimulaba con su desprendimiento á la constancia en la tropa, sin dejar, además, de participar de los riesgos que afrontaba en la defensa armada de las brechas y demás puestos de la plaza.

¡Rasgo de abnegación patriótica que rara vez se ha visto lejos del suelo en que se alzan Numancia, Calahorra, Zaragoza y Gerona.

El peligro en esta última ciudad era para su gobernador el que ofrecía la fuerza militar, dispuesta siempre á batirse en los campos de batalla, aun sabiendo muchas veces que resultaría estéril su valor, pero cansada ya de pelear con el hambre y las enfermedades, encerrada hacía tantos meses y, más que á otra cosa, inclinada á abrirse paso por entre las filas enemigas y respirar el aire vivificador de las montañas. Porque decían algunos de sus oficiales y soldados: «¿de qué sirve el socorro que los vecinos tienen el desprendimiento generoso de ofrecernos, ni cómo vivir al terminar el plazo por el que se nos concede, si se acaban todos nuestros recursos y no se encuentra medio de hacernos con víveres que no pueden obtenerse sino á fuerza de oro?» (1). El honor militar, tan sólo, y un espíritu ejemplar de disciplina podían mantener á los más descontentos en la plaza: pero esas ideas y aun el ejemplo de oficiales que, como Hervas y Gely, del 2.º batallón de Vich, regresaban de las comisiones que habían recibido á tomar parte en la desgracia general, no bastaron en

(1) Véase el apéndice núm. 20 con el cuadro de los precios á que se vendían los comestibles, aun los más repugnantes.



algunos á neutralizar el efecto producido por un despacho del general Blake, el del día 7 de noviembre, en que manifestaba serle imposible acudir al socorro de Gerona con las pocas fuerzas de que disponía. Con eso, no hubo freno que contuviera á los descontentos y desesperados: si ante Alvarez ó de quien pudiera contárselo se precabían de manifestaciones que serían seguidas de su castigo, en conferencias más ó menos secretas, se confabulaban para amotinarse, pidiendo su salida á viva fuerza ó por alguna estratagema que les facilitase paso por entre los enemigos; y temerosos, por fin, de tales procedimientos que habrían de hacerse públicos, apelaron á la deserción varios oficiales, siguiendo el ejemplo de los primeros seis soldados que el día 12 abandonaron la ciudad. Los soldados, sin embargo, salieron acompañados de un paisano que, práctico en la tierra, se supuso los llevaría por sendas extraviadas á la montaña; pero los oficiales, y eran ocho, se pasaron al enemigo fingiendo pasearse por los puestos más avanzados en el arrabal de la Rutlla, camino de Barcelona (1).

Al saberlo, el estóico Alvarez contestó al que le daba tan triste nueva: «Los cobardes no hacen falta alguna para la defensa de Gerona».

¡Cobardes! es verdad, porque les faltaba la constancia en la fatiga y las privaciones que revela el temple de alma en los hombres fuertes; porque todos ellos habían tres días antes ascendido por su comportamiento en el asalto del 19 de septiembre, manchando así

(1) Belmas dice que iban con ellos 18 sargentos ó soldados

lauros que los hubieran hecho memorables y respetados entre sus compatriotas.

La de los sitiadores.

Pero si en la plaza se ponían tan de manifiesto el cansancio y la pérdida de toda esperanza, también se había agotado la paciencia en el campo de los sitiadores. Estaba visto que el sistema, incruento, es verdad, y cómodo de las alarmas nocturnas no era eficaz ante hombres tan sagaces y vigilantes como los gerundenses, mandados por quien sus mismos enemigos ponían ya como modelo de habilidad y energía en el arte polémica. Ni se escuchaban sus parlamentos al tomar Augereau el mando, ni influían sus triunfos sobre las tropas del ejército de socorro, ni las proclamas que lograba introducir en la plaza después de lo de Hostalrich hacían mella alguna en ánimos que el Mariscal y sus secuaces habrían precisamente de tener por fanatizados é ilusos.

Practican nuevos trabajos.

Era, pues, necesario recurrir de nuevo á la fuerza de las armas y, para hacerlo, á recomponer las obras de sitio que el abandono y los temporales de la estación habían dejado ó hecho caer en ruinas. Al general Verdier había substituído en la dirección del sitio, según ya hemos dicho, el de su misma graduación Amey, y al general Sansón, enviado en comisión á Francia, el comandante de ingenieros Pâris; y, ya se sabe, con nuevos jefes, distintos procedimientos. Las antiguas brechas se consideraron inatacables por las obras con que se habían reforzado en el interior; y, á pesar de mantenerse toda la artillería en las mismas baterías desde las que se habían abierto, y de haberse ejecutado algunas obras subterráneas para más fácilmente minarlas, se creyó preferible abrir nuevas brechas si

había de asaltarse el recinto con mayores probabilidades de éxito. Se decidió, de consiguiente, practicar en la cortina de Santa Lucía otra brecha junto á la antigua, pero en sitio que no ofreciese la dificultad del descenso á la ciudad, que la anterior había opuesto. Y para, tomando de revés la cortina, impedir que el sitiado se atrincherase fuertemente en el interior, se construyó una nueva batería de dos piezas de grueso calibre junto á San Pons, en la margen misma izquierda del Ter. Estaba apoyada en una pequeña casa que, rellena de tierra, sirvió como de espaldón de la batería que, así, quedaba preservada de los fuegos de los baluartes del Mercadal que, de otro modo, la habrían batido de flanco.

Más importante era acaso el interceptar la comunicación de la plaza con los fuertes de Capuchinos, el Condestable y Reina Ana; y, comprendiéndolo así, los franceses se propusieron hacerlo inmediatamente. Para conseguirlo sin las graves dificultades con que habían de luchar siempre que se trataba de ataques decisivos contra una guarnición que tan gallardamente sabía rechazarlos, comenzaron el 2 de diciembre, pero no á la luz del sol de Austerlitz, sino con las sombras de la noche y sorprendiendo á los pocos y escuálidos defensores de la Marina que se retiraron á la plaza. No fué, sin embargo, para entregarse á la indolencia fatalista de un estado, como el en que debían hallarse una guarnición y un vecindario sin fuerza ni recurso alguno para defenderse, sino para, con una actividad y un celo inesperados, cubrir de fuego la nueva conquista del sitiador y preparar defensas, teniéndolas que improvisar por considerarse aquel lado de la plaza el me-

Continúan los de los sitiados.



nos peligroso (1). Llevaron á los baluartes y obras próximas artillería y tropas; atrincheraron las casas, formaron barricadas en las calles y cubrieron los muros de maderos que arrojar sobre los que trataran de escalarlos. Los mismos imperiales quedaron aturdidos de la prontitud conque los defensores hicieron sus nuevos preparativos de defensa, sabiendo el miserable estado en que se hallaban y la falta absoluta de recursos para continuar la defensa. Hasta suponían que dentro de la plaza comenzaban á vacilar los caracteres más obstinados y firmes, siendo sólo el general Alvarez, aunque atacado de una fiebre muy violenta, quien aparecía inflexible y amenazaba á los débiles con los castigos más severos (2).

Esperanzas de Alvarez.

Y es que Alvarez conservaba todavía alguna esperanza de ser socorrido. A sus reclamaciones y á las de la Junta de gobierno de la ciudad, las Juntas del Principado reunidas en Manresa habían contestado haciendo un llamamiento á Cataluña en masa para que, alzada toda en armas, se uniese al ejército á fin de hacer levantar el sitio de Gerona antes de que se viera en la precisión de capitular. Y para que el ejército, disminuido considerablemente por los reveses que acababa de sufrir, tuviese la fuerza necesaria para tal jornada y la debida representación en el levantamiento proyectado, se ponían en marcha desde Valencia tropas que la

(1) Lo más sensible para los gerundenses en aquel caso fué el tener que buscar sitio nuevo para los enterramientos por haber ocupado los franceses el cementerio del Rey. El escorbuto, huésped de la ciudad hacía días, causaba estragos horribles, y lamentaban el haber de enterrar dentro del recinto.

(2) Bien claro lo dice Belmás después de hacer una tristísima descripción del estado de Gerona.

Junta Central había mandado reunir con tal objeto al Capitán general de aquel reino. No se sabía fijamente que fuera efectivo el llamamiento del Principado; pero Alvarez tenía que hacerlo valer, así como el próximo envío de diez millones de reales, la parte que el general Blake tomaría en las operaciones que él mismo había proyectado, las esperanzas, en fin, que de un inmediato socorro daban cuantas noticias le habían ó no llegado en los últimos días (1).

El tiempo transcurría y no llegaba á Gerona ni el rumor siquiera de que el llamamiento hecho en Manresa tuviera eco en el Principado; hallándose, por el contrario, todo él dividido en opiniones y en pugna con el Gobierno Central hasta en intereses que las antipatías, tan antiguas en los catalanes, suponían ser distintos. Sólo los hombres de armas, los migueletes y somatenes, acostumbrados á correr los mismos peligros que la tropa y muchas veces en su compañía, la estimaban con su conducta, creyendo los demás catalanes que no compensaban sus servicios los gastos é incomodidades que les producía su estancia en la Provincia. Y como es tan difícil desarraigar sentimientos y prejuicios formados al calor de antiguos rencores en hombres que los habían mantenido hasta combatiendo bajo tan di-

(1) Schépeler, nada afecto á los catalanes en quienes, además de avaricia, supone odio inextinguible á los soldados españoles, dice á propósito de esto: «La palabra Congreso volaba de boca en boca despertando la memoria de tiempos gloriosos, despejaba los horizontes del porvenir y unía á todos los catalanes. Blake prometió al Congreso limpiar la provincia de enemigos si los habitantes se decidían á levantarse en masa como los gallegos; y cierto que los hubiera dirigido mejor que como se hizo; pero los catalanes tomaban su nombre por sinónimo de Desgracia.»

ferentes y antitéticas banderas, si así pueden llamarse las de los catalanes en 1640 y 1702, el llamamiento de noviembre de 1809 resultaría ó nulo ó tardío.

Nuevos ataques.

Los franceses, al tener conocimiento de él, dieron priesa á sus nuevas operaciones de sitio, imprimiéndolas una energía que contrastaba con la parsimonia que se había impuesto el mariscal Augereau desde su llegada. Renovóse el bombardeo con violencia; y el 6 por la noche, después de reconocido por Vacani el Fuerte de de la Ciudad, que comunicaba con el del Condestable, fué escalado por una columna italiana precedida de zapadores armados de escalas y de artilleros provistos de granadas y petardos para echar por tierra la puerta. Ni los del fuerte pudieron oponer resistencia ni la plaza ofrecerles auxilio, distraida por otra columna, compuesta de alemanes de Berg y Wurtzburgo que, saliendo del convento de San Daniel, fingieron un ataque decisivo sobre la torre de la Gironella. En vano se cañoneó desde la plaza y los demás fuertes el conquistado por los imperiales: en vano se hizo al día siguiente una salida que, después de abastecer para un día el del Condestable, quiso á su vuelta recuperar el de la Ciudad; los franceses se habían ya atrincherado sólidamente, y hubo la salida de acogerse á la plaza viéndose ya flanqueada por los refuerzos que salieron del arrabal de la Rutlla en auxilio de sus compatriotas.

Y no fué eso lo peor, pues que mientras el capitán Bibern de Ultonia, que regía la salida, andaba á las manos con los italianos del fuerte de la Ciudad, los de el del Cabildo, por auxiliarle y los de el del Calvario por falta de acción en su jefe, fueron ocupados también por los imperiales sin dificultad alguna ni bajas de su

parto. De modo que el mismo día de la salida, que se hizo el 7 á las once de la mañana, quedaba la plaza completamente incomunicada con los importantísimos fuertes que coronaban la montaña de Capuchinos, únicos ya conque podía contar Gerona para las contingencias militares de lo porvenir.

Más oscuro parece imposible que pueda presentarse el de población alguna en las circunstancias en que se veía la de Gerona.

Alvarez enferma gravemente.

El estado sanitario se agravaba, como es de suponer, rápidamente y la mortandad crecía en proporciones, más que alarmantes, terribles y sin ofrecer esperanza de remedio; las baterías enemigas abrían nuevas brechas y se acercaban á ellas las trincheras para formar otras que las practicasen aún más anchurosas y accesibles en los baluartes de la Merced y puerta del Carmen; y lo más desconsolador todavía era que la enfermedad del Gobernador tomaba tal vuelo que el día 8 ponía su vida en peligro de acabarse para siempre. Lo alto de la fiebre, calificada por la Facultad de nerviosa, y los delirios que le sobrevinieron, aumentaron el riesgo á punto de que en la tarde del 9 se hizo preciso administrarle el Viático, no fuera á perder inmediatamente el ejercicio de sus facultades intelectuales, con que, lleno de unción y de valor, tomó tan augusto sacramento.

No parece sino que se espiaba en Alvarez la marcha de la dolencia para que, dejando forzosamente el mando, se pudieran *acordar* determinaciones que, de seguro, no hubiera él llegado nunca á consentir. Aun antes de verle en inminente peligro, se consultó con los médicos, alguna vez citados en este escrito, señores

Viader y Nieto Samaniego, si el General estaba ó no en estado de continuar en el ejercicio del mando; y tal maña supo darse el sacerdote, individuo de la Junta de gobierno, para provocar una contestación categórica, que los interrogados hubieron de desechar sus escrúpulos y convenir, el día 9, en responder que la salud de Alvarez exigía una tranquilidad absoluta (1). Y no bien se había dado esa declaración, acabado de recibir el general el Viático y hecho dejación del mando en el teniente Rey, D. Julián Bolívar, cuando se reunía la junta militar, donde los comandantes de artillería y de ingenieros describieron con tales y tan tristes conceptos el estado de la plaza, que, aun siendo todo verdad, parece imposible que, conocida la historia de aquel sitio, hubiera quien creyese que pocas horas después iban á ser asaltado Gerona, allanadas las brechas, derrumbados todos los obstáculos y pasados á cuchillo la guarnición y el vecindario (2). Llovían, entretanto, partes y noticias, á cuál

(1) En el libro del Sr. Nieto Samaniego constan las relaciones del Canónigo á quien nos venimos refiriendo con los dos facultativos y los procedimientos, no poco capciosos, con que les arrancó su declaración.

Es muy extraño que Claras y Minali, sobre todo, señalen el día 8 como el en que Alvarez recibió el Viático y dejó el mando, cuando no cabe duda alguna en que ambos sucesos tuvieron lugar en la tarde del 9.. Nieto Samaniego va hora por hora marcando la marcha de la enfermedad en un capítulo de su libro dedicado á ese punto y que no ha tenido refutación de nadie. El mismo día señalan Toreno, Blanch y Schépeler con cuantos historiadores han narrado episodio tan glorioso como el sitio de Gerona en la guerra de la Independencia. ¿Es que á Claras, secretario de la Junta, y á Minali, uno de los vocales y comandante de Ingenieros de la plaza, convendría que no apareciese tan corto el espacio de tiempo transcurrido desde la dejación del mando por Alvarez y la capitulación?

(2) Por si alguno cree exagerada esta síntesis del informe de los comandantes de artillería é ingenieros, incluímos en el

más alarmantes, de los puntos del recinto que ofrecían mayor peligro, de reuniones entre los sitiadores en que se trataba de preparar una salida al campo enemigo en unión con muchos habitantes á quienes se hacía ya insoportable la permanencia en la ciudad, de tratos entablados por los franceses con las guarniciones de los fuertes exteriores ofreciéndoles la libertad de incorporarse al ejército español pero felizmente rechazados, de los progresos, en fin, que hacía el sitiador con sus baterías causando gran mortandad en los defensores, á los que no quedaba abrigo alguno en la primera línea y se hallaban necesitados de refuerzos que bien debían saber no podía enviarles el Gobernador. Con esto y los nuevos despachos que se recibieron entre diez y once de la mañana del 10, el nombramiento de Generalísimo, uno de ellos, á San Narciso, tanto tiempo antes nombrado por los gerundenses, así como la orden de la función solemne con que había de celebrarse, y el acuerdo, en otro, tantas veces citado también, de las juntas de Manresa, tardío según dijimos, la remisión, tardía también, de las cifras con que habría de entenderse en lo sucesivo la plaza y la declaración, de nuevo repetida, por los jefes de ingenieros y artillería *de hallarse la plaza en el mayor peligro*, la junta decidió que el ya brigadier Fournás saliera á parlamentar con el mariscal Augereau en su cuartel general de Fornells (1).

---

apéndice núm. 20, el escrito de uno de ellos, voto de toda excepción, el coronel Minali, que da toda clase de detalles sobre aquellos últimos momentos.

(1) He aquí el informe de aquellos jefes según Minali, uno de ellos: «Preguntó la Junta á los comandantes de artillería y de ingenieros su modo de pensar acerca del estado actual de la plaza, á lo que contestaron, que en vista de los rápidos progre-

Sale Fournás al campo francés.

El duque de Castiglione recibió á Fournás rodeado de su Estado Mayor; y después de rechazar las proposiciones que se le hacían para una suspensión de armas ínterin llegaban noticias del ejército español de Cataluña, concedió una hora tan sólo de plazo para extender la capitulación. La Junta, al recibir tan categórica respuesta, se dividió, como sucede siempre, en pareceres, habiendo vocales que aconsejaban la resistencia hasta igualar á las de Sagunto y Numancia, otros que tendían á obtener el plazo siquiera de un día, y los que, por último, hicieron prevalecer su voto de que volviese Fournás al campo francés para extender la capitulación en los términos más favorables posibles. Al entrar de nuevo en Gerona, lo hizo ya con el general Rey, jefe de E. M. del Mariscal, que allanó varias dificultades que aún oponían los habitantes, el clero y la oficialidad de la guarnición. Todavía hubo momentos en que se creyó iban á romperse las negociaciones y hasta decidieron muchos la resistencia acudiendo todo el pueblo á defender las brechas del recinto y las obras interiores; pero la Junta, aun asegurando que en tal caso las tropas se presentarían en sus puestos de honor á sacrificarse por la patria y por Gerona, llevó á todos el convencimiento de no corresponder las fuerzas al deseo en la situación tristísima en que se veían.

sos de los nuevos ataques de los enemigos, de la inevitable pérdida de los fuertes por la falta de víveres, del estado de desfallecimiento en que se hallaban la guarnición y los habitantes por el mismo motivo, y de su poca fuerza para rechazar los asaltos que darían luego los enemigos á todas las brechas, amenazando al mismo tiempo escalar los baluartes para llamar la atención de la guarnición y dividir sus fuerzas, y últimamente por la falta de pólvora por un fuego activo en estos casos, declararon que la plaza se hallaba en el mayor peligro.»



Firmóse, pues, el día 10 la capitulación con condiciones que, por lo honrosas, están demostrando, más que el respeto, el temor que aún infundían los escuálidos defensores de una fortaleza que, imperfecta como era, había sabido resistir por más de siete meses á un gran ejército superabundantemente pertrechado y á varios de los más ilustres generales del imperio Napoleónico. La capitulación.

Se concedían los honores de la guerra á la guarnición, que entraría en Francia como prisionera. Serían respetados los habitantes y conservado y protegido el culto católico. En la mañana del 11 habrían de entregarse á los franceses las puertas de la ciudad y las de los fuertes, saliendo la guarnición de la plaza para deponer sus armas en el glacis. Oficiales de artillería, ingenieros y administración militar entrarían al momento en que se franqueasen las puertas, para entregarse de los almacenes, mapas, etc.

En notas adicionales se establecían el acuertelamiento de las tropas francesas, el depósito de los papeles de Gobierno, el respeto á los vocales ó empleados en las juntas, á sus personas, propiedades y carreras, el permiso á los forasteros para restituirse á sus casas con los equipajes y haberes de su propiedad y la salida también á los vecinos que lo desearan en iguales condiciones. Se estatuía en otras notas también la elección de un oficial de la guarnición que se trasladase al ejército español para solicitar el canje contra igual número de oficiales y soldados franceses de los detenidos en Mallorca, respondiendo el Mariscal de que se verificaría tan pronto como éstos llegaran á un puerto del Imperio; así como el que el obispo de Gerona pudiera

dar pasaportes á cuantos sacerdotes pidiesen volver á su anterior domicilio. Eran, además, declarados libres los empleados del ramo político de Guerra no combatientes, el intendente, comisarios, factores y médicos (1).

Así cayó Gerona, la ciudad que con mejores títulos que ninguna otra puede enorgullecerse con el de heróica.

Ochenta mil balas de cañón, la mayor parte de grueso calibre, once mil novecientas bombas y siete mil cuatrocientas granadas hicieron de la ciudad un montón de ruinas, y el setenta y cinco por ciento de los vecinos quedó envuelto en ellas ó presa del hambre y de las enfermedades. Si se pronunció una queja, si pudo escucharse alguna murmuración al sentirse los devastadores efectos de tanto tiempo y estragos tales, quedaron sofocadas en el seno de la confianza y de la amistad ó en los ámbitos del solitario hogar; porque, ya lo hemos dicho, aún se sublevaban los ánimos en Gerona al relato sólo de la soberbia del vencedor. Hemos dicho mal: Gerona no fué vencida por las armas, rechazadas siempre aun en tan desigual contienda; se sometió á la fuerza de calamidades á que no es dado resista la flaca y pobre naturaleza humana. Hombres y mujeres, niños y ancianos, contribuyeron en la medida de sus fuerzas á una defensa que los tratadistas de mayor autoridad en el arte militar consideraban fuera de todo cálculo verdaderamente técnico, los historiadores más sensatos han sobrepuesto á las celebérrimas de la antigüedad y los mismos enemigos tuvieron por insigne locura hasta digna de un rudo escarmiento.

(1) Véase la capitulación en el apéndice 21.



Por eso hay que decir con un verídico epigrafista:

«¿Quid. Troia?
¿Quid. Saguntus?
Quidve. Numantia?
Sola. Fortis. In. Orbe.
Gerunda (1).»

Pero también hay que exclamar con el conde de Toreno: «Postrado Alvarez, postróse Gerona.»

«Postrado Alvarez, postróse Gerona.»

(1) Rodera en su colección de inscripciones publicada en Mallorca el año de 1813.

Por imparcial estampamos á continuación el relato de Belmas sobre el estado en que hallaron los invasores á Gerona. «Sería difícil, dice, pintar el deplorable estado de aquella desgraciada ciudad. Las calles estaban obstruídas por montones de escombros y de inmundicia. Más de la mitad de las casas estaban desiertas y todas mostraban las señales del bombardeo. Las situadas á lo largo del Onyá y del Ter aparecían hundidas por las conmociones de la artillería y habían envuelto en las ruinas á sus infelices moradores. Los barrios de San Pedro y de puerta de Francia habían sido destruídos por las baterías de brecha, el próximo á la torre de Gironella estaba completamente inhabitable y las calles que desde la ciudad baja conducen á él estaban interceptadas con muchos espaldones para disputar á palmos el terreno en la hipótesis de que llegáramos á tomar el reducto de Alemanes. Veíanse por todas partes techos de casas suspendidos en el aire próximos á hundirse con las ruinas de los muros laterales, pisos sólo retenidos por un lado, puertas y ventanas destrozadas. Las bóvedas de los almacenes y de las iglesias estaban taladradas. Un gran número de familias, cuyas casas habían sido incendiadas ó destruídas por las bombas, yacían en las aceras por no saber dónde refugiarse. Si á estos desastres se añade el olor infecto que se exhalaba de todas partes y el cuadro doloroso de miembros esparcidos, de cadáveres desgarrados, abandonados entre los restos de las casas ó medio envueltos en los terraplenes con cascos de bombas, fusiles rotos, cureñas destrozadas, vestidos ensangrentados, apenas si se podrá formar idea de cómo los españoles, castigados de tantas calamidades, han podido hacer tan larga y pertinaz defensa. Bajo un montón de cadáveres y de ruinas, triste monumento de un heroismo desgraciado, habían perecido más de diez mil gerundenses ó forasteros y cinco mil doscientos once hombres de la guarnición y, entre ellos, muchísimos oficiales.»

Porque si á muchos podrá parecer exagerada la última frase que pronunció el coronel Marshal en su lecho de muerte, la de que Alvarez *era el mejor general de Europa,* nadie negará que no recuerda la historia un gobernador de plaza que pueda compararse con el defensor de Gerona en sus cualidades de valor, energía, abnegación y pericia. Ni es fácil, por lo mismo, hallar en tan larga resistencia un error importante en su conducta militar, un instante siquiera de desfallecimiento en el propósito, que se había hecho, de sepultarse en las ruinas de la ciudad antes que rendirla á sus sitiadores.

Sólo un hombre, y doloroso es decirlo, general y defensor también de la inmortal Gerona, se ha atrevido después á empequeñecer la gloria, por nadie más negada, de Alvarez. El general Fournás, en uno de sus manuscritos, publicado en Francia después de muerto, ha dicho: «Dos meses antes hubiera podido conservarla más honrosamente aún (la gloria de la defensa) abriéndose paso á través del enemigo y abondonando una plaza en que hacía mucho tiempo había perdido toda esperanza de ser socorrida. Pero, sobre ese punto, la tenacidad invencible de su gobernador Alvarez no cedió jamás. Era un hombre sin talentos militares, pero con una confianza extremada en la Providencia, casi diría en los milagros. Su alma se había hecho grande, capaz de todos los sacrificios, llena de una constancia admirable; pero, hay que confesarlo, aquel valor era en él la resignación de un mártir más que el heroismo de un hombre de guerra».

¿Quién cantaría las glorias de Gerona de haber sido abandonada al sitiador dos meses antes? Es desconocer



completamente la importancia de aquella plaza el aconsejar su abandono con tanta precipitación; es cometer el mismo craso error de los compatriotas de Fournás cuando cruzaron la ciudad sin ver en sus murallas la razón de su existencia, sin observar su situación estratégica, sus condiciones tácticas ni conocer su historia que las confirma y avalora. Decía el Gobierno central en la Gaceta del 28 de octubre: «No hay objeto de mayor interés para España, ni de más eminente admiración para la Europa entera que la defensa de Gerona»; y poco antes la Junta superior de Cataluña, que no se cansaba de llamarla *llave* y *antemural* del Principado, decía al aprobarse la cruzada gerundense: «Gerona, famosa en todas las épocas de nuestra historia, y más famosa aún en la actual crisis de la patria, se ha puesto en la gloriosa precisión de superar el heroismo de Zaragoza».

¡Y es en esos días cuando pensaba el general Fournás que debía abandonarse á Gerona, dejándola á merced de un enemigo burlado por la fuga de su guarnición!

Que el general Alvarez confiase en la Providencia, no tiene nada de particular siendo profundamente religioso; puesto que en esa confianza se fundan las oraciones de los cristianos al Todopoderoso y á sus privilegiados los santos; pero representarle por eso con la resignación del mártir y sin el heroismo de un hombre de guerra es una de dos cosas, ó desconocerle por completo ó inferir una ofensa por demás gratuíta á su memoria. La prueba de que Alvarez era un hombre ilustrado, la ofrece bien elocuentemente la licencia, que, siendo ya brigadier, le fué concedida por el Inquisidor

general para que pudiera adquirir, tener y leer libros prohibidos; y que no carecía de talentos militares, puede calcularse por sus estudios en la Academia de Guardias, haber formado parte de comisiones facultativas de importancia y por sus eminentes servicios en la guerra de la República, donde se distinguió por su valor y su habilidad, en la de Portugal, en que se le calificó de *Honor de las armas españolas*, y en las varias y reñidas acciones que en la guerra de la Independencia precedieron en Cataluña al sitio de Gerona.

Pero repetimos que, si puede parecer hiperbólico el concepto del inglés Marshal, no el que hemos emitido de no hallarse en la historia quien rivalice con Alvarez en el arte de defender una plaza.

El general Fournás no llegó, pues, en su malhadado escrito sino á hacer resaltar más y más su desgracia de haber firmado la capitulación de Gerona en los momentos en que Alvarez, presa de una fiebre violenta y de delirios sublimes, no se cansaba de repetir cien veces su frase favorita, la de *no quiero rendirme.*

Los historiadores de aquel memorable cerco no consignan error notable, ya lo hemos dicho, en las operaciones de la defensa; en los que se detienen, y juzgándolos con la mayor severidad, es en los cometidos por los sitiadores. Los mayores y más perceptibles son: la elección del frente de ataque, de que tan largamente hemos tratado; el asalto de Montjuich, excesivamente prematuro; el de la plaza dado en un entrante del recinto y sin que la artillería, torpemente diseminada y demasiado distante, hubiese batido el pie de las murallas; todo, efecto del carácter atropellado de Verdier y de sus disensiones con el general Gouvión

Saint Cyr. Si la artillería anduvo torpe, no lo estuvieron menos los ingenieros en sus trabajos de trinchera y, sobre todo, en su olvido de establecer una robusta línea de circunvalación que hubiera cortado de una vez y para siempre las comunicaciones de la plaza. Ni hubo energía en el mando del sitio ni dirección ilustrada y hábil en los que debían secundarlo.

Y ¿qué diremos del general en jefe del 7.° cuerpo de ejército francés? Con mostrarse ofendido por el desaire de su relevo y por la independencia en que, respecto á él, se constituyó el presentuoso Verdier, y disculpándose con la atención preferente que le merecía el ejército español de socorro á fin de que la división del sitio no experimentase género alguno de interrupciones en su empresa, ni la ayudó apenas, ni logró impedir la entrada del convoy de 1.° de septiembre y las salidas de García Conde y de O'Donnell, ni los varios, aunque pequeños, triunfos alcanzados por nuestras tropas en su campo de observación y por los guerrilleros, miguelotes y somatenes en los puestos avanzados y el camino de Francia.

Pero no acusemos á los extraños sin echar también sobre los generales y el Gobierno español, hasta sobre el de nuestra aliada la Inglaterra, el peso de la inmensa responsabilidad en que incurrieron durante tanto tiempo como anduvo Gerona á las manos con sus poderosos enemigos.

Del general Blake ya hemos dicho lo suficiente para dar á conocer la falta de habilidad con que se condujo amenazando siempre con su presencia en el campo de la lucha, pero vacilante en sus resoluciones é inclinado, más que á una acción enérgica en las varias oca-

siones que le ofreció la constancia de los gerundenses, á aprovechar sus propias estratagemas ó la imprevisión de sus enemigos para ofrecer algún alivio á una plaza que tan grande lo necesitaba. Las ocasiones como la del 1.º de septiembre, no podían repetirse ante un adversario como el general Saint Cyr; y exigía, por lo mismo, la situación de Gerona procedimientos de índole más decisiva. Pero una vez resuelto á vigilar al enemigo y aprovecharse de sus descuidos ó flaqueza, ¿por qué no se halló presente á los combates parciales en que Loygorri y O'Donnell pelearon solos y sin otro resultado que el de rechazar los reconocimientos ó agresiones de Mazzucchelli y Souham?; ¿por qué no cubrió con todas sus tropas la posición de Hostalrich en la que, venciendo ejecutivamente á Pino, hubiera introducido un gravísimo desorden en las demás tropas imperiales, inhabilitándolas, quizás, para sus ulteriores operaciones? Ante el espectáculo de esa actividad y de esas iniciativas, no se hubiera dicho que los catalanes tomaban su nombre por sinónimo de desgracia.

Los catalanes, triste es decirlo y más por boca de quien ha admirado las brillantes condiciones que les caracterizan; pero no se mostraron en el conflicto de Gerona lo enérgicos y lo unánimes que en otros casos menos solemnes y urgentes. Hacía seis meses que sus juntas y, sobre todas, la de Gerona y la general del Principado, clamaban por el socorro de aquella plaza, la *llave*, decían, de toda la provincia y el *antemural* de España por los Pirineos Orientales, y los catalanes, satisfechos hasta entonces con sus embates contra Barcelona y con la acción de sus guerrilleros, se decidían á un llamamiento que era necesario ser muy ignorante y

torpe para no reconocer como tardío y, de todos modos, ineficaz. No haremos coro á las diatrivas de Schépeler y de otros historiadores que culpan á los catalanes del desastre de Gerona; pero no puede negarse que hicieron muy poco para impedirlo. Las reclamaciones de los gerundenses se perdieron en los sordos oídos de sus compatriotas como en los del Gobierno central que alabó mucho, no todo lo que merecían, á aquellos generosos mártires del patriotismo y clamó por su salud y socorro, pero dejando vagar sus propósitos de restauración en el tenebroso golfo de las pasiones políticas, más atento á conservarse y defenderse en el poder que á desplegar los resortes todos con que debía contar para el mantenimiento de la noble causa nacional á que debió consagrarse con todas sus fuerzas y recursos. Aun cuando no contara con otros que los reunidos por aquel tiempo en Valencia y Cartagena, pudo utilizarlos para, fuese por tierra, ya que todo el litoral estaba despejado de enemigos, fuese por mar que dominaban completamente las escuadras inglesas, correr en auxilio de Gerona. Y no necesitaban correr, según acabamos de decir, porque la ciudad del Ter dió tiempo con su tenaz resistencia para que le llegasen de los extremos más remotos de la Península.

En cuanto al Gobierno inglés, no es por nuestros labios por donde van á exhalarse las quejas de la inmortal Gerona, sino por los de uno de los más eximios jefes que militaron en las filas británicas.

Dice el general Nápier: «Bajo el punto de vista de la situación general de los asuntos militares, la caída de Gerona puede achacarse á los gobiernos inglés y español. El primero (esto es, el inglés) tenía agentes en



Cataluña y Lord Collingwood cruzaba en el Mediterráneo y, sin embargo, ignoraba á tal punto cuanto sucedía ó se interesaba tan poco en los resultados de la guerra, que dejó á Gerona defenderse durante seis meses cuando la mitad de las tropas empleadas por sir John Stuart para meter miedo á Nápoles hubieran bastado para hacer levantar el sitio; siendo fácil llevarlas á la costa de Cataluña y desembarcarlas en Palamós. Ni aun era necesario que fuesen aquellas tropas equipadas como para una campaña; creemos que una sola marcha habría obtenido el éxito deseado. Podíase con la mayor facilidad hacer formidable la posición de Palamós; y, ocupándola con tropas inglesas, sostenidas por una escuadra, habrían sido necesarios para someter á Gerona muchos mayores medios de los de que podían disponer los franceses en 1809. Es verdad que los catalanes no estaban mejor dispuestos en favor de sus aliados que los demás habitantes de la Península; pero la esterilidad del país, la reunión en un solo punto de una población manufacturera, el gran número de fuertes posiciones y de ciudades fortificadas que tenían en su poder y, sobre todo, las líneas de comunicación tan largas, tan difíciles por la naturaleza del terreno y que los franceses debían guardar para el tránsito de sus convoyes, hacían mucho más laboriosa la tarea de los invasores.»

En cuanto á la buena voluntad del Gobierno inglés, demostrada está en las comunicaciones de Wellesley á la Junta de Extremadura y al general Cuesta, á quienes decía, según hicimos ver en la campaña de Talavera, que «la seguridad del reino de Portugal era la principal misión que se le había confiado, y no podía



distraer de ella las fuerzas que eran necesarias para el cumplimiento de los demás objetos sobre que se le tenía llamada la atención.»

¿Cómo, pués, habían de pensar en la liberación de Gerona?

Muerte de Alvarez.

No habían acabado las tropas francesas de ocupar la plaza de Gerona y sus fuertes cuando su general en jefe comenzó á burlarse de las estipulaciones fijadas en la capitulación. El clero pagó bien cara la participación que había tomado en la defensa, siendo objeto de las iras y la saña de los vencedores. Al marchar las tropas de la guarnición á Francia, fué una gran parte de los sacerdotes arrastrada en pos de ellas, haciéndola objeto de los mayores atropellos y escarnio. Pero nada puede compararse con el tratamiento que sufrió el general Alvarez al, una vez repuesto de su grave dolencia, ser llevado también á la vecina frontera francesa. En Perpignán se le separó de su Ayudante predilecto Don Francisco Satué y de sus criados; llevado á Narvona fué luego traido á España de prisión en prisión y rodeado de centinelas que, desentendiéndose de su carácter militar y de la proverbial galantería francesa, no se cansaban de insultarle; y al día siguiente al de su llegada á Figueras, se le encontró muerto en una de las más inmundas cuadras de la fortaleza de San Fernando. Si su muerte fué violenta, según la creencia general en España, ó efecto de su anterior enfermedad, de que ya estaba curado, ó de los crueles tratamientos que hubo de sufrir desde Gerona, donde el mariscal Augereau se los infirió tales que avergonzarían al soldado más inculto y soez, hasta su vuelta al suelo patrio, es un secreto que difícilmente descubrirá el tiempo.



Nosotros continuamos creyendo lo que expusimos al pronunciar en la Real Academia de la Historia el tantas veces citado «Discurso en elogio del teniente general D. Mariano Alvarez de Castro», donde se hallan cuantos datos se han podido adquirir sobre suceso tan lamentable y trágico.

Decíamos allí:

«No acabaríamos de estampar citas y citas sobre la muerte del héroe de Gerona, si acudiéramos á los cien libros y folletos que con más ó menos extensión, según su objeto, tratan asunto tan admirable como el sitio de la que en alguno se llama la *Reina del Ter* por sus nunca bastante alabados servicios á la patria. Sólo lograríamos ya, sin embargo, cansar aún más la atención, que debe estar fatigada, de nuestros lectores, sin darles más luz sobre un acontecimiento que los historiadores franceses dejan siempre envuelto en las tinieblas más densas, y del que los periódicos oficiales y la correspondencia, sobre todo, del emperador Napoleón no se ocupan ni por incidencia. El silencio de la última, sobre todo, es significativo en extremo; porque allí donde, como vulgarmente se dice, no se movía una mosca sin permiso del amo, del grande hombre, que de todo se ocupaba y nada permitía hacer sin su conocimiento y orden, es muy extraño que se trajera y llevara al general Alvarez, al Gobernador de Gerona nada menos, de un lado á otro, á España particularmente, sin expresa disposición suya, directa ó por conducto de su Mayor general. Ese silencio significa, pues, por lo menos, un misterio que no puede ser sino ofensivo á la magnanimidad de Napoleón.»

«Alvarez se había repuesto en Francia de su graví-



sima dolencia; no había, de consiguiente, para qué traerlo á España por motivo de su salud, que, después de todo, no había de tener tampoco el Emperador por muy preciosa. ¿A qué, pues, se le traía, separándole de su ayudante y de sus criados, se le conducía con tantas precauciones y se le alojaba en cuadra tan lóbrega é inmunda? Es indudable que con un objeto siniestro; y el más probable es el de someterle á un tribunal en el sitio mismo en que se quería suponer había cometido un delito, y donde quería castigársele para escarmiento de sus indomables compatriotas.»

»No hacía muchos meses que se había hecho otro ejemplar en Barcelona con ocho insignes patriotas, á quienes se ejecutó bárbaramente, creyendo así sofocar el gérmen de la sublevación que se suponía elaborándose dentro de aquella plaza.»

«Mas por eso mismo, y á pesar de tanto y tanto documento expresando la opinión de haber sido Álvarez asesinado, toma la nuestra rumbo diferente. Aquélla es la más generalizada y tuvo naturalmente origen en el espectáculo del cadáver cárdeno y escuálido del General, tendido en unas parihuelas, *cama imperial* que sostenía, sin embargo, la mole de un gigante de valor y de noble y generosa pertinacia, terror que había sido de los mismos que así lo insultaban ahora que ya no podía defenderse. Esa opinión, además, creció y se hizo casi universal á impulsos del patriotismo, que la explotó para la continuación y el éxito de la guerra. ¿Qué podía, con efecto, encender más los ánimos de los españoles, de los catalanes sobre todo, que la noticia de alevosía tan cobarde?»

«Nosotros, pues, creemos que se traía á Álvarez á Es-



daña con el pensamiento de una ejecución ruidosa, que impusiera á los españoles; pero que un accidente, nada extraordinario en el estado de su salud, tan quebrantada, y de su ánimo, agitadísimo por fuerza, cortó el hilo de sus preciosos días. Para la perpetración de un delito tan enorme, de crímen tan horrendo como el asesinato del héroe, se hubiera elegido otro sitio, la ciudadela misma de Perpignán ú otro lugar apartado; nunca la tierra española, donde habría de ser descubierto y escandalizar al mundo.»

No acabaremos, con todo, sino con el duro, pero elegante, apóstrofe que, con este motivo, dirige al Emperador Napoleón el valiente soldado y sabio historiador Schépeler.

«¡Flaquezas del espíritu humano!», dice el escritor alemán; «soberanos y conquistadores caen en el error de Alejandro, el de parodiar á los dioses, y consideran á sus más valientes adversarios como rebeldes al destino. Napoleón hubiera conseguido arrancar laureles á las glorias de Zaragoza y de Gerona, y ceñirlos á su diadema, de haber honrado á los defensores: se mostró cruel con ellos, y su nombre corre ahora unido al de la destrucción como el del genio sangriento de la guerra».

CAPÍTULO VI

Sevilla y Madrid

La Junta Central.—Sus diferencias.—El Consejo Real.—Los descontentos de la Junta.—Contemporiza la Junta.—La Comisión ejecutiva y el llamamiento á Cortes.—Comisión para el reglamento de la ejecutiva.—Palafox y Romana.—Libertad de imprenta.—Trabajos de la Comisión de Cortes.—Providencias de la Central.—Manifiesto del 20 de diciembre.—El Gobierno del Intruso.—Cuerpos deliberantes y consultivos.—El Senado.—Las Cortes.—El Consejo de Estado.—Persecución al clero.—Supresión de todas las órdenes regulares.—De las Ordenes militares.—Medidas económicas.—Desconfianzas de José.—Sus esfuerzos en la Administración.—La opinión en España.—Continúa José la organización del ejército.—Paralelo entre los dos gobiernos peninsulares.

La Junta Central.

Tiempo es ya de que nos ocupemos en el estudio de la gestión política y administrativa de los dos poderes que por aquellos tiempos se dividían la gobernación de España. Es verdad que la guerra absorvía principalmente la atención de uno y otro, lo mismo del de Madrid que del de Sevilla; pero también lo es que ambos gobiernos, el español sobre todo, habrían de mirar por procurarse, con una sabia administración, recursos de toda índole para proseguir una lucha tan excepcional en varios conceptos. Porque ni los franceses esperaban la tenacidad inquebrantable, bien lo veían, de enemigos en su concepto ignorantes y flacos en los rudos embates de la guerra, ni los españoles creían que su valor y su constancia, de abolengo por



nadie desconocido y, aun así, extraordinarios en tan solemne ocasión, no bastaran á alcanzar la victoria en cuantas jornadas intentaban uno y otro día, sin interrupción ni descanso.

Estos, sin embargo, llevaban en sus inacabables discordias el gérmen de su debilidad: todo les había sido concedido á los españoles por el cielo para su independencia, todo menos el espíritu de unión en las voluntades para no verla nunca atropellada, el único si se ha de hacer eficaz y valedera la fuerza que dan ese ardor bélico y esa pertinacia de que tanto, y con razón, blasonan nuestros compatriotas. Sevilla era, con efecto, centro, más que de gobierno, aun ejerciéndolo varones ilustres por sus virtudes cívicas, de cábalas, dirigidas por la ambición desapoderada de otros para acapararlo en sus manos. Gobierno, de otro lado, ejercido por muchos tiene que resultar débil, habiendo de atender á tantos intereses privados como representa su número, intereses no pocas veces preferidos á los generales de la Nación, y habiendo de resistir las pretensiones y chocar con la ambición de tantos y tantos como se consideran más dignos, con mayores merecimientos que los á quienes, por lo mismo, procuran reemplazar en el poder (1). Y bien pudo esto observarse cuando, sucediéndose los desastres militares con

(1) En su «Exposición á las Cortes», pretendieron los vocales de la Central demostrar que el gobierno por ellos constituído era, como el que más, legítimo, en lo cual no cabe duda atendidas las circunstancias en que fué creado, y superior en condiciones al de cualquiera regencia que pudiera nombrarse, una, trina ó múltiple, de personas reales ó de particulares, y hasta discutieron en aquel importantísimo escrito, las ventajas de su administración sobre la de las Cortes que, de todos modos, no podrían convocarse por los métodos antiguos,



una frecuencia verdaderamente aterradora para todo otro pueblo que el español, tan pertinaz en la lucha, fué decayendo en la opinión el concepto de la Junta Central, á pesar de la popularidad que había llevado á sus hombres al Gobierno y de la que les proporcionaran últimamente su digna conducta, así en los acomodamientos propuestos por el usurpador como en la cuestión suscitada por los ingleses para la ocupación militar de Cádiz. Cierto que esa opinión aparecía provocada por ánimos siempre inquietos, movidos entonces por el afán de mandar, mejor que en los ejércitos, en las esferas del Gobierno; cierto también que, minada la Junta en su seno mismo por los enemigos de toda novedad que afectase á la manera de ser política de sus padres, dejábase ver que las maniobras que empleaban no lograrían tampoco satisfacer las necesidades de los nuevos tiempos ni de las circunstancias actuales; cierto, en fin, que las instituciones recientes, y lo era tanto la de la Junta, se ven muy pronto combatidas por los descontentos que crean, por los entristecidos, si la fortuna no les sonríe, por cuantos no comprenden los obstáculos que para todo encuentran en su marcha gubernamental, y más en medio de una contienda tan anormal y ruda como nuestra guerra de la Independencia. Pero más aún que tanto y tanto obstáculo como

---

que entrañaban un privilegio del Rey para la elección de los procuradores de los pueblos, por hallarse ahora el español en tan distinta situación. Es muy curiosa y aun interesante la defensa de los Centrales en sus exculpaciones por haber mantenido su primitiva organización democrática, representativa de las primeras juntas provinciales; pero, á fuerza de exagerar sus excelencias, aun sobre las de la monarquía, resulta revolucionaria, casi jacobina, según sus argumentos se parecen á los ofrecidos por los franceses de la Convención.



hallaba la Junta para ejercer la acción dificilísima á que estaba llamada, se la estorbaba la discordia que, al poco tiempo de su constitución, se había deslizado por entre los que más debieran trabajar en la obra de su unidad y cohesión.

Sus diferencias.

Ya indicamos en el tomo anterior que desde sus primeras sesiones se había hecho manifiesta esa discordancia de pareceres al proponer Jovellanos en Aranjuez la convocatoria á Cortes, cuestión diferida para más adelante por el influjo de Floridablanca, connaturalizado con el medio ambiente en que había hecho lucir sus talentos políticos. Aun habiendo obligado á aceptar la idea los reveses militares y el desprestigio en que iba cayendo la Junta, se presentaron óbices y dificultades para que tan salvador proyecto se abriese paso en aquella asamblea, siempre más débiles, sin embargo, después de la muerte de aquel, por tantos conceptos, ilustre representante del espíritu monárquico, tenido hasta entonces por el más puro y razonable. Con todo, la desgraciada campaña de Uclés, Ciudad Real y Medellín, impresionando tristemente los ánimos, y la energía de Calvo de Rozas, apoyado en los lúgubres augurios que provocaban tan, al parecer, decisivos reveses, llevaron, ya lo dijimos también, á los vocales de la Junta á consentir, primero, en el examen de tan importante asunto, y á aceptar, por fin, el 22 de mayo la publicación del decreto anunciando «el restablecimiento de la representación legal y conocida de la Monarquía en sus antiguas Cortes».

El Consejo Real.

Pero ¡qué de obstáculos los opuestos á tan vaga satisfacción de las nuevas aspiraciones populares en los debates de la Junta! El primero en ofrecerlos fué el

Consejo Real, mostrándose, así, tan desagradecido por su restablecimiento, como lleno de ambición por acaparar el poder supremo, negándolo á quien acababa de con sus antiguas facultades devolverle su honra, tan puesta en duda por la conducta que había observado en la primera época de la revolución española. Es verdad que en su famosa representación del 22 de agosto, al negar la legitimidad de la Central, desconocía también la de las provinciales que la habían dado vida; lo que atrajo al Consejo las iras y recriminaciones hasta de los descontentos de la primera, suprema de Gobierno, y resucitó las quejas y amenazas de que se había hecho objeto aquel alto cuerpo. Nada, en efecto, más inconveniente en el Consejo y contraproducente para el fin que perseguían. Porque, lo que decía Jovellanos en su «Memoria» justificativa: «¿quién sino la ignorancia y la envidia, puede desconocer el noble y legítimo origen de estos cuerpos, que con admiración de la Europa, aplauso y consuelo de la nación, y pasmo y terror del tirano, que la oprimía, nacieron de repente en todas las provincias del reino, cuando irritado su pueblo generoso, á vista de las cadenas que se le presentaban, se levantó por un movimiento simultáneo, tan rápido y unánime como magnífico y fuerte, y los congregó, é instituyó para salvar su libertad? ¿De unos cuerpos que aunque creados en medio del tumulto y la indignación popular, fueron organizados con tan maravillosa prudencia? ¿De unos cuerpos, en los cuales para legitimar más y más su autoridad, fueron reunidas todas las del Estado, entrando en su composición representantes de todas las clases, profesiones, órdenes y magistraturas de las capitales, con sus primeros jefes



eclesiásticos, civiles y militares? ¿De unos cuerpos, en fin, que apresurándose á desempeñar sus augustas funciones, mostraron tanto celo, desenvolvieron tanta energía, y dieron tanto consuelo y confianza á la patria, y tanto terror y escarmiento á su pérfido enemigo?»

No era que el Consejo dejara de comprender estas razones, puesto que antes las había atendido aprobando, á la par que la de la Central, la creación de las juntas en las provincias insurreccionadas, sino que ahora le convenía anatematizarla proclamando los principios de leyes instituídas para otros tiempos y para circunstancias normales ó muy distintas. Lo peor fué que en su escrito, torpe si con apariencia de maquiabélico, al pedir la abolición de las juntas, solicitó además el establecimiento de una Regencia, lo cual era como echar fuego en el hervidero de las intrigas con que se quería socabar hasta en sus cimientos el edificio político de la Junta Central (1). Porque, si bien hubo juntas que, no satisfechas de la conducta del Gobierno supremo y empleando contra él cuantos recursos pudieran proporcionarles su situación y la autoridad de sus servicios, se deshicieron en invectivas contra el Consejo recordándole sus debilidades para con el Intruso, también las hubo, y la de Valencia principalmente en su representación de 25 de septiembre, que, al hacerlo, casi coincidieron con aquel alto cuerpo en la pretensión de que se creara una potestad ejecutiva que secundase con

(1) «¡Contradicción singular!» dice Toreno. «El Consejo que consideraba usurpada la autoridad de las juntas, y por consiguiente la de la Central, emanación de ellas, exigía de este mismo cuerpo actos para cuya decisión y cumplimiento era la legitimidad tan necesaria.»



energía la acción de la legislativa, existente en la Central. Pero, más que las juntas, y anticipándose á sus reclamaciones escritas, continuaron la acción demoledora, que hacía tiempo con tan mal consejo principiaran, los descontentos é intrigantes de siempre, incansables en su tarea de rebajar, más aún, de destruir la autoridad del Gobierno. Sólo que ahora hallaron los conjurados el apoyo, nada menos que del embajador inglés que, siéndolo el marqués de Wellesley, claro está que reunía á la fuerza que le daba su carácter diplomático, la que necesariamente habría de prestarle el de hermano del enojado lord Wellington. A la sombra de Wellesley se acogían cuantos se querían mostrar disgustados de la acción de la Junta Central; portándose con la altanería de quienes, unidos á él, podrían aspirar legítimamente á satisfacer sus personales ambiciones. Con su apoyo, que luego se vió no pasaría de ciertos límites, creyeron poder llegar hasta la disolución de la Central y el destierro de sus más influyentes miembros, enviándolos, por el pronto, á Manila, con lo que no les estorbarían por mucho tiempo en sus planos, que eran, mejor que el nombramiento de una Regencia y la devolución de sus antiguos fueros al Consejo Real, el de acaparar en sus personas el poder que habrían de asumir aquellas dos instituciones casi soberanas. A Palafox, que el 21 de agosto pedía el establecimiento de la Regencia ejercida por el cardenal Borbón, y al Consejo, tan desacordado como se presentaba en su consulta del 22, se había unido, como uno de los más descontentos, el duque del Infantado, aun cuando no con el descaro con que se presentaban los otros, pero confiando en que los trabajos de todos redundarían principal-

Los descontentos de la Junta.

mente en su provecho, como la primera persona, que se creía, de la Nación, una vez fuera de ella las más próximas al trono (1). Pero no atreviéndose, como acabamos de decir, á desplegar paladinamente su bandera, ejerciendo su influjo personal por más que lo creyera muy poderoso, reveló aquellos temerarios planes al embajador, con cuyo apoyo contaba, para mejor escudarse en los particulares suyos. Su confesión asustó á Wellesley, que no podía llevar á tal grado su descontento y el de su gobierno contra los Centrales; y con disimulo, verdaderamente púnico, sin apoyar á los conjurados ni comprometerlos, advirtió á la Central del peligro, ya inminente, que corría.

Contemporiza la Junta.

Aun así y aun deseando castigar tales demasías como las que se intentaban contra ella, la Junta hubo de contemporizar, tanto para poner de manifiesto la consideración que le inspiraba la persona del Embajador, á la que no quería comprometer, como para no provocar en Sevilla un motín, que bien pudiera ocurrir; de tal modo se hallaba minada la opinión en el pueblo y hasta en los regimientos de la guarnición; allí, con todo género de promesas y con dinero, y en los militares, particularmente, con la de la inmediata convocatoria de Cortes y la organización de nuevos y más nu-

(1) No toma Toreno en cuenta la acción de Infantado en aquellas circunstancias, pero Schépeler la explica por los desaires recibidos al relevarle del mando del ejército del Centro y al postergarle después, para él, al general Venegas, sobre quien echaba la culpa de la derrota de Uclés. El historiador alemán le atribuye la comunicación de los proyectos de los conjurados á Wellesley, «en los cuales, dice, le abría los ojos el duque aun no tomando parte activa en ellos, porque creía deber tan sólo dejar hacer, para después ocupar el primer puesto en el nuevo gobierno.»

merosos ejércitos. Y no encontrando medio mejor para responder á esa opinión sin degradarse y después de discutir largamente en su seno los diversos pareceres; el del bailío Valdés, que aconsejaba la remoción de vocales por tandas, el de Jovellanos que opinó en un principio por el llamamiento de las Cortes, y el de Calvo que trabajaba por resistir de frente á los que pedían la Regencia, ambiciosos vergonzantes en su concepto, la Junta se decidió el 19 de septiembre por la formación de una comisión ejecutiva que entendiese en el despacho de todo lo relativo al gobierno, dejando á la Central en pleno resolver los grandes y más importantes asuntos de la política interior y exterior del país. Al mismo tiempo fijó para el 1.° de marzo la apertura de las Cortes, con lo que creyó satisfacer á los que deseaban más energía y expedición en la Administración y la guerra y á los que veían en un parlamento la salvación que era en vano esperar de un gobierno, ni monárquico ni republicano, débil en todos conceptos por su interinidad y por su composición.

La Comisión ejecutiva y el llamamiento á Cortes.

Estos acuerdos arrancados, mejor que al conocimiento, al patriotismo y quizás al espíritu también de conservación de la Junta, no se hicieron oficialmente públicos hasta que la *Gaceta* del 4 de noviembre los insertó en sus columnas por medio de un *Manifiesto* del 3, dirigido con la mayor solemnidad á los españoles. Después de protestar contra la tiranía antigua, *inepta ya y decrépita*, y del despotismo francés pretendiendo imponerse con el aparato de las armas y el de sus victorias, la Central expone el estado de los ánimos en España, su decisión y su entusiasmo, el establecimiento de las juntas provinciales y el de la Central, y

la resolución, desde el principio de su gobierno, de convocar las Cortes, nombre, decía, «que para nosotros ha sido siempre el antemural de la libertad civil y el trono de la majestad nacional; pronunciado antes, continuaba, con misterio por los eruditos, con recelo por los políticos; con horror por los tiranos».

Y como para disculpar el olvido en que había dejado interés político tan transcendental, se añadía en el *Manifiesto:* «La Junta se había propuesto que su celebración (de Cortes) fuese en todo el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitían. Pero en el tiempo que ha mediado desde aquel anuncio, los sucesos públicos con su misma variedad han agitado los ánimos, y la divergencia de las opiniones sobre la organización del Gobierno, y restablecimiento de nuestras leyes fundamentales, ha vuelto á llamar sobre estos objetos la atención de la Junta, que se ha ocupado profundamente de ellos en estos últimos días».

Prosigue el *Manifiesto* discutiendo, como después lo hizo la Junta en su conocida *Exposición*, las condiciones de una Regencia, deficiente, en su sentir, para asegurar los votos de la nación en las circunstancias de orfandad y de lucha en que se hallaba; y aun cuando reconoce que *el poder se ejerce por pocas manos más bien que por muchas en los grandes estados*, esta creencia le sugiere tan sólo la idea de reconcentrar su autoridad en una sección, compuesta de seis individuos amovibles, *que intervenga y dirija aquellas gestiones del poder ejecutivo que exijen por su naturaleza celeridad, secreto y energía.* Aún revela aquel escrito la existencia de una opinión que, contraria á la Regencia, lo es, al tiempo mismo, al llamamiento de las Cortes si

hubieran de celebrarse según las formalidades antiguas, *como inoportunas* y *tal vez arriesgadas* y hasta *como inútiles;* pero, comprometida la Junta desde su primera proclama á verificarlo, desea cumplir su oferta, ya que, además, lo prescriben imperiosamente las circunstancias; resolviendo, en fin, que las Cortes sean convocadas en 1.° de enero de 1810, para empezar sus funciones, según ya hemos dicho, el mismo día de marzo siguiente (1).

Para cuando se publicaron estos acuerdos *resoluciones*, decía después Jovellanos, *de cuya prudencia no se desdeñarían los senados de Atenas y de Roma*, ya se había nombrado otra comisión que reglamentara los trabajos de la ejecutiva, y que, al formarse con Jovellanos, Valdés, Campo Sagrado, Castañeda y Gimonde, se suponía serían elegidos esos mismos ilustres vocales para constituir la que tantas esperanzas inspiraba. Pero los conjurados no cesaron de sus intrigas, y con ellas consiguieron fuese desaprobado el tal reglamento y que, á vueltas de manejos y hasta de violencias, se eligiera otra comisión y se resucitara la gran cuestión de la Regencia que, al calor de los que la formaron, volviera á sacarla á discusión el infatigable D. Francisco Palafox. A su corto talento correspondía una audacia que desfallecía pronto por la misma inseguridad y escasa fijeza de sus pensamientos, con lo que pareció retroceder del de la Regencia al observar el

Comisión para el reglamento de la ejecutiva.

Palafox y Romana.

(1) Es tan interesante el *Manifiesto* y revela por manera tan elocuente las encontradas opiniones de los Centrales en sus asambleas, que hemos creído deber completar su idea, para mejor conocimiento de ellas en nuestros lectores, trasladándolo íntegro al apéndice núm. 22.

mal efecto producido por sus pretensiones en la Central. Necesitaba quien le apoyara en ellas; y los conjurados hallaron, para prestarle ayuda, al marqués de la Romana, el que, acabado de llegar del ejército de Galicia y elegido para la segunda comisión de reglamento, en que parecía secundar el plan de la Junta, se puso inopinadamente á celebrar las ventajas de una Regencia, leyendo un papel semejante al de Palafox, con términos muy parecidos y exigencias mayores, si cabe, que las de su nuevo aliado. Como que, habiéndole hecho creer sus amigos que nadie se atrevería á disputarle el primer puesto en la Regencia por su propia fuerza y la que le daba el partido que se le suponía entre los ingleses, se consideraba con más que suficientes medios para aspirar hasta á la lugartenencia del reino. Pero el hombre que en su escrito de 14 de octubre se proponía demostrar que habían llegado los casos en que debía cambiarse la forma de gobierno, el de dudar la Nación de la legitimidad del actual, el de haber éste perdido su autoridad ó el de ser contrario á la Constitución, y que la misma comisión que se discutía era tan ilegítima como las juntas provinciales y la Central, aceptaba el primer puesto en aquella con Riquelme, D. Francisco Caro, Jócano, García de la Torre y el marqués de Villel (1).

---

(1) A pesar de la ojeriza que siempre le muestra Toreno, se satisface en esta ocasión con llamarle irreflexivo, *tan pronto indolente, tan pronto atropellado.* Si Toreno se acordaba de la conducta de Romana en Oviedo, no la había éste echado en olvido al leer su representación en la Central para demostrarla su adhesión á pesar de no reconocer su legitimidad. «¡Asturias!, decía, ¿No viste levantado el poderoso brazo que con tan vivas instancias y ruegos buscaste, y descargar el golpe de su potestad contra una junta, que después de haber reconocido la

Estos nombramientos facilitaron la obra de la comisión elegida para los trabajos preparatorios de las Cortes que no poco entorpecía la presencia en ella de los señores Riquelme y Caro, llevados luego á la ejecutiva y substituídos por Garay, que había dimitido la secretaría de la Central, y el conde de Ayamans, partidario celoso, como Garay, de las nuevas ideas políticas cuya práctica parecía quererse emprender. Pero la mayor ventaja resultó del destino de Romana, comprometiéndolo á probar las amarguras de la responsabilidad de la gestión gubernamental en país tan perturbado, y eso después de haber tan rudamente com-

soberanía de la Central y estar recibiendo de ella auxilios que faltaban á mis fatigados y desnudos soldados, se trataba como monarca, mandaba como déspota, quería ser obedecida como Buenaparte en los países que domina, y había llegado á desobedecer la misma voluntad expresa de nuestro rey el señor D. Fernando VII? Un manifiesto documentado hará ver prontamente estas verdades. Y, sin embargo, V. M. ha premiado una desobediencia tan escandalosa, y cuyos progresos impedí con excesiva moderación; y de sus resultas he sido separado disimuladamente del mando para honrar con más distinción unos criminales españoles».

¿No estará en esto último la explicación del proceder de Romana en la Junta central?

Schépeler va más lejos que Toreno y achaca á Romana que en el mismo día en que clamaba contra el nepotismo reinante, procuraba á su hermano menor, capitán, un regimiento de caballería. De algo y más grave le acusa todavía el historiador alemán, tan conocedor de nuestras cosas, desde la época, sobre todo, en que, siendo ministro plenipotenciario de Prusia, pudo procurarse todo género de datos en Madrid. Acusa á Romana de haber enviado su famoso escrito á Valencia, donde su hermano José, que allí mandaba, lo hizo reimprimir para remitirlo á todas las provincias con una segunda parte, proponiendo depositar en las manos de Romana la corona de España, parte que Canga Argüelles hizo suprimir en la confianza de que Caro firmaría la circular sin revisarla. Algo después, costaba á Canga aquel rasgo de astucia patriótica el destierro á Ibiza, en compañía de sus colegas en la junta Cros y Bertrán de Lis. La opinión atribuyó estos manejos á la Inglaterra por medio de Doyle y Tuper; éste, cónsul entonces en Valencia.

batido tal institución, golpe, si intencionado en la Junta, tan hábil como transcendental (1).

No tuvo Romana, sin embargo, motivos para quejarse de las intenciones de la Central, porque nadie como él influyó en el despacho de los asuntos encomendados á la comisión. Ella tan sólo entendió y directamente en todas las materias de gobierno, salvo en el nombramiento de algunos altos empleos que se reservó la Junta Central en pleno. Como el único militar en la Comisión, él era quien decidía en cuantos asuntos se presentaban referentes á la guerra, los más importantes naturalmente en las difíciles circunstancias que atravesaba la nación. Removido de la Comisión, que se renovaba á la suerte en plazos señalados al constituirse, el Marqués continuó asistiendo á las sesiones, en las que siempre fué respetada su opinión; y, aun disuelta la sección de guerra, su dictamen en las discusiones de la Junta militar, establecida desde antes por el Gobierno, era atendido hasta hacerse decisivo entre los generales que la componían; tan fundado se consideraba, como de hombre cuya ilustración y cuya experiencia eran tenidas en la mayor estima.

No podía, pues, atribuirse á intención malevóla alguna por parte de los centrales el nombramiento de Romana para la Comisión ejecutiva, puesto que tanto

(1) Jovellanos decía en su Memoria: «Desechada la proposición del Marqués, se procedió al nombramiento de los miembros, que debian componer la *comisión ejecutiva*, y él fué el primero que se nombró para ella; sin duda porque la junta quiso probar su zelo y capacidad en el remedio de los males, de que tan altamente se quejaba, y acreditar al público que sacrificaba sus resentimientos al ardiente deseo de remediarlos».



influjo se le consentía en ella. La que únicamente puede suponerse es la de hacer comprender al Marqués las dificultades del gobierno de la nación y la responsabilidad y las amarguras que siempre le acompañan. Porque, aun sin retroceder en sus aspiraciones á la Regencia, hubo Romana de chocar con el otro pretendiente, su amigo Palafox que, no conforme con las mutaciones que se verificaban, proseguía en las conatos de violencia sobre la Junta, que le valieron su prisión en la Cartuja, mientras Montijo, su camarada de conspiraciones, era trasladado de Valverde, donde le tenían sus fechorías de Extremadura, á la inquisición de Sevilla. Ni ese rasgo de energía que, cual sucede siempre, fué atribuido á la ambición de Romana y al empeño de quitarse rivales de enmedio para mejor satisfacerla, ni el arresto de varias otras personas de calidad, acusadas de secundarlos en sus planes liberticidas, ni la ejecución de algunos oficiales tenidos por Josefinos, dió autoridad á la Comisión ejecutiva. En cambio las derrotas sufridas por nuestros ejércitos en 19 y 28 de noviembre hundieron á la Comisión y á la misma Junta Central, de que era aquélla parte, en el mayor descrédito, resultando el menos disculpado Romana, de quien se esperaban mayor actividad y superior acierto, ya que de sus colegas nadie tenía gran concepto; «no formando, dice el primero de nuestros historiadores de aquella guerra, parte de la Comisión ninguno de los pocos Centrales, á quienes se consideraba por su saber como más aptos, ó como más notables por los bríos de su condición.

Aún vino á añadir combustible al incendio de las pasiones políticas en la Junta una proposición, asaz Libertad de imprenta.

imprudente en tales circunstancias, del central D. Lorenzo Calvo, incansable en la tarea de provocar conflictos, á los que tanto le estimulaban su carácter impetuoso y su afición á las reformas. Esa proposición se refería á la libertad de Imprenta que solicitaba su autor, hemos dicho que imprudente en el estado de flaqueza á que se veía reducida la Junta en la opinión pública, y cuando menos prematura, puesto que se convocaban las Cortes, en cuya jurisdición entraba de lleno asunto tan transcendental en la Política, la Guerra y la Administración. Existían ya muchos periódicos en España y no temían ciertamente abordar en sus columnas las cuestiones más arduas, varias de las que se discutían en la misma Junta y aun con carácter de reservadas; y veían la luz pública todos los días folletos y libros, donde no sólo se exponían ideas políticas, las más avanzadas ó de un retroceso ya imposible, sino que se censuraban ágriamente las de los más conspicuos centrales y la conducta militar, política y administrativa de la corporación toda, encarnación viva del espíritu ya conservador, ya revolucionario ó extraviado, de las provinciales de que se había formado. «El Semanario Patriótico», que había comenzado su publicación en Madrid y la reanudó en Sevilla, «El Expectador Sevillano», «El Semanario político, histórico y literario de la Coruña», y muchos otros, que, unos con carácter oficial de las Juntas y otros con el de noticieros de la guerra, tomaban parte en todas las polémicas políticas y sociales que forzosamente habrían de provocar lo pérfido de la invasión francesa, la debilidad de algunas autoridades y el esfuerzo heróico de los pueblos para resistirlas con fortuna, publicaciones no pocas, contra-

puestas en sus ideas y conducta á «El Voto de la Nación Española», *inventado* por la Junta Central, con el objeto de dirigir la opinión en su favor sobre cuanto se relacionara con la convocatoria á Cortes, ¿no están elocuentemente demostrando la libertad é independencia con que escribían sus redactores? (1). Pues no se trate de los opúsculos que entonces vieron la luz en España, porque son innumerables y están escritos, no sólo con el objeto de defender la resistencia patriótica, con tantos bríos emprendida y con sucesos tan prósperos comenzada, sino para zaherir cruelmente á todo el que, autoridad ó particular, no mostrara con palabras y hechos propósitos de perseverar en tan extraordinaria

---

(1) Dice la junta en su exposición á las Cortes: «Admitimos cuanto se quiso escribir sobre este asunto: nos valimos de nuestras relaciones en las provincias para combatir las opiniones que les eran contrarias, y quando se procuró alarmar para que no se verificaran (las Córtes). No está escrito, señor; pero nosotros juramos ante V. M. por nuestra conciencia y honor, se hizo acuerdo para que cada uno escribiese á las personas de su mayor intimidad de las juntas para que combatiesen tan temeraria opinión, y además inventamos el *Voto de la Nación*, cuyo objeto fué solo dirigir la opinión pública en favor de esta medida y medios de realizarla con provecho».

Y Jovellanos añade: «La España entonces se inundó de escritos patrióticos: nunca tanto sudaron sus prensas: periódicos, memorias, proyectos de guerra, de economía y de política, declamaciones, canciones, himnos, sátiras, invectivas, todo se dirigía al sagrado objeto de la gloria y libertad nacional. Y aunque á estas producciones pasageras aplicaba la crítica lo que siempre dijo de otras: *sunt bona, sunt mala quædam, sunt mediocria multa*, sin embargo, consideradas á la luz de su alto y digno fin, eran un ilustre testimonio del ardiente amor de la libertad, que viviera mal reprimido en los corazones españoles».

Se necesitan todo el mérito de Jovellanos, cuantas virtudes desplegó y cuantos sacrificios hizo en aras de la patria, para que esos corazones respeten la memoria de un hombre que con tal mansedumbre y benevolencia y resignación dulce y cristiana los elogia en la situación á que ¡ingratos! le habían reducido.



empresa. Ni podía ser otra cosa, porque allí donde los sublimes delirios de nuestros compatriotas los llevaban á excesos como los referidos en esta historia y en todas las de aquella descomunal contienda, arrastrando por el suelo generales y magistrados, próceres y plebeyos, ¿cómo lograr que la prensa se encerrara en los límites de leyes que ya nadie quería respetar, aspirando por el contrario, á variarlas radicalmente? (1)

Es verdad que á propuesta de Floridablanca había la Central dictado en los primeros días de su formación un decreto, encargando al Consejo la observancia de las leyes del reino relativas á la libertad de escribir; decreto, más que por su fondo, depresivo por los conceptos de su preámbulo. Pero la Junta, muerto el antiguo ministro siempre asustado con las exageraciones á que había visto entregarse la prensa revolucionaria de Francia, no sólo se mostró ciega y sorda para con las expansiones que por todas partes, en la capital como en las provincias, se veían rebosar de periódicos y folletos alusivos á las circunstancias, sino que, cual ya hemos indicado, llegó con sus decretos de 22 de mayo y 15 de junio á aprobarlas y apoyarlas. Y si las primeras prescripciones aconsejadas por Floridablanca habían irritado los ánimos, especialmente de los que consideraban como necesario y urgente el abrir los ojos á las muchedumbres sobre los proyectos del invasor y las debilidades ó torpezas de los gobernantes llamados á rechazarlo, las dictadas en Sevilla, que acaba-

(1) ¡Qué tal serían algunos de los escritos que se publicaron que el juez nombrado por la Junta para vigilar la prensa, que lo era el central D. Miguel de Lardizábal, tuvo que prohibir su reimpresión!



mos de apuntar, debían haberlos calmado, mucho más al observar y probar por sí mismos los más dados á hacer públicos sus pensamientos que no eran perseguidos por ello y, todo lo contrario, alentados dentro de ciertos límites que, ni aun así, respetaron todos, como debían para no comprometer los intereses de un Gobierno que, sabio ó no, era preciso hacer, más que nunca, entonces respetable.

La proposición de Calvo era, pues, además de imprudente, extemporánea y provocadora de conflictos que podrían llegar á hacerse gravísimos. Por el pronto la Junta la remitió al Consejo, en el que no halló acogida favorable, á pesar del dictamen del fiscal y del voto de Don José Pablo Valiente; y, de allí, ya en diciembre y pasando por tantas comisiones como se habían organizado con distintos fines, la de Cortes, la de de Instrucción pública y aun alguna otra menos renombrada, volvió á la Central para ser uno de tantos proyectos como dejó sin resolución aquel cuerpo al disolverse.

Trabajos de la Comisión de Cortes.

La Comisión de Cortes estuvo más eficaz en el trabajo que se le había encomendado, sobresaliendo en él por su celo y actividad los señores Garay y Abella. La forma que habría de darse á la representación nacional y la de su llamamiento estaban muy estudiadas en la época á que nos vamos refiriendo. Se había acordado que fueran dos las cámaras; una, electiva y la otra nombrada por el Gobierno de entre el clero y la nobleza. Las convocatorias, sin embargo, no se hicieron entonces, 1.° de enero de 1810, sino para la primera, en cuyas elecciones se adoptó un amplio temperamento y una igualdad perfecta para todas las pro-



vincias de España; los nombramientos para la segunda, la de los privilegiados, que es como se la quiso llamar, se dejaron para más adelante, ya que habría tiempo suficiente de hacerlos ínterin se verificaban las elecciones, que siempre habrían de tener procedimientos más lentos; tan lentos que, como luego veremos, no habría la Central de verlos terminados (1).

Resultado: que las discusiones de la Junta y la perturbación introducida en su seno por las intrigas políticas de unos y la codicia de mando de otros, iban haciendo cada día más y más precario su mantenimiento en el poder, mejor dicho, al frente de la nación que representaba. Y no era que, reconociendo cuánto la debilitaban sus discordias en la opinión pública, dejara de trabajar por conservarla de su parte: no pasaba día, puede decirse, sin que salieran á luz providencias que justificasen su anhelo por las mejoras que pudieran exigir los mil servicios reencomendados á su celo. Claro es que, siendo preferente el de la guerra, á él encaminaba la Central con todo ahinco sus cuidados, principalmente en lo que más importara á la manutención y armamento de las tropas que la hacían. Así, al tiem-

Providencias de la Central.

---

(1) A este propósito dice Jovellanos: «No fué posible expedir al mismo tiempo las convocatorias á los privilegiados, como se había pensado. La *Comisión*, deseosa de seguir, en cuanto fuera posible, las formas antiguas, había resuelto, que los privilegiados fuesen convocados, como antes lo eran, por oficios individuales, y buscado á este fin por todas partes, y señaladamente en la secretaría de Estado, las plantillas de estos oficios, que debían acomodarse á sus diferentes dignidades, particularmente en el brazo eclesiástico. No se había podido tampoco completar las listas de nombres y títulos de los grandes y prelados; y la expedición de tantos y tan diferentes oficios era incompatible con la operación simultánea de la convocatoria general.»

po que estimulaba con sus providencias á la inmigración en los pueblos libres de la dominación francesa á los jóvenes capaces de llevar las armas, á los empleados fugitivos del servicio del intruso y á toda clase de obreros, sobre todo maestros y oficiales de algún arte ó industria, proporcionándoles ventajas de varia índole, y declaraba libres de derechos la importación de cereales y la exportación de su valor en metálico, y exentos de la contribución de bagajes á los dueños de carros y acémilas dedicados á la labranza en los meses de noviembre y diciembre, hacía traer de Inglaterra fusiles, aunque pocos, lanzas ó chuzos y hasta puñales, ya que tanto, como eso representa, escaseaban las verdaderas armas de guerra en aquella poderosa nación (1).

No se ocultaba, sin embargo, á la Central la poca eficacia de esas medidas, por beneficiosas que fueran, para lucha tan excepcional como la que España sostenía, ni que la dignidad y firmeza que demostrara negándose á entrar en relaciones con el Gobierno usurpador, declarando la guerra á Dinamarca por la fea conducta con nosotros observada y apostrofando ruda-

---

(1) En un discurso leído el 19 de abril de 1887 en el Ateneo de Madrid sobre la «Cooperación de los ingleses en la guerra de la Independencia», decíamos: «En cuanto á lo del material de guerra y equipos facilitados por los ingleses, yo os podría dar razón desde el número de los cañones, que ninguna falta hacían en esta tierra clásica del hierro y el bronce, hasta el de las suelas de zapatos que nos fueron enviadas, fatigando así vuestra benévola atención. Pero, con deciros que entre las armas vinieron miles de chuzos, comprenderéis que la Inglaterra no las tenía de fuego en cantidad suficiente para las necesidades de aquella guerra.»

¿Cómo, con efecto, habrían sus fábricas de dar abasto á los ejércitos de toda la Europa que consumían muchas más armas que las que pudieran proporcionarles sus parques para reponer las pérdidas en tanto y tanto revés como sufrían?

mente al Austria por la paz de Viena que dejaba á España sola á las manos con Napoleón, más potente así y glorioso; no se le ocultaba, repetimos, que, aun con todo eso, perdía en la opinión fuerzas que sus disensiones interiores y la nunca interrumpida conspiración, contra ella tramada, no habrían de reponer, sino, por el contrario, disminuir hasta destruirlas por completo. Hizo, con todo, un esfuerzo para reponerse un poco antes que la nueva desgracia, que ya preveía, de la invasión de los franceses en las provincias andaluzas viniese á acabar con el poco prestigio que aún pudiera quedarle y hasta con su existencia. Y con motivo de renovar las protestas hechas al saberse la celebración de la paz de Viena que amenazaba traer á España, como su más inmediata consecuencia, el peligro de los grandes ejércitos de que iba á disponer la Francia sin temor ya á otra coalición como la que acababa de vencer en Wagram y Walcheren, la Junta Central, que había anatematizado aquel convenio el 21 de noviembre, lanzó á la publicidad un nuevo *Manifiesto*, el que lleva la fecha del 20 de diciembre de 1809, canto de cisne, ya que fué el postrero de su administración y gobierno.

Manifiesto de 20 de diciembre.

«¡Ceder! decía el de 29 de noviembre en un apóstrofe que, por su exageración, revela las preocupaciones que había producido en los centrales la paz de Austria. ¿Saben bien esos sofistas lo que aconsejan al pueblo más pundonoroso de la tierra? Mengua fuera sin ejemplo en los anales de nuestra historia, que después de tan admirables esfuerzos y de sucesos tan increibles, cayésemos á los pies del esclavo coronado que Bonaparte nos envía por rey. ¿Y para qué? Para que desde el seno de sus festines impíos, de entre los rufianes viles

que le adulan y de las inmundas prostitutas que le acompañan, señale con el dedo los templos que se han de abrasar, las heredades que han de repartirse entre sus odiosos satélites, las vírgenes y matronas que han de llevarse á su serrallo, los jóvenes que se han de enviar en tributo al minotauro francés. No ha nacido, no, para mandarnos este hombre impotente y nulo, que se dexa apellidar filósofo, y consiente que á su nombre y á su vista se cometan tan inauditas atrocidades; que pretende sin pudor, á costa de la sangre de hombres que le desprecian, dominar sobre pueblos que unánimemente le detestan.»

Y como si contestara á tan pavoroso resumen de las calamidades que hacía la Junta esperar de someterse España á la soberanía de José Napoleón, y como para inspirar confianza en sus providencias, decía en ese mismo Manifiesto: «Las medidas tomadas hasta ahora son las siguientes que se recapitulan aquí, aun cuando algunas ya están publicadas para noticia y conocimiento de la nación, ínterin se acaban de expedir todas en la forma conveniente para su execución debida. La Junta suprema ha resuelto: Que se lleve á efecto con la exactitud y prontitud debida lo mandado en 4 de abril, sobre que se recojan y se envíen á la casa de moneda de Sevilla todas las alhajas y plata de las iglesias que no sean necesarias para el culto: Que se abra un préstamo forzoso de la mitad del oro y plata labrada que tengan los particulares: Que se imponga una contribución extraordinaria sobre todas las clases del Estado: Que se supriman todos los empleos inútiles conforme fuesen vacando: Que se abra un empréstito de 6 millones de duros en España y otro de 40 en

América: Que se imponga una contribución sobre coches y demás carruajes de conveniencia: Que se aumenten nuestros exércitos con cien mil hombres más: Que se fabriquen cien mil lanzas y cien mil puñales para repartirlos en las provincias á proporción de que su uso sea más provechoso: Que se reconozcan prolixamente por ingenieros hábiles los puntos de la sierra desde Santa Olalla, hasta dexar cubierto el reyno de Granada: Que se llenen todos los quadros de los cuerpos del exército con los oficiales competentes: Que además de las medidas que con extraordinaria actividad se están por otra parte tomando para reemplazar las armas y efectos de los exércitos, las Juntas superiores, por los medios que estimen más convenientes, hagan recoger los fusiles que tengan los paisanos: Que tres señores vocales pasen (como ya lo han verificado) al exército de la Mancha con amplias facultades para remediar la desgracia de Ocaña y precaver otras iguales en lo futuro.»

«¡Puedan estas medidas, añadía para concluir la Junta, con otras no menos enérgicas que el Gobierno medita, contribuir á la confianza de los españoles y á la salvación de la patria!

Todo inútil, protestas, esfuerzos y habilidades para, manteniendo vivo el fuego del patriotismo y halagando las esperanzas, nunca amortiguadas, en los españoles, acallar sus quejas y reconquistar la confianza que habían depositado en la Junta al tiempo de su creación. El huracán de la guerra vendría á concluir la obra de los descontentos y de los ambiciosos echando por tierra una institución contra la que parecían conspirar todos los elementos que desarrollan preferentemente su acción en las grandes crisis de las naciones.

Pronto veremos cómo la invasión de los ejércitos franceses en Andalucía y las intrigas de los mismos que con más tesón debían sostener á la Junta Central, la combatieron hasta disolverla, persiguiendo á sus más distinguidos miembros con el más cruel é indigno encarnizamiento.

¿Qué hacía á su vez, el Gobierno de Madrid?

El Gobierno del Intruso.

Comprendía el rey José que la guerra sería la que le diese resueltos los problemas todos planteados en tan extraordinario conflicto, el de su soberanía inmediata y los de su política y administración futuras.

Ya dijimos cuán difícil se había hecho la posición del Intruso, careciendo de cuantos elementos pudieran dar fuerza á su autoridad, así para con los españoles como para los súbditos de Napoleón, sus auxiliares; mejor dicho, los únicos mantenedores de su causa (1). Y no era que olvidase medio alguno con que hacerse querer y respetar, porque precisamente se distinguió por un celo para la gobernación del Estado que, si resultó ineficaz, fué porque la resistencia opuesta á su mando por nuestros compatriotas se hizo invencible, y porque cuantas circunstancias hubo de superar, eran tan extraordinarias, así para él como para su hermano, que, á su vez, se hicieron superiores al buen deseo del uno y al poder y al genio militar y político del otro.

Poco tenía José que trabajar en la consolidación de los principios políticos establecidos en la constitución de Bayona. Para formularlos y defenderlos, establecía aquel código, arrancado á la fuerza y en país extranjero, dos asambleas, las que con tanto empeño

(1) Tomo V, capítulo I de esta obra.

había desechado la revolución francesa, de que se tenía por representante, el más genuino, la dinastía imperial de los Bonaparte. Esas asambleas eran el Senado y las Cortes, estatuídas en el art. 5.° de la Constitución, con el Consejo de Estado y el Real que no tardaría en disolverse para dejar completamente independientes y expeditas las atribuciones del de Estado, de nueva creación. El Senado, romano en su manera de ser, compuesto de veinticuatro de las más altas dignidades del Estado, era, bajo la suprema autoridad del Rey, el árbitro de las garantías que la Constitución concedía á los ciudadanos, suspendiéndolas en cada caso según su criterio y las circunstancias, ya apelando, como el de la ciudad latina, al *Caveant consules,* que dejaba sin ejercicio el imperio de la ley, ya suprimiendo, aunque temporalmente también, la libertad individual y la de imprenta, garantizadas en épocas normales por dos Juntas especiales de Senadores, que debían renovarse por quintas partes cada seis meses. Las Cortes ó Juntas de la nación estaban formadas por estamentos del clero, la nobleza y el pueblo, y constituían otro Senado, puesto que el primer estamento se componía de veinticinco arzobispos ú obispos, el segundo de veinticinco nobles con el título de *Grandes de Cortes,* y el tercero de sesenta y dos diputados de España é Indias, unos de las ciudades principales de España, comerciantes y personas distinguidas de las universidades por su saber y ciencia, y los de Ultramar de los virreinatos que se designaban, elegidos por los ayuntamientos que señalaran los virreyes ó capitanes generales. Con decir que los obispos deberían ser elevados por cédula sellada con el gran sello del Estado, que los grandes de Córtes necesitaban

Cuerpos deliberantes y consultivos.

El Senado.

Las Cortes.

acreditar una renta de 20.000 duros, y que los diputados del pueblo serían designados por juntas de elección en las ciudades más importantes de la monarquía, creemos justificar el título de otro Senado que acabamos de dar á aquellas Cortes en proyecto. Bastaba que se reunieran una vez cada tres años, época en que se les presentaría el presupuesto por el Consejo de Estado, cuyos oradores lo defenderían, así como les ofrecerían á su deliberación los proyectos de ley sobre los códigos y demás asuntos, para tratarlos, de todos modos, en sesiones que jamás se harían públicas.

Pero ni el Senado ni las Cortes llegaron á constituirse; de modo que las garantías constitucionales quedaron reducidas á letra muerta para su práctica, y continuó el Gobierno de la nación, sujeto al solo criterio y á la sola autoridad del soberano (1).

El único cuerpo que obtuvo la sanción real fué el Consejo de Estado, ya que el Real, según ya hemos dicho, estaba disuelto, como poco más tarde, en 18 de agosto, lo fueron los de Guerra, Marina, Indias, Órdenes, Hacienda y las juntas de Comercio y Moneda, lo mismo que la suprema de Correos, cuya existencia se creía incompatible con el establecimiento de aquel alto cuerpo instituído por la Constitución, donde habrían, dice el Decreto, *de examinarse los planes generales y*

---

(1) Se expidió un decreto, el 10 de febrero de 1809, para que ningún ministro pudiera dictar órdenes en nombre del Rey; diciéndose en el preámbulo que se hacía «para que de esta manera todas las determinaciones que deben interesar la prosperidad de los pueblos, partan de un modo expreso y auténtico de nuestra voluntad inmediata y directa».

¡Buenas trazas son éstas de establecer un Gobierno representativo!



particulares que interesan á la mejor administración de estos reinos.

El Consejo de Estado.

El Consejo de Estado celebró el 3 de mayo de aquel año de 1809 la apertura de sus sesiones, presidido por José en persona, que pronunció un discurso verdaderamente apropiado á las circunstancias en que, viéndose como imposibles la convocatoria y reunión de los cuerpos señalados en el Código fundamental constitutivo, se hacía indispensable poner de manifiesto al país las aspiraciones del soberano y el pensamiento de los que había elegido para trabajar por su tranquilidad y bienestar. No vamos ni á extractar siquiera las contestaciones que obtuvo el flamante monarca de España de sus consejeros de Estado, de los que él decía haber buscado en el primer grado de todas las clases de la sociedad, destinándolos á componer una parte del Senado constitucional por su espíritu ilustrado, superior á los antiguos hábitos, y la opinión pública de que gozaban. El más moderado de sus discursos nos produciría, al consignarlo aquí, rubor, primero, como españoles, y con él fiera indignación y protestas patrióticas que dejarían mal puesto el honor de los que así se humillaban á los pies de un extranjero traido con artes y con fuerza que España no debía esperar, ni llamado ni recibido resignadamente por la nación. Queden sus nombres, escarnecidos justamente entonces, envueltos ahora en nieblas, no poco densas, de esta historia, en que lo menos que procura su autor es renovar el espectáculo de las discordias que siempre han afligido á la patria y enrojecer aún más las vergüenzas pasadas que los eruditos lleguen á descubrir y anatematizar de nuevo en sus investigaciones históricas.

Quedó, pues, sólo aquel cuerpo como consultivo de la corona, sin más autoridad que la que podían prestarle las iniciativas de un Gobierno que, reflejo del imperante en Francia, de todo tendría menos de constitucional, en el sentido, en que hoy se entiende, de libertad política, personal y colectiva. No hay más que acudir al estudio de la «Gaceta de Madrid» de aquellos tiempos y al «Prontuario de las leyes y decretos» del rey José, para que no quede duda alguna de que, á pesar de las tan cacareadas franquicias ofrecidas al pueblo español, se le sometía á un sistema de gobierno altamente despótico, si ilustrado en ocasiones para los ahora llamados espíritus fuertes, tiránico hasta hacerse excesivamente cruel para los que aspiraban á la independencia de la patria y á la tranquilidad de sus conciencias.

Persecución al clero.

Lo que más brilla en la colección de esos decretos, á que se pretendía dar el carácter de leyes, es una persecución sistemática, insistente é incansable, al clero, al regular, sobre todo, que aparecía como el más dispuesto á mantener, hasta con las armas, los fueros de la nación. Nos bastaría recordar lo que en ese punto hizo el Intruso en la provincia de Burgos para dar á conocer el ensañamiento con que procedió contra el clero regular y sus asilos, aun aquellos que constituían monumentos célebres por sus tesoros arquitectónicos é históricos.

El famoso monasterio de las Huelgas, por tantos títulos venerando, enterramiento de su fundador el rey Alfonso de las Navas, fué el primero en salir á pública subasta con todas sus pertenencias, el edificio mismo con su iglesia, claustros y demás habitaciones y ofici-

nas, sus huertas y cuantas casas y rentas poseía en la provincia. Seguíanle en la venta el monasterio de San Juan, del mismo modo, el convento de San Luis y los de San Pablo, Santa Dorotea, San Cristóbal de Ibeas, y, entre otros varios de fuera de la ciudad, el de San Pedro de Cardeña, en que yacían tanto soberano y conde de aquella tierra clásica, junto á los héroes más famosos y, con ellos, el Cid Campeador, el incomparable castellano primer conquistador de Valencia (1).

Lo que en Burgos, sucedió en otras provincias sujetas á la dominación francesa, en Madrid, particularmente, y Alava, allí donde consideraba el Intruso que

(1) Gran polvareda armó en 1882 la conducción á España de algunos restos del cuerpo del Cid, que se decía conservarse en Sigmaringen, llevados por el príncipe de Salm-Dyck al regresar en 1808 de una misión que, con otros, le fué confiada por el Senado francés para felicitar á Napoleón por su victoria de Burgos. Al formarse por D. Francisco M. Tubino, académico después de la de Bellas Artes de San Fernando, el expediente de la devolución de esos restos á España, se quiso lo autorizara también el que esta historia escribe; pero no creyendo que con los huesos del Cid estuvieran los de Jimena, su mujer, enterrada en Aragón, y por lo que había leído en la obra del obispo Sandoval; dudando que aun los llevados á Alemania perteneciesen al célebre Castellano, ya que al recogerlos el príncipe de Salm-Dyck, andaban dispersos por la iglesia, revueltos con los extraídos de los demás sepulcros por los soldados franceses que buscaban, mejor que huesos, las armas y las joyas enterradas con ellos, se negó á firmar un acta que podía comprometer el decoro literario de la Academia de la Historia y, sobre todo, el del rey Alfonso, que parecía haber tomado la iniciativa para la recuperación de los huesos, garantizada la legítima procedencia de ellos por personas en cuyo conocimiento y discreción depositaba su confianza. Otro firmó, sin embargo, con los demás, y el autor de este libro sólo obtuvo de sus conferencias en descargo de su negativa el que no se volviera á tratar de los huesos de Jimena, como puede observarse en los discursos, escritos y actas que se consignaron al recibirse en Palacio la caja que contenía aquellos restos y al entregarse al Ayuntamiento de Burgos, que no se ha vuelto por cierto á acordar de que prometió al rey un monumento al Cid y un libro sobre tan feliz hallazgo.

podrían las ventas producirle más recursos para el sostenimiento de las cargas de su Gobierno y la prosecución de la guerra.

Se quiso dulcificar estas providencias mandando se trasladasen á la metropolitana de Burgos particularmente y, en general, á las iglesias principales los cuerpos y monumentos de las suprimidas ó vendidas, y señalando pensiones, aunque mezquinas y mal pagadas, á los exclaustrados forzosa ó voluntariamente; pero al fin, y observando el efecto que tales medidas hacían, se expidió el real decreto de 18 de agosto de 1809, en cuyo art. 1.º se decía: «Todas las Ordenes Regulares, Monacales, Mendicantes y Clericales existentes en los dominios de España, quedan suprimidas; y los individuos de ellas, en el término de quinces días, contados desde el de la publicación del presente decreto, deberán salir de sus conventos y claustros y vestir hábitos clericales seculares». Todo esto y así se consignaba en el preámbulo, porque, á pesar de los miramientos que se había tenido con ellos, los frailes *tomaban parte en las turbulencias y discordias que afligen actualmente á la España.*

Supresión de todas las órdenes regulares.

¡Qué mejor prueba del influjo que ejerció el clero, el regular principalmente, en la opinión del pueblo español para rechazar la invasión extranjera, vengando así las artes y las violencias ejercidas á fin de sacarla vencedora!

No fueron menos enérgicas las providencias tomadas contra las personas del clero regular que las referentes á sus asilos, vejatorias hasta producir en los exclaustrados, en muchos, de todos modos, la resolución de tomar parte en la lucha armada con los sublevados

sus vecinos y arrendatarios. Prohibíaseles confesar y predicar, y se les hacía responsables de los desmanes cometidos contra cualquier francés en las circunscripciones de sus conventos; se les privaba del fuero de la jurisdicción eclesiástica, devuelta á los magistrados seculares; y á las religiosas, hasta se las impedía tener educandas en sus monasterios, pensándose en el establecimiento por el Estado de casas de educación, que, naturalmente, habrían de repugnar por considerarse escuelas de los principios, aún reinantes en Francia, de su impía revolución.

De las órdenes militares.

Y la guerra declarada al clero se hizo extensiva á la nobleza de España, negando la validez y los honores de sus títulos á los que no los solicitasen del Intruso, quien los revalidaría ó no según las condiciones de sus poseedores; esto es, según le rindieran ó no pleito homenaje (1). Las órdenes militares fueron también suprimidas, incluso las Lenguas de la de San Juan de Jerusalén de Malta, pasando sus bienes á la nuevamente creada, la Orden Real de España, excepto las pensiones de las encomiendas que se respetarían en los que las mereciesen en concepto del nuevo gobierno.

(1) Decía el preámbulo del decreto del 18 de agosto: «Al paso que muchos de los principales ricos-hombres y títulos del reino han agraviado la confianza personal que hicimos de ellos y la fe que tan solemnemente nos juraron; el mayor número de ambas clases, arrastrado por una opinión que hubiera debido dirigir, ha desconocido bastante su verdadero interés para preferir la anarquía, y no habiendo aprovechado el largo plazo que nuestra longanimidad ha ofrecido á su desengaño y arrepentimiento... etc. etc.»

También se acusó de falta de patriotismo á la nobleza en el campo de la lealtad. Para defenderla, se publicó en Cádiz el año de 1811 un folleto, con el título de «España vindicada, en sus clases y autoridades de las falsas opiniones que se la atribuían»; y sin firma ni iniciales siquiera de su autor, lo que le-



De mejor efecto parecían deber ser otras medidas económicas tomadas por el Intruso sin el carácter de imposición depresiva que afectaban las anteriormente recordadas. Los decretos de 9 de junio de 1809, sobre el pago de la deuda pública, el establecimiento de la comisión de liquidación y la creación de las cédulas hipotecarias en cambio de los créditos liquidados y reconocidos, acompañados del de la desamortización y venta de los bienes nacionales, tendían á fundar un estado económico que sacase al Erario de los apuros y, sobre todo, del descrédico en que lo tenían el origen y los procedimientos que era muy difícil fueran respetados en España. Así es que, aun conformes algunas de aquellas providencias con las dictadas después por las Cortes de Cádiz, la abolición, por ejemplo, del tributo llamado del *Voto de Santiago* y la de la Inquisición, y otras inspiradas por la opinión liberal que se iba, aunque paulatinamente, abriendo paso por entre las antiguas, sancionadas por el tiempo y las costumbres, eran recibidas con la repugnancia de toda ley apoyada tan sólo por la fuerza y ésa de un enemigo extranjero y, como tal, aborrecido.

Medidas económicas.

---

quita autoridad, si bien no dejan de dársela algunos de sus datos y razonamientos.

La Gaceta francesa de Madrid defiende, sin quererlo, mucho mejor á la nobleza. En un artículo de redacción de la del 24 de agosto, dice así: «El mayor número de los ricos-hombres y títulos del reino, olvidados de sus obligaciones más sagradas y de los exemplos que les dexaron sus mayores, se han dexado arrastrar del frenesí que había trastornado las cabezas del vulgo; y en lugar de ilustrar á éste sobre sus verdaderos intereses, de desengañarle de las opiniones y errores de que estaba imbuído, no han cesado, por el contrario, de exsaltarle cada vez más, de pervertirle y extraviarle hasta poner á toda la nación al borde de su ruina y precipicio».

Es innegable que José Napoleón trataba de consolidar su trono con elementos propios y del país que se creía llamado á gobernar (1). Desconfiaba, sin embargo, de conseguirlo, tal y tan desconsolador para él era el espectáculo que le ofrecía España, muy distinto, pero inmensamente distinto, del que con su dulzura característica y su talento no vulgar, había sabido desvanecer en Nápoles. Desconfiaba á tal punto del éxito de su laboriosísima tarea que, confundido á la vez por

Desconfianzas de José.

(1) ..... Decía á propósito de eso un afrancesado, en cartas cuyo autor llegó á descubrir el de la presente historia: «Una de las dos cosas que diré (sobre José Napoleón), es que extranjero y sin haber pisado jamás el suelo español, sin conocimientos ni conexiones anteriores en España, venía sin traher á su lado ni Adrianos, ni Chievres, ni Crois, ni Orris, ni Grimaldis, ni Esquilaces, y cercábase para que le ayudasen en el gobierno de Españoles.....»

¿Para qué quería más que á Napoleón, su Mentor y, más aún, su tirano que nunca permitiría al lado suyo quien le aconsejara y menos le gobernase?

Al Sr. D. Luis Marcelino de Pereira se conoce que le parecía mejor su nuevo amo y señor que el emperador Carlos y que Felipe V.

Otro afrancesado, D. A. M. en un folleto que se publicó el año de 1820 en París: «Así, el Gobierno de Josef Napoleón, entre el tumultuoso estrépito de las armas, ¿qué espíritu no mostró, tanto en las providencias, urgentes, como en las que meditaba para lo porvenir? La Inquisición destruída, los conventos reformados, las jurisdicciones privilegiadas abolidas, la formación de un código civil y criminal, la industria libre como el comercio, todos estos objetos de utilidad pública, ó se empezaban ya á conseguir, ó se preparaban para la primera aurora de paz, esperada con impaciencia de las medidas que conducían á estos fines. Al oir á ciertas gentes hacer con ostentación alarde de profesar ideas liberales, y de aplicar con exclusión el título de defensores de ellas á los que siguieron el partido de la guerra, no se dixera sino que los del de la sumisión habían sido del tiempo de los Ostrogodos ó sectarios de Torquemada. ¿..... Pero qual es la diferencia entre las ideas políticas de los unos y de los otros? Ninguna, en quanto á los principios, y ni aun quizá en las aplicaciones.»

Pues entonces, decimos nosotros, ¿A qué buscar en el extranjero lo que puede obtenerse en casa?

Este D. A. M. ¿no sería el famoso Abate Melón?

los desdenes de su hermano el Emperador, en nada menos pensaba que en retirarse de la vida pública, acogiéndose al campo para terminar sus días rodeado de su familia y un corto número de las personas de su mayor afecto (1). Porque, después de no hacer más que seguir, mejor que las inspiraciones, las órdenes de Napoleón, se le mostraba éste tan hosco y retraído que ni siquiera le anunciaba sus victorias, mucho menos sus pensamientos para sacar el mejor fruto de ellas en favor de su hermano y de la paz y prosperidad de España (2). Y todavía, como si se quisiera burlar de José, le acusaba de no comunicarle cuanto ocurría en España, *á pesar de que con un ejército tan numeroso y excelente y con enemigos tan poco temibles á su frente era imposible no se adelantase más* (3). A esa carta que trajo el célebre Tascher, contestó José cuánto sentía que el Emperador creyese que se debía hacer mucho más, cuando desde los triunfos de Ocaña y Alba de Tormes se presentaba el ejército en cuantas partes se tenía por necesario, en Soria, Cuenca y Sierra Morena. Pero mostrábase, y ésto algo antes, el Intruso receloso de los rumores y cuentos que corrían por España res-

(1) Se lo decía á su mujer, la reina Julia, en noviembre de 1809.

(2) La escribía también: «No tengo conocimiento alguno de los artículos de la paz; ignoro hasta si se ocupan ó no de mí. El Emperador parece resentido conmigo de algunos meses á esta parte y no me escribe..... Si le conviene que me retire al rincón de una provincia con mi familia y un corto número de personas poco influyentes, le prometo vivir en él como si no hubiera conocido otra posición. No pareceré por París; los libros, los árboles me distraerán y mis hijos constituirán mis satisfacción.»

(3) Despacho de Napoleón á José desde Fontainebleau el 11 de noviembre.

pecto á su suerte y la de nuestro país á consecuencia de la paz con Austria (1).

Por absurdas que fueran esas voces, no dejaban de alarmar á José Napoleón, así porque todo se le hacía creible en la fantasía oriental de su hermano, nuevo Alejandro sin conocer freno alguno á sus ambiciosas miras, como por el efecto que hacían en España, arrebatándole todo genero de autoridad y hasta de respeto entre sus súbditos. Mas no por eso dejó de poner de su parte el celo que le inspiraban el servicio del Emperador y sus propios intereses para la, en su concepto, mejor administración de su nuevo reino. Y no sólo dictaba decretos sobre decretos, en cuantos ramos de ella los creía necesarios, sino que, para autorizarlos en razón de las resistencias que suponía iba á encontrar, buscaba en la prensa oficial el medio de justificarlos con razonamientos más explícitos y fundados que los que cabían en los preámbulos que habrían de preceder al articulado de sus disposiciones. Escritos interesantísimos acompañaron en la *Gaceta* á los decretos sobre el arreglo de la deuda, la traslación de las aduanas á los puertos y fronteras, sobre la supresión de los conventos y la revalidación de los títulos; ya exponien-

Sus esfuerzos en la Administración.

(1) Se dice en una nota de Du Casse á las memorias de José; «José aludía á una nube de rumores ridículos esparcidos en aquella época por Madrid y que á nada menos iban dirigidos que á hacer creer que, según los términos señalados para la paz con Austria, firmada en Presburgo, el Emperador iba á tomar para sí la corona de España, nombrar virrey á Berthier, á José rey de Italia y al príncipe de Ponte-Corvo rey de Portugal; que el gran-duque Constantino sería rey de Turquía; que se pondría guarnición rusa en los Dardanelos, y que Eugenio iba á tomar posesión de los países cedidos por Austria, á la que no le quedarían más que los reinos de Hungría y Bohemia. Estos rumores habían tomado cierta consistencia en Madrid.»

do la doctrina, entonces más progresista, de la economía política y la navegación mediterránea con respecto al comercio interior de España, ya atacando la ocupación en manos muertas de una gran parte de la propiedad y el feudalismo en sendos artículos ó comunicados que ocupaban muchas páginas del periódico oficial

Con eso creían José y sus secuaces conquistarse la opinión en los pueblos sujetos á su dominio, ya que sabían perfectamente que sus decretos y escritos no penetraban en las provincias libres sin ser rechazados aun antes de leidos.

¿Tendrían distinta acogida en Madrid y en otras poblaciones de las sometidas á las armas francesas?

En la «Memoria» de Azanza y O'Fárril se dice: «De todos modos es cierto á no poder dudarse que hasta la batalla de Baylén, la instalación del nuevo Soberano recibía en la corte todos los testimonios de adhesión y reconocimiento que sirven á establecer la autoridad Real. Pero al llegar á Madrid los primeros rumores de aquella batalla, los ánimos empezaron á vacilar. Muchos de los que habían prestado una absoluta aquiescencia al nuevo orden de cosas, vieron también que dándose principio á una guerra que no esperaban, les era preciso tomar medidas para más largo tiempo de lo que se habían creido»........................ La opinión en España.

....

«En una palabra, el suceso de Baylén por el cual en nada mudaba en naturaleza el partido político que cada uno había abrazado, pareció á muchos que hacía mudar á lo menos *el estado de las cosas*».

Esas fluctuaciones que Azanza y O'Fárril no po-

dían atribuir sino en los á quienes de más cerca se observaban, se multiplicaron é hiciéronse más notables con las peripecias de una guerra que tantas debía experimentar, atendidos el carácter que la daban nuestros compatriotas y los accidentes á que habría de verse sometida la lucha general en que andaba Napoleón comprometido. La impresión que pudieran causar los reveses sufridos por la causa verdaderamente española, la defendida desde Sevilla y Cádiz, si era, como no podía menos de ser, honda en las masas de nuestros patriotas, no llegaba, bien se ha visto, á desanimarlos hasta ceder en lucha tan generosa. Pero en los pueblos sometidos, los intereses nuevamente creados y los compromisos á que obligaban hacían su efecto, y una batalla ganada por los franceses, mucho más la serie de las en que habían vencido durante el año de 1809, proporcionaba al Intruso, ya que no voluntades decididas á mantenerle en el trono, sí las adulaciones que siempre siguen al triunfo y á la esperanza de dar cierto colorido de justicia y de prudencia á las defecciones, de otro modo, infructuosas y, por ende, humillantes.

Envueltos en tal admósfera no es extraño que esos mismos Azanza y O'Fárril dijesen después: «El entusiasmo de la nación decayó hasta el mayor abatimiento, y las tropas nacionales y las aliadas sufrieron las privaciones más crueles, como si hiciesen la guerra en un país enemigo», ni que la *Gaceta* diera á luz un suelto tan tierno como el siguiente. «Madrid 26 de mayo (1809). El Rey nuestro Señor se restituyó ayer á esta capital desde Toledo: su ausencia, aunque de pocos días, se hacía ya larga á los habitantes de Madrid,

que quisieran no verse privados ni un solo día de la augusta presencia de su Soberano».

Los ministros y la *Gaceta*; esos eran los únicos órganos de la opinión en Madrid; y si les hacían coro los que, repetimos, tenían interés, el mezquino de sus empleos, ó temor á una reacción que la pertinacia española hacía ya casi probable, era, puede decirse, en voz baja para que no hallase eco entre sus compatriotas del otro lado de Sierra Morena (1). En provincias, por muchos esfuerzos que hicieran los delegados reales, un Mazarredo en Castilla, León y Galicia, un Amorós en Santander y las Vascongadas, y algún otro demasiado comprometido para no poner de su parte cuanto le fuera dable en favor del nuevo orden de cosas, no conseguían sino enardecer más y más los ánimos en su contra para el día en que el ejército español ó una guerrilla ahuyentara á los infidentes del teatro de sus trabajos de propaganda.

Entre los de organización á que José se entregaba con sus ministros, era el preferido el que con un ahinco digno de mayores resultados había emprendido desde el primer día de su llegada á España, el de la formación de un ejército independiente del francés.

Continúa José la organización del ejército.

Ya en el tomo V expusimos las dificultades que había hallado para la organización de los regimientos *Real Extranjero* y *Real Irlandés*, así como para la de los dos primeros de Infantería de línea y el batallón de Policía de Madrid, en cuyos cuadros habían entrado los prisioneros, especialmente los de Uclés, que así en-

(1) Es rarísimo el artículo de la *Gaceta* de José que aparezca con firma; y eso en alguno puramente doctrinal de literatura ó artes.



contrarían ocasiones en que volver á las filas leales. Continuando, sin embargo, el Intruso en su empeño, el 8 de marzo de 1809 disponía que los granaderos y tiradores de su guardia formasen dos regimientos distintos, cada uno de dos batallones con seis compañías de á 100 hombres. El 6 de junio se creaba el regimiento de línea núm. 3.°; el 23 del mismo mes se organizaba la Artillería de la Guardia con doce piezas de campaña y sus cajas de municiones, carros y fraguas, un parque con seis piezas y sus correspondientes carruajes para la división de á pie, y otras tantas piezas para la de á caballo, con un tren compuesto de dos compañías de 121 oficiales y tropa cada una. Más adelante, en 29 de agosto, se formó también un regimiento de Caballería, denominado 1.° de Cazadores, con cuatro escuadrones de á dos compañías, cuya fuerza total debería ascender á la de 1.044 hombres, de los que 43 oficiales y 832 caballos (1).

Aun completa, que nunca lo estuvo ni mucho menos, la fuerza de todos estos regimientos no podía bastar para que José llegara á envanecerse de tener un ejército propio en que apoyar sus pretensiones de rey de España. Y si le era dable llevar tales tropas á los campos de batalla donde, mal que bien, pelearían encajonadas entre las imperiales francesas, nunca podría destacarlas á guarnecer ciudades ni plazas donde, solas, les sería fácil desertar al campo á que, como españoles, no cesaban sus soldados de dirigir los ojos y el

(1) Los detalles de organización y fuerza en estos cuerpos pueden verse en el «Prontuario de las leyes y decretos del Rey José» que no se estampan en los apéndices de este libro por su extensión más que sobrada.



corazón. Para ocurrir á la necesidad de guarnecer tales puntos, bajo la vigilancia siempre de los franceses, ideó José la creación de Milicias Urbanas que, según el decreto de 20 de julio, aprovecharían, además, «á favor de la conservación del buen orden y de la protección de las personas y sus bienes el celo y buen espíritu de que se hallaban animados los pueblos.» Ya sabía que no serían muchas las localidades en que se organizase más de una compañía; pero en el caso, para él favorable, de no ser así, se formarían en un batallón con su correspondiente plana mayor y su bandera, y en Madrid en dos regimientos con un duque y un conde respectivamente á su cabeza y con oficiales elegidos entre los voluntarios, á quienes se les hacía esperar, según su celo y los servicios que prestaran, nada menos que diez encomiendas de las Ordenes de España (1).

Con éso, con el privilegio de sólo los individuos del Ejército y de una Armada imaginaria usar la *escarapela encarnada antigua nacional*, la creación de una comisión militar que juzgase los delitos cometidos por los individuos de los regimientos de línea y de las compañías de inválidos, el establecimiento de un depósito general de cartas geográficas y topográficas en el Ministerio de la Guerra, y la formación de una compañía de «Miqueletes de Navarra», destinada á perseguir *malhechores*, á los de Mina por supuesto, creyó el flamante rey de España poseer un estado militar capaz de asegurarle en el trono, conquistado por su hermano

(1) En las gacetas de aquel año están el decreto de organización y los nombres de los jefes y oficiales que prendieron tan repugnante cebo. Nos repugna el citarlos aquí.

con fuerzas que, aun regidas por caudillo tan capaz é insigne, no bastarían para asegurárselo.

El ponía de su parte cuanto le era posible con tal objeto, y es innegable que no cesó de trabajar, para conseguirlo, en todos los ramos de la Administración pública, según los datos ya aducidos y los muchos, aunque no tan importantes, que pudieran todavía presentarse de no temer el cansancio de nuestros lectores.

Paralelo entre los dos gobiernos peninsulares.

Eran el de Sevilla y el de Madrid dos gobiernos de tan opuestas condiciones como opuestos eran los intereses que se disputaban. Adolecía el de Sevilla, ya lo hemos dicho, de la debilidad que siempre acompaña al número en la dirección de los asuntos públicos y, más aún, en ocasión tan extraordinaria, en la de una lucha armada, en tantas, tan diversas y distantes partes emprendida. La Junta Central habría, por consiguiente, de imponerse á tantas voluntades como pueblos la reconocían y, lo que era más difícil, á las disensiones que la ambición, la envidia y el despecho promovían en su mismo seno. Su autoridad, pues, si reconocida por todos, ya que sólo la negaba algún disidente citado en este capítulo, era por muy pocos acatada lejos de su centro de acción; y el día de un revés atribuíase éste á su falta, como el de una victoria se celebraba por fruto del valor y el patriotismo del ejército y los pueblos, nunca de la dirección que hubiera podido imprimir la Junta á las operaciones de la guerra. Impulsada por las corrientes de la opinión para no verse desautorizada, la Central corría siempre el peligro de, como la nave en borrasca deshecha, zozobrar al choque de las varias y encontradas corrientes que surcan el fondo de una nacionalidad

tan despedazada como la nuestra por sus diferentes orígenes, costumbres y aspiraciones. Ya la hemos visto hecha juguete de las ambiciones y las intrigas de sus vocales que, al no ser atendidos en ellas, buscaban en sus provincias respectivas un apoyo que no suele negarse en España para cuanto sea debilitar y aun destruir los poderes públicos, y hasta en un extranjero, siquier fuera nuestro aliado, ansioso de obtener lo que sólo podría la mayor de las debilidades concederle.

Por el momento prevaleció afortunadamente el instinto de la conservación en los más y el interés de la defensa nacional, imposible sin la concordia, y la prudencia en quien, antes y sin prever sus peligros, atizaba solapadamente el fuego de las divisiones que amenazaban acabar con la Junta y destruir su obra. La tregua no sería, sin embargo, duradera y, como haremos ver muy pronto, el soplo de la desgracia apagaría luego la luz de la corta y accidentada existencia de un gobierno cuyos errores no arrancaban de las cualidades de la mayor parte de los hombres, muchos ilustres, que lo formaban, sino de su constitución, del carácter de sus gobernados y de las circunstancias, muy superiores en fuerza á la que pudieran ellos desplegar.

El Gobierno de Madrid, que no había de adolecer de tales defectos por su muy distinta naturaleza, ya que de una sola iniciativa partiría el impulso y de una sola mano la fuerza, no contaba, en cambio, con el apoyo de una opinión que le diese asiento, lo suficientemente robusto para fundar obra tan grandiosa como la que había emprendido. ¿Cómo había de crearse esa opinión

donde los pueblos, reducidos por la violencia, tenían á las autoridades que se les había impuesto por interinas y, por lo tanto, efímeras como la dominación que rechazaban por cuantos medios les ofrecían su valor y optimismo característicos? Porque á José podrían adularle en Madrid una docena de vividores ó ilusos, y á sus delegados en las capitales ocupadas por las armas francesas mostrarse sumisos los que, habiendo agotado todos los medios de resistencia, mártires de sus ideales patrióticos, perdieran la esperanza de una restauración inmediata; pero ni unos ni otros llegarían á constituir opinión favorable á sus opresores y tiranos. Ni en Madrid ni en las provincias sometidas se respetaba, ni menos se quería, al intruso, detentador, ya que sin voluntad, de la independencia nacional... ¿Qué decimos? los mismos generales y soldados que mantenían su causa, era por creer que, al derramar por ella su sangre, servían á la de Francia y su Emperador que, para afirmarlos en tal idea, disponía, sin consideración alguna á su hermano, del gobierno y hasta de la suerte de la nación española según sus cálculos y capricho. Fué necesario para mantener el espíritu de las tropas y á raya las pretensiones y los desafueros de sus jefes, amenazar, no con el rigor de la autoridad, sino con las iras de Napoleón que, á fin de hacer su explosión probable y eficaz, anunciaba todos los días su presencia en la Península. Tal consistencia hizo dar á la noticia de su inmediata llegada á Madrid que el rey José creyó deber enviar á su encuentro al marqués de Montehermoso, su primer gentil-hombre, al general Strolz, su primer caballerizo, y al marqués de Casa Palacio, su ayudante de campo, para recibir en la frontera francesa las ór-



denes de S. M. I, «cuya llegada, le decía en carta del 15 de octubre, le había sido anunciada por varios conductos». ¡Farsa, todo farsa, como la representada en abril de 1808 para entonces engañar á Fernando VII, y ahora, mejor que á José, de quien con eso hacía la befa más humillante, distraer las discordias y mala voluntad de sus propios generales!

Aun poseyendo, pues, la unidad del mando, y sin los obstáculos de la opinión ni la cortapisa de la prensa, reducida á la *Gaceta*, el *Diario* y *El Imparcial* del canónigo Sr. Estala, el Intruso no lograría nunca establecer su autoridad en España en condiciones de asegurarse en el trono y mucho menos de crear una dinastía que se perpetuara, por más que la de que él formaba parte en Francia se viera entonces rodeada de una aureola de gloria como ninguna otra de resplandeciente en los tiempos modernos.

Faltaba para hacer sólidos los fundamentos en que procuraría apoyarla el más robusto de todos, la opinión que reconoce su origen y recibe su crecimiento y desarrollo en el patriotismo, y mal podían formarla los que le rodeaban habiendo perdido la autoridad que se atribuyesen á sí propios quienes de tal manera habían errado en sus cálculos políticos, torpes profetas que cada día con mayor evidencia podían ver los alcances de su ignorancia respecto al carácter de sus compatriotas.

Porque los afrancesados, á quienes se ha querido considerar por algunos como la espuma de nuestra sociedad española de principios del siglo, hombres eminentes en ciencias y letras, adelantándose á sus hermanos de la Península en cuanto se refiera á la cultura

de los pueblos, á sus fueros y libertades, no eran sino discípulos de aquella exótica enciclopedia formada por el error y el orgullo humano contra lo más sagrado de la conciencia y los deberes que á todo ciudadano imponen la religión y el verdadero celo por la patria y la familia. La perversión de las ideas con las seductoras, por lo nuevas y sorprendentes, de los llamados filósofos, acogidas sin reflexión por alguna parte de la juventud, secó sus corazones haciéndolos sordos á la voz de la justicia y aun de la verdadera conveniencia, que clamaba por la emancipación de los espíritus de una tiranía mucho más grosera y pesada que la que se le pintaba como sólamente fundada en su ignorancia, su cobardía y supersticiones. ¡Y tanto como erraron! Sus nombres, que se hicieron públicos con las recompensas á que obligaba la gratitud del Intruso junto á las listas de proscripción de los leales, fueron también dados á luz en Sevilla; aquéllos, con el anatema que merecían, y éstos para ejemplo y aplauso de sus compatriotas. No los estamparemos aquí, que el tiempo debe con su influjo borrarlos, y más todavía la necesidad de la unión en una raza como la nuestra, tan trabajada por la discordia.

Pero, hay que decirlo; todo lo que en el campo afrancesado eran recelos y egoismos, era en el español entusiasmo y confianza. Tras una derrota surgían más y más enardecidas las disensiones y estridentes las quejas contra el Gobierno que no había sabido evitarla; pero el patriotismo se sobreponía á todo y era unánime la resolución de sacrificarse hasta morir antes que ceder en la generosa porfía en que se había empeñado la nación.



Podrían sucederse los reveses y hacerse cada día más graves hasta amenazar con una catástrofe, en otras partes decisiva, para la suerte del país; en España no harían sino provocar represalias y venganzas, nunca la resolución de entregarse al extranjero.

APÉNDICES

NÚMERO 1

Amanece el domingo, 9 de abril. El pueblo llena desde las primeras horas la plaza de San Jaime. Los imperiales concentran en la ciudad las fuerzas esparcidas por el llano. Toda su guarnicion está sobre las armas; los cañones preparados y las mechas humeantes en manos de los artilleros. Recorren las calles numerosas patrullas, y la policía parece multiplicarse. Acuden fuerzas de infantería y caballería frente el palacio de la Audiencia; lo vigilan, lo cercan y llenan su patio con dos compañías. Hé aquí un edificio pacífico, hé aquí el templo de la justicia cercado é invadido como si se tratara de una fortaleza temible. Ya se acerca la hora. Conmueve al paisanaje la noticia de la dimision que acaba de presentar el general Villalba, alegando no poder prestar juramento á José hasta que por su rey le haya el gobierno de España aceptado y reconocido. No vienen casi al mismo tiempo á causar menos impresion en las masas las palabras de: *No puedo ni quiero jurar*, que no obstante sus años y su enfermedad ha Ezpeleta enviado por escrito al francés. A pesar de la tropa y de la policía, fíjanse en las paredes de la Audiencia, y espárcense por el suelo, entre las filas de los soldados, papeles impresos y pintados, representando una campana y un corazon ardiendo, en los que además se lee: *Viva Fernando VII. Muera el pirata Napoleon. Victor Fernando VII, conde de Barcelona.* La gente que va sin cesar acudiendo atesta la plaza é invade el pórtico de la iglesia de San Jaime y las calles del Call y Boquería hasta la espaciosa Rambla, abriendo paso y animando á los individuos que vestidos de ceremonia van á protestar formalmente de su fidelidad, sin dejarse imponer por las amenazas del invasor, ni por el aparato de fuerza con que parece sostenerlas.

Serían las nueve y media de la mañana, dice el autor del citado Apuntamiento, cuando tuvieron aviso los ministros de la Real Audiencia de que llegaba el general francés: salieron á recibirlo, y acompañándolo á la capilla del tribunal en la forma acostumbrada, despues de haberse postrado en ella ante el ara sagrada del Eterno Dios, para pedirle con el corazon sus auxilios y sus gracias, lo condujeron desde allí á la sala de S. Jorge donde estaba el aparato.—No será fuera del caso dar aquí una plumada, aunque ligera, sobre el adorno del estrado. Esta sala, una de las de lo civil, había algunos meses que estaba condenada para el tribunal, por haberse apoderado de ella la segunda junta de policía, en virtud de órden del general Duhesme, y todo su adorno consistió en una miserable cortina de tafetan carmesí, colocada sobre el escudo de las armas reales que en el fondo del dosel habia, sobre cuya cortina estaba puesto un retrato de medio cuerpo, estampado en papel y guarnecido con un marquete dorado, en cuyo márgen inferior se leia: *José Napoleon, Rey de Nápoles.*»

«Luego que el general entró en la sala vestido de grande uniforme, con toda pompa y aparato, ocupó el centro del tribunal, y á su derecha é izquierda se situaron los individuos de su estado mayor. Los ministros se quedaron por la parte abajo con los dependientes y demás cuerpos é individuos convocados, por no tener otro sitio donde colocarse: de la parte afuera de la barandilla estaban todos los alcaldes de barrio con una gran multitud de espectadores que la curiosidad ó el interés habia allí reunido. En medio de este aparato abrió la escena Duhesme leyendo un falaz y seductor discurso, destinado á probar la destruccion de todos los ejércitos españoles,



arrollados por la invencible pujanza y disciplina de los del grande emperador que los mandaba en persona; la total aniquilacion del cuerpo de tropas inglesas, cuyo resto, segun él, iba huyendo cobarde y vergonzosamente á reembarcarse en las costas de Cantabria; tratando igualmente á nuestra generosa aliada de pérfida y vil, suponiéndola interesada en empeñarnos en guerra tan ruinosa, con el fin de apoderarse de nuestros navíos y aun de nuestras Américas; dando por destruidos los frailes y la inquisicion, inícuos agentes de la insurreccion de los pueblos, y declarando por último decidida la suerte de España, cuya única esperanza debia cifrarse en José y en la clemencia de su augusto hermano el emperador.»

«Así que concluyó el general su lectura, D. Juan de Medinabeytia separándose de sus compañeros subió al tribunal, y tomó de la mano de Duhesme el referido discurso para traducirlo. Entonces el señor de Mendieta le advirtió que se lo entregase al traductor, pues que estaba allí para el efecto; pero lo rehusó el fiscal contestándole: que él entendia muy bien el francés y el español. En efecto, lo recitó en castellano con un tono tan declamatorio y con tanta energía y vehemencia que confundia el papel de traductor con el de compositor: es decir, que si la obra no era parto de su entendimiento, por lo menos era hija adoptiva de su voluntad.»

Mientras se enviaba por el misal de la capilla, y por el papel sellado á la secretaría del Acuerdo, dirigió Duhesme á los circunstantes la palabra en estos términos: «Señores, yo estoy persuadido de que Vds. no habrán venido aquí á dar un escándalo en desaire de la autoridad que represento».—Así que llegó el escribano de cámara Ribas con el misal y papel sellado, estendió Medinabeytia la siguiente fórmula del juramento: *¿Jurais fidelidad y obediencia á S. M. José Napoleon I, rey de las Españas, á las leyes y á la Constitucion?*—Abierto el misal por el Cánon, sostenido por el estremo superior en la mano del general, y por el inferior apoyado en la mesa, empezó el secretario Guinard á llamar á los ministros por órden de antigüedad; y luego que éstos subian al estrado y se ponian delante de la mesa les conjuraba el francés con la fórmula espresada.

D. Jaime Alvarez de Mendieta fué el primeramente llamado, y el primero que rehusó el juramento: quiso exponer los motivos que á ello le impelian, mas no se le quiso escuchar. Rehusó tambien en seguida D. José María Vaca de Guzman; y llegando despues de él D. José Soler del Olmo, pálido, turbado y con voz trémula dijo que juraba en la misma fórmula que lo habian hecho en Valencia y Zaragoza. Entonces el astuto jefe de estado mayor Porte, replicó al momento: «¿Cómo Valencia?» é interpretando la equivocación el fiscal de lo civil, pues no se queria mas que un juramento de cualquier manera que fuese, repuso: «Como en Madrid, quiere decir.» Convino en ello Soler, y esto inclinó á jurar en la misma forma á D. Andrés Lopez de Frias.

Todos los demás ministros, esto es, D. Manuel de Marchamalo, D. José María Fernandez de Córdova, D. Pedro Pablo Bertrán, D. Isidro Lasauca, D. Domingo Dueñas y Castro, D. José Joaquin Ortiz y Galvez y D. José Villanueva y Arévalo, siguieron rehusando el juramento. Pero habiendo dicho Ortiz que su religion, su honor y su conciencia no le permitian prestarlo, irritáronse los franceses, mandaron tomar nota de aquellas palabras, y no pudo menos el general Vergés de levantarse y exclamar con aire feroz y tono descompuesto: «Son Vds. unos rebeldes, escandalosos y cabezas de insurgentes; ignorantes, ilusos y fanáticos; más fanáticos que los mismos frailes».



Esto no impidió que continuaran negándose los demás; hasta que tocando el turno á Medinabeytia, sin duda para desagraviar el ofendido honor de los franceses y zaherir al propio tiempo á los que habian permanecido leales, dijo con aire de satisfacción y voz muy alta: «Yo por mi religion, por mi honor, por mi conciencia y por el bien de mi patria, juro fidelidad y obediencia al emperador mi amo y á su hermano José Napoleon, rey de España y de las Indias, á las leyes y á la Constitucion». El fiscal de lo criminal, D. Manuel Gutierrez de Bustillo, se denegó á jurar, con el teson que á los fieles españoles que le habian precedido caracterizara.—Firmaban los denegantes su resolucion en un cuaderno de papel sellado que habiá sobre la mesa, á la izquierda del presidente, mientras que los juramentados lo hacian en el que á la derecha estaba dispuesto.

Tocó jurar despues del real Acuerdo al escribano de cámara D. Francisco Ribas y Barbier, quien sentado al lado de Duhesme habia ido hasta entonces llamando á todos por su turno, y levantándose á su vez dijo con claridad y entereza: «No juro». Lo propio hicieron los otros escribanos de cámara D. Antonio Garimon y D. Manuel Pons, que pasaron luego á juntarse con los de la izquierda. Con noble y firme resolucion rehusaron tambien prestar juramento los relatores D. Felipe Rufasta y Verde, D. Jaime Parera y D. Vicente Espeso. Igual firmeza y dignidad demostraron los priores del colegio de notarios D. José Quintana y D. José Antonio Pich, y los del colegio de procuradores D. José Boix y D. Gabriel Canals. Denegáronse igualmente los escribanos D. Antonio Comellas y D. Mariano Llobet.

Quedaba el Ayuntamiento reducido á siete individuos, pero de los siete seis se presentaron á firmar que no juraban. Uno solo, alegando el bien de la patria, protestó de su fidelidad al intruso gobierno. El regidor decano interino D. Miguel de Ramon habia dicho el dia antes á Casanova: «Ya sabe V. que soy un pobre, pero aunque me dieran dos millones no juraria á José por rey de España». En el acto solemne cumplió su palabra. Lo mismo hicieron los demás regidores D. Ignacio de Juliol, D. José Antonio de Martí, D. Rafael de Esteve y D. Bernardo Bransí; el síndico procurador general D. Francisco de Tort; todos los individuos y asesores del tribunal de comercio, cuyos nombres sentimos ignorar, escepto un cónsul y un asesor; el tesorero general D. José de Azanza; el administrador de correos D. Francisco J. Manzano y el contador principal del ejército D. Felipe de Asaguirre, quien conjurado respondió: «Sí, juro reconocer á Fernando VII por rey de las Españas, por quien llevo este uniforme». Rehusó tambien la mayor parte del estado mayor, debiendo los ayudantes D. José Marchal y D. José Cortés á la energía con que se espresaron el ser conducidos inmediatamente arrestados á la Ciudadela. Ignoramos si es de uno de ellos ó de otro pundonoroso militar la siguiente respuesta: «Juro fidelidad y obediencia á Fernando VII, y juro derramar por él hasta la última gota de mi sangre».

Concluido el acto sin que fueran llamados D. Juan Rabí, decano del colegio de abogados, ni los 40 alcaldes, destituyó de sus empleos Duhesme á los que no habían querido jurar, y sucesivamente ordenó que quedasen bajo la vigilancia de la policia, que no pudiesen salir de sus casas, que quedaban responsables de la tranquilidad pública, y por fin, enviado á consultar el general en gefe, dispuso éste que fuesen conducidos al castillo de Monjuich. Los que pudieron salir de la sala, se libraron por entonces. Nombró Duhesme por regente interino de la Audiencia á Medinabeytia, el cual



con Soler y Frias debian representar este tribunal, que á los pocos dias quedó completado con algunos de los que habian jurado.

Sabia el pueblo desde fuera todo lo que dentro del edificio tenia lugar, por los que lograron retirarse. A la una y media salieron entre filas, y precedidos y escoltados por la policía y buen número de caballos, los que iban á ser sepultados en los fétidos calabozos de Monjuich. La tranquilidad y satisfaccion de la virtud resplandecia en los rostros de los ilustres prisioneros. La multitud se agolpaba con interés á su paso para verles, para saludarles afectuosamente. Mil espresiones tiernas, entusiastas, elocuentes se escapaban de los labios de los agradecidos barceloneses. Bien hubieran querido seguirles hasta su misma prision, mas sólo les fué dado hasta la puerta de Santa Madrona, por la que únicamente á los franceses era permitido el paso. Sin embargo con la vista y con el alma fueron acompañándoles hasta que les vieron desaparecer tras de las murallas del castillo. No contentos con esto los que estaban libres dentro de la cautiva ciudad, y se honraban con haber nacido españoles, abrieron una suscricion en favor de las víctimas de su propia adhesion: no pudiendo ceñirles coronas trataron de socorrerles al menos en su desamparo con buenos alimentos; no pudiendo continuar tributándoles honrosos obsequios, iban á llenar de plácemes, de consuelos y de finas atenciones á sus familias, encargándose de la subsistencia de las que más necesitadas quedaban. Nunca se tributó, ni aun en medio del fausto de ruidoso triunfo, galardon tan verdadero, tan sentido, tan universal y por otra parte tan grato. Los infortunados llegaron á olvidar su suerte para saborear las dulzuras de un agradecimiento tan delicadamente atestiguado, para entregarse á las fruiciones regaladas con que la virtud suele consolar con indefinible bálsamo á los corazones á ella consagrados, y generosos y grandes por ella.

Si en aquel dia prevaricaron algunos, aunque contados, muchos fueron los que sintiéndose enaltecidos con tal ejemplo, ambicionando sacrificarse igualmente por la patria, ya que nadie les habia exigido el juramento, se presentaron ó escribieron á las autoridades intrusas la protesta de su fidelidad á Fernando. Tal hizo entre otros D. Juan de Carbajal, oficial tercero de la administracion general de Aduanas. La digna esposa del regidor D. Ramon de Medina, lejos de despedir á éste con débiles lágrimas al ser conducido el 12 á Monjuich, por resistirse tambien á jurar: «Parte, le dijo, esos mismos que mandan tu castigo admirarán tu proceder y te apreciarán más que á los que ahora llenan de empleos y favores». El propio dia fueron llamados á casa del nuevo regente los maceros del Ayuntamiento Ortega y Rubiralta, y habiéndoseles prevenido que se les daba 24 horas de tiempo para que meditasen si les convenia ó no jurar á José, despachólos de su presencia Medinabeytia. Apenas salidos de la sala, dijo el Ortega á su compañero: «En esto no hay que deliberar, volvámosle la respuesta», y entrando ambos otra vez dijeron con desenfado: «Del mismo dictámen seremos mañana que ahora, y así decimos que no queremos jurar». Añadiendo Ortega: «Treinta años hace que juré fidelidad á Cárlos III».

NUMERO 2.

Informe del Comisario General de Policía Casanova al General en gefe Francés Duhesme sobre la conspiración de Massana, Gallifa, etc.

EXC.mo SEÑOR.

Muchos dias ha que estaba yo informado de que se tramaba un nuevo complote contra el Exército Francés, la seguridad general y publica, y la autoridad legítima de su Magestad el Rey nuestro Señor Joseph Primero. Dispuse que se invigilase con el mayor cuydado sobre aquellos que se me habian notado como complices de esta maquinacion, quienes, no obstante el misterio en que todas sus operaciones estaban envueltas, se han descubierto. Di parte de esto á V. E., y habiéndose multiplicado los indicios; no solamente los agentes de policía, si tambien muchos buenos Ciudadanos, y militares me diéron avisos que me confirmaron lo que ya sospechaba, de que los facciosos, desconfiando de salir bien de su empresa, mostrándose á cara descubierta, querian tentar medios de traicion, para hacerse entregar las fortalezas, particularmente la de Monjuich; y V. E. mandó que se mudase la guarnicion, lo que burló en parte sus esperanzas.

Estando las cosas así, me advirtiéron que dos sugetos buscaban un oficial Italiano para negociar con él sobre las Atarazanas, ofreciendo dinero, grados y otros honores militares; pero por fortuna se dirigiéron al Capitan *Provana* que desde luego comunicó las proposiciones al Gefe de su cuerpo, despues al General de Division *Chabrán*, Comandante Superior, á V. E., y á mi como Presidente de Policía. Convenimos todos en que para descubrir esta trama, dicho Capitan *Provana*, escucharia los dos sugetos, fingiendo que entraba en la conspiracion; pero dando exáctamente parte de quanto se pasaria.

La primera sesion del Capitan *Provana* con los dos conspiradores, dió á conocer sus criminales proyectos: aseguráron que habian ganado ya algun militar de la fortaleza de Monjuich, á quien habian dado cantidad de dinero para entregar la fortaleza á las tropas Españolas el dia que ellos determinarian el ataque. El plan era de envestir la Ciudad por todas partes: Los ingleses por la parte de mar, y los facciosos de dentro se sublevarian, se apoderarian de las puertas de la Ciudad, matarian todos los individuos del exército, y después de haber entrado en Monjuich, se dirigirian á las Atarazanas, y entonces el Capitan *Provana* deberia facilitarles su entrada.

Segun lo que acabo de referir, se acordó que al otro dia 11 del corriente se tendria la segunda sesion en casa del mismo Capitan *Provana* á las ocho de la noche, y que inmediato al parage donde se juntarian, yo haria que estuviese escondido un Comisario de Policía para escuchar lo que se trataria, y conocer los dos Sugetos. En efecto se executó así, y dichos sugetos repitiéron la conversacion de la noche antecedente, añadiendo que los facciosos de la Ciudad estaban impacientes, y no querian aguardar mas: que tenian diez mil armas, que estaban ya alistados; que Frayles y Clérigos recibian todos los que se presentaban, y formaban las correspondientes listas: á tenor de la demanda que hizo el Capitan *Provana*, prometiéron que al otro dia harian venir de Martorell un Edecán del General Coupigni, y con él juntos concerta-

rian el plan de operaciones; El Comisario de Policía conoció á los dos Sugetos; el uno se llama *Juan Massana* y el otro *Salvador Aulét,* ambos naturales de Barcelona. Ofreciéron al Capitan *Provana* el grado de Coronel, setenta mil pesos fuertes, y que si queria que le llevasen á Inglaterra, se le continuaria el sueldo. Le dixéron que no querian hacer ningun mal á los Italianos, pero si que querían matar á los demas.

Habiendonos el Capitan *Provana* y el Comisario de Policía hecho esta relacion, resolvimos que se continuasen las sesiones, lo que tuvo lugar el 12; pero sobrevenido el ataque de nuestras tropas que havian salido á forragear, el Edecán que habia de venir no quiso entrar á la Ciudad, y por consiguiente el Capitan y los dos sugetos continuáron las mismas conversaciones, y acordáron que se juntarian el dia despues, 13 del corriente; es de notar que el Capitan *Provana*, habiéndo pedido á *Massana* y á *Aulét* mas amplias instrucciones acerca del negocio de Monjuich, le dixéron, que se habian enviado ya á alguno de la fortaleza clavos de acero para poner en el fogon del cañon, hechos á posta, de modo que quando querrian tirar el fuego no prenderia: añadiéron á esto que el Padre *Baudilio* Capuchino, que estuvo prisionero en dicha fortaleza, habia trazado este plan y que lo haria continuar hasta ponerlo en execucion. Prometiéron al Capitan *Provana*, que entretanto que ellos iban á entregarle los setenta mil pesos fuertes en letras de cambio firmadas por los mas ricos sugetos de la Ciudad, le adelantarian alguna cantidad para los Soldados, á fin de entretenerles, y en efecto le diéron cien duros.

V. E. sabe, que habiéndonos juntado en su casa, el General Comandante Superior y yo, como acostumbramos, el Capitan *Provana* nos hizo esta relacion, y que se resolvió, que yo haria asistir otras dos personas escondidas en casa del mismo Capitan para que se asegurasen de quanto pasaria.

Con este motivo nombré un Comisario de Policía y el Secretario del Comisariato, los que nos hiciéron su relacion á cuyo tenor resolvimos proceder al arresto de *Massana* y de *Aulét*, que yo mismo quise executar para que estos traydores no escapasen á mi vigilancia.

En efecto habiendo mandado prenderles el 14 de Mayo á las nueve de la noche, les hice conducir atados á la torre de la Ciudadela, donde ahora están.

Por fortuna, Sr. Excelentísimo, estos dos Sugetos no solo han declarado sus delitos, si que, á mas de esto, han descubierto muchos complices, y han explicado los hechos; de resultas he mandado prender todos los acusados que se han encontrado en la Ciudad, cuya mayor parte ha confesado y firmado su complicidad (1).

Estos antecedentes que expongo á V. E., los que anteriormente le habia comunicado, los enganchadores que he mandado prender, y lo que hemos descubierto en la visita de los Campanarios de las Iglesias para tocar á rebato, no obstante las precauciones que habiamos tomado, producen en mi es-

(1) *Si esto hubiese sucedido como supone el Comisario Casanova, ciertamente que las victimas no habrian sido cinco, sino á centenares; pues eran muchos miles los paisanos que entendian en la Conspiracion como lo noté en la página 4 de esta mi fúnebre relacion. Además de esto, si hubiese sucedido lo que supone Casanova, los franceses habrian sabido por precision que varios de los paisanos que tenian presos en la Ciudadela con nuestros heroes eran quizá los principales Gefes de aquella trama. Y puede asegurarse que iban muy á ciegas tanto en orden á ella, como en orden á las demas, á la manera que se demostrará oficialmente y por boca de los mismos franceses, en la* Idea de la Fidelidad de Barcelona á su legitimo Monarca el Señor D. Fernando VII, *que voy á publicar.*



píritu observaciones, que de obligacion debo hacer presentes á V. E. El fanatismo es, y ha sido el resorte del público modo de pensar: el fanatismo, vuelvo á decir, se ha unido con el egoísmo de los Eclesiásticos seculares y regulares, que temen haber ya llegado la hora en que se verán obligados á cumplir con los verdaderos deberes de su ministerio; irritados de observar que se acaba ya su influxo sobre los hombres, han puesto en movimiento todas las intrigas, y medios que sostenian su cetro. La conducta del Individuo, y cuerpo Eclesiástico nos cercioran de estas verdades, probadas por las varias experiencias que hemos hecho hasta el punto de evidencia. En todas las Iglesias hemos visto rogativas publicas, no para nuestro Rey, sino para la ruina del Exército Francés, obrando siempre con toda la precaucion y malicia imaginables. Por esto los reos arrestados, contaban con las Iglesias por centro de sus delitos, como á lugares seguros y propios para la execucion, y finalmente como apoyos de su inmoralidad, inconsideracion y culpa.

La ignorancia acompañada de la supersticion no era capaz de formar otros proyectos, por mas que la perfidia Inglesa la dirigiese. Los autores han sido descubiertos por medios que no podiamos esperar en esta especie de delitos, en que los códigos de todas las naciones han admitido una prueba privilegiada á favor del orden, y de la salud pública, ley á la verdad inviolable entre los hombres. Las demostraciones ingénuas de *Massana* y de *Aulét*, agentes de la corrupcion del valiente Capitan *Procana*, oidas y declaradas por el Comisario de Policía, y por el Secretario del Comisariato, y confesadas por los mismos reos, reducidas á la entrega de las fortalezas, y al asesinato de los Franceses, y de todos los afectos á su gobierno, son los dos objetos mas importantes, es decir, el cuerpo del delito, y la dentidad de los reos; y aun mas si se añade á todo esto la confesion de los malvados. La historia de todas las naciones hace ver que esta clase de gentes fanáticas son no solamente feroces, é insaciables de sangre humana, si tambien impenitentes; su existencia es peligrosa para la sociedad. El rigor puede solamente cortar los progresos de semejante peste y carcóma, que la falta de saber y de energía en el antiguo gobierno ha producido.

Los Conventos compuestos de Teólogos, casi todos ignorantes y maquinadores, parecen no solamente el centro de las reuniones, si tambien la escuela de predicacion y enseñanza revolucionaria. De su cáracter y condicion fanática resulta que el Presbítero *Joaquin Pou* era el director de la sedicion, y el que estaba encargado de entregar el dinero y las letras de cambio, sirviéndose de los viles agentes *Massana* y *Aulét*, engañados y seducidos por este Eclesiástico, que sin duda creia ocultar su persona por semejante medio. Su alma debil y pérfida, sin ningun género de respeto para el bien del próximo, siguió su curso ordinario, declarando que habia de recibir las letras de cambio de uno llamado *Mora*, de acuerdo con diferentes comerciantes; y por base de la solidéz de mis observaciones, *Salvador Aulét* ha declarado que habia asistido á una reunion de 400 facciosos en el hospital de San Lázaro, cuya mayor parte estaban armados de sables y pistolas, y lo restante de fusiles, añadiendo que entre los facciosos habia muchos Clérigos y Frayles, entre los quales los mas distinguidos eran los Capuchinos; y que el Padre *Gallifa*, de San Cayetano, preso en la Ciudadela, se decia ser el Capitan y Gefe de todos; concluyéndo su esposicion que *Juan Maciá* y *Magin Closas* estaban encargados de una importante operacion revolucionaria.

Todos estos hechos deben convencer á V. E. que sino se comprimen con mano poderosa, justa y severa los facciosos, es de temer que se entreguen á



nuevos excesos: ellos confian aun, y no disimulan sus esperanzas, hacen lo que pueden en este momento para renovar sus tramas. La Policía velará sobre ellos, y los burlará: V. E. la ayudará, dirigirá sus esfuerzos, pesará en su sabiduría todas las circunstancias que acabo de poner á su vista, y tomará medidas dignas de su justicia. Descanse siempre sobre mi zelo en executar las que V. E. dispusiére, así como sobre mi fiel afecto á nuestro Augusto Rey, y al mantenimiento de la pública tranquilidad. Barcelona 16 de Mayo de 1809.=El Comisario General Presidente de la Policía.=*R. Casanova.*

MÚMERO 3.

Relacion *de las Obras y reparos más principales executados en la Plaza de Gerona, Castillo de Monjuich y Fuertes dependientes de ella desde el seis de Junio de 1808 hasta el 8 de Mayo de 1809 y de otros que no se hallan incluidos en el Diario y que se han ejecutado durante el segundo sitio.*

BALUARTES DE LA PLAZA Y BATERÍAS DE LA MISMA

En el de San Francisco de Paula se repararon todos los parapetos y troneras, se construyó en el ángulo flanqueado una plataforma compuesta de un terraplen, y esplanada para dos cañones á barbeta, una esplanada mortero y ocho idem para cañones en sus flancos y caras; en las troneras y flancos se colocó una estacada horizontal por la parte de la campaña asegurada en el muro esterior del parapeto, se formó con tablas el suelo y costados del repuesto de pólvora, se construieron blindajes para resguardo de la tropa, desde la retreta del muro se abrió un foso de doce pies de ancho y seis de profundo, y al pie del ángulo flanqueado se construyó un dique de mamposteria trasversal al foso y otro paralelo á la cara y flanco de la izquierda para sostener y represar las aguas.

En el de Santa Clara se repararon sus parapetos y troneras, se construyó en el ángulo flanqueado una plataforma ut supra, dos esplanadas para morteros, ocho idem para cañon, se forró con tablas el repuesto de pólvora cuya bóbeda se cubrió con texas, se construyeron blindages para la tropa, se forró con planchas de hierro la puerta de la poterna que sale á la campaña, se colocó una estacada ut supra en los flancos y se abrió un foso ut supra en las caras y flancos, al pie del muro se construyó un tablado, puerta y ventana en una bóveda que sirve de Cuerpo de guardia, y se reparó la puerta principal.

En el del Gobernador se construyó en el ángulo flanqueado una plataforforma ut supra, dos esplanadas para mortero, ocho idem para cañon, se colocó una estacada ut supra en los flancos y otra idem en la cara izquierda, se forró con tablas el suelo y repuesto de la pólvora, al que se hizo dos puertas nuevas, se repararon todos los parapetos y troneras, se elevó tres pies más el muro esterior cerca de la acequia, en el ángulo de la espalda se hicieron por derecha é izquierda de los diques de la acequia dos sangrias para inundar los fosos de este Baluarte y de los demás, á cuyo efecto se ensanchó y limpió toda la cuneta que corre al pie de los muros de las cortinas y Baluartes y se construyeron blindajes para la tropa, se reparó el Cuerpo de guardia en el que se habilitó un quarto para el Jefe de dia.

En el de Santa Cruz se repararon los parapetos y troneras, se construyeron una plataforma ut supra en el ángulo flanqueado, una esplanada para mortero, seis idem para cañon, un repuesto de pólvora con blindas dobles cubierto con tablones y texas, se forró su suelo y costados con tablas, se cubrieron dos repuestos de pólvora aun no concluidos con flindas y faxinas y sobre éstas un terraplen cubierto con texas, se colocaron blindages para resguardo de la tropa, dos estacadas en los flancos, se reparo la puerta y rastrillo de la entrada y en el foso se construyó un dique trasversal para represar las aguas.

En el de Figuerola se construyó en el ángulo flanqueado una plataforma ut supra, tres esplanadas para cañon, se repararon los parapetos y troneras,



en la cara de la derecha se colocó una estacada, en la mitad horizontal y en la otra perpendicular se forró con tablas el repuesto de pólvora, se tapió la puerta que sale á la campaña cuya poterna se habilitó para Cuerpo de Guardia, se colocaron blindajes para la tropa, se abrió un foso delante de la espresada puerta y del flanco en el que se construyó un dique para represar las aguas, y se habilitó el torreon al estremo de la gola del Baluarte para un cañon.

En el de San Pedro se construyó una plataforma ut supra, se repararon sus parapetos y troneras, se hicieron tres esplanadas para morteros, siete idem para cañon, se colocó una estacada horizontal en sus flancos y caras, se habilitó la poterna que sale al foso para repuesto de pólvora cuya bóbeda se cubrió con un tejado sobre su terraplen, se cubrieron con blindas, tablones, tierras y texas, dos almacenes sin concluir, se hicieron dos Garitas y un lugar escusado de mamposteria, un espaldon con candeleros, tierra y faxina, se colocaron blindajes para resguardo de la tropa, se elevó tres pies más con mamposteria la pared del camino cubierto, y todo su glásis con tierra para cubrir mejor el muro, se colocó una estacada perpendicular en todo el dicho camino cubierto, se repararon sus rastrillos, y se aprofundizó tres pies más el foso en el flanco de la derecha.

En el Baluarte ó baterias de Sarracinas se repararon sus parapetos, troneras y Cuerpo de Guardia, se construyó una esplanada para morteros y tres idem para cañon, un repuesto de pólvora con blindas de roble cubiertas con un pan de mamposteria y texas, se formó su suelo y costados con tablas, se rebajó cuatro pies más el terreno al pie del muro, y se hizo el tablado al Cuerpo de Guardia.

En idem de San Narciso, se han reparado los parapetos y troneras, construido tres esplanadas para cañon, un repuesto de pólvora como el de Sarracinas, colocado una estacada horizontal en todo el parapeto, hecho el tablado nuevo, puerta y ventanas al Cuerpo de Guardia.

En idem de la puerta de San Christobal, se han reparado sus parapetos, construido tres esplanadas para cañon, forrado con tabla el suelo y costados del repuesto de pólvora, colocado un blindage para la tropa y reparado su Cuerpo de guardia.

En la Torre de Gironella, se ha construido una plataforma para dos cañones, reparado el parapeto, rebajado un trozo de él hasta la altura de la rodilla para tirar á barbeta, cerrado una tronera, y compuesto la escalera y bóveda para cuerpo de guardia.

En el Baluarte de la Merced, se ha construido en el ángulo flanqueado una plataforma ut supra para dos piezas, reparado el parapeto y troneras, una esplanada corrida en el flanco para dos cañones, habiéndose ensanchado su terraplen, una esplanada para mortero, colocado una estacada perpendicular sobre el sardinel de la cara izquierda, habilitado una poterna para almacen de pólvora, construido un rastrillo de dos hojas en la entrada del Baluarte, colocado blindage para la tropa, reparado el Cuerpo de guardia y abierto un foso de ocho pies de ancho y seis de profundo al pie del muro de la cara izquierda.

CORTINAS Y MURALLAS ENTRE LOS BALUARTES Y BATERIAS

En la muralla que cierra la gola del Baluarte de San Francisco de Paula y en la cortina entre él y el Baluarte de Santa Clara, que no tiene terraplen



y solamente un camino de Ronda, se ha colocado sobre el muro interior una barandilla de madera con una escalera de idem, rebajado el parapeto que tenía aspilleras para la divergencia de los fuegos de fusil, y reparado el muro.

En las cortinas y torreones entre los Baluartes de Santa Clara, Gobernador, Santa Cruz y Figuerola se ha dado al parapeto la inclinacion ordinaria para el fusil, arreglado éste y sus banquetas sobre la cresta interior del parapeto, se ha colocado por su largo una blinda de blindas de roble en disposicion de arrojar al foso con facilidad en el caso de escalada, y al mismo fin se han colocado otras blindas de repuesto al pie de la banqueta; en una tronera cerca de la rampa que baja al baluarte de Figuerola, se ha construido una esplanada para un cañon y se han colocado algunos blindages, delante de la cortina entre los Baluartes del Gobernador y de Santa Clara, que no tiene foso, se ha abierto una cortadura entre sus flancos de dos pies de ancho y nueve de profundo, con cuyas tierras se formó entre ella y la cortina un grueso malecon ó espaldon para cubrir un muro, se han arreglado y ensanchado todas las cunetas que corren al pie de los muros para inundar los fosos de los Baluartes.

En la muralla entre el Baluarte de la Merced y la torre de Gironella, en la misma disposicion que la situada en el Baluarte de San Francisco de Paula y de Santa Clara se han abilitado dos torres para Cuerpo de Guardia, haciéndolas un doblado nuevo de madera para suelo, tablado, puertas y ventanas. Idem en la torre del Carmen se ha arreglado sus parapetos, troneras y repuesto de municiones y se han construido dos esplanadas, se ha igualmente arreglado el camino de ronda en la muralla sin terraplen entre la dicha torre y la puerta de Areny.

En la muralla entre la Torre de Gironella hasta el Baluarte de Sarracinas ocupada hasta la puerta de San Cristóbal, con los Quarteles viejo y nuevo de Alemanes y la otra con casas del Cabildo de la Catedral se han abierto en las mismas casas comunicaciones, colocando escaleras de madera para las rondas y para su defensa, en la muralla y entre Sarracinas hasta la puerta de Francia, igualmente sin terraplen y con solo el camino de ronda con aspilleras en su parapeto, se ha rebajado éste á la altura ordinaria cerca de la puerta de San Pedro de Galligans que sale á Monjuich para descubrir mejor la campaña y enfilar con el fusil el camino de San Daniel.

En la muralla de la Plaza de San Pedro detrás del Baluarte de San Pedro y Puertas de Francia que tiene terraplen, se ha reparado y reforzado su puerta, construido una esplanada para dos cañones y habilitado una bóveda debajo del terraplen para resguardo de la tropa, habiéndose además reparado el Cuerpo de Guardia.

En la muralla á la orilla del rio Oñá desde la Plaza de San Pedro hasta la batería de San Narciso, ocupada toda con casas hasta esta batería, se ha construido delante de ellas con tierra y faginas, un grueso espaldon sobre el relleno del espigon que defiende las casas de las crecientes del Rio, para cubrirlas de los fuegos de la altura de Roca hasta la puerta de la barca.

En la muralla entre la citada batería y la puerta del Areny ocupada toda con casas se ha abilitado para bateria en el puente arruinado de San Agustin para flanquear por derecha é izquierda el Rio, habiéndose construido una esplanada para un cañon.

En la Puerta de la torre que sale al puente de San Francisco de Asís, se ha colocado un peine de roble con puntas de hierro y un torno para subirlo



y bajarlo, y en los triángulos que forman los remates de los temajares de dicho puente se han construido dos esplanadas para dos cañones, á fin de defender la entrada de la plaza por el mismo rio.

En el muro á la orilla del Rio entre el estremo de este puente hasta el combento de San Agustin ocupado con casas, se ha elevado el muro de la plazuela de la Iglesia y colocado en el un andamio para banqueta.

En el muro, entre el mismo puente y la puerta de Embila sin terraplen, se ha colocado sobre el interior una barandilla de madera con escalera de idem y elevado su parapeto medio arruinado á la altura ordinaria para defender igualmente el paso del rio.

PUERTAS DE LA PLAZA, ENTRADAS Y SALIDAS DEL ARROYO GALLIGANS

En la puerta de Santa María (vulgo de Francia) se ha construido y colocado un puente levadizo compuesto de un tablero con sus flechas y contrapeso y se ha reparado el Cuerpo de Guardia

La puerta de la barca entre la bateria de San Narciso y la Plaza de San Pedro se ha tapiado y colocado sobre ella un parapeto y barandilla sobre el muro interior para defender el paso del rio.

En la puerta del Areny se ha concluido el tambor por la parte del rio con su estacada y rastrillo de dos hojas, se han hecho nuevas las dos puertas interiores y esteriores con dos batientes cada una; sobre la primera se ha colocado con tablones un parapeto y reparado su Cuerpo de guardia.

En la puerta de Embila se forraron con planchas de hierro sus dos batientes despues se halló conveniente tapiarla y se reparó su Cuerpo de Guardia, se tapiaron igualmente las Puertas del Carmen y San Christobal.

Las puertas de San Pedro de Galligans y las del socorro se forraron con planchas de hierro, la primera se hizo nueva así como los dos medios rastrillos de su tambor en el que se reparó su estacada, parapeto y banqueta.

En la entrada y salida de la Plaza del Arroyo Galligans se colocaron dos peynes nuevos de hierro para levantarlos en tiempo de avenidas se colocaron dos troneras con los demas aparejos.

ALMACEN DE PÓLVORA Y REPUESTO EN LA CIUDAD

En la Catedral se abilitó una bóveda debajo de la capilla de Nuestra Señora del Rosario á cuyo efecto se cargó con tres á quatro pies de tierra bien apisonada, se forró su suelo y costados con tablas, se cerró su entrada con una gruesa pared con dobles puertas y en la que se dejaron respiraderos, así como en una ventana que se tapió, se cubrió la puerta esterior con blindajes cargados de tierra y se colocaron en ella dos mil quintales de pólvora.

En la puerta del Socorro se reparó el almacén de pólvora colocado en la torre, y su escalera al estremo de la cual se colocó un rastrillo.

En una casa inmediata al Baluarte de Sarracinas se abilitó una bóbeda para el mismo objeto, capas de doscientos quintales, se forró el suelo y costados con maderas, se le puso puerta interior con un blindage.

En la calle de la Rosa se habilitó una bóbeda debajo de un huerto para almacen de mixtos en el que se repararon sus paredes, se forró su suelo y costados con maderas, se estrechó la puerta á la que se puso un batiente nuevo, se tapió una ventana en la que se dejó un respiradero y se cubrió el terreno sobre la bóveda con tejas.



En casa del Sr. Arcediano de la Catedral se habilitaron dos bóvedas para almacen de pólvora, habiéndose practicado las mismas obras que en el anterior

En el almacen de pólvora á prueba detras del Hospital de Caridad, capaz de seiscientos quintales, se forraron su suelo y costados con maderas, he hizo una puerta nueva y se reparó la del tambor.

Toda la pólvora que habia en el almacen estramuros de la Plaza entre Reyna Ana y Capuchinos se distribuyó en los citados almacenes y en todos los repuestos de los Baluartes y Baterias habiéndo colocado las correspondientes dotaciones en los fuertes Castillo de Monjuich y torres dependientes de él.

RESGUARDOS PÚBLICOS PARA LA TROPA Y VECINDARIO DENTRO DE LA CIUDAD

En la Plaza del Hospicio cerca del Baluarte de Santa Clara, en las de San Francisco de Asis y de San Francisco de Paula, en las calles de la Pescaderia, en la Plazuela de la bajada de San Narciso, en la Plaza delante del Colegio Tridentino, y calle que baja á la calle del Carmen se colocaron blindages y lo mismo en el Cuartel de Alemanes y Plazuela de las Monjas del Mercadal y la de la Catedral, en la calle de las Ballesterias se vació una bóveda llena de tierra y situada debajo del Combento de PP. Capuchinos. En la Catedrál se cubrió la bóveda de la Iglesia con tres pies de tierra y en sus claustros se cubrieron los claros de los Arcos con blindas.

HOSPITALES PARA LA TROPA Y VECINDARIO, CEMENTERIOS Y OTROS EDIFICIOS

Además del Hospital militar, en el que se colocaron blindajes en su patio, se construyó un estanque y una bomba para sacar agua del pozo y dar con ella corriente á las inmundicias de los lugares escusados, en el caso de cortar el enemigo el agua de la acequia se habilitaron la iglesia de San Pedro de Galligans, el Colegio tridentino y el Hospicio; el citado almacen de pólvora extramuros se habilitó para hospital de la Sarna y el Monasterio de San Daniel para los convalecientes. En la antigua Iglesia de San Nicolás en la Plazuela de San Pedro de Galligans cuya bóveda es á prueba; se construyeron dos hornos para municion de pan y se habilitó una bóbeda á prueba de las casas del cabildo de la catedral para acuñar la nueva moneda con la plata que se exige del vecindario y de los pueblos del corregimiento.

Ademas del cementerio del Rey extramuros de la puerta del Carmen se cerraron dos trozos de terreno para otros dos extramuros de las puertas de San Pedro de Galligans y de Embila.

Los Combentos del Mercadal, Monjas de Santa Clara, parte del del Carmen y algunas Cuadras del Hospicio, asimismo la Capilla de Nuestra Señora de los Dolores y varios almacenes de los Particulares se habilitaron para almacenes públicos de víveres.

En el Colegio tridentino, en el Convento de San Francisco de Paula y en el estudio cerca de la Pescadería se construyeron molinos aríneros de sangre para la tropa y el pueblo, ademas otros que construyeron los vecinos á su espensas.



CASTILLO DE MONJUICH Y TORRES DEPENDIENTES

Desde el seis de Junio de 1808 hasta el diez y seis de Agosto del mismo, en cuyo dia los enemigos que batian á este Castillo, el Baluarte de San Pedro y bombardeaban la Plaza, se vieron obligados á levantar el sitio precipitadamente perdiendo toda su artillería, se repararon sus parapetos y troneras, el puente levadizo de la Puerta principal, las puertas y rastrillos de las dos poternas de los Revellines, algunos tablados y puertas de las bóvedas y se colocaron doce esplanadas provisionales; además durante aquel sitio se reparó con sacos la brecha del Baluarte batido, se hicieron espaldones con faginas y tierra, se reforzaron y coronaron con sacos á tierra los parapetos enfilados, se limpió el foso de los escombros, se llenaron con tierra dos mil sacos para el parapeto de una cortadura que se habia dispuesto y se abrió una tronera en el flanco del otro Baluarte para flanquear la brecha.

Las tres torres de San Luis, San Narciso y San Daniel construidas en la última guerra con la Francia hallándose inútiles y medio arruinados sus parapetos y alojamientos, además no teniendo la plaza la guarnicion suficiente para defenderlas ni siendo posible ponerlas en pocos dias en estado de defensa, se halló conveniente inutilizar del todo sus parapetos, alojamientos y puentes levadizos para que no sirvieran de abrigo al enemigo, y contra el Castillo.

Despues del diez y seis de Agosto se reparó la brecha con mamposteria de mahones que habia empezado á abrir el enemigo en la cara izquierda del Baluarte de la derecha del frente del Norte, se elevaron con mampostería ordinaria y de mahones los parapetos y banquetas de este Baluarte para cubrirlo de la altura de la torre de San Daniel, se repararon todos los demas, las banquetas, troneras, terraplenes, la casa del Gobernador, construyéndose dos esplanadas para cañon y dos para mortero, se hizo nuevo el puente levadizo de la puerta principal, se reparó la puerta y rastrillo de éste, se aprofundizó cuatro pies mas el foso debajo de dicho puente, se acabaron de reparar todos los tablados, puertas y ventanas de las bóvedas, se abilitó la bóveda á la derecha de la puerta principal para cuerpo de guardia del Oficial, y en la que sirve de cuerpo de guardia á la tropa se construyó un tabique, quedando con esta division la mitad de la dicha bóveda para almacen de víveres, á cuyo afecto se colocó en sus dos ventanas verjas de hierro, reedificó el lugar escusado, se reparó el tejado de la bóveda del almacen de pólvora, se hizo nuevo el tablero del puente de comunicacion con el Revellin en el frente del Norte, con su barandilla se reparó el tejado y tablado del cuerpo de guardia del mismo, se forró con madera el suelo y costados de un repuesto de pólvora á prueba con dos puertas nuevas; á la escalera que desde la gola de Revellin baja al foso se pusieron dos rastrillos nuevos, en su angulo flanqueado se hizo una plataforma con esplanada para dos piezas á barbeta, se construyeron cuatro esplanadas para cañon en sus dos caras, y en la de la derecha se abrió una tronera para flanquear la plaza de armas del camino cubierto y se repararon los parapetos y troneras. En el revellin, en el frente de levante se repararon sus parapetos y banquetas, se construyeron dobles tablados en dos Bóbedas, se habilitó otra para Cuerpo de guardia del Oficial, se repararon los dos rastrillos de la salida al foso, y el de la escalera en su gola, se reparó la puerta esterior de la Caponera á prueba cubierta con bóbeda y aspillerada en sus caras y flancos, se colocó un rastrillo á su entrada por la parte del Castillo, y en el parapeto del mismo frente

sobre la caponera se colocó una estacada horizontal, se cubrió con un enlazado parte de la cortina del frente del Norte para recojer las aguas llovedizas y conducirlas á la cisterna, por medio de una cañería que se hizo espresamente; en las cortinas y Baluartes se repararon los espaldones anteriormente construidos, y se construyeron otros quatro; en los tres Baluartes llenos se hizo en cada uno un repuesto de pólvora con blindas cargadas de tierra; en la plaza de armas del camino cubierto á la derecha del Revellín, y sobre la cara izquierda del Baluarte atacado en el primer sitio se construyó paralela á ella una contraguardia á la altura de su cordon de doce pies de grueso y trece idem de altura en la parte interior y de once en la esterior, compuesta de paredes de buena mampostería, con dos estrivos entre una y otra, el paramento de la pared esterior todo de mampostería de mahones y macizado con tierras desde la retreta hasta el remate de su altura, se colocó un rastrillo en la escalera inmediata que baja al foso, una estacada en todo el parapeto de esta Plaza de armas, dos rastrillos en sus comunicaciones por derecha é izquierda y uno de dos hojas en la salida al glasis, y se reparó el camino que desde la plaza sube á Monjuich.

En la torre de San Luis se sacaron todas las tierras de la Plaza de armas con las que el enemigo había formado una batería, se limpió el foso, se construyó una pared en todo al redor de la dicha plaza para sostener las tierras del terraplen superior, apoyado á ella, se construyeron blindages cubiertos con un pan de mampostería y tejas, en los que se hicieron tablados para la tropa, se hicieron dos cuerpos de guardia, un repuesto de pólvora y otro de municiones á prueba; sobre el terraplen se levantaron los parapetos de veinte y un pie de grueso, nueve idem de alto, con sus banquetas se construyeron quatro troneras con direccion á la altura de tramon, y además se dejó el parapeto en dos trozos á la altura de la rodillera por la parte del camino de Francia, se cerró la gola con una pared sencilla con su estacada y banqueta, se colocó un puente levadizo con su tablero y dos flechas aseguradas en dos pilares de sillería, se colocó un rastrillo de dos hojas, en la parte interior se construyeron dos garitas de mampostería ordinaria y de mahones, y dos lugares escusados vertiendo al foso, se hicieron dos rampas para subir al terraplen y se reforzó el Glasis delante de la contraescarpa con tierras.

En la torre de San Narciso se construyeron con corta diferencia casi las mismas obras y en la de San Luis y desde ella á la de San Daniel se formó con una pared de piedra en seco y tierras una comunicacion cubierta de la campaña.

En la torre de San Daniel que se puso en estado de defensa á instancias del vecindario y á sus espensas, estando el enemigo á la vista, se limpió el foso lleno de piedras, se elevó su contraescarpa y el Glasis, se construyó un parapeto de doce pies de grueso, nueve idem de alto con su banqueta, y dos troneras con direccion á flanquear las torres de San Luis y San Narciso, todo de buena mampostería, ordinaria y mahones en los cardinales y parapetos de las troneras, se cerró la puerta que mira á Monjuich y á los fuertes de mediodia con una pared sencilla á la altura de la rodillera para dos piezas á barbeta, se arregló el terraplen en el que se construyeron cuatro esplanadas de madera, se construyó un repuesto de pólvora á prueba y alojamientos con tejado sencillo para la tropa, se colocó un puente levadizo nuevo con sus flechas y sostenido en dos pilares de sillería, se colocó un rastrillo con el que se cerró la puerta mas alta de la torre, y se hizo la rampa

para subir al terraplen ó batería en la que se construyó una Garita y un espaldon.

En la torre antigua de San Juan situada entre el Castillo y la Plaza se colocó toda la platatorma de la batería sobre su bóveda con buenas losas labradas á escoda y sentadas sobre un pan de mampostería de dos pies de grueso, se reparó su rodillera y parapeto, se hizo el doblado nuevo á la bóveda y la escalera de madera, se construyó una Garita con lugar escusado vertiendo al campo y un tinglado sobre la batería para la artillería, en un repuesto de pólvora á prueba debajo de la batería se colocó un arcon nuevo de madera capaz de veinte quintales para preservarla de la humedad de la bóveda y se reparó la escalera de madera, puerta y ventana de madera en la torre.

A la parte de abajo de esta torre entre ella y el escarpado de la montaña cerca del camino cubierto de la puerta de Francia, se construyeron las dos baterías de San Roque en conmemoracion del dia en que fue libertada la Plaza del primer sitio y para flanquear la cara de la derecha del Baluarte de San Pedro, el Glasis de la izquierda, el pozo del rio y la misma puerta, y se construyó un Cuerpo de guardia.

FUERTES Y REDUCTOS EN LA MONTAÑA AL MEDIODÍA

En el fuerte del Condestable se reparó el tablero y flechas del puente levadizo, se forraron con tablas dos repuestos de pólvora, se construyeron ocho esplanadas para cañon y dos idem para mortero, se repararon los parapetos y troneras, los tejados y puertas de los Edificios, se limpiaron y repararon las dos cisternas y se habilitó la comunicacion cubierta hasta Reyna Ana.

En el fuerte de Reyna Ana se construyó en un ángulo flanqueado una plataforma para dos cañones á barbeta con su esplanada y otras quatro en las alas ó caras, se reparó su cuerpo de guardia, se forró con tablas un repuesto de pólvora y otro de municiones, se elevó el muro que cierra la gola en el que se colocó una estacada con su banqueta, se colocaron dos rastrillos nuevos de dos batientes cada uno, en el tambor de la puerta se colocó una hilera de blindas sobre el muro de las alas para defenderse de una escalada en el Revellin que cubre el ángulo entrante, se puso una estacada en su gola, se habilitó la caponera cubierta con bóveda y aspillerada de comunicacion á él y el camino cubierto hasta Capuchinos.

En el fuerte de Capuchinos se repararon todos los parapetos y troneras, los tejados, tablados, puertas, suelos y ventanas de los Edificios, se habilitó un trazo de Cuerpo de Guardia para la habitacion del Gobernador, se construyó una capilla, se forró con tablas un repuesto de pólvora, se hizo una banqueta de piedra y barro en todo lo largo del muro al levante que no tienen terraplen y una escalera de mampostería en la cortina sin terraplen al poniente; en el Baluarte de la izquierda se elevó el muro tres pies mas, se construyeron ocho esplanadas de cañon y dos para morteros, se repararon los dos puentes levadizos de la entrada y el del Hornaveque, se limpió la cisterna, se reparó la cañería y se colocó una hilera de blindas sobre el muro al poniente, y muchos blindajes en la Plaza de armas apoyados á los muros, se construyó un tinglado para las cocinas y un lugar escusado.

En el fuerte del Calvario se repararon los parapetos y troneras, se hizo nuevo el Rastrillo con dos batientes, se forró con tablas el suelo y costados del repuesto de pólvora, se repararon los tejados, se hiso nuevo el tablado



del cuerpo de guardia puertas y ventanas, se hicieron tres esplanadas para cañon y algunas otros reparos.

En los dos Reductos del Cabildo y de la Ciudad se repararon los parapetos, puertas, ventanas y tablados de los edificios, las puertas y rastrillos de sus entradas, se forraron con tablas sus repuestos de pólvora y en cada uno se construyeron dos plataformas con esplanada en dos ángulos para un cañon.

DEMOLICIONES, CORTES DE ÁRBOLES, DESMONTES Y RELLENOS EJECUTADOS EN LAS MIL QUINIENTAS VARAS DE LA PLAZA PARA DESPEJAR EL TERRENO QUE IMPEDIA LA DIRECCION DE SUS FUEGOS Y FACILITABA LOS ATAQUES

En el llano de Gerona y en la montaña de Monjuich se demolieron treinta y cinco casas de campo ó Manzos, colocando en muchas de ellas hornillos en sus ángulos y centros de las paredes debajo de los cimientos, con los que se consiguió instruir una Brigada de albañiles y los mismos Artilleros para la defensa de la Plaza, se demolieron igualmente todas las casas que formaban la calle de la Rulla, extramuros de la puerta de Embila, parte de la capilla de Nuestra Señora del Pilar al extremo del barrio de Pedret, y algunas casas del mismo hasta que lo impidió el enemigo alojado en sus inmediaciones, se cortaron todas las alamedas del Paseo de la Dehesa y todas las situadas á la orilla é inmediatas de los rios Ter, Oña y arroyo de Galligans, se allanaron todos los malecones, divisiones de las huertas y campos, se demolieron sus cercados de mamposteria, se terraplenaron los caminos hondos de Palau, Santa Eugenia, Santa Coloma de Farnés y otros de trabesía, se quemaron todos los cañizales y matorrales.

En la Luneta de Bornonvila entre el Ter y el Baluarte de Figuerola, la que no se consideró por conveniente poner en estado de defensa, se demolió parte del muro que cierra su gola, y su cuerpo de guardia, y se cortó la palanca de piedra inmediata á ella para que no sirva al enemigo.

ACOPIO DE VARIOS MATERIALES PARA LA DEFENSA Y OBRAS CITADAS

En los dias beinte y beintiuno de Junio de 1808 el enemigo que con una Division del Ejército de Cataluña atacó la plaza por diferentes puntos, dando el asalto en la noche del beinte al Baluarte de Santa Clara del que fué vigorosamente rechazado y volvió á Barcelona el veintiuno se retiró con tanta precipitacion que no se acordó de quemar todas las maderas, que despues de la última guerra con Francia se habian reunido en los Depósitos de campaña en el tinglado construido entonces para almacen de paja extramuros de la puerta de Embila cerca del Manso dicho de la Sinia á tiro de fusil del Baluarte de San Francisco de Paula y cuyas maderas son las siguientes:

Blindas de roble de 15 á 16 pies de largo y 1 pie en quadro para blindajes, esplanadas etc.	3.000
Tablones de id. del mismo largo de 1 pie de ancho y 3 pulgadas y media de grueso y otros de 1 1/2 id.	3.000
Estacas de robles de 8 á 9 pies de largo, de 5 á 6 pulgadas en quadro.	800
Cuartones de pino melis de las mismas dimensiones	300



CORTADAS ÚLTIMAMENTE EN LOS BOSQUES PARA LA PLAZA

Blindas de roble y encina de las mismas dimensiones........... ..	300
Tablones de id. de las mismas dimensiones........................	400
Cuartones de pino de varias dimensiones......	3.000
Tablones de idem........	6.000
Flechas de encina para puentes levadizos.......	14
Chuzos que se calzaron con puntas de hierro............	2.000
Mangos para azadones y demas útiles.............................	600

Ademas se han construido para la defensa de las brechas, para espaldones, retrincheramientos y para las reparaciones de las Obras de defensa, mantas, Candeleros, Caballos de frisa y abrojos, toda la clavazon para esplanadas, y parte de la empleada en las demás obras se sacó del Real Parque de Artilleria, asi como todos los útiles de palas, picos y azadones á escepcion de unos cientos de estos últimos que se hicieron nuevos.

Para las reparaciones de las obras arruinadas de defensa y para las cortaduras, retrincheramientos y espaldones se han construido:

Faginas de 7 á 9 pies de largo 1 pie diámetro....................	6.000
Salchichones de 12 pies de largo y del mismo diámetro............	3.000
Sacos á tierra...	35.000

Se embiaron á la Villa de escala, de Orden del Excmo. Señor Capitan General, para la Plaza de Rosas 2.000 faginas y 4.000 salchichones y ademas muchos útiles y blindas.

Se emplearon en la defensa de la Plaza todas las pipas de la Real provisión de víveres, todas las sacas y barriles de pólvora y todos los queros de las cosechas de tabaco.

En el Castillo de Monjuich y demás fuertes había un acopio de Blindas que se emplearon en sus defensas.

NOTA

Que no se han incluido en esta Relacion ni en el diario del sitio los infinitos trabajos del ramo de Artilleria para la construcción de cureñage de todas clases, montajes, pertrechos, fuegos artificiales, cartuchos de cañon y de fusil, de todo lo cual carecía la Plaza.



NÚMERO 4

—

Fuerza que componia la guarnicion de la plaza de Gerona desde el 6 de Mayo de 1809 hasta el dia de su capitulacion.

CUERPOS	En 6 de Mayo	En 11 de Diciembre
Regimiento de Ultonia, 3 batallones	800	250
Id. de Borbon, 3 idem	1.300	360
2.º batallon de Voluntarios de Barcelona	1.125	378
1.er batallon de Migueletes de Vich	600	250
1.er batallon de Migueletes de Gerona	1.120	380
TOTAL *de infantería*	4.945	1.618
Escuadron de San Narciso ... *caballos.*	108	50
Real cuerpo de artillería	278	140
Migueletes del 2.º tercio de Gerona, agregados á la artillería	240	100
Marineros de la Costa de mar, agregados á idem	130	90
Real cuerpo de zapadores minadores	22	10
TOTAL *de fines de Junio*	5 723	2.008
Refuerzos entrados en la plaza en los dias 1.º de Julio, 3 y 17 de Agosto y 1.º de Setiembre		
Del 2.º tercio de Migueletes de Gerona, que se agregó á la artillería	100	50
Del regimiento infantería de Santa Fé, que se agregaron á idem	20	10
Batallon de Migueletes de Cervera	500	320
Parte del 1.er batallon de Migueletes de Vich	300	200
Partida del batallon de Voluntarios de Tarragona	60	40
Regimiento infantería de Baza	1.368	1.074
Compañía de granaderos del regimiento de Iberia	100	56
1.er batallon de Migueletes de Talarn	500	200
2.º batallon de idem	400	190
2.º batallon de Migueletes de Vich	300	100
TOTALES	3.648	2.240

NOTAS.

1.ª En la fuerza que se manifiesta van inclusos los oficiales, sargentos, cabos y músicos, tambores menores de edad, asistentes y soldados.

2.ª Por este estado se ve claramente que la primitiva guarnición se componia de 5.723 hombres de todas armas, y que perdió durante el sitio, entre muertos, prisioneros y desertores, las dos terceras partes de su fuerza.

3.ª Los refuerzos que entraron en la plaza ascienden á 3.648 hombres, los cuales perdieron la tercera parte de su fuerza.

4.ª Al principio del sitio habia en el hospital militar cerca de 1.000 hombres enfermos, y cuando se capituló habia en los diferentes hospitales más de 1.600 hombres enfermos, sin contar los convalecientes y otros de gravedad que estaban en los cuarteles por no haber cabido en aquéllos; pero muchos de los enfermos y heridos quisieron seguir la suerte de sus cuerpos cuando éstos evacuaron la plaza; de manera que quedarian en ella unos 1.090 hombres, que absolutamente no se pudieron levantar por sus enfermedades ó heridas. Muchos de los marineros, que se habian agregado á la artilleria, naturales del país, y varios jóvenes de menor edad se quedaron en la plaza como paisanos; algunos músicos y tambores se alistaron con la tropa francesa, y varios desertores del ejército sitiador volvieron á sus cuerpos, por lo que la tropa de todas armas que salió de la plaza el 11 de Diciembre constaria, poco más ó ménos, de unos 3.200 hombres.

(*Historia militar de Gerona*, por D. Guillermo Minali.)

NÚMERO 5

Organizacion de las compañías de la «Cruzada Gerundense»

«Nos D. Juan Ramirez de Arellano, por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostólica, obispo de Gerona, del Consejo de S. M., etc.

»Al venerable clero secular y regular de esta ciudad, y á todos los que aspiren al estado eclesiástico, salud en el Señor.

»Habiéndosenos hecho presente por la M. I. Junta de Gobierno de esta ciudad la urgentísima necesidad de que en las actuales circunstancias todos los vecinos de la misma aptos para el manejo de las armas, sin distinción de clases ni estados, concurran á la defensa de la plaza, amenazada de ser atacada por el enemigo que tiene á la vista, y que á este fin sería más útil y conducente la creacion de un cuerpo titulado «Cruzada Gerundense», creado precisamente para la defensa de esta plaza durante el sitio, y para la prévia instruccion en el manejo de las armas, necesaria ó conducente al mismo fin, cuyos individuos lleven por distintivo una madalla en el pecho; y convencido de que la precisa necesidad es absoluta é inmediata, condescendiendo á la justa solicitud de la expresada muy I. Junta; Hemos venido á aprobar por lo que á Nos toca la referida Cruzada; y nos prometemos del celo patriótico de todo el clero, que tenemos bien experimentado en cuantas ocasiones han ocurrido, que se prestará gustoso á aumentar el número de individuos de la nominada Cruzada, asegurando, como aseguramos á los mismos y todos los que aspiren al estado eclesiástico, que, léjos de pararles por esto perjuicio alguno, les servirá de un mérito particular, que siempre tendrémos presente. Gerona y Junio, 9 de 1809.—Juan, obispo de Gerona.—Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo, mi señor.—D. Ramon Serrano, secretario.»

A las palabras del Prelado siguió la publicación del Real decreto de 28 de Junio, en el cual, estimulando la Junta Central á los españoles á armarse todos contra los franceses, les ponia por ejemplo el de Gerona; y, aprobando la organizacion de la Cruzada, decia á los demas habitantes del Principado:

«¡Catalanes! Tan interesados sois en la conservacion de Gerona como sus mismos vecinos. Ella es hoy la llave de Cataluña: miéntras esté en poder vuestro, los franceses se hallan en todos momentos expuestos á ser arrojados del país; si la perdeis, no bastarán despues torrentes de sangre que se viertan para salvaros de su yugo: si amais verdaderamente vuestra libertad; si aborreceis á los franceses; si conservais la entereza de carácter y el heroico teson de vuestros mayores; si quereis aprovechar este valor y esos grandes sacrificios, dirigid y ordenad vuestras fuerzas á la salvacion de Gerona. Aunáos, y siguiendo la direccion que os dé el General de la Provincia, haced que los franceses sufran por tercera vez la afrenta de ser repelidos. Para excitar y recompensar el celo y patriotismo de aquellos naturales á una empresa de tan gran consecuencia, el Rey Nuestro Señor D. Fernando VII, y en su Real nombre la Junta Suprema gobernativa del Reino, ha decretado lo siguiente:



»1.° Se aprueba la cruzada que, á imitacion de la de Extremadura, ha adoptado la ciudad de Gerona para su defensa.

»2.° Se convida á todos los catalanes á que se alisten en ella bajo las mismas reglas y principios.

»3.° A todos los que se envien y acrediten haber subsistido constantemente haciendo el servicio por el tiempo que dure la guerra actual con la Francia, se les declara libres de personal para siempre á ellos, sus hijos y descendientes.

»4.° A todos los que por su clase no se hallan sujetos á la contribucion y hagan el mismo servicio, se les premiará proporcionalmente.

»5.° El presente decreto se imprimirá y circulará á quien corresponda para la debida ejecucion.

»Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento.

»Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Real Palacio del Alcázar de Sevilla, 29 de Junio de 1809.—Martin Garay.—Sr. Presidente y Junta Superior de Cataluña.»

«Quitados todos los diques y embarazos que tenian represados los deseos patrióticos de muchos sujetos de todas las corporaciones y clases de la heroica ciudad, dice el P. Cúndaro, soltó tanto el entusiasmo como un torrente sus avenidas, que la casa de alojamiento del Coronel de Ultonia se vió luego innundada de personas de todos estados que iban á alistarse á la Cruzada y agregarse al número de los valientes defensores de la plaza. Organizáronse ocho compañías completas, á las cuales se añadió otra titulada «Reserva del General». Cada una de ellas constaba de un Capitan, dos subalternos, cuatro sargentos y ochenta y ocho soldados, excepto la de los Regulares, en la que, siendo cinco las escuadras, eran cinco los sargentos, diez los cabos y ciento y tantos los soldados.»

Los capitanes y subalternos que componian las referidas compañías fueron los que se expresan en el estado siguiente:

COMPAÑÍA DE ECLESIÁSTICOS SECULARES

Capitan, D. Francisco Condom, canónigo de la Colegiata de Gerona.

Teniente, D. Antonio Morales, beneficiado de la santa iglesia de Gerona.

Subteniente, D. Francisco Grau, beneficiado de la santa iglesia de Gerona.

COMPAÑÍA DE ECLESIÁSTICOS REGULARES

Capitan, el Rdo. P. Fr. Manuel Cundaro, de la Orden de San Francisco de Asís, Lector de Teología.

Teniente, el Rdo. P. Fr. Tomás Pí, de la Orden de Santo Domingo, Lector de Prima.

Subteniente, el Rdo. P. Fr. Silvestre de Mataró, capuchino, Sublector.



COMPAÑÍA DE RESERVA

Capitan, D. Francisco Salvador de Delás.
Teniente, D. Francisco Perramon.
Subteniente, D. Jerónimo Ameller, presbítero.

1.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Valentin Camas.
Teniente, D. Sebastian Boer y Artola.
Subteniente, D. Francisco del Villar.

2.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Antonio Befarrás.
Teniente, D. Rafael Roig.
Subteniente, D. Antonio Perez.

3.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Epifanio Eugenio de Ruiz.
Teniente, D. Antonio Nouvilas.
Subteniente, D. Narciso Bacó.—Se ausentó de la plaza durante el sitio sin licencia.

4.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Ramon de Manresa.
Teniente, D. Francisco Berga.
Subteniente, D. Domingo Rigau.

5.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Francisco Parés.—El dia 12 de Mayo de 1815, en que se entregó la lista de esta compañía, se hallaba preso.
Teniente, D. Ignacio de Feliu.
Subteniente, D. Juan Costas.

6.ª COMPAÑÍA

Capitan, D. Francisco Rovira.
Teniente, D. Francisco Franquesa.
Subteniente, D. Juan Sureda.

BRIGADA DE ALBAÑILES

Paborde mayor, Cipriano Almar.
Paborde segundo, Joaquin Torrent menor.
Clavario, Pedro Vidal.



BRIGADA DE CARPINTEROS

Paborde mayor, Pedro Divi.
Paborde segundo, Manuel Peipoch.
Clavario, Tomás Pagés (1).

---

(1) Como prueba de los servicios que prestaron esas compañías, damos á continuacion copia de una Real órden en que aparecen premiados los de algunos de sus individuos.

«MINISTERIO DE LA GUERRA.

»Consejo pleno de 12 de Febrero de 1817.—Publicada.—Está rubricado.—Al Sr. Capitan General de Cataluña digo con esta fecha lo siguiente:

»Por resolucion de 1.º de Julio último, que comuniqué á V. E., se dignó el Rey Nuestro Señor prevenir que oportunamente señalaria la recompensa ó mayor distincion á que pudieran resultar acreedores los individuos particulares que, en union de los eclesiásticos seculares y regulares, compusieron las compañías de la Cruzada Gerundense, en virtud de los servicios que contrajeron en la memorable defensa de la inmortal plaza de Gerona; y habiendo oido S. M. á su Consejo Supremo de la Guerra, con cuyo dictámen se ha conformado, ha tenido á bien conceder á D. Francisco Ferramon, teniente que fué de las referidas compañías, el uso del distintivo de esta graduacion. A los cabos José Molino y Pedro Suyastres, y á los soldados Juan Salavert, Juan Baraceta, Miguel Feliu, Esteban Donaire, un escudo de distincion con el lema de «Al valor Gerundense». Al cabo Luis Roo, el mismo escudo, siempre que de sus heridas no haya quedado inútil para el trabajo, pues en este caso le concediera S. M. la pension de dos reales diarios, y para este efecto me avisará V. E. si se halla con dicha circunstancia. A José Carbonell, de Puentemayor, y á Francisco Andreu, el referido escudo, y además el uso del Don personal y de la espada. Al capitan que fué D. Francisco Condom, canónigo de la Colegiata de Gerona, y á Don Francisco Grau, que sirvió de subteniente, presbítero beneficiado de dicha iglesia. Al presbítero D. Romualdo Dolman, á D. Jerónimo Requesens, beneficiado; á D. Juan Rigus, cura párroco de Sarriá, y á D. Joaquin Torremilano, como tambien á Fray Ignacio Barnaga, de la Órden de Santo Domingo, concede S. M. igualmente el expresado escudo, sin embargo de haber sido ya agraciados como los demas de su estado, por concurrir en todos los mencionados individuos circunstancias extraordinarias de valor y patriotismo.

»De Real órden lo traslado á V. S. para conocimiento de dicho Tribunal, consecuente á su acordada de 16 de agosto último. Dios guarde á V. S. muchos años. Palacio, 31 de Enero de 1817.—El Marqués de Campo Sagrado.—Rubricado.—Al Secretario del Consejo Supremo de la Guerra.»

Es copia literal del documento que se cita, que existe en el Archivo del Ministerio de la Guerra.



NÚMERO 6.

Despacho del general Verdier al duque de Feltre, ministro de la Guerra

«San Medir 7 de junio de 1809»

«EXCMO. SR.:»

«Desde la última carta que tuve el honor de dirigir á V. E., el 4 de junio último, nos hemos ocupado en encerrar al enemigo en Gerona, en situar nuestros puestos avanzados todo lo cerca posible del recinto, en completar el cerco cuanto el número de nuestras tropas lo permite, hacer que lleguen la artillería y las municiones, reconocer la plaza, y, en fin, fijar el proyecto de ataque que vereis explicado en el plano que tengo el honor de remitir á V. E. Uno á él el informe verbal que debe acompañarlo. V. E. observará que nuestros ataques están enlazados y muy próximos el uno al otro. He dado la preferencia á ese partido al de atacar la ciudad por la parte del llano, porque, una vez dueño de Montjuich, neutralizo los demás fuertes, evitando grandes trasportes de artillería duplicando nuestras municiones sin necesidad de emplear más que la mitad próximamente de mi artillería, y porque, en fin, puedo, en un caso extraordinario, reunir todas mis tropas en un pequeño frente, proteger el sitio desde buenas posiciones y dirigir cuanto se haga venir á mí.»

«El ataque de la ciudad por el llano hubiera sido, á no dudarlo, más brillante y quizás más corto; pero no podía prometerme apagar los fuegos de los fuertes situados en la montaña ni defenderme de las dominaciones de esos mismos fuertes: mi artillería, por otra parte, hubiera estado diseminada en un gran espacio de terreno y me habría visto obligado á tener mis tropas divididas en dos cuerpos sin poderse auxiliar mutuamente á menos de abandonar la artillería y las obras.»

«Dispuesto así todo, se abrirá la trinchera esta noche y se construirán las baterías con la actividad posible; esperando que dentro de cuatro ó cinco dias, á lo más, estaremos en el caso de romper el fuego contra la plaza.»

«Nuestras comunicaciones con Francia se hacen cada dia más difíciles por el gran número de *brigantes* y de aldeanos armados que infestan el Ampurdan. Me he visto obligado á destacar del sitio un cuerpo de 1.200 hombres, según tuve el honor de comunicar á V. E. en mi despacho de 4 de este mes, columna que ha batido completamente al enemigo en las alturas de la Montaña Negra y ha logrado restablecer, por el momento, nuestra comunicación de Figueras á Bellegarde. Tomará posición y no volverá hasta que todos nuestros convoyes de municiones y de víveres que se hallan en el Portus lleguen á Figueras. Si las circunstancias me obligasen á llamarla á Gerona, se verían de nuevo interceptadas nuestras comunicaciones con Francia.»

«Tengo el honor de ofrecer á V. E. el homenaje de mi profundo respeto, etc.»=«Firmado: Verdier.»

«Nota acerca del proyecto de ataque á la plaza de Gerona, fijado por el



general Verdier, que manda el sitió, el general Sanson, Comandante de ingenieros, y el general Taviel, Comandante de artillería.»

«San Medir: 7 de junio de 1809».

«Los trabajos de sitio principiarán por una comunicación abierta en la altura de Tramon, á fin de llegar á cubierto á las baterías núms. 1 y 2. Cada una de estas baterías se compondrá de cuatro piezas de á 24 y de un obus estando destinadas á apagar los fuegos y destruir las defensas de los reductos San Narciso y San Luis. La batería núm. 2 domina mucho al reducto San Luis; la batería núm. 1, está próximamente á la misma altura que el reducte San Narciso; y la plaza de armas que enlaza esas dos baterías contendrá las tropas necesarias para protegerlas de los ataques del sitiado.»

«Mientras las baterías núms. 1 y 2 arruinan las defensas de los reductos, se aprovecharán los accidentes más favorables del terreno y sobre todo del barranco que está delante de las Justicias para establecer en la eminencia de Cas en Aulet las baterías núms. 3 y 4. Estas baterías, armadas con piezas de las núms. 1 y 2, se destinarán á batir los reductos San Narciso y San Luis y á abrir brecha en la escarpa que se vé bastante baja. La plaza de armas que une esas baterías servirá para las tropas destinadas á defenderlas.»

«Al mismo tiempo que las baterías núms. 3 y 4 tiren sobre los dos reductos se marchará desde esas obras hasta la contraescarpa, coronándola, si es necesario, y se partirá de allí para aplicar la mina en el caso de que las defensas no resulten bastante destruídas.»

«El reducto San Narciso, una vez tomado, servirá para el establecimiento de la batería núm. 5 que dirigirá sus fuegos contra el reducto San Daniel, obligando á que sea evacuado.»

«Siendo así dueño del perímetro de la meseta en que se halla el fuerte de Montjuich, se desembocará de la paralela que enlace los reductos San Narciso y San Luis, para atacar aquel fuerte por el baluarte de Pedret, que es el que se considera como el más expuesto á los ataques y el más facil de arruinar.»

«La posesión del fuerte de Montjuich proporcionará la facilidad de intentar un ataque contra la ciudad por el baluarte Santa María cuyo acceso parece el más fácil. Para favorecer ese ataque y una vez establecidas las baterías núms. 1 y 2, levantadas contra los reductos, se construirá la batería núm. 6, compuesta de doce morteros de diez á doce pulgadas, destinados á aplastar la parte de la ciudad por donde se proyecta entrar. Esa batería podrá levantarse sin trabajos preliminares, cubierta, como está, por la cresta de la altura tras de la cual será establecida; y no tendrá necesidad más que de un espaldon para cubrirla de los fuegos de frente.»

«Los trabajos del ataque bajo principiarán por las trincheras que se necesiten para llegar á la paralela en que deben construirse las baterías números 9 y 10. Esas baterías cubrirán brecha en la escarpa, destruirán las defensas del baluarte de Santa María, disparando también contra las obras colaterales para abrir también brecha en ellas.»

«Entretanto, se construirá la batería núm. 12 á la cabeza del barrio de Pedret, destinada á abrir el lado derecho del baluarte de Santa María así como la parte del recinto próxima á él; desembocando de aquel arrabal para llegar á esa batería.»



«Tomado Montjuich y mientras se trabaje en el ataque de abajo, se desembocará del camino cubierto del fuerte y se establecerá la batería número 11, destinada á destruir el recinto y la torre de Santa Lucía que está al lado; batiendo también la pequeña torre de San Juan que toma de reves el ataque bajo.»

«Se bajarán los morteros de la batería núm. 6 á la paralela, sirviendo para armar las núms. 7 y 8 que tirarán sobre las obras colaterales del recinto para hacer su interior inhabitable.»

«Abierta la ciudad por las baterías núms. 9, 10, 11 y 12 y arruinadas sus defensas, se desembocará de la batería núm. 11, caminando sobre el baluarte Santa María y sobre la parte del recinto comprendida entre ese baluarte y la torre de Santa Lucía; desde entonces no quedará otros obstáculos que vencer que los que puedan hallarse en el interior mismo de la plaza. Pero puede uno lisonjearse con la idea de que no se encontrarán, puesto que desde el principio del sitio, será castigada la ciudad por fuertes baterías de morteros haciendo fuego continuamente y dominada á buen tiro de cañón, lo que nos dará gran facilidad para aplastarla en caso de resistencia.»

«Los tres fuertes situados en la cresta de Capuchinos podrían recibir aún á la guarnición despues de tomada la ciudad; pero debe considerarse como nulo ese recurso por no tener agua esos fuertes ni los víveres necesarios para mantenerse en ellos.»

«Por la inspección del plano, habria parecido conveniente atacar la ciudad baja, por los baluartes de Santa Clara y del Gobernador, al mismo tiempo que las alturas de Montjuich. Esa idea se nos ofreció al principio; pero hecho el reconocimiento de esa parte de la plaza, se ha visto que los fuertes del Condestable, de la Reina Ana, de Capuchinos y Montjuich tendrian acción sobre las trincheras y que estas se hallarían dominadas por veinte ó treinta cañones que no se podrían contrabatir ni con tiros de rebote desde ninguna posición de las que los rodean y esas consideraciones han obligado á abandonar la idea de acometer ese ataque y á emprender el que hemos descrito.=«El general de división, firmado; Sanson=El general de Artillería, firmado; Taviel=El general de dìvisión, firmado; Verdier.»

NÚMERO 7

—

ESTADO DE LA TROPA QUE HABIA EN EL CASTILLO de Monjui el dia del asalto.

DESTACAMENTOS.	Sargentos.	Tambores.	Cabos.....	Soldados..	Total.....
Real cuerpo de Artilleria...............	2	»	4	44	50
Idem de Zapadores....................	1	»	1	18	20
Regimiento de Ultonia................	6	1	10	90	107
Idem de Borbon.......................	8	2	14	120	144
2.º de Barcelona......................	8	2	18	180	208
1.º de Gerona..........................	5	2	12	106	125
1.º de Vich..............................	5	2	10	136	153
Total.............	35	0	69	694	807

NÚMERO 8

—

Organizacion de la compañía de Santa Bárbara

«Don Mariano Alvarez de Castro, etc., etc. Habiendo entendido el Excelentísimo Sr. Marqués de Coupigni, general del ejército de Cataluña, el espíritu, valor y patriotismo de las señoras mujeres gerundenses, que en todas épocas han acreditado, y muy particularmente en los sitios que ha sufrido esta ciudad y en el riguroso que actualmente les ha puesto el enemigo; deseando hacer público su heroísmo y que con más acierto y bien general puedan dedicar y emplear su bizarro valor en todo aquello que pueda ser en beneficio comun á la Patria, y muy particularmente de los nobles guerreros defensoros de ella, y que á su tiempo tenga noticia circunstanciada S. M. del inaudito valor y entusiasmo de las señoras mujeres gerundenses, para recompensar con distinciones sus méritos y servicios, sean premiadas con un distintivo honorífico y de mérito, y de hacerlas dotar para que contraigan su alianza de matrimonio decente y sin deshonor el menor á las familias, y eternizar los dignos nombres de tales heroínas; ha venido S. E. con órden del 22 del actual en disponer y mandar que se forme una compañía de 200 mujeres, sin distinción de clases, jóvenes robustas y de espíritu varonil, para que sean empleadas en socorro y asistencia de los soldados y gente armada que en accion de guerra tuviesen la desgracia de ser heridos, llevarlos en sus respectivos puestos todo cuanto sea necesario de municiones de boca y guerra, á fin de que por este medio se disminuyan las fuerzas de los guerreros que se oponen al enemigo, previniendo que se nombre á tres de dichas señoras mujeres para comandantes de la expresada compañía, con el título de primera, segunda y tercera comandanta, para distribuir las órdenes á los puestos y puntos donde deban acudir, comisionando para la organizacion de la compañía á los Sres. D. Baudilio Farró y Roca y D. Juan Perez y Claras, he resuelto que se haga publicar esta disposicion de S. E. por medio de edictos, á fin de que inteligenciado el bello sexo del aprecio que merece á S. E., puedan presentarse ante dichos Sres Comisionados, que se hallarán en la sala capitular del M. I. Ayuntamiento, á dar sus nombres y á alistarse en la mencionada nueva compañía; en inteligencia, que en llegando su número á 100 se convocarán para elegir y nombrar ellas mismas las que consideren más á propósito para regir y gobernar la compañía. Y me prometo del acendrado patriotismo que, sin perder un instante, acudirán á porfia las señoras mujeres aptas para dichos servicios á alistarse, para que desde luégo puedan entrar en el desempeño de tan glorioso servicio; asegurándolas que no omitiré el recomendar sus méritos á S. E. para que los lleve á S. M., para dispensarles las mercedes y gracias á que se hayan hecho acreedoras por tan inauditos servicios. Gerona, 28 Junio de 1809.—Mariano Alvarez.—De órden de S. S.—Dr. D. Andres Cavallero, secretario.»

Esa organizacion se extendió luego á la de otras dos compañías.

En una carta del entonces oficial de Ultonia, D. Pedro Bruguera, nonagenario despues retirado en Barcelona, decia no hace aún muchos años: «Bien quisiera poderte dar una extensa noticia de las compañías de Santa Bárbara de Gerona; pero como ha pasado tanto tiempo, sólo te diré que es-



taban compuestas de mujeres de la clase media del pueblo, á excepcion de la capitana de una de ellas, que era la señora de D. Latino Fitz-Gerald, capitan de Ultonia; que se formaron las dos compañías á propuesta del general Alvarez, con el objeto de recoger los heridos y proporcionar municiones y agua á la tropa en dias de ataque, y esto lo ejecutaban á las mil maravillas; y en prueba de lo dicho, que cuando se voló la torre de San Juan sé yo que extrajeron de las ruinas vivo al comandante de dicha torre D. N. Armadá completamente chafado, y fué tanto el cuidado que tuvieron en su conduccion por ellas mismas, que seguramente á ellas solas fué debida su salvacion, como que posteriormente estuvo en esta (Barcelona) de abogado trabajando con bastante nombradía, despues de curadas de seis á siete heridas mortales, sin otras muchas que no lo eran.»

En otra carta dice que, ademas de la Fitz-Gerald, mandaban doña María Angela Bibern, doña Ramira Nouvilas y doña Cármen Custi.

Hemos leido tambien en algun manuscrito que tambien se distinguieron doña Ignacia Bibern, doña Francisca Artigas en aquellas compañías, y doña M.ª del Pilar de Cárles, por su caridad inagotable distribuyendo víveres á los necesitados.

He aquí ahora el párrafo que el P. Cúndaro dedica en su manuscrito al elogio de la conducta observada por las señoras de las compañías de Santa Bárbara despues del primer asalto de Montjuich.

Pero la posteridad leerá con admiracion y acaso no querrá creer lo que en punto de entusiasmo, esfuerzo y magnanimidad hicieron las señoras mujeres de la compañía de Santa Bárbara. Gerona lo vió, el Principado y la Nacion entera lo oirá con asombro. Sin embargo de que segun su instituto y reglamento debian unicamente hacer el servicio en los baluartes y la muralla de la ciudad, hubo muchísimas entre las alistadas, que se ofrecieron voluntarias á hacerle en el mismo castillo de Montjuich, furiosamente batido y amenazado próximamente de asalto por la grande brecha, y en el que caian como lluvia y granizo las balas, bombas y granadas ofreciendose al mismo tiempo hacer igual servicio en los demás fuertes dependientes de la Plaza. Esta bizarra resolucion, que asombró á los mas arrestados atletas y guerreros de la guarnicion, comunicaron las señoras Comandantas de la expresada compañía á los dos mencionados comisionados de su dirección, prometiendo llevar inmediatamente á efecto y dar aquel mismo dia que era el 6 de Julio, un destacamento de voluntarias para auxiliar á los defensores del Castillo. Trasladaron aquellos al Gobernador Comandante General de la vanguardia la asombrosa proposicion de las amazonas y heroinas de Gerona, para que en el caso de considerarla admisible, tuviese á bien señalar la fuerza de que debía constar el indicado destacamento para aprontarlo desde luego. Pasmóse el General no creyendo que pudiese caber tamaño entusiasmo en el sexo mujeril, y quedó firmemente asegurado de que todo era heroico en la inclita ciudad que defendía. Contestó inmediatamente al oficio de los Sres. Comisionados en los términos siguientes que voy á copiar á la letra para que se conserve, como lo prometió dicho Jefe, indeleble la memoria de un rasgo tan precioso de valor y bizarría. Decía así la contestacion:

«He visto con particular satisfaccion el parte que me dan con fecha de hoy ustedes, manifestandome los deseos de las señoras Comandantas y demás alistadas en la compañía de Santa Bárbara, para que se estienda su instituto á socorrer voluntariamente los Castillos y Fuertes dependientes de esta Plaza con un destacamento de voluntarias mandado por las señoras



Comandantas, comenzando desde luego á verificarlo al Castillo de Montjuich que bate el enemigo, y enterado de todo, tengo por conveniente que no se lleven á efecto los buenos deseos de las señoras Comandantas é individuos de las compañías de Santa Bárbara, por no ser preciso el destacamento de voluntarias que ofrecen dar desde luego al Castillo de Montjuich; pero conservaré indeleble memoria de un rasgo de bizarría y valor, cuya heroicidad no tiene ejemplar en los fastos de la historia, y emplearé las voluntarias de Santa Bárbara en los casos y puntos que permitan las circunstancias, y dispondrán ustedes que se junten las señoras Comandantas, para hacerlas saber esta mi resolucion, y el aprecio que hago de su acendrado entusiasmo, encargándolas que lo manifiesten así á las individuas de su mando, dando á todas de mi parte las más expresivas gracias, y asegurándolas, que de tan sublime resolucion daré parte al Excmo. Sr. Capitán General en Jefe de este Ejército para su noticia y satisfaccion.

»Dios guarde á ustedes muchos años.—Gerona 6 de Julio de 1809.—Mariano Alvarez.—Señores Baudilio Farró y Roca y D. Juan Perez Claras, encargados del cuidado de la compañía de Santa Bárbara.»



NÚMERO 9

RELACION *de los Sres. Oficiales y Plana mayor que componia la guarnicion de Monjuich en este dia.*

Gobernador interino.	D. Guillermo Nasch. Comandante del Regimiento Ultonia.
Segundo Comandante	D. Blas de Furnas. Capitan graduado teniente coronel de Borbon.
Ayudantes..........	D. José Fernandez. Teniente. Regimiento de Borbon. D. Manuel Prino. Subteniente del mismo. D. Francisco Florez. Idem idem.
Cirujano...........	D. José Luis.
Real Cuerpo artillería	D. José Taberné. Capitan. D. José Medrano. Teniente. Agregado D. José Puig. Capitan del 1.° de Gerona.
Idem de Ingenieros..	Agregado D. José Ortega. Capitan del 2.° de Barcelona. Idem D. Joaquin Santella. Teniente del de Borbon. D. Matias Narich. Subteniente de Zapadores.
Regimiento de Ultonia..............	D. Antonio Peirson. Capitan. D. Miguel Peirson. Teniente. D. José Coluby. Idem. D. Mariano Solas. Idem. D. Paulino Novilas. Idem. D. Alonso Peon. Idem. D. Manuel Llauder. Idem. D. Manuel Ruiz. Subteniente.
Idem de Borbon.....	D. Juan de Candy. Capitan. D. Juan B.ª Bauduy. Teniente. D. Vicente Mas. Subteniente. D. Antonio Alonso. Idem.
2.° de Barcelona.....	D. Francisco de P. Grifols. Capitan. D. José Paler. Idem. D. Pedro Rivas. Subteniente. D. José Felip. Idem. D. Ramon Suñer. Idem. D. José Bancot. Idem. D. Narciso Doria. Idem. D. Manuel Jorje. Idem.
1.° de Gerona.......	D. Francisco Pons. Capitan. D. Manuel Gibert. Teniente Ayudante del 2.° Comandante. D. José Burell. Teniente. D. Antonio Navarro. Subteniente. Agregado D. José Puig. Teniente del 3.° de Berga.
1.° de Vich.........	D. José Isern. Capitan, muerto en la T.ª de S. Juan. D. Pablo Roca. Idem. D. Ramon Santigosa. Graduado de idem. D. Jaime Subirana. Teniente.

1.º de Vich..........	D. José Viñet. Teniente. D. José Nadal. Idem. D. Domingo Villar. Idem. D. Mariano Montero. Idem. D. José Almaras. Idem, herido torre S. Juan. D. Gaspar Griell. Subteniente. D. Miguel Baciny. Idem.
Total................ 49.	

Estado *de los Sargentos, tambores, Cabos y soldados de que se componia esta guarnicion.*

DESTACAMENTOS	Sargentos	Tambores	Cabos	Soldados	TOTAL
Real Cuerpo de Artilleria............	2	»	4	44	54
Zapadores..........................	1	»	1	8	10
Regimiento de Ultonia..............	6	1	10	90	107
Idem de Borbon.....................	8	2	14	120	144
2.º de Barcelona...................	8	2	18	180	208
1.º de Gerona......................	5	2	12	106	125
1.º de Vich........................	5	2	10	136	153
TOTAL...............	53	9	69	684	797

En el servicio diario de guardias, retenes y escuchas se empleaba la mitad de la fuerza y lo restante en esta forma: Los Granaderos de Ultonia, como cuerpo más antiguo, en el frente de la brecha detrás de la primera cortadura; en esta se hallaba un mortero cuya pieza la mandaba el Capitan de Artillería D. José Taberné; en la cortadura de la derecha de la brecha que la flanqueaba los granaderos de Borbon y un cañon de á cuatro (á causa de que el otro fué desmontado por el enemigo aquella noche) mandado por el teniente D. José Medrano; á retaguardia de los Granaderos de Ultonia y Borbon sesenta hombres para reemplazo de los muertos y heridos de estos, y lo restante, esceptuando cien hombres que se hallaban de cuerpo de reserva en el centro de la Plaza del Castillo, mandados por su Gobernador, repartidos en las cortinas y otros puestos que tienen destinado por la noche desde que principiaron á batir el Castillo; en el baluarte de la derecha del frente batido, un cañon de á ocho que flanqueaba la brecha y el foso, mandado por D. José Puig, Capitan del primero de Gerona agregado á la artillería; en el tambor de la poterna que sale al puente del Revellin se hallaba colocado un Obus de á seis, este flanqueaba la brecha por la parte del foso y la Plaza de Armas del camino cubierto, lo mandaba un Cabo por falta de Oficiales y Sargentos de Artillería; y en el flanco del baluarte vacio que mira al baluarte batido en brecha, estaba un Obus de á seis mandado por un Sargento, el que disparaba

contra los enemigos que para libertarse del fuego del Revellin intentaban bajar al foso por delante de la cara izquierda del baluarte batido, estaban colocados detras de la segunda cortadura y mirando á la rampa del baluarte un Obus de á ocho y un cañon de á veinticuatro y otro de á diez y seis al lado de la habitacion arruinada del Gobernador, flanqueando dicha rampa, cuyas piezas se habian retirado del baluarte así que su parapeto se halló enteramente desmoronado; en el Revellin se habia igualmente colocado un Obús de á ocho que tambien flanqueaba la derecha; Este el del tambor del frente del puente de comunicacion, el del baluarte vacío dispararon en lo más vivo de los asaltos sesenta y dos tiros de metralla, la que consistia en setecientas balas de fusil cada una.

Los doce desertores que habia en el Castillo se empleaban en los trabajos de más riesgos, y por la noche se hallaban á la entrada del Blindage del Gobernador, seis de ellos con faroles y los restantes con hachas, las que se encendian en caso de alarma y se repartian en los estremos de la Plaza del Castillo para el alumbrado, conduccion de heridos y que los empleados de la Artillería y demas para las municiones pudiesen con mas libertad y mayor acierto desempeñar cada uno sus funciones.

Desde el principio del sitio había en el Castillo tanto para el trasporte de la Artillería de unos puntos á otros como para conducir municiones á donde se necesitaban, ocho mulas y dos mozos.



NÚMERO 10

ESTADO DE LA PÉRDIDA QUE TUVO EL CASTILLO DE MONJUÍ DURANTE TODO EL TIEMPO DE SU DEFENSA

	Capitanes.	Tenientes y Subtenientes	Sargentos.	Tambores.	Cabos y Soldados.	Total.
Muertos........	6	11	19	2	492	530
Heridos........	9	17	23	6	377	432
Total....	15	28	42	8	869	962

Tiros que por un cálculo prudencial han disparado los enemigos contra la Plaza y el castillo de Monjuí, desde el dia 13 de junio hasta el 11 de este mes; sin comprehender los muchos tiros de cascos y piedras disparados con los morteros contra el Castillo.

	BALAS.	GRANADAS.	BOMBAS.
Contra el Castillo..................	23,130	3,092	2.590
Idem á la Plaza..................	14,720	2,287	7,783
Totales...........	37,850	5,879	10,373

NÚMERO 11

Estado de la organizacion y fuerza del ejército de la izquierda en 28 de noviembre de 1809, con espresion de las tropas del mismo ejército que se hallaron en Alba de Tormes en la misma época.

Divisiones y sus comandantes	Cuerpos de que se componian	FUERZA TOTAL: Gefes y oficiales	Tropa	Caballos
Vanguardia — Mariscal de campo D. Martín de la Carrera.	*Infantería.*—Príncipe.—Zaragoza.—1.º de Cataluña.—2.º de ídem.—Gerona. — Barbastro. — Escolares de Leon.—Vitoria.—Monforte.—Lemos. — Muerte. — Zapadores y Artillería....................	363	7050	»
1.ª Division — Mariscal de campo D. Francisco Javier Losada.........	Granaderos provinciales.—Leon.—1.º y 2.º de Aragon.—Voluntarios de la Corona.—1.º de Barcelona.—Regimiento del general.—1.º y 2.º batallon de la Union.—Orense.—Betanzos.—Compañía de guardias nacionales.—Zapadores.—Artillería........................	351	7985	»
2.ª Division — Mariscal de campo conde de Belveder.....	Dos bat. del reg. infantería del Rey.—1.º y 2.º de Zamora.—1.º y 2.º de Sevilla.—1.º y 3.º del de Toledo.— Hibernia. — Voluntarios de Navarra.—Idem de Santiago.—Lovera.—Zapadores.—Artillería....	344	6415	»
3.ª Division — Mariscal de campo D. Francisco Ballesteros.	Navarra.— Princesa.— Oviedo.— Covadonga.— Villaviciosa. — Candas y Luanco.—Castropol.—Pravia.—Cangas de Tineo.—Grado.—Infiesto.— Lena. — Zapadores. — Artillería..........................	368	9633	»
4.ª Division — Teniente general D. Nicolas Mahy........	La 4.ª division se hallaba en Galicia y provincia del Vierzo...........			
5.ª Division — Brigadier Marques de Castrofuerte........	Tiradores de Ciudad-Rodrigo.— 2.º de Ciudad-Rodrigo.—Voluntarios de Fernando 7.º—Provincial de Leon.—Idem de Logroño.—Idem de Toro.—Idem de Valladolid.—Zapadores.—Artillería..........	245	5912	»

Divisiones y sus comandantes	Cuerpos de que se componian	FUERZA TOTAL Gefes y oficiales	Tropa	Caballos
En el cuartel general........	Batallon del general..............	40	897	»
Division de caballería Mariscal de campo Príncipe de Anglona.....	Regimiento caballería de Borbon.—Idem de Sagunto.—Idem de Granada de Llerena.—Total 3 regimientos......................	83	1053	868
Guarnicion de Ciudad - Rodrigo Gobernador Don Pedro Quijano, brigadier y coronel del regimiento de Mallorca........	Reg. de Mallorca.—1.º de Ciudad-Rodrigo.—3.º de ídem.—Voluntarios de Avila.—Provincial de Segovia.—Total 6 batallones.......	185	3817	»

RESUMEN

Divisiones	Gefes y oficiales	Tropa	Caballos	Gefes y oficiales	Tropa	Caballos
Vanguardia..................	363	7050	»	1979	42762	868
1.ª Division..................	351	7985	»			
2.ª ídem......................	344	6415	»			
3.ª ídem......................	368	9633	»			
5.ª ídem......................	245	5912	»			
Batallon del general...........	40	897	»			
Caballería.....................	83	1053	868			
Guarnicion de Ciudad-Rodrigo .	185	3817	»			
Bajas						
Rancheros, cuarteleros y asistentes..........................	»	2811	»	487	14779	»
Enfermos	»	5601	»			
Comisionados...................	262	1311	»			
Idem ausentes de la 5.ª Division.	40	1239	»			
Guarnicion de Ciudad Rodrigo.	185	3817	»			
Quedan disponibles.......				1492	27983	868

NOTAS

1.ª La 4.ª Division se hallaba en Galicia y provincia del Vierzo.

2.ª Habia en el ejército 36 piezas de artillería, á saber, 25 cañones de á 4, dos de á 8, dos de á 12 y siete obuses de á 7 pulgadas.

3.ª La Division de caballería mandada por el príncipe de Anglona constaba á la salida de Cáceres de 83 gefes y oficiales, 1050 hombres y 995 caballos presentes.

Plana mayor

General en gefe..............	El teniente general, duque del Parque.
General en 2.º...............	El mariscal de campo D. Gabriel de Mendizabal.
Mayor general de infantería...	El mariscal de campo D. José María Carvajal.
Generales empleados en el ejército......................	El teniente general D. Joaquin Velarde. El mariscal de campo D. Andres Perez Herrasty.
Comandante general de artillería......................	El brigadier D. José García de Paredes.
Idem de ingenieros...........	El brigadier D. Carlos Lemaur.

NÚMERO 12

—

Parte dado al mariscal Jourdan por el general Marchand sobre la batalla de Tamames, traducido de las memorias del Rey José.

«El enemigo ocupaba una cresta muy escarpada á un tiro corto de cañón de Tamames; cresta que seguía elevándose por la derecha de su línea y se enlazaba con montañas inaccesibles. Por su izquierda, llegaba con pendiente suave hasta una hermosa meseta, tras de la cual estaba formada en batalla toda la caballería enemiga. Por ese lado es por el que se ha dirigido el ataque principal. El general Maucune estubo encargado de él con el 6.º de infantería ligera, el 69.º de línea, un batallón de tiradores y cinco piezas de artillería. El general Lorcet apoyaba ese ataque con el 3.º de húsares y el 15.º de cazadores; teniendo detras el 15.º de dragones como en reserva.»

«El general Marcognet fué encargado del ataque del centro con los 39.º y 76.º formando dos columnas. El ataque de la izquierda iba dirigido por el general Labasset, llevando á sus órdenes el 25.º de infantería ligera: los 27.º y 59.º de línea con el 25.º de dragones quedaron de reserva.»

«Estas tres columnas se pusieron al mismo tiempo en movimiento. Apenas principió la acción, el enemigo que hasta entonces había tenido todas sus fuerzas ocultas, las desplegó á nuestra vista. Una masa de 15 mil hombres se oponía al general Maucune que se adelantaba el arma al brazo: el enemigo tenía en aquel lado, á su frente, 7 piezas que no rompieron el fuego sino á corto tiro de metralla, no teniendo tiempo más que para hacer cada una un solo disparo, con lo que el 3.º de húsares y el 15.º de cazadores llegaron á todo correr hasta ellas, acuchillaron á los artilleros y apoderáronse de las piezas en medio de una granizada de balas. La caballería enemiga que esta columna había dejado sobre su derecha, cargó en aquel momento tomándola por el flanco y retaguardia; pero el 3.er batallón del 69.º dió media vuelta á la derecha y recibió á aquella caballería con un fuego de fusilería tan vivo que la hizo retroceder inmediatamente. El general Maucune seguía avanzando, y ya no estaba á más de treinta pasos del enemigo formado en batalla y atrincherado detras de las rocas; pero su tropa sufría sin poder hacer mucho daño al enemigo, Entonces es cuando se pronunció el movimiento retrógrado de nuestra parte, siendo imposible apoderarnos de aquel punto ante fuerzas tan superiores en número; por lo que se adelantó el 2.º para sostener la retirada de aquella columna que fué á reunirse detras de él, Entre tanto, la caballería enemiga incomodaba á la nuestra mucho más debil que ella; y el 15.º de dragones, que estaba en reserva, avanzó dando una hermosa carga y rechazando aquella caballería despues de haber acuchillado á una centena de hombres.»

«De las 7 piezas cogidas no hemos conservado más que una; habian cortado los tirantes de las otras: por nuestra parte nos hemos visto obligados á abandonar una de las nuestras que se nos había sido desmontada.»

«Mientras sucedía esto en la derecha, las columnas del centro y de la izquierda andaban á su vez á las manos ganando con trabajo las faldas de la montaña herizada de dificultades, estando la pendiente sembrada de rocas, detras de cada una de las cuales se habían emboscado los enemigos que así disparaban á tiro seguro. La cresta se hallaba coronada de tropas que tam-



bien nos hacían mucho daño. El 25.º ligero, que formaba la izquierda, encontró fuerzas muy superiores, y apoyando á derecha se unió á la columna del centro; el enemigo tenía en su derecha 4 piezas que cogían de flanco á las dos columnas pero aun cuando todas estas dificultades no detuvieron á nuestros soldados y ya estaban para llegar á la cima, el movimiento retrógrado de la izquierda (debería decir *de la derecha)* decidió á los jefes á disponer la retirada. Obstinación mayor de su parte no hubiera podido producir sino efectos extremadamente perniciosos; porque jamas habriamos logrado mantenernos en aquella posicion con la poca gente con que se hubiera llegado. Entonces, todas nuestras tropas volvieron á situarse en la posicion que ocupaban antes del combate. Allí permanecimos dos horas en presencia del enemigo para vendar á nuestros heridos y ponerlos en marcha; habiendo tenido la satisfacción de llevarnos todos.»

«A las tres de la tarde comenzamos la retirada sostenida por los 27.º y 59.º de línea, durante la cual teníamos que recorrer dos leguas de desfiladeros y bosques. El enemigo bajó entonces de las rocas y mostró bastante empeño en perseguirnos; pero fué contenido con una sangre fría admirable por nuestros batallones que parecían maniobrar en un ejercicio. En la retirada sobre todo es cuando hemos hecho mucho daño al enemigo. Nuestras pérdidas han sido de 1.300 hombres entre muertos y heridos.»

Hé aquí ahora el parte del duque del Parque:

El Excmo. Sr. duque del Parque, general del exército de la izquierda, ha dirigido el oficio y documentos que siguen, relativos á la batalla de Tamames.

Excmo. Sr.:—Los enemigos, como tengo participado á V. E., llenos del orgullo que forma su carácter, y animados de las victorias debidas unas veces á la superioridad de fuerzas, y otras á sus manejos, intentaron atacarme el 18 del pasado con todas las del cuerpo de exército del mariscal Ney, que manda el general de división Marchand en mi posición de la villa de Tamames, persuadidos que con solo presentarse, les habíamos de ceder el terreno.

Fieros con esta idea y despreciando tal vez nuestros muchos soldados visoños, formaron á nuestra vista sus columnas de ataque con el aparato de una ostentosa parada, y como si estuvieran seguros de la victoria, y seguidamente destacaron una division de 4.000 infantes y 700 caballos á nuestra izquierda: y 3.500 de infantería á nuestra derecha.

Estas primeras disposiciones no me dexaron duda que sus intenciones eran de forzar uno de los flancos para envolver por la espalda nuestra posición; en vista de esto espedí las órdenes convenientes al general de la segunda division conde de Belveder, que en este dia formaba la reserva, excepto algunos cuerpos que tenia á la derecha de la primera division, para que con la mitad de sus fuerzas se dirigiese á la izquierda, si observaba que era necesario refuerzo en aquel flanco, y que con el resto atendiese á los puntos más amenazados del centro y derecha, ínterin que yo reconocia el órden con que realizaban sus ataques los enemigos.

La vanguardia al mando de su general el mariscal de campo D. Martin de la Carrera que ocupaba nuestra izquierda, por ser donde principiaba la altura en que estábamos situados á terminar la llanura por una suave pendiente muy accesible, recibió el decidido y violento choque de los 4.000 infantes y 700 caballos con una firmeza inexplicable, para dar lugar á que nuestra caballería que tenia á su izquierda y flanco colocada en un bosque, saliese como yo habia prevenido á atacar repentinamente las colu-



ñas enemigas. Nuestra segunda brigada en el intermedio, deseando aprovecharse de los movimientos enemigos, y que las 4 piezas de artillería de á caballo que la sostenian obrasen mas libremente, intentó variar un poco su posición á retaguardia; pero la enemiga luego que lo percibió, al momento precipitó su carga á gran galope consiguiendo por el pronto hacerla retroceder algun terreno y poner en duda unos instantes el éxito de la accion, en los que quedó descubierta parte de la artillería, y fueron acuchillados algunos individuos de esta distinguida arma. En esta crítica situacion llegué con mi segundo el mariscal de campo D. Gabriel de Mendizabal, y todo mi estado mayor á la vanguardia y conocí que sin un esfuerzo repentino y resuelto, no era fácil reparar el mal; por lo que emplée toda mi plana mayor para que usando de quantos medios le sugiriese su ardor y zelo se ocupara en contener la tropa que principiaba á retrogradar. Mi segundo el mariscal de campo D. Gabriel de Mendizabal echó pié á tierra, y poniéndose entre las filas contribuyó con su exemplo y persuasiones á que volviese á la carga; como los demas individuos del estado mayor que formados en ala la contuvieron con vigor y firmeza. En este tiempo el mariscal de campo D. Martín de la Carrera, á la cabeza de su division, y envuelto entre los enemigos esforzaba y animaba su tropa á que atacase á la bayoneta, lo que consiguió con su exemplo y bizarría, habiendo recibido su caballo dos balazos y una cuchillada. El mariscal de campo príncipe de Anglona, puesto al frente de la primera brigada y la segunda ya reunida, contribuyó en mucho por su parte á rechazar al enemigo, persiguiéndole hasta que se puso al abrigo de su infantería, dexando el campo sembrado de cadáveres: demostró en la accion este jóven general inteligencia en su arma y resolución nada comunes. El mariscal de campo conde de Belveder tomó al mismo tiempo con su division medidas muy oportunas con que coadyuvó á la reunion de la segunda brigada y á impedir que el enemigo pudiese penetrar por la izquierda de nuestra retaguardia. Animados los bizarros cuerpos que componen la división de vanguardia por los generales y oficiales y llenos de un arrojo que solo presenciándose podria concebirse, completaron la derrota del enemigo que se puso en vergonzosa fuga y dispersion.

Interin acontecia esto por nuestra izquierda, el centro y la derecha apoyada en la parte de altura de áspero acceso que cubria la primera division al mando de su general el mariscal de campo D. Francisco Xavier de Losada, sostenia con no ménos denuedo el vigoroso y tenaz ataque de los 3.500 hombres que prolongándose en la extensión de la línea se lisongeaban de forzar algun punto; pero sus obstinados intentos fueron inútiles, pues en todas partes hallaron regimientos llenos de honor y bizarría, y soldados mandados por un general digno de todo elogio, y resueltos á morir ántes que perder un palmo de terreno. Conociendo los enemigos tal determinación y que solo una pronta fuga podria libertarlos, se entregaron á ella precipitadamente y en el mayor desórden, casi al propio tiempo que sus colunas de la derecha, dexándonos el agradable espectáculo de ver cubierta la llanura en que una hora ántes habian formado con tanta pompa y satisfacción sus colunas de ataque, de sus cadáveres, y de mas de 5.000 hombres que huian á porfía del alcance de nuestra temible artillería y de nuestros bizarrísimos tiradores.

Reunidos los dispersos de la derecha é izquierda á las colunas de reserva, aparentaron los enemigos querer renovar el ataque; pero lo adelantado del día, el vivo y sostenido fuego de nuestros tiradores que desprecian sus



vidas como el mejor soldado de Europa, y la gran pérdida que habian experimentado les impidió de sostener esta apariencia, y tomaron el solo partido de retirarse al bosque inmediato situado en el camino de Salamanca, á donde se dirigieron; lo que tampoco hubieran conseguido sin muy considerable descalabro si los encinares espesos que se encuentran en aquella dirección, y la proximidad de la noche no hubiesen hecho arriesgado el perseguirlos con todas las fuerzas; por lo que me fué preciso limitarme á que los tiradores que componian una fuerza de 3.000 hombres, sostenidos con guerrillas de caballería, los siguiesen como lo verificaron al alcance aquella noche y mañana siguiente hasta dos leguas de Salamanca, causándoles notable daño.

Faltaria á mi deber si quisiera citar un cuerpo por haberse distinguido, pues todos han rivalizado en valor y firmeza, de una manera que los honra mucho, y que serían muy digno de que los buenos españoles hubieran presenciado como yo el mérito real que han contraido. En igual dificultad me hallo relativamente á los xefes, oficiales y demas individuos: pues todos han llenado sus deberes en tales términos que es imposible exigir más. Sin embargo, como los xefes de cada division son los que pueden deponer del mérito particular que contraxeron sus súbditos, como que los observan más de cerca, solo recomendaré á V. E. para que se sirva hacerlo presente á S. M. á los que segun sus oficios, que conservo, han contraido algun servicio extraordinario digno de recompensa.

«Aquí siguen las recomendaciones de los que más se distinguieron en aquella batalla.»



NÚMERO 13

—

Excmo. Sr.:—Con harto sentimiento mio hablo aun á V. E. de cosas que se refieren á la retirada de Santander, pero á proporcion acaso que los peligros van pareciendo á algunos mas lexanos, asoma en ellos la ambicion, y las falsas pasiones procurando deslumbrar y obscurecer, si posible es, la verdad y la justicia. Yo he consultado á una y otra en quanto mis alcanzes me lo han permitido, y con arreglo á ellas, llegado que fui aqui, di parte á V. E. de lo ocurrido en Santander, y de las disposiciones que habia tomado en mi retirada.

Todo lo hice para que V. E., á quien venero y respeto, supiese la verdad de lo acaecido, y aprobase, de lo que habia dispuesto, lo que tuviese por conveniente.

Me ha sido empero muy sensible el saber por el Excmo. Sr. D. Nicolás Mahy que V. E. cree que yo he prodigado en aquella ocasion los premios. Tal idea no puede nacer sino de los que entonces no cumplieron con su dever, y abandonaron tristemente su fama y honor.

Dixe ya á V. E. lo que ocurrió, y se lo dixe con el carácter sencillo de la verdad, y del de quien no tiene otro interés que el de sacrificar sus trabajos, y su vida á su patria. Y ya que no se atendiese, para creerlo á la evidencia, quedan el resultado de las operaciones, y la voz unánime de quantos alli asistieron, el General Noviot lo dice en dos oficios que dirige al Duque de Treviso, y que he cogido en la ultima valixa.

Responde á las reconvenciones que le hace al Duque de no haberme perseguido, y desecho con los quatro á cinco mil hombres que yo habia logrado reunir en mi retirada, y prueva que tuve obstáculos que vencer, y que se tomaron disposiciones para atacarme, y perseguirme.

A V. E. le consta por las relaciones que le he embiado, que en aquella crítica situacion no me quedaba parage alguno á donde bolver los ojos. Ignoraba enteramente el paradero de V. E., consideraba ocupado á Asturias, y me veia rodeado por todas partes de enemigos, ¿qué medida, pues, pude yo haber tomado que no hayan autorizado las circunstancias en que me encontré? Usé de las facultades que V. E. me habia conferido, y por corresponder al honor que con ellas me habia hecho, tuve el bastante para no abandonar mis soldados ni los de los otros Gefes, y ellos tuvieron confianza en mi, para salir conmigo de los gloriosos peligros en que nos vimos. Atravesamos juntos las filas enemigas, y me vi desde el puente de Solies á Santoña con quatro á cinco mil soldados que apenas tenian oficiales que los mandasen.

Lo primero, pues, que tuve que hacer fué arreglar las compañías, y los cuerpos, nombrando los Gefes y oficiales que les faltaban, para cortar el desaliento que esta falta devia inspirar á las tropas, y animarlas con una recompensa.

A ningun oficial di mas que un grado, contando siempre para su validacion con la aprobacion de V. E. y no di semejante premio mas que á los que realmente se reunieron conmigo. ¿Podia hacerse menos con los que se habian expuesto, y lo estaban aún en medio de los mayores riesgos?

Mi tropa, Excmo. Señor, no habria necesitado ninguna de estas medidas, porque no la faltaban Gefes, porque iria á donde yo, y reconocido de ella,



estaba seguro de que no faltaria á su obligacion, pero devia prevenir lo que pudiese suceder con los soldados de la otra Division, y para esto devia sugetarlos á la disciplina y al orden.

Lo expuesto parece que ha excitado celos y disgustos, sin que haya sido en verdad mi animo alterar la opinion de nadie, y que solo compitiria á un Consejo de guerra el decidirlo. Pero si me es muy amargo que se hagan dudosas las facultades que V. E. me ha concedido, maltratando y despreciando á los oficiales que á impulsos de su honor y celo me acompañaron en el peligro. Se ha hecho empeño en esta ocasion de cometer toda especie de torpeza conmigo, y el desacreditarme á mi y á mi tropa, porque no se puede tolerar la reputacion que ha adquirido. Y estos escándalos me serian indiferentes si no se hiciesen bajo la apariencia de la aprobacion de V. E., y si la patria no viese que no se le ha dado satisfacción alguna de lo ocurrido en Santander, dexando indecisa su opinion, y premiando la de aquellos en que cabe tacha. En un tiempo en que hay una representacion nacional, las apariencias no pueden ofuscar la justicia; y todo hombre honrado deve exigirla por interés de su misma patria. Desde estos acasos todo se temió por algunos hombres: temieron el no bolver á tener soldados que mandar, y temieron por esto mismo que no se aclarasen algunos hechos que era preciso ocultar. No podian en efecto tener mando en sus soldados, porque les abandonaron, y sin instruccion alguna, ni haber hecho esfuerzo alguno para dársela, ni reunirse con ellos, y por este hecho solo no pertenecian, por decirlo así, á su cuerpo. Esto no obstante se presentaron en él quando se les llamó, y yo mismo lo permití. ¿Podria creerse, pues, que desaprobando su conducta, se aprobase tácitamente la de los que faltaron vilmente á la patria y al honor? Si esto se permitiese, no creo que haya nada que esperar en el orden y disciplina de la tropa, y no tendria por justificada mi conducta. Me consideraria sin mando alguno, porque esto solo haria nulas todas mis disposiciones; pido, pues, que V. E. apruebe los grados que he dado á los oficiales de mi Division, y que apruebe todo lo que dispuse en la retirada de Santander para que se distingan los oficiales que cumplieron con sus deberes de los que no lo hicieron así.

Esto lo exige mi honor, lo merecen las fatigas y peligros que he arrostrado todo un invierno de las que no me acordaria en este momento si no se tratase de hacerlas olvidar, quando menos lo he merecido.

Pido, pues, simplemente, que V. E. me haga justicia, para en el caso contrario recurrir á la Suprema Junta Central, que no desconocerá las razones que me asisten.

Dios guarde á V. E. muchos años. Oviedo y Agosto 5 de 1809.—Excelentísimo Sr.:—Juan Diaz Porlier.—Excmo. Sr. Marqués de la Romana.



NÚMERO 14

—

Alcalá no volvia ni por otro conducto me llegaban las instrucciones de V. E., mientras tanto el enemigo abanzaba por su frente y establecia sus Baterias que dirigia con acierto sobre mis masas; por la izquierda su Caballeria empezaba á dejarse ver, y el Pueblo ya se hallaba ocupado por algunas tropas ligeras, de suerte que todo dictava la necesidad de variar de posicion ó emprender la retirada, para lo qual di mis disposiciones situando la Artilleria ventajosamente con objeto de contener la marcha rápida con que el enemigo se adelantaba ú minorar sus fuegos, lo que se consiguió por el acierto y vizarría con que se egecutaban dichas órdenes; mi izquierda estaba apoyada y sostenida por la Caballería de vanguardia al mando del Brigadier D. Josef de Rivas; la Infanteria se movia magestuosamente, y cada veinte ó treinta pasos se detenia para hacer frente á los enemigos; por la derecha casi nada debia temer: Osorio con los Cuerpos Dragones de Granada, Granaderos de Fernando 7.º, Lusitania y Farnesio me cubria; no obstante, viendo que el enemigo formaba ya algunos Caballos á las inmediaciones de la Hermita de San Sebastian, comisioné á mi Ayudante de Campo el Capitan de Dragones de la Reyna D. Juan de la Hera para que previniese á Osorio los cargase con la mayor firmeza, este Gefe no se hallaba á mis órdenes, y no creyó deber dar cumplimiento á ellas, igual prevencion hize hacer al Sargento mayor de Dragones de Lusitania D. Santiago Wgal, el que apesar de la mejor voluntad me manifestó no tenia mas que sesenta ó setenta Caballos, por cuya razon y para asegurar mas y mas la marcha de mi Division y la de las Tropas de la 1.ª, 3.ª y 4.ª que entraban en el Olivar mandé á Rivas destacase los esquadrones del Regimiento Cazadores Imperiales que el mismo la Hera fue á situar; el Batallon voluntarios de Valencia se dispersó en Guerrillas ocupando el frente del Olivar que hacia impenetrable; todas las precauciones de seguridades fueron tomadas y todos sus Ayudantes me anunciaban que sus órdenes eran egecutadas con precision, por cuya razon y para proteger mas eficazmente mi Artilleria que queria situar á la Caveza de las Columnas, reduge estas á dos que marcharan para relebarle y á distancia proporcionada para poder maniobrar caso necesario. Mi Ayudante General D. Domingo Martinez, encargado en la colocacion de las Tropas ligeras, me dió parte que Valencia se hallaba perfectamente situado, y el Capitan de dicho Cuerpo D. Antonio Ordoñez, que el Batallon voluntarios de Plasencia le servia de reserva; hasta aqui todo presagiaba el mas feliz exito, y yo felicitaba á los Gefes de los Cuerpos por la firmeza, union y buen orden con que sus tropas continuaban la marcha á pesar del fuego de diez y seis piezas de Artilleria con que trataban alterarla. Los Regimientos mas visoños, voluntarios de España, que por primera vez oía el fuego, despreciaba las granadas que repetidas veces vi caer en medio de sus filas. En las Columnas de Granaderos se oía á los oficiales, quando las Balas llevavan alguna ilera, *estrechar las distancias*. La Caballeria en Columna por esquadrones continuaba marchando y conservaba la colocacion que se le habia dado: ya me hallaba á corta distancia de Dos Barrios cuando las voces de *Alto* repetidas confusamente, y la marcha apresurada de los Cuerpos dispersos que buscaban su apoyo en la union y orden de la Division me anunciaron la proximidad de la Caballeria enemiga: mis flancos se hallaron al momento embarazados



por la confusion y desorden de los Regimientos que marchaban en tropel. La Caballeria que habia dejado á la derecha, y en quien fundaba mi seguridad, ya no existia, y en dispersion atravesaba por medio de la Infanteria; buelvo á atras para llamar mi Caballeria, y hallo en el claro de las Columnas parte del Regimiento de Farnesio con su coronel á la Caveza á quien di orden positiva de cargar á los enemigos, que ya se habian prolongado por mi derecha, y devordavan mi frente. El Regimiento de Pavia, que siempre y en todas las ocurrencias de la vanguardia habia conservado su nombre distinguido, se hallaba mezclado con Farnesio, y en medio de la Infanteria, sin embargo recibió orden para atacar, y lo hubiera egecutado con vizarria si hubiera podido conservar su formacion, pero sin esta los esfuerzos de los Oficiales son nulos, y la fuerza desaparece. Los valientes esquadrones 1.º y 2.º de Usares de Extremadura eran demasiado reducidos para con empeño oponerse á las fuerzas considerables que ya nos amenazaban, asi en un momento desapareció toda la Caballeria, y la Infanteria quedó reducida á sus propios recursos; nada hubiera importado si los antecedentes que he manifestado no me hubieran imposibilitado de maniobrar, pues al soldado en medio de tal conflicto no le habia abandonado su valor, gritando á todo momento *mi General* mate Vmd. al que no egecute sus órdenes, sobstenido de la intrepidez de los Oficiales aun veia esperanzas, y para realizarlas comisioné á mi Ayudante el Capitan de Dragones de Almansa D. Ramon Sentmanat á que se avistase con el Mariscal de Campo D. Manuel Freire y suplicase detubiese el número de Caballos que pudiese con cuya operacion aun podríamos salvarnos. Freyre desgraciadamente no podia ofrecerme sino su intrépido y personal valor, siendo los esfuerzos que hacian los Gefes de los Cuerpos para formarlos y oponer sus Bayonetas á los enemigos infructuoso, porque el fluxo y confusion con que los dispersos se habian introducido y mezclado en nuestras filas, inutilizaba sus disposiciones, pereciendo de este modo inutilmente para la Causa de la Patria una Division compuesta de hombres dignos de mejor suerte. Tengo la satisfacion de anunciar á V. E. que los talentos y celo de mi 2.º el Excmo. Sr. conde de Castrotorreño me acompañaron por todas partes y sirvieron de la mayor utilidad; y que todos los Gefes, Oficiales y tropa han cumplido consigo propio y manifestado los mas vehementes deseos de sobresalir. Los Oficiales de mi estado mayor han servido con utilidad y no han perdonado riesgo para satisfacer á sus deberes y dar cumplimiento á mis órdenes.

NÚMERO 15

Estado de la organizacion y fuerza de las tropas del ejército 1.º de la derecha que en octubre de 1809 estaban sobre Gerona en Bañolas y Santa Coloma de Farnés.

Divisiones y sus comandantes	Brigadas	Cuerpos de que se componian	Fuerza de los cuerpos: Gefes y oficiales	Tropa	Caballos	Fuerza total: Gefes y oficiales	Tropa	Caballos
Vanguardia Brigadier D. Enrique O'Donell..		*Infantería.* — Batallon de granaderos del ejército......	32	592	»	64	2015	»
		2.º Reg. de Saboya	25	962	»			
		Destacamento de Santa Feé.......	3	143	»			
		Suizos de Wimpfen.	13	318	»			
Mariscal de campo Don Martín García y Loygorry.....	Brigadier D. Miguel Iranzo....	2.ª Division de Granaderos provinciales...........	28	711	»	168	4286	»
		Soria.............	39	502	»			
		Granaderos de Kayser.............	4	158	»			
	Brigadier conde de Pino-hermoso.....	2.º De cazadores de Orihuela........	19	875	»			
		4.º Bat. de Marina.	29	632	»			
		Voluntarios de Tarragona.........	20	593	»			
		1.er Tercio de Tarragona...........	29	815	»			
Mariscal de campo Don Jaime García Conde.	Brigadier D. Antonio Porta.	1.ª Division de granaderos provinciales...........	21	713	»	207	5764	»
		1.er Bat. de Granada	18	673	»			
		Voluntarios de Valencia..........	10	690	»			
		1.º y 2.º Batallon de Fernando 7.º....	28	585	»			
		Reg. suizos de Zey.	40	646	»			
	Brigadier D. Antonio Begines de los Rios.....	Regimiento infantería de Almansa..	27	902	»			
		Idem de Almería...	56	1324	»			
		3.ª Compañía de zapadores.........	7	231	»			

Divisiones y sus comandantes	Brigadas	Cuerpos de que se componian	Fuerza de los cuerpos: Gefes y oficiales.	Fuerza de los cuerpos: Tropa...	Fuerza de los cuerpos: Caballos	Fuerza total: Gefes y oficiales.	Fuerza total: Tropa...	Fuerza total: Caballos
Mariscal de campo Don Pedro Cuadrado, en Santa Coloma de Farnés.......	Brigadier D. Luis Wimpffen	1.er Bat. de Iliberia.	24	158	»	82	1705	»
		2.º Tercio de Lérida	25	719	»			
		Idem de Tarragona.	31	798	»			
		2.ª Compañía de artillería á caballo.	2	30	»			
Caballería...		Un escuadron de Numancia.......	8	113	131	39	684	643
		1.º y 2.º escuadron de Olivencia.....	16	306	265			
		Húsares de Granada.............	16	265	247			

RESUMEN GENERAL

Divisiones	FUERZA TOTAL: Gefes y oficiales	Tropa	Caballos.	Piezas.
Vanguardia............................	64	2015	»	»
Division del general Loygorry	168	4286	»	»
Idem idem de D. Jaime García Conde.	207	5764	»	»
Idem idem de D. Pedro Cuadrado....	82	1705	»	2
Caballería.........................	39	684	643	»
Total general....	560	14454	643	2

Plana mayor.

General en gefe.............. El Excmo. Sr. D. Joaquin Blake.
Mayor general de infantería... El brigadier D. Jaime Garcia Conde.

NÚMERO 16

Relacion de la jornada del 1.º de Setiembre por el Coronel V. Löbell.—Traducida del «Beiheftzum Militär-Wochenblat.»—(Suplemento al Semanario Militar de Berlín 1880.)

«De los movimientos de Blake dedujo el general Saint-Cyr que se le quería ofrecer una accion para obligarle á levantar el sitio de Gerona, por lo que tuvo el general Verdier que unírsele con todas las tropas que le fué posible sacar de las empleadas en las operaciones y trabajos del sitio. Saint-Cyr creyó que iba á ser atacado por su ala izquierda; pero la intencion de Blake se limitaba á introducir en la plaza provisiones y algunas tropas de refuerzo por la orilla izquierda del Ter.»

«Así, el primero de Setiembre á las cinco de la mañana se vió atacada de improviso la division westphaliana que había quedado al frente de Gerona, situada en las alturas del Santo Martir y de Montagut (1); dirigiéndose una parte de los españoles sobre nuestro flanco derecho y centro donde se hallaba el batallon de Infantería ligera ocupando el monte Mamelon, y extendiéndose la otra parte contra el izquierdo por la márgen del Ter. Aquí atacaron con tal superioridad de fuerzas á los 2.º y 4.º regimientos de Infantería de línea y al cuartel general del General Hadeln, que mandaba la division desde 6 días antes en que vino de Cassel, que cada uno por sí tuvo que pensar en su salvacion, y en la extrema izquierda dos batallones italianos fueron arrojados al otro lado del Ter» (2).

«Derrotada nuestra ala izquierda completamente, marcharon 2.000 españoles con 2 500 mulas á Gerona, de donde, una vez descargadas, volvieron éstas por el mismo camino.»

«En este tiempo llegó hasta nosotros el capitan Ornemann del 4.º regimiento con unos 300 hombres, con el que convine en asaltar una altura que ocupaban á nuestro frente los españoles. Al ejecutarlo, sin embargo, huyó el Capitán, á quien quité el mando al alcanzar su destacamento junto á un molino de aceite, y aún estaba ocupado en la formacion de la gente cuando llegó, acompañado de un coracero tan sólo, el general Hadeln que, viéndome tan irritado por aquel percance, trató de tranquilizarme diciéndome: *Olvide V. lo sucedido y no piense ahora sino en lo que va á venir.*»

«Los españoles atacaron entonces nuestra derecha con la mayor violencia; pero, consiguiendo yo mantenerme por algun tiempo en la altura del Mamelon, evité que avanzaran resueltamente sobre Sarriá. El 3.er regimiento estaba, sin embargo, casi destrozado y mi flanco derecho aparecía envuelto, por lo que hube de emprender la retirada, lenta, es verdad, y cubierto el cuadro, en que marchaba, con mi compañía. El general Hadeln manifestó el recelo de que nos ibamos á ver perdidos por tener que hacer frente mucho tiempo al enemigo; pero le aseguré que sólo con una retirada muy pausada

(1) «Ejecutaron el ataque unos 4.000 españoles mandados por el general García Conde y el coronel Clarós.» (Nota de Löbell.)
No necesitamos corregir los errores que contiene esta relación porque el lector lo hará por sí mismo.

(2) «El Mayor General Hadeln se había hecho cargo del mando de la division westphaliana por encargo de Napoleon, que tenía por incapaz para ejercerlo al general Morio.»

lograríamos detenerle en su avance sobre Sarriá. Antes de acabar de retirarnos al pie de la montaña, el General, que estaba á mi lado izquierdo en el cuadro, recibió en la cabeza una bala de fusil que lo tendió muerto. Mandé inmediatamente colocar el cadáver en el caballo del coracero para no verle quemar por los españoles, como solían hacer con los demás muertos ó heridos que caían en sus manos; pero derribado en aquel instante el coracero, hice poner el cuerpo del General entre dos fusiles. Seguíannos cuatro columnas españolas hasta un barranco ó desfiladero que se abre de la montaña al valle hacia Sarriá, y aunque traté de salvarle sosteniendo la lucha cuanto pude, los que llevaban al General se vieron obligados á arrojarle á un precipicio.»

«Una bala de fusil, dándome en el pecho, me obligó también á proseguir la retirada; y habiendo desistido los españoles de perseguirnos, pude llegar en orden completo á Sarriá; se conoce que el buen continente que presentaban el batallon y los 300 hombres del 4.° de línea que se nos habían unido fueron la causa, en mi concepto única, de que los españoles no se atrevieran á adelantarse decididamente á Sarriá, cuya conquista habría producido el levantamiento del sitio. El coronel Legras comandante del 3.er regimiento de línea nos salió al encuentro delante de Sarriá y nos dió las gracias por el valor demostrado, y manifestando á nuestra tropa que sólo á su denuedo y constancia se debía el que el enemigo no se hubiera apoderado de Sarriá.»



NÚMERO 17

—

ESTADO QUE MANIFIESTA LOS SEÑORES OFICIALES Y TROPA

QUE EN EL ASALTO DE ESTE DIA FUERON MUERTOS, HERIDOS, CONTUSOS Y QUEMADOS.

	Muertos...	Heridos...	Contusos...	Quemados.
Estado Mayor de la Plaza.				
El coronel D. Ramon de Iriarte.................	»	1	»	»
Real cuerpo de Artillería.				
Capitan graduado D. Salustiano Gerona.........	»	1	»	»
Capitan agregado D. Jose Devia................	»	1	»	»
Teniente idem D. Antonio Sausa	1	»	»	»
Tropa.......................................	2	5	»	»
Regimiento de Ultonia.				
Coronel graduado D. Rodulfo Marshal Comandante de la brecha de Santa Lucía..............	1	»	»	»
Sargento Mayor el teniente coronel graduado Don Ricardo Macarti...........................	1	»	»	»
Teniente D. Pedro Belmar.....................	»	1	»	»
Otro D. Pedro Mellado	»	1	»	»
Subteniente D. Narciso Boer..................	»	1	»	»
Capitan D. Jose Fernandez....................	»	»	1	»
Otro el Ayudante D. Jose Monteverde...........	»	1	»	»
Teniente D. Francisco Alvalde................	»	»	1	»
Otro D. Francisco Orlandini	»	»	1	»
Otro D. Francisco Agreda......................	»	»	1	»
Otro D. Pedro Pons...........................	»	»	»	1
Tropa.......................................	22	24	18	6
Regimiento de Borbon.				
Capitan D. Leonardo de Pontons...............	»	»	1	»
Teniente D. Jose Bareges.....................	»	»	1	»
Idem D. Mariano Turn	»	»	1	»
Subteniente D. Manuel Clerey.................	»	1	»	»
Tropa.......................................	8	13	1	»
2.º de Barcelona.				
Tropa.......................................	2	4	»	»
1.er Batallon de Gerona.				
Tropa.......................................	3	11	6	»

	Muertos....	Heridos....	Contusos...	Quemados.
1.er Batallon de Vich.				
Capitan D. Antonio Codina....................	»	»	1	»
Tropa....................................	5	9	3	»
Regimiento de Baza.				
Teniente D. Blas Cordero.....................	»	1	»	»
Tropa....................................	3	6	»	»
2.º Batallon de Vich.				
Capitan D. Miguel Salas......................	»	1	»	»
Teniente D. Antonio Viñas....................	1	»	»	»
Tropa....................................	16	33	2	»
Batallon de Cervera.				
Teniente D. Roman Españes..................	»	8	»	»
Tropa....................................	2	1	»	»
Granaderos de Iberia.				
Tropa....................................	»	1	3	»
1.er Batallon de Talarn.				
Tropa....................................	»	2	»	»
2.º Batallon de idem.				
Tropa....................................	3	11	»	»
Cruzada Gerundense.				
Tropa....................................	»	1	»	»
Paisanos.................................	1	2	1	»
Religiosos...............................	»	1	»	»
Compañias de Santa Barbara.				
Mugeres..................................	»	1	3	»
Suma Total............	71	143	45	7

NOTA. *Muchos de los heridos murieron pocos dias despues del asalto.*



NÚMERO 18

—

«Excmo. Sr.:—El enemigo, que no está ignorante de nuestra situacion por los desertores que de pocos dias á esta parte hemos tenido del regimiento de Borbon, y algunos de otros Cuerpos, y que aspira por todos medios á apurar nuestro sufrimiento al paso que nos hostiga con sus infernales fuegos, trata de presentarse con aspecto halagüeño, como para dulcificar y examinar si los ánimos están en disposicion de darse á partido.

»En la tarde del 27 del próximo pasado pudo la astucia de unos oficiales franceses obligar á la sencillez de otro de esta guarnicion, que estaba de comandante en la avanzada de las casas del Cármen, á comunicar con ellos largo rato; y aunque este hecho tan contra mis órdenes escandalizó y pudo tener la trascendencia que V. E. conoce, no pasó de una fingida urbanidad para preparar aquélla, lo que corrobora la carta de que es copia la adjunta dirigida por uno de aquéllos al dicho oficial, quien, despues de su coloquio, me dió el parte de que es copia el que incluyo; en cuya vista mandé su relevo, el de toda aquella guardia, y lo suspendí de empleo, debiendo mantenerse arrestado hasta que, más instruido en las Ordenanzas, pueda volver á ocupar su puesto.

»No habiendo tenido el efecto que deseaba el enemigo dicha tentativa, hizo otra con más aparato la mañana del 31, presentándose tres oficiales y un trompeta con señales parlamentarias delante en el camino de Barcelona, y miéntras se esperaba por el comandante de la guardia inmediata mi disposición, que juzgó necesaria por urbanidad (aunque la órden de no admitir parlamento es la misma siempre), y al mismo tiempo que el Ayudante de la plaza citaba á dicho oficial comandante de la guardia mi órden para que inmediatamente se les hiciera señal de retirarse, y de no hacerlo así se les hiciera fuego, disparó el enemigo desde Montjuich á la tropa y demas gente que estaba de expectativa á la vista de los dichosos urbanos parlamentarios; lo que visto por los de los puestos de esta plaza, hicieron fuego, y resultó desmontado el trompeta, y la huida de los de la comitiva.

»Este acto tan feo y abominable de los franceses, y tan falto de todo derecho, se quiso reparar por la tarde llegando hácia las avanzadas, segun parte verbal que se me dió, algunos oficiales, demostrando que les habia sido muy sensible una falta, que lo era precisamente de un soldado de caballería que retardó el dar el aviso á Montjuich para que no tiráran, pero en el entretanto, que les era sensible y que demostraban querer conversación, nos hicieron aquella noche un fuego cruel, habiendo llegado á dispararnos, desde las dos de la madrugada hasta las seis y media de la misma, 69 bombas y 37 granadas, y despues de este arrepentimiento, al dia siguiente nos hicieron ostentación de una gran porcion de sus tropas, que formaron en el llano de Sal y permanecieron algunas horas, demostrando los movimientos de otras colocadas en algunas alturas, principalmente en sus baterías den Roca, que iban á emprender una accion; pero luégo se dividieron y emboscaron. Despues han vuelto á querer persuadir su sentimiento diciendo que quedaba castigado el soldado por su falta; insistiendo en que se admitiese un pliego que, segun se me informó, decia era muy interesante, tanto á su General como al español; pero en vano fué su persuasiva, porque el oficial cumplió con no admitirlo y en prevenirle que se retirase.



»Tantos son sus deseos de entablar contestacion y tanta mi oposición, y resistencia; en lo que obro, no ménos que en cumplimiento de las órdenes superiores que tengo recibidas, por mi propio impulso, por cuanto conozco la perfidia. Pero como no todos tienen unos mismos sentimientos y son muchos los ánimos intimidados y abatidos, y otros ven pasar dias y meses enteros y van caminando al sepulcro por la poca esperanza que conciben; aunque la suerte sea igual, no pueden consolarse con el mal de muchos, ni se persuaden que debe perecer una pequeña parte porque se salve el todo; y así da lugar á hablillas que, aunque en su principio despreciables, no lo son ahora, mucho ménos á la vista del pasquin que se ha encontrado fijado hoy en una esquina, del cual incluyo copia.

»Hago pesquisas por si puedo averiguar de dónde dimana, y tambien vigilaré más y más para cortar que se fomente un gérmen tan perjudicial; pero no puedo sofocar estos principios con el consuelo de apagar la vicisitud, ni con el alivio de socorrer á los enfermos, ni basta la persuasión á hacer concebir otras ideas, porque ven señales sí, pero, como indeterminadas, no llegan jamas el dia; y en cada uno de los que pasan se carga sobre la afliccion otra afliccion, y la mayor debilidad; no puedo ménos de dar parte á V. E. para que no desperdicie los momentos, porque si bien yo permaneceré hasta los últimos, como tengo manifestado á S. M. y á V. E. mismo, podria servir esto, como sirve, á animar y hacer perseverar en la constancia; pero desfallecidos los ánimos y disminuidos por instantes en crecido número, no habrá caso, y de todos modos éste es apuradísimo.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona, 2 de Noviembre de 1809.—Excmo. Sr.:—Mariano Álvarez.—Excmo. Sr. D. Joaquin Blacke.»

Copia..... del pasquin.

Gerona, abre el ojo y verás
Que Blacke te engaña
Y Álvarez con su rigor y saña;
Tú de hambre te morirás.

«Excmo. Sr.:—En mi oficio de ayer indico á V. E. los males que preveia y los apuros en que estábamos para que no desperdiciase V. E. los momentos, y en estas veinte y cuatro horas que han mediado se han manifestado aquéllos tan descaradamente, que no admite ya un instante de demora el remedio.—Un complot de diferentes jefes y oficiales de varios Cuerpos de esta guarnición, se me ha avisado que despues de una sesion clandestina se ha abocado á la M. I. Junta de Gobierno de esta ciudad con un recurso en que hacen varias proposiciones y solicitudes atentativas del Gobierno, á cuyo cuidado corresponden por ser de su instituto. Por todas partes se conspira, y como la miseria, el hambre, desnudez y desconfianza sólo pueden remediarse con los socorros y fuerza de V. E., por el Rey Nuestro Señor pido á V. E. que inmediatamente la emplee en libertar esta plaza y en castigar á los turbadores del órden sin en el menor momento de pérdida de tiempo. En el supuesto que pretesto de todos los daños y perjuicios que se causen y sigan, tanto á esta invicta ciudad como á toda la nacion española, por la falta del pronto socorro y fuerza armada que necesito.—El dador es un subteniente del 2.º Tercio de Vich, que debe volver sin ningun retardo con la contestacion categórica de que V. E. executa ó que no puede ó no quiere.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona, 3 de Noviembre de 1809.—Excelentísimo Sr.:—Mariano Álvarez.—Excmo. Sr. D. Joaquin Blacke.»



NÚMERO 19

Compendio del estado de la plaza, el día veinte y nueve de Noviembre.

Multiplicadas de todos modos nuestras calamidades, señaladamente en la salud, ohí hablar sobre este objeto al Comandante general, y comprehendí que deseaba tener por escrito una compendiosa relación sobre el estado de la salud pública, y el dia siguiente hácia las tres de la tarde fuí á presentar á S. E. el siguiente oficio: halléle algo anojado por contradiciones que producia el lamentable estado de la plaza, y así que insinué el contenido de mi escrito, respondió como involuntariamente en un instante de distracción; *si no se puede defender mas la plaza paraque...* y suspendida su palabra, *acaso dixe yo, este papel informará á la posteridad de nuestros males si no queda alguno que los cuente:* mandome entonces leerle, y no pudo aquella alma sensible acabar de oirle sin dar signos del mas vivo dolor! Cerró este oficio, y en la noche del mismo dia veinte y nueve le dirigió original por un propio, á S. M. la Suprema Junta gubernativa de España é Indias: su contenido es como sigue:

Excelentísimo Señor: la salud pública que tan dignamente ocupa entre los gravísimos cuydados que circundan á V. E. el alto lugar que la compete, está en un estado tan calamitoso, que al paso que conviene ocultarle en lo posible al público por parte de los que estamos encargados de ella, es necesario al bien comun, que V. E. tenga informes científicos verdaderos y justos, de su deplorable estado, y de la parte pronóstica del horroroso término que la amenaza.

Movido de esta consideración, y en cumplimiento de uno de los deberes de mi obligacion, como Consultor de los Reales Exércitos, y gefe de la facultad Médico-quirúrgica en esta plaza, elevaré á noticia de V. E. una sencilla relacion del estado físico de la ciudad, de su atmósfera, y de los hospitales que sin defraudar la verdad ni menos abultarla con exâgeraciones, será solo como un abreviado índice, que guie al observador y le conduzca al conocimiento de las duras verdades que señala, como causas de las terribles enfermedades, y mortandad que padecemos.

Ya á cerca de siete meses que el Enemigo asedia y destruye esta plaza con toda especie de tiros de gruesa artillería y fusilería, de que resulta no quedar en toda ella edificio alguno habitable, ni lugar en que no se ofrezcan de continuo los horrores de la muerte.

Ningun parage ha habido seguro de las bombas, pues que en los edificios en que se lisongeaba el ánimo con ideas de seguridad, han causado fatalísimas desgracias.

Las calles desempedradas, y salpicadas de profundos hoyos causados por las bombas, interceptadas por ruinas, y las casas sin tejados, encharcan las aguas de lluvia que arrastran consigo productos excrementicios de las rotas y deshechas cloacas, y demas cuerpos que hallan sobre la sucia superficie que recorren, sembrada de vestigios de diarrea humana; allí fermenta (á pesar de la vigilancia de la Junta de Policía que tan dignamente ha procurado la salubridad) este conjunto de inmundicias, y descomponiéndose el todo, infecta la atmósfera de mofetas pestíferas, á que tambien concurre la putrefaccion de cadáveres humanos, y brutos, sepultados debaxo de tanta ruina.

Todas las plazas y calles ofrecen á la aprehensión mil objetos de horror para el juicio y discurso, siendo uno de ellos los innumerables montones de cascos de bomba, granada, balas de todas clases, y pedazos de ellas, mudos testigos y instrumentos de nuestro dolor!

Los poquísimos vegetales que nos es permitido ver y observar de cerca, ofrecen evidentes señales de haberse resentido y tomado parte en la horrorosa catástrofe de esta ciudad, pues que apenas han dado flores las plantas de los jardines, ni ha madurado la poca fruta que ofrecian otros años, y prometian en este, los árboles de las huertas, donde tampoco ha prosperado ninguna especie de la hortaliza que otros años abundaba: observacion que ella sola es suficiente para probar con evidencia la perniciosa degradacion de nuestra atmósfera, sobrecargada de gases mefíticos, y defectuosa del ayre vital con respecto á su masa, que alimenta vegetales y animales.

Ti dirigimos nuestra observación desde los vivientes vejetativos á los sensitivos, veremos los brutos domesticos tristes, enflaquecidos, mal pelechados, las puntas de las orejas del ganado caballar divergentes entre sí y cahidas, lentos en su paso y movimientos, no manifiestan el retozo relincho ni otros signos de su alegría amor y buen punto, y muchos de ellos estan atacados de diarrea.

Los perros siguen el mismo órden de debilidad y tristeza, apenas hay alguno que ladre, no dan señales del estímulo de la propagacion de su especie, ni tributan sino de un modo mal decidido á sus amos los naturales signos de gratitud en sus alhagos.

Visto de un modo pasagero y superficial el estado de la ciudad de las plantas y brutos: considerada de paso la degradacion y enfermedad de los dos últimos generos, ascendamos á considerar por el mismo órden compendioso, el tirano dominio que tan desoladoras causas han exercido sobre el hombre, sensitivo por excelencia.

Generalmente cada rostro presenta la palidez de la muerte; una hinchazon renitente, es en muchos el indefectible signo de su próxima ruina, la voz es languida, el paso lento, la respiracion frecuente, el pulso débil y contraído; excesivo abatimiento no solo físico, sino tambien del natural orgullo y amor propio, poca inclinacion á la sociedad, y esta tiene por objeto el desahogo del dolor, la ponderación del hambre, y el duro recuerdo de su futura suerte presentida por la horrorosa privacion de alimentos que se padece tantos meses ha; por la mortandad que observan; por la presencia y poderío del Enemigo cuya entrada está patente en quatro brechas; y por el doloroso y cruel abandono que padecemos dexandonos perecer en la fatiga, en la desnudez, y en el hambre, y en el contagio, y en la espada del terrible Sitiador!

Apenas hay alguna muger embarazada, es freqüente la supresion y exceso de la evacuacion menstrua, muchísimas han malparido; *no pocas han visto morir de hambre el tierno fruto de sus entrañas pendiente de sus pechos, anhelando de continuo con sus cansadas tiernas mandibulas el alimento buscado en vano en senos maternales que otras veces eran abundantes y fecundos!* Yo doy testimonio de lo que he visto E. S.: y yo he tenido acaso por ser esposo, y padre, la facultad de sentir lo que sobre este lastimero objeto no me es dado explicar!

Los restos de las calles y portales, ocupados por miserables victimas del hambre, sucesoras de las innumerables que ya descansan en paz, presentan objetos que reclaman la compasion, avivan el dolor, y excitan la admira-



cion, al verlas alargar una mano trémula, moribunda, en señal de pedir socorro á quien no pudiendo darle pues ya no hay en Gerona quien sea mas rico que otro, solo le es permitido tomar parte en su afliccion sin poder remediarla!

Otra de las causas del lamentable estado de la salud, es la necesidad en que se vieron todos los habitantes de esta plaza de mudar repentinamente, no solo el método y costumbre de vida activa y laboriosa, que tenian los menestrales y demás gentes de labor, sino tambien los venerables sacerdotes, y demas personas de vida sedentaria y estudiosa, pasando para eludir la idea del peligro de sus habitaciones ordinarias, á vivir en los sotanos, cuevas, caballerizas, vóvedas y demas parages intimos inhabitados, en que de inproviso variaron de temperatura, de qualidades esenciales de la atmósfera, de costumbres y alimentos, quedaron privados de los beneficios de la luz, se amontonaron muchos individuos en corto distrito, llevando consigo á estos lugares de horror, elegidos para habitación por la imperiosa necesidad, todas las causas de males que infectan la atmósfera en sitios mal ventilados por la respiracion, eruptos y otros flatos y escreciones de que el hombre está pensionado: siendo ellos mismos instrumentos pasivos de la infeccion de un ayre que debia servir de pábulo á sus vidas.

Al continuo pavor causado por la no interrumpida explosion de bombas, granadas, y tiros de todas clases, por las desgracias que ocasionan, las producidas por las ruinas y incendios: *la frequentisima vista de miembros humanos palpitantes, que formaban parte del hijo, de la esposa, del santo sacerdote, ó del inocente párbulo!* Al doloroso gemido al sincope y al llanto, que sin llegar á habitar los ánimos no ha podido enjugarse en tantos meses, se añade el dolor de la escandalosa privacion de quasi todos los alimentos necesarios á la vida, de suerte que los pobres, los expatriados, inumerables menestrales que pudieron librarse de las bombas, peligros de los asaltos y de otros muchos, han perecido ó estan pereciendo en el cruel lento martirio del hambre, en cuya lamentable suerte les excede aún, la invencible guarnicion de esta plaza: que puede representarse á la idea, como una Ara circundada de inocentes victimas indefensas, abandonadas á la crueldad de los mas formidables s crificadores!

A mas de la evidencia pública de las terribles verdades que describo, no sin recelo de herir el sensible corazon de V. E. viene á multiplicar nuestro desconsuelo el triste recuerdo de que se haya divulgado acaso por toda la Nacion, que la plaza de Gerona ha sido abundantemente socorrida con víveres, municiones etc. Exécrable falsedad! Atroz inventiva con que tal vez se ha procurado sofocar y entorpecer los benéficos decretos de S. M. la Junta central relativa á la libertad de esta plaza, siendo evidente que solo ha recibido ya á mucho tiempo, y en dos ocasiones unos pocos géneros de víveres para seis ó ocho dias, y en quanto á municiones de guerra... V. E. sabe mejor que yo su estado, aunque no ignoro que multiplica nuestra afliccion.

Todo este horroroso conjunto de causas destructoras de la humanidad, asociado á las que determinan las enfermedades endemicas de este suelo, produxeron en el principio cólicos, y diarreas, como era consiguiente á los que habitaban atmósferas subterraneas siempre frias y húmedas, á los que dormian al raso sobre el desnudo suelo como oficiales y tropa, y á todos por las malas digestiones, y por los estímulos mentales de susto, y temor, agentes que obran en el hombre con movimientos ya subitos, y ya lentos, deter-



minando los humores de la periferia al centro gástrico, á donde retrocede y confluye la materia escrementizia de la transpiracion, pervierte el órden de la digestión, secrecion y escrecion etc., y viene á producir la laxitud ó atonía universal.

Con tan terribles predisposiciones, no tardaron en comparecer multitud de fiebres continentes, remitentes, y intermitentes, estivales y endémicas, pero con los sintomas consecutivos y indefectibles de nervosas, aunque en sus primeros periodos fuesen biliosas ó meningo gasericas: lo que era consiguiente á la debilidad del sistema nervioso como órgano del sentido, y en que obran principalmente los estímulos mentales.

El crecido número de individuos que á mas de los citados trabajos han tenido la desgracia de ser heridos, fracturados, contusos, quemados ó mutilados con tan bárbaros instrumentos, es evidente que han padecido imponderablemente mas que el resto de los defensores de la plaza, porque despues de la atrocidad de los dolores que les ocasionan sus horrorosas dislaceraciones, y toda especie de soluciones de continuo, han sido atacados ordinariamente al terminar la fiebre traumatica, de la calentura complicada que afige á los demas; de aqui se les han originado horribles gangrenas y esfacelos, se hacian sus úlceras pútridas, y verminosas con mucha freqüencia, se han secado de repente y con grave perjuicio de su salud no pocas veces las llagas. dexando de fluir *al ver los llagados dentro de los hospitales muertos á sus compañeros por balas de artilleria, y por bombas, que desplomaban sobre sus desgarrados miembros los techos, y vóvedas.* Santo Dios!.—Ya no tiene lugar inmune como en otros tiempos la deficiente humanidad!

No obstante, hasta fines de Septiembre en que todavia teniamos algunos recursos en las boticas, aunque padeciamos escasez de Farmaceuticos, y de Cirujanos con respecto á nuestras necesidades, de efectos de hospitales, desde la pérdida del de San Daniel y quema del militar, multiplicando los facultativos sus tareas y trabajo, que jamas será bastante considerado, se consiguieron felicísimos resultados en las admirables curaciones que se lograron de toda especie de heridas; y enfermedades.

Pero despues, continuando las desoladoras causas; la progresiva disminucion de alimentos hasta reducirse al estado en que se hallan ya á mucho tiempo, de muy poca carne de caballo jumento ó mulo, escasísimo pan y corta dosis de trigo, todo mal cocido por falta de combustible, y sin condimento alguno, falta de efectos de hospitales en términos que gran número de enfermos estan sobre el desnudo suelo: falta de vasos inmundos y de toda especie; carencia de medicamentos y de sirvientes: con la presencia de las lluvias sobre techos arruinados, terrible frio y otras vicisitudes del otoño y entrada del invierno, hostilidades y estrechez del Enemigo, excesiva fatiga, sustos y vigilias de la tropa y habitantes, empezó á manifestarse en forma epidémica la vapidéz y disolucion de la sangre, por tantos medios, y por tan largo tiempo preparada; la atmósfera de los hospitales no tardó en viciarse por falta de todos los medios de salubridad, desde los que prescribe la Quimica, hasta el infimo mecánico de la escova, y la luz, y el fuego, para calentar los escasos topicos que nos es permitido manejar.

Declaróse en fin el letal Escorbuto, con la mortifera y asquerosa Dysenteria, males tenidos por contagiosos por todos los prácticos, llegando á tal extremo los estragos que causan estas y otras enfermedades; *que en solo el hospital del hospicio han fallecido en este mes hasta el dia veinte y quatro, quinientos y un militares de esta invicta guarnicion, por tantos títulos acreedora al*



reconocimiento y admiración de la Patria! Y por lo respectivo á los otros hospitales, V. E. sabe que siguen la misma terrible proporción, sin olvidar los muchos que fallecen en los quarteles portales y en las casas.

Mortandad horrible, que habiendo deborado á tantos dexa ya pocos heroes que sacrificar: y ninguno, cuya constitucion no se halle muy dispuesta á la impresion de los letales myasmas: *ninguno, cuyos brazos otras veces nervudos, y experimentados en escarmentar al Enemigo, que pueda hoy resistir la fatiga necesaria para repeler los impetus del formidable Sitiador, si intenta de nuevo penetrar por las tres brechas que ha abierto tanto tiempo há, y por la quarta que le ofrece en el Oñá la súbita ruina de muchas casas á un tiempo.*

Tal es Excelentísimo Señor el horroroso quadro mal bosquejado de la salud de los heroes, que en pos de V. E. han logrado la justa admiracion del Orbe, siguiendo los caminos del honor en defensa de la santa Religion, Patria y libertad, arrostrando y superando hasta ahora tanto tropel de peligros, por donde han ascendido á la cumbre de la gloria.

Y si tan estupendos sacrificios que deben servir de admiracion en la historia de las plazas sitiadas; si tanta heroycidad consumada con las vidas de los que por particular providencia sobre vivimos á nuestros hermanos, puede decidir de la libertad de la Patria, dichosos nosotros en el seno de la Eternidad, y en la memoria de los hombres de bien, y nuestros hijos en la sociedad de sus conciudadanos; pero lo contrario... Santo Dios!... Dios guarde á V. E. muchos años. —Gerona 29 de Noviembre de 1809.—Excelentísimo Señor:—Dr. Juan Nieto Samaniego.—Excelentísimo Señor Don Mariano Alvarez.

Veis aquí Españoles, cuya nobleza no sabe tolerar dominio ageno, veis aquí un diseño de lo que es necesario hacer para conservar vuestra dignidad, y noble orgullo, indignamente hollado aunque no humillado, Gerona es el exemplar y el maestro del arte y modo de sostener la dignidad Nacional, á la faz del universo; y Gerona desde la elevación de su inmortal renombre, enseñará á las generaciones Españolas la grandeza de los sacrificios que exige la expiacion de las culpas políticas y apatia de un siglo: imitemos á Gerona haciendo todo género de sacrificios á la Patria, y no hay que dudar de nuestra salud: La heroyca Gerona supo contener sobre sí por un año á treinta y cinco mil fieros combatientes y con el auxilio de algunas enfermedades, sepultar y separar del servicio veinte y dos mil! Concluyamos el tratado de

SALUD

Las quemaduras de pólvora precedidas de susto, tan freqüentes en este memorable sitio, como todas las demas desgracias, dieron tambien digna materia al discurso, y á la observacion; conservaremos lo que por esta complicada maestra de la Medicina nos parece digno de nuestros conprofesores.

La quemadura de grande extension si llega á la segunda especie, y principalmente si ataca la cara induce un estupor que segun mis débiles conocimientos es peculiar á este mal.

Este estupor es de quando en quando interrumpido por un subsulto general mezclado con ayes y quexidos lastimosos y fuertes, en los primeros periodos del mal, y mas bien decididos en los jóvenes; preguntados los pacientes acerca de sus dolores, suelen responder como quien tiene atacada la potencia auditiva en cierto grado, y no categoricamente: los mas de ellos se reducian por toda respuesta á pedir socorro.

La separacion de los principios adherentes de la catícula, de las plantas y palmas, con el cutis del dorso del pié y mano, ordinariamente sin flictenas, es signo de una quemadura profunda hecha con fuego muy activo y súbito, es mortal segun nuestras observaciones. Varios quemados han muerto apopleticos.

El olor natural y agradable de carne asada, en las quemaduras de mucha extension es mortal.

Los hospitales de Cirugía-Médica estaban á fines de este mes como se ve á continuacion.

Entrados.	*Salidos.*	*Muertos.*	*Existentes.*
157.	114.	119.	222.

Clases de enfermedades que padecen.

Heridos y fracturados......................	110
Escorbuticos..............................	54
Quemados..................................	8
Galícados.................................	1
Afectos varios............................	49

NÚMERO 20

«*Precios de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de 1809, desde el más módico hasta el más subido, segun crecia la escasez y la imposibilidad de introducirlos:*

	Precios módicos	Precios subidos
Tocino fresco, la onza	2 cuartos	10 cuartos.
Vaca, la libra de 36 onzas	27 cuartos	Idem.
Carne de caballo, la libra de ídem	40 cuartos	Idem.
Idem de mulo	40 cuartos	Idem.
Una gallina	14 rs. vn. efect.	16 duros.
Un gorrion	2 cuartos	4 rs. vn. efect.
Una perdiz	12 rs. vn. efect.	80 rs. vn. efect.
Un pichon	6 rs. vn. efect.	40 rs. vn. efect.
Un raton	1 rl. vn. efect.	5 rs. vn. efect.
Un gato	8 rs. vn.	30 rs. vn.
Un lechon	40 rs. vn.	200 rs. vn.
Bacalao, la libra	18 cuartos	32 rs. vn.
Pescado del rio Ter, la libra	4 rs. vn.	36 rs. vn.
Aceite, la medida	20 cuartos	24 rs. vn.
Huevos, la docena	24 cuartos	96 rs. vn.
Arroz, la libra	12 cuartos	32 rs. vn.
Café, la libra	8 rs. vn.	24 rs. vn.
Chocolate, la libra	16 rs. vn.	64 rs. vn.
Queso, la libra	4 rs. vn.	40 rs. vn.
Pan, la libra	6 cuartos	8 rs. vn.
Una galleta	4 cuartos	8 rs. vn.
Trigo candeal, la cuartera	80 rs. vn.	112 rs. vn.
Idem mezclado, la cuartera	64 rs. vn.	96 rs. vn.
Cebada, la cuartera	30 rs. vn.	56 rs. vn.
Habas, la cuartera	48 rs. vn.	80 rs. vn.
Azúcar, la libra	4 rs. vn.	24 rs. vn.
Velas de sebo, la libra	4 rs. vn.	10 rs. vn.
Idem de cera, la libra	12 rs. vn.	32 rs. vn.
Leña, el quintal	5 rs. vn.	48 rs. vn.
Carbon, la arroba	3 $^{1}/_{2}$ rs. vn.	40 rs. vn.
Tabaco, la libra	24 rs. vn.	100 rs. vn.
Por moler una cuartera de trigo	3 rs. vn.	80 rs. vn.

Gerona, 10 de Diciembre de 1809.—Epifanio Ignacio de Ruiz.»

NÚMERO 21

—

Capitulacion de Gerona

«Capitulacion de la ciudad de Gerona y fuertes correspondientes, firmada el 10 de Diciembre de 1809 á las 7 de la noche.—Artículo I. La guarnicion saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Fracia como prisionera de guerra.—II. Todos los habitantes serán respetados.—III. La religion católica continuará en ser observada por los habitantes, y será protegida.—IV. Mañana á las 8 y media de ella, la puerta de Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, así como las de los Fuertes.—V. Mañana 11 de Diciembre, á las 8 y media de ella, la guarnición saldrá de la plaza, y desfilará por la puerta del Areny. Los soldados pondrán sus armas sobre el glásis.—VI. Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad, para recibir la entrega de los almacenes, mapas, planos etcétera.—Fecho en Gerona á las 7 de la noche á 10 de Diciembre de 1809.—Julian de Bolibar.—Isidro de la Mata.—Blas de Furnás.—José de la Iglesia.—Guillermo Minali.—Guillermo Nasch.—El general en xefe del estado mayor general del 7.º cuerpo.—Rey.—Aprobado por nos el mariscal del imperio, comandante en xefe del 7.º cuerpo del exército de España.—Augereau, duque de Castiglione.—Yo, brigadier de los reales exércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona, D. Julian de Bolibar, y de la Junta militar, certifico: que la capitulacion antecedente es conforme á la original, firmada con la fecha que expresa.—Blas de Furnás.—El general en xefe del estado mayor general del 7.º cuerpo del exército de España.—Rey.—Lugar del sello.»

«*Notas adicionales á la capitulacion de la plaza de Gerona.*—Que la guarnicion francesa que esté en la plaza, esté acuartelada, y no alojada por las casas, é igualmente que los oficiales deben presentarse procurándose su posada, pagándoseles el tanto que se pagaba de utensilio á la guarnicion española.—Que todos los papeles de gobierno queden depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser extraviados, ni extraidos, ni quemados.—Que á los que habrán sido vocales ó empleados en las juntas en tiempo de esta guerra de opinion, no les sirva de nota ni perjuicio alguno en sus ascensos y carreras, quedando igualmente salvas y respetadas sus personas, propiedades y haberes.—Que á los forasteros que se hallan dentro de la plaza por expatriacion ú otra causa, tanto si han sido vocales ó empleado de las juntas, como no, se les permita restituirse á sus casas, con su equipage y haberes.—Que qualesquiera vecino que quiera salirse de la ciudad y trasladarse á otra, se le permita, llevándose su equipage y haberes, quedándole salvas las propiedades, caudales y efectos en aquella ciudad.—Yo, brigadier de los reales exércitos, certifico: que las notas antecedentes, habiendo sido presentadas el excmo. Sr. general en xefe del exército frances, se han aprobado en su contenido en quanto no se opongan á las leyes generales del reyno, y á la policía establecida en los exércitos.—Fornells, 10 de Diciembre dé 1809.—*Blas de Furnás.*—Visto por nosotros, etc.»

«*Notas adicionales y particulares* aprobadas por el excelentísimo Sr. duque de Castiglione, mariscal del imperio, comandante en xefe del séptimo



cuerpo del exército de España, convenidas entre el Sr. general de brigada, xefe del estado mayor, general del sobredicho cuerpo del exército, comandante de la legion de Honor, y el Sr. D. Blas de Furnás, brigadier de los exércitos españoles. Art. I. Un teniente ó subteniente, elegido entre los oficiales del exército español, estará autorizado con pasaportes para pasar al exército de observacion español, y llevar á su general comandante en xefe la capitulacion de la plaza y de los fuertes de Gerona, solicitando se sirva disponer el pronto cange de los oficiales y soldados de la guarnicion de Gerona y sus fuertes, contra igual número de oficiales y soldados franceses detenidos en las islas de Mallorca y otros destinos. S. E. el Sr. duque de Castiglione, comandante en xefe del exército, promete que dicho cange se verificará luego que el general en xefe del exército español le habrá dado á conocer el dia en que aquellos prisioneros habrán llegado á uno de los puertos de Francia para el referido cange. Art. II. En los tres dias que seguirán á la rendicion de la plaza de Gerona, el Illmo. Sr. obispo de dicha ciudad quedará autorizado para dar á los sacerdotes que están baxo sus órdenes los pasaportes que pidan para pasar á las villas, en las que tenian su domicilio anterior, para quedar y vivir en él, segun lo deben unos ministros de paz, baxo la proteccion de las leyes que rigen en España.—El general en xefe del estado mayor, general del séptimo cuerpo del exército de España.—Rey.—Blas de Furnás.—Yo brigadier de los reales exércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona D. Julian de Bolibar, y de la junta militar, certifico: que los artículos antecedentes son traducidos fielmente del original en 10 de Diciembre de 1809.—Blas de Furnás.—Le general en chef de l'état major général du septiéme corps de l'armée de Espagne.—Rey.—Lugar del sello.»

«*Nota adicional* á la capitulacion de la plaza de Gerona.—Los empleados en el ramo político de guerra son declarados libres, como no combatientes, y pueden pedir un pasaporte con sus equipages para donde gusten. Estos son, el intendente, comisarios de guerra, empleados en hospitales y provisiones, y médicos y cirujanos del exército.—Yo brigadier de los reales exércitos certifico: que la nota antecedente, habiendo sido presentada al excelentísimo Sr. general en xefe del exército frances, queda aprobada.—Fornells 10 de Diciembre de 1809 —Blas de Furnás.

»Don Blas de Furnás, brigadier de los reales exércitos, certifico: que la copia antecedente de la capitulacion hecha en Gerona, y notas adicionales, es en todo su contenido conforme á los originales firmados por mí; y para que conste, doy la presente en la plaza de Gerona á 12 de Diciembre de 1809.—Blas de Furnás.»



NÚMERO 22

Sevilla 3 de Noviembre. S. M. ha tenido á bien publicar el siguiente *Manifiesto*, fixando los dias en que se han de convocar y celebrar las córtes generales de la monarquía española.

ESPAÑOLES: Por una combinacion de sucesos tan singular como feliz, la providencia ha querido, que en esta crisis terrible no pudieseis dar un paso hácia la independencia, sin darle tambien hácia la libertad. La tiranía inepta ya y decrépita para remachar vuestros grillos, y agravar vuestras cadenas, dió lugar al despotismo frances, que con el terrible aparato de sus armas y de sus vitorias aspira á poneros encima su abominable yugo de acero. Mostróse en el principio como toda tiranía nueva baxo formas alhagüeñas, y sus impostores políticos presumieron ganar vuestra voluntad prometiendoos reformas de administracion, y anunciandoos en una constitucion hecha á su antojo el imperio de las leyes. ¡Contradiccion bárbara y absurda, digna ciertamente de su insolencia! Querer hacernos creer que se puede sentar el edificio moral de la libertad y fortuna de una nacion sobre cimientos amasados con usurpacion, iniquidad y alevosía. Pero el pueblo español, en cuyo seno se habian conocido primero que en otro alguno de los modernos los verdaderos principios del equilibrio social, aquel pueblo que gozó ántes que nadie las prerogativas y ventajas de la libertad civil, y supo oponer á la arbitrariedad la valla eterna que le ha señalado la justicia, no debia mendigar de otro ninguno máximas de prudencia y prevision política, y pudo contestar á estos imprudentes legisladores, que para el no eran leyes los artificios de los intrigantes, ni los mandatos de los tiranos.

Animados de este instinto generoso, y exáltados por la indignacion que os causó la perfidia sin exemplo con que fuísteis invadidos, corrísteis á las armas sin temer las terribles vicisitudes de un combate tan desigual, y la fortuna subyugada por vuestro entusiasmo os rindió tributo, y os concedió la victoria en premio de vuestro arrojo. Efecto inmediato de estas primeras ventajas fué la recomposicion del estado, dividido á la sazon en tantas fracciones como provincias. Pensaban nuestros enemigos haber sembrado entre nosotros el mortífero gérmen de la anarquía, y no advirtieron que el seso y la circunspeccion española eran todavía mas poderosos que el maquiavelismo frances. Sin contradiccion, sin violencia, se estableció una autoridad suprema, y el pueblo que acababa de asombrar al mundo con el espectáculo de su exáltacion sublime y de sus victorias, le llenó de admiracion y de respeto con su mederacion y cordura.

La Junta central se instaló, y su primer cuidado fué anunciaros que si la expulsion de los enemigos era su primera atencion en tiempo, la felicidad interior y permanente del estado era la principal en importancia. Porque dexarle anegado en el piélago de abusos agolpados para su ruina por el poder arbitrario, sería á los ojos de vuestro actual Gobierno un delito tan enorme como poneros en las manos de Bonaparte. Así es que luego que el torbellino de los sucesos militares se lo permitió, hizo resonar en vuestros oidos el nombre de vuestras córtes, que para nosotros ha sido siempre el antemural de la libertad civil, y el trono de la magestad nacional. Nombre pronunciado ántes con misterio por los eruditos, con recelo por los políticos, con horror por los tiranos; pero que desde ahora debe significar en España



la base indestructible de la monarquía, la columna mas segura de los derechos de Fernando VII y de su familia, un derecho para el pueblo, y para el Gobierno una obligacion.

No se recompensaria con menos esa resistencia moral, tan general como sublime, que desconcierta y desespera á nuestros enemigos en medio de sus victorias. Estas batallas que se pierden, estos exércitos que se destruyen, estos pueblos que se incendian, sin que por eso dexen de presentarse nuevas batallas, crearse nuevos exércitos, y volverse á enarbolar el estandarte de la lealtad sobre las cenizas y escombros que los enemigos abandonan; estos soldados que se dispersan en una accion y vuelven á presentarse en otra; estas gentes que casi despojadas de quanto tienen, vienen á sus hogares á partir los miserables restos de su haber con los defensores de la patria; este concierto de gemidos tristes y desesperados, y de cantos patrióticos; esta lucha en fin de ferocidad y barbarie de una parte, de resistencia y constancia indomable de la otra; todo presenta un conjunto tan terrible como magnífico, que la Europa contempla atónita, y que la historia escribirá con letras de oro algun dia, para admiracion y exemplo de la posteridad.

Pueblo tan magnánimo y generoso, no debe ya ser gobernado sino por verdaderas leyes, aquellas que llevan consigo el gran carácter del consentimiento público y de la autoridad comun, carácter que solo puede darles el ser dimanadas de la augusta asamblea que ya se os ha anunciado. La Junta se habia propuesto que su celebracion fuese en todo el año próximo, ó ántes, si las circunstancias lo permitian. Pero en el tiempo que ha mediado desde aquel anuncio, los sucesos públicos con su misma variedad han agitado los ánimos, y la divergencia de las opiniones sobre la organizacion del Gobierno, y restablecimiento de nuestras leyes fundamentales, ha vuelto á llamar sobre estos obgetos tan importantes la atencion de la Junta, que se ha ocupado profundamente de ellos en estos últimos dias.

Pretendíase por una parte que el Gobierno presente se convirtiese en una regencia de tres ó cinco personas, y esta opinion se apoyaba en una de nuestras leyes antiguas aplicada á nuestra situacion actual. Mas el caso en que se vió el reyno quando los franceses se quitaron la máscara de la amistad para executar su alevosa usurpacion, es singular en nuestra historia, y no pudo ser previsto en nuestras instituciones. Ni la infancia, ni la demencia del príncipe, ni aun su cautiverio, en el modo comun en que estos males suceden, podian compararse con lo que nos estaba sucediendo, y con la situacion deplorable en que nos cogia. Una posicion política, nueva enteramente, inspiró formas y principios políticos absolutamente nuevos. Expeler á los franceses, restituir á su libertad y á su trono á nuestro adorado Rey, y establecer bases sólidas y permanentes de buen gobierno son las máximas que dieron impulso á nuestra revolucion, son las que sostienen y dirijen; y aquel Gobierno será mejor que mas bien afiance y asegure estos tres votos de la nacion española.

¿La regencia de que habla aquella ley, nos promete esta seguridad? ¡Que de inconvenientes, que de peligros, quantas divisiones, quantos partidos, quantas pretensiones ambiciosas de dentro y fuera del reyno, quanto descontentos y quan justo en nuestras Américas, llamadas ya á tomar parte en el Gobierno actual? ¿Donde irian á parar tal vez entónces nuestras cortes, nuestra libertad, las dulces perspectivas de bien y gloria futura que se nos ponen delante? ¿Donde el obgeto mas sagrado y precioso para el pueblo español que es la conservacion de los derechos de Fernando? Debiéronse es-

tremecer los partidarios de esta institucion del riesgo inmenso á que los exponian, y advertir que con ella presentaban al tirano una nueva ocasion de comprarlos ó de venderlos. Inclinemos pues la frente con respeto á la ancianidad venerable de la ley; pero háganos cáutos la experiencia de los siglos. Abramos los anales, y recorramos la historia de nuestras regencias: ¿qué hallaremos? el quadro tan lastimoso como horrible de la devastacion, de la guerra civil, de la depredacion, y de la degradacion humana en la desventurada Castilla.

Sin duda el poder se exerce por pocas manos mas bien que por muchas, en los grandes estados. El secreto en las deliberaciones, la unidad de los planes, la actividad en las medidas, la celeridad en la execucion son calidades precisas para el buen éxito de los actos gubernativos, y solo estan afectas á una autoridad reconcentrada. Por eso la Junta suprema acaba de reconcentrar tambien la suya con aquella circunspeccion prudente, que ni exponga al estado á las oscilaciones consiguientes á toda mudanza de gobierno, ni altere sensiblemente la unidad del cuerpo que está encargado de él. Desde ahora en adelante una seccion compuesta de seis individuos amovibles, será revestida particularmente de la autoridad precisa para intervenir y dirigir aquellas gestiones del poder executivo que exijen por su naturaleza celeridad, secreto y energía.

Otra opinion contraria á la regencia contradice igualmente toda novedad que se intente establecer en la forma política que hoy dia tiene el estado; y se opone á las cortes anunciadas como representacion insuficiente si se celebran segun las formalidades antiguas, como inoportunas, y tal vez arriesgadas, atendidas las actuales circunstancias; en fin, como inútiles, puesto que se supone que las juntas superiores creadas inmediatamente por el pueblo son sus verdaderos representantes.

Mas la Junta habia dicho expresamente á la nacion, que su atencion primera en este grande objeto, seria ocuparse del número, modo y clase con que segun las circunstancias del tiempo presente deberia verificarse la concurrencia de los diputados á esta augusta Asamblea; y despues de esta declaracion es bien superfluo, por no decir malicioso, recelar que las cortes venideras hayan de estar reducidas á las formas estrechas y exclusivas de nuestras cortes antiguas.

Sí, españoles, vais á tener vuestras cortes, y la representacion nacional en ellas será tan completa y suficiente qual deba y pueda ser en una asamblea de tan alta importancia, y tan eminente dignidad. Vais á tener cortes, y las vais á tener inmediatamente, porque las circunstancias mismas apuradas en que la nacion se mira, imperiosamente las prescriben. ¿Y en que tiempo ¡gran Dios! debe apelarse á este medio mejor que en el presente? Quando una guerra obstinada tiene apurados todos los medios ordinarios, quando el egoismo de los unos y la ambicion de los otros debilitan y entorpecen la accion del gobierno por su oposicion ó indiferencia, quando se aspira á destruir por sus cimientos el principio esencial de la monarquía, que es la unidad; quando la hidra del federalismo, acallada tan felizmente en el año anterior con la creacion del poder central, osa otra vez levantar sus cabezas ponzoñosas, y pretende arrebatarnos á la disolucion de la anarquía; quando la astucia de nuestros enemigos está acechando el momento en que rompan nuestras divisiones para arrojarse á destruir el estado, y sentar su solio sobre la cima de oprobio que le proporcionen nuestros debates; este es el tiempo, este, de reunir en un punto la fuerza y la magestad nacional, y de



que el pueblo español por medio de sus representantes vote y decrete los recursos extraordinarios que una nacion poderosa tiene siempre en su seno para salvarse. El solo puede encontrarlos y ponerlos en movimiento; él alentar la timidez de los unos, contener la ambicion de los otros; él acabar con la vanidad importuna, con las pretensiones pueriles, con las pasiones insensatas, que van, sino se atajan, á despedazar el estado; él en fin dará á la Europa un nuevo exemplo de su religion, de su circunspeccion y de su sensatez en el uso justo y moderado que va á hacer de esta hermosa libertad en que se le constituye.

Así es que la Junta suprema que reconoció desde luego esta representacion nacional como un derecho, y la anunció como un premio, la invoca y la implora ahora como remedio el mas eficaz y el mas necesario; y por lo mismo ha resuelto, que las cortes generales de la monarquía, anunciadas en el decreto de 22 de mayo, sean convocadas en primero de enero del año próximo, para empezar sus augustas funciones desde el dia primero de marzo siguiente.

Llegado este fausto dia, la Junta dirá á los representantes de la nacion:

«Ya estais reunidos, ó padres de la patria, y reintegrados en toda la ple»nitud de vuestros derechos, al cabo de tres siglos que el despotismo y la »arbitrariedad os disolvieron para derramar sobre esta nacion todos los rau»dales del infortunio y todas las plagas de la servidumbre. Fruto de la opre»sion mas vergonzosa, y de la tiranía mas injusta, son la agresion que he»mos sufrido y la guerra que mantenemos. Las juntas provinciales que su»pieron resistir y rechazar al enemigo en el primer ímpetu de su invasion, »depositaron en la Junta suprema la autoridad soberana, que momentánea»mente exercieron, para dar unidad al estado y reconcentrar su fuerza. Lla»mados al exercicio de este poder, no por ambicion ni por intriga, sino por »el voto unánime de las provincias del reyno, los individuos de la Junta su»prema han correspondido á tan alta confianza con los desvelos y afanes que »han empleado exclusivamente en la conservacion y en la prosperidad del »estado. Juzgad de la grandeza de nuestros esfuerzos por la enormidad »de los males que los han precedido. Quando el mando se puso en nuestras »manos nuestros exércitos á medio formar estaban desnudos y desprovistos »de todo; el erario sin fondos, los recursos inciertos y lejanos. El déspota de »la Francia, valiéndose del reposo en que entónces se hallaba el Norte, preci»pitó sobre la península el poder militar que le obedece, el mayor y el mas »fuerte que se ha conocido en el mundo. Sus legiones mas aguerridas, mejor »pertrechadas, y sobre todo más numerosas, arrollaron por todas partes, »aunque bien á su costa, á nuestros exércitos faltos todavia de destreza y »confianza. Una nueva inundacion de bárbaros, que llevaron la desolacion »por todas las provincias que ocuparon, fue el resultado de aquellos reveses; »y las llagas mal cerradas de nuestra desgraciada patria volvieron á abrirse »dolorosamente, y á verter sangre á raudales. Perdió el estado con esta ocu»pacion la mitad de sus fuerzas; y quando la Junta precisada á salvar el »honor, la independiencia y la unidad nacional de la impetuosa invasion del »tirano, se refugió á Andalucía, una division de 30.000 hombres se habia ya »dirigido á las murallas de la inmortal Zaragoza para sepultarse en sus rui»nas. Privado así el exército del centro de una gran parte de su poder, no »dió á sus operaciones aquellas actividad y energia que hubiera tenido otros »resultados que la batalla de Uclés. Las avenidas de Sierra Morena y las »orillas del Tajo no estaban defendidas sino por un puñado de hombres mal



»armados á quienes no se podia dar el nombre de exércitos. La Junta á fuer»za de actividad y sacrificios los hizo tales. Batidos y destruidos en las dos »jornadas de Ciudad-Real y Medellin, en vez de desesperar de la patria, re»dobló sus esfuerzos, y á pocos dias los restablece, y opone al enemigo 70 000 »infantes y 12.000 caballos. Estas fuerzas han combatido despues con exito »ya infeliz, ya afortunado, pero siempre con bizarría y con gloria. La crea»cion, la reparacion y la subsistencia de estos exércitos han absorbido, y »con exceso, los fondos considerables que nos han enviado nuestros herma»nos de América. Hemos mantenido en las provincias libres la union, el ór»den y la justicia: hemos dado la mano á las ocupadas para conservar en »ellas, aunque ocultos, el fuego del patriotismo, y los lazos de la lealtad. »Hemos salvado el honor y la independencia nacional en las negociaciones »diplomáticas, las mas complicadas y espinosas, y hemos hechos frente á la »adversidad, sin dexarnos abatir por ella, esperando siempre vencerla con »nuestra constancia. Habrémos sin duda cometido errores, y quisiéramos si »fuese posible rescatarlos con nuestra sangre; pero en el torbellino de los »sucesos, y en los montes de dificultades que nos rodean, ¿quien estaba se»guro de poder acertar siempre? ¿Podríamos ser responsables de que en esta »ocasion faltase á la tropa el valor, en aquella la confianza, que un general »tuviese aquí ménos prudencia, el otro allá ménos fortuna? Dése algo, espa»ñoles, á nuestra inexperiencia, mucho á las circunstancias, nada á nuestra »intencion. Esta ha sido siempre de libertar á nuestro desgraciado rey de la »esclavitud, de conservarle un trono por el qual ha hecho tantos sacrificios »el pueblo español, y de que este sea libre, independiente y feliz. Nosotros »desde nuestra instalacion le prometimos una patria: nosotros hemos decre»tado la abolicion del poder arbitrario al anunciar el restablecimiento de »nuestras cortes: nosotros en fin las hemos congregado en esta augusta asam»blea. Tal es, ó españoles, el uso que hemos hecho de la autoridad y poder »ilimitado que se nos confió; y quando vuestra sabiduria haya establecido las »bases y forma del Gobierno mas á propósito para la independencia y el »bien del estado, nosotros resignarémos el mando en las manos que vuestra »eleccion señale, contentos con la gloria de haber dado á los españoles la »dignidad de una nacion legalmente constituida. ¡Que de esta reunion so»lemne y magníficas salgan las grandes medidas, la energía y la fortuna! »¡que sea como un volcan inmenso, inextinguible, de donde se dilate á torren»tes el amor de la patria á vivificar todos los ámbitos de esta vasta monar»quía; á abrasar los ánimos en aquella consagracion, en aquel desprendi»miento sublime, que son la salud y la gloria de los pueblos, y la desespera»cion de los tiranos! Elevaos, ó padres de la patria, á la altura de vuestro no»ble ministerio, y España, elevada con vosotros á sus brillantes destinos, »verá volver á su seno para su felicidad á Fernando VII, y su desgraciada »familia, verá á sus hijos entrar en la senda de prosperidad y de gloria que »deben hollar en adelante, y recibir la corona de los sublimes y casi divinos »esfuerzos que estan haciendo.» Real alcázar de Sevilla 28 de octubre de 1809.—*El marques de Astorga, presidente.—Pedro de Rivero, vocal secretario general.*

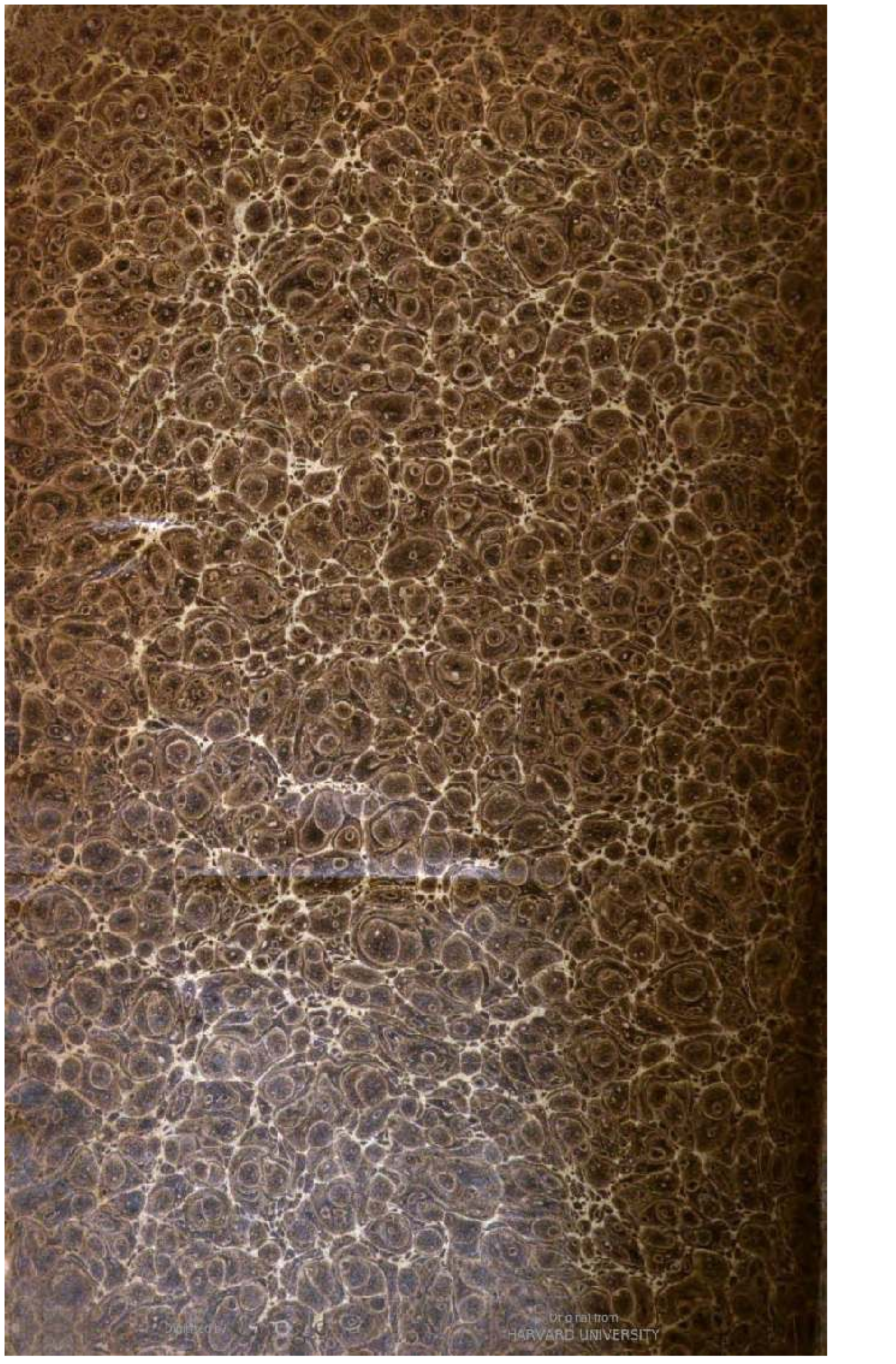


INDICE DEL TOMO VII

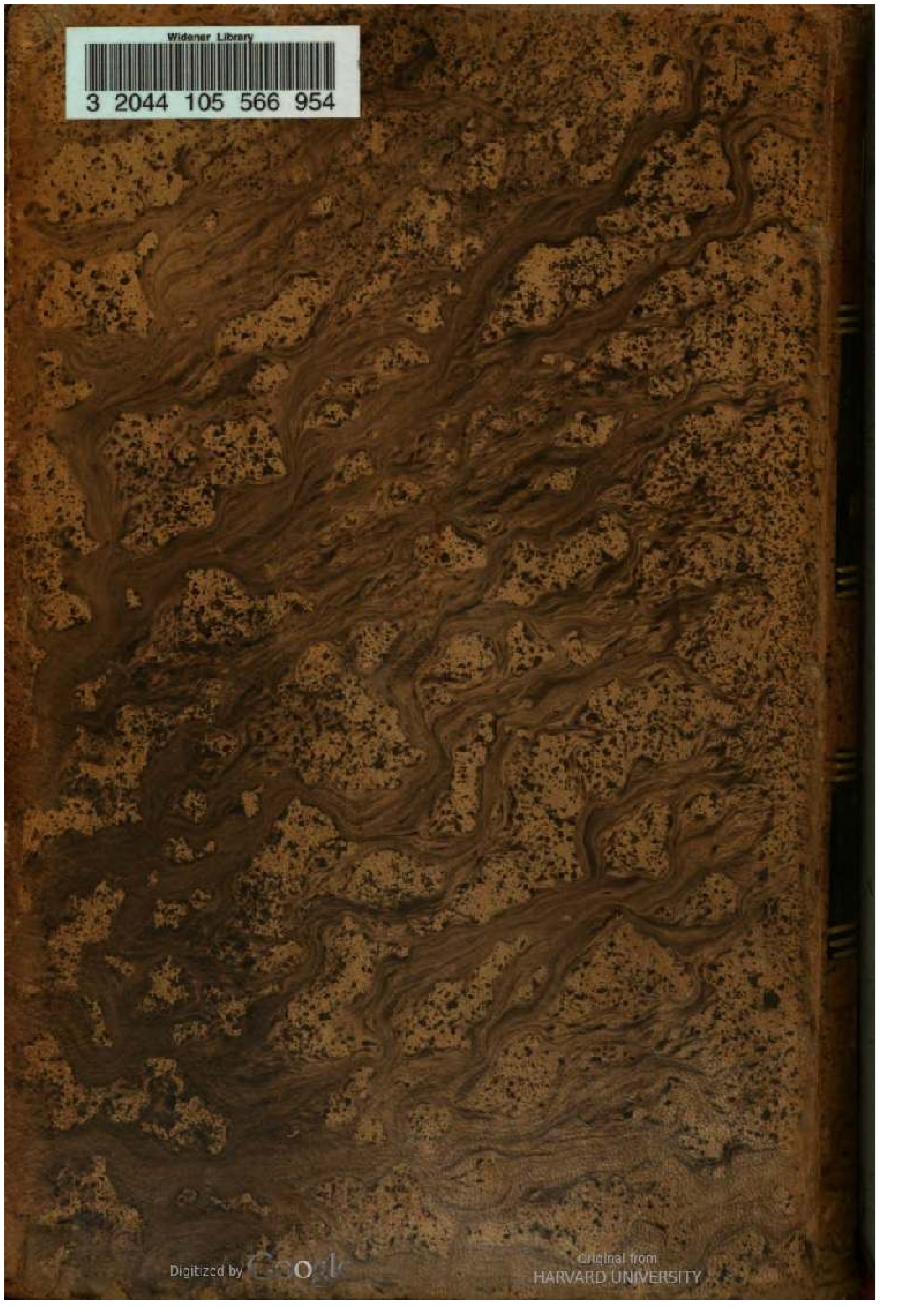
Páginas



Páginas




CANCELLED
JUN 23 1971 ILL
3434226
CANCELLED


Widener Library
3 2044 105 566 954